



# UNIVERSITAT DE BARCELONA

## Las razones de la forma. La obra de Rafael Sánchez Ferlosio

Carlos Femenías Ferrà

**ADVERTIMENT.** La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX ([www.tdx.cat](http://www.tdx.cat)) i a través del Dipòsit Digital de la UB ([diposit.ub.edu](http://diposit.ub.edu)) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX ni al Dipòsit Digital de la UB. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX o al Dipòsit Digital de la UB (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

**ADVERTENCIA.** La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR ([www.tdx.cat](http://www.tdx.cat)) y a través del Repositorio Digital de la UB ([diposit.ub.edu](http://diposit.ub.edu)) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR o al Repositorio Digital de la UB. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR o al Repositorio Digital de la UB (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

**WARNING.** On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX ([www.tdx.cat](http://www.tdx.cat)) service and by the UB Digital Repository ([diposit.ub.edu](http://diposit.ub.edu)) has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized nor its spreading and availability from a site foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository is not authorized (framing). Those rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.



UNIVERSITAT DE  
BARCELONA

Las razones de la forma. La obra de Rafael Sánchez Ferlosio

CARLOS FEMENÍAS FERRÀ



Directores:

JORDI GRACIA / DOMINGO RÓDENAS DE MOYA

Tutor:

JORDI GRACIA

Programa de doctorat:

ESTUDIS LINGÜÍSTICS, LITERARIS I CULTURALS / 'TRADICIÓ I ORIGINALITAT' EN LA  
LITERATURA ESPANYOLA I HISPANOAMERICANA

## ÍNDICE

RESUMEN 3

PRESENTACIÓN DE LA TESIS Y BIBLIOGRAFÍA RAZONADA 6

BAJO LAS ALAS DEL SINIESTRO PÁJARO. PRÓLOGO Y MÉTODO 16

1.- UN ALFABETO RARO. EL VERBO ENCARNADO 31

1.1.- DARSE UNA FORMA: PREHISTORIA DE *ALFANHUI* 31

1.2.- UN LUGAR PARA *ALFANHUI* 46

1.3.- LA ISLA DEL JABALÍ 55

2.- RETÓRICA Y GENEALOGÍA. EN LAS AFUERAS DEL ESTADO. EN TORNADO A *REVISTA ESPAÑOLA* 70

2.1.- DINAMIZACIÓN CULTURAL 74

2.2.- UNA VOZ GENERACIONAL 79

2.3.- TIEMPO DE MESÍAS 85

3.- ALREDEDORES Y ENTRESIJOS DE *EL JARAMA* 102

3.1.- LOS ABAJO FIRMANTES 107

3.2.- TIEMPO Y HUELLA 114

3.3.- UNA IMAGINACIÓN SOMÁTICA 124

3.4.- CULPA E HISTORIA 128

3.5.- LA CANCELACIÓN DEL PASADO 133

4.-«EL GROTESCO PAPELÓN DEL LÍTERATO». LA FORJA DEL ENSAYISTA 142

4.1.- AL SON DEL RELEVO 142

4.2.- UN NUEVO RUMBO 151

4.3.- EN BUSCA DE UN NUEVO INTERLOCUTOR 159

4.4.- LA EMANCIPACIÓN TÉCNICA 166

5.- «LA SUBLIME LASCIVIA». FERLOSIO Y SUS ISÓTOPOS. TRASVESTISMO, TRADICIÓN Y APROPIACIÓN 175

5.1.- APROPIACIONES 175

5.2.- LA INSTITUCIÓN LITERARIA 182

5.3.- GOCES PASADOS 189

5.4.- EN TORNADO A UN ROSTRO 195

5.5.- EN LA CORTE DE LOS INGENIEROS 202

5.6.- GOZOS Y HORRORES DEL GALEÓN 208

6.- LOS HIJOS DEL PRESENTE. EXORCISMOS DE LA MODERNIDAD	216
6.1.- SINTAXIS Y CULTURA	220
6.2.- FACTICIDAD Y SENSUALISMO	227
6.3.- LA PROSA MODERNA	233
6.4.- DESTRUCCIÓN DE VALORES, RESTAURACIÓN DE BIENES	240
7.- VEEDORES Y FISCALES	250
7.1.- UN LUGAR GENERACIONAL	250
7.2.- VILLALAR REVISITADO	255
7.3.- EN LAS AUTONOMÍAS. LA ECLOSIÓN DE LAS IDENTIDADES	265
7.4.- LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE	273
8.- BATINES DE LANA Y ZAPATILLAS DE DEPORTE: EN TORNO A LAS INSTITUCIONES Y EL CAMBIO CULTURAL	291
8.1.- CAMBIO DE VOCES	291
8.2.- A LA SOMBRA DE LA HEGEMONÍA	298
8.3.- ANTE LA OTAN	313
8.4.- ÚLTIMA NOTICIA	320
9.- EPÍLOGO. LA ANTIGUA CASA DE LA LENGUA	324
10.- CONCLUSIONES	336
11.- APÉNDICES	352
12.- BIBLIOGRAFÍA	355
13.- BIBLIOGRAFÍA COMPLETA DE RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO	372

## RESUMEN:

La posición de Rafael Sánchez Ferlosio (1927-2019) en el campo cultural se ha visto sensiblemente modificada durante los últimos años. No parece que a día de hoy sea justo seguir abonando el lugar común de que su nombre permanece reducido a la autoría de una obra, *El Jarama* (1956), publicada cuando apenas iniciaba su carrera literaria. Los años no empañarían lo más mínimo el prestigio de la novela; no obstante, un intenso cultivo del ensayo y el articulismo compensarían su ascendiente, quizás excesivo. Hacia mediados de los ochenta los lectores de prensa ya habían registrado un cambio que la academia tardó en expresar, acaso por la renuencia de la historiografía literaria a incorporar el ensayo como un género en plenitud equiparable a la novela, la poesía o el drama, a las que no hace mucho prestaba una función ancilar. Si hace décadas que Ferlosio es tenido por uno de los prosistas más prestigiosos del último medio siglo se debe, entre otras cosas, a la suspensión de esa jerarquía. A ella se acoge esta tesis, que propone una lectura del conjunto de su producción moviéndose a caballo de la historia literaria y la historia de la cultura; analizando los textos para observar qué clase de relación establecen con los discursos y transformaciones (estéticas, ideológicas, sociológicas) que tuvieron lugar en un tramo largo que va de finales de los años cuarenta a principios de los noventa.

A tal fin, a lo largo de la exposición, Ferlosio saltará de la voz solista al coro, de aquello que lo singulariza a aquello que hace de él *un* representante de la peripecia de los hijos de la élite vencedera de la Guerra Civil. Producto de una cautela, esta tesis se acoge a otra elección expositiva más, y tal vez más decisiva: hasta donde he sido capaz, he procurado conjurar las inercias connaturales a toda exposición diacrónica. La secuencia tiende inevitablemente a enfatizar el cambio a costa de volver invisible o relegar a lo residual cuanto perdura. En Ferlosio, el trauma de una culpa heredada fue parte de esa pervivencia. Nunca se borró y le obligó a exorcismos que discurrieron entre la ruptura — siempre estruendosa, siempre exhibicionista— y la reformulación; entre la fidelidad sentimental a unos modelos retóricos y idiosincrásicos familiares (un acusado aristocratismo antimoderno) y el repudio obsesivo de ciertos valores que aquellos llevaban adheridos (nacionalismo, nostalgia imperial, culto a la épica). En buena medida, la obra y el estilo de Ferlosio son inexplicables si no se consideran esos conflictos. Ambos reflejan tensiones que, pese a su componente privado, están muy lejos de haberle sido exclusivas. Al igual que a otros compañeros de su generación, aparejaron numerosas operaciones: una reescritura ideológica de la historia literaria, la articulación de un concepto de tradición y,

corolario de las anteriores, la reflexión acerca de las formas de vincular un pasado traumático con el presente. Ese es el proceso que aquí exploro: los conflictos y los proyectos de reforma cultural de un hijo de la victoria fascista.

ABSTRACT:

The position of Rafael Sánchez Ferlosio (1927-2019) in the cultural field has been significantly modified in recent years. Today it does not seem fair to continue subscribing his name to the authorship of a single book —*El Jarama* (1956), published when he was just beginning his literary career. Time was not to tarnish the prestige of that novel; however, an intense production of essays and articulism would compensate for its ascendancy, perhaps excessive. By the mid-eighties, press readers had already registered a change that academia was slow to express, perhaps due to the reluctance of literary historiography to incorporate the essay as a genre fully comparable to that of the novel, poetry or drama, to which not long ago it provided an ancillary function. If Ferlosio has been considered for decades one of the most prestigious prose writers of the last half century it is due, among other things, to the suspension of that hierarchy.

This thesis proposes a reading of the whole of Ferlosio's production moving between literary history and the history of culture; analyzing the texts to observe what kind of relationship they establish with the discourses and transformations (aesthetic, ideological, sociological) that took place in a long stretch that goes from the late 1940s to the early 1990s. To this end, throughout the exposition, Ferlosio will jump from the soloist voice to the choir, from what makes him unique to what makes him representative of the vicissitudes undergone by the sons of the Civil War's winning elites. This thesis welcomes yet another exposition choice, and perhaps more decisive: as far as I was able to, I have tried to ward off the inertia inherent to any diachronic exposition. Sequences inevitably tend to emphasize change at the cost of rendering invisible what endures. In Ferlosio, the trauma of an inherited guilt was part of that survival. It was never erased and it forced him to exorcisms that ran between the rupture — always thunderous, always exhibitionist — and the reformulation; between sentimental fidelity to some familiar rhetorical and idiosyncratic models (a defendant anti-modern aristocratism) and the obsessive repudiation of certain values attached to that models (nationalism, imperial nostalgia, cult of epics). Ferlosio's work and style are largely inexplicable if these conflicts are not taken into account. Both reflect tensions that, despite their private component, are far from being

exclusive to him. Like other colleagues of his generation, they set up numerous operations: an ideological rewriting of literary history, the articulation of a new tradition and, corollary of the previous ones, the reflection on how to link a traumatic past to the present. That process is what I explore here —the son of the fascist victory's conflicts and projects of cultural reform.

## PRESENTACIÓN DE LA TESIS Y BIBLIOGRAFÍA RAZONADA

Hace unos pocos años habría sido de rigor empezar estas páginas con un lamento por el olvido en que andaba la obra ensayística de Rafael Sánchez Ferlosio. Era ya un lugar común lamentarse de que *El Jarama*, tantas veces repudiada por su autor, había eclipsado medio siglo de producción posterior: tal era la perfección con que ilustraba el movimiento estético que la inspiraba —«el colmo de una fórmula», dijo Medardo Fraile (1973:140)—, que Ferlosio se había visto condenado a ejercer el valioso, aunque constrictivo, papel de representante. De haber escrito esa presentación, sin duda, habría recordado el arranque enojado de Gonzalo Hidalgo Bayal contra «el irreductible colofón de “autor de *El Jarama*”» que perseguía a Ferlosio (1994:12). Valía en 1994 e incluso dos décadas después, pero ya no, porque el ensayista y articulista ha empezado a merecer tanta —si no más— atención que el novelista. En su historia de la literatura, Gracia y Ródenas de Moya dedicaban dos apartados al autor: el primero recordaba aquel hito narrativo refrendando el lugar que inmediatamente ocupó en el pensamiento literario español («El objetivismo perfecto: *El Jarama*»); pero estaba también allí el *otro*, el que «ha sido, junto a Benet y al García Calvo de los años setenta y ochenta, el pensador de referencia para un puñado de ensayistas y profesores universitarios» (2010:678). A pesar de aquella división, la intención última era acabar con ella: «basta echar un vistazo a cualquier texto suyo para identificar al escritor, que es escritor y no ensayista o articulista o narrador o novelista, sino lo que lo engloba todo» (680).

El de Hidalgo Bayal fue el primer gran esfuerzo por leer en conjunto la obra de Ferlosio y a él le seguiría uno de Jordi Gracia (2003), pero quien primero abogó por englobarlo todo fue Medardo Fraile en aquel texto ya citado de 1973, y la propuesta tenía especial mérito porque, aunque esta tesis vaya a demorarse en los años sesenta, en aquel entonces Ferlosio no había publicado apenas nada. Un importante texto de 1966 (aunque compuesto entre abril de 1962 y noviembre de 1965) que se cuenta como su primer ensayo, «Personas y animales en una fiesta de bautizo», le servía para sostener la unidad de la obra de Ferlosio. A ello se añadía una operación que no dejaba de tener sus visos de provocación: cuando *El Jarama* se había apropiado del nombre de Ferlosio, Fraile argüía que la obra verdaderamente decisiva era la menos atendida *Industrias y andanzas de Alfanbui* (1951). Es cierto que nunca ha merecido la atención que se ha prestado a *El Jarama*, pero no tiene motivos para la queja. Las principales aproximaciones se han centrado en su estatuto genérico: que si picaresca, que si *Bildungsroman*, que si muestra madrugadora del



realismo mágico, que si novela fantástica o, en fin, que si de todo un poco, pero nada del todo. En el cuerpo de la tesis lo menciono todo incluyendo bibliografía pero, como estoy dando a entender, no es el tema que más me ha interesado. Hay abundante información sobre ello en las dos ediciones críticas con que *Alfanbui* ha tenido la suerte de contar: la más reciente se debe a David Roas, que entre otras cosas allega una nómina de títulos obviados que desmienten la proverbial excepcionalidad de la obra en las letras españolas y que detecta las recurrencias del texto. En ello se había empleado también con agudeza Danilo Manera, que además tuvo la feliz idea de recuperar el estudio que un jovencísimo y entusiasmado Manuel Sacristán dedicaba a la obra en las páginas de *Laye*.

Mi trabajo final de máster tuvo en cuenta todos estos materiales más de lo que aquí han de aparecer, pero supongo que de algún modo debieron moldear mi mirada. Cinco años después, no es esa la mirada que más me interesa y la verdad es que, por más que haya retomado algún aspecto, no me satisfacen ni aquel trabajo ni su enfoque. Hice entonces una lectura muy pegada al texto, entregada a subrayar la aparición de lo inaudito, de lo maravilloso, la pasión intelectual, así como la conquista de un alfabeto capaz de desvelar lo oculto y lo ocultado. Todo ello está aquí, en el primer capítulo, solo que de un modo tan distinto que apenas si resulta reconocible. Entre aquel trabajo y este se ha colado la perspectiva histórica, sociológica, que atiende a quiénes eran los interlocutores generacionales y cuál la constelación en que se gestaban aquellas fantasías. Para ello fue importante la lectura de una antología de la que extraigo, como se verá, muchos testimonios. Me refiero a la que preparó Jordi Gracia en 1994, *Crónica de una deserción. Ideología y literatura en la prensa universitaria del franquismo (1940-1960)*, que he complementado con un puñado de lecturas de aquellos mismos años procedentes principalmente de dos medios, *Alférez* y *Alcalá*, consultados en la Biblioteca Nacional y, en no pocos casos, gracias a un recurso tan valioso como *filosofía.org*. ¿Por qué esas revistas y no otras? Por la sencilla razón de que es en ellas donde Ferlosio realiza sus primeras publicaciones. No son más que dos, pero han sido importantes. El propio Gracia, que no pudo incluirlas en la antología citada por petición expresa de la familia del autor, las aborda en *Estado y Cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo, 1940-1962* (2016), un trabajo que cito y que tuvo mucho de antesala de otro que no llego a citar, aunque en él encontré la cartografía razonada del campo cultural español desde la guerra hasta los años sesenta, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España* (2004). Por más que me interesara mucho el trabajo seminal de Elías Díaz, *Notas para una historia del pensamiento español actual (1939-1973)* (1974),

lo cierto es que llegué después, de modo que su lectura me causó la sensación de estar contemplando los planos de un edificio que ya había visto levantado.

Pese a que su punto de vista fuese la construcción de una cultura democrática (a ello se refiere el subtítulo del último e impresionante libro de Gracia, *Javier Pradera o el poder de la izquierda. Medio siglo de cultura democrática* [2019]), ambos fueron mi primer contacto con la constelación del fascismo. Cito el libro de los hermanos Mónica y Pablo Carbajosa, *La corte literaria de José Antonio* (2003), y veo ahora que no cito, aunque me entusiasmó, la última versión de *Falange y literatura* (2013), de José-Carlos Mainer, que dibuja tanto una genealogía como una constelación riquísima hecha de registros muy dispares. Hay más libros y artículos: entre los primeros destacan los estudios que Domingo Ródenas dedica a la renovación prosística del primer tercio del siglo pasado en *Travesías vanguardistas: Ensayos sobre la prosa del Arte Nuevo* (2009) y la introducción de su antología, *Prosa del 27* (2000); entre los segundos, también suyo, destaca, «Los vasos comunicantes de la radicalidad de la vanguardia y el fascismo», que me ayudó a comprender los ritmos frenéticos de polarización ideológica del campo cultural español en los años treinta. Las condiciones de esa polarización son un aspecto al que me asomo a través de la palabra *estilo*, que leo en un cruce entre estética y política que fue distintivo de aquellos años. *Estilo* fue un término clave para el fascismo y pervivió con intensidad hasta mediados de los años cincuenta, periodo en el que empieza a percibirse un afán de relevo generacional y cultural por parte de los hijos de los vencedores. Esa es la clave, en definitiva, tanto del primer y del segundo capítulo de la tesis: el primero lee *Alfanbuí* a modo de mitología acerca de una generación que fantasea con darse a luz a sí misma, esas fantasías se corresponden con el deseo de ingresar en posiciones de poder que den salida a un afán transformador que se les ha inculcado y ven negligido, abandonado, convertido en retórica vacía. El segundo capítulo sigue esa evolución a partir de una lectura coral de *Revista Española*. Desde ese enfoque, pese a las tres décadas transcurridas desde su publicación, mantiene intacto su interés el libro de Barry Jordan, *Writing and Politics in Franco's Spain* (1990), donde se encuentra un retrato ideológico y discursivo de aquella juventud.

Suele decirse que *Revista Española* no ha recibido el interés que merecía, pero lo cierto es que son pocas las revistas que han conocido una monografía tan minuciosa como la que le ha dedicado José Jurado Morales, que no deja de detenerse en el artículo que Ferlosio publica en *Alférez*. En *Las razones éticas del realismo. Revista Española (1953-1954) en la literatura del medio siglo* (2012) describe tanto los contenidos de la revista como el perfil, con ricas notas de historia editorial, de quienes la hicieron posible. Al mismo Jurado

Morales se debe la edición facsimilar de la revista, que he leído tratando de buscar el retrato coral (las voces, pero también las aspiraciones, fantasías y el tipo de sentimentalidad) que se ensaya en sus páginas, sean estas notas de crítica o cuentos. Unas y otros dan cuenta de la situación sociológica de aquellos escritores: sus cuentos hablan de nacimientos o del brote, a menudo violento y mesiánico, de algo que producirá la impugnación de lo vigente e instaurará un cambio. No cabe descartar que sean rasgos característicos de la literatura adolescente o juvenil; de serlo, en todo caso, lo relevante estaría en lo distintivo de estos adolescentes, y lo distintivo es su resignificación de la patria, que cobra el rostro (y las ropas, como veremos) de los humildes, los desposeídos, rubricando un potencial impugnatorio de base cristiana que va a conducir a muchos de ellos a aproximarse al socialismo. Son de gran interés, a este respecto, las entrevistas recogidas por uno de aquellos jóvenes, Francisco Marsal, en *Pensar bajo el franquismo* (1979) y, por supuesto, un clásico de Carmen Martín Gaité, *Esperando el porvenir* (1994). He intentado que ese retrato coral guiara estas páginas y me ha frustrado no haberlo logrado en muchas de ellas.

El reconocimiento de los derrotados, del linaje de los perdedores de todas las guerras conducía forzosamente a adoptar alguna postura con respecto a la guerra inmediata. Esa postura conoció muchas manifestaciones, pero en Ferlosio fueron siempre oblicuas, problemáticas, indirectas. Ese es el núcleo de la lectura que ofrezco de *El Jarama*, cuya bibliografía es simplemente inabordable. He aplicado sobre la novela aspectos que Ferlosio desarrollaría en libros posteriores, especialmente en *Las semanas del jardín*, cuyas ideas sobre el aoristo proyecto sobre el extraño juego que la obra establece entre el Pretérito indefinido y el Pretérito imperfecto. Gonzalo Sobejano (2005) dedicó a *El Jarama* un estudio espléndido que hoy ha venido a servirle de epílogo en feliz idea de su último editor, Ignacio Echevarría. Sobejano habla allí de la celebración del instante irrepetible, mientras que yo he cargado las tintas en lo que hay de elegíaco en el canto encendido de cada uno de esos instantes. El subrayado de aquello que se deja atrás, que se pierde, es la vía de entrada por la que abordo la cuestión de la memoria, de los muertos y de su huella, aspecto presente en todas las lecturas de la novela. Mi interés estaba en los fenómenos generacionales que están teniendo curso mientras se escribió. En una lectura conjunta de *Los bravos* y *El Jarama*, José-Carlos Mainer (2005) recordaba que de aquellos mismos días databa el «Manifiesto de las generaciones ajenas a la guerra civil». Aquí exploro cómo esas tensiones alcanzan a *El Jarama*.

Antes que un deseo de cancelar la vigencia de la guerra, en Ferlosio predomina la necesidad de escenificar la culpa, el duelo, el dolor. Un viejo y jugoso texto de Edward C.

Riley (1976) ha sido muy productivo para abordar la importancia de las somatizaciones en la obra, en las que ya había reparado Mainer a propósito del vómito de uno de sus personajes. En esa interpretación ha sido clave la lectura de un cuento, «Y el corazón caliente», que vio la luz en *ABC* el 20 de mayo de 1956. Pero también han sido importantes otros textos menos accesibles: entre ellos está la reseña que Ferlosio dedicó a *Los bravos* en 1954 en *El correo literario*, cuya reproducción parcial incluyen Gracia y Ródenas de Moya en los anexos de *Derrota y restitución de la modernidad* (2011) y que, hasta donde yo sé, no ha sido rescatada en las últimas ediciones de los trabajos del autor. A ella debe sumarse la lectura de textos diversos cuya noticia debo a la documentadísima biografía de J. Benito Fernández, *Rafael Sánchez Ferlosio. Apuntes para una biografía* (2017). Por ella supe de varios textos más aparecidos en *La Hora* y en *Arriba*, así como de otros posteriores aparecidos en *Informaciones* y de uno que cito abundantemente en el capítulo cuarto, firmado por varios miembros del Círculo Lingüístico de Madrid y aparecido en *Cuadernos para el Diálogo* en 1966.

Ese capítulo empieza a explorar lo que sucedió después de *El Jarama*. A partir del siempre socorrido J.M. Castellet de *La hora del lector* describo las transformaciones que está experimentando la figura del escritor comprometido. Ni esa obra ni las que van a aparecer en los sesenta me parecen comprensibles si no se atiende a que por primera vez aquella generación empieza a ver las condiciones para llevar a cabo el relevo cultural con el que fantasea desde muy a finales de los años cuarenta. Cierta paternalismo, un claro (e incómodo) dirigismo son las partes más molestas de una suerte de neoilustración que veo propia de finales de los cincuenta y un tramo largo de los sesenta. El cultivo creciente del ensayo en aquellos años es menos sintomático de un fracaso de la novela que de una reorganización del campo de intereses y de la noción misma de escritura, cada vez más dada a las texturas reflexivas que acabarán cuajando en el predominio de lo *meta-*. La *invasión* de la lingüística, el auge del estructuralismo, la reflexión acerca de los modos de narrar son solidarios de la revisión de lo heredado que está teniendo curso. La carta que Ferlosio manda a Castellet recomendándole la edición de *Enseñar y aprender* (1965), de Víctor Sánchez de Zavala, habla sin ambages de la necesidad de crear un *estilo* como uno de los aspectos más urgentes para el porvenir de la cultura. Nace entonces una concepción ultratecnificada de la escritura y, consecuentemente, una noción ultraintelectualizada del lector. De todo ello me ocupo vinculando la preocupación por la lengua a la construcción de esa ciudadanía que por momentos parece diseñada en despachos de autodidactas sumidos en proceso de corte radical con su educación más temprana; por eso, otro de los textos fundamentales en mi exposición será «Personas y animales en una fiesta de bautizo».

Hay poco sobre ello, aunque cuenta cada línea de las que ha escrito Carlos Piera (1991 y 1997).

Decía antes que el capítulo cuarto empezaba a explorar lo que siguió a *El Jarama* porque el caso es que, por más que el corte con el pasado y la invención de un *estilo* fuesen apremiantes, lo cierto es que ni el pasado ni los modelos de prestigio conocidos en la infancia podían cancelarse sin más. Es aquí donde quizás cobra mayor peso la necesidad de atender a cuánto hay de pervivencia en cada uno de los puntos del proceso que describo. La forja de ese *estilo* no debería pasar por alto los traumas que se escenifican en *El Jarama* y sus textos aledaños, porque esos mismos fantasmas le alcanzaron. Así pues, el quinto capítulo se asoma a la huella de Rafael Sánchez Mazas y de la mitología falangista en varios textos de Ferlosio: los famosos galeones, la querencia por figuras y formas premodernas — que son, por cierto, solidarias de las transformaciones que está experimentando la noción de escritura— así como, en cierto modo, la querella de los valores y los bienes son parte de un diálogo privado con el modelo paterno. De esa querella ha de nacer el empeño por hacer del pasado un escenario de goce y de duelo irrecuperables. Dicho de otro modo: de allí nace la interdicción de resucitar el pasado para repetirlo en el presente, según rigurosa fantasía fascista. Las continuidades entre su obra y la paterna son parte del sobreentendido entre sus lectores, pero siempre se han ceñido a las concomitancias entre *La vida nueva de Pedrito de Andía* y *Alfanbuí*, como hacen por ejemplo, Senabre (2012) o Alsina (1996) o han llegado, todo lo más, hasta *El Jarama*, como lo hace Aranguren en «El curso de la novela española contemporánea» (1976).

Una cuestión importante en el desarrollo del trabajo ha sido la de calibrar las complicidades y distancias entre el modelo paterno y el del propio Ferlosio. A ello intento dar una respuesta que recoja las pervivencias y las supresiones. Quizás el concepto de *misreading* al que se acoge Aranguren sea el más acertado. Lo que predomina en esa célula es la reprobación del mundo moderno. A ambos les sienta bien el marbete de *antimodernos* que Compagnon (2007) ha popularizado en un libro más tentativo que preciso (y que circula incompleto en su edición española). Querría, pues, que el sexto capítulo, que gira alrededor de la crítica a la modernidad, se lea formando terna con los dos anteriores. Tengo la impresión de que se trata del capítulo más previsible (y el más obligado, por ello mismo) en cualquier estudio sobre Ferlosio. Su fuente principal es *Las semanas del jardín*, de la que me sirvo a modo de *summa* de toda la obra del autor. Debo prevenir ya que al adoptar este enfoque me he *desembarazado* de tener que comentar otras obras. No es que no vayan a aparecer —no dejan de hacerlo en ningún momento— sino que lo hacen confluyendo en la

matriz que se inaugura en *Las semanas*. Parte de la exposición la ensayé en un artículo del dossier que la revista *Quimera* (2020) ha dedicado al autor, pero no están allí dos cuestiones que me interesaron especialmente: la primera se apoya en un pasaje de *El burgués* (2014) en el que Franco Moretti sostiene que las lógicas mercantiles de la naciente burguesía de finales del XVII imprimieron un nuevo ritmo en la prosa. Se trata de una sucesividad imparables que apunta, como cualquiera se imaginará, al primado de la razón instrumental. Esa sintaxis aparece muy bien reflejada en un famoso pasaje de Humboldt que Ferlosio recogerá en *Mientras no cambien los dioses* (1986). Humboldt emplea de manera muy acusada la sucesividad al imaginar el Progreso al que los habitantes de las zonas cálidas de la colonia española se resisten. Con ambas cosas se dibuja la aproximación que he llevado a cabo. Por una parte he relacionado cierta prosa con el Progreso y, por otra, he situado la aspiración (que no necesariamente cumplimiento) de la prosa de Ferlosio en otro tipo de escritura. Todo ello me lleva, sin salir de Humboldt, a la segunda cuestión: los indios se conducen con arreglo a una lógica distinta a la del Progreso, una vez que entren en el progreso su forma de vida desaparecerá por completo. Pues bien, he propuesto vincular esas pervivencias a un concepto al que Ferlosio presta atención en la Semana Segunda y al que, a lo que parece, dedicó una Tercera Semana que permanece inédita. Eso que se *resiste*, eso que no puede ser *traducido* (en el doble sentido de *llevado* y de *convertido, transfigurado* a otra expresión) es la figura. En ella se encuentra una crítica al Progreso así como el deseo, fuertemente epocal, de mostrar los estragos que las ideologías realizan sobre lo particular.

Por más que se presenten como un trabajo descriptivo, en *Las semanas* alienta un claro afán revocatorio que las hace solidarias de la oleada contracultural en la que se escriben. Los dos últimos capítulos se ocupan de las relaciones de Ferlosio con el nuevo régimen político. Ambos empiezan prestando atención a *Demasiadas preguntas* (1994), la novela en la que Félix de Azúa esperpentiza a Agustín García Calvo y a Ferlosio. 1994 es un año muy avanzado, pero me ha parecido productivo tener en cuenta ese retrato entre grotesco y casi tierno, porque sospecho que es el que acompaña a ambas figuras a lo largo de la etapa democrática. Así las cosas, el capítulo séptimo, analiza la función intelectual de Ferlosio de mediados de los setenta a principios de los ochenta, mientras que el octavo se extiende hasta principios de los noventa. Esa división no responde a la llegada del PSOE al poder, como tal vez se conjeture. De hecho, el PSOE está presente ya en el primer capítulo a causa de las muchas prácticas que comparte con UCD y hasta con la dictadura y que Ferlosio critica. No, la división responde más bien a la desesperanza creciente de los textos. El primer Ferlosio está hecho de continuas exhortaciones a que la ciudadanía se apropie de

las instituciones, sobre las que debe ejercer una escrupulosa meditación moral. Su atención a las formas de participación discursiva en la esfera pública —sobre la que escribí un primer trabajo (2019)— y a la violencia normalizada de los cuerpos policiales —inquietantemente justificada por buena parte de la ciudadanía— son temas que predominan en esta primera etapa. Como no podía ser de otro modo, también abordo la eclosión identitaria de las autonomías, a la que dedica varios artículos reprobatorios en la primera mitad de los años ochenta. No obstante, antes de adentrarme en ellas realizo una parada en las conmemoraciones comuneras del Villalar de 1976, donde Ferlosio iba a leer un pregón que ha recuperado en diversas ediciones. Me parece que allí asoma oblicuamente su inquietud ante la apertura de las causas de la Guerra Civil. A lo largo del capítulo trataré de dibujar el *lugar* desde el que habla Ferlosio. No me refiero solo —aunque algo diré sobre ello— a la aparición de un órgano como *El País*, al que se incorpora con intensidad, sino también a los espacios simbólicos que invoca y que resuenan en su prosa. Si he de abundar en las facciones jurídicas de su escritura, he de hacerlo también en el fuerte ascendente de la prédica religiosa. Ese es el perfil, presente por lo demás desde el principio, que irá ganando peso y a partir del cual él mismo habrá de retratarse.

Para acabar, el octavo capítulo atiende a las frustraciones políticas de un PSOE cada vez más apegado a su perpetuación que a la fidelidad a los postulados ideológicos que propugna. Se trata, al cabo, de la derrota, el abandono o la larga hibernación —de todo ha habido— de una larga sucesión que fue pasando de posturas maximalistas a socialdemócratas que pronto serían socioliberales. Traza esa evolución de forma sintética, pero informadísima Gabriel Plata Parga, cuyo libro —tengo la impresión que apenas conocido— *De la revolución a la sociedad de consumo* (2010) traza la evolución de muchas figuras que han de asomar en estas páginas: Aranguren, Sacristán, Savater... Estas y muchas más están en el ambicioso *Herederos y pretendientes* (2009), de Vázquez García.

Este último Ferlosio es citado a menudo a causa del artículo «La cultura, ese invento del gobierno», artículo importante a la hora de describir —a ello dedico el primer tramo del capítulo— el cambio de códigos y retóricas generacionales y la posición que Ferlosio adopta en ellos. «La cultura, ese invento del gobierno» fue una pieza ya celebrada entonces y ha sido abundantemente recordada por el libro que ha puesto en circulación unas siglas (con su deje de estigma y un punto de *marketing*) que han hecho fortuna entre quienes revisan aquel periodo. Las siglas son CT y fueron propuesta de Guillem Martínez (2012). Nacido en la longitud de onda del 15-M, aquel trabajo señala una de las principales corrientes adoptadas por el hispanismo y dos de sus libros han sido productivos para ver

con mayor precisión cuál es la constelación intelectual desde la que se revisita aquel texto. Luis Moreno-Caballud se refiere a él repetidamente en *Culturas de cualquiera. Estudios sobre democratización cultural en la crisis del neoliberalismo español* (2017), que escapa, parcialmente, a la cronología de esta tesis y del que me ha interesado el dibujo tecnocrático de las élites. Apenas lo cito porque centra su atención en generaciones posteriores a las de Ferlosio, pero *Culpables por la literatura. Imaginación política y contracultura en la transición española (1968-1986)* (2017), de Germán Labrador, cuyo poderoso arranque es, hasta donde yo sé, la exposición más minuciosa de lo que el relato oficial de la Transición niega, me ha dado mucho que pensar. Me ha ayudado a entender, asimismo, los ejercicios de subrogación histórica que toda generación lleva a cabo de forma más o menos consciente. Quiero agradecerle que me acogiera en una estancia de investigación en Princeton, así como que me brindara la posibilidad de asistir a los seminarios que impartía, donde pude tomar contacto con otros enfoques e investigadores.

La última cuestión que aborda el capítulo octavo es el debate acerca del referéndum de la OTAN. No haberse opuesto a la permanencia fue motivo de congoja durante algún tiempo. Muchos recuerdan aún que juzgó necesario retractarse en público diciendo que había perdido el honor. Era obligado abordar el acontecimiento con cierto detalle: la crisis era el mejor acceso a la magnitud de sus convicciones y a la dificultad de serles fiel. A despecho de toda cronología, me ha parecido que este podía considerarse uno de los grandes hitos en la comprensión de su figura. No es que no diga una palabra sobre lo que vino después —a lo largo del capítulo me asomo a fechas posteriores—; Ferlosio siguió escribiendo incansablemente, pero describirlo minuciosamente me hubiese obligado a volver sobre aspectos abordados previamente. La obra de las noventa y los dos mil no es menos intensa que la anterior, pero la repite. Aun así, he conjurado la brusquedad de un cierre otánico con un sucinto panorama de la oleada neoliberal.

Ya se ve que la bibliografía citada no es numerosa. Espero que no se me tome como un desplante: son muchos y espléndidos los textos que se han ocupado de Ferlosio. Elide Pittarello (1998) escribió sobre *Alfanbuí* en el dossier que Archipiélago dedicó al autor. Allí destaca el artículo de Savater (1998), que ha sido uno de sus mejores retratistas. Azúa ha reunido varios trabajos sobre Ferlosio en *Lecturas compulsivas* (1998), aunque prefiero otro texto suyo, recientísimo y aparecido en el homenaje que el propio Savater orquestó en *Claves de razón práctica*, donde Andreu Jaume (2019) hizo una estupenda contribución. Allí está también un trabajo brillante de Moreiras-Menor, a la que tuve el gusto de escuchar una ponencia sobre el lobo en tres cuentos del autor. En aquellos



encuentros, organizados por Teresa M. Vilarós y Alberto Moreiras en el Centro Internacional Antonio Machado bajo la rúbrica de *Rafael Sánchez Ferlosio y la infrapolítica*, pude escuchar (además de Moreiras y Moreiras-Menor fueron Pedro A. Aguilera Mellado, Jaime Rodríguez Matos, José Lázaro, Gerardo Muñoz, Jorge Álvarez Yágüez, Pilar Gatell, Javier López González y Juan Antonio Ruescas Juárez) y conversar con varias personas cuyos trabajos deberían ver la luz en forma de libro en fecha no muy lejana. Ruescas Juárez es, asimismo, autor de una tesis que organiza de forma sistemática la fronda de temas que centran la obra de Ferlosio. Fruto parcial de ella es un libro que recoge resumidamente cada una de esas cuestiones. Una síntesis de las ideas narrativas de Ferlosio se encontraba en la segunda mitad de un libro apenas conocido, *El testimonio de Yarfoz de Rafael Sánchez Ferlosio o los fragmentos del todo* (1995), donde Inés d'Ors abordaba con detalle la última novela del autor.

He sugerido antes la importancia de ciertos libros que no llegan a aparecer citados en el cuerpo de la tesis; uno encuentra en ellos claves, pistas y desvíos. Como no podía ser de otro modo, muchos de ellos han venido de Domingo Ródenas y Jordi Gracia, con los que he afinado infinidad de ideas en torno a un plato caliente o un café.

Como decía al empezar esta nota, hace unos años que Ferlosio ha dejado de ser el autor de *El Jarama*. He expuesto en otro lugar (2017) que la reciente edición de la mayor parte de sus artículos y ensayos, al cuidado ejemplar de Ignacio Echevarría, puede leerse como el reposicionamiento de su nombre de autor. Mucho me equivoco o en el futuro las paráfrasis de sus escasos lectores hablarán de «el autor de *La homilía del ratón*» o «el autor de *Vendrán más años malos*». Nada le habría gustado más.

## BAJO LAS ALAS DEL SINIESTRO PÁJARO. PRÓLOGO Y MÉTODO.

-Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza, tu hijo [...]-  
-Déjate desas sandeces – dijo don Quijote -, y vamos con pie derecho a entrar en nuestro lugar [...].  
Con esto bajaron de la cuesta y se fueron a su pueblo.  
(en Valente 2008:52-53)

Me temo que se ha recordado demasiadas veces: al borde de los años setenta, cuando la juventud y la revuelta dan el tono de los tiempos, a Carmen Martín Gaité le llega *un aviso: ha muerto Ignacio Aldecoa*. Ese es el acontecimiento y también el título de un artículo que tendrá varias vidas hasta que, décadas después, sea refundido en un libro de conferencias que homenajea al amigo muerto y a la juventud perdida de aquel grupo. Como todo lo que Martín Gaité venía escribiendo desde tiempo atrás, *Esperando el porvenir* (1994) oscila entre la voz y la escritura, entre la intimidad y la historia, lo que ahora había cambiado es que aquella muerte le hizo ver que su generación iba siendo objeto de la historia, había llegado la hora del recuento. Eso fue aquel libro. Entre sus páginas hay un pequeño archivo fotográfico que retrata la vida de aquellos muchachos. De alguna manera, ojearlo es asomarse al mundo que el primer tramo de esta tesis quiere interpretar: allí están las jiras campestres, las tascas, las fotos de escritor con gesto grave, el viaje a un Manhattan largo tiempo fantaseado, el viaje por los pueblos, las chabolas visitadas o visionadas en películas de De Sica y Zavattini, el padre Llanos ante un micrófono en El Pozo del Tío Raimundo, donde un grupo de vecinos juega a recrear escenas de la Guerra Civil. Son el álbum de una generación que en breves instantes empezará a desplegarse. Antes debo, con todo, consignar la única fotografía<sup>1</sup> que no he tenido que revisar para escribir las líneas anteriores, porque me acompañó un tanto obsesivamente cuando este proyecto echó a andar y porque tiene, o entonces tuvo para mí, la virtud de plasmar una situación y muchas trayectorias: Ignacio Aldecoa y Manuel Pilares se encuentran de espaldas a un águila imperial de piedra. Posan simétricos: un pie descansa contra la peana de la estatua, una mano sujeta una pipa, la otra se pierde en el bolsillo, cada cuerpo cae bajo un ala. Están en Cáceres, una noche de mayo de 1955, quizá en alguna de aquellas excursiones a provincias que fueron tan importantes en su formación.

El pie de foto reza «Bajo las alas del siniestro pájaro», pero la letra no es suya ni de entonces; es de Martín Gaité, tal vez del mismo 1994, cuando la foto de un día se ha

---

<sup>1</sup> Anexo 1.

convertido en documento de una época y resulta imperioso profanar el emblema del Imperio, burlarse, grafitearlo. No es fácil saber si ya entonces contenía ese subtexto; si ya era un *pájaro siniestro*, aunque es muy probable que sí. La foto es compleja: Aldecoa está a punto de ingresar en la treintena y su patriotismo ha encarnado en otros símbolos; Pilares, que en realidad se llama Manuel Fernández Martínez y solo le saca cuatro años, lleva a cuestas un largo historial: siendo muchacho ha participado en la revolución asturiana del 34, se ha enrolado en el ejército republicano, ha pasado por la cárcel, ha sido condenado a muerte e indultado en 1941 (Jurado Morales 2012:115-116).

1955 es una fecha bastante avanzada en el viraje ideológico de aquella generación. No es que entonces todos tengan las ideas muy claras ni que hayan cortado de raíz con el culto a José Antonio, pero su poética se ha alejado del triunfalismo y ha ido creciendo de espaldas a los emblemas de la oficialidad. Recientemente he conocido dos testimonios próximos a la fotografía a través de J. Benito Fernández. El primero es de finales de los años cuarenta y sitúa a Rafael Sánchez Ferlosio vandalizando un mapa colonial colgado en un despacho vinculado a los Grupos de Agitación Hispánica. Su intervención fue elegantemente demoledora: donde la cabecera decía «Tierras robadas» pasó a leerse «Tiernas bobadas» (2017:106). El segundo testimonio es de 1957: Chicho, el menor de la familia, es expulsado de la escuela por subirse a una estatua ecuestre e imitar la voz aflautada del Caudillo dirigiéndose a la nación (188).

Es inevitable convertir ambos episodios en rúbricas de su ruptura con aquel mundo, porque conocemos la deriva dispar de Rafael y de Chicho, la de Aldecoa, y es fácil encontrar en la red fotografías de un Pilares envejecido cargando al cuello una gigantesca enseña comunista que proclama su condición de último Rojo en un país donde ya solo hay socialistas, según protesta poco antes de morir —allá en 1992—, mientras se niega a darse por enterado de la caída del Muro del Berlín (Jurado Morales 2012:116). Conocemos esos cambios y nuestros trabajos prestan especial atención a los indicios por los que se hacen perceptibles. Este no es distinto, aunque querría no eludir aquello que, pese a no quedar cancelado, el énfasis en el cambio tiende a apartar. Trataré de explicarme algo mejor: la descripción de las transformaciones —y Ferlosio tendrá mucho que decir a este respecto— tiende a construirse con arreglo a una ideología inexpresada que concibe el cambio como un fenómeno necesario. Conforme se ha señalado tantas veces, el estadio presente se infiltra como *télos* del pasado seleccionando ciertos hechos e imprimiéndoles un propósito que satisface sus necesidades. He procurado, supongo que en vano, no incurrir en ello, y he hecho lo posible, como decía, por no perder de vista lo que resultaba menos visible en los

cambios de escena, por eso este trabajo está sembrado de menciones al *residuo*, y a la *residualización* que una época opera sobre lo que se le antoja como un estorbo o incordio castrador para los nuevos tiempos. Sin duda son muchos los términos que podrían ocupar ese enclave: pervivencia, perduración, subsistencia, persistencia remiten, con inflexiones muy distintas, al mismo fenómeno. Pero ¿no son todos ellos, al cabo, junto a *residuo*, obra de ese *télos* contra el que he procurado precaverme? He abogado por los términos *residuo* y *residualización* porque me ha parecido que eran los que mejor traducían la obsolescencia que esa lógica temporal arroja sobre lo que estorba.

Por eso, en este trabajo importará tanto el cambio como las condiciones que lo determinan, y con esto último me refiero no solo a las emergentes, sino a las que intervienen, por así decir, a modo de sustrato. Me refiero, por volver a la fotografía, a la acción que la estatua ejerce como organizadora de la composición al recoger ambos cuerpos bajo sus alas. Es ese influjo el que se le hace *siniestro* a Martín Gaité y lo que la lleva a atacar la clave que organiza la escena. Lo mismo que en los casos anteriores, el pie de foto interviene sobre un orden de legitimidades y significados: para disputar el significado que la composición sugiere, propone otro que entregue su significado legítimo. Porque es conflictiva, nos dice cómo debemos leer la composición. Y para ello acude a un término de especial densidad. Lo *siniestro* es, bien mirado, una forma de la epifanía, la irrupción de lo inquietante en el rostro de lo familiar, el extrañamiento en el seno de lo propio, según la archifamosa caracterización de Freud (2008).

Dos cuerpos no son una comunidad, pero dos cuerpos replicándose especulares bajo un monumento sugieren una fuerza que los conforma. Tampoco Martín Gaité está interviniendo contra ese pájaro siniestro en concreto, sino contra *el siniestro pájaro* en el que todos se encuentran subrogados. Cambiará el lugar, las dimensiones, los materiales, los fotografiados, pero cada uno de estos pájaros es *el mismo pájaro*; de igual modo que el exabrupto de Martín Gaité comprende a todos los especímenes, nuestros dos cuerpos están en representación de una totalidad mayor que ellos. Esta será una clave importante al abordar las relaciones de las partes y el todo en el fascismo; ahora interesa que ahondemos en aquello que lo *siniestro* ha hecho visible, porque en ello consiste su efecto, en que por él aflora algo no siempre visible ni explicitado, pero que se encuentra inscrito (y activo) en el entorno más familiar. Ese *algo* es lo que convierte la fotografía en cifra de una posición psichistórica. En ella se hace presente el «mundo de lo dado por supuesto», como lo llaman los sociólogos de la escuela fenomenológica, que lo consideran, por cierto, como la forma más sutil y penetrante de coacción del orden establecido» (1979:38). Son palabras de

un sociólogo de aquella generación, Juan Francisco Marsal, y proceden de un libro cuyo título, *Pensar bajo el franquismo*, anda próximo al pie de foto.

Así las cosas, si la foto me interesó tanto es porque en ella asistimos al desdoblamiento de una época que *descubre* el influjo de aspectos que (lejos, por lo demás, de estar cubiertos) se encontraban a la vista de todos, perfectamente camuflados bajo la luz del sol, en el mundo de lo dado por supuesto. Nada nuevo había en aquel pájaro, pero debía de ser siniestro verse, a despecho del odio manifiesto que se le profesara, recogido *bajo* sus alas. No obstante, por más que la foto haya contribuido a capturar esa presencia, este trabajo no se construye sobre material fotográfico, sino que busca su rastro en la lengua y en las poéticas de aquel tiempo siguiendo la pista de Rafael Sánchez Ferlosio. Y es que incluso entre quienes nunca aceptaron aquel mundo o rompieron tempranamente con él, es perceptible su huella. Pondré un ejemplo: en 1953 Juan Antonio Gaya Nuño tiene 40 años. En 1936, a escasos meses del arranque de la guerra, su padre, entonces alcalde, es fusilado. Gaya Nuño, que entonces cuenta 23 años, se alista como voluntario en el ejército de la República, a resultas de lo cual pasará cuatro años en diversos penales y vivirá «en libertad vigilada hasta 1954 con un control judicial y policial tal que le obliga a acudir a comisaría periódicamente. Sin posibilidad de acceder a puestos oficiales ligados a su formación académica y tronchadas sus pretensiones de aspirar a una cátedra de Historia del Arte» (Jurado Morales 2012:65). Pues bien, en 1953 se estrena en las páginas de *Revista Española* con una intervención programática de tono belicoso: «Es un dogma tradicional y eterno, vivaz y joven, despierto, alerta, totalmente vivo. Hay que aceptarlo o repudiarlo como tal dogma. En los campos de la plástica están los bandos bien delimitados y hay que tomar partido. Idealmente, va a ser verdad el *slogan* que encabeza estas páginas: La plástica con sangre entra» (*Rev. esp.* 2015:80).

No es el tono acostumbrado en él. En parte se explica por lo que tiene de manifiesto, y en parte, porque «[e]scribiendo, uno se calienta» (96), como dice al final. Pero una parte nada menor responde a algo más: aunque las afinidades de Gaya Nuño con el régimen hayan de ser nulas, la retórica que emplea no desafina lo más mínimo de sus afines. Claro que ni es nueva ni la inventó el Régimen. Esos modos estilísticos, rápidos, agresivos, llevan el sello de la prosa de los años veinte y los años treinta, y van a ser rápidamente captados por la prosa de Falange, a la que ya están indefectiblemente ligados cuando se escribe el texto. La acumulación de adjetivos ágiles, cortantes, briosos, rotundos refleja el fervor por el deporte y lo marcial, y a ambos (igualmente odiados por Ferlosio en el futuro) se ajusta la sistemática partición del mundo en grupos de opuestos en competición

inconciliable. Véase cómo las palabras de Gaya Nuño apenas difieren de las que Rafael Sánchez Mazas dirige a las juventudes falangistas en la presentación de *F.E.*, primer vehículo del movimiento: «No queremos cucos, ni falsos tontos, ni aficionados incapaces. O se nos vence o se es vencido por nosotros pero a cuerpo limpio. No hay otra partida. [...] / Se estará en nuestras filas o contra nuestras filas, pero F.E. no se confisca por nadie ni se somete a nadie ni se suplanta y falsifica por nadie. Quede esto bien entendido con todas las posibles consecuencias» (1957:5-6).

Lo mismo podría decirse de la conjunción de adjetivos como «tradicional y eterno, vivaz y joven», cortados por el mismo patrón con que solía invocarse «una España fresca y antiquísima, nueva y eterna» (Sánchez Mazas 1957:28). No se trata de abundar en ello; todo se acoge a lo observado por Mónica y Pablo Carbajosa: «La retórica política falangista se basa principalmente en dos recursos: la antítesis y la reiteración» (2003:113); recursos que producen y reflejan un mundo polarizado. Si algo cabe destacar es el privilegio que se arrojará el bando vencedor, cuya identidad concilia lo eterno y lo nuevo, antigüedad y frescura, tradición y modernidad, parejas continuamente repetidas para certificar que, en cuanto instrumento de cambio, este sujeto histórico mide y controla sus rupturas, toda mutación es autóctona, endógena. A los opositores los confinaron en dos vías aberrantes: de un lado, un tradicionalismo condenado a la moribundia por su incapacidad de transformación; del otro, la traición a la tradición mediante incorporaciones bastardas, degeneradas, exógenas, antiespañolas...

Que Gaya Nuño discurriera en la misma matriz retórica no debería levantar extrañas suspicacias ni llevarnos a postular —como a veces, por lo demás, tiende a hacerse— la acción inescapable de un fascismo ubicuo que habría colonizado —y hasta clonado, por retomar aquellos dos cuerpos especulares— a todos sus súbditos. No; la complejidad de la fotografía debería valer también para la producción verbal, porque ni el régimen más tentacular ha logrado jamás adueñarse definitivamente de sus criaturas; basta recordar los orígenes de Gaya Nuño o los atentados contra mapas y estatuas. No, lo que aquí sucede responde al prestigio de ciertos modelos expresivos —donde el ascendiente de Ortega y Gasset es difícilmente exagerable— que invadieron el discurso público de forma tal vez no distinta a como se le reveló a Victor Klemperer: «Observaba cada vez con mayor precisión cómo charlaban los trabajadores en la fábrica y cómo hablaban las bestias de la Gestapo y cómo nos expresábamos en nuestro jardín zoológico lleno de jaulas de judíos. No se notaban grandes diferencias; de hecho no había ninguna. Todos, partidarios y

detractores, beneficiarios y víctimas, estaban indudablemente guiados por los mismos modelos» (2012:26).

Los modelos son guías, orientan en la medida en que suministran un repertorio de conductas (verbales o no) sancionadas. Son giros, configuraciones, categorizaciones que a fuerza de informar el discurso y la mirada logran naturalizarse hasta convertirse en *aquello que nos habla*, como dijo o podría haber dicho Agustín García Calvo. En eso estriba la ideología, y su alcance es sin duda profundo, pero no necesariamente incontestable. Siempre queda un espacio de posibilidades en el que Edward Said situaba precisamente el *lugar de la crítica*:

Por una parte, la mente individual se inscribe en y es muy consciente del todo colectivo, del contexto o la situación en la que se encuentra. Por otra, precisamente debido a esta conciencia —una autocolocación mundana, una respuesta sensible a la cultura dominante—, la conciencia individual no es simple y naturalmente una mera hija de la cultura, sino un factor histórico y social dentro de ella. Y debido a esa perspectiva, que introduce la circunstancia y la distinción en donde solo había habido conformidad y pertenencia, hay distancia o lo que también podríamos llamar crítica (2004:29).

«Todo esto», añade a renglón seguido, «perturba la autoridad cuasirreligiosa de encontrarse confortablemente en casa entre los suyos, apoyado por fuerzas conocidas y valores aceptables, protegido contra el mundo exterior» (29).

En algún tramo del viaje ideológico de aquella generación, José Ángel Valente escribe un breve ensayo en el que sostiene la necesidad de limpiarse la mirada. «El lugar del canto» aboga por relacionarse con lo inmediato deshaciéndole la malla que lo sustrae en abstracciones: «Porque en lo moderno la patria ha absorbido o anulado al lugar y, siendo como es mayor nuestra pertenencia a la viviente realidad de éste que a la cristalizada retórica de aquélla, la impuesta noción de patria en vez de ser más universal lo es menos y en vez de realizarnos nos desrealiza. [...] Por eso tal vez fuera necesario ser más lugareño y menos patriota para fomentar la universalidad» (2008:50). Años después, apoyándose en un concepto de Marx y empapado de Adorno, Ferlosio escribirá algo muy similar: «un territorio es un hábitat convertido en fetiche por la violencia abstractiva de la dominación. Tal abstracción consiste en allanar o dejar en suspenso las concreciones y determinaciones adquiridas por tal o cual tierra a través de una larga continuidad de relaciones, cada vez más cualificadas, con una determinada actividad viviente o animal. La acción dominadora incide destructivamente en la relación entre la tierra sobre la que se impone y los hombres que la habitan. La tierra como hábitat es el suelo de la vida; la tierra como territorio es el solar de la dominación» (2016:209).

Las notas de los dos autores no eran contemporáneas, pero incidían en algo presente de forma temprana en las obras que ambos publicaron en los años cincuenta. Aunque no siempre lograsen desprenderse del aliento patriótico, las poéticas de aquellos años quisieron ser, ante todo, una manera de mirar y habitar el espacio y, en la medida en que pudieron o supieron, se acogieron a la «descongestión del lenguaje propio y ajeno» a la que Valente urgía en el mismo texto. El título mallarmeano del libro en el que apareció, *Las palabras de la tribu*, podría muy bien condensar algunas claves generacionales muchas veces señaladas.

Hubo, por supuesto, rasgos idiolectales, privativos de cada uno de ellos, pero aquí tiendo a resaltar la armonía de sus voces, y así, el mismo año en que se sacaba la foto junto a Pilares, cuando ni Valente ni mucho menos Ferlosio habían escrito los pasajes citados, Aldecoa realizaba un ejercicio basado en mostrar el desfase que mediaba entre la retórica ampulosa y la miseria de las chabolas. Podrían aducirse numerosas muestras, pero esta, que pertenece a «Solar del Paraíso» y se recrea con humor en la descripción de un chamizo «de estilo complejo» que es «punto y aparte en cuestiones de construcción» tiene la gracia especial de deconstruir lentamente la *patria* (o el *territorio*) desde el *lugar* (o el *hábitat*); de oponer, para introducir una pareja que habrá de ocuparme, el *Verbo* y la *carne*. La fachada del chamizo, que «tiende a lo ciclópeo» y lo colosal junto a una «decadencia» hecha de «azulejo desportillado» y «mármol medio sepulcral, medio de mostrador de carnicero», es una encarnación grotesca del *verbo* oficial. Aldecoa se detiene con placer y saña, enumera la incongruencia de los detritos, detalla las cuatro caras de la vivienda con la minucia del crítico de arte y cierra así: «En las ventanas la verde uña de gato y el amor de hombre florecen en latas y en viejos pucheros. En un reluciente bote que contuvo pimientos patriotea la bandera española en amapolas y jaramagos» (cit en Martín Gaité 1994:101). Es el blasón de un dispositivo retórico malformado donde la *patria* se pergeña con materiales de desecho; cierto, solo que el blasón también revela una mirada compasiva por el *lugar*, por las vidas humildes que lo han erigido para guarecerse del viento y del frío, por los pucheros, por las latas de conserva, por los materiales que al articularse como un *arte povera* desarticulan la *patria* ciclópea. El *Verbo* proclama la patria, la *carne* entrega un paisaje de jaramagos y amapolas y una historia de pimientos. La contemplación del chamizo se asienta sobre el esquema del viaje a las afueras, que solía llevar adherido el viaje a las afueras de la retórica triunfalista; parodias, ambos de «un estado de pureza artística [...] muy rara vez existente» (cit en Martín Gaité 1994:101).



Rara vez tan excesivas, esas descripciones forman parte de un ejercicio poético muy frecuente entonces, pero no fue, como decía, estrictamente literario. Aquel tópico literario es indisociable de una topografía moral. Pero ya he dicho que a este trabajo le interesaba el sustrato que permitía las mutaciones. Que un par de hierbas *patrioteen* no invalida la existencia de la *patria*; que los desheredados de la tierra no hubiesen conocido más que miseria no quitaba para que la vindicación de los mismos se urdiera desde —*bajo*— una constelación deudora del grupo con el que se rompía. La apuesta por la existencia sobre la esencia del texto de Aldecoa no disuena necesariamente de una concepción idealizante que convierte lo popular y lo aldeano en manantial de las esencias y reserva moral de la nación. Al cabo del trayecto no estaríamos tan lejos de una resencialización. Los procesos de ruptura suelen gestarse, al cabo, en la incongruencia observada entre los principios proclamados y su realización efectiva, y es la antigua palabra, recibida en herencia, la que puede prender fuego al viejo edificio. Ya hace muchos años que Barry Jordan llamó la atención sobre la huella que aquella disidencia juvenil mostraba en sus trabajos. Sus escritos bebían de una «sort of elevated conception of the writer and of literature enunciated by certain falangist writers and intellectuals in the 1940s, e.g. a social awareness, a literature committed to telling the truth» (1990:37). Como es sabido, muchos habían heredado sus «social and ethical preoccupations from their experience of the SEU and Falange, but develop radical, oppositional views precisely because of their disillusionment with these organizations» (36).

Me he propuesto, como decía, no desatender esos fenómenos. Querría contar la transformación cultural e ideológica de un tiempo sin caer en la trampa de perder de vista las condiciones en que se lleva a cabo; no perder de vista, por ejemplo, que la parodia de Aldecoa se produce en el seno de una matriz ideológica que, por más que asome bajo la especie de lo siniestro —precisamente por ello, de hecho, ya que lo *unheimlich* mora en lo *heimlich*—, sigue informando a quien la critica. Es muy difícil separar de una vez para siempre la *patria* del *lugar*, para decirlo no ya con Valente o con el fragmento del *Quijote* que él mismo aduce y yo doy en exergo, sino en cierto modo también con el soneto de Joaquín Du Bellay que al cabo de muchos años, el 24 de febrero de 1984, Ferlosio distribuiría entre los asistentes a unas jornadas convocadas alrededor de una cuestión que le fue tan odiosa como obsesiva: «¿Qué es España?» (2016:35).

El soneto, «quizás el más alto canto de la patria materna, del amor de aldea» es «un poema del retorno» a ese «punto cero particular y personal como centro de referencias inmutable» que «los hombres [...] y hasta los animales suelen necesitar [...] para acertar a

governarse sin zozobra en los avatares de la vida y para poder sentirse, aun a despecho del más irreversible alejamiento, protegidos contra la extrema desolación de la última extrañeza y desamparo por la ilusión, siquiera sea desesperadamente imaginaria, del retorno» (22).

Dice así:

Feliz quien como Ulises viaja con buena suerte  
o conquista los áureos vellones de Jasón  
y después, a la vuelta, con madura razón,  
dichoso en casa espera que le llegue la muerte.

Aldea de mis padres: ¿cuándo volveré a verte,  
con tus humos azules? ¿en qué clara estación  
volveré a ver el huerto de mi pobre mansión,  
que vale para mí como el reino más fuerte?

Más me placen los muros alzados por los míos  
que los templos de Roma soberanos y fríos;  
más que mármoles duros quiero pizarra fina.

Más mi Loira francés, que el gran Tiber latino,  
más mi monte Lyré, que el monte Palatino  
y más que olas del mar, mi canción angevina.

Aquella mañana Ferlosio entregó el original francés; yo lo entrego traducido porque me parece que esta versión nos permite percibir lo que para Ferlosio había de memoria sentimental en el poema. Si, como sostenía Pierre Menard, todo texto muda profundamente su sentido con el tiempo, uno traducido no ya únicamente a otro tiempo sino a otro idioma se expone a añadir nuevos sentidos, sobre todo cuando sabemos en qué época se tradujo y por mano de quién. El poema que nos interesa no tiene por autor a Du Bellay, sino a Rafael Sánchez Mazas (1971:95) y, por ello, para nosotros, el canto al *lugar* está *bajo las alas* de la *patria* de un modo mucho más pregnante de cuanto pudiera estarlo en Du Bellay. Fue un acierto recogerlo en la antología de poemas de Sánchez Mazas que preparó Ocnos en 1971; salvo por la geografía, apenas se distingue del resto de sus versos. Si en lugar de emplearse en traducciones latinas el joven Pedrito de Andía se hubiese aplicado al francés, el poema podría haber estado entre sus ejercicios de verano. Todo ello se ajustaba como un guante a la nostalgia provinciana de Sánchez Mazas, pero cualquiera que conozca al traductor sabe que en su obra el apego por los tonos menores convivió con la exhortación belicosa de nuevas Romas e Imperios por venir. El soneto, que aparecía como un canto a la paz del pequeño hogar, al «elemento maternal, hospitalario, umbilical, de la pura “querencia del lugar” o “amor de aldea”» (2016:22), pasa a volverse *siniestro* en una operación que vendrá produciéndose a lo largo de las próximas páginas. ¿Quién sabe si

en aquella predilección de Ferlosio por llamar a la lengua *castellana* y no *española* había algo de aquel culto al *lugar* frente a la *patria*? ¿Y quién sabe si en el arrobo con que tendía a referirse a ella —la más compleja sintácticamente entre las restantes europeas, solía proclamar— no se refugió un patriotismo que se afaná en exorcizar?

Y es que tal y como lo practican estas páginas, el efecto de lo siniestro estriba en la recuperación o subrayado de algo cegado. Aunque el propio término —que, por lo demás, no tengo interés en seguir aduciendo— parezca convocarlos, con él no se alude a oscuras artes de lectura ni a silencios morbosos, sino a un esfuerzo de explicitud que recurre a medios tan poco extraordinarios como pueda serlo la recuperación de textos excluidos del corpus ferlosiano o como pueda serlo, en fin, el énfasis en factores históricos y culturales que intervienen en la obra y que procuro hacer legibles. Buena parte de la producción de Ferlosio tiene que ver con el fantasma paterno. Su obra trabaja recurrentemente sobre la transmisión, la secuencia, la subrogación y la fuga, y está, en parte, determinada por la figura de Sánchez Mazas. Por supuesto que esas inquietudes fueron comunes a una generación que a menudo trasluce un pánico cerval a la reproducción del mundo de sus padres, pero en Ferlosio esa intensidad tiene una contextura algo distinta.

Pondré un último ejemplo: el 8 de julio 1982 Ferlosio publica en *El País* «Sueño y vigilia en armas», una extraña pieza que asocio a la foto de Aldecoa y Pilares. En plena Transición política, el hijo de Sánchez Mazas se sorprende en sueños con treinta años menos vistiendo el uniforme de un soldado de la Wehrmacht. Está en Rusia. Se ha apeado de un tren y va a entrevistarse con un alto cargo del ejército alemán. Al parecer está allí en calidad de intelectual al que se propone «que escribiese en algún periódico español (pues yo, aunque soldado en la Wehrmacht, seguía, al parecer, siendo español) un artículo sobre aquella campaña, como testigo de vista y hasta participante» (2016b:196). La situación le incomoda; busca algún subterfugio: quizás una pieza descriptiva o erudita que no le comprometa pueda valer... Pero lo que se espera de su artículo está claro: «“La cuestión..., claro, la cuestión es... —y aquí hacía una pausa especialmente larga— el precio. Saber si nuestra... idea... si nuestra idea merece tanta...”, y dejaba ahí la frase inacabada, como desfallecida, como exhausta; pero quedaban, sin lugar a dudas, en el aire, gravitantes, las palabras omitidas: “tanta muerte, tanto padecimiento, tanta destrucción”» (197). La respuesta es esperable para cualquier lector familiarizado con la obra de Ferlosio: la justificación del dolor es por antonomasia la operación fraudulenta con que se trata de acallar sus gritos irreparables. Así viene a decírselo a los lectores; con su interlocutor alemán es más escueto: «“A mí, sinceramente, esto no me gusta”» (198). Son las últimas

palabras, pero no el final del sueño: como arrepentido por el desplante, incómodo por el silencio que se ha creado discurre algún elogio de circunstancias con el que salir del paso; quizás unas líneas sobre Bismarck pudieran salvar la papeleta, pero no encuentra nada que elogiar. Ahora por fin sí: «Y entonces, como el alma concede al sueño, en el último extremo del apuro, la solución definitiva —mucho mejor que un *deus ex machina*— de accionar la palanca del despertar, me desperté» (198).

Fiel a su título, el texto narra sucesivamente un sueño y las reflexiones que merece en la vigilia. Estas últimas versan sobre el pie que presta Bismarck, sobre la fascinación que producen los forjadores de Estados, la estrategia militar, y en torno a la subyugación estética que encontramos en la limpia eficacia de lo letal: «Si tanto nos interesa y hasta —lo confesaré— apasiona la historia de los llamados creadores del Estado, es por el puro placer que produce en todo hijo de la cultura occidental, el espectáculo de la eficacia en sí monda y lironda. Se trata, pues, del placer funcional que puede producirnos la ingeniosa disposición y la certera actuación de cualquier máquina —un arma, por ejemplo— perfectamente idónea y eficaz para su fin, con entera independencia de la naturaleza de éste» (199). «La estética funcional», añade, «la estética de la eficacia, dominante en Occidente desde antiguo [...] es una estética predatoria que no remite, al fin, sino a la admiración y al culto de la fuerza y el poder» (199). El sueño había conducido al núcleo de una cultura que había visto arder buena parte de sus ilusiones acerca de sí misma: «¿Seguirá el Occidente empecinado en el idílico engaño de hermanar la belleza, la verdad y la virtud, o sea, la estética, la razón y la moral? En ciertas proporciones, la vetusta ilusión hace ya tiempo que parece que no marcha» (200).

No obstante, las reflexiones de la vigilia no deberían convertir el sueño en su pretexto; de hecho, tienen visos de ser el excursus que el sueño venía buscando desesperadamente, el expediente que le permitiera *salir del paso* para no verse obligado a desarrollar el aspecto más conflictivo del sueño. Estaba a la vista de todos que allí afloraban los fantasmas que rondaban el nombre de Ferlosio. Quizás los lectores de entonces lo percibieron más claramente que nosotros, porque los años setenta y ochenta dejaron un reguero de textos que ajustaban o amañaban cuentas con el pasado. Autobiografías, memorias, semblanzas, dietarios surtieron la necesidad de forjar un sujeto civil a través de un sujeto textual. Aunque escogiese un modo oblicuo, quizás el único de que era capaz, eso era lo que estaba sucediendo en aquel extraño artículo. El velo del sueño le permitía reservarse la ambigüedad borrosa de los significados; quizás hasta lograrse protegerlo contra una interpretación impúdica como la mía. El individuo del sueño se exhibía y se replegaba;

era y no era él. Nada había sucedido en realidad y, sin embargo, había sucedido algo real. El artículo intervenía de tapadillo sobre la percepción pública de una vida que se encontraba bajo la sombra siniestra de su padre. Guarda lo fundamental de los géneros forenses: la rehabilitación pública de un nombre estigmatizado por la historia, pretexto al que se acoge la novela que verá la luz pocos años después, *El testimonio de Yarfoz* (1986).

Todos sus lectores saben que esa es la *situación* de Rafael Sánchez Ferlosio. Es una evidencia que soslayamos por los efectos indeseables que podía acarrear. Hemos convenido, quizás un tanto a la ligera, en que uno solo es responsable de sus propios actos, pero la obra de Ferlosio sostiene lo contrario. Del mismo modo que el presente se encuentra atado al pasado, en cuanto fruto de la historia —de la que Ferlosio fantasea con huir—, el individuo debe su lugar a quienes lo precedieron. Ese lugar apareja deberes y obligaciones con el presente y con el pasado. Otra cosa es que los reconozcamos o los suprimamos. Cayendo en lo grosero me atrevería a decir que el mensaje cifrado de aquel sueño era que el «escritor en periódicos» que comparecía ante los lectores en 1982 no habría defendido, pese a los titubeos, las causas que en aquel entonces había abrazado con entusiasmo de ideólogo y propagandista otro «escritor en periódicos» de nombre parecido. No obstante, como habrá ocasión de ver, las cosas no eran tan simples. Se alejaba de su padre, pero sin herirlo, convirtiéndolo en presa de una fascinación que grava a Occidente desde sus orígenes, como decía el ensayo de la vigilia, en víctima de un delirio del que tampoco se había librado su querido Antonio Machado, autor de aquellos «detestables ripios fascistoides [...] sobre “la España del cincel y de la maza / con esa eterna juventud que se hace / del pasado macizo de la raza”» equiparables a «la peor literatura orteguiano-falangista» (2016:394). Incluso lo más amado había caído en lo abyecto, parecía decir. Lo culpaba a la vez que lo victimizaba, en una suerte de economía que tendía a igualar o cuando menos a desleír la frontera entre vencedores y vencidos. Todos, en sintonía con un relato de la guerra promovido por su generación, habían caído víctimas del furor de dominación, motor de la Historia.<sup>2</sup>

Ningún nombre empieza ni acaba en el registro civil. Su *significado*, si se me permite la expresión, radica en decisiones, fatalidades, relatos, que lo sitúan y le otorgan cierta

---

<sup>2</sup> Puede observarse este mecanismo cuando se refiere a la conquista de América: «No cabe duda de que, acostumbrados como estamos a unas instituciones de justicia que, contra la clamorosa evidencia estadística del condicionamiento sociológico de las conductas delictivas, inculpan y condenan como si el libre albedrío no fuese uno de los recursos más escasos entre los humanos; acostumbrados, digo, a este infantil reparto de papeles, bueno y malo, comprendo que a muchos pueda resultar tan arduo como turbador cualquier punto de vista que disminuya en algún grado la responsabilidad de los autores de tan tremendos e incontables crímenes como los que constituyen la trama dominante en la conquista y colonización de América, pero en esto consiste justamente el mayor espanto de la Historia Universal» (2016:365-366).

coherencia. Muchas veces no ha participado en ellos. También la historia lo puebla de imaginarios y mitos que sostienen íntima y públicamente la identidad. En 1982 debió de resultar acuciante intervenir sobre el significado que se atribuía socialmente a esa identidad y el expediente escogido fue el contrafáctico de viajar a los días que habían marcado su nombre y a su generación. Unos días en los que apenas si estuvieron, pero de los que no lograron escapar. Los persiguieron como un legado, aunque a menudo quedase sobreentendido o se rehuyese mencionarlo directamente. Por eso el sueño volvía *públicamente* a aquel momento como quien viajase para cancelar lo que allí tuvo lugar, cortando la transmisión de una enfermedad que llevaba décadas causando estragos, transmitida de una generación a otra, de Rafael Sánchez Mazas a Rafael Sánchez Ferlosio. Pero no fue solo cosa de sueños. Las novelas, los ensayos, las especulaciones, las decisiones estilísticas tendieron a construirse sobre o contra esa matriz. Biografías y obras hablan de la situación que sucedió a la guerra, del empeño de resituarse. En la resaca de los reacomodos de la Transición, cuando los géneros autobiográficos se convertían en el objeto predilecto de la especulación teórica y se abría paso la disolución entre lo ficticio y lo facticio, Carlos Thiebaut escribía unas páginas que exponen con claridad notable la encrucijada en la que se inscribe un nombre: «En efecto, la identidad que nos suministra un nombre no es sólo mostrar [...] el quién es alguien (yo, tú, el otro) por medio de una definición ostensiva, sino el señalar quién es alguien en un lugar determinado, el indicar dónde está cada cual» (1990:55). La «identidad-sentido», como la llamaba en páginas impregnadas de lenguaje postestructuralista, «ubica en un espacio de significaciones (bien sean prácticas sociales, creencias, interpretaciones) que [...] hemos ido llamando y llamaremos *texto*. *El texto es aquí, pues, el espacio donde acontece el nombre*. Nombrar es, por lo tanto, ubicar en un texto, “*intextualizar*”; e, inversamente, el texto como espacio de significaciones puede significar porque ubica, porque “*contextualiza*”, eso que es nombrado en un conjunto de prácticas, de creencias y de interpretaciones» (1990:55). De ello concluía, en definitiva, que «[e]l nombre supone [...] un espacio de significación, un texto, y ello bien sea [...] como origen de la denotación que se actualiza y se transmite, o bien porque al dar un nombre, al realizar el acto de nombrar, modificamos a la vez un conjunto de significados preexistentes o creamos unos nuevos que quedan asociados a ese hecho mismo de nombrar» (56).

Entre la conservación y la transformación de lo preexistente oscila también esta tesis. Bascula entre aquello que hace legible el gran texto o contexto en el cual tiene lugar la obra de Ferlosio y aquello que lo singulariza. Su clave de lectura, por lo demás obvia, es — para finalizar con Thiebaut— que la obra «puede crear con su presencia un nuevo espacio

en el que ubicarse» (56), pero que no puede borrar los anteriores. Aquí se exploran los textos y los contextos como elementos que se solapan, se querellan, se repudian y conviven... He procurado que este trabajo leyese las obras entendiendo que se encuentran complicadas en un conjunto más amplio de formas culturales; que no olvidase que las obras se inscriben en un flujo y que si logran significar e intervenir en él es precisamente porque están atravesadas por el mismo. Leo la obra de Ferlosio desde sus páginas a la vez que desde las de otros; de ahí que a pesar de que el trabajo se centre en él, no siempre lo sitúe en el centro. Juan Marichal sostenía que «un estilo literario —por haber preservado para siempre la singularísima y consistente ecuación visual de su autor— representa un elemento que el historiador debería esforzarse siempre por apresar: el de una conciencia ligada a su tiempo y en la cual son audibles los demás hombres coetáneos», y allegaba una sentencia de Amado Alonso que daba la vuelta a aquella tesis de que en la mediocridad se lee mejor lo característico de una época. Era justo al revés: «Los individuos más originales, si se les mira bien [...], resultan los más representativos de la vida circundante; no en lo contingente, sino en lo esencial [...] No hay estilo individual que no incluya en su constitución misma el hablar común de sus prójimos en el idioma, el curso de las ideas reinantes, la condición histórico-cultural de su pueblo y de su tiempo» (1971:17). Otro modo de decirlo sería que en cuanto tejidos, los textos se encuentran anudados a una trama que no empieza ni acaba en ellos. Quien aborda una obra, un estilo, suele descubrir muy pronto que su trama es mucho más extensa de cuanto había imaginado: que los hilos de una novela, que cierto tono o cierto adjetivo, lo llevan a lugares que una imaginación espacial situaba muy alejados o que ni siquiera habíamos percibido en una primera lectura.

Dar cuenta de una escritura pasa por describir esos hilos, sus nudos, sus enredos, su trayectoria, y cuando la descripción, como aquí sucede, se atiene especialmente a la escritura de un autor, lo más complicado es dar con el modo de que su texto no ciegue el contexto ni este a aquel. Hay, a este respecto, un último aspecto que ya he sugerido, pero debo destacar: estos textos no se limitan a reflejar los contextos en los que surgen, también fantasean con deshacer los vigentes para instaurar otros. En este sentido, aún diré lo que creo que este trabajo, con ser fiel a los propósitos expuestos, ha acabado siendo: un recuento de los *lugares* que ocupan, buscan o imaginan ocupar las élites vencedoras en el tramo que va de 1947 a mediados de la década de 1990.

Aquí no está todo Ferlosio ni solo Ferlosio. Sin duda, el resultado habría ganado en amplitud y en precisión, pero habría perdido en coherencia. Y a este respecto, me parece obligado recordar algo por lo demás obvio. Tener una tesis conlleva ciertos riesgos: una vez

que se tiene, todo se conforma milagrosamente a ella. Quiero pensar que este trabajo ha logrado sortear parcialmente ese riesgo y, que si lo ha hecho —cosa que juzgará el lector—, ha sido por la sencilla razón de que mi mirada fue pasando por varias distorsiones que han dejado su huella. Mi intención primera fue tratar de explicar cuáles habían sido las condiciones para que existiera una obra como la de Ferlosio: por qué escribía como escribía y por qué escribía sobre lo que escribía. Esas cuestiones nunca quedaron canceladas, pero suscitaron muchas otras. A propósito de la enseñanza de la Historia, el propio Ferlosio había señalado algo que puede resumir el modo de trabajo que he procurado seguir. Abogaba allí por «un conocimiento empírico, accesible a los sentidos y a la imaginación, enteramente envuelto en las circunstancias contingentes de su propio acceso y el avanzar de sus averiguaciones, impregnado en la concreción de los más menudos datos de su tiempo, su espacio, sus gentes, sus lugares» (2017:131). Toda cala en ese hecho, añadía después, no podrá evitar «ramificarse a partir de ese primer punto de punción, tendiendo a infiltrarse y propagarse a cuanto le rodea» (133). Así había interpretado él mismo, años antes, la función de los estilos artísticos: «La difícil penetración intuitiva, siempre parcial y nebulosa, en el pasado, que debe acompañar al abstracto conocimiento de los datos que nos aportan los historiadores, tiene por únicas rendijas de penetración el estilo de los textos de la época y los objetos materiales que de ella han sobrevivido» (1971:2).

Había que abordar, pues, cuáles podrían haber sido las causas históricas y sociológicas de su escritura y para ello era fundamental conocer cuáles eran estructuralmente los lugares por los que discurrió. Debían comparecer las instituciones que la acogieron, las propuestas poéticas que la rodearon, los imaginarios políticos, ideológicos y estéticos en los que se construyó y que seguían erguidos en la sombra, pero también los nuevos lugares, el modo en que se inscribía en ellos, qué le permitían ambicionar, qué posición decidía ocupar en ellos. Me he propuesto, en fin, que a través de su obra se vieran las transformaciones y las mutaciones tanto materiales como imaginarias de una cultura. Los efectos del medio sobre la escritura y la escritura, a su vez, como forma de diálogo, revisión y transformación del mismo.



## 1.- UN ALFABETO RARO. EL VERBO ENCARNADO

Me volví con el corazón a nuestras banderas y vi que nuestras filas cuanto más obedientes se volvían más majestuosas. En ellas se iba haciendo carne por obra de obediencia toda la majestad de España: el verbo del Imperio. (Sánchez Mazas 1939:20-21).

Unos años antes de que se tomara la fotografía de Aldecoa y Pilares, un precocísimo Rafael Sánchez Ferlosio da a la luz la extraña historia de un muchacho que modifica el mundo y crea figuras inauditas. Cuando la narración avance asistiremos a su bautizo como Alfanhuí, pero hasta entonces es solo «un niño» que vive en un pueblo castellano y está sorprendentemente dotado para extraer recursos de la naturaleza. Entre los primeros, a escasas líneas del comienzo, se encuentra uno especialmente revelador: la tinta con la que aprenderá a escribir. La ha extraído del reguero que han dejado unos lagartos muertos y da a la grafía un «tono sepia como nunca se había visto» (2008:77). El niño es prácticamente un autodidacta. En un breve párrafo se recoge su ingreso y su expulsión de la escuela por dar «mal ejemplo», por empeñarse en escribir en un «alfabeto raro que nadie le entendía» (77). Su madre trata de enmendarlo en vano: de nada sirve encerrarlo «en su cuarto con una pluma, un tintero y un papel» para que escriba «como los demás», porque en la soledad retoma su tinta preciosa, su «extraño alfabeto» y cambia el papel por «un rasgón de camisa blanca que había encontrado colgando de un árbol» (77), un rasgón que quizás sea «metonimia del cuerpo para formas jamás reveladas» (Pittarello 1998:65).

Los efectos de la escritura en el muchacho son inmediatos: al volver la página se produce su primera salida, al acabar el capítulo se despide de su madre, al iniciarse el siguiente es bautizado por su fugaz maestro con un nombre que no se acoge a ninguna convención humana; un nombre para un muchacho que acaba de darse a luz: Alfanhuí, la voz por la que se llaman los alcaravanes, a cuyos ojos recuerdan los suyos; el nombre para un niño que se está haciendo una mirada. Todo sucede así de rápido. Sin explicaciones, sin demasiados nombres, porque ni al muchacho ni al escritor parece inquietarles gran cosa el mundo interior de sus personajes ni qué fue de ellos en el pasado. Es cierto que incidentalmente alguna historia sí nos llega —y que habrá de tener su importancia—, pero ante todo *están* allí sin que sepamos mucho más. Estamos en 1951 (o en 1950, ya que la obra lleva firma de 13 de diciembre de ese año) y estamos ante una autogénesis: un niño acepta un nombre y encubre el anterior, un escritor novel fabula acerca de un alfabeto

totalmente nuevo, quizás porque los presentes parecen carecer de vigencia. Ya se ve que no todo es tan fantástico: este mundo extraño donde los gallos de veleta cazan lagartos y donde, no por nada, la mayoría de las mujeres son huérfanas o viudas tiene un suelo histórico. Discurre por Castilla y por el «inconfundible Madrid de la posguerra» (Fraile 1973:129).

### 1.1.- DARSE UNA FORMA: PREHISTORIA DE *ALFANHUÍ*

A menudo los escritores borran sus primeros pasos. Los *debuts* tienen rasgos demasiado acusados, y los de aquellos años fueron destemplados; con el tiempo suenan de un modo que las biografías y la historia han vuelto insoportables, participan de una ideología entonces en boga, pero hoy repudiable. La trayectoria de los niños de la guerra no arranca donde suele empezar a contarse, sino en otros textos y unos pocos años antes, en aquella época —evocaría Benet— en la que con el cierre de la frontera y la certeza de que el fin de la Segunda Guerra Mundial no alcanzaría a España sobrevino un «ambiente de renovada jactancia y patriotismo de campanario [...] y hasta los modales oficiales y públicos del país se volvieron más agresivos» (2010:21). Las primeras letras de la generación del cincuenta se fraguan en esa bulliciosa constelación intelectual de finales de los cuarenta que Jordi Gracia llamó ‘cultura del SEU’ (1994, 2006). Antes de acometer *Alfanhuí*, que es donde tendemos a empezar a contarlo, Ferlosio realiza sus primeras contribuciones en la prensa de la juventud universitaria con un cuento en *La Hora*, con un exabrupto contra la redacción de *Alcalá* y con una pieza igualmente enojada en *Alfêrez*, el diario de las juventudes del Colegio Mayor Cisneros, cuyo emplazamiento original, bajo la dirección de Laín Entralgo (después bajo la de Sánchez Bella se mudaría a la recién reconstruida Ciudad Universitaria) fue «la antigua Residencia de Estudiantes» (Lago Carballo en Marsal 1979:184).

Como tantas otras de entonces, aquellas cabeceras muestran la vehemente convicción que mueve a las promociones universitarias, su «dogmatic belief in student elites as the vanguard of cultural renewal» (Jordan 1990:37). Están convencidas de que andando el tiempo engrosarán los cuadros del *nuevo* Estado, pero llevan mal la espera porque vienen insistiéndoles muy tempranamente en que son los artífices prioritarios de la nueva realidad, que es la consigna explosiva que circula entre ellos. Y es que, a pesar de que todo lo desmintiera, los proyectos culturales de la inmediata postguerra anhelan el corte con lo heredado. En ese *año de la victoria* que se estampa en los libros del 1939 se cifra un

voluntarioso año cero, el inicio de una era. Todo se había diseñado para que así fuera. Entre los actos simbólicos de la nueva política cultural estuvo el rebautizo de las instituciones republicanas, avatar de la terminología arqueológica que proliferaba en las instituciones políticas. Las proclamas pueden rastrearse en multitud de publicaciones, pero espigo el rotundo editorial con el que en 1942 *Cuadernos de Literatura Contemporánea* se presentaba a sus lectores como plataforma desde donde «crear una estética literaria nueva y nacional, que no pacte, cobardemente estéril, con la anterior, y pasada en todos sus aspectos, ni menos finja novedad en un contubernio engañoso con lo extranjero» (cit. en Gracia 2006:114). Otra cosa es que la proclama «[s]e compade[zc]a mal [con] la atención crítica que obtienen autores al final de su trayectoria» (Gracia 2006:114) o que aquellas publicaciones se hicieran a base de nombres de muy largo recorrido, cuyas firmas y prestigio remitían a un mundo nada novedoso (Cf. Mainer 2005). Todo ello habla, por supuesto, de la pasmosa incongruencia del programa, que pronto será insostenible, pero en el arranque de los años cuarenta —tan angustiados por su conciencia de *impasse*—, cuando la hora europea del fascismo aún no se ha puesto, el continuismo de los viejos nombres no desbarata la ilusión de que en el horizonte más inmediato se divisa el surgimiento de algo nuevo. Quizás lo único que allí se desbarate sea la legitimidad de los viejos nombres como agentes del cambio; no el proyecto que anuncian ni el brío de los recién llegados.

La virulencia de los textos de los cuarenta solo puede comprenderse desde la excepcionalidad de su situación enunciativa, misionalmente convencida de que a los nuevos nombres les está encomendada la forja de una cultura genuinamente nacional, cultura programáticamente autóctona, un *alfabeto nuevo*, quizás, segregado desde el aislamiento en los tiempos industriales a que obliga la autarquía. No importa aún, como digo, que los hechos desmientan el programa, los momentos inaugurales tienen la dudosa virtud de espolear un entusiasmo fervoroso que pierde de vista lo evidente. Muchos años después Ferlosio habrá de recordarlo: «Es extraordinario observar hasta qué punto el poder del efecto catártico, el sentimiento de un inmenso saldo acreedor, suscita en las posguerras —a despecho de un estado de destrucción moral comparable al de la destrucción física y material del pueblo entero— esa delirante sensación de renacimiento, de momento ideal para el alborear de una nueva era histórica santificada y venturosa» (2017:86).

Sin embargo, lo que los años hacen aparecer *extraordinario* fue entonces lo ordinario. Se había venido alentando desde tiempo atrás a golpe de manifiestos vanguardistas repletos de fantasías destructoras religadas con nostalgias tradicionalistas; se trataba de arrasar un mundo caduco y degenerado en pos del entronque palingenésico con otro aún más remoto

y a la vez nuevo... Un «*nuevo mundo antiguo*», diría Ridruejo (1973:29), sintetizando la aleación de un «talante nacionalista-restaurador, compatible en muchos de nosotros con una esperanza futurista renovadora» (26). Nada era *extraordinario*, o tal vez sí, tal vez sea mejor decir que lo ordinario había desaparecido a manos de una *extraordinariedad* crispadamente sostenida en el tiempo. Se cabalgaba a lomos de un sueño (contra)civilizatorio que ahora, a la vista de las ruinas, ofrecía por fin la posibilidad de plasmarse en la construcción, antigua y nueva, de *la ciudad fascista*. No podía flaquearse después de tanto esfuerzo.

La sobrestimulación retórica de aquellos años, me importa destacarlo, no es nueva. Pervive en los hijos de los vencedores como legado paterno. Las tensiones más tempranas vendrán, precisamente, de intentar dominar y encauzar los efectos de esa transmisión. Porque la animosidad que —alcanzadas cotas de poder o viéndose hábilmente reducidos en la estructura del Estado— se ha ido distendiendo en algunos de los mayores sigue en los retoños como una intacta fe marcial que caracteriza muchas de sus intervenciones en la prensa. Se hace difícil distinguir cuánto hay de artículo y cuánto de hoja parroquial en muchas de esas publicaciones: no se limitan a cumplir una función aglutinante, también guían, orientan y asisten a una juventud que, para decirlo con el pistoletazo de salida de *Alfárez* en 1947, se ha deshecho de los «frutos inmaduros y bastardos de la inteligencia europea —Reforma, Renacimiento, Liberalismo—», pero aún corre el riesgo de caer desorientada (Sepich 1947:1). Los mimbres eran frágiles, nada estaba ganado definitivamente, por eso *Alfárez*, nacido bajo la advocación del arcángel San Miguel, llamaba a sus milicias a «tomar posición en la trinchera» adecuada. Después del campo de batalla, la guerra perduró largos años en periódicos, boletines, púlpitos, escuelas, transferida generacionalmente a quienes por edad no empuñaron las armas. El espíritu y la tensión de la contienda están allí, en los escritos de unas hermandades guerreras que «asisten al crepitante caer de los fastuosos edificios liberales» (Sepich 1947:1); a ellos les está encomendada la «ciencia arquitectónica» de la cultura, la fe y la hispanidad, tríada a la que deben «consagrarse los mejores esfuerzos de las mejores inteligencias». Mientras el continente está ocupado por potencias extranjeras y corrompido por la peste del existencialismo, los jóvenes cuadros de la élite española son llamados a una regeneración que arranque de la Metafísica y la Teología, claves para el advenimiento de un *orden armónico* constantemente invocado —aunque nunca precisado— que ha de realizarse en sus vidas, en sus almas y en sus cuerpos, en lo más íntimo de cada uno de ellos, porque una parte crucial de la batalla estaba en aquello que pudiera estar sucediendo en el fuero interno.

Convendría que de la insistencia en la interioridad, el orden y la armonía nos llegue algo más que el solemne pitorreo con que varias generaciones de damnificados las han declamado y declaman. Pese a lo estruendoso y a que aún hoy nos alcancen con un aire de grotesca caricatura, lemas y fórmulas no siempre fueron mero ruido. Expresan el anhelo real que las ideó: lo mismo que se instauraba un nuevo antiguo país, había que instaurar una nueva y antigua forma de vida. Cuánto de ello —filtrada, díscolamente— incumbe a las andanzas de un niño anónimo que busca otra *forma* de relacionarse con el mundo es algo que debo dejar ya sugerido, pero me llevará muchas páginas matizarlo; la clave girará, en todo caso, en ver cómo destiñe en ella ese empeño epocal por *darse una forma*.

Sánchez Mazas había consignado durante la guerra la importancia de subordinar el «modo de vivir» al «modo de ser». La victoria pasaba por «“Estar en forma” siempre y dar a esta frase, “estar en forma”, toda su trascendencia, que va de lo deportivo a lo ético: vivir en una ascesis religiosa del patriotismo» (1957:54). Las instrucciones en este sentido fueron constantes: la guerra estaba dentro y fuera, había borrado la frontera entre lo interior y lo exterior, entre lo individual y lo colectivo. La distinción de uno y otro ámbito era ociosa; ambos formaban parte del todo proyectado. El propio Sánchez Mazas lo había repetido rotundamente a escasos días de la victoria, cuando exhortaba a las milicias a asimilar su interior a la nación:

Así os digo que dentro del alma de cada uno de vosotros tenéis como un inmenso campo de revolución, de fundación y de misión. Trabajad aprisa con ahínco en vuestro mundo interior, sobre todo cuando las circunstancias exteriores exijan prudencia o paciencia. Nada de eso será perdido. Ensanchad España en vuestras almas. Hacedla en vuestras almas cada día más tensa, más luminosa, más potente, más cristalina. Conquistaréis dentro de vosotros para España algo que vale más que las conquistas y las reformas exteriores, porque iréis conquistando, palmo a palmo, la potencia y la calidad del Imperio futuro. Yo os afirmo que aunque tuvieseis sobre vuestro cuerpo y en vuestra mano todos los arneses imaginables de guerra, los iréis perdiendo uno a uno si tenéis el alma desarmada.

Y si tenéis y mantenéis el alma vigilante y en armas, aunque no tuviereis de momento armas corporales, acabaríais por ganarlas todas (1939:12).

Son palabras pronunciadas en Zaragoza y rápidamente publicadas por Editora Nacional bajo el título de *Discurso del Sábado de Gloria* (1939). El reputado ideólogo de José Antonio, investido de su carisma a ojos de los demás, incidió obsesivamente en el gobierno de las almas y los cuerpos: jerarquía, obediencia, disciplina, unidad, orden, son las notas —una sola, al cabo— que martillean sus discursos. Había que cuadrar a las diversas facciones de la victoria apelando a una interioridad unánime. La posibilidad del Imperio estaba, ante todo, allí. Por eso había que armar, poblar, instruir todos aquellos interiores a base de

analogías y pedagogía, porque «en lo interior del alma de cada uno de vosotros —como las raicillas sin número de un inmenso árbol, a la vez natural y fabuloso— hay alguna parte de las raíces imperiales de la España futura». Debían tener claro que «[e]l área espiritual de la Patria está formada por todas las almas de la Patria, como el área territorial está formada por todos sus palmos de tierra» (1939:9).

Tanta insistencia revela los temores que amenazaban el proyecto. Las constantes invocaciones a la jerarquía y la obediencia trataban de suturar dos ámbitos que solo a fuerza de disciplina podían hacerse homogéneos: el área espiritual y el área territorial. Para que el proyecto tuviera éxito había que tener bajo vigilancia cualquier dislocación. Cada uno, mitad poeta, monje y guerrero, debía vigilar sus propios titubeos, confrontar su existencia con la esencia porque el nuevo orden se hacía en uno, pero también corría el riesgo de que el todo se echara a perder en uno mismo... El totalitarismo fue la infiltración del poder en todos los órdenes de la vida, la colonización de espacios privados —pernicioso mito liberal—, la instalación neurótica de un agente que anhelaba penetrar en todos los reductos. «Todo por el Estado; nada contra el Estado; nada fuera del Estado», rezaba el lema que recordaría Marsal (1979:27). El caballo de batalla fue ese «cuerpo colectivo» que Sánchez Mazas imaginaba como el «juego perfecto de relaciones entre el interior y el exterior, entre el centro y la periferia», similar al complejo sistema que «hace falta en el cuerpo humano para la circulación de la sangre: cavidades, venas, arterias, sístole, diástole, aspiración, respiración»; todos empleados en la «tarea de fundar y fundir a España», en la que «se prefigura [...] la tarea de fundarnos y fundirnos a nosotros mismos» (1957:45-46).

El derroche de figuras retóricas no se entiende sin el enclave material, físico, que cortejaban. Los discursos oscilaban entre lo «natural y [lo] fabuloso», para decirlo con el propio Sánchez Mazas (1957:46), porque su anhelo último era disolver la frontera entre lo literal y lo figurado, entre la palabra y la vida. La vida debía conformarse a la palabra y la palabra debía cobrar vida; la primera se retorizaba al tiempo que la segunda se *realizaba*. Unos años después *Alférez* lo expresaba programáticamente: «El Verbo encontrará una identificación con nuestras formas de expresión —literaria, pictórica, plástica— cuando este Verbo, en nosotros, se haga carne. Se haga carne y costumbre» (Martínez Rivas 1947:1).

Fue una alegoría recurrente. Las modelaciones de la materia por parte de la literatura y la plástica también pasaban por la modelación previa de la interioridad, que era la verdadera obra por crear. Entre las muchas fronteras que aquellos días disolvieron estaba la de la siempre discutida autonomía del arte respecto de otras esferas. La extrapolación de

lo artístico a lo vital fue un fenómeno transversal que suele sintetizarse mediante la «estetización de la política» practicada por el fascismo que formuló Walter Benjamin en el epílogo de uno de sus ensayos más famosos (2018:220). La propia Falange había rehuído explícitamente la consideración de partido político al definirse como *movimiento poético*, aspecto sobre el que volveré. Así pues, la voluntad de *dar forma* y *reformarse* permeó zonas muy dispares. Se encuentra, por ejemplo, en la literatura científica del fascismo. En plena guerra, desde el ámbito de la psiquiatría, Vallejo Nájera decretaba en su *Eugenesia de la Hispanidad* (1937) que la raza se había corrompido a causa de la pérdida de un viejo tipo hispánico que hizo fortuna en la mitología política del franquismo: «Mientras subsistieron los hidalgos, templo de la caballeridad, redoma continente de esencias y virtudes patrióticas, contaba la razón con una fuerza de reserva» (cit. en Campos 2013: 25). El remedio pasaba por recuperar «[e]l fenotipo amojamado, anguloso, sobrio, casto, austero» propio de «los valores humanos del siglo XV o XVI» para «reincorporarlos al pensamiento, hábitos y conducta del pueblo, a los fines de sanear moralmente el medio ambiente, de manera que se refuerce psicológicamente el fenotipo para que no degenera el genotipo» (26). Higienismo y cultura venían siguiéndose los pasos desde los años veinte y eran solidarios del predicamento de que gozaba la alegoría del Verbo y la Carne. Uno y otra eran senderos dispuestos a la conquista de lo nuevo mediante la recuperación de algo antiguo y saludable que, una vez resucitado, prometía reincorporar el cuerpo enfermo a un ciclo histórico del que se había desviado. A este respecto, Fernando Morán destacaba de pasada la importancia que *El sentido de la Historia*, de Berdiaev, había tenido «en los círculos de estudios falangistas» de los años cuarenta. «Dicha obra estaba montada, impregnándose de un misticismo muy bizantino, sobre la calidad excepcional de algunos tiempos, paradigma de los cuales era aquel en el que se conjuga el tiempo histórico de la humanidad y el plan divino: el tiempo de la Encarnación de Cristo» (1971:23).

Así las cosas, en el empeño por meterse en los cuerpos se estaba insuflando un sentido religioso de la historia. Conviene no perderlo de vista para comprender el carácter pregnante que tenían los lemas y fórmulas que fueron diseminándose durante aquellos años, porque no era otro el medio de acceso a esos cuerpos: la impresión de una terminología, el Verbo. En las notas más socorridas en estos trances, Victor Klemperer había registrado el fenómeno en términos próximos a una posesión: «El nazismo se introducía más bien en la carne y en la sangre de las masas a través de palabras aisladas, de expresiones, de formas sintácticas que imponía repitiéndolas millones de veces y que eran adoptadas de forma mecánica e inconsciente» (2012:31). Como apunta Klemperer, no

siempre se trató de un cuerpo de doctrina inscrito en bloque. Más que en un todo sólido y debidamente articulado como el que estoy dando a entender, el éxito de una ideología estriba en la asunción, a menudo inconsciente, de esa panoplia de fórmulas reiteradas que llevan consigo cierta cadencia y cierto tono. Empiezan siendo un lenguaje de grupo y, a fuerza de inevitables, acaban siendo un lenguaje colectivo. Los ideólogos lo saben perfectamente; lo sabía, sin duda, Rafael Sánchez Mazas, para quien «[t]odo el problema del Imperio está en que el verbo, el logos de una estirpe —aquella lógica de hierro y de sol, profunda y ardiente, aquella lógica poética, religiosa, militar y solar de las Españas— se haga en nosotros carne heroica, sufridora, enamorada, iluminada y obediente» (1939:11).

Y con todo, aunque llegasen solo sus fórmulas dispersas, para el grupo que aquí nos ocupa, en cada una de ellas resultaba legible el todo al que remitían. Y es que los jóvenes a los que hemos de acompañar no son esa amplia sociedad de adultos que está en disposición de un lenguaje anterior y se ha educado en otras tradiciones. Klemperer observa la rápida infiltración de un lenguaje, pero estos jóvenes han estado expuestos a él desde fecha muy temprana. Su estirpe es la de las élites vencedoras, sus aspiraciones están intensamente informadas por el triunfo de ese lenguaje. En él han madurado y en él se les ha entregado el diseño del mundo que deben forjar.

Su malestar fue muy temprano. Lo cierto es que ya en los estertores de los años cuarenta las grandes esperanzas mostraban signos de consunción. En lo que parece el sino de todos los proyectos culturales que se emprenderán en España de entonces acá, el programa y la proclama no alcanzaban a plasmarse en obras concretas y la ansiedad iba en aumento. A la altura de 1947 el editorial del primer número de *Alférez* no puede dejar de confesarse que «la nueva nave, la nave cristiana que ha de venir bogando sobre un viejo mar medieval, todavía no asoma en el horizonte» (s.f, 1947:4-5). Se la espera desde un *todavía no* que empieza a sospechar su estancamiento. En aquellas mismas páginas el padre Llanos, entonces caudillo de los Grupos de Agitación Hispánica en los que Ferlosio transitó de la mano de su hermano Miguel, hacía el doliente «Balance de una generación»: «Han pasado siete años desde que quisimos estrenar una patria», «[e]xactamente el tiempo que gasta en hacerse una generación universitaria. Es decir, una generación rectora que impondrá sello imborrable al estilo vital de una época» (1947:1). Siete años, y el saldo no podía ser más amargo: «España tiene hechos ya sus primeros hombres de postguerra» y, pese al relieve de unas pocas figuras aisladas —concede—, todo ha quedado en un «tipo incoloro e insípido» del que no cabe esperar ningún alimento espiritual vivificante» (1947:1).



Fue aquel el año en que Ferlosio echaba su cuarto a espadas en la misma *Alférez*. Su texto era una intervención desde el corazón mismo de aquella retórica. Se tituló «De la paciencia» —una virtud a la que su padre había aludido en un texto que cité arriba— y ha sido leído por los estudiosos como síntoma de ruptura con la infraestructura ideológica de aquellas juventudes. Estoy de acuerdo sin reservas, aunque me gustaría no deslizarme tan rápidamente por esa pendiente; ya he dicho que aquí importan tanto los lazos que se rompen como los que siguen atando. Ferlosio interviene contra aquella retórica pero no ha salido aún del lenguaje fascista; sigue, para decirlo con palabras que su hermano Miguel emplearía para hablar de aquellos jóvenes, «en el sistema de ideas y principios “falangistas”» (1957:22). Donde parece claro que no estaba ni llegó a estar es en «la concepción de los hombres y los pueblos como instrumentos de grandeza histórica» (S. Ferlosio 2016:89) que le parecía distintiva del fascismo, porque el texto la desmiente desde el arranque:

Hay quien afirma, muy convencido, que las cosas de este mundo van ahora peor que nunca. [...] Son cosas que decimos los jóvenes: nuestro entusiasmo nos lleva a creer que vivimos en la época más importante de la historia del mundo. Por eso nos lanzamos a la calle de golpe y nos damos a un trabajo inútil, atropellado, exterior a nosotros mismos, y nos dedicamos a buscar con estúpida vanidad el heroísmo. Y todo lo que decimos está lleno de una mística retórica, absurda, mientras nuestra alma y nuestro cuerpo siguen sin hacer nada más que zarandearse de acá para allá locamente (1947:3).

Era la voz de un anciano de diecinueve años, la voz inconfundible de una «generación cristiana en lo hondo y en la que todos son [...] teólogos virtuales», como apuntaba, quejoso, el propio director de la revista, Fernández-Carvajal, en la columna que flanquea el texto de Ferlosio (1947:3). La juventud, protesta Ferlosio, está quemando «sus ardores en salvas inútiles», en «deseos de heroísmo, de fanatismo y hasta de ira», y frente a ellos receta la Paciencia, invocada en mayúscula, como si de una virtud teologal se tratara: esa «actitud total y armónica ante la vida que nos hace acomodar nuestros impulsos y nuestros deseos a la monotonía del tiempo (a esa monotonía riquísima, madre de toda virtud y de todo buen pensamiento que nos parece tan prosaica)» (1947:3)

Si aquí hay ruptura se debe a que la «retórica» aparece representada como algo «exterior» a uno mismo, como un zarandeo o una ebriedad electrizante, y a que se rompe con la subrogación del individuo en sujeto forjador de historia, resortes nucleares del fascismo. No obstante, el afán de reforma sigue intacto: quien pide paciencia no aborta nada; posterga, rebaja la ansiedad; la va diluyendo hasta que se cumpla, ajustada a otros ritmos, a base de perseverancia y costumbre. El suyo no será el camino fulgurante, sino un tortuoso, ascético camino de perfección. No quiere fundar tiempos nuevos, se impone ante

todo acompañarse con los procesos de un mundo infinitamente más antiguo que ellos, que son mero accidente en las eras.

La vía de acceso es el estudio, el trabajo paciente y silencioso. Un ideal intelectual de acendramiento que el artículo aproxima al dolorismo religioso. Es un tipo de moral que le perseguirá siempre. Podemos reconocerlo en la anterior cita de Sánchez Mazas, no en la prisa que le impone, pero sí en el llamamiento a aplicarse al trabajo, «sobre todo cuando las circunstancias exteriores exijan prudencia o la paciencia». Son cosas que vienen de casa. Unos años después, su hermano Miguel escribe en la misma *Alférez* una pieza a propósito del proverbial desinterés que España presta a la ciencia. Lo titula «Ante Europa: anverso y reverso» y da cuenta de la necesidad de negociar una zona de encuentro entre la obsesiva especificidad cultural y la influencia de lo extranjero. No es que rebaje, ni mucho menos, la misión que se arroga España en la posguerra europea. Nada de eso: se escribe, de hecho, desde el orgullo de constatar que «[h]oy aquel exagerado prestigio de lo europeo ha desaparecido» (1948:4). A sus ojos, en el nuevo tablero España no es solo uno de los pocos países que no ha perdido su soberanía, sino que además es baluarte de unos principios espirituales corrompidos en el exterior; sin embargo, estima urgente que los centinelas de la civilización católica abandonen su drástica suspicacia hacia ese «amor a la verdad científica» que cunde entre los heréticos vecinos. Tanto el atolladero como las incongruencias de una supuesta autarquía cultural se imponían: desvanecida la hora europea del fascismo, y en vista de la insuficiencia de los nuevos frutos, se hacía preciso inspirarse cautelosamente en lo europeo para hallar una de aquellas «síntesis armoniosas» que puntearon entre arrobada y exasperadamente la prensa de posguerra. Era tiempo, en fin, de rebajar esa «preocupación de que nos arranquen nuestro carácter, nuestro “yo” nacional» y de aplicarse a corregir «nuestros defectos»: «Nuestra juventud comprende ya lo que España debe enseñar a Europa, y viceversa, lo que de Europa debemos aprender» (1948:5).

Estudio y paciencia, síntesis y armonía, perfeccionamiento y dominio de las pasiones: ese es el programa de la prosa virtuosa de los Sánchez-Mazas Ferlosio frente al verbo espectacular que entusiasma a los jóvenes con «el gesto retórico, apariencial; la postura, el estilo», en exabrupto de Rafael (1947:3). Al *impasse* de los cuarenta se le van viendo las fallas. Es casi imposible no contar al mismo tiempo sus esperanzas y sus frustraciones: abundan los pliegues entre el área espiritual y el área territorial, entre el Verbo y la Carne y va cundiendo la sospecha de que el mundo prometido nunca fue más que un sueño traicionado por los mayores. En ese pliegue se va a ir fraguando el resentimiento y se irá alentando la expectativa de un golpe de timón generacional. Se ha contado muchas

veces y mucho mejor de cuanto yo pueda hacerlo. Lo que quiero abordar es por qué el caballo de batalla es el *estilo*. Para que el término pudiera aparecer, como en el exabrupto que acabo de citar, era preciso que se hubiera alzado en una de las claves distintivas del propio grupo amonestado.

Como casi siempre, la cosa venía de bastante atrás: «En la década de 1920 la “cuestión del estilo” se convirtió en piedra angular para la generación de nuevos escritores», cuenta Domingo Ródenas (2009:35), que allega las líneas con las que en 1924 y con visible hartazgo Pérez de Ayala daba arranque a una serie de artículos sobre el asunto: «De un tiempo a esta parte les ha entrado la manía a los escritores —los extranjeros y los españoles, pero singularmente los españoles— de disertar, ora en tono subjetivo y dubitativo, de ensayo, ora con pretensiones objetivas y en tono doctoral, dogmático, acerca del estilo» (cit. en Ródenas 2009:35). Su predicación y su ascendiente fueron tan amplios que pronto vino a convertirse en el broche que juntaba una constelación de prácticas que remitían a la disputa entre proyectos culturales competidores. Fue un lema de guerra y de reforma. Por ello precisamente el victorioso padre Llanos condensaba sus fracasos en la incapacidad de haber producido el «estilo vital de una época» (1947:1). Como las síntesis armoniosas, la palabra comparece obsesivamente en la prensa periódica. Dio nombre a la catalana *Estilo*, una de las revistas más tempranas del SEU, y presidía la rúbrica, «Estilo y cifra», bajo la que iban apareciendo las incontables glosas que Eugenio d’Ors publica en *Arriba* o *La Vanguardia*. También Sánchez Mazas había mantenido una sección rotulada «Consignas de normas y estilo» en el medio fundacional de Falange, la revista *F.E.*, de reveladoras siglas. De allí salvaría años después, en una compilación de 1957, una terna originaria de 1934 que recogía bajo el título de «Hábito y estilo». La primera de esas tres muestras no dejaba lugar a titubeos en torno a qué se ventilaba alrededor del *estilo*: «Es un axioma nuestro, convertido en palabra de orden por la esfera de mando, el que dice: *Entrar en nuestras filas es, ante todo, afirmar un modo de ser*» (1957:53). Casi todo fue igual de formulario y vehemente. El estilo fue, ante todo, una seña de pertenencia, de camaradería forjada en la abnegación y el sacrificio. «Si hay una teoría del heroísmo puro», añadía Sánchez Mazas, «es la que dice: *Dar la existencia por la esencia*» (1957:53). Los ejemplos son numerosos, su uso abundante, pero cualquier empeño por precisar algo más el término parece condenado al fracaso. Es «[u]n concepto más calificado (*servicial, sacrificado, alegre, impetuoso, heroico, paciente, resistente, perseverante, orgulloso, viril, franco, limpio, firme, caballeresco, incómodo...*) que definido, reflejo de la ausencia de programa político concreto» (Carbajosa 2003:116).

Es indudable que las invocaciones al *estilo* resultan vaporosas cuando se analizan semánticamente, pero es que ante todo operan como una especie de acento diacrítico. El *estilo* no significa gran cosa porque está ahí para señalar o *significar* a quien habla. Es aquí donde lo que parecía pura espuma se compacta. Es un mecanismo indicial; por él *se dice* una fraternidad, se escenifica y se performa una pertenencia. Tendió a ser un precipitado de lemas resaltados en cursiva, lo cual les confería un aire carismático hecho de algo (de mucho) más que palabras. Los textos son repetitivos, su ilación frecuentemente vaga. A menudo —lo que resulta una de las paradojas más llamativas del caso— parapetaron su vaguedad en un trallazo de frases breves y seguras que ensartaban conceptos rotundos: Destino, España, Dios, y Estilo (también escrito, a veces, en mayúscula) se estrechan tanto que el uno parece comprender a los demás. Los términos se disuelven y acaban implicándose mutuamente, engranándose; no se entiende uno sin los demás. ¿Qué había en esa obsesión por las fórmulas? y, no menos importante, ¿por qué se apoyaba en la sugestión de las cursivas? A mi juicio, se trataba, una vez más, de las bodas de la Carne y el Verbo. Las cursivas insuflaban a las consignas una inflexión muy especial: aquello que destacaban era una verdad revelada, saltaban de la estricta textualidad de la página para convertirse en objeto de meditación y práctica vital enderezada a alcanzar, en palabras de Sánchez Mazas, la «perfecta, lúcida subordinación de la existencia, o sea, de la vida a la esencia, o sea a la idea», lo cual exigía «inmediatamente una forma, un estilo, que se contraen por medio de un hábito, de una imitación y de un ritmo. Esta imitación y este ritmo —de naturaleza poética— tienden a crear y fijar incesantemente un ritmo, una liturgia; como la costumbre tiende a fijar incesantemente un derecho» (1957:53).

Así pues, el *estilo*, la adopción de una *forma*, es la expresión *inmediata* y tangible de una idea; no obstante, el acceso a dicha idea está *mediado* por hábitos y liturgias que, a fuerza de repetirse (así lemas y consignas), aspiran a convertirse en costumbre que logre cristalizar en un derecho. Me parece que con esto se percibe mejor qué se ventila en la cuestión del estilo: tras él se encierra la forja de un derecho; el estilo es su indicio tangible, visible. De ahí que su función principal fuese la de afirmar una comunidad y religar a sus integrantes, y de ahí su fiereza como manifestación de su voluntad constituyente. Los adjetivos arriba recogidos por los hermanos Carbajosa son formas de comportamiento físico y moral que reflejan fielmente lo constituyente. Susan Sontag ya lo había apuntado al representarse el estilo «como una fachada tras la cual se están debatiendo otras cuestiones, en último término, éticas y políticas. La idea de “tener un estilo” es una de las soluciones que han

dado pie, intermitentemente desde el Renacimiento, a las crisis que han amenazado antiguos conceptos de verdad, de rectitud moral e incluso de naturalidad» (1996:44).

Quien funda un estilo funda (la posibilidad de) un tiempo y quien funda un tiempo aspira a remodelar, *reformular* el presente. Cierta estilo, ciertos hábitos son el modo por el que uno se desgaja de las prácticas sancionadas. «Hábito y estilo», era el sintagma de Sánchez Mazas. Parece que a él se debían las consignas semanales que *F.E.* y *Arriba* traían «en primera página, de manera destacada y sin firmas» para después glosarlos ante los afiliados (Carbajosa 2003:109-110). Su lógica fue próxima a la de un culto emergente. Dispuso liturgias, pasó por confiscaciones y cifró su éxito en continuas apelaciones al modo de comportarse y de definirse. Para su fundador, el estilo constituía el resorte más íntimo del Movimiento: «La Falange más que un programa político afirma un estilo» (cit. en Carbajosa 2003:116).

No es que todos estuviesen satisfechos con esa preeminencia del estilo. Las críticas a lo relamido afloran pronto entre los conmlitones del espectro reaccionario, que reprueban un esteticismo más atento a la pulcritud sintáctica que a enardecer milicias. Pero eran querellas internas por el dominio de un estilo sobre otro; disputas entre falangistas y jonsistas, más impacientes estos, y menos afectos a la parafernalia estetizante. El 29 de octubre de 1933, Falange se había presentado en el Teatro de la Comedia como un movimiento poético, y ya entonces a nadie sorprendían aquellas proclamas: como «un movimiento poético más» lo desestimaba *El Sol* (Cano Ballesta 1994:27). La forma de caudillaje escogida apuntaba directamente a los dominios del estilo. Un axioma joseantoniano en el que Ferlosio dijo no haber creído nunca (2017:467) sostenía que a los pueblos los movían los poetas. Quien parece que le dio crédito fue Sánchez Mazas, que predicaba que: «[p]or esta “partícula divina” de poesía, por esta centella celeste que José Antonio puso en la Falange y que trascendió, luego, hecha incendio a todo el Movimiento Nacional, se logró la victoria» (1955:8).

El poeta de la victoria había sido José Antonio. Entre las cosas que a Falange debía el Estado, para decirlo con el título de un sonado discurso de 1953, no fue la menor una retórica sostenida a lo largo del tiempo y disputada como un legado. Porque en el momento en que aquella centella lo había incendiado todo, cuando, ya muerto el fundador, su verbo —i.e. su estilo, su derecho— informaba el discurso del Estado, la querella de los vencedores giraba alrededor de quiénes eran sus sucesores legítimos. La peripecia de aquella retórica y la de su fundador corrieron la misma suerte: su estilo y su memoria fueron objeto de culto, ceremonia y disputa entre sacerdotes a los que avalaban sus camisas

viejas, usurpadores más fieles a la retórica que al espíritu del fundador y, no en último lugar, jóvenes que leían con devoción sus escritos. Quienes, en el bando vencedor, no estaban satisfechos con el rumbo que había tomado el nuevo Estado, sintieron pronto que José Antonio y su retórica estaban adquiriendo la condición de un simulacro: el estilo, la retórica, las viejas consignas circulaban como una hueste de palabras vacías que fingían la vigencia y la presencia de algo ausente. El Ausente fue, de inmediato, el sobrenombre con el que sus acólitos quisieron conjurar la implosión de un proyecto articulado en torno a la centralidad de su figura. Sostener su memoria, invocarlo era mantenerlo con vida, enfundarse en su estilo y en sus prendas retóricas fue, también, para el régimen triunfante, el modo de legitimarse y, vampirizándolo, conjurarlo. Como apuntó Preston, «Franco used the cult of *el ausente* (the absent one) to take over Falange. All its external symbols and paraphernalia were used to mask its real ideological disbarment» (cit. en Pavlović 2003:14), y es precisamente contra la utilización de «los restos de prestigio de ciertos símbolos, formas y organizaciones para emplearlos en servicio de intereses personales o de grupo», contra lo que, como veremos, se alzarán los jóvenes firmantes del manifiesto del 1 de febrero de 1956.

Así las cosas, en el estilo se encarnaba la fidelidad a un proyecto originario que los hechos desmentían. El disputado legado del Ausente, líder y poeta, seguía transmitiéndose neuróticamente. Era, por lo demás, consecuencia natural de un programa que lo había apostado todo al estilo. Sus vindicaciones se realizaban apelando al mismo y no faltó, a este respecto, quien lo utilizó en beneficio de sus propios criterios estilísticos. Así lo hacía el 8 de noviembre de 1938, cuando se acercaba el segundo aniversario de la muerte del *Ausente*, alguien tan desafecto a la ampulosidad como Josep Pla, que escribía en *Diario Vasco* una alabanza no exenta de fervor a los últimos instantes del «héroe». En «El testamento de José Antonio Primo de Rivera. Notas sobre su estilo», Pla lo evoca dramáticamente en su celda, «atentamente concentrado en sí mismo, como abstracto en las honduras de su tarea», mientras escribe «[e]se testamento autógrafo que los archivos del Movimiento Nacional deberán guardar como un tesoro histórico y que ha de servir como tema de larga y fecunda meditación a todos los españoles». La pieza es algo más que el recurso oportunista con que uno hace méritos ante los golpistas; es el tributo de un escritor obsesionado con el estilo a un «hombre, que era todo él un estilo»; un hombre que «llevó a su lado hasta la hora misma postrera su estilo y no se separó de él ni para morir, y le pidió compañía hasta en el trance supremo».

Las menciones a ese testamento, pronto editado en volúmenes que, reveladoramente, han tendido a profesar la mística del autógrafo, fueron frecuentes y manifiestan, al cabo, la dimensión cultural que acompañó a José Antonio. Qué mejor retrato que la entereza de aquella *virtus* que arrostra serena la inminencia de la muerte. No abandonó su estilo ni en el trance más amargo. Sostuvo su compostura, su *forma*, aun al borde de la extinción. Lo que los textos transmiten es un carácter. Su lectura lo *imprime*. José Antonio, dice Pla, ha legado al futuro «un lenguaje de tan alta nobleza que pocos documentos del idioma castellano contemporáneo le igualan en hermosura».

Cada cual arrima el ascua a su sardina. Es evidente que al celebrar cómo en aquel instante se apuesta por el *mot just* («ni un vocablo más, ni un matiz menos»; «No hay nada que añadir o restar a esa expresión»; «Entre las muchas, gloriosas e imperecederas lecciones que nos ha dejado, ésta del estilo límpido, transparente, justo, sin manoseos, sin vulgaridad, sin tópicos, sin vanidades de mala y falsa retórica, no es la menos importante. Importa que todos pensemos en ello porque la tarea de expresar España es tan fuerte y honda y delicada que nunca será excesivo que cada uno de nosotros ponga mucho tiento y muy buen tono en su palabra y en su pluma.»); es evidente, digo, que Pla está amasando el prestigio de su propia apuesta estilística. Recién traspasada la cuarentena subraya que «[n]adie, entre la juventud de nuestro tiempo, le ha igualado en estilo; nadie entre los jóvenes acertó a expresar ideas y sentimientos —especialmente dentro del orden histórico y político— con tan exacta justeza». Llevando sus palabras al extremo, su estilo podría aparecérsenos como el abnegado fruto de una prosa espejada en la de este último José Antonio, *bombre-estilo* que a su muerte dejaba un *ethos* y un verbo para «expresar España», un *estilo* que al joven Ferlosio se le empieza a atragantar.

He querido detenerme en ello para poner de relieve la interpenetración del componente político y el estético en el campo literario al que nacen los niños de la guerra, a la sombra del estilo de José Antonio, cabecilla de un autoproclamado *movimiento poético*. En base a ello, si la continuidad con su estilo aparejaba la fidelidad a su proyecto, el desapego al mismo tenía que manifestarse en las apuestas estilísticas. Si resultase que además de oportunista, la aborrecible fórmula de Pla —«expresar España»— fuera válida, el trabajo sobre la forma poética tendría su correlato en los contornos que pueda ir adquiriendo un sujeto político que, solo a condición de dejarlo envuelto en una nube borrosa, podríamos dar en llamar *España*. Y es que, contra la pulsión por desnacionalizarse que hacia mediados de los sesenta recorrerá las poéticas de los más jóvenes, en lo tocante a las promociones

anteriores, *España* fue el confuso apóstrofe con que se invocó y se persiguió un *demós* que no coincidía con el Estado.

Quien se subleva contra los efectos más estruendosos de aquel estilo estaba atacando el edificio entero, pues «[n]o hay estilo individual que no incluya en su constitución misma el hablar común de sus prójimos en el idioma, el curso de las ideas reinantes, la condición histórico-cultural de su pueblo y de su tiempo», según Amado Alonso (cit. en Marichal 1971:17). En esta encrucijada me gustaría situar *Industrias y andanzas de Alfanhuí*, que leeré como proyecto de salida de aquella realidad, como una suerte —anticipo ya— de relato mitológico acerca de su generación.

## 1.2.- UN LUGAR PARA ALFANHUÍ

No obstante, conviene dar antes un pequeño rodeo para no dejarse llevar sin matices por la simpatía que despierta Alfanhuí. Su autor es el mismo teólogo que en 1947 condena en *Alferez* a una promoción cegada por el estilo heroico y «completamente corrompid[a] por las comodidades de nuestro tiempo», a la que prescribe una «ascética, si no fuerte, a lo menos ordenada, metódica e intransigente» (1947:3). «De la Paciencia» se escribe en primera persona del plural contra un cuerpo enfermo de emociones que contempla obnubilado «al personaje genial, al héroe huidizo de una ocasión histórica, y no comprendemos al ser anónimo de todos los tiempos, infinitamente pacientes, que labró la tierra [...] y así nos salen esos aspavientos ridículos, grotescos y desproporcionados con la cosa que queremos hacer» (3). Aquello requiere un «sacrificio auténtico» que aúne disciplina física y disciplina intelectual: «el dolor de verdad en la mortificación de nuestro cuerpo», entregado al «camino pequeño, poco brillante, del trabajo honrado y verdadero», «porque la sangre sin el sudor es casi estéril, digan lo que digan las retóricas baratas» (3). Este es el programa: un esfuerzo doloroso y tenaz, «una formación ascética dura» sustanciada en «una conducta ejemplar» que ponga en vereda a aquel hatajo de «señoritos con fantasías heroicas» tan convencidos de que «nuestro momento es el más decisivo de la historia del mundo. ¡Maldita fantasía juvenil!» (3).

Lo mismo que San Agustín en la turbulencia de las pasiones, la juventud debe ponerse en manos de Dios para obtener «una virtud y un criterio perennes, fuera de las circunstancias del tiempo», y contra el gesto espectacular al que propende el *estilo*, acuña este axioma: «lo más bello no es lo mejor, sino que lo mejor es lo más bello» (3). Los



lectores del Ferlosio adulto han de reconocer, impúdicos y virulentos, muchos rasgos de su figura intelectual, pero no son pocos los que el tiempo modificará. Por ejemplo, el colofón de esta exclamación: «¡Quién sabe cuántas vueltas dará todavía el mundo con el mismo monótono, aburrido y maravilloso compás sin dejar de dar, por eso, gloria a Dios en cada momento!» (3). La huida de la ansiedad histórica conduce al regazo de Dios. Cuando escriba *Alfanhuí* pondrá al frente un fragmento del Sermón de la Montaña: «La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo es limpio, todo tu cuerpo será luminoso». Era la reforma interior, solo que volcada, como sería idiosincrásico en él, a lo exterior.

Conviene no apresurarse: aunque «De la Paciencia» arremete contra la sobreactuación neurótica del estilo, lo más íntimo de su programa brotaba de las esencias del falangismo. La ascesis, la reforma interior, el perfeccionamiento a través de un dolorismo intelectual están en el proyecto fundacional de aquella corte literaria. Cuando aún humeaban los fusiles y el núcleo de Falange se prometía amplias cuotas de control sobre la política educativa del país, el padre del muchacho echaba mano de su abrumadora erudición para recordar a los vencedores cómo ya en el acto fundacional del partido del 29 de octubre de 1933 se les había dicho «que España era “un castillo interior dado en guardia al alma de cada uno de los nuestros”». Ya entonces, en una primera persona que no disuena de la de su hijo, se les dijo

que nosotros subordinábamos la vida exterior —o sea la acción— a la vida interior —o sea el pensamiento— porque la acción no es más eficaz y poderosa por estar colocada en primer lugar, sino por estar colocada en su sitio. Así estábamos en Tomás de Aquino, que puso la vida contemplativa como superior iluminación de la activa; con Leonardo de Vinci, que dijo que la teoría era el capitán y la práctica de los soldados, y, sobre todo, con Juan Evangelista, que dijo la palabra de oro: *In principio erat verbum* (1939:10-11).

En el principio fue el verbo; allí estaba una vez más la palabra de oro. Lo que convendría dilucidar es cuál es el grado de parentesco de ese *Verbo* con el lenguaje de una obra como *Alfanhuí*; cuál pueda ser la vinculación del «alfabeto raro» que el niño se inventa al principio de la obra con los programas culturales del fascismo. Porque Rafael Sánchez Ferlosio es hijo de Rafael Sánchez Mazas, pero Alfanhuí es huérfano, y sucede, además, que en escasas páginas se despoja del nombre nunca escrito que pudiesen haberle puesto sus padres y se marcha de casa. De modo que, de haber parentesco, será tangencial. Esa ruptura en su arranque invita a pensar en los fenómenos de transmisión y emancipación que están teniendo curso en aquellos días. Y es que, si bien el fraseo evangélico con el que su padre decía a las milicias que «dentro del alma de cada uno de vosotros tenéis como un inmenso campo de revolución, de fundación y de misión» (1939:12) se ajusta bien a su hijo,

las apelaciones a la jerarquía y al orden marcial se compadecen mal con las hazañas intelectuales de una soledad sin concesiones. Aceptaría el llamado paterno a «fundarnos», no (o no sin más, como veremos) el de «fundirnos».

Alfanhuí solo se deja atrapar de modo indirecto. El lector no sabe qué le pasa por la cabeza. No tiene psicología alguna. Puede que sea porque en el fondo no acaba de ser una novela sino un conjunto de estampas enhebradas por un personaje de carácter o puede que tenga que ver con la baja estima de que gozaba la psicología en la literatura desde hacía unas décadas o puede, en fin, que sea reflejo del protagonismo que el niño concede a cuanto le es exterior, de su afán de ser invadido por ello. En cualquier caso, me centraré principalmente en *Alfanhuí* como novela, que es en sí misma un fenómeno de transmisión entre generaciones, un fruto tardío de la vanguardia que acaso los años veinte habrían recibido con alborozo, aunque sin mayor sorpresa.

Muchos de los debates de entonces seguían marcando la pauta. Presentes en la novela, los cruces entre clasicismo y vanguardia, tradición y renovación siguieron muy activos en los años cuarenta y cincuenta. En esa línea venía trabajando Cela con sus *Nuevas aventuras y desventuras del Lazarillo de Tormes* (1944) —que suelen citarse en la genealogía de *Alfanhuí*—, pero también el joven crítico de mayor prestigio, J.M. Castellet, tan atento a las nuevas corrientes internacionales, iba insistiendo en las piezas que reuniría en *Notas sobre literatura española contemporánea* (1955), en que no cabía esperar ninguna renovación estética solvente sin el conocimiento íntimo de la propia tradición. Seguía abogándose por un cruce de tradición y modernidad.

Tanto la obra de Cela como la de Ferlosio eran acometidas de una vanguardia servida en odres viejos. *Alfanhuí* estaba empeñado en «volver a las muertas sombras los viejos colores» (2008:92), pero no era una obra extemporánea, sino una feliz aleación de lo moderno y lo vetusto. La pátina de antigüedad de su prosa hace renacer lo viejo y presta un aire antiguo a lo recién nacido. Se mueve programáticamente en la frontera de dos mundos, en una encrucijada de la que Ferlosio no llegaría a moverse jamás. Estos efectos estilísticos tienen su correlato en algunos de los oficios que su protagonista aprende: disecador, naturalista, herborista. En todos ellos se sitúa en la frontera entre lo vivo y lo muerto, y no ha de extrañar que acabe cumpliendo las fantasías indefectibles de quien trabaja en dicha frontera: la resurrección y la creación de vida. Lo que la obra no podía figurarse (y a su autor satisfacería) es que los años no limarían la extrañeza con la que se recibió su aparición. Allá en 1951 Ramón Garciasol iniciaba su reseña de la obra en *Ínsula* con una pregunta que traslucía el pasmo que muchos otros sintieron: «¿Qué clase de libro es este?». Ni se dejaba

clasificar «con arreglo a la preceptiva usual ni de ninguna clase» ni se guiaba por el «modo exigido hoy» (4). De entonces a esta parte las tentativas no han dejado de sucederse: tal vez sea «un conjunto de cuentos fantásticos y hasta poemas en prosa» o quizás, incluso, «la novelización, la realización dinámica de distintas metáforas» (Baquero Goyanes en Gutiérrez Carbajo 1994:65); quizás una novela picaresca (Vilanova 1995) o un *Bildungsroman* (Allen 1964) —si bien, más sugerido que cumplido (Sanz Villanueva 2010)— o puede, en fin, que sus pasos discurran por la senda de lo fantástico (Roas 2008). Ante todo es «un libro extraño, un libro singular, un libro sin edad» (1957:297), así lo decía Cela en una crítica a la que Ferlosio (2001) atribuyó la buena acogida del libro, cuyos 1.500 ejemplares, precariamente distribuidos, habrían pasado sin pena ni gloria de no ser por el marchamo del escritor más cotizado del momento.

*Alfanbui*, se dice, «no es un libro-fórmula sino un libro-excepción» (Alborg en Sanz Villanueva 2010:219), un «libro realmente inclasificable» (Corrales Egea en Sanz Villanueva 2010:219). Como se ve, abordarlo suele pasar por enfatizar su extrañeza para acto seguido embarcarse en una pesquisa genealógica que parece más urgida por deshacer su ambigüedad que por interpretarla. El saldo siempre es el mismo. Da apuro decirlo de tan obvio, pero ahí va: las identificaciones rotundas fracasan porque solo ven lo que se empeñan en demostrar; las demás aciertan más porque abarcan más. *Alfanbui* no acaba de corresponderse con ninguno de sus pretendientes por la sencilla razón de que lo hace en parte con todos; no *stricto sensu* sino *sui generis*. Lo describía muy bien Ricardo Gullón: es un «caso de arte combinatoria que no se ajusta sin propuesta en los casilleros genéricos» (1994:95). Quizás el «armazón de tela y alambre» que el muchacho va decorando «como un mosaico» (110) con plumas encontradas y ojos de *su* creación revele la clave compositiva de una obra que se inspira en el armazón picaresco para pergeñar algo distinto, como distintos y extravagantes son los pájaros que resultan de ello. De los modelos se toman numerosos ingredientes, no la receta. *Alfanbui* es obra de bricolaje. Apurando un diagnóstico que incumbe a lo literario y a lo sociológico por igual podría decirse que la obra manifiesta su dominio (o *competence*) de un código a la par que necesita introducir mutaciones en el mismo: está en el código para removerlo. Ni el protagonista, que cambia de nombre, ni el mundo, que esconde formas jamás reveladas, están dados de una vez para siempre, sino que muestran su inmenso potencial de cambio. Y, sin embargo, la inteligibilidad del cambio reposa en la legibilidad de los modelos en los que se inspira. Bien está que el muchacho fantasee con un alfabeto sin precedentes, bien está que no le inquiete que nadie lo entienda, pero la obra está escrita en el nuestro de cada día, en un alfabeto *mundano* al que debemos

que los textos sean «hasta cierto punto acontecimientos, e incluso cuando parecen negarlo, s[ea]n parte del mundo social, de la vida humana y, por supuesto, de momentos históricos en los que se sitúan y se interpretan» (Said 2004:15).

Y el caso es que la obra entrega un retrato significativo del horizonte cultural de posguerra. De algún modo, cuenta las aventuras de un joven autor que está aprendiendo a escribir en un mundo donde el pasado sigue ejerciendo su ascendiente a través de técnicas y estilos. Ahí está el ramonismo descocado de numerosas invenciones, pero también la ilusión de ser una narración tradicional muy afecta a la artesanía del «viejo arte de contar historias», como señala Ignacio Echevarría apoyándose en W. Benjamin (2015:9). De allí emana su gusto por interpolarlas y la atención al ritual del cuento, que comparece con la fuerza de una antigua forma de transmisión y de arraigo en una comunidad geomoral. Pero lo más inmediato de una obra tan *escrita* no se atiene a las consejas transmitidas al calor del hogar. Los timbres antiguos proceden de una biblioteca doméstica donde se cultivó el arcaísmo con devoción: hay arrobo en el trato con ilustraciones, títulos y encuadernaciones que son emisarios de mundos distantes, ocultos o pasados. En ellos se entrevé el ascendiente de Sánchez Mazas, a quien el aprendiz de escritor va mostrando el avance de su composición. Una vez compuesto, cada capítulo de *Alfanhuí* pasa por la evaluación de su padre, de quien puede venir también el gusto episódico por la página aislada, enjoyada hasta el borde de la saturación tan del gusto de la corte literaria de José Antonio. Bien decía Sánchez Mazas que la de su hijo («predilecto», al decir de Ferlosio [2017:559]) era

una formación muy suya. Pero dentro de un clima muy nuestro. Quiero decir: el de nuestra casa, donde ha encontrado conversaciones, libros, idiomas que tal vez en otro lugar no hubiese hallado. Así ha podido tener a su alcance, desde muy pequeño, clásicos griegos y latinos, italianos y franceses. Ha podido hacer viajes desde la infancia por Francia e Italia. Luego sintió afición, que no remató, por las lenguas semíticas: el hebreo y el árabe. Y estuvo haciendo el servicio militar en África con tropas moras (cit. en Villanueva 1973:36).

Y es en esas circunstancias privilegiadas donde cumple abordar algunos fenómenos que conciernen a la posición de las élites durante la dictadura; en especial, a la de este clan singularísimo. La expulsión de Alfanhuí de la escuela al comienzo de la novela tiene su precursora en la fuga escolar del joven Sánchez Ferlosio. Cuenta su biógrafo que una vez informado, Sánchez Mazas le espetó al rector que «si su hijo se había fugado del centro es que ese colegio no era bueno» (Fernández 2017:103). Los Sánchez Mazas Ferlosio *ejerven* un orgulloso desapego respecto de las instituciones de forma temprana. Las anécdotas del padre, ministro de Franco sin cartera (ni interés), miembro electo en la Real Academia de una silla de la que nunca llegó a tomar posesión retratan la idiosincrasia familiar. El

desacato a la autoridad se profesa desde una aristocracia intelectual que no se siente interpelada —todo lo más enojada— por la vulgar mediocridad de los poderes seculares. Entre sus rasgos definitorios están un copioso capital cultural, el trato familiar con la flor y nata de la intelectualidad de derechas y, sin lugar a dudas, la pertenencia al prestigioso y exiguo círculo de los fundadores del Movimiento Nacional y la fidelidad, por encima de todos, claro, a José Antonio, retratado —no sin contradicción— por Sánchez Mazas como un crítico indómito «harto de oír a los oradores favoritos de las derechas, a los divos del orden, la propiedad, la Hispanidad y la familia, sus hinchadas, huecas apologías con sus cabalgatas histórico y literarias que son como el opio del patriotismo esencial y verdadero, crudo, exacto y difícil» (1955:11).

En los Sánchez Mazas Ferlosio se plasma el *habitus*, para decirlo con Bourdieu (2015), de un grupo que tiene entre sus atribuciones la potestad de determinar los cauces de su formación —todos tienden al autodidactismo— y a sancionar sus gustos y horarios con arreglo a sus propios criterios. La fricción con lo estatuido es una rigurosa práctica de su privilegio. Y aun cabe conjeturar que consecuencia lógica del mismo privilegio sea que el clan se imagine afincado en una temporalidad sociohistórica mítica que lo remonta a un mundo antiguo del que es legatario; un mundo a cuyos ritmos y ritos suelen remitirse. Acaso eso explique que, contra sus compañeros, a sus diecinueve años el teólogo se vea menos interpelado por las proclamas de cambio histórico que por «esa monotonía riquísima, madre de toda virtud y de todo buen pensamiento que nos parece tan prosaica» (1947). También Alfanhú y *Alfanhuí* muestran, junto al amor a lo humilde campesino al que me referiré, especial querencia por moverse en una cultura material exuberante y antigua. No sorprende que al contemplarse en el espejo —de «ribetes dorados» y a la luz de «candelabros de bronce» (159)— exclame «¡Qué antiguo soy!». También produce esa impresión la fisonomía de la obra —cuyo título está tan envejecido como el de sus capítulos— o el gusto por hojear sumas polvorientas, recorrer desvanes o adentrarse en una mansión abandonada de estilo *Ancient Régime* donde se encuentran el espejo y los candelabros. Esa casa tendrá una suerte de segunda vida en un relato que verá la luz poco después, el 9 de marzo de 1952, en el diario *Arriba*: «Las casas nuevas» narra la historia de una vivienda —solo que esta vez humilde e iletrada, como su cándida propietaria— que ha quedado descolgada de las restantes provocando un raro contraste en quien la observa: «Nadie se explicaba, en aquella calle ancha y moderna, la presencia de aquel viejo y mísero chalet abandonado, con malas hierbas en el jardín, encajonado entre dos casas enormes y magníficas». La extrañeza no viene esta vez de la opulencia, sino de otro rasgo que trasluce

los efectos que irá acentuando su futura prosa: «En el casco viejo de la ciudad había edificios que tenían ocho siglos: la casa de Juana Loré, con apenas sesenta años, era infinitamente más vieja».

Es toda una poética, y como tal actúa a diversos niveles. Bien podría ser reflejo, como abordaré en el capítulo quinto, de la literatura que fantasea con estar en otro lugar, y bien podría hablar de un niño que quiere destacarse de su entorno: es joven pero escribe una obra antigua; tiene un nombre, pero se da otro extraño; transita por una geografía que conocemos, pero nos descubre secretos de los que los demás no se percatan. *Alfanbui* es un juego de reversiones no muy distinto al que tiene lugar en uno de los pasajes más queridos por Ferlosio, el del mendigo de la flauta extraordinaria: «era al revés que las demás y [...] había que tocarla en medio de un gran estruendo, porque en lugar de ser, como en las otras, el silencio, fondo y el sonido, tonada, en ésta el ruido hacía de fondo y el silencio daba la melodía. La tocaba en medio de las grandes tormentas, entre truenos y aguaceros, y salían de ella notas de silencio, finas y ligeras, como hilos de niebla. Y nunca tenía miedo de nada» (87).

Me parece que eso es lo que está en juego en la novela: tocar una melodía que contravenga la música de fondo; ofrecer una salida a la retórica que ha perdido su objeto. Quien se da un nombre y *se da* un alfabeto revela el deseo de modificar el sentido y las formas de representación de lo existente. Es evidente que *Alfanbui* está marcado por la voluntad incoercible de entrar en la literatura de posguerra con sus propias leyes y es evidente que lo consigue. Lo había expuesto en términos muy parecidos Garciasol en su reseña, con un símil llamativo en un represaliado. Al hilo de la problemática adscripción genérica de la obra decía:

Aquí, como en cuanto la forma de gobierno creo que lo importante es el contenido. Literatura es la gracia natural cultivada y puesta en orden, escribir con talento y gusto de lo divino y lo humano. Luego este mundo se diversifica en naciones o provincias, en géneros. Pero lo principal es pertenecer a ese mundo por derecho propio, como Rafael Sánchez Ferlosio, magnífico escritor, ya, con sus posibilidades casi intactas (1951:4-5).

Lo cito interesadamente, porque en lo que sigue he de abordar ese «derecho propio» que tanto *Alfanbui* como los jóvenes de la edad del autor se arrogan. La exhibición de dominio de la tradición suele ser un buen expediente para mostrar que se camina sobre suelo firme, pero hay algo más: el recurso a la tradición también puede ser un modo de autosancionarse. Ese fenómeno podría hacerse extensivo a los hijos de la victoria. Se encuentran en espacios sancionados, en un mundo heredado y buscan, lo mismo que

Alfanhuí, su transformación. Tengo miedo de estar deslizándome por un terreno escurridizamente metafórico, así que trataré de ilustrarlo con un texto del propio Ferlosio contemporáneo de la novela que arroja luz sobre qué dimensiones materiales había alrededor de la invención de su *alfabeto raro*. El 2 de marzo de 1952 Ferlosio manda una carta abierta a *Alcalá* para reprender a la redacción por el curso que está tomando la revista. Su andadura ha empezado tan solo dos meses antes, el 25 de enero. Se titula «Demasiada perfección en *Alcalá*» y está escrita con la virulencia característica de aquellos jóvenes, que practican una sinceridad intempestiva, contundente pero de fines constructivos. Se abre con una enmienda a la totalidad: «Cuando he abierto la revista y aun antes de abrirla, he pensado: “Los mismos perros con distintos collares”. Y hasta los collares se parecen». Y es que «desde que aprobó uno el examen de Estado no ha dejado nunca de ver la misma revista». En todas suena la misma música, «el mismo fantasma hablando en la acera o vestido de etiqueta».

Quizás la causa se encuentre en el último lugar al que uno iría a buscarla: «Tal vez, puestos a adivinar ha sido la tipografía la que os ha comido a todos, y cuando escribís, escribís por los tipos “Ibarra”. Escribís de antemano, para ser impresos así. Como el que escribe una comedia para una actriz famosa, así vosotros escribís para vuestra intérprete tipográfica: “la Ibarra”. Como el que dice “la Guerrero”. Ella os impone un estilo, os impone su temperamento y, digáis lo que digáis, una cosa o su contraria, todo suena lo mismo». Porque todos adolecen del mismo problema. Gastan mucho estilo, pero «[e]l “estilo” no alimenta».

Es, como digo, el «sello imborrable», el «estilo vital» de una generación, para decirlo con el padre Llanos (1947:2); no es, de ningún modo, el tono de *Alfanhuí* y, sin embargo, aquí está formulado su íntimo deseo de *escribir* de otro modo, de *darse* otro estilo, otro temperamento, de sonar diferente. Así contemplada, en alguna medida *Alfanhuí* tuvo que proponerse intervenir en el lenguaje del SEU. La carta se refería broncamente a «aquel elegantísimo amaneramiento» del «rasurado, angélico, aséptico *Alfárez*», que de puro inofensivo «se debió inyectar ozono y murió como un cisne». De aquello no iba a quedar nada más, auguraba, que «colecciones [que] serán sin duda exquisitamente guardadas en álbumes blancos, como libros de primera comunión intelectual». Era el cisne que presidía el escudo del SEU en homenaje al cardenal Cisneros y no sé si el suyo era también el elegante cuello que retorcieron los versos más tremendistas del realismo social.

Se trataba, como digo, de un lenguaje de grupo: en la columna contigua Juan A. García de Madariaga lamentaba la misma asepsia reclamando «la sangre viva del momento,

las heridas pequeñas y grandes sangrando, no la voz de los profetas que predicán el rumbo de los ríos sin mojarse las piernas. Queríamos», dice, con el pasado de un traicionado, «el lenguaje sencillo y duro y no el juego de palabras; no la vitrina de exposiciones culturales»; querían, quieren, una autenticidad que se asienta en fantasías de tangibilidad, en desgarros violentos (aquel desgarrón de camisa, quizás, que el niño escoge para su alfabeto) en embestidas. Quieren sabores, olores contundentes impregnando la tipografía, introduciéndose en los cuerpos como un revulsivo, hiriendo las *entrañas* —palabra fetiche, entonces—; una escritura, dirá Sáenz de Buruaga, que pierda «en perfección aséptica, de pieza de museo para bibliófilos, lo que gane en vigor encendido, incluso deshilvanado» (cit. en Gracia 1994:146). «Los muchachos», urge Ferlosio, «esperan una alimentación rica y alegre [...] morirán de inanición si eternamente les vais a estar dando esa vuestra sopa de letras Ibarra».

Sin duda, *Alfanhuí* no cumple la premisa; aun así, aunque las sublimara, aquellas pulsiones llegaron a ella. Están en el «libro de experiencias» donde el niño anota las transformaciones por las que pasa una araña que «con cada alimentación tomaba no sólo un color, sino también una forma distinta»; las patas «[s]e le alargaban [...] o se le robustecían [...] según el desarrollo y el secreto de cada color» (109). Me parece, por poner un ejemplo más, que las criaturas inauditas y monstruosas que el niño crea son afines al anhelo de alumbrar una «fauna mucho más variada» que Ferlosio expresa en *Alcalá*. La prosa esmerada de la novela casa mal con una «tipografía violenta, jugosa, rica, in encuadernable, que dure poco tiempo, que corra rápida», y tampoco parece que el niño Alfanhuí se acoja fácilmente al espíritu de jabalí que Ferlosio pide para su generación en retórica rigurosamente fascista: «esos cerdos violentos, ágiles, agudos y velocísimos, impetuosos y cortantes, luchadores, rompedores de la maleza. Y al mismo tiempo, y en la intimidad, burlones, comilones, ruidosos, sufridos, pero no austeros. Seamos gente fuerte, pero no gente austera. Tengamos carne, musculatura». No, no es esa la retórica de *Alfanhuí*, pero sus aventuras pueden leerse como una salida de la situación en la que se encuentran crónicamente atrapados quienes embisten y se lamentan en las páginas del SEU. Porque ese hartazgo hace mucho que dura: ya en fecha tan temprana como 1944, un anónimo nostálgico de la milicia aventuraba en las páginas de *Estilo* que «[q]uizá de todo lo mejor de la Falange, fueran las primerizas escuadras del SEU lo mejor. Hoy ya no es así. Parece que se perdió el nervio y con éste, las agallas. Parece que la gran coordenada del brío universitario perdióse tras un academicismo frío» (cit. en Gracia 1994:101).



### 1.3.- LA ISLA DEL JABALÍ

*Alfanbuí* es orgullosamente individualista. De la picaresca y el *Bildungsroman* toma la itinerancia solitaria. El muchacho conoce a gente, pero la deja pronto. Sus andanzas culminan en la conquista de una isla solitaria, «lejos de todas partes», pero al cabo de un año aquella isla solitaria se había convertido en un «país de jabalíes», que es desde donde se despide del director de *Alcalá*. El joven falangismo concede a sus miembros un amplio terreno de crítica, pero no consiente el individualismo. Está articulado sobre un *nosotros* tenso donde cada *yo* revierte revulsivamente en la *escuadra*, el cuerpo integral de la comunidad; sobre «nuestro “yo” nacional», por decirlo con el joven Miguel Sánchez-Mazas. Suele escribir en primera persona del plural porque se lo ha educado en la totalidad. «La raíz del Imperio nuestro», señala Sánchez Mazas, «sólo puede estar en las almas de la Patria porque sólo puede provenir de una actitud moral unánime del ánimo de la Patria. El Imperio recto proviene de un imperativo moral», que se labra en cada uno de ellos. «Queremos una Patria imperiosa, de almas imperativas, no de almas inermes y pusilánimes. Imperar, ante todo, es no languidecer jamás» (1939:9).

Obediencia y jerarquía, sí; pero entre los jóvenes campa a sus anchas la enmienda, incluso a los mayores. La crítica es un *deber*, un *servicio* a los demás y a la patria. El *inconformismo* es muestra de lealtad. Lo explosivo está en esa misma lealtad, que solo puede sustanciarse en revistas que parecen replicarse las unas a las otras: «Si os miráis en torno», embiste el jabalí, «habréis de reconocer que no os lleváis a nadie de calle. Ni siquiera a vosotros mismos. Cambiáis de postura en lugar de cambiar de silla. De *La Hora* a *ALCALÁ*. Y ¿por qué *ALCALÁ*? Si allí no se hace más que almendras garrapiñadas. En todo caso, Moncloa. ¿No es para nosotros mucho más importante, hoy en día, la Moncloa?».

El Verbo se ha hecho carne en ellos y no han logrado nada más que una sucesión de cabeceras. Por entonces abundan los jabalíes y todos sueñan con la conquista de su propio país que tiende a ser uno y el mismo y está regentado por una generación que debe ser relevada. Harto de la espera, un editorial de la leidísima *La Hora* —¿estuvo Ferlosio en su consejo de redacción, donde Bugueda Sanchís lo sitúa? (en Marsal 1979:56)— alertaba de que «[e]n ningún caso [...] se descartará la posibilidad de tomar la rebeldía y la emancipación como única salida. Todo esto debe tenerse en cuenta para comprender el sentido de nuestra página» (cit. en Gracia 1994:110), y otro tanto podría decirse del sentido de ciertas páginas de *Alfanbuí*, porque muchas de esas tensiones reverberan en una escritura

que no respondió a un plan narrativo preconcebido, sino que se fue haciendo sobre la marcha y pudo recoger varias claves de aquella coyuntura enunciativa. Claro que se acogía al armazón picaresco, pero el abandono del hogar se avenía de mil amores con el deseo de emancipación de aquellos veinteañeros; y la orfandad, ¿no podía reflejar las cargantes tutelas de los adultos? ¿y qué hay de esa isla solitaria? ¿no parecía encontrar en ella Alfanhú un reino negado y anhelado? Es significativo que de la fórmula picaresca se excluyeran tanto la depravación moral del protagonista como el colofón de su integración en un cuerpo social corrompido. Antes que la condición de pícaro, a Alfanhú le cumple aquella de «antipícaro» que daría título a un pecio: «No dejes que la vida ni la calle te enseñen nunca nada; esas sucias y ruidosas maestras, llenas de astucia, vileza y confusión» (2015b:88). Ni siquiera era picaresca la salida del hogar, que no viene forzada por unos orígenes miserables, sino por un afán de conocimiento y realización que, como el niño pronto comprende, no se aprenden en la escuela.

El abandono de los maestros (con la nostalgia de uno muerto por la intolerancia de la muchedumbre y cuyos conocimientos se igualan en vida), el abandono de la infancia, la conquista de un nombre y de un lugar, así como el amplio peso concedido al crecimiento intelectual dan cuenta de lo que la arrima a un *Bildungsroman* generacional. Porque cuando la obra ve la luz ya hace tiempo que abundan los muchachos sin escuela, que se alude a maestros perdidos que a veces tienen tertulia en un café; pero, sobre todo, hace tiempo que se habla de falsos maestros y de hermanos demasiado mayores para ser tenidos por compañeros. A partir de entonces, y ya sin interrupción, la juventud da sus primeros pasos al frente para exigir un lugar en la vida nacional. Esa actitud desafiante llevaba algunos años gestándose en aquella generación. La exhibe ya el editorial que Juan Carlos García Borrón y Manuel Sacristán (cuyo padre, por cierto, ostenta cargo en la administración del SEU) redactan para el número especial con que *Cuadrante* —la efímera (por abortada) sucesora de *Estilo*— saluda el año nuevo de 1947: «Nosotros somos nosotros, repetimos una vez más. Somos la juventud. Más de una, más de dos veces hemos repetido que la juventud, esa fuerza que mueve los pueblos, que gana las batallas, que cubre con sus pechos todo el contorno de una nación cuando esa nación está en peligro, no puede aceptar tranquilamente el “dictado” de los que han rebasado la cincuentena» (en Gracia 1994:107-108).

Todo aquello formaba parte del ascendiente jonsista y sus proclamas de la juventud como verdadero sujeto revolucionario; la propia preceptiva recomendaba excluir de los puestos de mando a quienes hubiesen rebasado la primera juventud, como recordaría

Alfonso Sastre (1984). A algún lector de más de cincuenta años, que es donde se encontraba el propio dictador, debió de recorrerle el espinazo un temblor, porque *Quadrante* convocaba el fantasma de una revuelta juvenil a escala planetaria y no descartaba la deriva «hacia cauces menos mansos y más peligrosos, si otros no pueden recoger la bandera de la juventud» (1994:108). No sorprende que la publicación perdiera su subvención «casi inmediatamente» (García-Borrón 1996:298). Como contó Laureano Bonet, «Franco fue consciente de esa *línea de sombra* biológica» que se habría de agudizar en los años siguientes (1988:34). En el discurso de despedida del año 1955 reflejaba el «palpable temor *generacional* ante el brote de esa nueva ola juvenil» (34): «el pasado», decía el dictador, «desaparece difuminado en las nieblas de los tiempos nuevos, y los que hemos sido actores de este último siglo en la vida de España vemos incorporarse a las actividades nacionales nuevas generaciones [...]. Este año se unirán a las actividades intelectuales de las Universidades los nacidos bajo el signo de la Cruzada [que] [...] poco conocieron, sin embargo, de los dolores de nuestra Patria» (cit. en Bonet 1988:34-35). Franco concluía con un aviso: «no sería sincero con vosotros si no os diera esta voz de alarma que siento latir en las generaciones que pasan» (cit. en Bonet 1988:35). El año que empezaba iba a darle la razón. Lo veremos.

Por supuesto que las proclamas de *Quadrante* abundaban en el fantasma de la *revolución pendiente*, pero anticipaban ya la aparición de una juventud que fía a lo generacional la capacidad de aglutinar transversalmente cualesquiera tendencias. El editorial es explícito: «Somos la juventud. No estas juventudes ni aquellas juventudes; simplemente la juventud» (cit. en Gracia 1994:108). Pero acaso lo más alarmante estaba en la apostilla final: «No hemos sido vencidos ni somos vencedores. / Pero el triunfo puede ser nuestro» (108). Ya estaba aquí prefigurada la suspensión de la vigencia intergeneracional de la guerra. Desde las coordenadas de *Quadrante*, de haberla, la próxima guerra enfrentaría al bando de los jóvenes y al de los adultos. Los editoriales eran continuas advertencias, vindicaban machaconamente un espacio propio. Eran enclaves de alianza y conjura, de entusiasmo y desafección como mimbres con los que urdir una nueva hegemonía. Aunque la fecha emblema de ese giro se sitúe en 1956, las proclamas llevaban varios años viendo la luz y reescribiendo el calendario de la victoria. Así, en abril de 1950 *La Hora* imprimía un número extraordinario que remaba en la misma dirección que *Quadrante*: «El 18 de julio de 1936 es una fecha que hay que entender ya de una manera total, porque en una zona y en la otra estaba en pie de guerra la juventud española decidida a la transformación violenta de España, latiendo en ella un fuerte afán de mejora. Quedarse sin esta verdad evidente

supone prescindir de media España en la tarea y la marcha española, en la Revolución precisa, en la reconstrucción de la unidad, en el logro de la grandeza y en la posibilidad de la libertad» (cit. en Gracia 1994:116).

Se hace difícil precisar dónde se encuentran en cada instante quienes fantasean tempranamente con «algún sitio» desde donde realizar «una acomodación de ese entusiasmo a unas tareas concretas que vayan desde la acción revolucionaria en la calle y en la Universidad hasta la acción política de construcción de un nuevo orden, pasando por una tarea de creación de nuevos modos artísticos», según reza un editorial de *La Hora* de 1948 (cit. en Gracia 1994:109). Los *sitios*, las «sillas» que invoca Sáenz de Buruaga en otro texto (cit. en Gracia 1994:141-142), hablan de una prolongada interinidad que amenaza estallar si el aparato del Estado no logra captarla y estabilizarla. En torno a esos sitios, *sillas* o islas alfanhuyescas orbita una constelación conceptual lo suficientemente ambigua y porosa — un batiburrillo, en suma— como para permitir virajes ideológicos, confusas mixturas o estrictos *aggiornamenti*. Resulta ilustrativo, a este respecto, el testimonio de Carlos París, que describía su evolución ideológica del falangismo al comunismo conforme a un esquema que «sigue más el modelo continuista que el abrupto. [...] [A] mi modo de ver hay una continuidad básica, una reasunción, aunque a un nuevo nivel, de los temas y motivaciones iniciales, una *Aufhebung*» (cit. en Marsal 1979:206-207).

Al calor de la Guerra Fría, cuando el fascismo se iba degradando en gesto y el *estilo* traía un sonsonete incrédulo, muchos de ellos tuvieron que ir buscando espacios de acomodo. Fue un proceso de asimilaciones, de adaptaciones al medio que mantenían las claves de la matriz original; una superación conservadora, una reabsorción, como indicaba París. El proceso fue lento y 1951 es una fecha aún temprana. La confusa sismografía de aquellas convulsiones me ocupará en el próximo capítulo. A modo de genealogía debo, no obstante, apuntar algunos fenómenos que *Alfanbuí* consigna insistentemente. No sé qué validez pueda tener la hipótesis de que las apelaciones a la superación de las discordias de la guerra tuvieran su correlato en la suspensión de las representaciones heredadas; en qué medida, por ejemplo, la aplicación al estudio de las leyes y los organismos naturales pudo hacer pareja con el redescubrimiento del entorno; en qué medida, en fin, aquel empeño de los vencedores de edificar una cultura de nueva planta se vio relevado por otro que, heredándolo, lo amplió a zonas excluidas. Lo que permanecía intacto era el deseo de acercarse por primera vez a un mundo antiguo.

De ser válida la hipótesis, en *Alfanbuí* se encontraría una fábula sobre el redescubrimiento del mundo por parte de una generación que quiere abarcarlo de nuevo

por sí misma. Es, en buena medida, el *retrato de un artista (pre)adolescente* que nace a la realidad circundante. Un empezar de cero con un nuevo nombre y con el convencimiento de que en las entrañas del mundo yace un manantial de transformación y alumbramiento. Se trata de encontrar los medios que puedan sacarlo a la superficie. Así, tanto su nuevo alfabeto como la selección de sus propios instrumentos de escritura responden a la captación y la (re)producción de lo inaudito en lo familiar, a un *volver sobre lo dado con ojos nuevos*. Ferlosio le contaría a M. E. Coindreau que la escritura de la obra había nacido como un juego basado en la

materialización de metáforas poéticas: así, si en la poesía se comparaba el rojo del ocaso con la sangre, yo haría en mi historia que el ocaso fuese sangre verdadera. [...] Luego esta primera idea no siguió adelante y predominó la preocupación por los colores y las transmutaciones de la vida y la materia siempre con un principio de causalidad [...]. Este libro me lo propuse así, como un juego [...] Eso fue lo que me propuse, primero era la materialización de la metáfora, después la ley de los colores y la química total (cit. en Roas, 2008:56).

El juego tomó su propia deriva, pero no a capricho del azar, sino guiado por un alucinado principio analítico que arrancó de la distancia entre los usos literales y los usos metafóricos, en el pliegue entre la Carne y el Verbo, operando en la sustancia y la forma, en las «transmutaciones de la vida y la materia». De allí deriva su fascinación por la tangibilidad, por aquello que hay detrás del mundo como figura. A Alfanhú le interesa la plasticidad, la mutabilidad, la condición cambiante de aquello que solemos dar por inamovible, pero también las modificaciones experimentales que uno mismo puede obrar sobre ello. Es una fantasía constructiva consciente de que hay inmensos continentes de saber obliterados. El mismo cruce de lo literal y lo figurado alcanza a la obra: Alfanhú *descubre* en el sentido más literal de la expresión. La pulsión intelectual es tan desmesurada que, pese a su corta extensión, el libro está abarrotado de matices, objetos y organismos. El narrador y el muchacho quieren (re)leer cada detalle sutil y (re)escribirlo; hacerle un lugar en sus páginas, aunque sea un bote de pimentón o el rótulo de una calle, para los que no escatima ni el relieve de las mayúsculas ni la soberanía socarrona de figurar en cuerpo autónomo en la página. En ello va algo más que una humorada y una dignificación de lo humilde: a menudo, ambas se integran en la pasión siniestra por la emergencia de lo oculto, por el nombre desconocido —también el suyo— que se ciega tras el conocido —«Los nombres de las montañas están escritos en su solana y por la umbría nadie los conoce» (2008:174)—. Porque el nombre de las cosas no las contiene íntegras y la obra se propone representarlas íntegramente.

Mucho de ello está ya en un *incipit* bastante aparatoso: «El gallo de la veleta, *recortado en una chapa de hierro que se cantea al viento sin moverse y que tiene un ojo solo que se ve por las dos partes, pero es un solo ojo*, se bajó una noche de la casa y se fue a las piedras a cazar lagartos» (75; el subrayado es mío), al que le brota, como una excrecencia, un prurito descriptivo que violenta la sintaxis de la frase. Se trata de una pulsión escópica que domina amplias secciones de la obra y que se prodiga sin que la apremie lo más mínimo la marcha del relato. Lo puntilloso y la demora entregan el perfil de una obra confeccionada como una colección de estampas a las que solo después se da ilación; de ahí que se deje leer como una gavilla de variaciones sobre un mismo tema: el encuentro primigenio con el mundo.

Y, sin embargo, cada una de las estampas está minuciosamente articulada. Su cultivo puede despreocuparse del todo narrativo, pero no el *todo* inmediato: la minucia y las ramificaciones responden, precisamente, a la manifestación de la totalidad en cada fenómeno, auscultado en sus diversas caras y hasta fenomenológicamente en sus cambios en vida y en muerte. Si con algo sueñan el muchacho y la escritura del autor es con la capacidad de representar en desarrollo la continuidad inscrita o latente en todo cuanto se topan. Los ejemplos son numerosos, pero escojo uno de los primeros: gracias a una industria, es decir, a una técnica de conocimiento, asistiremos con todo lujo de detalles al aborto de una yegua «toda blanca y transparente», «toda como de vidrio» y cuyo feto «se veía vivísimo en su vientre», «envuelto en una bolsa de agua rameada de venillas verdes y rojas que terminaban en un cordón amoratado por cuya punta iba saliendo el líquido lentamente» y en donde finalmente se descubre que «[e]l caballito estaba hecho del todo» (80). La insistencia en el *todo*, la transparencia del mundo a la mirada, el desglose de lo que *está ya hecho del todo*; el afán, en fin, por describir la constitución y el funcionamiento de los organismos apuntan ya la importante aleación de ciencia y poesía en la obra de Ferlosio. La preeminencia de la experimentación y el estudio estaban en sintonía con el repudio a la «actitud anticientífica, disfrazada de preocupación religiosa» que ya había expresado su hermano Miguel (1948:5). Y de la voluntad de «unir y no de disociar» que este pedía, se hacía cargo la novela, cuya moral —casi deontológica— parece destilada de la ciencia: la preeminencia del objeto sobre el sujeto, la mirada desapasionada, la descripción sobre la prescripción, la verdad en el estudio detenido de lo apariencial, la fe en el propio entendimiento... Pero si me he referido a la aleación de ciencia y poesía, y si he podido hablar antes de un mito, es porque el naturalismo de *Alfanbú* transita por el territorio de la cosmogonía.

Cabe pensar la obra como anticipo de aquel espíritu leonardesco al que Gaya Nuño apelaría dos años después en *Revista Española*. Estaba harto, decía, de «epígonos [...] constreñidos a militar en los estertores de una nueva Edad Media» (2015:224); demasiado conformistas, demasiado «aferrados a una realización vital que otros han descubierto y a la que ellos no aportan sino variantes». Era hora de poner fin a una época en la que «[t]odo el proceso intermedio ha desaparecido, y la síntesis ha rebasado al análisis» (220). Quizás, auguraba, al cabo de medio siglo surgirá una «nueva generación [que] no atenderá sólo a la belleza de la formas, sino a las razones conducentes a la belleza de las formas». Será entonces cuando aparezca lo leonardesco: «una Concepción del Mundo, casi una completa Teogonía de lo Viviente» (220) que se dejará «seducir por las cosas más nimias y más excelsas, pero todas con parecido dominio por su sentido de la proporción y el equilibrio [...] otorgando a las cosas una pura y propia majestad ontológica, sin resquicios ni fisuras, tratando, antes bien, de dejar patente la naturaleza de las cosas, su física y su química» (222).

*Alfanbui* no le va a la zaga a la obra de un genio que demuestra, en palabras de Gaya Nuño, que «el arte de la pintura no era solo una habilidad manual, sino una empresa vastísima, comprensora de todas las artes y ciencias, investigadora de la posición del feto en el claustro materno durante el primer mes, y creadora del ingenio para deslizarse sobre la muralla al amparo de arqueros y arcabuceros» (223). El Leonardo por venir de Gaya Nuño desanda lo dado para volver a abarcarlo, y en su voracidad insaciable rehace y revive por sí mismo los saberes fosilizados en la enciclopedia. Esa clase de aspiraciones permean también la novela y atienden lo mismo a lo libresco que a lo que alienta fuera de los libros, porque entre sus objetivos está la ruptura de la frontera —identificable a algún respecto con la que media entre pasado y presente— que separa libros y mundo. El redescubrimiento del mundo tiene su correlato en la reviviscencia de lo impreso y lo disecado (dos artes próximas, como sabrá el héroe de *El testimonio de Yarfoz*, Nébride, cuyos últimos días se consagrarán al arte de la necrografía). Ahí está la descripción alucinada de unos pájaros resucitados y de un libro «de plantas disecadas» que (re)brotan, alborotadas, por efecto del viento y la lluvia: «revivían, trepando por las paredes del salón, invadiéndolo todo, formando una espesa enramada, florida y llena de nidos de donde salían también pájaros que volaban hacia el redondel luminoso del techo» con «danzas arcanas, [...] primitivas de su especie». Pero la cosa no para en ello, en la escasa extensión del capítulo cabe «toda la emigrante y multicolor geografía de los pájaros, la luz de las tierras antiguas»

(2008:94), por donde discurren el Nilo, el Éufrates, el Ganges, y están, incluso, «los ríos de China con sus nombres de colores» (93).

Estas fantasías son constantes en *Alfanhuí*. En lo que tiene de reunión de ese afán geográfico y libresco, pero también de destello de la vida de posguerra, quisiera recuperar la historia de doña Tere, viuda de un maestro del que ya no queda más que un único libro en la pensión que regenta: «Un libro con pastas color naranja que tenía en la portada una muchacha soplando un molinillo» que «se deshacía en pequeños vilanos que volaban. El libro se llamaba “Petit Larousse Illustré”», y «Alfanhuí se entretenía mucho viendo las figuras» (153). Un diccionario enciclopédico repleto de descripciones y representaciones del mundo, una de esas sumas y compendios que tanto admiran al muchacho y que delatan las pulsiones secretas de la obra; pero también la obsesión distintiva de una generación que sintió que debía reapropiarse del saber. Rescato el episodio porque a renglón seguido se encuentra una miniatura —la interpretaré como una reescritura de la enciclopedia— que reúne varios hilos de la época. Se trata de la historia del padre de doña Tere, un labrador de Cuenca que «[u]na tarde se durmió arando con los bueyes. Y como no volvía el arado, los bueyes siguieron y se salieron del campo» (153). El episodio se describe con la linealidad puntillosa que vimos en el aborto de la yegua. Las frases siguen sin elipsis los pasos sonámbulos del labrador, que avanza con las «manos en la manquera» dejando a su paso el rastro de «un surco solo, largo, recto», que marcha junto al Tajo y atraviesa «vados y montañas» hasta adentrarse en las aguas del Atlántico. Allí despierta el labrador, vende sus bueyes, vuelve a casa desandando el surco de la ida, hace su testamento y, como todos los viajeros de la novela, muere tras contar su historia.

Como decía, no sé si será descabellado aventurar que la historia reescribe el emblema del Larousse trocando la divisa original, «Je sème à tout vent», por un castizo ‘Aro en todos los campos’. El surco imparable del sonámbulo delata la impronta surrealista que concibe la escritura y el saber como trasposición de límites en busca de lo vedado. Es el propio Alfanhuí quien quisiera intimar con lo que llega «de la otra parte, de donde no viene nunca el conocimiento de las cosas; traspuesto el primer día, por detrás del muro de la memoria, donde nace la otra memoria: la inmensa memoria de las cosas desconocidas» (93). El padre de doña Tere está escribiendo una enciclopedia y tiene una sola entrada, un solo surco que no atiende a las particiones que le precedieron porque las está rehaciendo, reviviendo. Ese trazo desatado es solidario de la atención que el muchacho presta a los desplazamientos y las ramificaciones que reescriben y reinscriben lo conocido, porque una de las claves de este aprendizaje es la interrelación de elementos situados demasiado



cómodamente en categorías estancas. Estos jóvenes trabajan en el despliegue. No extrañan las prevenciones que pocos años después ponía desde *Laye* Manuel Sacristán al ocuparse de la novela, en la que descubría «capas cada vez más lejanas de la primera visible, pero a menudo enlazadas con ella por vetas y filones que atraviesan la obra en profundidad» (1954:17). «*Alfanhuí* no sería un tesoro si pudiéramos apurarlo del todo cambiándolo por conceptos, comprándolo con ideas» (20). Algo así se sugiere en la misma obra a cuenta del fastuoso trajín de destellos, texturas y sonidos al que se entrega la abuela de Alfanhuí en sus noches de inquietud: hace y deshace, organiza una y otra vez el contenido de sus siete arcas porque en la noche el tacto y el oído descubren nuevas relaciones entre los objetos; reformulan, resemantizan, crean nuevas familias y hasta otros mundos, corolario último de una generación de autodidactas empeñados en superar mediaciones. Las enciclopedias, en suma, bien pueden ser reflejo de un afán por saltar por encima de los transmisores. ¿No acaba Alfanhuí igualando al último al que estima? ¿No se aleja de los demás? ¿No llega incluso a borrar del mapa a esa suerte de gobernante que es don Zana?

José-Carlos Mainer ha propuesto en diversos lugares (1994, 2008) que, pese a proclamadas tabulas rasas, la cultura de la preguerra permeó epigonalmente un tramo largo que alcanzaría hasta comienzos de la década de los cincuenta. A partir de entonces se hace observable un adanismo cultural y político del que sin duda participan los últimos textos que he ido citando. *Alfanhuí*, tan tocado por los modelos anteriores, es una muestra privilegiada de ese gozne. Lo que quisiera explorar es el proceso subrogatorio al que ni el adanismo más voluntarioso logra sustraerse. Puede que Alfanhuí no tenga padre, pero no puede evitar rellenar ese vacío de otros modos.

Los protagonistas de todos los cuentos de la obra se espejan en su protagonista. Pero el padre de doña Tere, además, también lo hace en un personaje que Ferlosio invoca en «De la paciencia» con deje unamuniano: el «ser anónimo de todos los tiempos, infinitamente pacientes, que labró la tierra». En esa figura se cifra una vinculación afectiva a la que me he referido anteriormente como una comunidad geomoral: la hermandad con un mundo aldeano que tiene los dones de pureza que ha falseado la ciudad y que comparece a manera de reserva de valores morales y de lenguaje genuino. Es sintomático que en sus días de boyero Alfanhuí se calce las botas que pertenecieron a su abuelo, y convendría abordar el sustrato ideológico al que haya podido contribuir el cóctel de esoterismo y carlismo de otro *abuelo*, el autor de *La lámpara maravillosa*. Dechado de virtudes, espacio del linaje, lugar de transmisión de saberes, depósito de patrones inmemoriales, el campo es invento de la urbe, nostálgica de un tejido comunitario que preserva incorrupto lo originario: de allí llega

el alimento a la ciudad, de sus acentos la memoria del idioma; en él se cifra lo originario, lo prístino y lo puro. Recordemos que al llegar a Madrid Alfahuí empieza a observar comportamientos y lenguajes que no entiende. Se trata de cierta falta de cortesía, de un habla apresurada y apocopada, que acrecientan su extranjería ante una ciudad que se le descubre «hecha sobre los campos, vacía del ensueño que la amparaba» y que en el colmo de la falsedad llegará a decirse a sí misma «“Yo soy nada entre los campos”» (164).

El apego a tradiciones y el culto a lo rural frente a la urbe deshumanizada son aspectos fundamentales. El frontispicio de la obra dice que «esta historia castellana» es fruto de la *siembra* de «las locuras que andaban en mi cabeza y que en Castilla tenían tan buen asiento», según reza la dedicatoria que dirige a su novia, Carmen Martín Gaité. Justo antes se lee el exergo del *Libro de buen amor* que le ha dado pie: «Sembré avena loca ribera de Henares». Son gestos intertextuales que se cargan con el prestigio de los clásicos, porque Alfahuí, ya lo hemos visto, se sabe y se quiere antiguo. Así le sucede también al protagonista de la novela en la que trabaja Rafael Sánchez Mazas por aquellas mismas fechas, *La vida nueva de Pedrito de Andía* (1951), felizmente descrita por Aranguren:

Es un libro *tradicional*, y el amor de Pedrito, de familia liberal, e Isabel, de familia carlista, simboliza la necesidad de superar esas viejas rivalidades para encontrar, por debajo, el subsuelo político-cultural común. Es exaltador, hasta su mitificación, del *antiguo estilo* vascongado *de vida*, de los usos heredados. Y, en fin, es un libro de menosprecio de corte y *alabanza de aldea*, de falta de gusto por la vida urbana y entusiasmo por los viejos palacios de campo y los caseríos (1976:244).

No he de ocuparme de apurar las convergencias y divergencias, cosa que hizo brillantemente Jean Alsina (1996), sino en esa atracción cuasilibinal de Alfahuí por lo recio y lo humilde en la que no me parece que se adentren las andanzas veraniegas del señorito católico de Sánchez Mazas, más apegado a faldas castas y a sotanas.

Pese a que Alfahuí también se guía por el «menosprecio de corte», como ya señaló Medardo Fraile (1973:129), la suya es una figura bastante más compleja y misteriosa que la de Pedrito. ¿Qué clase de tradicionalismo es el suyo? Conjuga ciencia y tradición sin que se opongan entre sí, y junta enciclopedias con arados. Si bien hay tradicionalismo, se trata de uno heterodoxo, porque el muchacho es un inventor que transforma la naturaleza y que, según veremos, traspone a su antojo las fronteras de lo aceptable y lo monstruoso. No, no es un tradicionalismo al uso y, sin embargo, en algún tramo bordea la alegoría para convertirse en juez y parte de los límites de lo permisible y lo punible. Sucederá en Madrid y contra las artes de lo más parecido a un antagonista que ofrece la novela: don Zana, una marioneta que vuelve a la vida.

Un epígrafe nos informa de que entre ambos maduraba una «oculta querella» y da paso a su resolución: el pequeño disecador mata al hombre de madera en un acto de justicia que supondrá, a su vez, la inmediata salida de Madrid. Porque don Zana es, de algún modo, la encarnación de la falsedad de ciudad: con él se abre el ciclo urbano de la obra y con su muerte se clausura; las últimas oraciones del ciclo retratan a Alfanhuí tendido «bocabajo sobre la tierra» para limpiarse los ojos de la falsa sangre que la marioneta ha desteñido sobre ellos: *¿Blut und Bloden?* Acaso sea el pasaje más asimilable a lo alegórico de la novela y es, organizado a manera de duelo en el «centro» misma de la ciudad, el más llamativo, el único episodio en que Alfanhuí, que estudia la vida de las cosas y la procura, da muerte. ¿Qué es eso tan grave que mueve la querella? ¿Qué puede resultarle inaceptable a un muchacho que modifica la naturaleza a su antojo? Creo que la respuesta a esta pregunta nos devuelve a la cuestión de la producción de comportamientos y formas de vida que inundaron la literatura científico-política de la postguerra, y muestra —espero— en qué medida *Alfanhuí* es una respuesta generacional a las mismas. El viaje al centro de la ciudad concluye con un tipo de asesinato muy especial: tiene lugar «el día y la noche de carnaval» (164), espita de atentado a lo establecido por antonomasia, y don Zana oficia allí de tiránico «paladín» de un desfile de máscaras que ha arrancado de sus casas para que marchen tras él como una comitiva de forzados:

Delante de todos iba don Zana, imponiéndoles la risa a la fuerza, sin dejarles descansar. Algunos traían careta de cerdo o de gorila; otros de payaso o narizotas. Las voces se deformaban en las caretas de cartón y salían gruñidos. Algunos lloraban por dentro y los colores de las caretas se corrían y despintaban. Pero don Zana no les daba reposo. Chocaban a veces contra las paredes o contra los faroles, e iban encorvados, arrastrando los pies y dando tumbos y tropezando en sus largos manteos de colores. El oscuro, confuso tropel iba a merced de su risa, como desposeído de su voluntad, bajo un inmenso peso. Y cantaba y aullaba y gruñía, como arrastrado en una colectiva epilepsia. La agilidad de don Zana, ligero paladín, contrastaba con aquellos cuerpos grandes, torpes y encorvados, cargados de ropa (165).

No sé cuánto puede haber en esta comitiva de la que se dibujaba en «De la Paciencia»: «Nos lanzamos a la calle de golpe», lamentaba allí, «y nos damos a un trabajo inútil, atropellado, exterior a nosotros mismos, y nos dedicamos a buscar con estúpida vanidad el heroísmo. Y todo lo que decimos está lleno de una mística retórica, absurda, mientras nuestra alma y nuestro cuerpo siguen sin hacer nada más que zarandearse de acá para allá locamente». No sé el proceso de transfiguración que pueda haber habido entre uno y otro texto, pero el caso es que el deseo correctivo del artículo tiene aquí su logro: una vez que Alfanhuí se aproxime, la comitiva, conducida contra su libertad y privada de la

palabra, se liberará del tirano en desbandada dejando atrás máscaras y disfraces. Es el relato de una reposición, fenómeno que ya ha acontecido páginas atrás a propósito de una «caja de lata, en la que estaba pintado *Los borrachos* de Velázquez» (151) y que producía «muchos sustos» cuando «al rato de cerrarla», se desabollaba con un ruidoso estallido. El texto dice que entonces «volvía a su ser» (151).

Me parece que ese *volver a su ser* es la divisa de una obra que postula una interioridad capaz de determinarse a sí misma. La pintura de Velázquez es el señuelo; la verdadera obra es el rebato con el que la lata se pronuncia. Algo así sucede con el abandono de la máscara y del *estilo*. Bajo este prisma resulta claro que Alfanhú es un libertador y que, al matar a la marioneta, está cometiendo algo similar al tiranicidio legítimo de un poder que impide el desarrollo de una autonomía. Sospecho que en estos episodios se están filtrando las fantasías que aquella generación explicita en la prensa. En los estallidos de violencia —se trate de la que se ejerce o de la que se sufre— es especialmente detectable el afán de crear, destruir o mantener comunidades.

Mi última aproximación a la faceta generacional de la obra pasa por la cosmogonía antes mencionada: la comitiva y su desbandada madrileña tienen su doble en la «bandada ingrávida» de pájaros de colores que páginas atrás Alfanhú ha alumbrado junto a su maestro y que ambos han visto volar «como un trapo de colorines», como «disfraces de carnaval» en «armonioso desconcierto» moviéndose «por el cielo a desgarrones», lo mismo que si hubieran «lanzado pasquines desde un balcón» (112). Son, si se quiere, la versión fabulosa de la teogonía de lo viviente anhelada por Gaya Nuño, pero aún cabe decir más: con ellos la obra desafía los límites aceptables de lo existente para adentrarse festiva y teratológicamente en la creación de nuevas formas de vida. Y es que el estudio de Alfanhú no es meramente contemplativo: siempre se mueve entre la naturaleza y la invención. Los suyos han sido desde el primer momento actos de *poiesis*, pero ninguno ha alcanzado ni alcanzará las cotas de provocación de estos pájaros. Con ellos se rubrica el paso de la disección a la demiurgia y, al mismo tiempo, con ellos el niño abandona la condición de aprendiz. Si sus primeras experiencias se ocupaban de registrar cómo se genera la vida (episodio de la yegua) y cómo, una vez muerta, se la simula a través de la representación (taxidermia), estas pasan por lo genesiaco, una aspiración que ha de acompañarnos en páginas posteriores.

Los pájaros que vuelan son el destilado último de los experimentos que ha ido realizando y que ya antes han producido escándalo: entonces se trataba de extraños ojos de «colores inusitados» e incomparables en «viveza y expresión» (109). Los había fabricado

para engastarlos en pájaros decorativos, y eran solidarios tanto de la inusitada tinta con que aprende a escribir como de los propios ojos de pájaro del niño. En ellos había ido ensayando aquel empeño por *hacer, formar, alumbrar* nuevas criaturas. Los que les sigan no serán ya ficticios sino que surgirán de unos injertos hechos en los frutos de castaño a fin de que alojen los huevos de esos nuevos pájaros. Pronto los veremos cubiertos por una «tela, como las camisas de los percebes» y moviéndose «como hombres dentro de un saco» (111). Serán pájaros de cinco alas, tres patas y dos cabezas; todos distintos entre sí, y compondrán una bandada «desordenada y alegre, [...] viva y disparatada» (112)

Una bandada «multicolor y multiforme» (113) inaceptable: cuando uno de ellos llegue a conocimiento público, una muchedumbre escandalizada incendiará la casa del maestro reduciendo a ceniza la biblioteca que había de legarle y provocando su muerte (episodio que Alsina [1996] lee desde el ángulo de las condiciones de transmisión cultural tras el exilio). A veces parece como si *Alfanhuí* se ajustara a una economía encargada de regular, sofocándolos, los desvíos más acusados mediante agentes reactivos. Su cometido es preservar límites de distinto orden: a ellos se debe que el muchacho fuera expulsado de la escuela y a ellos responde este incendio. Ni era aceptable el alfabeto ni lo eran estos pájaros; ambos violentaban un límite, un acuerdo tácito acerca de lo lícito y lo ilícito. No me parece casual que ciertos rasgos en la caracterización de los pájaros y la escritura se solapen. Los pájaros vuelan «a desgarrones» y *Alfanhuí* escribe en un «rasgón». En Madrid se abortaba una comunidad y aquí se abortaba rápidamente otra. Habrá que tomarse al pie de la letra que sus pájaros eran como «pasquines» lanzados «desde un balcón» (112).

¿En qué medida se tematiza la amenaza y las frustraciones de una nueva generación? ¿En qué medida es *Alfanhuí* reflejo de una comunidad que fracasa y que aguarda en una isla solitaria? ¿Será la isla un reino temporal para quienes no tienen *sitios* ni *sillas*, algo así como un país de jabalíes desde donde se pide a los demás que se asilvestren para unírsele? Su contacto con diferentes especies —no olvidemos que tiene nombre de pájaro—, su forja de nuevas formas de vida, ¿no serán trasunto de lo que exige el jabalí en la carta a *Alcalá*? «[Q]ue nuestra fauna sea mucho más variada. Que haya raposas y leopardos, delfines y gaviotas, coleópteros, lepidópteros, escarabajos dorados, caballos, jabalíes»? *Alfanhuí* ha traspuesto un límite, y los límites —con los años, al ser investido *doctor honoris causa* reflexionará sobre ello— son el mecanismo por el que una cultura negocia o dispone lo que cabe en su seno y lo que debe ser erradicado. Hay ciertos poderes que ninguna cosmogonía ni ningún imaginario ha consentido de buena gana, y el de dar vida está entre los más temibles porque supone la posibilidad de reproducirse y crecer fuera

del orden constituido; supone la irrupción de una sociedad dentro de *la* sociedad, que va viendo cómo se infiltran cuerpos ajenos en su trama y van achicando o repeliendo su soberanía. ¿No habrá algo de ello en la aparición de un alfabeto extraño que debe ser expulsado? ¿No ha de decir algo así, años después, el famoso «Testimonio de las generaciones ajenas a la guerra civil» (1956)? Allí se alentará a «enterrar muchas ficciones que se arrastran por el teatro del país con la pretensión de constituir entes vivos y plenos de actualidad» y a sustituirlas «por seres reales y auténticos, en los que hayamos puesto nuestra verdad, la verdad de la vida nueva, generosa, y todavía no corrompida»? (Pinilla de las Heras en Gracia 1994:193). ¿No era aquello una suerte de cosmogonía?

Cada pájaro afirma una nueva naturaleza y se acoge al pasquín. La forja de nombres y criaturas, el abandono del hogar apuntan a la construcción de un *nosotros* distendido, en «armonioso desconcierto», que es como vuelan los pájaros de cinco alas, tres patas y dos cabezas. No se parecen demasiado al águila pétrea de Cáceres bajo la que posan Aldecoa y Pilares, pero no conviene olvidarla. Quizás entre ellos medie la misma distancia que entre don Zana y Alfanhuí: uno crea y descubre figuras imposibles, el otro organiza los cuerpos y las voluntades. *Alfanhuí* quiere la desujeción, la desbandada, el alejamiento del gruñido y del lamento de su generación, transfigurado en las máscaras de don Zana. No era lo único que alcanzaba a la marioneta: las voces deformadas por las máscaras pueden tener algo de la máscara tipográfica que había parodiado en *Alcalá*: «la Ibarra», decía, «os impone un estilo, os impone su temperamento y, digáis lo que digáis, una cosa o su contraria, todo suena lo mismo».

Estilo, tipografía, temperamento y diferencia son un todo indistinto; forman una sola trama con los términos que se les cosen: estética, ética y política. Ya señaló Medardo Fraile que *Alfanhuí* era «una “industria”, un experimento o experiencia personal que va más allá de lo *literario*»; era «el planteamiento de una hipótesis de estar y ser en el mundo» que habrá de *rebrotar* «de diversas maneras» (1973:135-136). Andando los años —treinta y cuatro, para ser exactos—, revisando los supuestos en que se cimienta la identidad nacional, Ferlosio se referirá a la «fórmula filogenética que ofrece a los individuos en cuanto miembros de tal comunidad cánones ideales, paradigmas de estilo y de conducta a los que han de atenerse si quieren realizarse como miembros de tal comunidad» (2016:25). «Quien no llega a ajustarse en un grado apreciable a este principio no *se realiza* como ser humano y naufraga o se desvanece en la mentira, en la inesencia y en la inautenticidad.» (24). Contradecir esa continuidad pasa por practicar o *encarnar* «estilos y formas que le son extraños», negándose a «reencarnar ciertas esencias genéricas originarias» (25); negándose a

reproducir, lo mismo que si de una tipografía o un alfabeto se tratara, «estilos fijos, a la vez sobreactuados y fijados, quiero decir “hipercharacterizados”, porque se adornan mucho pero siempre igual» (27).

La novela fue una orgullosa proclamación de diferencia: puso en circulación su nombre y al mismo tiempo lo situaba en una posición extraña. Creo que hemos insistido en exceso —yo acabo de hacerlo— en las huellas de la tradición hispánica y hemos desatendido el influjo que ya entonces pudo tener Cesare Zavattini. Me pregunto cuánto puede haber en sus pájaros de aquellos «hombres que», allá en el cielo de Bamba, «volaban alegremente, se perseguían, ascendían y se volvían a lanzar en picado o se posaban en el borde de los aleros o en los hilos de la luz o del telégrafo» (en *Revista Española* 2015:122-123). Vuelan ingrátidos, mientras Totó los protege de la guardia del tirano Mobic. Ningún mal ha de alcanzarles: los proyectiles se convierten en festivas «estrías de blanco humo, crines de luces plateadas, bengalas, hojas de oro que se apagaban descendiendo, lentamente, como en un río» (130). Sospecho que los pájaros de *Alfanbuí* vienen de «Totò il buono», que fue, al cabo, otro mito generacional. La improbable persona que no supo de él a través de la película de Vittorio de Sica pudo haberlo leído en la traducción que hizo Ferlosio para *Revista Española*, un espacio clave en la transición hacia un nuevo *estilo* y en la imaginación de comunidades. Una pequeña isla.

## 2.- RETÓRICA Y GENEALOGÍA. EN LAS AFUERAS DEL ESTADO. EN TORNO A REVISTA ESPAÑOLA

*Si amanece la arrogancia  
De la fuerza y el valor,  
Niño débil y cobarde,  
niño noche y deserción.*

(S. Ferlosio 2015b:179)

En cierto modo, la búsqueda de un *sitio* dio sus frutos al cabo de poco, en 1953, cuando un represaliado republicano monta una revista que pone en manos de tres jóvenes. Son Aldecoa, el hiperactivo Alfonso Sastre —que en breve tendrá el honor de que se prohíban las representaciones de su *Escuadra hacia la muerte*, fiel reflejo de la desbandada generacional—, y Rafael Sánchez Ferlosio, a quien Jesús Pardo, recién llegado al café Gijón, evoca ya (exageraciones de escritor inédito) «desde lo alto de su precozmente veterana gloria» (1996:173). El *sitio* se llama *Revista Española* y constituye, en palabras de quien tuvo parte en ella, «el primer intento acometido después de la guerra de crear una revista literaria que no estuviera sometida a subvención oficial» (Martín Gaité 1994:42). Es obra de unos pocos escogidos a quienes Ferlosio retrataría en una caricatura hecha al vuelo<sup>3</sup>: una pandilla de escolares revoltosos recogidos en el amplio abrazo de un hombre que les dobla el tamaño y la edad. Forman un círculo, un anillo con algo de espacio de conjura, según fue frecuente entonces. Para quien conoce algo más que el dibujo, son cifra de un primerizo movimiento de autosegregación y autoconciencia. La revista no discurre por cauces institucionales, pero enarbola en su título su residencia nacional; una suerte de estar dentro estando fuera o un estar fuera estando dentro, tanto da, un estar y no estar que se compadece con la situación del que los abraza, Antonio Rodríguez-Moñino.

La guerra estalló cuando tenía poco más o menos la edad de esos muchachos, y mientras duró formó parte de la Junta para la Salvaguarda del Patrimonio Artístico Nacional (adonde debió de llegar desde el Centro de Estudios Históricos, en el que trabajaba junto a su futura mujer, María Brey Mariño, bajo la dirección de Claudio Sánchez Albornoz) y luego estuvo al timón de la Junta extremeña. Después de la guerra, depurado de sus cargos docentes, será una pieza clave en la comunicación entre el hispanismo interior y el internacional, un distinguido editor de clásicos y el posibilitador de una porción considerable de los estudios filológicos que vieron la luz en los cincuenta y sesenta. Su

---

<sup>3</sup> Anexo 2.



prestigio filológico no paró de crecer nacional e internacionalmente cuando la Academia le otorgó el sillón que nunca quiso ocupar Rafael Sánchez Mazas. Esa es otra historia, pero conviene no olvidarla porque habla de la pequeñez del mundo de las élites, de la cooptación de los cargos, e insinúa una red de espacios donde conviven compleja y contradictoriamente los vencedores y los perdedores de la guerra entre la necesidad, el rencor, el arrepentimiento y la culpa.

Quizás la principal institución de esa red de intercambios sea el café, espacio clave en la fragua de alianzas intergeneracionales. Porque bien está que los veinteañeros se piensen de espaldas a los mayores, pero el acceso a las rotativas y a las plataformas de lanzamiento pasa por el favor de los mayores, y eso se conquista en las tertulias. En el Lyon, Rodríguez-Moñino traba cierta confianza con Aldecoa y Ferlosio. Allí se reúnen todos mientras despacha tertulia y revista en un par de mesas (Jurado Morales 2012:26) que a menudo junta, porque en *Revista Española* hay, por edad y experiencias, algunas firmas más próximas a Rodríguez-Moñino que a cualquiera de ellos. Hoy está solo la grafía trasnochada, el número rescatado de una biblioteca o momificado en pulcras ediciones facsimilares como la que manejo, pero tras cada entrega hubo una escena bulliciosa: la revista no fue solo un cuerpo de papel y grafías, también fue un espacio físico en el que se trenzaron generaciones con trayectorias y aspiraciones muy distintas; donde un puñado de supervivientes buscó una sinergia con los jóvenes en clave *española* y donde los jóvenes ven por fin un lugar donde dar salida a sus cuentos y sus ensayos. Unos y otros soñaban comunidades, aunque no creo que todas coincidieran.

Y es que una parte importante de la producción de la década se ocupa de intervenir sobre las dimensiones que el marbete *España* pueda abarcar. En sus minuciosos trabajos sobre la revista, Jurado Morales (2012, 2015) ha recordado las resonancias que el título de *Revista Española* podía despertar en los años cincuenta. El adjetivo *español/-a* rubricaba un considerable número de publicaciones que disputaban dentro y fuera el significado y la situación de España: *realidad, enigma, historia, pasión, problema...* Quizás convendría no deshacerse de aquella «tan fuerte y honda y delicada» «tarea de expresar España» que según Pla (1938) había sucedido a la contienda, porque a ella parecen aplicarse todos. Como sugería antes, sin embargo, sospecho que aquella diversidad de opiniones también estaba dentro de la propia revista. Me parece que entre los jóvenes iba siendo infrecuente la gestualidad en que incurría, por ejemplo, Miguel Pérez Ferrero, un *senior* que había firmado en 1936 el Manifiesto de Escritores Antifascistas para la Defensa de la Cultura, pero que siempre supo adaptarse al contexto político (Jurado Morales 2012:61-64, 113). Aunque

hubiesen compartido el diagnóstico, me extrañaría que los jóvenes hubiesen irrumpido tan pomposamente como él en esta «revista de tan acusado nombre, y no menos acusado contenido» (*Rev. esp.*2015:110) lamentándose ante un «cinematógrafo [...] falto de carácter, de las esencias puramente españolas que lo formen y lo determinen, y le hagan distinguirse del resto de los “cines” europeos y del americano» (108). El hiato entre generaciones está en esa retórica, que remeda la del oficialismo más manido<sup>4</sup>. No sé cuál pueda ser la validez de aplicar a ciertas maneras retóricas de los derrotados aquel celo neurótico de los conversos. Pérez Ferrero es un personaje problemático, un superviviente que borra sus huellas pasadas. Es elocuente, a este respecto, la historia de su *Vida de Antonio Machado y Manuel*. Iniciada en 1935 pero culminada en 1947, debió de dar varios bandazos al compás de la coyuntura política hasta convertirse en la elegía por un mundo perdido lindante en lo abstracto.

Su retórica, tan deudora del oficialismo como afín a las proclamas de los años veinte y treinta, está marcada por unos acentos que en 1953 no se encuentran con tanta estridencia en los jóvenes; pertenece a un mundo y a unos modos contra los cuales están empezando a revolverse. Conviene, con todo, dejar sonando de fondo continuo las invocaciones a las esencias para aquilatar la operación que la nueva generación lleva a cabo. Solo así se entenderá lo que estaba sucediendo en esa revista de «tan acusado nombre», porque la nueva leva de escritores comparte la urgencia de intervenir en el sistema cultural español y aspira —ya veremos cuántos nacimientos traen sus cuentos— a imprimirle un nuevo tono, una nueva voz, una retórica generacional.

*Revista Española* quiso «llevar a todos al convencimiento de que es posible afrontar las realidades que nos asedian y darles expresión artística» en mitad de «estos tiempos agobiados de retóricas» (*Rev. esp.* 2015:637), así lo contaban en los puntos programáticos con que se despidieron de sus lectores: lo más parecido a un programa que uno encuentra en sus páginas. Y es que no hubo, en propiedad, una declaración de intenciones al frente de su primer número, «[n]ingún manifiesto impuso la estética literaria de sus animadores, aunque existiese», sin duda, «una posición, una actitud generacional que miraba hacia el futuro, no hacia el pasado» (Cano 1970:4); un futuro intuitivo, incierto como ese vago *porvenir* que aparecía a propósito de cualquier cosa (Cf. Martín Gaité 1994). Si algo hizo las veces de acta grupal, tuvo que ser el breve texto, presumiblemente de Ferlosio, que presentaba la traducción de «Totó el bueno» abogando por un arte sensible a la injusticia y

---

<sup>4</sup> Compárese con los términos que emplea Adriano del Valle al referirse a Sáenz de Heredia como el Pigmalión encargado de dar a la cinematografía nacional «su voz entrañable y su alma nacional» y alentando a los realizadores a que «doten de un alma genuinamente española a nuestro cine» (cit. en Pavlović 2003:28).

la pobreza; justo lo contrario, decía, a lo que hacía el exitoso musical *Escuela de sirenas* (1944), emblema del arsenal de celuloideos con que *la fábrica de los sueños* se expandía por el continente devastado. El arte que buscan no se consentirá ni el puro divertimento ni el preciosismo, en el que había algo culpable; se orientará a la función social. Unos pocos años después, en mayo de 1955, en los Encuentros de Salamanca, Juan Antonio Bardem entonaría su famosa proclama contra un cine «políticamente ineficaz, socialmente falso, intelectualmente ínfimo, estéticamente nulo e industrialmente raquítico». «El cine español», sostenía, «vive aislado. Aislado no sólo del mundo sino de nuestra propia realidad. Cuando el cine de todos los países concentra su interés en los problemas que la realidad plantea cada día, sirviendo así a una esencial misión de testimonio, el cinema español continúa cultivando tópicos conocidos y que en nada responden a nuestra personalidad nacional» (cit. en Pavlović 2003:59).

El empeño estaba en el ambiente: podría haberlo dicho Pérez Ferrero o el consejo de *Revista Española*; y si el discurso de Bardem guarda un aire de familia con los axiomas autárquicos y endémicos de los cuarenta es precisamente porque es su transformación. Lo buscado sigue siendo la manifestación genuina, pero el camino hacia lo singular está en la atención a los problemas, en una función que acerque el arte a lo testimonial. A esas alturas las pretensiones de una autarquía cultural están liquidadas: España está aislada del mundo y de sí misma y quizás una mirada afuera como la que van a prestarle el cine italiano y la novelística norteamericana pueda ayudarla a salir de su propio aislamiento. No obstante, el descrédito de la autarquía no apareja el abandono de un imaginario nacionalista ni el cultivo de lo idiosincrásico. El programa sigue siendo «expresar España», y en el título de la revista va implícito el cometido de dar figura, retratar una entidad nacional, porque entonces las dimensiones del debate cultural pasan por el meridiano de la nación. Se trataba mucho menos de *realizar España* —lo cual caía dentro del *agobio de retóricas*— que de «dar expresión artística» a «las realidades que nos asedian» (*Rev. esp.* 2015:637). La cuestión no era ya la de hacer del Verbo la costumbre, sino la de verbalizar lo negligido por el Verbo.

Conforme se ha señalado tantas veces, lo fundamental de *Revista Española* está en iniciar ese divorcio retórico. Vázquez Montalbán siempre vindicaría la «oposición lingüística al franquismo» (1998:79) como uno de los grandes hitos de aquella generación, «porque no hay manifestación de artes y letras en la que no aportara una alternativa al lenguaje oficial y contribuyera así a aumentar y modificar la tradición, el patrimonio» (80). Entre sus operaciones decisivas —para decirlo con unas palabras de Montalbán que desbrozan el terreno por el que me moveré— estuvo la recuperación de «una memoria

crítica, es decir, le quitaban la memoria al estado y a su literatura oficial, para devolvérsela a la ciudadanía», ya que «[u]n poder totalitario se asienta sobre la usurpación de la memoria, sobre el monopolio de la memoria, y cuando empieza a debilitarse ese monopolio, se debilita el estado» (58).

La estrategia de estos contralenguajes se basó en minar el lenguaje oficial incorporando lo excluido. Fueron ampliando los territorios *ajenos* al Estado, los abandonados, los olvidados, los derrotados; fueron ampliando la distancia entre aquellas dos áreas, la espiritual y la territorial, que Sánchez Mazas quería casar al comienzo de la victoria. Tal vez este sea el modo más productivo de entender el nombre de aquella revista no financiada estatalmente y puesta en marcha por un represaliado. Con ella se apuntaba a una esfera cultural que estaba en el país, pero no en el Estado, lo cual, bien mirado, era un camino seguro hacia una comprensión amplia de los excluidos de la historia nacional.

## 2.1.- DINAMIZACIÓN CULTURAL

La primera tarea pasaba por ampliar y dinamizar un sistema cultural que se les antojaba demasiado exiguo. Ya Ferlosio, cansado de *sopa de letras Ibarra*, había pedido en *Alcalá* «que nuestra fauna sea mucho más variada». Las quejas contra el raquitismo de lo propio frente a la abundancia de lo ajeno apuntan en numerosas direcciones y en forma de notas, recensiones y panoramas en *Revista Española*. A la vista del «pobrísimos repertorio que [...] ofrecen los catálogos nacionales» frente a «las ediciones extranjeras, tan variadas, numerosas e interesantes» como «inasequibles», Luis Meana escribe desde París que «en España la crítica ha de tener ante todo un valor informativo» (*Rev. esp.* 2015:118) que dé cuenta del tráfico de productos culturales que la frontera estorba. Siempre queda la esperanza de «los buenos servicios de un amigo que regrese del extranjero y la benevolencia de una vista de aduanas», pero no se trata de eso. Se trata de algo mucho más revelador: aunque no se escuchen esos discos, se escribirá sobre ellos; su hueco quedará *inscrito* en la imaginación cultural espoleando el deseo, ingenuo pero efectivo, de un sistema cultural maduro y variado. Después de todo, en cuanto institución sociosimbólica, la cultura tiene algo de espacio imaginario, de trama de títulos y nombres alguna vez oídos y rara vez leídos, vistos o escuchados.

En esa trama de nombres se *inscriben* algunos delicados. Con ellos se comparte lengua, pero la familiaridad ha sido problemática. Pienso —porque es tal vez el más

decisivo— en Antonio Machado, tan determinante para la poética del mediosiglo y objeto, como se sabe, de un homenaje en febrero de 1959 escenificado al otro lado de la frontera con todos los visos de un acto de afiliación. Machado está presente en el sistema literario de modo conflictivo desde la inmediata posguerra. Si ahora lo menciono es porque me parece revelador el movimiento que lleva a cabo José María Alonso Gamo en la revista restituyéndolo a sus cargos institucionales al aludir a los apuntes que «tenía redactados para su discurso de ingreso en la Academia Española y que han visto la luz hace poco más de un año en Nueva York» (*Rev. esp.* 2015:210-211) y no en España, claro. Sin embargo, para el crítico de *Revista Española*, Machado es, además, la referencia inexcusable de la actual lírica española. Conforman junto a Rilke, Eliot, Ungaretti y Valéry la nómina de poetas «que han ejercido una mayor influencia sobre la poesía posterior en sus respectivas lenguas, y [...] los que han fijado preferentemente la atención de la crítica, tanto de la propia como de la extranjera» (211).

La apreciación es constante. Se trata de viajes de ida y vuelta, de inscripciones que actúan a manera de restituciones: incorporar lo internacional al espacio nacional mediante traducciones y reseñas y, de rebote, situar, siquiera sea imaginariamente, la producción nacional en el sistema literario internacional. Los dos movimientos pueden rastrearse, pero están a la vista de todos en la estructura de la revista, que siempre se abre con el cuento de un autor extranjero (Zavattini, Capote, Dylan Thomas, Daniel Devoto y Fernando Namora) como artista invitado por los jóvenes cuentistas españoles. Esa vocación de sincronía debería servir para corregir una visión demasiado incuestionada acerca de una literatura que habría vivido obsesionada con su rezaga. Es y no es cierto. Alfonso Sastre, cuyo renombre estaba creciendo fulgurantemente, publica en la sección de crítica las notas de una conferencia leída en la Universidad Internacional de Santander. Son, de nuevo, un panorama: «una primera aproximación a los hechos y a las cosas del teatro occidental de hoy» (*Rev. esp.* 2015:536), pero están escritas desde el convencimiento de que «España está a punto de dar un gran teatro, y sería verdaderamente triste que se desaprovechara la coyuntura que, probablemente, [...] no volverá a repetirse en muchos años» (545-546). La rezaga era un efecto indeseable del Estado, no una fatalidad de la producción cultural, que se prometía un inmediato esplendor: si «España está incomunicada», si «[s]e prescinde de ella en las rutas de las grandes giras y no se cuenta con ella para los festivales internacionales de teatro», si «[n]o es citada, por supuesto, en los panoramas de teatro» (547) —panoramas como el que él mismo está trazando— se debe, dice, a males como la falta de inversión y a la ausencia de una diplomacia cultural que introduzca el teatro español

en los circuitos internacionales; a nada más: «España», va dicho, «está a punto de dar un gran teatro».

Traducciones, revistas, cineclubs, tertulias en tascas y cafés, viajes... los espacios y prácticas de sociabilidad son múltiples y proporcionales a la voracidad del autodidacta. No obstante, se engaña quien *solo* proyecta en ellos el complejo de inferioridad de una cultura malformada; ese complejo habrá de producirse, claro, y llegará a convertirse en una neurosis colectiva, pero aún ha de tardar unos pocos años en agudizarse. La equiparación de un poeta censurado a los grandes nombres extranjeros, la certificación de su *presencia* en forma de influencia o la traducción de coetáneos revelan que estos jóvenes están tratando de hacer lo mismo que sus contemporáneos. Piensan lo español en coordenadas internacionales. Está esfumándose el prurito de crear un estilo inconfundiblemente español. El mismo Sastre imagina a un espectador que «[p]odría ser un oscuro miembro de un “gang” de Chicago o un humilde oficinista de Madrid. Es lo mismo. El cartel anuncia, para esta noche, la representación de una tragedia» (*Rev. esp.* 2015:105). *Esta* noche, en tiempo presente, porque están haciendo historia y, aunque no hayan redactado un manifiesto, se saben en un momento fundacional. Algo está *a punto de nacer*...

Pero conviene rebajar el entusiasmo de Sastre o por lo menos no transferirlo sin más a la revista, porque el fracaso es de todos conocido. Su posteridad ha sido larga, pero su recorrido fue breve: seis números, veintisiete suscriptores, ochenta ejemplares vendidos. Se afanaba en sobrevivir mientras la tirada caía en picado. Todo lo confiesan en la última página de su «año de vida en precario» (*Rev. esp.* 2015:637). Nadie los lee y, conforme se suceden los números, la divisa de intervenir sobre el presente va resignándose a una vida póstuma. La revista quedó pronto convertida en una rareza de coleccionista. La última entrega incluye una breve pieza, «Grandeza y decadencia del libro científico», cuya coda debió de leerse en clave interna como una despedida agridulce: «El libro científico que alcanza una existencia de tres o cuatro siglos recupera en valor y estimación universal en el mercado de la librería anticuaria. Ha dejado de ser útil y se ha convertido en pieza arqueológica; perdió actualidad y representa un recuerdo; vale cuando nadie lo consulta: la rareza le cubrió de mérito» (620).

Para entonces los 2000 ejemplares con que echó a andar —pura *hybris* si se atiende a la tirada de sus coetáneas (Jurado Morales 2012:92-93)— se habían desplomado a 500. Pero ese es solo el final de la historia, y aunque siempre afloraron los presagios, lo desorbitado de la tirada debería ser índice suficiente de la euforia con la que arrancó el proyecto, cuyo grueso lo firmaban autores sin apenas credenciales. Hoy se lee con ironía el

«prólogo pesimista» con el que Gaya Nuño estrenaba su sección de crítica de pintura. Miraba al futuro previendo el momento en que «el erudito del siglo XXIII haya de recurrir a nosotros en su propósito de hallar un índice útil para las investigaciones que entonces tendrán caracteres pluscuamdoctorales y que hoy no son sino fáciles rasguños a vuelapluma» (*Rev. esp.* 2015:77). La historia estaba en esos rasguños: «historia en mantillas, pero, precisa y definitivamente historia» encaminada a «trascender de las minorías y saltar a lo mayoritario, crear conciencia general» (77). Deseosos de producir un cambio urgente, los textos de entonces abundan en lo performativo. Óscar Ernesto Tacca, imbuido de romanticismo y con dejes sartreanos, declara que el artista «“vive” y “capta” su momento, porque sus antenas son más finas y sensibles que las de sus coetáneos» (*Rev. esp.* 2015:300); que «Nosotros somos quienes estamos en mejores condiciones para comprender el arte de nuestros días» (301).

Supongo que el autor de «De la Paciencia» hubiese atribuido muchas de aquellas declaraciones a una «¡Maldita fantasía juvenil!»... El caso es que la certeza un punto eufórica de estar fundando algo distinto convivió con la conciencia de la propia fragilidad. El primer logro estribaría en ser capaces de sostener lo que se inauguraba, así lo expresaba Dolores Pajá Bermejo, a cargo de la sección musical:

el tiempo es un enigma, Bach no influyó sobre la sociedad musical de su época; el mensaje de Brahms tardó mucho en ser comprendido no porque se adelantase al futuro, sino porque quedaba a la zaga de sus contemporáneos. Y lo importante, después de todo, como dice Mauriac, «no es saber si tal autor tiene la estatura de Balzac o de Tolstoy, sino saber si existe como planeta o si es capaz de construir un mundo donde cierto número de seres pueden habitar, un mundo familiar que ellos prefieren a otro» (*Rev. esp.* 2015:234).

Era normal que un equipo joven se aprestara a convertir la revista en plataforma de legitimación de la nueva hornada. El mismo Tacca dejaba dicho que «hay muchas cosas nuevas bajo el sol» y que «la verdadera tarea de la crítica debe ser abocarse al estudio de lo nuevo más que al estudio de lo histórico. Porque lo nuevo es tan legítimo como lo viejo. Y es a fuerza de cosas nuevas como la humanidad progresa» (*Rev. esp.* 2015:303). Y ahí estaba también José María de Quinto —en quien suelen leerse los perfiles más extremos de aquel tiempo— lamentando que los «autores contemporáneos españoles no podrán estrenar en el teatro nacional “María Guerrero”» y profetizando que «[l]a historia por escribir del teatro de este momento en España tendrá que recurrir, si es fiel, a la labor de estos grupos [los del teatro «de cámara, de ensayo, de experimento»]» (*Rev. esp.* 2015:456). Pero ningún testimonio alcanza la insolencia con que el propio De Quinto realiza un balance (!) de la obra de Ana María Matute, y es que «Si hablo del *mundo novelístico* de Ana María Matute, pese a lo corto y próximo de su producción, es porque, a mi entender, tal mundo existe, y

estimo, sin embargo, que no sucede así en otros novelistas con más años y obra más extensa» (*Rev. esp.* 2015:337). La revista certificaba la existencia de ese *mundo* diferente. La provocación nacía de un tono que la época llamaba *inconformista*. Por aquellas mismas fechas José María Castellet arrojaba al trastero *La vida nueva de Pedrito Andía* (1951) y *Viento del Norte* (1951) sin contemplaciones como «dos novelas que pertenecen a otra época: en realidad han sido escritas *antes* por otros autores. Son dos bellas e inútiles obras. Mediado el siglo XX hay que escribir de otra forma. No hay más remedio. Ahora bien, ¿está preparado el escritor español para escribir?» (1955:22).

Simple y llanamente escribir. Sin demasiadas guías: crear un *ahora* estético frente a lo que se había escrito antes, frente a los que escribían como antes y, quizás también, dejando de hablar nostálgicamente de un pasado irrecuperable. Hacerlo «de otra forma. No hay más remedio» (Castellet 1955:22). Quizás por primera vez en décadas había dejado de hablarse de la muerte de la novela para hacerlo —como pronto se hará en Francia— de la *nueva novela*. Las décadas siguientes fantasearán con el advenimiento inminente, disruptivo, a menudo violento de *un mundo* que va a enterrar política y culturalmente al anterior. Si *Revista Española*, con sus escasos lectores, con su intrascendencia en vida, debe formar parte inexcusable en la interpretación de ese proceso cultural, la causa está en que constituye un impresionante laboratorio de las aspiraciones políticas y estéticas de la nueva generación. La abordaré desde esta perspectiva: en busca de las diversas fantasías genesiáticas que escenifican sus textos; y lo haré con el objeto de registrarlas a modo de convulsiones o manifiestos —todo lo tentativos que se quiera— de un sujeto colectivo emergente. Propongo que nos aproximemos a ella como quien se asoma a la escena originaria de ese «mundo familiar» donde se está delineando otra retórica; por ello, tenderé a resaltar lo distintivo de los textos al precio de cierta indistinción en los autores. Me interesa, frente a la figura aislada, la de conjunto, el *ethos* de una suerte de comunidad que participa de patrones retóricos y afectivos lo suficientemente acusados como para que podamos hablar de un sujeto generacional. Los nombres propios estarán presentes, pero atendiendo a la trama que los liga, al timbre que suena en todos ellos. Procuraré ver, por recurrir a una distinción de Raymond Williams (2009), cuánto tuvo de cultura emergente y por qué la revista fracasó, que son, a fin de cuentas, las dos preguntas que sus jóvenes redactores mandaban al futuro: «Que otros nos expliquen cuál ha sido el clima en que quiso alentar nuestra *Revista* y cuáles fueron las preocupaciones de la sociedad en que no pudo sustentarse» (*Rev. esp.* 2015:637).



## 2.2.- UNA VOZ GENERACIONAL

El primero en indicar que no importa demasiado quién habla es un cuento de la revista. Trata de un oficinista gris «confuso todavía por la gran transformación que dentro de mí se estaba operando» (*Rev. esp.* 2015:153). No sabemos gran cosa de él, pero tampoco parece importar demasiado. El protagonista no es exactamente él, sino *lo que se opera en él; lo que se abre paso* y le lleva extrañamente de la enajenación a la emancipación, de «hablar contra mi voluntad» a poseerse. De un momento para otro «había adquirido una total autonomía, era yo quien decía realmente aquellas palabras, las aceptaba, me hacía solidario de ellas, las hubiera defendido con mi vida» (153). Es un cuento sobre la transformación, sobre cómo de pronto una voz «acierta a salir como por un grifo abierto y alcanza a salpicar vigorosamente a todas partes, y se ve lo fácil que era», y el transformado rompe a hablar sin sosiego: «Hablaban de egoísmo y rutina, de injusticia social, de hipocresía, hablaban de la muerte y de la guerra», cada vez «con mayor entusiasmo, con una fuerza nueva y desbordante que me estremecía» (153). Hay algo extremadamente inquietante en esa experiencia: el individuo siente que está poseyéndose a sí mismo, pero lo cierto es que parece más bien dominado por algo que yacía latente en él, algo que al fin emerge y se expresa. Él mismo es el primer sorprendido por la elocuencia y la ilación de «mi discurso». Aquello no puede ser mero fruto de la espontaneidad.

Un hipotético crítico de las ideologías argüiría que estamos asistiendo al instante en el que una constelación domina al individuo y hace que empiece a confundir sus propios intereses con los que son propios de la constelación. Él se figura que se ha reposedo, pero la verdad es que ha sido poseído. Puede que sea cierto; en cualquier caso, el cuento no acaba ahí. El *yo* recién nacido se subleva contra todo cuanto lo enajena: deja el trabajo, proyecta un viaje largo y lejano; quiere huir, recomenzar, vivir de otro modo en otro lugar. Pero antes de que acabe el día se arrepiente y programa su inmediata vuelta al orden. «Un día de libertad» es el sarcástico título del cuento. Aunque esté implícita, el relato no quiere contar la falsedad del *yo*, sino cómo su conquista pasa por la ruptura con lo vigente. Anhela, como habría dicho Pajá Bermejo, «construir un mundo donde cierto número de seres pued[a]n habitar, un mundo familiar que ellos [los *yos*] prefieren a otro» (*Rev. esp.* 2015:234). Ahora bien, ¿cuántos están dispuestos a aguantar en la intemperie?

Las figuraciones de ese u otros mundos pasan por la incorporación de una retórica que *se impone* a otras. La lección del cuento es clara: no es el yo, sino la posesión de una retórica quien ordena el mundo, y con él, al yo. La situación del personaje refleja la de la

propia revista. Es el banco de pruebas y es un continuo señalamiento del horizonte de cambio, pero es aún un espacio gestacional. Quizás por eso en sus páginas aparecen de forma tan obsesiva nacimientos y muertes, porque la fragilidad es consustancial a su situación. Ni siquiera está claro que pueda formular con precisión lo que pretende: se invoca una mirada y una persona nuevas, pero no llegamos a verlas. Sucede lo mismo que con el discurso del oficinista: asistimos a la noticia de su irrupción, pero no la vemos desplegarse. Lo que sí nos muestra el cuento es la panoplia de temas que acompañan a la retórica emergente. Nos permite, incluso, adivinar sus contornos semánticos y afectivos, y nos obliga a pensarla como estructura que dirige la palabra y la mirada hacia ciertos objetos y ciertos sujetos. Es Alfonso Sastre quien mejor lo expresa en el primer número de la revista: el arte debe entregar «la súbita revelación de las verdaderas estructuras del dolor humano» (*Rev. esp.* 2015:103). Pero en este negociado los nombres no deberían importar demasiado, como no debiera hacerlo que el cuento lo firmara Carmen Martín Gaité, aunque sí que las señas del oficinista no sean más que un indefinido «J.».

Son cosas que le han pasado a «uno», apuntan el cuento y Jurado Morales (2012:259). A *uno* que se ha convertido en *yo* de forma tan súbita, «tan sencillamente [...] que debíamos haberlo tenido previsto como un accidente natural» (*Rev. esp.* 2015:154). Algo estaba larvariamente *dentro* de cualquiera, de cada *uno*, presto a brotar y operar la gran transformación. *Revista Española* está repleta de episodios en los que algo está a punto de emerger, a veces lo logra, irrumpe un instante con el fulgor de una promesa y al poco muere, tal y como le sucedió a la propia publicación. El sentido más urgente está en la ruptura de la inercia y el autismo, del abotargamiento moral en el que vive cada *uno* —ese *uno* «que toma café junto a nosotros, que viaja en el “metro” a nuestro lado», dice J.M. de Quinto (*Rev. esp.* 2015:454)—, pero no sirve de nada si esa revelación no se prolonga en el tiempo y establece un haz de afinidades. Daniel Devoto habla de «la necesidad ardiente de complicidad, de diálogo sobreentendido, que hay entre una obra y el público» (*Rev. esp.* 2015:461), de una «lucha en público y para crear un público» (463). Ese público no se reduce a la exigua comunidad de lectores de la revista; tampoco se reduce a la conquista de la siempre importante sanción de la crítica. Ambas son su comunidad receptora, claro, pero los cuentos convocan otras. Lo decisivo está en que escenifican ante ellas su desclasamiento; apuntan a una nueva configuración de lo social que mira hacia las clases más pobladas y precarias, y a tal fin sus cuentos señalan insistentemente los espacios donde el Estado no está.

«Los escritores elevan las vidas particulares de esos olvidados a una categoría representativa de la sociedad del momento con lo que las suyas se exponen por equivalencia a las de otros anónimos campesinos, obreros de la construcción, emigrantes, vendedores ambulantes, trabajadores sin cualificación, sirvientas, estraperlistas, barrenderos y serenos, por hacer acopio de algunos de los que pueblan las páginas de *Revista Española*», señala Jurado Morales (2012:218). Lo decisivo está en que en cada uno de ellos se adivina el aliento de la totalidad. Cada *uno* es miembro de una comunidad anónima mucho más amplia e irrepresentada en los discursos oficiales; una comunidad silenciosa, a menudo analfabeta, a cuyo encuentro *sale* el escritor para *concederle* representación gracias a uno de sus privilegios, la escritura. Ya indicó Gonzalo Sobejano (2005) que buena parte del proyecto estético de los cincuenta podría leerse como la *busca del pueblo perdido*, de un *demos* precario, perdedor de la guerra, que malvive o sobrevive expulsado en *las afueras* — conforme titularía Luis Goytisolo su primera novela en 1958—, *donde la ciudad cambia su nombre* —había dicho Candel en 1957—, en esas topografías fronterizas que obligan a deconstruir la imagen de un país y su retórica; un espacio liminal donde algo empieza y algo acaba, y donde, significativamente —según he avanzado—, estos relatos emplazan numerosas muertes y nacimientos.

Desplazarse para traer la presencia de los que están fuera —quizás *representarlos* sea, en su ambivalencia, el verbo más preciso— forma parte del vago programa de la revista. Lo español se buscará en los fenómenos que acontecen en las fronteras, y si aludo a *lo español* es porque en esta revista de «tan acusado nombre» ondea una bandera que tiende a aparecer con motivo de la transmisión intergeneracional entre los derrotados de la historia. Así lo hace Ferlosio en el primero de los dos relatos que publica, «Niño fuerte», en un pasaje acerca de la supervivencia en un barrio pobre:

Sobrevivían las ropas a sus dueños. Los muertos dejaban sus chaquetas a los hijos, a los vecinos. Y, aun con pena, pensaban las mujeres en las ropas que el muerto dejaba disponibles. El hijo se las probaba delante del espejo, como una cosa nueva. Y aun palpaba la tela, después de veinte años, apreciando su calidad. Eran chaquetas corporales, llenas de uso y de costumbre, llenas de antiguos cuidados, con la caricia de la mano que le ha quitado el polvo, con los hombros huesudos de la silla en sus hombros; con sus solapas condecoradas de recuerdos invisibles, condecoradas de penas y domingos, de sopas, vino y llantos. Con sus hombros llovidos como los aleros de los palacios viejos, y sus bolsillos con la sombra caliente de las manos y el tintineo dormido de las monedas. Con sus mangas humanas con el gesto de los hombres, con las arrugas de la carne, con los abrazos oscuros. Con sus codos descarnados y recompuestos, ásperos, rozados y sobrantes como la piel de nuestros codos. Las chaquetas del gesto hereditario, de la resignación hereditaria, de la pobreza hereditaria. Heredaban su color pardo y gastado como se hereda el color de una bandera; de una bandera vieja, de batallas humildes y cotidianas; como se hereda una bandera de dolor, de servidumbre y de fidelidad.

Heredaban llorando y se vestían con todo lo vivido y lo sufrido y lo zurcido (*Rev. esp.* 2015:40-41).

Se heredan recursos y se hereda la memoria, que perdura en ellos. También Totó vestirá la ropa del difunto señor Lolotta. Los hombres mueren, pero sobreviven inscritos en el presente como huella. En sus prendas perduran sus «recuerdos invisibles». No era nada nuevo: el narrador de «Niño fuerte» es un claro continuador de *Alfanhuí*, solo que los misterios de la nueva ciencia que le ocupa son los de la historia. Tras la disección y la demiurgia Alfanhuí se inició en un estudio de la herboristería especialmente atento a las transformaciones en la estructura y colores de las plantas al secarse. La alargada sombra de lo muerto sobre lo vivo era un avatar más de su propensión casi erótica por lo ancestral, donde una aristocracia ruinosa (ahí siguen «los viejos palacios») se daba la mano con la vidas humildes que el cuento *condecora*. Qué duda cabe que entre los cosidos y zurcidos de la chaqueta seguía palpitando el fantasma de «el héroe anónimo de todos los tiempos». También en sus días de boyero, el propio Alfanhuí se había calzado las botas de su difunto abuelo. No hay ruptura, pero el vector sociológico se ha hecho más pronunciado. Todo para en esa evolución: si Alfanhuí proclamaba su antigüedad *genérica* ante el espejo, los héroes anónimos del barrio humilde se arropan en ella para palpar otros cuerpos e historias sobre el suyo; son un palimpsesto en el que se puede leer un poso «corporal», de «abrazos oscuros», «de usos y costumbres» gastados «como la piel de nuestros codos». Quien ahora está ante el espejo viste —y parece que *encarna*— «una bandera de dolor, de servidumbre y de fidelidad». Su nacionalismo resta incólume, pero el circuito legítimo de transmisión de la bandera pasa exclusivamente por estas vidas anónimas. Tras «los oscuros abrazos» alienta el anhelo de subrogarse en otra genealogía. El *héroe anónimo de todos los tiempos* vive en los barrios pobres.

Si una chaqueta podía ser una bandera, ¿cómo no había de sucederle lo mismo a un idioma? Al tiempo que se forjaba una poética alrededor de lo humilde se despertaban experiencias de autenticidad en el trato con el lenguaje. Claro que no era un fenómeno exclusivamente español; en rigor, se trata de un mecanismo básico en la construcción de identidades nacionales. Aquello estaba, sin ir más lejos, en «Totó el Bueno», el relato de Zavattini que Ferlosio traduce para la revista y al que añade, por cortesía del autor, la sinopsis en la que se había basado Vittorio de Sica para orquestar la versión cinematográfica, *Milagro en Milán* (1951), una cinta decisiva en la compactación de

sensibilidades de aquellos amigos, como recordaría Martín Gaité (1994:82-83)<sup>5</sup>. Allí nos encontramos a un personaje al que le embarga una «dulce emoción» ante «[e]l pensamiento de que su padre, su abuelo y el abuelo de su abuelo habían dicho, por ejemplo, “carreta”, así tal y como él lo decía» (*Rev. esp.* 2015:21), y a renglón seguido sabremos que el efecto contrario lo producían «las palabras extranjeras; se ruborizaba de pronunciar con exactitud alguna palabra extranjera. En aquel sonido se sentía apartado de su eje» (21-22). Pocos testimonios serán más reveladores de cómo en el *eje* de la lengua palpitaba una genealogía, un afán de arraigo; algo así debe explicar el regodeo en cosas como el «pértigo», el «sobeo» y la «corra», por limitarme a tres líneas que Aldecoa corona entre fervores: «el trabajo de la tierra se hace con todo el hombre: con los ojos, con las manos, con cuerpo y alma...» (*Rev. esp.* 2015:31). Bien decía Zavattini que «Nosotros podríamos ser ellos y ellos nosotros. Como dos hermanos de una misma familia» (cit. en Muñoz Suay 1994).

La vida en el campo —con especial atención por las formas más duras y arcaicas, por la rigidez de los códigos morales— fue un fenómeno constante en la obra de Aldecoa, que en algún caso bordea zonas fetichistas o incluso patológicas (el mismo Aldecoa le confesaba a Ramón Nieto: «siento una atracción morbosa o semi-morbosa por la miseria» [cit. en Valls 2004:7]). Los perfiles de esa fijación no se pueden extrapolar a los demás escritores, pero sí puede hacerlo el influjo de la épica. Suele decirse que *Revista Española* supuso una descongestión de los tonos épicos. Hubo una suerte de convalecencia de la que muchos no lograron escapar; acaso era inescapable: si debía nacer un mundo, los tonos épicos y el mesianismo eran difíciles de sortear. Ambos están presentes en las invocaciones a la totalidad, la antigüedad, la violencia y el linaje que menudean en los textos. Quitando la violencia, el resto eran el eje sobre el giraba Víctor Sánchez de Zavala como sobrevenido corresponsal en Colorado, donde no encuentra esa «residencia de generaciones, una experiencia compartida frente a un medio difícil» que «[u]na ciudad necesita ante todo» (*Rev. esp.* 2015:433). No encuentra allí «un alma conquistada, paciente, despaciosamente, que vive en las piedras, en los atardeceres, en los rostros de los habitantes». Habla de las ciudades como el narrador de «Niño fuerte» de una chaqueta: en una verdadera ciudad las cosas «llevan en sí, penetrando hasta lo hondo, esa impalpable impronta de haber sido usadas por hombres que han muerto» (433).

---

<sup>5</sup> Hasta tres veces, cuenta Jurado Morales, se proyectó entre el 14 y el 21 de noviembre de 1951, fechas en que el Instituto Italiano organiza la Primera Semana de Cine Italiano. Y aunque este tipo de películas solía circular en cineclubs, fue tal su éxito que el año siguiente podía verse en cines comerciales (Jurado Morales 2012:138-141)

No es solo que haya una memoria de las cosas; hay una memoria *en* las cosas. En cada gesto, en cada acción se lleva a cabo la repetición y el homenaje. La vida de cada *uno* es un sistema de ecos, de citas, de evocaciones que componen algo no muy alejado de la intrahistoria unamuniana. Andando los años, Agustín García Calvo, que no escribe en *Revista Española* pero es amigo del grupo, construirá su filosofía política y lingüística desde ese espacio. En caso de que los tuviera, sus pujos nacionalistas conocerían una migración similar a la de sus compañeros: no hablaría de *el* pueblo (abominó, por lo demás, del comunismo), sino de *lo* pueblo en cuanto conjunto de tradiciones inconscientes, vivo depósito de ritmos, dejes y acentos latentes que al irrumpir traen y actualizan esa comunidad inmemorial. Salvando el tono, algo de ello está prefigurado en estas «vidas vividas monótonamente», en las «pequeñas alegrías», las «tristezas mostrencas», la «callada desesperación de ser humano para siempre», de las que habla Sánchez de Zavala (*Rev. esp.* 2015:433). En una cosmovisión como esta el individuo es un brote en el gran tronco de la tradición. Los hombres «[s]aben que su mirar está amasado con los ojos de otros hombres, que hasta en sus entresijos corporales están llenos de sustancia antigua, humana, cernida por los años, y que ha de retornar a la tierra» (434). A vueltas con lo cosmogónico, estos hombres, esto es, los veinteañeros de la posguerra, son un revuelto de «masa de arcilla, sangre y paisaje natal que a todos nos compone» y que hace que «sientan circular por sus entrañas las savias de todo el universo, el confuso tumulto de la vida, la quietud y el silencio» (440).

Cada *uno* está recorrido hasta en los entresijos por la historia; es producto y legado vivo de ello. Pero que el sentido de una vida pase por inscribirla en el todo, que la tradición esté activa en cada palmo del presente, no quita para que cada *uno* pueda tratar de transformar el todo. Los procesos de subrogación se fundan, precisamente, en la apropiación de un todo antiguo en nombre del cual se autorizan nuevas acciones. El propio Sánchez de Zavala reflexiona sobre ello al subrayar «la absoluta originalidad de los conocimientos, una de cuyas características es darse siempre en una estructura, como otra es conformar —o mejor reformar— dicha estructura: reformarla, formarla de nuevo, incesantemente, rehacerla desde los cimientos, como que ellos mismos son los cimientos» (438). «[E]sa estructura», precisa, «es quizá lo que se viene llamando mundo: aquello en que se da cada cosa, y previo a ella. El fondo sobre que cada objeto particular se destaca como parte, a la vez, integrante de aquél» (438). Es una exposición reveladora de una situación cultural que vive inmersa en el pasado, pero busca *reformular, formar de nuevo o rehacer* eso que Sánchez de Zavala llama por igual *estructura, cimientos, que mundo*. ¿No es su exposición lo

que un viejo marxista daría por una secreción supraestructural para justificar el dominio de un grupo emergente? Porque para Sánchez de Zavala está claro (o todo lo claro que algo así pueda estar, que no es mucho) que una cultura es una «tonalidad constante con que se ejecuta una serie más o menos complicada de actos cuya continuidad permite decir casi siempre que el mundo en que se vive es, de un modo difuso —e imposible de reducir a contornos perfilados—, *el mismo* en que otros acontecimientos sucedieron, *el mismo* en que hemos de padecer nuevos sucesos» (438). De acuerdo, pero cada acción es portadora de cambios innumerables y crea «un destino que se hace un nuevo peldaño en que lo positivo, lo incierto y lo inesperado se elevan hasta pulsación humana.» (438). Y es que por más que el mundo sea un conjunto de prácticas o una baraja de combinaciones, albur y descartes, ya *Alfanbui* había puesto a sus héroes bajo el signo de la *poiesis*. El hombre es «masa de arcilla», dice Sánchez de Zavala, pero también el «alfarero» que puede modelar «su misma estancia, su propia situación» (439).

### 2.3.- TIEMPO DE MESÍAS

Aquel mundo de herencias no debería negar el poder del albedrío. Que el hombre esté determinado por la historia no lo condena a acatar sin más lo dispuesto. Son palabras que centran bien la basculación entre la fatalidad y la esperanza, entre la reproducción y la transformación del mundo, cimientos o estructura que preside estos cuentos. Si no la del alfarero, las metáforas constructivas de hombres como casas, de casas como hombres se registran en varias piezas; casas donde han de nacer y morir los nuevos hombres. Ambas cosas podían suceder en cualquier lugar, pero tendió a ocurrir donde lo habría dispuesto un imaginario cristiano. En una barraca, por ejemplo, que, para decirlo con un cuento de Fernando Namora, «aun realzando la atmósfera de abandono y modestia que nos rodeaba, representaba también nuestra confianza en el futuro» (*Rev. esp.* 2015:552). Después de todo, así había sucedido con el propio Mesías. El entrometido narrador de «Totó el Bueno» — una historia «de petróleo, de ángeles y milagros» (*Rev. esp.* 2015:10)— había declarado que «todas las biografías son interesantes y que no os dejéis engañar por las novelas que cuentan el caso del señor Julián, con tal maestría que nosotros a su lado parecemos una zapatilla rusa» (*Rev. esp.* 2015:138), y en un mundo donde «la débil vida andaba en zapatillas» (*Rev. esp.* 2015:39) iba a situar su traductor, Ferlosio, su relato sobre un *niño fuerte*. De nacer en algún lugar, la maravilla debía hacerlo en la pobreza.

¿Qué es eso que ha de nacer? Ya he dicho antes que la revista no llega a decirlo de forma cumplida. Apunta, señala, pero no cuenta aún con la palabra para designarlo. El cuento de Zavattini contiene, a este respecto, una simetría reveladora. De un lado está el ujier desempleado que se desfoga sin dar con el término que defina su ira: sueña con aplastar al magnate «“Lo aplasto como a un..., como a un...”», gritaba», pero «Nunca encontraba la comparación» (*Rev. esp.* 2015:17); de otro lado está Eleuterio, que «[d]e cuando en cuando decía: “El hombre es...”. Su ilusión era llegar a dar una definición del hombre tan hermosa como para ser grabada en mármol, y abajo firmado: Eleuterio. Le faltaba tan solo una palabra, al fin y al cabo, un adjetivo; por eso pensaba faltarle tan sólo la mitad» (12). Al ujier le falta el espécimen porque se le acumulan los pretendientes; a Eleuterio le falta el sentido porque lo está inventando...

Y es que el propio muchacho se está inventando: Eleuterio (*i.e.* ‘el que habla u obra como un hombre libre’) es un expósito en el que se repite la figura de Totó. Ha sido «encontrado» en un parque y «remendado» —según traduce el zurcidor de chaquetas— por dos viejos acomodados a los que presta «consuelo filial» mediante un extraño ritual: «se dejaba poner en la mesa de Navidad, escondido dentro de un gran huevo de chocolate, del que salía de pronto todo cubierto de celofán. Y luego declamaba una poesía» (12-13). No es ese su mundo ni ese orden filiativo se corresponde con él, por eso abandona su casa acomodada y se afilia al soberano de las barracas, Totó, el héroe del relato, nacido del interior de una col y recogido por la septuagenaria señora Lolotta «como recogía sus verduras». Una parodia de la anunciación mariana (no falta el brillo carismático del sol en sus talones [7]) en un mundo que tiende reveladoramente a eludir los lazos de consanguinidad. Ya sea a cuenta de la orfandad, el abandono o el milagro, ¿no es extraña tal remesa de muchachos? La huella de la guerra explica mucho, pero no todo. Puede explicar la cantidad de huérfanos que campan en las afueras, pero no que nazcan en ellas y las busquen. Alguno huye de la muchedumbre solitaria, avariciosa y vanidosa de la ciudad y *se pasa* a las barracas de Totó, el traído por los ángeles, el que ejerce «la suprema autoridad» mediante el rotulado de calles y la potestad del castigo al tiempo que procura el cuidado material y moral y el borrado de la desigualdad. En las barracas rige otra legalidad, algo así como la palabra de Antígona, irreductible, contra la de Creonte, un fenómeno sobre el que meditará Valente en *Las palabras de la tribu* (1971).

Acaso algunos no tengan padre para así encarnar al Mesías, o quizás porque, en una cosmovisión en la que la comunidad tiene tanto peso, remitir la filiación a uno o dos nombres tiene visos de falacia. El protagonista de «Niño fuerte», el primer cuento que



escribe allí Ferlosio, es hijo de un mundo donde «[l]as gentes se movían por el barrio entrelazando sus vidas, sus costumbres, sus saludos» (*Rev. esp.* 2015:41). También su padre, Bernardino, *es*, de algún modo, ese mundo, porque leemos que «reunía en su copa toda la impotencia y la debilidad de aquel barrio y la concentraba en un jugo apretado y espeso» y hasta sabemos que al sorber de la copa «las amarguras ajenas [...] las hacía *ingrávidas* y felices con su presencia exterior» (41; el subrayado es mío). Las repeticiones marcan los resortes de una mirada, y la *ingravidéz* fue un rasgo de la bandada de pájaros de Alfanhú que parece haberse transferido a este personaje —el cuento insiste— de «*ingrávido* cuidado». Los pájaros oscilaban entre el individuo y el todo y eso sigue vigente en este «muñequito amable del teatro de verdad», que bebe «sorbo a sorbo» la angustia del barrio y al filtrarla parece redimirla. Un depósito y un transformador, eso es Bernardino. En él se encierran dos de las claves —causa y efecto, en realidad— más persistentes en los cuentos: de un lado, la acumulación de injusticias y, del otro, la transformación a que suelen dar pie en forma de desbordamiento violento. Porque, a veces irracional e inquietante, eso que *está a punto de nacer* suele adoptar la forma de un estallido cuya fuerza, igual que el discurso de un oficinista gris, trasciende a los personajes y se cumple en ellos. A veces, como en «Niño fuerte», las cosas suceden sin que se conozca la razón:

Las gentes se escondían en la oscuridad de las calles y de sus casas, en la mansedumbre de las bombillas y de los aleros, en el calor de la cocina; huían a lo cerrado. Pero un sudor frío, a veces un angustioso gris, se erizaba en los vidrios. Entonces corrían llorando a los escombros, a la barcaza anclada, al almacén del río y pedían, a gritos, que algo les sangrase, y querían ver romperse las casas y los puentes, ver derrumbarse todo. [...] Y luego enmudecían, encogidos, y se quedaban abrazados a la pequeña tiniebla de su cuerpo (41-42).

Son pulsiones destructivas que recorren el cuerpo de la comunidad, deseos de ser sacrificados, fantasías apocalípticas para que, aun a costa de las propias vidas —mejor: ofreciéndolas—, llegue irrevocable el fin del mundo. La población de este barrio está condenada cíclicamente a practicar el rito de la destrucción y a fantasear con el milagro de un redentor alumbrado en mitad de la miseria, en «la pequeña tiniebla de su cuerpo». También en el interior de Bernardino se está llevando a cabo un violento proceso de gestación. El cuento habla en trallazos expresionistas de algo así «como si las casas, las ventanas, los interiores, las sillas, las ropas, los sombreros, las aceras, las colchas, de flacos miembros, los cuerpos desnudos, los ojos de los niños, las cien caras del barrio, pálidas, tímidas, implorantes y cobardes, estuviesen gritando en sus entrañas, arañando, desgarrando sus tejidos interiores, por salir a la luz. [...] La conciencia despierta, el alma desesperada de aquel barrio vivía en Bernardino, hervía y peleaba» (42). Es la totalidad

crispada del mundo lo que está en sus entrañas. Algo similar, solo que espectacularmente cosmogónico, es lo que acontece en Lucía, futura madre del *niño fuerte*, «larva doliente y embrionaria» en la que bulle y se repite el caldo originario de la especie:

Iba sintiendo todo caer en su memoria, como caen las hojas secas en un estanque quieto y mísero donde van a parar todos los débiles residuos de la vida. En las oscuras, verdes, fétidas aguas encerradas, bullían los fermentos. Todas las cosas muertas se unían al descomponerse, volvían a sus elementos primitivos. Y trabajaban, inertes y silenciosas, creando a lo primero pequeños y elementales seres que hervían y se agrupaban y se recreaban, muriendo, en nuevas generaciones. En la oscura charca recóndita, silenciosa como el ojo verde en la tiniebla, medraba y latía una vida oculta. Y, a veces, se estremecía aquel ojo con una lejana visión de esperanza, como al mirar los últimos, fétidos estanques de la muerte, nos parece, algún día, ver reventar las aguas de repente y nacer de su fondo un sombrío, un inmenso dragón; alegre, claro, poderoso, brillante, que se levanta de la charca hacia la tierra y el sol.

Por los tibios y mansos ojos de Lucía cruzaba, a veces, un rayo de violencia. Un rayo lujurioso y cruel que se apagaba con las tierras, inundándolas. Sólo por eso no quería morir y se quedaba en su larva silenciosa. Sólo por eso era, alguna vez, terriblemente alegre. Con una alegría extraña y fuera de sentido, tan fuerte y tan insólita, que llenaba de asombro y de terror a quienes la veían (40).

En algún tramo Bernardino ha sido descrito como «muñequito amable del teatro de la verdad», después hemos conocido lo que se esconde entre bastidores; lo mismo ha sucedido con Lucía, que se ha pintado como el vivo rostro de la mansedumbre. No, esas caracterizaciones son importantes, pero son solo una parte, porque los personajes son receptáculos por donde circulan energías colectivas. Sus entresijos, ya lo apuntaba Sánchez de Zavala, no son propiamente suyos. Aquí está el rostro terrible, la fermentación de residuos en la que se está gestando una purificación violenta. Juicio Final y Génesis van de la mano.

Pero, como siempre, en Ferlosio las cosas son algo más complejas. También él es depósito y transformador de lo recibido. Por aquellos días se ha alejado ya de los Grupos de Agitación Hispánica porque «me disgustaban algunas actitudes o gesterías violentas» y ha formado una «nueva fraternidad» con José María de Quinto y Alfonso Sastre (2017:562). La beligerancia de ambos le alcanza, aunque busca otras soluciones y trabaja, hasta cierto punto, a la contra, filtrando cuáles puedan ser los rasgos del nuevo Mesías, cuya violencia tiende a conjurar. Las suyas son síntesis complicadas, un tanto confusas, a menudo irresueltas. Al igual que *Alfanhuí*, presentan numerosas complicaciones entre lo residual, lo dominante y lo emergente, para decirlo con la terminología de Raymond Williams (2009). Si acabo de decir que Bernardino *es* ese mundo, ahora añadiré que Lucía o «Niño fuerte» son emblemas de la embrollada transición cultural que cubre más o menos el primer lustro de la década. La basculación del relato entre el humorismo costumbrista de sello ramoniano y las

pulsiones de renovación violenta hablan de ello, y entregan un espectro afectivo polarizado entre el odio y la ternura, entre la costumbrización sentimental de la pobreza y la furia mesiánica. Las «débiles sonrisas», los «se saludaban dulcemente», los «se preguntaban por sus males con voz menor, como por pequeños resfriados», la noción de que aquel «barrio triste [...] guardaba por dentro su pobreza, apretada al corazón» (*Rev. esp.* 2015:39) remiten a aquella «retórica basada, lo confesáramos o no, en la identificación evangélica entre pobreza y salvación» a la que se refirió Martín Gaité (1994:112). Sin embargo, esas criaturas frágiles, diminutas, prontas a romperse son también las que aguardan la llegada de *un* niño presagiado (otra cosa es que sea *este niño*) que salta «de vientre en vientre, como un leopardo lujurioso» (*Rev. esp.* 2015:40), unos animales que parecen «nacidos para la felicidad», dirá en otro lugar (1973:288). Va dicho: «el barrio entero [...] gestaba» a la criatura y su llanto «horadaba la casa y parecía ser una explosión de vigor nuevo» (2015:43). Era la voz que «cantaba al amanecer» mientras «peleaba seria y agriamente como el que cumple un arduo y desesperado deber, callado y sin rendirse» (43).

Las dos orientaciones recorren el cuento dialécticamente pero, significativamente, no parecen alcanzar ninguna síntesis final. Uno se siente tentado de leer «Niño fuerte» como una disputa entre los cruces cosmogónicos y mesiánicos de la épica y los tonos menores, y aquí se falla a favor del estilo humilde. El cuento puede pensarse como una toma de partido acerca de cuál deba ser el ajuste entre el modo de enunciación —es decir, el dispositivo retórico— y el objeto de enunciación —es decir, el referente sobre el que se aplica—, y ese ajuste se va resolviendo conforme el niño presagiado va creciendo. Apenas nace, su padre imagina profusamente sus futuras manos: «fuertes, seguras, hábiles, tenaces, las veía empuñar las herramientas; [...] manejando con destreza sierras, martillos, cinceles, taladros, frasotas; [...] dominando el trabajo, cubiertas de rizadas, brillantes virutitas de acero» (43). Es profuso, sí, aunque sobre todo es profundamente tópico: la descripción ya estaba ahí, perfectamente dispuesta antes de que nacieran el cuento y el niño; los estaba esperando. Igual que el barrio aguardaba a *un* niño, aquella retórica esperaba *un* pasaje en el que desplegarse a sus anchas. Las ristras de herramientas —lo vimos en Aldecoa— eran una fuente garantizada de gozo. Las manos proyectadas sobre las manitas son prestadas, son las del *debe ser* sobre el *es*. Bastaba con ir a buscarlas a la épica del realismo social, donde eran uno de los motivos (eróticos) predilectos en la *descriptio proletarii*. Bernardino vierte sobre el bebé una retórica que le precede, un *verbo* que *debe ser encarnado*. ¿No había una contradicción entre anhelar el advenimiento de un tiempo nuevo y tenerlo ya escrito desde la cuna? El niño sería poco más que una tautología, el refrendo y repetición —y aquí se está

tramando el cambio— de los imaginarios que le preexisten. Sospecho que ese es el sentido último del relato: contener las fantasías de su tiempo y transformarlas; traer un *niño débil* donde todos esperan al *fuerte*. Hacia el final del cuento la erótica del vigor, de la rudeza y del dominio cede su ascendiente a una mirada afecta a la dignidad de lo frágil, enfermizo, precario. La última palabra del cuento es la exclamación de un simple y escueto «¡Yo!» llamando a la puerta. Para entonces otra exclamación ha echado al otro niño de casa: «¡Quién se acordaba ya del niño fuerte, de aquel niño rígido y frío, impuesto como un deber; de aquel niño demasiado grande para ellos!» (47).

No era la primera vez que Ferlosio se aproximaba a la virilidad y a la fuerza como formas aspiracionales —*normativas*, diríamos hoy— de lo masculino. En los coletazos de 1948 había publicado en *La Hora* una brevísima pieza muy imbuida también de costumbrismo castizo: «El juego» narra la historia de Fulgencio, *pater familias* aterrorizado ante la eventualidad de que el paseo o el capricho de los niños lo pongan en la tesitura de tener que *medirse* en una máquina de fuerza un domingo de feria. Así sucede, claro. Cuatro veces lo intenta y las cuatro fracasa, hasta que a la quinta, sudoroso, enajenado, olvidado del día y del lugar en que se encuentra, cuando le va la vida en superar la prueba, logra alcanzar el listón que ajusta el *ser* al *deber ser*. Ha sonado la campana, los chiquillos chillan y aplauden, Fulgencio puede volver a ceñirse el cinturón que se le ha ido aflojando en cada fracaso: el hombre se ha reconciliado con el Hombre. Vuelve a ser el *padre fuerte*, sus hijos seguirán mirándole «como un hombre extraordinario», está a salvo su «autoridad», se mantendrá «el amor que en él tenían puesto»... Esos son los términos con que Fulgencio habla consigo mismo. Ha habido un conflicto, un punto de máxima tensión y se ha resuelto.

El cuento podría haber terminado allí. También podría haberse clausurado con la conciencia de un Fulgencio angustiado por lo cerca que ha estado de perderlo todo. Pero Ferlosio necesitaba una solución más drástica, traspasar el límite que se ha tocado: esa misma noche, tras cerciorarse de que sus hijos lo tienen por «muy fuerte», morirá extenuado en la cama. En mitad de sus intentos Fulgencio se había impuesto una disyuntiva, «¡Vencer o morir!». Las dos cosas: se vencerá a costa del fracaso de todo, un motivo que Ferlosio retomará un año después en «El caballero de la bola de oro» (lo veremos después, cuando entremos en las aguas de *El Jarama*). Ahora conviene insistir en las condiciones de ajuste o repelencia entre el *ser* y el *deber ser*.

«El juego» sacrifica una vida a un ideal; «Niño fuerte» un ideal a una vida. Sería erróneo, con todo, sostener que el segundo escenifica la liquidación de la épica. Lo cierto es

que practica un trasvase que se hace patente mediante perífrasis procesuales: «Fue dejando de ser el niño fuerte; se fue volviendo el niño que tenía que vivir, que tenía que vivir como fuese, por encima de todo. Ya no se trataba de su fuerza, tan sólo se luchaba por su vida, desesperadamente [...] Y cuando más débil y cansado, más necesario y heroico se volvía» (*Rev. esp.* 2015:44). ¿Qué se ha producido al final de este proceso, qué niño y qué *forma* han nacido? Lucha y sufrimiento son lanzaderas infalibles a la épica, pero el relato parece repelerla. En su lucha por la vida se van quedando atrás las *formas* retóricas que su pequeño cuerpo no llena y que lo convertirían, de perseverar en ellas, en *de-forme*, en indigno, en un atentado contra el *decorum* retórico. Su dignidad no es la de la épica; no, si entendemos que esta consiste en la celebración del sacrificio y el esfuerzo. No obstante, el cuento cae de lleno en las redes de la épica si entendemos que esta se funda en la construcción de una figura modélica que se eleva a norma de conducta de la comunidad. En «Niño fuerte» mezclan su área de influencia la épica de lo precario y la deflación de lo épico. Acaso estemos ante una épica de lo precario. Este niño es hijo de la comunidad, pero no es el hijo que la comunidad esperaba. Ni siquiera hace honor a la razón por la que se le bautizó como Eustaquio: «porque era un nombre que, al decirlo, se quedaba ahí clavado, firme, entero» (43). Eustaquio era nombre para un «dragón», para un «leopardo lujurioso», tal vez, incluso, para un «jabalí» que truncase la linealidad de la herencia; debía ser la pieza que *reforma*, solo por eso, dice el cuento, no quería morir su madre. Y, no obstante, quizás sí se cumplan en él muchas de esas aspiraciones, solo que transformadas, casi irreconocibles. Ferlosio lo salva abandonando el proyecto inicial y parece apuntar un camino en el que la Literatura lo redime de las fantasías históricas de su generación.

Puede que su caso sea único, pero debe leerse a la luz de los problemas de encaje y desencaje que otras obras plantean respecto a las posibilidades de *reformular* la estructura sociohistórica. Eustaquio es uno más en ese mundo poblado por «niños precoces [...] solitarios, tristes, abriéndose vida, madurando [...] hasta el instante en que toda esta gestación interior callada, soterrada, como reconcomida, hace explosión, revierte al exterior como una explosión —pudiéramos decir— cósmica», según describe José María de Quinto el *mundo* de Ana María Matute (*Rev. esp.* 2015:337-338). Es uno más entre los niños «predestinados» y lanzados «hacia un fin desoladoramente trágico y vacío» (338). La íntima convicción del fracaso forma parte de esta literatura, que trabaja con el mesianismo sin lograr cumplirlo. No ha de extrañar que el mismo José María de Quinto tienda a emplazar sus cuentos en poblados de chabolas muy próximos a cementerios continuamente abastecidos de cuerpos enfermos, extenuados. En sus alrededores malviven mujeres que se

encuentran «casi todas con un hijo en el vientre la mayor parte del año» (*Rev. esp.* 2015:50). Uno de sus relatos, «Noviembre en los huesos», tiene su enclave justamente entre dos mundos: «La “Ciudad” terminaba allí, precisamente en aquel lugar [...] la “Ciudad” — conviene insistir en ello— acababa donde principia el hambre; en aquellas humildes catacumbas de los oprimidos, se desvanecía y ulceraba junto a las chozas y las cuevas y los montes de maloliente basura» (49). La Ciudad acababa donde empezaban las primitivas comunidades cristianas. Quinto seguía el mismo proceso que se gestó en Lucía, pero desplazaba el caldo original de la especie, alumbrada a base de descomposiciones y fermentos, al caldo original de la religión, aún intacto y encarnado en las afueras. Entre los detritos y los deshilachamientos acababa la Ciudad y podía comenzar otra. La lógica del realismo social no es ajena al empeño de la literatura colonial por mostrar en las afueras lo que la metrópolis omite ni es ajena tampoco al empeño —creciente en los años siguientes— de forjar una conciencia política encaminada a ejercer su soberanía. De ello da cuenta el propio De Quinto en otra pieza, «Noche de agosto», que recoge el modo en que alternan en el poblado sístole y diástole, el «escalofrío de vida o de muerte» de los llantos infantiles y la «adivinada» respuesta del «pálpito de una sola, entrecortada, respiración gigante» que aflora en «canciones, murmurio de nanas apagadas [...] [que] parecían venir de muy lejos» (*Rev. esp.* 2015:559). Son el todo que «penetraba como un cuchillo de dolor por la ciudad, y se perdía luego por sobre los campos, sin eco posible, dolida, dolidamente, hacia el cementerio, siempre hacia el cementerio. Entonces, cuando esto ocurría, el corazón insignificante y diminuto de algún niño —de algún niño sin culpa— había dejado de latir» (559).

Esos pasajes son constantes. También en «Niño fuerte» se abrían paso de manera inquietante los pronunciamientos de antiguas comunidades que se mueven y actúan en las calles turbando o excitando —es difícil precisarlo— el sueño de Eustaquio:

en el silencio de la noche, sólo se oía, de cuando en cuando, el chillido de las ratas que salían de las alcantarillas, corrían y se peleaban por la calle y rebuscaban en la basura. El niño se estremecía en sueños. Las ratas plebeyas, de oblicuos ojos y andar melifluro, furtivas, cautas, avariciosas; con sus risillas crueles; dulces de movimiento; tibias, sádicas, suaves y espeluznantes. Las ratas adultas y severas; republicanas, inteligentes, críticas y ejecutivas. Eran un pueblo independiente (*Rev. esp.* 2015:43).

Los adjetivos son muchos y contradictorios: repulsivas, pero seductoras; dulces al tiempo que sádicas... La ristra, con todo, tiende a dignificarse conforme avanza. Las ratas son un cuerpo político que acompañará a Ferlosio. En febrero de 1968 se refiere a «la calamitosa aparición de [...] dos parásitos que, [...] irreductibles y orgullosos, vienen

perseverando hasta nuestros días al margen de la ley: la rata y el ratón» (2017:480). En 1973 habla de «pueblos invasores, dotados de una inteligencia política y una fuerza de expansión incontenible» (1973:288). ¿No serán las ratas que en 1953 inquietan el sueño del niño la comunidad ambigua, oscura, morbosa, que los veinteañeros de la posguerra evocan neuróticamente? ¿No está en la transmisión de chaquetas, en el trato con la pobreza, la aparición de la memoria política reciente, que sobrevive descompuesta en las afueras? En los perdedores de las catacumbas están, entre muchos otros, procedentes de un linaje inveterado de miseria, los perdedores de la guerra. En aquella fijación alfanhuyesca por los arcanos que venían de otro lugar convergieron las intimaciones de la historia reciente. Los cuentos trabajan con sujetos en los que hablan o se expresan tiempos anteriores. A la madre de una de estas criaturas, dice el cuento de De Quinto, la actitud «parecía venirle de antiguo por entre su sangre calma, y [parecía] que le transportaba a otros tiempos, a otros lugares» (*Rev. esp.* 2015:560). Se llama Elvira Muñiz, pero está en representación de tantas otras mujeres, igual que su hijo Pablo está en nombre de los «muchos, innumerables» niños apadrinados por un viejo sacerdote que sale adelante trabajando de limpiabotas en una casa de vinos. El niño, Pablo, «no era más que un nombre, un traje, una canción, pequeños recuerdos de cosas perdidas, insignificantes y sucios movimientos humanos. Había Alguien por encima de ellos y había querido: eso era todo» (568).

Lo decisivo para estas páginas es retratar el rostro de ese *Alguien*. Para el estilo indirecto, es decir, para esta y tantas otras Elviras, se trata de Dios, que ha castigado con la sífilis el fruto de una relación pecaminosa; para quien lo escribe, en cambio, ese *Alguien* que obra su voluntad sobre los demás empieza a ser otras cosas, porque la providencia se está transfigurando en un motor histórico que se ausulta tras nombres, canciones, murmullos. Así sucede en «Amanecer sin tabernas», del mismo De Quinto, que transcurre en mitad del racionamiento y de fortunas amasadas a base de estraperlo y especulación con los precios. «Era en el tiempo de la postguerra», «era en el hambre de la postguerra», insiste el *ritornello*; era cuando las mujeres se prostituían para llevar un plato a la mesa y era (ahí está la clave que ha de justificar el relato) cuando las denuncias de los males que diezmaban y sufría la comunidad «se detenían misteriosamente en algún lugar y no surtían efecto» (*Rev. esp.* 2015:277). Eran, en fin, tiempos en que alguno paraba en la cárcel por «[c]osas de la política» cuyo fondo rara vez se sabía. Ese es el entorno en el que De Quinto —firmante junto a Alfonso Sastre del manifiesto por un Teatro de Agitación Social (1950), y fundadores ambos en 1960 del GTR (aquel Grupo de Teatro tras cuya R se aliaban el Realismo y la Revolución)— pergeña una nueva Fuenteovejuna donde los humillados

avanzan movidos por la justicia de la Providencia: «Avanzaron en bloque, lentamente, sin mirarse, sin que tuvieran necesidad de ponerse de acuerdo, sin ni siquiera explicarse porqué [sic]. Avanzaban, eso era todo. Se sentían empujados por algo que estaba por encima de ellos mismos como si una fuerza suave y extraña les impeliera a avanzar. Y avanzaban cruzando la calle, en silencio, unos; después, otros; sin orden, anárquicamente» (*Rev. esp.* 2015:280) para ejecutar, ajusticiar, matar, asesinar al señorito.

El objeto del cuento es negociar la pertinencia de los cuatro verbos anteriores. ¿Quién avanza? Todo está sucediendo como en el chorro discursivo que *rompe a hablar* en el oficinista. Allí se juntaban palabras y temas sin premeditación. J., «uno», era en buena medida el soporte o el conducto por el que *algo* rompía a hablar «tan sencillamente [...] que debíamos haberlo tenido previsto como un accidente natural» (*Rev. esp.* 2015:154). ¿Quién avanza ahora? Pese a la falta de «orden» y a lo anárquico, es obvio que *Algo* o *Alguien* los concierne. No son el juez, son su brazo ejecutor. También a ellos podría encubrirlos o borrarlos una escueta inicial, porque «[n]o, no fueron ellos. Había algo que les empujaba hasta el ensañamiento, algo que les hizo derramar la gasolina y prenderla. Era, quizá, el recuerdo de sus muertos viviendo por entre su sangre, el dolor de sus largos años de hambre y miseria. / Cuando, al comienzo de la calle pina, aparecieron los *grises*, nadie se movió. Contemplaban el crecer de las llamas, inmóviles, estáticos, como si nada hubiera ocurrido» (*Rev. esp.* 2015:280). La comunidad que imparte justicia en las afueras lo hace autorizada por el peso de un linaje antiguo que la exonera. Son, en alguna medida, la derivada política explosiva de la herboristería de Alfanhú o de la *ciudad* de Sánchez de Zavala. Son el pueblo insurgente, la manifestación de un *demos* antiguo que brota, como ya hizo Alfanhú con don Zana, escenificando ejecuciones.

Revistas, dramas, poemas, novelas son el espacio en el que se configura un tribunal generacional. ¿Qué es el cuento de De Quinto sino una fábula destinada a que el lector salude el honesto encarnizamiento contra un vil empresario que especula con el hambre? ¿No sanciona el relato la existencia de una justicia paralela con sus códigos, su tradición y sus *razonables* medidas de excepción? Todo está calculado para que se produzca como aquel grifo que explota en los labios del oficinista. Esa comunidad ejerce el uso legítimo de la violencia. No tiene su monopolio, claro, ni se ha alzado con el «derecho» a ejercerla, según la clásica definición weberina del Estado, pero la está disputando mientras señala una corriente de legitimidades fuera del Estado que los lectores solo pueden respaldar; algo similar al manifiesto estudiantil del 1 de febrero de 1956, en cuya redacción tuvo parte muy activa Miguel Sánchez-Mazas:



La juventud está unida en función de algo que trasciende y desborda la realidad del Estado. Está unida con el Estado, sin el Estado, contra el Estado, a pesar del Estado, por encima y más allá del Estado... El fin del Estado no es su propia permanencia ni su propia seguridad... La juventud no tiene como misión guardar directamente al Estado... Ha de obedecer al Estado en el caso de que éste no dicte leyes claramente contrarias al interés del país, pero también ha de ir juzgando lo bueno y lo malo del Estado (cit. en M. Sánchez-Mazas 1957:22).

Porque, según sigue siendo su interpretación de la guerra, «[e]n el egoísmo de su posición asegurada», el Régimen «ha olvidado que el sacrificio de tantos miles de vidas españolas perseguía la liberación total del país, la salvación del bienestar moral y material de todas las clases sociales; especialmente de las que llevan siglos clamando pan y justicia» (Sánchez-Mazas 1957:22). Desde esta perspectiva cabe ir ampliando el sentido de un marbete como el de *Revista Española*. La corriente de violencia expresa la gestación de una comunidad política que suplante decididamente, aunque sin acertar con el término (*con, sin, contra, a pesar, por encima, más allá*), al Estado que territorializa y capta el significante *España*. ¿Tendrá algo que ver la indecisión de las preposiciones con la ristra de adjetivos del «pueblo independiente» que recorre el sueño de Eustaquio? Tras muchas de estas historias se adivina el trazo de una comunidad segregada que encarnan los excluidos, los humillados y explotados por el Estado.

Eulogio buscaba una definición del Hombre en las barracas de Bamba; Jesús Fernández Santos titulará «Hombres» su relato sobre la vida y muerte de Miguel, un peón caminero que enseña al joven narrador a «hacer sortijas con un martillo y un clavo de herradura, como los presos» (*Rev. esp.* 2015:263). Como todos los héroes, Miguel duerme al raso, a la intemperie. Es parte del gran contingente de mano de obra que va de pueblo en pueblo y que conforma una población flotante, movediza, que circula incansablemente por la geografía peninsular construyendo caminos y carreteras. Son presos, desempleados, temporeros que transitan donde apenas si existe el Estado, en «pueblos miserables [...], colgados en la cima de los montes, en algún amarillo ribazo, sin alcalde, ni presidente, sólo con un rebaño de niños grises delgados, que miraban silenciosos el lento taladrar de los barrenistas» (264). Solo después, cuando han construido algo donde no había nada y alguno ha muerto de pulmonía o de miseria, se organiza una fiesta de inauguración: «subió el gobernador, y un representante del rey vino a cortar la cinta con los colores nacionales» (264). En ese territorio no hubo antes caminos, y mientras se desbrozaban y se asfaltaban no estuvo el Estado ni hubo una bandera. La bandera —lo apunté en el prólogo a propósito de un cuento de Aldecoa— es un mecanismo fetichista: borra los cuerpos que han edificado el lugar, así como sus condiciones de vida. Contar sus vidas es traer noticias

de fuera del Estado y es, a su vez, un intento de edificar ese otro espacio con la memoria del largo linaje de olvidados o borrados.

Estos son los *hombres* que el cuento quiere rescatar del olvido un poco antes de que José Ángel Valente se proponga rescatar al *lugar* de la *patria*, que lo «ha absorbido o desalojado» (2018:50). También aquí se busca repoblar el lugar, aunque la vía escogida no es despojarlo de esa absorción, sino otorgarle otra memoria. Por eso el cuento señala insistentemente el lugar donde descansa el cuerpo de Miguel, portugués de la frontera: «no en el cementerio, como todos los hombres, sino en un prado alto que hay en las afueras del pueblo» (*Rev. esp.* 2015:265), allí donde los tallos «alcanzaban la altura de un hombre» y donde, según Miguel advierte al narrador, «Otros chicos seguirán viniendo como tú, hasta aquí, a beber el agua tan buena y a romper tallos junto a la fuente» (265). Y es que una cosa es sacudirse la patria y otra cosa es que el lugar no adquiera algún estatuto que se contagie o se invista de componentes próximos a ella. Toda patria se alza sobre los muertos a los que atribuye, como apunta la etimología, algún tipo de paternidad. En la tumba de Miguel el narrador construye un enclave para los *hombres* presentes y futuros que se reúnen y se reunirán en torno a sus despojos sin saberlo: beberán de la misma fuente que hace (y hará) que los tallos alcancen la altura de un hombre. Es un cuento sobre una vida pasada enderezado al futuro: «Allí donde los que vivan tras nosotros verán la fuente, y subirán a beber y a partir los tallos de los juncos, como Miguel y yo aquella tarde» (269).

En la muerte de muchos hombres y en el sueño frágil de los que vendrán, ahí se afínca *Revista Española* y ahí lo hace el cuento. «Hombres» narra la historia de una idea frustrada de hombre y —como es recurrente en la obra de Fernández Santos— produce algo que, pese a apuntar a un momento constructivo, acaba resolviéndose en elegía. Antes de su muerte Miguel ha estado construyendo «*su casa*, y hablaba de ella como de una idea antigua» (267). La erige con sus manos y sin sujetarse a otro criterio que el suyo, «con cuidado, y con gusto y un arte especial en cada piedra, en cada remate, de tal modo que la fachada no quedó tosca y fea como las otras en el pueblo» (267). Su arte constructivo es una forma de humanismo, ya que «en las casas como en los hombres, la hermosura estaba en la proporción» (267). Cada piedra, cada esmerado remate es parte de un *hombre* perfecto y distinto a los demás; un cuerpo ideal soñado de antiguo que albergará a su esposa y al hijo que esperan. Pero todo se derrumba de un plumazo. Los motivos no hacen al caso: una vez que su idea se haya arruinado acabará muerto por una estupidez, quizás sea más ajustado decir que escoge morir «con la boca en la tierra, abrazado a la fuente, a la hierba, con un chorro de sangre latiendo como un ser vivo en el cuello, bajo la barba» (269). Una tierra

regada por el agua y por la sangre, en asociación de motivos que ya vimos en Alfanhuí y que forma parte de los símbolos de esencialidad. Allí reposa, lejos de su casa, en un lugar limpio de himnos y banderas que apunta a los nuevos lazos y filiaciones de la generación.

Como vengo diciendo, en los cuentos prevalece lo elegíaco. Sabemos que Miguel quedará como un bello sueño antiguo, poco más que una leyenda; que el oficinista gris volverá al redil al día siguiente, o que el grueso de la población de chabolas acabará en el cementerio. Todo o casi todo morirá, como lo hace el muchacho de «Cabeza rapada», cuyas últimas horas vieron por primera vez la luz en *Revista Española*. Quizás el símbolo por antonomasia de esa parálisis se deba al propio Fernández Santos, autor de la novela que venía anunciando la revista. Me refiero a *Los bravos* (1953) y a su sombrío y famoso final, donde el médico forastero que destrona al viejo cacique acaba inscribiéndose como un mero recambio en la estructura de dominación que le precede. Cambian los nombres, rejuvenecen los rostros, eso es todo. La estructura-cimientos-mundo no se rompe; se recicla. Bajo el aire de ruptura lo antiguo se impone. Algo similar observó Edward Said (2004) a propósito de las discontinuidades como rasgo constitutivo de la modernidad. El corte *filiativo* con la comunidad de origen —entendida en un sentido amplio (geográfico, socioeconómico, cultural, identitario...)— se efectúa mediante procesos de *afiliación* a otros grupos o comunidades que «proporciona[n] a hombres y mujeres una nueva forma de relación» y en los que buscan un «orden compensatorio» que, en sí mismo, «constituye un nuevo sistema. Ahora bien», puntualiza, «si contemplamos este nuevo modo de relación afiliativa [...] descubriremos el objetivo deliberadamente explícito de utilizar ese nuevo orden para reinstaurar los vestigios del tipo de autoridad que en el pasado estaba asociada al orden filiativo» (2004:34).

Ese corolario alcanza a *Los bravos*, pero no creo que sea extensible a *Revista Española* porque lo distintivo en ella son sus problemas para encontrar algo fuera del orden *filiativo*. Este será ya el último ángulo de mi aproximación: ¿En qué medida esta generación se siente capacitada para relevar a la que le precede? ¿En qué medida el relevo generacional escapaba a la mecánica de la reproducción? No ha de extrañar que algunos relatos tuviesen en el centro a la célula familiar. Todo individuo es, al cabo, fruto de la transmisión entre generaciones: donde el nombre de pila no repita a los antepasados lo harán los apellidos. Pinilla de las Heras le contaría a Laureano Bonet —aunque aquí lo cuenta Sanz Villanueva (2010)— cómo en los tiempos de *Laye* algunos «solían firmar los artículos con el apellido materno para hacer ostensible la ruptura con el progenitor» (2010:171-172). Son varios los relatos de la revista que escenifican la ruptura y la fragilidad de la identidad conquistada.

Entre ellos se cuenta «A ti no te enterramos», de Aldecoa, cuyo núcleo dramático radica en los problemas de transmisión en el seno de la estructura familiar campesina, que es también una célula económica sin posibilidad de acumular recursos y que, en consecuencia, no se puede permitir la disfuncionalidad de ninguno de sus componentes; de ahí que haya que expulsar a quien pone en peligro la menesterosa supervivencia del grupo. Va de suyo que al volcar su interés sobre la estructura campesina el cuento vindica la necesidad de contar con subsidios para un colectivo condenado crónicamente a una economía de estricta subsistencia. «A ti no te enterramos» no es, pues, un cuento sobre el repudio del linaje; la crisis familiar no la desata la política, sino la tuberculosis. Lo que aquí quiero subrayar, no obstante, es el hecho significativo de que el cuento haya decidido situar la amenaza a la estructura en el primogénito, ese a quien se transfiere «[t]oda la ciencia, todo el conocimiento de la tierra», ese a quien «hay que quererlo de otra forma que a los restantes», toda vez que «ha de suceder al padre» (*Rev. esp.* 2015:28).

Su enfermedad lastra a la familia con gastos médicos y hace que empiece a sentirse «un forastero de estancia permanente» (33), por lo que abandona el hogar. La estricta necesidad lo fuerza a *desfiliarse*, solo que a la vuelta del camino no le espera ninguna afiliación. Fuera de la estructura, y ante el avance de la tuberculosis, su peripecia se convierte en la crónica de una muerte anunciada: muere en los caminos, como Miguel, a medio camino entre la casa familiar y la ciudad, donde no ha logrado establecerse. Su muerte queda como emblema de que fuera de la estructura conocida no hay ninguna capaz de absorberlo. Para el lector del relato la estructura ausente es el Estado, y en la muerte solitaria del protagonista se encierra la dignidad trágica y heroica del que antepone la comunidad al individuo, una cuestión que también aborda Manuel Sacristán en la revista. «El Pasillo» es un drama, ahora sí resueltamente político, sobre la dignidad de sacrificar la propia vida por la fidelidad numantina —Numantino se llama el personaje— a los perdedores de la guerra, dejando tras de sí a dos padres frágiles y envejecidos que han visto desaparecer lo máspreciado en la tierra...

Así las cosas, ¿hay vida fuera de la estructura o todo acaba en el recuento de muertes o en la mera reproducción del orden anterior? Terminaré con un último *caso* debido a Ferlosio. Se trata del segundo y último cuento que publicó en *Revista Española*, se titula «Hermanos» y tiene algo de drama de honor revisitado. Lo abren los «pasos iguales y resueltos» (*Rev. esp.* 2015:400) de un grupo furioso de hermanos acompasados por el ladrido rabioso de los perros y lo cierran los pasos solitarios de un personaje épico, «grave, seguro, irrevocable» con «la grupa caída, la mirada al suelo» y a cuyo encuentro salen los perros

«moviendo el rabo alegremente» (405). Unas pocas páginas calculadas para consignar la conquista de la rectitud moral, fundada en la «íntima, dura, inquebrantable fidelidad» (403) a unos principios que suponen la ruptura con los códigos familiares. La gran hazaña del héroe consiste, estricta y llanamente, en quitarle la razón a la estructura que lo acoge y lo sostiene; en hurtarse al régimen de lealtades y obligaciones en que se basa la célula familiar. El yo nace de la ruptura con el clan y sus códigos.

Y es que quien atenta contra sus códigos pone en peligro la pervivencia y el mantenimiento de la estructura. El clan se autorregula. Una vez se siente en peligro compone una «muralla infranqueable que ninguna palabra podía ya superar, como si todo, desde el primer instante, estuviese irremediablemente decidido» (403). A esas alturas, cualquier palabra se transfigura en mero ademán de «violencia». No sé si importa demasiado que el relato cuente la reyerta entre dos familias a causa de la negativa del hijo de una de ellas a contraer matrimonio con la hija de la otra tras haber mantenido relaciones. Es una historia mil veces repetida. Lo sintomático —y en ello va algo de la situación histórica de la célula Sánchez-Mazas Ferlosio— estriba en el lugar que se escoge para el héroe: si el drama de honor tiende a instalarse en la célula ofendida para coronarse con la restitución del honor o con la tragedia, este escoge situarse en la célula ofensora para mostrar los mecanismos de intolerancia y ceguera hacia el ofendido. Lo que aquí se investiga es la enajenación en el seno de lo propio; el cierre de filas a que obligan la consanguinidad y el apellido. El clan se debe al clan y fuera de él solo cabe la soledad.

Las relaciones entre violencia y enajenación ya habían aparecido en la batalla entre don Zana y Alfanhuí y habían provocado la liberación de la comitiva de máscaras. También en el enfrentamiento entre estos dos bandos hay algo parecido, aunque las diferencias son fundamentales: a ojos de los hermanos ofendidos, Julio, el héroe, no es más que un miembro de la estructura oponente. No obstante, Julio decide no implementar el lugar estructural que se le asigna. No pelea, se cubre el rostro ante la vergüenza y el horror que le producen esas «hoscas iras familiares» (403); recibe los golpes sin contestarlos pero no se resiste a dejar una ranura entre los dedos para contemplar «las lágrimas» del ofendido que ha sido obligado a la violencia. Andando los años, el dolor, entendido como lo absolutamente intransferible, se alzaría para Ferlosio en la clave de bóveda del principio de individuación y dará una breve pieza que hará las veces de preámbulo al primer volumen de sus ensayos reunidos (2015). Aquí se trata también de la conquista de un *yo* en la solidaridad con el dolor de los demás por encima de la obediencia al apellido.

Sospecho que, pese a sus muchas diferencias, «Niño fuerte» y «Hermanos» tratan de ofrecer distintas respuestas a una misma coyuntura. A su manera, también «Hermanos» se cierra con la emergencia de ese «Yo» exclamativo que clausuraba «Niño fuerte». Eustaquio lo conquistaba obligando a suspender un imaginario épico; «Hermanos», por su parte, sitúa la posibilidad del yo en el corte con la estructura familiar. Su épica consiste en la fidelidad a un ideal moral que condena al héroe a la errancia y la intemperie. Para Eustaquio habrá encaje porque la estructura negocia o *reforma* sus aspiraciones; para Julio no, ya que la estructura no consiente el establecimiento de otro código (no, al menos, mientras rija el poder de quien la preside). Para uno hay comunidad, para el otro solo cabe el exilio como mecanismo para romper con la reproducción de la estructura. Esta simple frase revela uno de los rasgos más decisivos en la interpretación de la obra de Ferlosio: la fuga, el exilio, el pánico a la repetición. Aparecerá en *El testimonio de Yarfoz* (1986), estará activa en su relación con la historia nacional y trabajará incansablemente en los fantasmas que pueblan su ideología del estilo. Porque si algo enfatiza «Hermanos» es que dentro del grupo apenas si existen las relaciones individuales. Uno es fruto del todo, que anda es sus propios entresijos, y el desgajamiento supone la crisis de ese todo, incluso de un linaje de ausentes que se han perpetuado en la estructura y la pueblan *in absentia*. Todos observan al infractor: «Julio miró desoladamente a todas partes, a las caras hostiles de los suyos, a los retratos de los muertos, a los objetos cotidianos, como a algo que vemos distanciarse de pronto de nosotros, desgajarse de nuestra vida, sin quererlo, erizarse, sin remedio, en contra nuestra, volvérsenos, dolorosamente, ajeno y enemigo» (*Rev. esp.* 2015:403).

Es el gran tribunal de los vivos y de los muertos; pervive en las chaquetas, en los objetos que amueblan y dan forma y tradición a un espacio. No ha de extrañar que ante la sobredeterminación del todo asistamos a impulsos nihilistas como los que trama el protagonista de «Los novios se dicen adiós en otoño», de Miguel Ángel Castiella: «Deseaba ser unidad, estar solo, entrar, con los brazos colgando sobre el costado, con las manos vacías de nadie, en una taberna, apurar un vaso de vino, y caminar lento, sin prisa de nada, sin sí mismo, hasta casa. Y, allí, tumbarse, sin pensar en nada, como si el mundo fuera un mar, un naufragio, y él la isla. Como si del mundo no le importara la vida, sino la muerte dulce de sentirse solo sin raíces, sin voz» (*Rev. esp.* 2015:173).

Fuera del todo no hay nada. ¿Dónde está Julio, protagonista de «Hermanos», ahora que no tiene raíces y que su voz se enrarece «extraña, como si sonase fuera, en otra parte, en otra tierra» (*Rev. esp.* 2015:403)? Se ha convertido en el agente extraño, en el «forastero» de Aldecoa, ante el cual la comunidad reacciona en bloque, en «un gesto instintivo de

aproximarse los unos a los otros, como el ganado bajo el águila [...] con redoblada violencia» (403). Nada de esto es nuevo, pero sin duda es más siniestro: ¿No es el ataque en masa contra lo que viene de otra parte un rasgo ya apreciado en *Alfanbuí*? Y, sin embargo, algo se ha transmutado, porque la muchedumbre es ahora la propia familia. Solo habrá una excepción, sumamente precaria: la hermana, la que no puede tener voz en el seno de la familia, sale a despedir al héroe para darle la *razón*, esto es, para poner la *razón* fuera de la estructura.

Julio rompe para no reproducir la estructura, pero no tiene estructura que le acoja. Ese es el destino de los cada *uno*: vagar como profetas sin tierra, próximos, en su condición heroica, a la intemperie de la población flotante que esta literatura convoca en novelas y relatos. Una población desheredada que está cortando sus vínculos genealógicos (no los materiales, por supuesto) y que engrosa la producción cultural del desarraigo. La disputa de la *razón*, como la disputa de la *justicia* en José María de Quinto, está tejiendo un espacio de legitimidades y afianza un largo proceso cultural enderezado a la construcción de agentes de soberanía capaces de tomar decisiones, actuar y posicionarse ante las fuerzas sistémicas. El teatro de Alfonso Sastre tiene una misión «ante el pueblo y el Estado» y proclama que «los hombres de hoy están dispuestos a servir al teatro español» (*Rev. esp.* 2015:547), pero a qué remitían los términos *pueblo*, *español* o el verbo *servir* iba estando cada vez menos claro, por lo menos en lo tocante a su relación con el Estado. Las escenificaciones de la crisis en la transmisión mostraban las fracturas del sistema de la victoria; no obstante, los textos repetían que fuera de él no había nada reconocible. Habían nacido muchas cosas, pero llevaban grabado el signo de la muerte. Espléndidos estallidos próximos a cementerios. *Revista Española* corrió la misma suerte.

### 3.- ALREDEDORES Y ENTRESIJOS DE *EL JARAMA*

Las responsabilidades que alguna vez nos han sido puestas delante, sea cual fuere el sentido en que las asumamos —aceptando o rehusando—, son como maldiciones, que nos acompañarán ya para siempre adondequiera que vayamos. Y estaría totalmente equivocado el objetor que, una vez rechazado el fusil, imaginase haberse lavado las manos, de una vez por todas, de toda la sangre y toda la muerte que ese fusil pueda encerrar en sus entrañas, sino que, pase a las manos que pasare, esa sangre y esa muerte seguirán concerniéndole en la parte que le toca, y de dondequiera que fuere volverán siempre a él, porque no hay salvación personal. (2016b:152).

(*Never more*) Decir que el tiempo todo lo cura vale tanto como decir que todo lo traiciona ¿Sabré sobrevivir sin traicionar? (11-IV-85) (2008:54)<sup>6</sup>

Aunque se guarden de mostrarlo, la justicia y la razón son categorías radicalmente históricas; en ellas se ampara un orden dado y de ellas echa mano quien lo discute; desde ellas se refrenda lo instituido o empieza a fraguarse un espacio de desafección y deslegitimación que podría cristalizar en la institución de otro orden. No parece que haya excesivo margen para posturas intermedias: la razón se *quita* y se *da*. Se disputa y pasa como un cetro de unas manos a otras, y solo cuando se *tiene* se está en condiciones de trazar un espacio vinculante que trascienda los estrechos límites del grupo originario. Quizás por eso, cuando aún no había logrado imponerse ni *hacerse con la razón*, la Falange alentaba al desacato a un orden «artificial», espurio y por supuesto «pernicioso» como la democracia liberal en favor de aquellas «unidades naturales» —familia, municipio y corporación— en las que se contenía la «realidad auténtica» de todo individuo. A la altura de 1956, el Movimiento estaba perfectamente institucionalizado y aquellas unidades naturales presentaban no pocas taras presuntamente erradicadas. El 1 de febrero de aquel año, un manifiesto celeberrimo pulsaba las viejas teclas para señalar que «la organización que hoy se atribuye cada día de un modo más ilusorio el monopolio del pensamiento, de la expresión y de la vida corporativa de la vida universitaria [...] posee una estructura artificiosa que no permite o tergiversa la auténtica manifestación y representación de los universitarios» (cit. en Tuñón de Lara 1988:570). Autenticidad, artificiosidad, representación... desde finales de los cuarenta la literatura de los jóvenes venía repitiendo que la estructura organizativa de los

---

<sup>6</sup> Cito este pecio —que volverá a aparecer en páginas posteriores— por la edición de *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos* de 2008 en Destino y no, como hago con el resto, por la más reciente de sus pecios reunidos (*Campo de retamas*, Random House, 2015b). Ferlosio no quiso recogerlo en esta última. El primer paréntesis acompaña al propio texto en recuerdo del día de la muerte de su hija, Marta Sánchez Martín.



padres les asfixiaba sin dejarles margen de actuación. La brecha generacional no había hecho más que ensancharse para una juventud que registraba el «hondo divorcio entre la Universidad teórica, según la versión oficial, y la Universidad real formada por los estudiantes de carne y hueso, hombres de aquí y de ahora con sus circunstancias, opiniones y deseos», según rezaba el famoso manifiesto (ídem).

No era el primer manifiesto: uno de sus redactores, Miguel Sánchez-Mazas, perfecto hijo de la victoria, decide que sus primeras palabras («Desde el corazón de la universidad española...») sean «casi idénticas a las de aquel otro manifiesto universitario de 1947 (la primera protesta de nuestra generación impresa y repartida en las aulas desde 1939)» (1957:22). Estaba buscando una genealogía, «quería que el régimen, si tenía memoria [...] “reconociere la caligrafía”, es decir, comprendiese que la juventud que en 1956 le pedía un Congreso Nacional de Estudiantes y una Universidad democrática, estaba cargada de razón, porque era la misma, o venía de la misma que en 1947, nueve años antes, le había pedido libertad de crítica, honradez administrativa, lealtad al pueblo, justicia social, desde su propio sistema de ideas» (ídem).

Algo de sus palabras se escribe aún *desde* aquel sistema de ideas, pero las líneas que cito las redacta ya *desde* el exilio suizo al que le condena el intento de reformar la estructura. La secuencia que conduce a aquel año se ha contado muchas veces y habrá de contarse muchas más. Forma parte de una serie de actos instituyentes que los propios implicados catapultaron a genealogía de su ruptura con la dictadura. Suele narrarse en cadena con otras iniciativas como las ya aludidas Conversaciones de Salamanca (mayo de 1955), el entierro de Ortega (octubre de 1955) y el abortado Congreso Universitario de Jóvenes Escritores; a veces se confunde con el manifiesto del 1 de abril ultimado por Federico Sánchez, pieza clave en la articulación de aquella oposición sin programa que va tratando de aprovechar la frustración y la intemperie para cobrársela al Partido Comunista. La pasarela que lleva de una a otra estructura está en el uso ambiguo de cierto lenguaje; en hablar *desde* el sistema de ideas de aquellos jóvenes echando mano de una retórica de «origen orteguiano» (lo que en parte significa joseantoniano) que remede el «lenguaje típico y tópico de la época: véase la palabra *fundacional*, *la tradición auténtica*, *el porvenir común*, que tanto se parece a la *unidad de destino*» (Semprún 1990:57). Allí están, entre otros, en el lenguaje y en la redacción del manifiesto, Miguel Sánchez-Mazas, que ha fundado la frágil y efímera Agrupación Socialista Universitaria (ASU), y su cuñado Javier Pradera. Ambos presos y pronto en contacto con el socialismo y el comunismo, respectivamente, y ambos testimonio de que el Régimen «estaba engendrando hijos descarriados de buenas familias, familias de la Victoria, [...] que

empezaban a caer en redes fuera de su control, o demasiado cerca del control de los hijos de los vencidos» (Gracia 2006:23).

Quién sabe si en estos procesos de afiliación y de suspensión de la transmisión intergeneracional no debía de encontrarse ya, pese a su juventud, el menor de los Sánchez Ferlosio, cuyo nombre, José Antonio Julio Onésimo «es un cementerio [...] donde hubieran enterrado a los falangistas preferidos de su padre: a *José Antonio* Primo de Rivera, a *Julio* Ruiz de Alda y a *Onésimo* Redondo, mártires todos del Glorioso Alzamiento, homenajeados así justo al cumplirse el I Año Triunfal, cuando Chicho nace» (Labrador Méndez 2017:144). Y es que todo había sido impecablemente martirial: sus padrinos habían sido Amelia Azarola, viuda de Ruiz de Alda, y Miguel, el hermano de *el Ausente* (Fernández 2017:83). Largo y pausado como las cuentas de un rosario, fruto estricto de la guerra, el nombre de Chicho tiene algo de la *Oración por los muertos de la Falange* compuesta por su padre. Su nombre es el de todos los muertos y todos los muertos son en él, en una lógica que fue corriente en los rituales de homenaje a los caídos oficiados por el propio José Antonio (De la Guardia 2005:169).

No son especulaciones esotéricas, hemos visto casos similares en el capítulo anterior; lo dicho puede leerse como una simple paráfrasis de la noción de patria que Sánchez Mazas atribuía a José Antonio: «una patética solidaridad de vivos y muertos y de todos los que nacerán, porque a cada momento ella debe ser una conciencia actual de los antepasados y los descendientes [...] Nuestra generación no es dueña absoluta de España: la ha recibido del esfuerzo de generaciones y generaciones anteriores y ha de entregarla como depósito sagrado a las que le sucedan» (1955:14). Como observó George Mosse, «[l]a muerte no elimina de la escuadra al camarada muerto, sino que lo convierte en una presencia más espiritual que física» (cit. en De la Guardia 2005:170); de ahí que la transmisión del nombre aún retenga un mal disimulado residuo metempsicótico. Apenas si oculta el deseo de que algo del difunto perviva o *encarne* en el recién nacido, convertido en custodia y renuevo de los desaparecidos, por ejemplo, de *el Ausente*, «aquél que nunca desaparece de modo definitivo» (De la Guardia 2005:170).

El espesor de las generaciones y los problemas de filiación ya han aparecido como testimonio de «una revisión radical de creencias personales y una dolorosa ruptura con el medio familiar», como recordaría Pradera (2014:145). De ello he de ocuparme en este y en el próximo capítulo moviéndome a caballo entre la ficción y la historia y tratando de describir los *lugares* que ocupan Miguel, Rafael y Sánchez Mazas en la segunda mitad de la década; y es que en este lustro los tres manifestarán —y hasta exhibirán— la ocupación de

un lugar. Cada uno de ellas expresa una forma muy distinta de inscribirse en el presente y en la historia.

En 1957, cuando *Cuadernos por la Libertad de la Cultura* publica «La actual crisis española y las nuevas generaciones», Miguel, el primogénito, lleva en su ficha policial el paso por la cárcel, el exilio y la autoría de una breve alegoría, «El andamio y la casa», acerca de quienes se han cansado de sostener un andamio para una casa que lleva años esperando a edificarse. En 1957, el hijo predilecto, Rafael, lleva un año en boca de todos como autor de la novela fetiche del antifranquismo. En 1957, Javier Pradera, marido de Gabriela Sánchez Ferlosio, ya ha pasado también por prisión junto a Miguel y milita en el Partido Comunista. En 1957, Ediciones del Movimiento publica un volumen donde se recoge una amplia muestra de la doctrina impartida por Rafael Sánchez Mazas en vísperas de la guerra. Todo funciona en ese libro como un acto de ratificación: el título es *Fundación, hermandad y destino*; el antepórtico, la carta de despedida que José Antonio le envía desde la cárcel; el pórtico lo pone Eugenio Montes, verboso y campanudo, evocando la reaparición en plena guerra de Sánchez Mazas, «el más antiguo falangista de todos los vivos», así como el día en que en su casa «José Antonio, tú y yo, dijimos, unánimes y unísonos: “Se llamará la Falange”» (1957:XV), y *last but not least*, la fervorosa clausura, nada menos que la *Oración por los muertos de Falange*.

La compilación reunía textos antiguos. Salvando el de Montes, que las bordeaba, todos contaban ya dos o más décadas. Solo había una excepción, un apunte escueto que es el corazón que bombea todo el libro: un prólogo autógrafa que reza «ni me arrepiento ni me olvido» y que firma desde la primavera madrileña de 1957. Si aquellos eran los documentos de un encausamiento general, Sánchez Mazas comparecía como falangista fundacional para suscribirlos de su puño y letra. En esta familia y en aquellos tiempos la tipografía y la caligrafía se cuidan con esmero. Los tipos de imprenta podían valer para convocar los textos del pasado, pero el presente requería de un énfasis que solo podían prestar la letra y la firma como expedientes de una *presencia* inextinta y fiel.

Lo cierto es que esa presencia había ido adquiriendo una condición fantasmal. Sánchez Mazas podía reivindicarse fundador y custodio de un mundo que —como el libro probaba sobradamente— debía mucho a su pluma, pero para entonces el peso de Falange en la estructura del Estado pasaba por sus horas más bajas. A raíz de los sucesos de febrero se había llevado a cabo una reforma del gabinete que venía a arrinconar a aquella *hermandad de fundadores de destinos*. Su hijo Miguel se refería aquel mismo año a cómo Franco, «presionado por el Ejército, la Banca y el “Opus Dei”» (1957:10) había serrado «una de las

patas doradas del trono en que se sienta: la Falange», convertida, a sus ojos, en «esa desgraciada organización que ha sido, a la vez, responsable y traicionada, perseguidora y víctima, mercenaria y rebelde, según los casos, según las personas y según los tiempos, y que todos los españoles debemos mirar, una vez vencida, una vez descubierto el fenomenal equívoco, con horror y con lástima, como al protagonista de un drama griego, en su fatal y esperado desenlace» (ídem). En lo que tenía de carta al padre, concluía que la organización «ha llegado a todo lo contrario de lo que sus fundadores querían, aunque alguno de sus pocos sobrevivientes quiera obstinarse, en una mezcla de terror y de esfuerzo desesperado por autojustificar su vida, en ver blanco allí donde hasta los chiquillos de la calle ven negro, proclamándolo ya todos a gritos, como en el cuento de Andersen “El traje del emperador”» (ídem). El ciclo se había cumplido y la transmisión, apostillaba, se había truncado: «las promociones más jóvenes y puras de la misma Falange, sin responsabilidades a la espalda, aunque sí con una triste historia de engaños, mitos ridículos y claudicaciones continuas, están ya haciendo méritos para ser admitidas en los cuadros de oposición a la Dictadura» (ídem).

Salta a la vista que el libro de Sánchez Mazas fue un atrincheramiento nostálgico en los dorados días heroicos; el canto de cisne ante una problemática falta de relevo que instaló a su autor en una suerte de postumidad en vida. El libro era su mausoleo; y la nota de 1957, la esquila orgullosa de quien, igual que José Antonio en su testamento, dejaba dicho públicamente que moriría fiel y con los hábitos primitivos a la causa. La sangre que tanto se derramaba y consagraba en aquel libro —«tantas muertes frescas y generosas como tú y yo hemos conmemorado juntos», le escribía José Antonio (1957:X)— bien podía leerse en colisión con el séptimo punto de la Afirmación de Principios de la ASU, fundada por su hijo Miguel: «Los jóvenes socialistas repudian los odios sangrientos del pasado para entrar en una era de trabajo fecundo en que todos los españoles solventen pacíficamente sus diferencias» (cit. en Semprún 1990:57). Por la Falange sentía Miguel un resto trágico de misericordia, y esta última venía, ante todo, de su condición de traicionada por el Régimen, reducido «a un mero círculo de intereses, vacío de doctrina y de programa nacional» (Sánchez-Mazas 1957:21). Lo que sin duda le quedaba era, pese a las desavenencias, un respeto por Sánchez Mazas, porque aquel 1957, exiliado en Suiza recordaba cómo

unos tres años antes, mi padre, en uno de los furores antifranquistas a que su sentido de la dignidad humana le llevaba con frecuencia —y que espero le vuelvan, antes del fin— me decía que si había en España una docena de ciudadanos de honor, procedentes del bando vencedor, capaces de ir a la cárcel por razones morales, más allá de toda exigencia particular y egoísta, Franco estaba perdido. Yo estuve de acuerdo con mi padre, esa vez, y en efecto, al año y medio, hubo esos doce españoles, entre ellos su hijo, y después otras

docenas, y otras, y otras. Los hijos de los vencedores se han mezclado en este tiempo en las cárceles con los hijos de los vencidos, y las razones morales son evidentes (1957:21-22).

El respeto por la figura paterna nunca se perdería en la casa de los Sánchez-Mazas Ferlosio; el padre quedaría como una figura decisiva en el código de honor y como impresor de un *habitus*, pero habría repudiado los documentos en los que los jóvenes estampaban su firma.

### 3.1.- LOS ABAJO FIRMANTES

Firmas o simples inscripciones del nombre fueron tan frecuentes entre los escritores opositores al régimen que pronto habrían de granjearles el remoquete de *los abajo firmantes*. Es un apodo espléndido: encierra algo más que su infatigable rúbrica de manifiestos, también apunta la textura notarial de sus propias obras literarias y nos pone tras la pista de cómo hubo un tiempo en que unos y otros textos no quisieron distanciarse demasiado. Ciertos poemas y novelas se concibieron como actos instituyentes que, escritos *en el día de hoy*, encabalgando una fecha precisa o una relación de nombres, convirtieron las obra en enclaves políticos donde varias docenas de veinte y treintañeros repudiaban el *lugar* en el que los había puesto la historia y declaraban su compromiso cívico.

Es posible que algo de ello se estuviera representando anticipadamente entre risas etílicas en el bautizo con vino del primer número de *Revista Española*, tan atenta a nacimientos, al que acompañó un acta escrita al vuelo por Ferlosio y firmada por todos los presentes (Jurado Morales 2012:89). Pero si hubo una ocasión en la que de veras —y ciertamente a su pesar— se plasmara su condición de escritor comprometido fue en el banquete ofrecido en el Café Varela en enero de 1955 con motivo de la concesión del Premio Nadal a *El Jarama* por insólita unanimidad. Allí, según es fama, «se me apareció por vez primera, el grotesco papelón de literato» (2017:562). Se festejaba mucho más que el galardón: implícitamente debía de sentir que se le uncía como primer espada de la narrativa antifranquista y, probablemente, como pieza estratégica en la labor de zapa que el PCE estaba llevando a cabo en los cuadros políticos y culturales; después de todo, en lo inmediato estaba la experiencia de su hermano Miguel en la ASU, vampirizada por el Partido (Gracia 2019:37). «La conexión entre literatura [...] y oposición política es total en esta época», escribe Darío Villanueva, que ofrece un «dato ilustrativo: el manifiesto del Congreso Nacional de Estudiantes, lo comienzan a discutir Múgica, Pradera y Miguel

Sánchez Mazas en el transcurso de la cena [...] en homenaje al autor de *El Jarama*», cuya «publicación se producirá, de hecho, en las mismas fechas que los graves conflictos universitarios de ese febrero» (1986:337).

Todo ello contribuye a convertirla al instante en la obra insignia de lo que entonces, con más resignación que euforia, se llamó (y hay quien atribuye el invento al propio Ferlosio [Gil de Biedma 1988]) *resistencialismo*. Conforme dictaban la política y la poética de los tiempos, también Ferlosio *se inscribió* en el texto de *El Jarama* mediante la declaración y firma de un informe judicial. Es cierto que lo hace —y no será esta la única vez— tras un velo, pero es tan fino que se le transparenta el nombre entero: los veinticuatro años del Rafael Soriano Fernández que presta declaración y firma el informe judicial sobre la muerte de Lucita son poco menos que un antifaz para los veintisiete del Rafael Sánchez Ferlosio que firma la novela. RSF son las iniciales del que irrumpe en la novela poniendo en riesgo su propia vida para salvar a una perfecta desconocida (Riley 1976:140); el mismo que *siente el roce* de su cadáver (Riley 1976:128) en el río de los muertos de la guerra, y el mismo que evitará mirarlo cuando yazca en la orilla convertido en un espectáculo morboso para la multitud de bañistas. Es él también quien se inquieta ante la pasiva reacción de los policías (S. Ferlosio 2006:321) y el que camina en silencio con los amigos de la muerta. El *prima voce* del coro de «los estudiantes» (354), en el que José-Carlos Mainer ha visto una parábola de la unión de «las “fuerzas de la cultura” (como decía la retórica habitual del clandestino Partido Comunista), al lado de las “fuerzas del trabajo”, en un esbozo de incipiente solidaridad» (2005:149); ambas unidas hacia el final de la novela y ambas igualadas en la condición de firmantes del atestado judicial.

Esa unión la había buscado su hermano Miguel en las páginas del SEU, donde quería que las piezas de los universitarios convivieran, siquiera testimonialmente, con las de algún obrero invitado. Pero la unión no pasaba únicamente por los textos. Puede que las experiencias más decisivas de un horizonte moral que iba religando socialismo y cristianismo se fraguaran en el SUT (Servicio Universitario de Trabajo), un servicio de acción social humanitaria nacido, contaba el padre Llanos, a rebufo del papado de Pío XII y al anhelo de

otro tipo de hombre más completo, capaz de formarse al aire de su tiempo, adquiriendo ese sentido social del que carece la inmensa mayoría de los españoles. Y no sólo por la fácil y gastada vía de las conferencias y tertulias, sino por la experiencia existencial, del trabajo de las manos vivido lo más cerca que se pudiese de sus hermanos y camaradas, “los otros”, los que tampoco queríamos ya estricta y ceñudamente materializados, sino con sus libros y su cultura y su ambición. Una juventud en busca de la otra y rompiendo compartimentos estancos para no tener que romperse la crisma a tiros como

consecuencia de su distanciamiento, de su oposición, de esa lucha de clases, irremediablemente mientras no haya más que estudiantes meramente tales y obreros exclusivamente tales (cit. en Gracia 1994:168-169).

Una juventud en busca de la otra en las chozas de los Totós y con un propósito más próximo al apaciguamiento de los efectos de la desigualdad que a la estricta disolución entre ambas juventudes. Tras la miseria alentaba el fantasma de la lucha de clases. Juntos y revueltos, pero solo hasta cierto punto porque en la confluencia entre socialismo y cristianismo se imponía el segundo. El SUT fue un ejercicio humanitario enderezado a la concienciación y acendramiento moral de los hijos de la burguesía. Si «[s]e pretendía romper la incomunicación de clases y dar al estudiante la experiencia del trabajo físico del obrero y de su forma de vida», como recordaría Carlos París (en Marsal 1979:205), era para instrucción de las élites: «La idea tenía un significado un poco ascético en el sentido de desarrollar al hombre “completo”, el *ora et labora*» (ídem). A propósito de la constelación ideológica en la que se mueven muchos de ellos, ya convoqué páginas atrás la *Aufhebung* hegeliana que, en palabras del mismo París, reasumía, «aunque a un nuevo nivel [,] [...] los temas y motivaciones iniciales» (206). Seguía intacta, una vez muerto el dictador, «la concepción colectivista de la sociedad, la sustitución de la propiedad privada de los medios de producción, la necesidad de crear una nueva sociedad. En esto», decía París, «mis posturas actuales son consecuentes con aquellas primeras intuiciones juveniles». Mucho después vendrían «transformaciones decisivas» como «la valoración de la democracia en el doble sentido de la discusión racional como método de convivencia y avance hacia una nueva sociedad, así como en la necesidad de inserción en los movimientos de masas que de hecho encarnan los intereses del socialismo». Pero el joven de aquellos años no hubiese hablado en estos términos: «En aquella época juvenil [...] [t]eníamos una mentalidad fundamentalmente elitista y voluntarista, a pesar de nuestra pretensión de realizar una revolución al servicio de las clases populares. Pensábamos que la revolución la tenía que hacer “la minoría inasequible al desaliento” de la que hablaba José Antonio» (ídem). Y así, para fatiga del Ferlosio que irrumpe en *Alferez*, «nos imponíamos un tipo de vida ascético y creíamos en los valores heroicos y en la acción directa» (ídem). Y aún añadía algo que pronto habrá de ocuparnos: «Pero sería interesante observar que este problema se sigue planteando aún desde la óptica de la izquierda. Es la cuestión de la vanguardia y sus relaciones con la base. El riesgo de suplantar a las masas y la atracción de la revolución como aventura heroica a la que no se sustraen algunos grupos izquierdistas» (ídem).

En buena medida, también aquellas síntesis armónicas que tanto predicó la prensa de los años cuarenta y cincuenta se habían ido acomodando. Lo apostrofado ya no era la

confluencia de ciencia o religión, de lo extranjero y lo nacional ni la metabolización de los ingentes rastros que había dejado el mundo anterior a la guerra; síntesis y armonía se habían ido transfiriendo a la conflictividad sociológica. Al igual que otras obras coetáneas, *El Jarama* puede leerse como el contradictorio y voluntarioso ensayo que ensalza a campesinos y obreros, sabiéndose, en el fondo, ajena a ellos. Mientras Ferlosio andaba enfrascado en representar su habla, Miguel Sánchez-Mazas llegaba a atribuir a las clases populares el don de la presciencia: los seísmos del inminente cambio político los conocía el pueblo «desde su choza de pastor o de peón rural, desde su chabola de suburbio o desde su cuarto realquilado de empleaducho» mucho antes que las cancillerías (1955:9). En la frase había casi un punto de cortesía: a pastores y peones les cumplía la preeminencia porque su historia de maltrato era infinitamente más larga que la de sus sobrevenidos aliados: «después de tantos lustros de represiones brutales contra obreros, comienzan las detenciones de jóvenes burgueses que, eligiendo libremente, prefieren la persecución a la infamia» (ídem). Malo sería que los recién llegados se apropiasen del protagonismo...

Qué duda cabe de que todo ello fue profundamente contradictorio, de que no les faltaba razón, por ejemplo, a quienes años después, en los últimos coletazos del realismo social, reseñaban la famosa antología de Leopoldo de Luis (1965?), despachándose orteguianamente contra aquellos poetas que procuraban ir «desviviendo» «su *circunstancia económica*» amparados «en sueldos pingües o en afortunados gajes de familia» (cit. en Rubio/Urrutia 2010:130). Ese clima intelectual informa *El Jarama* y esas tensiones están inscritas en el RSF que, estudiante de medicina, se lanza al río para salvar a Luci, vendedora de helados. Pero el influjo de la situación sociológica trasciende ese episodio. Puede sugerirse que el encuentro decisivo pero distante entre ambas juventudes hacia el final de la novela —hasta cierto punto una coexistencia solidaria— es la dramatización de algo que se ha venido produciendo a nivel constructivo a lo largo de la obra. La coaparición de las dos juventudes es el precipitado de dos lenguajes que la novela alterna paralela y ajenamente.

La acusada alternancia entre una veta lírica y otra prosaica se ha señalado en numerosas ocasiones, pero escojo el conocido testimonio de Jaime Gil de Biedma por lo que tiene de síntoma de época. En 1956 «h[a] escuchado ya tantos elogios de *El Jarama* que [l]e ha faltado tiempo para ir a una librería» (2015:223). A las pocas páginas de su lectura no puede dejar de reseñar en su diario que «es un impresionante retrato de la baja clase media madrileña»: «Ferlosio ha transformado el habla de Madrid en una lengua literaria increíblemente alambicada y estilizada, y a la vez real» (ídem). No obstante, señala un defecto: «los párrafos descriptivos resultan a veces impostados». Son «resabios de su



manera anterior, la de *Andanzas de Alfanbúi*. Imágenes innecesarias, adjetivos demasiado numerosos y demasiado precisos [...] [que] chocan con el tono y la atmósfera general de la narración» (ídem). Gil de Biedma registra otros aspectos: le «irrita un poco» su «decidida afición [...] a anteponer adjetivos» (224), le afea su proximidad prosódica a las *Sonatas* de Valle-Inclán, y llega a convertirlo en un contraejemplo: «Que un párrafo requiera un tono específico de lectura, y que los incisos no suenen a falso, es —cada vez me convenzo más— lo decisivo para escribir buena prosa» (223). Los diarios son el banco de pruebas donde Gil de Biedma ensaya la *buena prosa*, como señala Andreu Jaume (2015); una prosa que concibe desde la purga del modernismo del que los jóvenes convalecen.

Para el dietarista el mal está en el ritmo, en la entonación, en el regodeo en una prosa lírica que no sé si ya entonces situaba en la genealogía del falangismo, como haría en 1977 en «Luis Cernuda y la expresión en prosa poética». Sin duda, en *El Jarama* había resabios de su manera anterior, aunque en rigor nunca se desvanecieron porque están en la base de su estilo. Ante todo, aquel contraste entre lenguajes traslucía dos realidades sociológicas. Ambos están ricamente elaborados, tanto el de los pasajes descriptivos como el de los personajes cuyos giros, modismos, apócopeos —recopilados por Ferlosio durante el servicio militar— han convertido la novela en un *corpus* que lleva décadas nutriendo estudios lingüísticos. No se trata, pues, de que un lenguaje se pavonee exuberante junto al otro, sino de que el artista, en mitad del predominio de la representación de la oralidad, considera necesario volver puntualmente a un registro que *exhibe* la condición letrada frente a la oral; episódicamente se impone una noción de literatura que consiente su desplazamiento, pero no su borrado. Escuela moral, la ascesis objetivista de un escritor entregado al registro fiel de lo visto y de lo dado requería el alivio de ciertas fugas. No es la voz de los demás lo que entonces se impone, sino la mano desembridada del *miglior fabro*.

Es cierto, en *El Jarama* hay dos lenguajes, y el escritor sabe que cierta idea de literatura pone en riesgo la incorporación plena, legítima de las voces de sus personajes al espacio cultural. Los encuentros y desencuentros entre la clase trabajadora y la élite están ahí, pero también el empeño al que se refería el padre Llanos de que la clase obrera tuviese su propia cultura y su propia voz. ¿Y si la alternancia de lenguajes trabajaba a favor de ese estatuto? Uno puede interpretar que las fugas descriptivas eran una liberación, pero también pueden verse como un espaldarazo: puesto que el lenguaje popular no disponía de suficiente prestigio, la presencia del culto — debidamente sancionado por el gusto literario— se imponía como el aval imprescindible para que el otro adquiriera carta de naturaleza estética. A principios de los cincuenta, la lírica seguía ejerciendo un notable

ascendiente sobre la prosa, y si tal influjo tentaba al narrador, también aparejaba que la oralidad se vería fácilmente relegada al cajón de las formas menores. Esa amenaza debía conjurarse; no bastaba con entregar a lo oral tres cuartas partes de la novela, la espada del costumbrismo seguiría pendiendo sobre la obra. Ferlosio tuvo que recurrir a varias estrategias y entre ellas estuvo la proyección del lenguaje autorizado sobre quienes se expresan en el otro. El lector recuerda la recurrencia de pasajes como el siguiente:

El sol arriba se embebía en las copas de los árboles, trasluciendo el follaje multiverde. Guiñaba de ultrametálicos destellos en las rendijas de las hojas y hería diagonalmente el ámbito del soto, en saetas de polvo encendido, que tocaban el suelo y entrelucían en la sombra, como escamas de luz. Moteaba de redondos lugares, monedas de oro, las espaldas de Alicia y de Mely, la camisa de Miguel, y andaba rebrillando por el centro del corro en los vidrios, los cubiertos de alpaca, el aluminio de las tarteras, la cacerola roja, la jarra de sangría, todo allí encima de blancas, cuadrazules servilletas, extendidas sobre el polvo (2006:115-116).

Hay episodios similares, y no pocos revelan una llamativa insistencia en describir el trayecto completo (de origen a destino) de un movimiento ascendente o descendente: el polvo que levanta el alboroto de los niños o el humo de una paella se pierden en la copa de los árboles, mientras la luz, por su parte, se posa aquí y allá consagrando un instante. No obstante, habrá pocos pasajes tan contundentes como este: antes que luz, lo que el curso moroso de los rayos de sol va infundiendo en la superficie de cuanto toca es lírica. El sol avanza dejando quilates simbólicos —«monedas de oro»— en los cuerpos de los personajes para acabar destellando en los materiales más humildes. El ejercicio no es novedoso: se apoya en el contraste entre dos mundos para subvertir la frontera retórica (y de prestigio) que los separa. La luz es la unción lírica, simbólica, de unos agentes que el reparto de modos y objetos de enunciación de la retórica clásica mantenía separados. A este respecto, *El Jarama* pudo muy bien ser una conjugación más de la querella retórica en torno a lo épico que recorre «Niño fuerte» (1953).

La imbricación de lo alto y lo bajo recorre *El Jarama*. Los arrebatos líricos de la luz persisten bajo la forma de «una mano mágica» o de «un enjambre legendario» que infunde sus «persistentes vibraciones de luz sobre lo limpio y lo sucio, sobre lo nuevo y lo viejo» (173), sobre lo lírico y lo prosaico como dos orientaciones retóricas y sociológicas que coexisten y aspiran a coordinarse en la experiencia moral de aquellos escritores. No, *El Jarama* no inventa nada, se inscribe en una dialéctica nunca resuelta. Hacía siglos que los personajes humildes se habían incorporado a los géneros prestigiosos; también su habla, pero seguía marcada por el estigma de la vulgaridad, confinada al tipismo, al costumbrismo, a dar sabor local o a desempeñar funciones principalmente humorísticas. Lo distintivo de

*El Jarama* era la dignificación artística de los registros coloquiales; su empeño por llevar a la página la corporeidad del habla, a la que el narrador *cede* o entrega el grueso de la obra. El mayor riesgo estaba en dispararse por la ladera del costumbrismo. Poco antes había ensayado la total entrega de la narración a los personajes en «De cinco a seis» (1954), una escena dialogada donde no sucede «[n]ada de particular», como dice un personaje; nada que no sea la baraja de temas de dos voces sin nombre —solo un tercero lo tiene— en un espacio acotado, el café, y en el tiempo que indica el título. Su mayor flaqueza estriba en el tono castizo, algo celiano, del conjunto. La narratividad, la peripecia ha saltado por los aires en una conversación de bar que discurre (entre otros temas que aduciré después) en torno al trabajo, el atractivo de una peluquera y la cartelera del cine. Lo que *pasa* en el relato es la representación y autorización de esas voces anónimas como instancias rectoras del texto.

No sé en qué medida esa aspiración se compadece con las ediciones anotadas de *El Jarama* que consignan puntualmente que aquí y allá se ha incurrido en un *vulgarismo*. Antes que ponernos sobre el aviso de que la novela recoge lo que el discurso escrito repugna —¿es que algún hablante no lo detecta al vuelo?—, revelan la repugnancia sociolingüística que siguen provocando tales operaciones. ¿A quién habría que prevenir? No a los lectores, desde luego; me temo que a los propios personajes. Semejantes anotaciones solo prueban la continua vigencia de la separación socioretórica a la que me he referido. Nos dicen que aunque ciertas voces *están* en lo libresco, se hace preciso recordar su carácter espurio, y nos entregan *a contrario* una clave estupenda para apreciar el movimiento practicado por la novela: su apuesta por la *parole*, aquella lengua real, accidental (frente a un abstracto estable) a la que la propia lingüística había dado la espalda para constituirse en disciplina. La captación de lo irrepresentado era la misión que Juan Goytisolo le encomendaba a la novela *tout court*: «hacer oír la voz de los que, hasta entonces, habían permanecido en silencio (o cuya palabra había sido deformada)» (cit. en Gracia 2006:289). El cultivo del reportaje, el viaje por los pueblos, la frecuentación de las tabernas estuvieron estrechamente conectados con la búsqueda del habla por encima de la institución de la lengua. Entre las funciones de aquella literatura estaba la organización de las voces en el espacio político-literario porque estas (como el Eustaquio que grita «¡Yo!» en la última línea de «Niño fuerte») son vidas que friccionan con los códigos de escritura.

La propia obra bromea implícitamente con ello en un pasaje donde se habla del poco predicamento de los «pelirrojos» en las novelas, donde «unas veces te la ponen a Ella rubia y a Él moreno, y otras sale Ella de morena y Él de rubio» (2006:259). Y a quien lo dice no acaba de parecerle mal que así sea («Pues vaya una novela, una en que figurase que

Él era pelirrojo, qué cosa más desagradable» [ídem]); se trata de Luci, una morena pelirrojísima. ¿A qué iba alguien a sacarla en una novela? ¿Cómo iba a ser la vendedora de helados digna de tanto? *El Jarama* la desmiente y lo enfatiza bañándola con la luz del sol, lo mismo que a servilletas, tarteras y cubiertos de alpaca. En esta novela cabe precisamente hasta lo más insignificante; lo dice con olfato su informe de censura: es «algo así como si se hubiese tomado en cinta magnetofónica aquellas conversaciones, todos los gritos, canciones, toda clase de ruidos etc. etc. Ahí debe estar el valor de la novela» (cit. en Larraz 2014:218) y ahí está: en otorgar valor a lo devaluado. El fenómeno no era exclusivamente literario. Ya en *Revista Española*, Daniel Devoto había escrito un breve ensayo, «Situación de la música concreta», recordando que «cacerolas y maullidos existen, o pueden existir, y con legítimo derecho, dentro de la música concreta» (2015:195). También la acústica y las aristas de lo concreto son aquí objeto de captación. El *collage*, la incorporación de texturas toscas, de residuos en la obra de arte forma parte de la poética matérica de la neovanguardia. El *nouveau roman*, la coseidad del mundo de posguerra son correlatos de una subjetividad que en sus manifestaciones nihilistas se siente «cosa en aquel mundo de cosas sembradas y esparcidas», como le sucede en *Revista Española* a un personaje de Miguel Ángel Castiella invadido por «una fatiga, una desilusión de la palabra» (2015:173).

No creo, con todo, que esa desilusión sea propia de *El Jarama* ni creo que el *objetalismo* la tenga por corolario fatal. La epifanía puntea la obra enfatizando lo irrecuperable de cada plenitud presente. Es, al efecto, una insidiosa consagración de instantes, para emplear la fórmula de Octavio Paz (1972). Se asienta sobre una poética de lo perecedero que habrá de caracterizar en adelante la obra de Ferlosio y a la que no puedo evitar referirme. Me gustaría adentrarme en la relación que pueda haber entre la recuperación de la voz de los excluidos y la poética temporal de la novela, toda vez que en la confluencia entre ambos fenómenos se está resolviendo, creo, una concepción de la Historia que pasa por el registro y la consagración de lo borrado; por la conciencia de la condición fugaz, frágil, huidiza de las vidas presentes y pasadas, por eso la novela presta tanta atención a la conversión del presente en pasado.

### 3.2.- TIEMPO Y HUELLA

Antes de explorar esa confluencia debo precisar qué significa aquí el término *consagración*. Conviene dejar claro que, en adelante, no remitirá al tratamiento por el que algo es librado

de su condición temporal a fin de que pueda eternizarse. Como trataré de mostrar en el capítulo quinto, el repudio de Ferlosio a las sustracciones de temporalidad es una reacción contra los usos subrogatorios del pasado que conoció durante su juventud. Tal y como se empleará aquí, la consagración será un fenómeno elegíaco, una forma de celebración y duelo por aquello que se goza y que pronto ha de ser irrecuperable. Echando mano de una distinción que por entonces Ferlosio aún no había formulado —lo hará en *Las semanas del jardín* (1974)—, podría decirse que su consagración no erige *valores* inmutables sino *bienes* que, inapresables, «van decayendo hacia el pasado» (2015:183). Lo refleja bien este pasaje a propósito de la tauromaquia, donde vuelven a anudarse la lírica solar y el avance de lo perecedero. En él se sintetizan las claves que aplicaré a la obra. En el toreo, cada pase de la faena

no asciende hacia un futuro, no es un impulso que se lleva hacia adelante, sino un ademán que se va dejando atrás: parece configurarse y cuajarse como un gesto siempre último sobre el propio semblante visible del presente, para irse dejando despintar y desvaír trazo a trazo, en el puro oro vivo de la tarde de oro, irreversiblemente, hacia el pasado [...]. El contenido de la corrida está en su propio centro, en el diáfano presente: aquí, y no allí al final, es donde se la verá surgir, resplandecer y desgranarse (185).

No otra cosa es la novela. Le sienta a la perfección el lema latino que acoge el fragmento citado: *Splendet dum frangitur*, ‘resplandece mientras se agota’, de lo cual, por tanto, «no cabe hacer tesoro» (153). Una lección que Alfanhú aprende de Heraclio (y que determina la lectura de Sacristán en *Laye*), el gigante en quien queda prendida por un instante la mirada del muchacho antes de que la narración lo borre: «A la mañana Alfanhú apretó la mano del gigante y se miraron de corazón. Alfanhú echó a andar, y cuando iba a perderse entre los troncos, se detuvo un momento, volvió la cabeza y vio por última vez a Heraclio que le miraba todavía, de pie, junto a la cabaña. Alfanhú salió del bosque rojo, camino de Moraleja» (2008:182). No volverá a verlo, de ahí que la obra quiera subrayar su presencia ya al borde de que se desvanezca.

La intuición del párrafo citado es la aventura de *El Jarama* e indica el papel decisivo de lo lírico en la poética de la novela, que se emplea escrupulosamente en captar lo que acontece en el seno de un tiempo en fuga, en registrar aquello que nace y muere a cada instante, según declara su famoso exergo: «El agua que tocamos en los ríos es la postrera de las que se fueron y la primera de las que vendrán; así el día presente». Importará ante todo la condición de lo postrero ya que es una de las funciones de lo lírico, que no consiste solo en adjetivos felices, en prosodias e imágenes. Lo lírico está también en otros medios menos vistosos —aunque muy visibles— que van rubricando la carrera imparable del tiempo. Me

refiero al raro uso de los tiempos de verbales por parte del narrador, en los que se plasma la resistencia del presente narrativo a ser dejado atrás en el avance que el aoristo (o pretérito indefinido) imprime al relato. *El Jarama* se entrega narrativamente al tiempo lineal, pero no moralmente. Hay una pugna silenciosa entre el pretérito indefinido, sobre el que progresa el relato, y el imperfecto, empeñado en sostener un gesto, una presencia antes de que el tiempo la borre. Lo lírico es la desaceleración, la demora, la retención de cuanto está quedando relegado a mero trance de aoristo. Obsérvese cómo se habla de la carrera de esta niña: «Recogió la correa del perro y escapaba hacia el agua. Los ojos de la madre la siguieron, sorteando los troncos, hasta que el flaco cuerpo se encendía, dorado, bajo el sol» (2006:51). Es necesario que lo poético se haga con el mando; la lírica está en el propio tiempo verbal: «Se levantó y se llevaba las otras botellas hacia el río» (37). Nada más, ninguna acción resuelve la suspensión creada por el imperfecto: «El hombre sonrió a Sebastián y se alejaba de nuevo hacia su grupo» (46). Lo inconcluso (*pretérito imperfecto*) ocupa de manera extravagante el espacio de lo que concluye (*pretérito indefinido*).

Son usos extraños, impropios, pero son estructurales. Su propia recurrencia acaba haciéndolos prácticamente invisibles, si bien no imperceptibles. A ellos se debe, sospecho, la atmósfera suspensa que empapa la obra, la pregnancia de ciertas imágenes y gestos anodinos en tantas escenas. El lector guarda el recuerdo de una novela sembrada de minucias fastuosas. Por más que la inspiración en técnicas fílmicas pueda explicar parcialmente el recurso a la focalización en el detalle (pienso en cuántas veces se atiende eróticamente a un reguero de sudor o de vino deslizándose por el cuello, a un escote o también, por cierto, a la musculatura proletaria), la frecuencia con que el imperfecto —despidiendo la frase al tiempo que parece resistirse a soltarla— tiende a figurar como colofón de la secuencia oracional me lleva a ver en él una postura o una respuesta moral ante ciertos fenómenos inherentes a la narración. En el juego de verbos se expresa la inminencia de la muerte: la acción condenada a desaparecer (*imperfecto*) nos mira al final del proceso casi fantasmalmente, ensimismada, como si se resistiera a servir al avance de la narración. Es un resto de mundo, una huella —en un mundo repleto de ellas— que quiere perdurar. Lo dirá el propio texto por los ojos de Daniel, que observa el curso atronador del tren:

Levantó de repente su cuerpo entumecido, y en la luz que cegaba sus ojos entrevió a las personas del río agitando los brazos. Saludaban al tren. Retumbaba en lo alto del puente, por encima de todo, con un largo fragor redoblante, con un innumerable, ajetreado tableteo, que cubrió toda voz. Y pasaba de largo, dejándose atrás los adioses no oídos, los brazos levantados a los fugaces, incógnitos perfiles de sus cien ventanillas. El puente se quedó temblando, tras el vagón de cola, recorrido por un escalofrío. Un silencio aturdido

se poblaba de nuevo con las voces de antes. Veía Daniel a una mujer, en la orilla, las faldas remangadas por mitad de los muslos, enjabonando a un niño desnudo. Se iba desbaratando lentamente el ancho brazo de humo que el tren había dejado sobre el río (2006:51)

El ruido sordo que pasa de largo dejando atrás voces, adioses, perfiles, y al que sigue un escalofrío es emblema del libro. Todo se amplifica y lo arrasa el fragor del tren, pero queda el temblor y queda el brazo de humo. Ambos siguen durando «lentamente» en el cuadro en un *sfumato* sostenido. Unas líneas antes se ha consignado que la luz «[a]plastaba la tierra como un pie gigantesco, espachurrando contra el suelo relieves y figuras» (51). Si el río se cobrará a Luci, el tiempo se va cobrando en silencio muchas más piezas, que desfilan por nuestros ojos como «un ademán que se va dejando atrás: parece[n] configurarse y cuajarse como un gesto siempre último sobre el propio semblante visible del presente, para irse dejando despintar y desvaír trazo a trazo, en el puro oro vivo de la tarde de oro, irreversiblemente, hacia el pasado [...] Carece[n] de futuro, porque no tiene[n] contenido alguno que se encuentre al final de su decurso» (2015:185).

Al conceder tanto relieve a la tensión entre los tiempos verbales y su aspecto me sitúo en unas coordenadas familiares para el lector que conoce los análisis sobre la narración del propio Ferlosio. En *Las semanas del jardín* (1974, donde se contiene lo esencial de las ideas narrativas de Ferlosio, se dice que «el empleo del imperfecto comporta [...] una verdadera evocación: se refiere a “lo visto” en su inmanencia en el seno de la situación que lo ha desplegado ante los ojos» (2015:167). Y páginas atrás, en una digresión en torno al «arduo problema del lugar y el modo del encuentro entre gramaticalidad y narratividad» (96) se ha consignado que «las condiciones generales del aoristo» —al que yo he venido refiriéndome indistintamente como pretérito indefinido— «se dirían teñidas y afectadas por su específico empleo en la narración; en una palabra [...] la [índole estructural] del aoristo no podría ser correctamente comprendida sin ponderar su peculiar funcionamiento en contexto narrativo, esto es, *su vector axial de sucesión*» (2015:97; el subrayado es mío). Lo cual le lleva a formular dos reglas: «primera, el orden de aparición de los aoristos en el texto deberá entenderse, sin excepción alguna, como índice del orden temporal de sucesión de los acontecimientos que refieren; segunda, cada aoristo deberá entenderse como un desplazamiento temporal efectivo del “ahora” de la narración. [...] solamente el aoristo mueve, pues, los relojes de toda narración» (2015:97). O, como se dice en un texto de 1965,

el pretérito indefinido «pretende articularse en el vector del tiempo, para decir el cumplimiento mismo del destino» (II/42)<sup>7</sup>.

El aoristo es un *ahora* que el instante deja atrás. Así sucede, por ejemplo, en un fragmento que vale tanto como premonición de la muerte de Lucita cuanto como poética temporal de la novela. Se trata de «una rama verde, recién tronchada» que flota en el río apurando la duración de su viaje: «Se iba atascando, de vez en vez, en los bajos de arena, giraba sobre sí misma, navegaba de nuevo, lentamente, aflorando en las aguas rojas. Les gustaba mirarla» (2006:79). Y entonces irrumpe, sintomáticamente, la imagen taurina en mitad del rigor del aoristo: «*Ahora* unos chicos que ya salían del baño se volvieron al ver la rama y la cogieron por una punta y la sacaron. La venían arrastrando tierra adentro y corrían como las mulillas que se llevaban al toro muerto, afuera de la plaza» (79-80; el subrayado es mío). Afuera del río, afuera de la narración, como es ley del aoristo, porque «es la forma verbal corpórea [...], que no se predica de *la vez*, sino que la pone, la precipita, la coagula, la encarna; de ahí que sea impropio para todo aquello que [...] tiene *la vez* como mero lugar de aparición, para aquello que no deja acontecimiento, que entra en *la vez* solamente a mostrarse, a ponerse de manifiesto [...]

» (2015:171-172), como sí hace el *pretérito imperfecto*, que se interviene sin llegar a integrarse, sin dejar huellas o muescas en el todo diacrónico que va construyendo el relato.

Si el aoristo pone en marcha los relojes del relato, el pretérito imperfecto en *El Jarama* enfatiza la presencia de aquello que el reloj narrativo expulsa o no integra. Lo distintivo de la obra está en cómo ese tiempo se inmiscuye en zonas que le son impropias, subrayando los desechos que el progreso del relato barre, como en este fragmento:

La terraza se fue despoblando de sillas y de mesas, y quedaron tan sólo, como un reducto, las que aún ocupaban los compañeros de Lucita; todo vacío alrededor. Luego salió la moza con la escoba y se ponía a barrer el suelo en torno de ellos: papeles pisoteados, mondas de frutas y servilletas de papel, cajetillas vacías y colillas de puro y chapas de botellines de cerveza, de orange y Coca-cola; bandejas de cartón y cajas aplastadas, con letreros de tiendas de repostería, tapones, cascarillas de cacahuets, periódicos, todo esparcido, revuelto con el polvo, tras de la fiesta consumida. Lo iba

---

<sup>7</sup> Si bien trata aquí sobre la oposición entre Pretérito imperfecto e indefinido, citaré el siguiente pasaje para que se vea la tragicidad *patética* con que aborda el sentido del aoristo: «La persona conserva en pretérito perfecto, durante toda su vida, todos los predicados “importantes”, los que le hacen currículum —“ha traído el agua a la población”, “ha escrito cinco libros y un manual”, “ha fomentado la industria y el comercio”, “ha fundado un periódico y una revista ilustrada”—, y tan solo el día mismo de su muerte prescriben de repente y todos de una vez esos perfectos que la vida ha mantenido tanto tiempo en vigor: como si se cerrase el saldo definitivo, el “haber” de los “*ha traído*”, los “*ha escrito*”, los “*ha fomentado*”, los “*ha fundado*”, que, como heraldo fiel de sus merecimientos, no ha querido abandonar a su sujeto hasta el último aliento de agonía, falto por fin de titular que responda de ellos, se retira en silencio de esos limpios predicados y, como el león a la hiena, como el águila al cuervo, cede el puesto al *aoristo de difuntos*, que al instante se abate sobre ellos y los transforma para siempre en “trajo”, “escribió”, “fomentó”, “fundó” (2015:184).



empujando y arrastrando con la escoba y formaba montones junto al malecón; después metía la escoba, y los despojos desbordaban el zócalo de cemento y caían hacia el agua. Aún allí blanqueaban huidizos, un instante, y desaparecían enseguida en la oscura vorágine de la compuerta, con la fuga del río (396-397).

Para entonces Lucita ya ha muerto y la enumeración inmediata —en una obra pródiga en ellas— será el inventario de los objetos de su bolso. Algunos los hemos visto bañados de luz: «una tartera de aluminio; un tenedor corriente»... Son muchos, pero todos se resumen en un «alfiler bisutería, figurando cabeza perro» al que el atestado judicial añade «entre paréntesis: “ese punto, uve punto”, sin valor» (398). Junto a su cadáver se acumula lo inútil: «vigas contra los rincones, tubos de chimenea negros de hollín, sogas de esparto y caballetes y tablas, sucios de yeso, de algún tینگalo de albañilería; en el suelo, una barca volcada, con las tablas combadas y reseca, y una estufa de hierro, una porción de sillas rotas...» (384). Y, enterrado, vuelve a haber un vestigio del pasado: «Ahora el guardia apartaba alguna cosa en el suelo, con la culata del fusil, para desenterrarla de entre el polvo. Era la chapa de una matrícula de carro» (385). Todos los elementos descritos tienen la huella de usos pasados, todos son ya inútiles, carecen de valor.

Salta a la vista que la abundante presencia de enumeraciones y pretéritos imperfectos quiere sostener lo que el aoristo borra. En cierto modo, *El Jarama* está atravesado por el conflicto entre la superación y el duelo, y me parece que en ello se dibuja en filigrana la conciencia intelectual y moral de la posguerra. Al empezar este capítulo he citado el pecio que Ferlosio escribió en la muerte de su hija: «(Never more) Decir que el tiempo todo lo cura vale tanto como decir que todo lo traiciona. ¿Sabré sobrevivir sin traicionar?» (2008:54). Acaso las mismas claves sirvan para pensar en la dimensión de traición que para su generación pudo haber en el abandono histórico de quienes murieron en aquel río. Tal vez la extraña abundancia de imperfectos sea solidaria del deseo de consagrar a destiempo, en el escenario de la guerra, aquellos instantes y gestos idos que han dejado un escalofrío o un rastro de humo, como lo ha hecho el tren alegórico de la Historia.

De este modo, y en términos vagamente benjaminianos, en la poética del rastro y la señal se cifraría una ética de la memoria confrontada al aoristo de la Historia. Es evidente que las dimensiones temporales de *El Jarama* no se dejan acotar por el tiempo y el espacio reducidos a los que se acoge. Son cosas que ya estaban en *Alfanhuí* y que *Revista Española* había abordado extensamente. Por más que la novela practique aquella estética de las superficies que fue característica del objetivismo, abundan las inscripciones que guardan un evidente espesor histórico. Todo sucede en 16 horas, pero están cargadas de pasado: el día

y el lugar presentes son un palimpsesto repleto de escrituras que los jóvenes rechazan leer, pero que emergen pertinazmente ante el lector. La presencia silenciosa de ese tiempo profundo es, como se ha señalado en numerosas ocasiones, una de las claves arquitectónicas de la narración, la que explica el diseño de dos espacios físicos y generacionales: de un lado el río, transitado por una juventud a la que le estorban las «historias de muertos»; del otro la venta, poblada por quienes están marcados por las huellas de esas historias. El pasado está inscrito en ambos espacios, aunque no en ambos cuerpos, y con ello se revelan las operaciones de lectura que están realizando las dos generaciones activas en la década de los cincuenta.

Las marcas de un tiempo anterior y remoto sobre el que se asienta el día presente están grabadas en la naturaleza desde la apertura misma del libro por mano de Casiano del Prado, que anuda descripción geológica y geografía humana. No solo le importa dónde nace el río y la composición de calizas y arenales que acompañan su curso de norte a sur, sino el rastro de «molinos», «un puente de madera», «una acequia corta» o «un puente [...] hoy ya inútil, porque el río lo rehusó hace largos años y se abrió otro camino» (7). Esa descripción pormenorizada se interrumpe bruscamente por una voz que pide paso cinematográficamente: «¿Me dejas que descorra la cortina?» (8). Se trata de Lucio, cuya presentación guarda mucho de irónico accidente geológico («Siempre estaba sentado de la misma manera: su espalda contra lo oscuro de la pared del fondo; su cara contra la puerta, hacia la luz. El mostrador corría a su izquierda, paralelo a su mirada. Colocaba la silla de lado, de modo que el respaldo de ésta le sostribase el brazo derecho, mientras ponía el izquierdo sobre el mostrador. Así que encajaba como en una hornacina, parapetando su cuerpo por tres lados; y por el cuarto quería tener luz» [8]). Lucio no habrá de moverse de esa posición salvo al cierre del relato, cuando al final de la jornada se levante para desentumecer las piernas y ahuecarse los pantalones, que a esas alturas «se le habían adherido a la piel» (410). Entonces, en una última ironía, orinará «interminablemente» en el campo mientras oye fluir el río, cuya mención pasa el testigo a la descripción de su muerte atlántica en la pluma de Casiano de Prado y su *Descripción física y geográfica de la Provincia de Madrid*.

El engaste entre geografía física y geografía humana, entre vidas y escenario, es evidente, como lo es la asociación del río Jarama con la batalla del Jarama, en una reunión afectiva y efectiva entre Historia y lugar. La huella humana sobre el espacio es insistente. Está, por ejemplo, en el detalle de que «[l]a parra, encima de la puerta, tenía las hojas con humo de los trenes» (40), o en el registro de las huellas efímeras que los bañistas producen:

«Fernando quedaba en pie, junto a Tito, y éste le rodeaba la alpargata con un palitroque, dibujando la horma en el polvo» (34). La atención a los rastros fugaces que deja el día son constantes y pueden alcanzar a lo aparentemente más anodino: «un remolino que bailó un momento, como un embudo gigante, en el marco de la puerta, y se abatió allí mismo, dejando dibujada en el polvo su espiral» (15). Están minuciosamente presentes en todas partes y pueden adherirse como inscripciones a los mismos personajes, como las «[m]acas, muescas, nudos, asperezas, huellas de vasos, se dibujaban en el fregado y refregado mostrador de madera», cuyas «vetas más resistentes al desgaste sobresalían de la madera [y] cuya superficie ondulada se quedaba grabada en los antebrazos de Mauricio. Luego él se divertía mirándose el dibujo y se rascaba con fruición sobre la piel enrojecida» (11)

Son muchas las marcas del lugar que se escriben en sus brazos, en sus cuerpos o que simplemente les rodean. Pequeños detalles que no solo hablan de la captación de lo anodino. La novela los pone de relieve y parecen entrañar una poética de la escritura, que sabe que convive con escrituras pasadas que *habitan* el lugar. Allí está uno de los jóvenes escribiendo en la corteza de un árbol: «Los troncos estaban atormentados de incisiones, y las letras más viejas ya subían cicatrizando, connaturándose en las cortezas; emes, erres, jotas, iban pasando lentamente a formar parte de los árboles mismos; tomaban el aspecto de signos naturales y se sumían en la vida vegetal. Corría el agua rojiza, naranjada, trenzando y destrenzando las hebras de corriente, como los largos músculos del río» (32). Yuxtapuesta a la continua acción del río, la escritura, *connaturándose*, habla de la legibilidad y el desvanecimiento de escrituras anteriores en el tronco de la Historia. Están allí, como las chaquetas heredadas de «Niño fuerte». *Son* la naturaleza del lugar, hecha cicatriz; otra cosa es que los bañistas estén rajando otras nuevas en los troncos o que quieran ocultar las que ellos mismos grabaron años atrás, como hace Daniel ante Mely; otra cosa es, en fin, que esos jóvenes quieran saber algo de las escrituras que les precedieron.

En *El Jarama* pesan los silencios, los sobreentendidos, las inferencias. Los muchachos pasan un domingo en el río, pero los parroquianos de la venta viven en una ritualidad casi emancipada del tiempo: son el *siempre* y el *mismo* en los que vive Lucio, el pitido de un tren por el que se conoce que son «[l]as nueve menos cuarto» (9) o la comunidad de gestos responsable de que Lucio y Mauricio, el ventero, cambien a la vez «imperceptiblemente de postura» (9). Son hábitos, formas de estar y formas de hablar en la posguerra, en un espesor de alusiones o elusiones a las que basta un pronombre o un adverbio. Por ejemplo, el pasado de preso de Lucio «allí», «[a]ntes de aquello» (28), en el «otro sitio» (74), probablemente el penal de Ocaña. Es Lucio quien escucha otro relato de

posguerra de labios del hombre de los zapatos blancos: huérfano de padre en el 35, se enrola en el 37 con diecinueve años; al volver, su madre se ha vuelto a casar, de manera que «[c]uando volví del frente, me encuentro con que la casa ya tenía otro amo» (123). Que lo viviera como una deshonra, que evitara el trato con los demás, que no aceptara vivir bajo el mismo techo explica tanto las formas de dignidad como la neurosis en la que también puede vivir un vencedor. Su sobrenombre alude al pánico a la mancha, a la conciencia vigilante en un mundo en el que cualquier tacha amenaza con arruinar los nombres igual que se ensucian unos zapatos blancos.

Su caso parece brotar de aquel drama de honor que es «Hermanos» (1953): también fue su hermana la única que salió a despedirlo para *darle la razón*; para *dar la razón* a quien, pese a engrosar el bando de la victoria, se ha marchado de Burgos porque se encontraba «a disgusto» (125). El episodio ilustra las contradicciones de un narrador hijo de vencedores que parece ir diseminando escenificaciones de su problemática filiación. Entre ellas, hay otra sutil, pero meridiana, en el hecho de que, del coro de los estudiantes, donde RSF lleva la voz cantante, provengan las notas de una armónica que toca «una marcha alemana, de cuando los nazis» (258). A Lucita la asisten los hijos de vencedores.

No, *El Jarama* no es el recuento de un día; es un día en el tronco de la historia, que lo impregna todo. No es casual que mientras el hombre de los z.b. cuenta su historia se consigne que «Lucio miraba al suelo, escarbando en el suelo con el pie» (124); tampoco lo es la fijación que produce en el hombre de los z.b. una bandada de buitres que dibuja con énfasis geométrico una de las múltiples señales que puntean la obra: «no lejos, sobre las lomas amarillas, se veía una rueda de buitres en el cielo; un cono de espirales, con el vértice bajo, indicando en la tierra un punto fijo» (53) que puede estar íntimamente conectado con el lugar que escarba la bota de Lucio. Los buitres forman una flecha que señala un lugar del pasado: evocan «los gatos y los perros que nos comimos en la guerra» (54). Si el hombre de los z.b. querría que enterrasen la carroña es, también, por los recuerdos que desata. *El Jarama* disemina esas señales convirtiendo el paisaje en síntoma de la guerra y turbación de la memoria. Lo había señalado, entre otros, Ricardo Gullón: «La Historia, la trágica historia de la guerra civil queda registrada en el título y en las alusiones remotas, deliberadamente remotas e imprecisas. Una lectura atenta de la novela captará numerosas referencias a esa gran sombra, fondo remoto de la narración. Lo disperso y fragmentado de esas referencias facilita la impregnación lenta y sucesiva del lector: precisamente por no formar un cuerpo de afirmaciones definido y coherente las recibe sin prevención, y se deja penetrar por ellas sin oponer resistencia» (1994:114).

Son un tiempo anterior que alienta fantasmalmente sobre el presente, un tiempo pasado que guarda y enmarca el día que corre, algo así como el reloj de Schneider, cuya «tapa tenía grabadas las águilas imperiales de Alemania. / -Ésta es águila bicéfala –explicaba Schneider–; con dos cabecitas. Un antigua cosa. Ahora ya muerto ese bicho, ¡pum, pum...!, cazadores, matado el pobre águila. *Getöt.* / Hizo un gesto definitivo con la mano» (292). El reloj de quien «puede ser muy bien un antiguo combatiente de la Legión Cóndor que prefirió quedarse en España plantando su huerto» (Mainer 1994:42) es vivo testimonio de ese envoltorio de tiempos y, si el gesto definitivo de la mano de Schenider sirve para Alemania, ciertamente no sirve para España, donde el águila no ha conocido a esos cazadores y está algo más que sobreimpresa. Se trata de cosas, de tiempos, que se llevan en el bolsillo, que viajan continuamente con uno y enmarcan inevitablemente la hora presente, lo mismo que el águila de piedra enmarcaba y organizaba los cuerpos de Aldecoa y Pilares en Cáceres por aquellos mismos días. No importa el correr de los años, esas cosas las lleva uno por siempre y a su pesar en el bolsillo de la escritura. A veces emergen como episodios menores, en fragmentos que delatan la persistencia de aquel fantasma. Mucho después, en un pecio, Ferlosio habrá de fantasear con viajar al pasado con una escopeta para hacer blanco en el águila imperial. Han pasado décadas, pero la escritura tiene querencia por los mismos lugares, a los que aplica los mismos patrones. El pecio se titulará «(*Homenaje a Carlos V*)» y contendrá el águila bicéfala, un cazador, un ruido de disparos («¡Pum!, ¡pum!»), y el gesto definitivo de un telón (2015b:123). Que todo transcurra entre Tordesillas y Roa indica qué hay grabado en el reloj de bolsillo de Ferlosio: el énfasis con que abomina de ese pasado distante contrasta con los modos oblicuos con que aborda la guerra civil.

He hablado de señales, pero podría haberlo hecho de indicios que ponen en marcha relaciones de contigüidad para recuperar algo ausente: la huella evoca una presencia anterior; el humo, el fuego; el cadáver de Luci en las aguas de El Jarama, los de otros que la precedieron... Tales marcas *manifiestan* la vigencia del residuo en el presente y pueden actuar como escrituras sin cicatrizar capaces de convocar lo ominoso, como le sucede al chófer del tanatorio, torturado por la idea de que el cuerpo sin vida de Luci «ha[ya] dejado alguna cosa como pegada al paño del asiento, o yo qué sé» (396). En esa huella toma cuerpo una neurosis del contagio que tiene su polo opuesto en la disposición de RSF a acompañar el cadáver o, en palabras de Riley (1976), a *sentir su roce*. La obra es dada a esos contrastes: la inmediatez del cuerpo muerto o mutilado junto al cuerpo fresco está en otros lugares, por ejemplo, en los zarzales tras lo que se cambian de muda Tito y Santos; cerca de ellos están «los restos de otro zarzal quemado, los muñones de los tallos hechos casi

carbón, en una mancha negra» (39). Y a la contemplación de los buitres sobre la carroña (que bien puede presagiar la bandada de mirones en torno al cadáver de Luci en la orilla) se yuxtapone la alusión a las «chicas de los almanaques de colores» que cuelgan en la pared de la venta indicando la fecha presente (55). En el comercio entre los vivos y los muertos quizás ningún episodio se iguale al cuadro de Mely observando el abandono de óxido y maleza en que se encuentra el cementerio. Lo contempla desde la cancela mientras de alguna radio llegan los melancólicos acordes de Siboney mezclados con los gritos de los niños que juegan en el río: «Se paraban de pronto» en *sfumato* «y caían, amortiguados, como nieve, sobre las cruces y la tierra de muertos» (173). El cuerpo joven de Mely llamará la atención de la pareja de guardiaciviles y la de un fugaz arriero que ha dejado sensualmente «un ruido fresco» de cañas a su paso.

Cuerpos y voces frescos frente al cementerio, junto al río de los muertos. Intuyo que en el fondo, y por más que desaprobe el tono autoritario con que los guardiaciviles la reprenden, el narrador tampoco aprueba la actitud de los jóvenes. En el contraste entre lo fresco y lo muerto no va solo una estampa sobre la fugacidad de los bienes, sino también la indiferencia o el olvido de los muertos que enseguida abordaré. Valga el final de la escena para preparar el terreno: Fernando cita a Bécquer «con un tonillo enfático y burlón»: «¡Qué solos se quedan los muertos!». Mely lo corta: «Nos estamos poniendo románticos [...]. Ya podíamos buscar otro sitio un poquito más alegre» (174). Lo dice riendo «al despegar sus mejillas del hierro de la verja» (174). En la minucia está el arte de *El Jarama*. ¿Habría alguna marca en sus mejillas?

### 3.3.- UNA IMAGINACIÓN SOMÁTICA

Que «[l]as cosas dejan su huella» (113), a estas alturas resulta ya —espero— redundante. A la mujer de Ocaña, que es quien lo dice, la aqueja una enfermedad que no se ve, pero que ha dejado su firma detrás de lo sensible: «las apariencias engañan, el tiempo pasa por una, como por todos los demás mortales», ya «[n]o soy aquella, no», le cuenta a Justina (113). Uno, *este*, ya no es *aquel* otro que fue, pero en la memoria y el lenguaje sigue vigente la posibilidad de que uno y otro establezcan algún tipo de trato. Aunque no tengan el menor interés en evocarla y procuren zafarse de ella, los bañistas saben que el lugar donde se encuentran tiene una *historia*. Saben (y todos los subrayados son míos) que «en la guerra [...] hubo muchos muertos *en este mismo río*», que «*ahí* más arriba, en Paracuellos del Jarama,

*allí* fue lo más gordo», que «*esto* era el frente [...] y que hubo tantos muertos». Y no pueden dejar de señalar la extrañeza del caso: «Y nosotros nos bañamos tan tranquilos», «[c]omo si nada; y a lo mejor donde te metes ha habido *ya* un cadáver», apostilla Mely (44). Que sea precisamente Luci, que no quiere que anden «sacando cosas» e «historias de muertos» (45), quien ha de morir ha sido señalado en numerosas ocasiones como una ironía trágica. Y aunque es cierto que el río se viene cobrando «tres o cuatro madrileños» «desde muchísimo antes de la guerra» (45), es razonable pensar que a partir de entonces los ahogados andan contagiados metonímicamente de aquellos cadáveres. Sospecho que en cierto modo *El Jarama* bien puede ser una *historia de muertos* pronunciándose *aquí, en este mismo río* a fin de expresar los contornos del duelo en los que se mueve la generación de Ferlosio. Aún más, tal y como la interpretaré en las páginas siguientes, constituye una intervención contra la operación de borrado que está realizando su propia generación.

De algún modo, el cadáver de Luci —en torno al cual se dibujaba «alguna raya invisible que tal vez limitaba en la arena el espacio de la muerte» (321) — es la figura en la que lo invisible o lo negado toma cuerpo, afectando de muy distinto modo a quienes se enfrentan a él. Para la mayoría, constituye un espectáculo morboso. Para RSF es *algo* que hay que tratar de rescatar, acompañar, asistir; *algo* a lo que hay que andar muy próximo, tratándolo con decoro, modélicamente; *algo* con lo que hay que mantener hasta contacto. Para el hombre de los z.b. es causa de una aprensión que le llevará al vómito. Para uno de los guardiaciviles no es más que un cuerpo inerte que puede tocarse con la puntera de la bota (322), justo como se tratará a la loba moribunda y rodeada por un corro en un cuento algo posterior, «Dientes, pólvora, febrero» (1956). El cadáver de Luci suscita efectos diversos y provoca elocuentes distancias: hay quien quiere verlo, quien tocarlo, y hay a quien *se le mete en el cuerpo* a pesar de no haber llegado a verlo.

En su artículo sobre la novela, Riley (1976) recordaba el pasaje de ese vómito — leído, a su vez, por Mainer (2005) como expresión de un asco moral— para catapultarlo a poética de la novela. Recordémoslo brevemente: al recibir la noticia del ahogamiento el hombre de los z.b. reflexiona en voz alta acerca el impacto desigual que la proximidad a los hechos narrados produce sobre la sensibilidad:

está uno leyendo todos los días cantidad de accidentes que traen los periódicos, con pelos y señales, sin inmutarse ni esto; y, en cambio, asiste uno a lo poquísimo que yo he presenciado aquí esta tarde, y casi de refilón, como quien dice, y ya se queda uno impresionado, con ese entresí metido por el cuerpo, que ya no hay quien te lo saque. Como con mal agüero, esto es, esa es la palabra: con mal agüero [...] Y por ejemplo, esta noche, ya no puedo yo cenar, mire por cuánto —concluía el hombre de los z.b.—. Se fastidió la cena (2006:367) .

Poco después vendrá el vómito. El fragmento citado lleva a Riley a la siguiente conclusión: «El estilo narrativo de Sánchez Ferlosio, su realismo objetivo, me parece directamente relacionado con este efecto y calculado para producir una especie de “entresí por el cuerpo” del lector» (1976:138-139). Riley es cauto y teme saltar por encima de cuál haya podido ser la intención del autor, pero no reprime la especulación: «Se ha querido que reaccionemos, sugiero, como espectadores compasivos de un trágico accidente que hemos presenciado inesperadamente, y no que hemos leído en los periódicos» (139). Es entonces cuando la especulación acelera: «Cuando sentimos compasión por la muerte de alguien que hemos observado sin conocerlo surge una emoción más pura que la suscitada por la muerte de alguien cercano a nosotros (ya sea ésta la intimidad de la vida real o la obtenida con medios literarios). En otras palabras: está ausente ese elemento de egoísmo presente en el sentimiento de una pérdida personal. Es hartamente humano sentir más agudamente una pérdida personal, pero esto no es lo que distingue una compasión más divina» (1976:139).

Próxima al ensayo moral sobre estética, la afirmación de Riley es parcialmente extraña a los usos de la crítica literaria tal y como hoy se practica: no es que la reflexión moral haya desaparecido, solo que no se consiente —sospecho— mostrarse tan al descubierto para aducir una «compasión más divina». No me adentraré en disquisiciones en torno a la pureza de los actos morales; sí retomaré, no obstante, la poética del *entresí* —pariente próxima del modelo metafórico del Verbo y la Carne— para llevarla a los derroteros de la Historia. Como parece sugerir Riley el hombre de los z.b. es un lector y un crítico literario que reflexiona sobre la falta de *impresión* (la indiferencia) que producen los relatos *impresos* aun recreando los hechos *con pelos y señales*. Ahora bien, sesgadamente, cabe suspender el importante apunte de Riley sobre el efecto de «los medios literarios» para, retomando las palabras del hombre de los z.b., preguntarse lo siguiente: ¿si ninguna obra impresa logrará la viva impresión que produce la cercanía de los acontecimientos, en qué lugar queda una muerte a la que nosotros, los lectores, solo asistimos por medio de lo impreso? ¿Cómo lograr que lo impreso impacte de modo igual? ¿Cómo lograr que el Verbo se infiltre *como un entresí por el cuerpo*? En enero de 1956, cuando *El Jarama* andaba en boca de todos, una entrevista para *La Vanguardia* preguntaba a su autor: «¿Qué pretende hacer Usted en literatura?». La respuesta fue: «Novelas que vayan, como tales, un poco más allá de la literatura misma» (cit. en Champeau 1995:231). ¿En qué medida la novela quiere ser algo más que una novela?



Si *El Jarama* se propuso ser una novela de pelirrojos, también quiso ser un *impreso* distinto. La prensa periódica comparece en diversos pasajes de la obra y sus páginas están siempre en contacto con algo destacable. Puede envolver unos cacahuetes (con cuyas cáscaras, se anota, en «el año cuarenta y el cuarenta y uno hacían el café» [99]) sobre los que todos se precipitan «forcejeando y disputándose la presa», en una «rapiña» (conectada con la bandada de buitres) que se salda con «el trozo de periódico hecho jirones y algunos cacahueses aplastados, revueltos con tierra» (100). Pero lo impreso suele aparecer junto a cuerpos que contrastan con los de los demás: es el contrahecho Coca-Coña quien hojea el *Abc* dominical en la venta (337); es un mendigo mutilado quien se sienta, «[a]l aire los muñones de los muslos, sobre las grandes hojas de un periódico extendido» [245]), y está también el periódico que, a falta de mantel, cubrirá la mesa donde se escribirá el atestado judicial (384), tan técnico y tan fríamente indiferente, a escasos metros del cadáver de Luci.

Es ya tópico recordar que, bajo la férula de la censura y la propaganda, la literatura se encomendó funciones que la prensa había desertado. En el contraste entre los cuerpos impresos y los cuerpos vistos —también «Niño fuerte» quiso el cuerpo frágil frente al sobreimpreso cuerpo épico— la novela se entregaba a subrayar la distancia que mediaba entre las proclamas de *ABC* y el mundo que las recibía. La literatura era el instrumento para ir un poco más allá de lo escrito. El modo truculento de esas sacudidas había comparecido ya en «De cinco a seis» (1954) a propósito de una estrella de Hollywood a la que, en el presente del relato, un accidente había arrebatado las bellas piernas que estaban causando furor en los cines, y esos revulsivos impresos estaban en la base del rechazo causado por las cabeceras del SEU. La poética novelesca de *El Jarama* trabajaba para plasmar una realidad silenciada. Lo *impreso* era un modo de hacer presente lo ausente, algo así como la proximidad y la distancia de Mely con la cara pegada a la cancela del cementerio o como adentrarse en el antes y el ahora del río para poner el cuerpo presente donde ha habido *ya* un muerto.

El hombre de los z.b. vomitará porque, como dice Lucio, es una de esas personas «que es de conformación más delicada y todo te lo acusan de golpe en un órgano del cuerpo; o sea que lo mismo se les planta en el hígado, que se les pone sobre el estómago o en cualquier otro miembro interior» (408). El suyo no es el único vómito de *El Jarama*; también Lolita, que ha bebido más de la cuenta y ha estado bailando dando vueltas sobre la mesa, vomitará no sin antes murmurar furiosa contra su madre: «Me da igual no me apuro voy descalza me importa un comino... le digo Madre pégame ya te cansarás... le digo pégame Mamita la zapatilla la he perdido bailando de juerga tú me pegas y yo vuelvo a

bailar y enseñe mis piernas cuando bailo... tú pégame y verás tú mañana y pasado y el otro tú pégame desuéllame Mamita yo bailo la zamba mañana y pasado y el otro y el otro y el otro yo salgo y me besan los chicos en el cine y me divierto sin cesar...» (317). Algo tendrá que ver la perorata con el vómito que se va abriendo paso, porque es la única ocasión en que la novela omite todo signo de puntuación, y es la única en que el lector asiste de lleno al escenario de la interioridad. Hasta la borrachera más espantosa se deja urbanizar con puntos y con comas; no suele hacerlo, en cambio, el *stream of consciousness*, pronunciamiento irreprimido donde aflora la fenomenología del yo como batiburrillo incoherente y arbitrario descubriendo una zona que se encuentra más allá de lo confesable públicamente, una región donde conviven el pecado, la infamia, la vergüenza, el horror, la rabia o el asco que preceden al vómito.

#### 3.4.- CULPA E HISTORIA

Por más que *El Jarama* obedezca al mandato de expulsar la psicología de la literatura y se ciña a la escritura de superficies, la poética del *entresí* no puede evitar apuntar a un interior elusivo donde abundan la desazón y la culpa. Me parece que un cuento escrito por aquel entonces —al que da título, por cierto, un «órgano del cuerpo» o un «miembro interior», como diría Lucio— puede franquearnos el paso a esa región inconfesable que los textos necesitan escenificar. Se titula «Y el corazón caliente» y vio la luz en el *ABC* dominical del 20 de mayo de 1956 (aunque su redacción, según Rafael Conte [1986], se habría producido en el bullicioso febrero de aquel mismo año). Antes he sugerido que el narrador censuraba el modo en que Fernando y Mely se comportaban en el cementerio junto al río. Un día, comentan, una crecida «se les lleva[rá] a todos los muertos por delante» y, por la cuenta que les trae, «mejor que se lleve a los muertos que los vivos» (173). La cosa se queda ahí, en un comentario fugaz como tantos otros, pero al narrador debió de quedársele la espina clavada porque el castigo que no les alcanzó a ellos habrá de llegarle en las páginas de *ABC* al camionero aragonés que, en mitad de los estragos que están causando las heladas, se cisca en la importancia de los daños sufridos por la cosecha de flores frente a otros cultivos. No parece ser otro el objeto de este cuento extraño: fulminar de culpa y de vergüenza al que ha mentado a los muertos en vano; «flores, para los muertos. No quiero flores —dijo—, primero son los vivos» (2015a:42).

Apenas dice más. Insiste en ello con tono chulesco, pero eso es todo. No despierta ninguna simpatía, tampoco un soterrado deseo de justicia poética y, sin embargo, la elipsis narrativa es implacable: en el párrafo inmediato a su despedida del bar nos encontramos con su camión volcado, la carga perdida y el maño cobijado en un margen de la carretera al calor de un pequeño fuego. Ensimismado, retraído, clavado en el margen; así ha de quedarse. Salvo por un par de repentes de malhumor contra quienes se detienen para ayudarlo, se encerrará en un mutismo que nadie acierta a entender. No consiente compañía. Tampoco mira a nadie a la cara. Ni logran comprenderlo ni quiere ser comprendido. «¿Qué venían a apiadarse de nadie?, como si él no lo supiera lo que tenía que purgar» (47). Ya es todo irreparable. Este no es un cuento sobre las duras condiciones de trabajo de los operarios; no habla sobre la precariedad, sobre lo fácil que es que todo se tuerza en un instante y se quede uno endeudado, sin empleo, sin una pensión, condenándose a sí mismo y a los suyos. Este es un relato sobre la culpa, y la culpa, la ofensa a la memoria de los muertos, solo puede purgarse —si es que se puede— en soledad. A partir de cierto momento el aragonés se ha convertido en un escrupuloso penitente que dicta qué es y qué no es aceptable en una situación como la suya: comer galletas, echar un trago de whisky para entrar en calor no es «corriente», sería una «equivocación» en «una situación como la suya» (47). La situación de quien se dice culpable y acepta la condena.

La noción de justicia había sido convocada por Lucio en *El Jarama* de un modo taxativo: «Al fin y al cabo, no hay más justicia que la que uno lleva dentro —se señalaba el pecho con el índice—, y hasta los que proceden desinteresadamente, date cuenta, hasta éstos, tienen siempre, aunque parezca difícil, algún motivo escondido, de la clase que sea, para inclinarse a obrar de una manera, mejor que de la otra» (170). En toda acción hay un resorte oculto, un criterio de justicia que se abre paso y debe hacerse legible. Sin duda, Ferlosio hubiese condenado sin paliativos tal criterio de lectura: la interpretación no es una operación vertical de buceo en lo invisible; solo es lícito ocuparse de aquello que se manifiesta o se hace patente en la lectura (Cf. 2015:204-231). No obstante, la lectura minuciosa, la relectura, la lectura de otros textos, ya sean del propio autor o de otros, producen itinerarios que entregan nuevas patencias y unen insospechadamente los textos. Así, el corazón del maño se religa con dos vómitos, las flores congeladas con los muertos de *El Jarama*, y en todos ellos está también RSF, personaje, narrador y autor en un juego de ligaduras que van de lo civil y lo histórico a lo ficcional.

Pese a que los decline por absurdos, los ofrecimientos que se le hacen no lo son en absoluto. Su rechazo insistente, indignado, sirve para que el lector aprecie mejor que el

personaje *se obliga* fehacientemente a algún tipo de castigo que desborda lo común. Lo absurdo está en la absoluta desproporción entre lo acontecido y su reacción porque *reconoce* y *acata* una ley que no resulta inteligible para los demás. Kafka parece estar en la sombra; no en el desnudo por comprender las fuerzas que determinan su situación, sino en el acatamiento de una ley tan arbitraria e irrecusable como en el fondo aguardada. Nada ni nadie puede salvarle. A él le ha tocado en suerte purgar una culpa y ya nadie podrá levantarlo del castigo. Ha sucedido lo que tenía que suceder:

que se marchasen, dijo, que no tenían necesidad de padecer el frío ni de purgar ninguna cosa allí con él; que lo dejasen, que él ya lo pasaría tal como a él solo le pertenecía tenerlo que pasar. [...] Estaba tiritando debajo de sus ropas, y levantaba los ojos y miraba a la señora y ya saca una voz disminuida, por favor, que siguieran su viaje, que comprendiesen que él no podía cogerle las galletas ni el whisky de su esposo, pero que igual lo agradecía; que por él no tuviesen cuidado, que helarse no se helaba; que se hielan las plantas y las flores y los árboles, todo bicho viviente, pero que el hombre no se hiela, porque si no a ver quién queda para sufrir el castigo, y para alguien tendría que estar hecho este castigo, que se fuesen tranquilos, que no le vendría esa suerte de quedarse congelado como una coliflor, porque para eso tenía la sangre caliente, no fría como los vegetales, para poder darse cuenta de las cosas y padecerlas y purgarlas y encima vivir todavía; que allí había volcado y ya nadie podía levantarlo de pasar su castigo (2015a:48)

Si no de lleno, estamos en las lindes del hado («para alguien tendría que estar hecho este castigo»). Es difícil discernir cuánto va de individual y cuánto de colectivo en la condena: *solo a él pertenece*; cierto, es *su* castigo, pero a la vez se enfunda el vestido abstracto de *el hombre* y apela a la *comprensión* en base a un código común del que los demás parecen haber ido desertando. No hay ley donde no hay generalidad y él está solo ante una generalidad difusa, incapaz de comprenderle. ¿Es una interpretación excesiva? ¿Hay en ese «a ver quién queda para sufrir el castigo», en el empeño por cumplir el castigo un reproche colectivo?

Las faltas quedan grabadas de por vida. Es una idea expresada por Lucio y suscrita por el hombre de los z.b: el estigma se lo gana uno o lo recibe por herencia, da lo mismo, en ningún caso hay modo de sacudírselo: «Cuando uno sale torcido de su casa con culpa o sin ella, torcido andará ya siempre por el mundo. Ya nada puede enderezarte. Basta que salgas con mal pie, que ya no rectificas en la vida. Si se portaron mal los tuyos o fuiste tú el que te portaste mal con ellos, eso es igual. La cosa es que lo llevas adentro y no hay quien te lo saque, por muchos años y por mucha tierra que se pongan por medio» (2006:125). Insiste: «¿Cuál es la condición de uno, sino el trato y el roce que has tenido en tu casa? Pues así como eres, arreglado a los disgustos o a los remordimientos que te lleves a rastras, así te rodarán todas las cosas en la vida. Y eso no se desmiente, ni por mucho emperrarse y

romperse los cuernos por triunfar. Lo que sacas de casa sea lo que sea, eso es lo tuyo para siempre» (125).

La casa, los apellidos van con uno por siempre auestas. Fruto de esa convicción fue un cuento primerizo que anda a caballo entre lo folclórico y la gravedad bíblica: «El caballero de la bola de oro» (1949). Lo firma a secas un nombre cualquiera, Rafael Sánchez<sup>8</sup>, y transcurre en un mundo donde hay castillos y águilas gigantes. Es probable que no merezca salir del cementerio hemerográfico donde se encuentra enterrado: una página de *La Hora* de finales de 1949. Hay, con todo, un detalle relevante que afecta a la justicia, al principio de equivalencia que la rige, y que ha de ser clave en el pensamiento de Ferlosio y en mi interpretación del papel de RSF. La cosa sucede así: al borde de la muerte, el señor del castillo lega todas sus posesiones a su primogénito, pero solo una importa: una de las bolas de oro que lucen en el balcón del castillo, la que ha recibido a lo largo de los años el peso de la mano del monarca, el padre. La clave secreta del reino, del vínculo entre padre e hijo se sustancia en esa bola dorada, una suerte de cetro con un valor más afectivo que jurídico. Una noche el primogénito sueña que un águila enorme la roba y el sueño, que dura años para el durmiente, pero escasas horas para el reloj, se convierte en una larga odisea de restitución que terminará con su propia muerte, no sin antes entonar una proclama pírrica: «¡Yo tengo la bola de oro donde mi padre ponía su mano!»

Si, como vimos, «El juego» coronaba el tesón de un padre con el premio envenenado de la muerte, aquí el primogénito alcanza la bola de oro paterna a costa de la vida de sus familiares y la suya. Pero aún me importa resaltar un último detalle del cuento. Si los paralelismos revelan la presencia de un sistema de equivalencias, «El caballero de la bola de oro» cuenta con uno impactante. Pese a lo escueto de las indicaciones temporales, el texto permite colegir que en el preciso instante en que el protagonista, Juan, mataba al águila y arrasaba a toda su progenie («rompió los huevos, abortó los aguiluchos, deshizo el nido y lo cubrió de piedras»<sup>9</sup>) se arruina también su propio reino: «ardió ese castillo y perecieron cuantos lo habitaban con todo el ganado que era mucho y los campos los llevaron las aguas y los arrasaron y es tierra baldía, cubierta de guijarros, donde no siembra nadie». La simetría es clara: se impone el principio de equivalencia que rige —y del que nace— la justicia. Lo que sigue es la errancia de años de Juan, enajenado, gritando por donde quiera que vaya que tiene la bola de oro donde su padre ponía la mano. Así sucederá hasta que muera de desfallecimiento al borde de un precipicio. La bola cae al mar, sale el

---

<sup>8</sup> Sobre esta firma quizás se ocupe un trabajo aún inédito de Pedro A. Aguilera Mellado.

<sup>9</sup> Un motivo, por cierto, que reaparecerá en el aperreamiento de la loba preñada en «Dientes, pólvora, febrero» (1956) ¿Figuración quizás de que las condenas afectan a toda la progenie?

sol y, con él, suponemos que Juan saldrá del sueño con al menos dos lecciones: 1) la fidelidad a aquello que amó el padre puede arruinar todo un reino; 2) es *justo* que uno padezca el mal que causa a los demás.

También el Juan del sueño arrastrará consigo una marca; lo mismo le sucederá a Nébride —otro heredero— aunque por distintas razones. Esas marcas imborrables serían el objeto de «La señal de Caín» (1996), un importante ensayo donde Ferlosio ha de postular que, contra lo que el pensamiento y el sentido común sancionan, en la genealogía del castigo el derecho, fundado sobre el principio de equivalencia y proporcionalidad, precedió a la moral, que se le opuso otorgando al daño infligido una magnitud inconmensurable, irresarcible:

El remordimiento brota del sentido y del conocimiento de lo absolutamente irreparable, de la clarividencia de que el sufrimiento infligido queda clavado en la eternidad. Bajo la luz de tal clarividencia, la expiación, el perdón, el arrepentimiento y la indemnización se revelan, en su pretensión de operativos morales, como intrusos heterónomos, subproductos espurios de una moral contaminada de derecho, porque se rigen por el principio de intercambio, con su mercado de transacciones, conmutaciones, reparaciones, resarcimientos y equivalencias. Si se nos ocurriese decir que el remordimiento es como la cadena perpetua que mantiene al culpable sujeto por el tobillo a la inamovible bola de hierro de la culpa, tal vez podría pasar por una imagen expresiva, pero aun en ella se estaría infiltrando el equívoco de la concepción juridizante de la moral al representarnos el remordimiento bajo figura de castigo, siendo así que no ha sido una sentencia sino la culpa misma la que ha apresado para siempre al autor con la argolla de hierro soldada a su tobillo (2017:533).

Dios dispuso que Caín, ancestro de Juan, vagase sin sosiego hasta el fin de sus días con la marca de la infamia grabada en la frente; nadie podría darle muerte porque con ello se truncaría su condena. También es ese el sino del maño: «darse cuenta de las cosas, padecerlas y purgarlas y encima vivir todavía» sin que «ya nadie p[ue]d[a] levantarlo de pasar su castigo» (2015a:48). La justicia que rige en el orden temporal no es la *justicia* a la que se acoge esta literatura, cuyo *creador* acusa maneras de teólogo. No, al camionero aragonés le cumplía escenificar una culpa ejemplar, desproporcionada, esto es, ajena a toda proporcionalidad. «Y el corazón caliente» es un apólogo de fuerte regusto kafkiano, como es kafkiano el minúsculo párrafo que cierra el relato; tres líneas que valen por la écfrasis de su dibujo más recordado: «Él rehusó, apartó el vaso de sí con el codo, y abatió la cabeza sobre el mármol, enterrando la cara entre los brazos, y se puso a llorar seguidamente» (50). Para entonces, ha sido llevado al bar de carretera donde unas horas antes —o a saber cuándo y a manos de quién— se infligió el daño.

### 3.5.- LA CANCELACIÓN DEL PASADO

El suelo de estos cuentos es el suelo de la posguerra europea, que se ha «iniciado en la lectura de un Kafka teólogo de la gracia y de la culpa, del arrepentimiento y de la expiación» (Calvo Carilla 2016). En ese suelo yace el cadáver de Luci, rodeado de mirones, y en él está el maño, que pide «que se agachasen sobre otro para curiosear» (2015a:47). Lo dice cuando ya se le van acabando los medios para mantener viva la hoguera con la que combate el frío, cuando el «aire glacial» lo tiene «tiritando sobre la mancha de su lumbre apagada» (48). Pues bien: propongo leer la recurrencia de esos cuerpos caídos junto al residuo o indiferentemente próximos a él como cifras de la situación de un hijo culpable de la victoria en un horizonte histórico donde la percepción de los muertos —nadie *comprende* al maño— se está suspendiendo o residualizando entre quienes no hicieron la guerra. «¿Quién queda para sufrir el castigo?» pregunta (y se pregunta) el penitente. Quienes han ido desertando del castigo son jóvenes quizás próximos a Aniano, representante en *El Jarama* de una promoción de «veintitrés o veinticuatro años» (2006:78) que hace de su titulación y su reciente cargo en la administración un instrumento de distinción social, y cuya suficiencia tanto enoja a alguien marcado por la guerra, Lucio, que lo despacha como un «niño. Un chaval ignorante y atrevido. Eso pasa. Ni más ni menos» (76). Son chavales que tienen la misma edad que Rafael Soriano Fernández y los estudiantes de medicina del San Carlos que lo acompañan, los que han estado tocado la marcha alemana junto al río.

¿Estaban dispuestos a sufrir el castigo? ¿Cuál era la vivencia del pasado para aquellos veinteañeros? Mientras se escribía *El Jarama* (cuya redacción se fecha en Madrid del 10 de octubre de 1954 al 20 de marzo de 1955), Gonzalo Sáenz de Buruaga publicaba el 25 de enero de 1955 en *Alcalá* una pieza que conoció cierta resonancia. A la explicitud de manifiesto del título, «Juventud española», se unía la enunciación de una inquieta y omnipresente primera persona del plural: «Nosotros», lamentaba, «ni siquiera hemos tenido, como nuestros hermanos anteriores, no ya experiencias directas, sino ni siquiera recuerdos, ni el acontecer de la proximidad» (cit. en Gracia 1994:141). Indirecta, mediata, su experiencia histórica había sido capturada por «mitos, inmensos mitos, que se nos han ido desinflando» (141). Algunos se estaban haciendo cargo del pasado como podían en las afueras del mito, pero muchos habían optado por relegarlo o cancelarlo, por «desarraigarse fieramente del pasado y exponerse a la intemperie sin raíz alguna». La «extrema consecuencia» de ello «en muchos de nuestros jóvenes» era que «esta conciencia o inconsciencia histórica [...] ha prendido efectiva fobia, antipatía y hasta desprecio del

pasado inminente... muchos jóvenes se han empachado de historia y prescindien de ella como algo inútil. A fuerza de cómo y de qué insistieron sobre ellos, se ha conseguido que tomasen el pasado, incluso el más chorreante, como algo lejanísimo, prehistórico, desvinculado de su hoy concreto» (141). «[M]ás que unirse en el pasado», dimensión del trauma, estricto asunto de sus padres, «prefieren hacerlo en una labor de hoy de futuro» apegados no a un ideal heroico sino a «la paz callada, concreta, trivial, burocrática» (141). Son los mimbres de un (autista o adánico) corte histórico que sentará las bases de un contrato social entre las élites, que no quieren pagar hipotecas morales. Poco después, en aquella primavera de 1957 en la que Sánchez Mazas ratificaba no arrepentirse ni olvidarse, vería la luz de mano de Esteban Pinilla de las Heras un manifiesto de título explícito: «Testimonio de las generaciones ajenas a la guerra civil», escrito en nombre de quienes no han «podido tener la menor participación en la estructura social que se ha impuesto al país después de la inútil matanza fratricida» (cit. en Gracia 1994:185).

La sintonía en las palabras y las tesis atestiguan la compactación que estaba fraguándose en las élites. Tanto Sáenz de Buruaga como Pinilla de las Heras insisten en la quiebra del ensueño mitológico de la victoria y, aunque no siempre lo confiesen abiertamente, ambos parecen postular que el despertar del ensueño coincide con el establecimiento de un «orden jerárquico de valores» que les cumple gestionar (Pinilla de las Heras en Gracia 1994:185). Valores e instituciones, dicen, deberían ir de la mano, lo que vale tanto como decir que la superestructura debería ser suya. La genérica burocracia mencionada por Sáenz de Buruaga se concreta en la pluma de Pinilla: son las instituciones, los cargos públicos, las leyes, la prensa, los sindicatos... El nuevo *orden jerárquico de valores* sitúa en la cúspide un muy vago (y cursivo) «*derecho a la verdad*» que resume la urgencia social de reformar el país. Pero no todo era vaguedad. La apelación a las instituciones y a la jerarquía denota una visión acusadamente ordenancista, pero responden a convicciones morales: los principales males del país provienen de la desigualdad entre clases, que «desarraiga [al grueso de la población] de los valores de la comunidad nacional y le empuja a crear espontáneamente sus formas de vida» (Pinilla de las Heras en Gracia 1994:188).

Creación espontánea de formas de vida venían siendo el alfabeto y los pájaros de *Aljambú*, también los partos de *Revista Española*. Unos y otros habían nacido y muerto en las afueras como testimonio de que «el desarraigo del hombre supone una diferida sentencia de muerte sobre las instituciones» (Pinilla de las Heras en Gracia 1994:190). Se hace difícil precisar si en ello iba una amenaza o la enésima prevención terminal del aspirante al mando de la plaza. No buscan la intemperie del Estado —*Revista Española* había explorado ese



territorio sin fortuna—, sino salvar al Estado del desastre; para eso se postulaban, para enderezar la situación antes de que, auguraban, saltaran las costuras. La soflama bronca de los cuarenta había ido quedando atrás; el tono lo daba ahora la insolencia educada de los pretendientes: la primera promoción de niños de la posguerra con título universitario, una generación de estatistas que rehuye el contacto con el mundo de sus padres y que aspira a una *silla* tan idealista como «concreta, trivial, burocrática» (Sáenz de Buruaga en Gracia 1994:141).

Bien sabe Pinilla que es improbable que ese pueblo desentendido de la política vaya a constituirse por sí solo en fuerza política. Esa función —lo abordaré en el siguiente capítulo— corresponde a los nuevos cuadros, pero también la pretenden quienes han ido ganando posiciones en la sombra en una continua labor de zapa. No solo los hijos de la victoria estaban residualizando la guerra o arrojándola a la prehistoria. La misma estrategia se empezaba a implementar del otro lado de la frontera y desde las infraestructuras del Régimen que el PCE había ido parasitando. Un excombatiente en la batalla de El Jarama y militante comunista, Jesús Izcaray, reseña la novela de Ferlosio en 1957. Pese a ser un superviviente de aquellos cadáveres, sostiene que en los jóvenes bañistas no hay «cruel o cínico menosprecio» hacia los muertos, en ellos se plasma, ante todo, «una juventud defraudada, más y más colérica ante el horrible contraste de la magnitud del drama [...], y de lo que tras ella han dado a España los que la desataron» (Izcaray 1957). *El Jarama* sería «una forma de decir, a través de la mordaza, que aquellos muertos no debieron morir».

Es una reseña emotiva: Izcaray engarza su memoria personal de derrotado con la crítica del libro y encuentra en *El Jarama*, con «un íntimo gozo humano y español», un enclave para la reconciliación entre bandos y generaciones. A Izcaray —«yo[,] que estuve en la liza del Jarama, del lado de acá»— la novela le ha llevado a «comprobar» que Ferlosio, «un hombre [...] que se rige por meridiano tan distinto al mío y que entonces tenía diez años, piens[a] —como pienso yo— que la actual hora de España es otra y que urge borrar de una vez el rastro de las trincheras». «La novela de Sánchez Ferlosio», concluye, «es el Jarama dieciocho años después o la continuación de la vida...». Es un texto perfecto para detectar los cambios por los que atraviesa tanto esa *hora de España* que la reseña convierte en subtítulo oficioso de la novela como las operaciones de lectura que se están llevando a cabo. Aparecida en la belga *Nuestras Ideas*, un órgano del PCE, la contribución de Izcaray, con su subrayado de los dieciocho años transcurridos desde la guerra, su «gozo humano y español» y su escenificación de un acuerdo con el hijo de un vencedor, está poco menos que repitiendo punto por punto las consignas que el Partido Comunista ha puesto en

circulación en junio de 1956 en un comunicado de largo alcance: «Por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español».

Allí están el abandono del guerracivilismo, el entierro del odio en pos de una etapa constructiva, el PCE como garante de la soberanía nacional, la *unión* y la convivencia entre españoles y la disposición del Partido a favorecer una salida de la dictadura mediante la confluencia de fuerzas de todo signo ideológico. Casi es inevitable evocar cómo unos años después, cuando en Munich se negociase una salida al Régimen entre la fuerzas de la oposición, se pondría buen cuidado en no mandar tarjeta de invitación al PCE. No está de más tenerlo presente para apreciar la continua disonancia —que las primeras elecciones democráticas habrán de extremar— entre el aparente peso intelectual, cultural y ciudadano del Partido Comunista y su plasmación institucional. En cualquier caso, el PCE que se promete la pronta salida de la dictadura redibuja con tiento su perfil. Lo mismo que el pasado, las proclamas ideológicas quedan cautelosamente postergadas en un llamamiento a la concordia, a la remoción de aquellos obstáculos que impiden el diálogo y la construcción de instituciones democráticas, a atajar la insolvencia de un sistema legal arbitrario o a la necesaria salida del aislamiento político y económico, pero también a escorar el país hacia la órbita socialista en plena Guerra Fría. A grandes rasgos, es este ya el PCE que diseña o amplifica los discursos de reconciliación que van a sustentar el relato de la salida de la dictadura.

Salta a la vista que Izcaray no habla solo en calidad de excombatiente, sino de portavoz de las consignas del partido, y la novela más popular de la joven literatura es, qué duda cabe, un lugar estratégico para difundirlas. Suele decirse que toda lectura es una reescritura, y me parece que la de Izcaray se permite demasiadas cosas para ajustar la hora de *El Jarama* al reloj del Partido. No comparto, por ejemplo, que de la novela pueda desprenderse que «urge borrar de una vez el rastro de las trincheras». Creo más bien lo contrario: que en mitad del acto de borrado y superación por el que se desliza su generación, a la novela le interesa preservar la legibilidad del pasado. La novela es el estricto reverso del borrado; no aborta el pasado, lo enfatiza para rendir tributo a los muertos. Ahí radica la importancia de la deixis en *El Jarama*. Además de en muchos diálogos, los deícticos son también ostensibles de manera un tanto chirriante en ciertas descripciones: «*Aquí* en lo oscuro, sentían correr el río por la piel de los cuerpos [...]» (306) «*Desde aquí* descubrían la caída del dique a la parte de abajo» (88); «*Aquí* en los árboles vio dos niños desnudos, barrigones, con sombreritos de tela blanca; más abajo vio a Mely, en el sol» (72-73). Ese *aquí* es un fruto extraño en el jardín del estilo indirecto libre, donde es más

frecuente encontrarse locativos que suelen asociarse a la segunda y la tercera persona (*ahí, allí, allá*), sobre todo cuando el narrador se acoge a la tercera persona para sustraerse, cuando menos físicamente, de la escena. Y digo *físicamente* porque el adverbio *aquí* produce la impronta de la voz enunciativa en el texto, la corporiza. Si el adverbio es un juego de coordenadas, *aquí* indica justo-el-lugar-donde-está-el-hablante. El chirrido se debe a que no solo nos desplazamos al lugar, sino a que sorprendemos a la voz narrativa invadiéndolo. El narrador se inmiscuye en el eje de coordenadas del personaje y parece confundirse con ellos. Ve por sus ojos y siente en sus cuerpos. Ambos, el narrador y sus criaturas están, literalmente, pasando un domingo junto al río.

Todo ello forma parte de la poética del *entresí* destacada por Riley que me gustaría desarrollar ahora mostrando su necesidad moral y afectiva. Hay razones para expresarlo tan pomposamente. Se encuentran en la reseña que en 1954 Ferlosio dedica a *Los bravos* en *El Correo Literario*. De ella le subyuga cómo desde el arranque «tan inmediatamente, toda la máquina emotiva [...] se ha puesto en marcha dentro de nosotros»; cómo «[u]n hecho cotidiano, contado con la mayor sencillez, una mano herida en la poda, ha sido capaz de introducirse, casi agresivamente en el terreno de nuestra emoción» (1954:49). *Los bravos* es un agente invasivo, y el episodio con el que lo ilustra es un paño gracias al cual se «nos ha hecho viva y doliente esa mano ensangrentada». El detalle de la «simple materialidad del paño húmedo» desata el compadecimiento debido a la «fidelidad con que se cuentan las cosas presenciadas con la atención minuciosa de alguien que ha entregado al episodio todo su *afectuoso interés, que se ha salido por entero de su propia persona, para acudir silenciosa y humildemente a lo que ocurre delante de sus ojos*» (el subrayado es mío). Solo así ha sido posible «hacernos sentir su viva y tangible realidad», «conmovernos».

En esta imaginación simpatética está la clara huella que han dejado en Ferlosio las prácticas ignacianas de su infancia. Al redactar *Las semanas del jardín* recordaría cómo

la hermosa expresión castellana «composición de lugar» —que con motivo de aquellas peregrinas prácticas tuve ocasión de oír por vez primera, de tal suerte que siempre las connota en mi memoria— no se aplicaba en sentido meramente topológico o topográfico, sino que se extendía a un completo y pregnante «hacerse cargo de la situación» y de manera empírica y egocéntrica: era uno mismo el que tenía que verse sumergido en las calderas de Pedro Botero, uno mismo el que tenía que sentir contra sus carnes la implacable amenaza del tridente al solo pensamiento de echarse apenas a sobrenadar en el eterno magma de la pez fundida. Muy semejante a ésta es la composición de lugar por medio de la cual realizamos empíricamente los textos narrativos y a cuyo mecanismo psicológico han dado los alemanes el nombre de *Einfihlung* o ‘proyección simpatética’ (2015:113)

El texto sigue estableciendo la principal diferencia entre ambas proyecciones: la composición de lugar funciona en base a la «identificación absoluta y exclusiva con uno solo de los personajes», mientras que la narración «exige, para su comprensión, mantener una cierta ubicuidad» (2015:113). Sin embargo, ambas se fundan en la creación de un minucioso teatro imaginario que nos íntima y al que hay que conferir el máximo de realidad. En la novela de Fernández Santos destacan «todas las menudencias tangibles que están presentes en los episodios de la novela dibujan[do] asimismo el contorno de los hechos y de los personajes y [que] traen su presencia viva a la emoción del lector» (1954:49). Tangibilidad, contorno, presencia viva... La minuciosidad documental es imprescindible para que el creador, el lector y el penitente puedan incorporar e incorporarse al mundo imaginado. Porque el tipo de *impreso* que se busca es el que entrega «una presencia física y corporal que hace que también nuestros sentidos, la vista, el oído, el tacto, estén trabajando en la lectura» (1954:49). He aquí adónde refluieron los textos revulsivos, hirientes con los que fantaseaban los lectores de *Alférez*, *Alcalá*, *La Hora*: «la tangibilidad [...] esto es importante; esto hace que la novela salte agresivamente fuera de sus páginas e invada el terreno del lector» (1954:49). La obra ha de «introducirse en la vida del lector», para que «sig[a] [...] actuando en el lector aun después de terminado y olvidado el trance de la lectura» (1954:49). Lo mismo que ha de sucederle al cazador de «Dientes, pólvora, febrero» tras haber hecho blanco en la loba; todos le auguran una noche en blanco «reconstruyendo el episodio y recreándote con él». Hasta el hambre se le pasará. Será «[l]o mismo que si anduviera enamorado. Igual» (2015a:28)

Al igual que en la composición de lugar, el mundo de la novela rodea a quien la compone y le lleva a participar activamente. Quizá en el zambullirse de RSF en las aguas del Jarama se cifra el cénit de participación de un creador que, aun manteniendo la mencionada ubicuidad, necesita inscribirse de forma fehaciente en su teatro. Después de todo, desplazar el «espectro corporal» al lugar de la ficción para «realiza[r] el encuentro entre el cuerpo imaginante y el cuerpo imaginado» es «el fundamento de la *composición de lugar* propiamente narrativa» (S. Ferlosio 2015:110). Darío Villanueva dijo que Luci «acaba siendo un cadáver real en el agua del río en el que la aprensión de sus compañeros teme encontrar cadáveres irreales de una batalla acaecida varios lustros antes» (1973:138). Volver a poner un muerto en el Jarama y tratar de salvarlo: sospecho que esa es una de las necesidades secretas de la novela. Según habré de mostrar, sin ser la única, el afán de poner el propio cuerpo en el pasado es una de las claves de lectura que guían mi interpretación de

ciertos rasgos y tramos de la obra de Ferlosio. Viajar al pasado es el expediente al que recurre para compadecer a las víctimas de una culpa heredada.

Las cosas estaban cambiando muy deprisa. Mutaba económica y demográficamente la sociedad y consecuentemente lo hacía el Régimen. Desde su exilio suizo Miguel Sánchez-Mazas firmaba en junio de 1959 un breve informe para la revista *Combate* donde criticaba duramente el tacticismo de los Estados Unidos, la OTAN y el Vaticano respecto a la dictadura. Se titula *España encadenada* e imputa todos los males a un solo nombre: Franco, convertido en figura individualizada más que en cabeza de un nutrido cuerpo social. Quizás el espejismo se explique por la inestable correlación de fuerzas dentro del régimen, quizás por el culto personalista a su figura o por la esperanza que han ido suscitando las huelgas obreras, o puede que el espejismo viniera de pensar que la ruptura de tantos había de extenderse como la pólvora. El caso es que parece no dar gran importancia al apoyo social del que goza un régimen que ya cuenta con casi veinte años de vida, que está empezando a desenvolverse eficazmente en lo económico y que va apuntándose tantos internacionales como el pleno ingreso de 1955 en la ONU. No importa, hace un par de años que Miguel Sánchez-Mazas está convencido de que «[n]o hay piezas de recambio posibles» (1957:11) y hasta fantasea con un fusilamiento militar del propio Franco (20). El mal es el “Caudillo”, siempre invocado entre comillas, siempre en entredicho, como quien solo aceptara pronunciar el título del soberano a condición de minarlo. Frente a él, *España encadenada* ofrece con nombres y apellidos numerosos presos políticos, el recuento de fusilados, las represalias, las torturas, la arbitrariedad judicial, los quemados con gasolina y abundante documentación judicial; todo y todos desmintiendo la supuesta reconciliación que ha pretendido simbolizarse el 1 de abril de 1959 con la inauguración del Valle de los Caídos.

1959 es una fecha clave en la alianza entre supervivencia y traición que recorre *El Jarama*. El desarrollismo había empezado la imparable modernización del país y el Régimen celebraba sus fastos con una gran necrópolis espejada en el Escorial como gran *revival* de la España imperial. Hay algo trágico, irónicamente devastador, en la lectura de unas líneas de 1957 en las que el propio Miguel había usado Cuelgamuros como metáfora del final de la dictadura: «Porque las dictaduras preparan —y ellas mismas lo anuncian con descaro— un pavoroso vacío ante sí —un temible Valle de los Caídos, extendido al territorio entero— al cual van a caer, para ser enterrados en él, muchos de sus protagonistas y muchos también de los que pretenden sucederles como herederos, hasta que el valle se ha rellenado de cadáveres. Las dictaduras tienen el privilegio de seguir haciendo víctimas hasta después de muertas» (1957:10).

Hoy sabemos que la necrópolis se alimentó de cuerpos y despojos tomados de fosas comunes, hurtando los lugares de duelo y memoria de los derrotados para edificar una megalómana memoria oficial. La humedad ha hecho que muchos de ellos se fundieran con la propia estructura del monumento. Muchos años después, ya a finales de agosto 1983, aparecerá en *El País* una pieza de Ferlosio que entrega muchas claves de estos años. Habla de la zozobra perpetua de quien no se pudo despedir de sus muertos, de la importancia del rito, que «ilustra, pauta, delimita, ubica a la conciencia; pone marcas virtuales a lo inapresible, pone puertas al campo de lo imponderable; lindes, hitos, umbrales, que son índices localizadores, orientadores, relacionadores, que esbozan un horizonte en cada trance, porque lo primero que la conciencia necesita es saber por dónde anda, dónde está» (2016b:28). Habla, en el contexto de la promulgación de la autoamnistía de la Junta Militar, de los cuerpos sin enterrar en Argentina. Habla, sin decirlo, de una España repleta de cuerpos abandonados en fosas y cunetas y con una ley de amnistía aprobada desde el 15 de octubre de 1977. Habla del «efecto de una reparación, como la no por tardía menos suficiente reanudación de un cabo suelto que el sentimiento no acababa de aceptar sin inquietud que quedase por atar» (26). Acumula ejemplos, pero todos paran en lo mismo: el muerto del que no hemos podido despedirnos ritualmente vaga incierto entre «el mundo de los vivos» y «el mundo de los muertos» (28). Convendrá citar por extenso el cierre del artículo porque allí se manifiesta el trauma hasta unos extremos más rotundos de cuanto yo haya podido lograr dar a entender, y porque se dibujan las dimensiones temporales que conviven en un domingo en *El Jarama*, en la obstinación neurótica de un camionero maño, en la señal de Caín:

Por todo esto es por lo que, ante las noticias de un proyecto de *autoamnistía*, tiene uno la impresión de que los militares de la Junta argentina no han llegado a entender todo el alcance de lo que han perpetrado contra su país, no han comprendido aún la enormidad de la profanación que [...] constituye la acción para la que hoy pretenden arrogarse la merced del olvido. No advierten que lo actuado rebasa cualquier límite de cuanto pueda ser cuestión de venganza o de justicia, de expiación, de arrepentimiento o de perdón. Nada en el mundo cubrirá la herida de unas muertes que no han sido marcadas y refrendadas como muertes, que no han sido sensiblemente acreditadas para la conciencia de los que sobreviven, que no tienen siquiera fecha ni lugar. La muerte argentina —la desaparición— no ha producido muertos, sino sombras —sombras perpetuas en medio de la vida, y no imágenes nítidas en la memoria—, porque no ha permitido señalar y proteger debidamente el límite, dejando tan sólo niebla e incertidumbre (y no me refiero aquí a la incertidumbre en el sentido físico de si habrán muerto o no) entre los que se fueron y los que se han quedado. Y si no está bien claro y protegido el límite, el Allá permanece en el Acá, y, por reflejo, el Acá se adentra a su vez en el Allá; así, la muerte argentina no ha producido muertos y dejado vivos, sino que de los que no han vuelto a ser vistos ha hecho *medio-vivos*, y, por reflejo, de los que no han vuelto a verlos ha hecho *medio-muertos*. Ha dejado la vida y la muerte entremezcladas,

confundidos los vivos con los muertos. Y por mucho que se pudiese averiguar, por mucho que se exhumase y comprobase, el límite no puede ya ser reconstruido. El rito tiene su forma y su ocasión, y cuantos datos hoy, tan a deshora, pudiesen aportarse no serían ya más que huecas abstracciones totalmente inservibles para aquello que solamente el rito podría haber ofrecido: la comprensión y convicción cordial de la muerte de sus muertos en la conciencia de los que sobreviven.

Tal es el irreparable golpe descargado en el alma del país, y con el que la Junta Militar ha perpetrado el extremo imaginable de inhumanidad y de barbarie; una barbarie que habrá que estimar tanto más profunda, desde el punto de vista subjetivo de los propios fautores, por cuanto no aparentan siquiera adivinar su peso. Porque la maldición que probablemente nunca hayan proferido de una manera explícita y consciente los miembros de la Junta, pero que sí han cumplido de hecho por su mano contra decenas de millares de argentinos —y me refiero a los que sobreviven, a las madres y familiares de los muertos—, no es ni más ni menos que ésta: «¡Que te maten a aquellos que más quieres y que no sepas ni cómo, ni dónde, ni cuándo, ni puedas despedirlos ni enterrarlos!» (2016b:30)

Lo escribía en 1983 como podría haberlo escrito tres décadas atrás. Vivos y muertos, el Acá y el Allá estaban mezclados mientras se escribía *El Jarama* y avanzaban los preparativos para el festejo de los XX Años de Paz en 1959. Aquel año había de conocer un último hito al Régimen: en vísperas de la Navidad Eisenhower pasaba fugazmente por España y se abrazaba efusivamente con Franco. Los cadáveres no cesaban, pero la guerra estaba cada vez más lejos. Miguel Sánchez-Mazas estaba en el exilio, Rafael Sánchez Mazas en el Ritz retocando tal vez algún viejo y nostálgico escrito, Rafael Sánchez Ferlosio a la sombra de la culpa y de *El Jarama*.

#### 4.- «EL GROTESCO PAPELÓN DEL LITERATO». LA FORJA DEL ENSAYISTA.

Ellos lo habían convenido así y ahora no se diría sino que fingen creer que se deriva de una causa ajena [...] Metido en ritos, preferiría con mucho la atroz melancolía de conmemorar el nacimiento del niño redentor, desesperado símbolo de toda utopía humana. Pero el rito de anteanoche, del tiempo como fecha, mero tiempo huero, tal vez sea justamente un exorcismo contra el acontecer: para que no pase nada, para que sólo pase el tiempo (2015b:66)

##### 4.1.- AL SON DEL RELEVO

Entonces el Jarama empezó a ser algo más que el río donde habían muerto tantos y llegó lo embarazoso: la sobreexposición, la fama, la obra convertida en hito, el nombre en boca de todos y el marbete inevitable de *compañero de viaje*. Lo que sigue es casi legendario: poco después el creador renegaría ostentosamente de su criatura y la rumorología empezaría a barajar teorías acerca de su silencio. La más chistosa la cuenta el propio Ferlosio en *La forja de un plumífero* y lo pinta escribiendo la gramática del PCE (2017:567), porque estaba claro que el desembarco del Partido estaba a la vuelta de la esquina y había que ir poniendo el encofrado para el nuevo lenguaje. Quién sabe si el bulo no se cocinaría en su entorno; quizás en alguna de las reuniones que su cuñado, Javier Pradera, organiza en su propio piso o en el de Martín Gaité y Ferlosio en Doctor Esquerdo, donde la discusión lingüística y la política van de la mano. Tal vez el disparate saliera de alguna de las tertulias que evocaría Jorge Semprún años después en una vengativa apostasía comunista largamente tramada: allí están entre vinos y jerga semiótica, Pradera, Ferlosio y el apóstata improvisando «como solíais hacerlo juntos antaño, algún desvarío o excursión teorizante y jocoso por los vericuetos del lenguaje del partido, de la jerga ritualizada y jerarquizada, esotérica y operativa, que constituye el lenguaje comunista» (1990:25). Aquellas parodias lingüísticas remiten a un Ferlosio enfrascado en la teoría del lenguaje junto a un exquisito círculo de extravagantes, pero no quiero adentrarme por esa senda sin antes intentar reconstruir el proceso que desemboca en el repudio de *El Jarama*.

A la altura de 1956, lo que había empezado a gestarse en *Revista Española* se estaba concretando en una red intelectual con una incipiente infraestructura política que se promete el pronto relevo del régimen, que —insisten una y otra vez— acusa claros síntomas de desplome inminente. Era cuestión de tiempo: el PCE venía agitando el fantasma de una Huelga Nacional Pacífica que habría de paralizar el país entero. Ni siquiera eran cosas del Partido; el cambio se vislumbra también desde otros ámbitos. A Miguel



Sánchez-Mazas no le cabe la menor duda de que «España se acerca en estos meses, paso a paso, a una de las periódicas crisis de su atormentada historia. A una de esas crisis inevitables, fatales», a saber, «una tiranía de veinte años se acaba» (1957:9). Era 1957, escribía en un órgano financiado por la CIA —*Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*— e invocaba la amplitud de «todas las fuerzas democráticas españolas, de derecha e izquierda» de la clandestinidad «aliándose en torno a principios comunes, que hagan posible la convivencia en libertad, única salida positiva después de una experiencia dolorosa para todos —salvo unos pocos privilegiados— y que no deja nada de sólido tras de sí, en ningún orden de la vida nacional» (9-10).

Si los años cuarenta alentaron el designio de crear una cultura para el nuevo Estado, en la segunda mitad de los cincuenta se impuso el de formar una comunidad de oposición al Régimen. Bien mirado, aquella poética de lo *impreso* de *El Jarama*, con su empeño por saltar de las páginas e intervenir sobre el lector, es una variante de la toma de conciencia que la literatura debía propagar entre los lectores que, transformados por *sympathesis* con los personajes, devendrían de tipos pasivos en individuos politizados. Pocas veces quiso la literatura tan a las claras articular una ciudadanía. Todo estaba en el ambiente y también cargaba el de la noche del 6 de enero en que se festejaba en el Café Varela, si no al gramático del Partido, sí, en cierto modo, a su sobrevenido novelista. Entre un rumor de risas, copas y conspiraciones se pide a la joven gran promesa de la literatura antifranquista que ejerza de tal diciendo unas palabras desde su nueva y flamante *silla*. Había llegado la hora de los ideólogos. Esta vez parecía definitiva: al fin algo estaba a punto de nacer.

Pero ¿por qué se concedía tanto peso a *El Jarama*? En más de una ocasión Ferlosio ha dicho que la novela es un invento de Castellet. No le falta razón, pero es evidente que exagera. El impacto inmediato de la novela lo garantizaba la concesión del premio Nadal en 1955, el más cotizado hasta que Carlos Barral cree el Biblioteca Breve. No obstante, y por más que aparejara un público potencialmente numeroso, inmejorables condiciones de distribución y abundantes recensiones y entrevistas en la prensa —lo que no era poco, claro—, nada de ello garantizaba el éxito duradero de la novela. Nadie podía prever que *El Jarama* iba a convertirse en inventora de una tendencia generacional. Y es que se quintaesenció en *la* novela del realismo social. Parte de la importancia de *El Jarama* estriba en ello: haber ocupado una posición de prestigio para una poética generacional. Conviene no desestimar que en el banquete se estuviese celebrando un desembarco. 1956 era, a ojos de Barry Jordan (1990), el año en que la novela social adquiría «distinctive identity as a class», y señalaba que el éxito de *El Jarama* había sido decisivo para que la corriente gozase

de cierto «degree of comercial viability and critical backing» (1990:25). Convertida en arquetipo, la obra estaba siendo decisiva para crear escuela. Ya había dicho Medardo Fraile que *El Jarama* era «el colmo de una fórmula» (1973:140) y, como tal, le persiguió la automatización: en fecha tan tardía como 1969, Salvador Clotas notaba con cierto hartazgo que «[e]l estilo y la técnica de Sánchez Ferlosio se convierte en una rígida poética que encuentra por doquier seguidores y propagandistas mientras el autor guarda profundo silencio que todavía persiste» (cit. en Villanueva 1973:28).

El principal responsable de que la obra concudiese al premio, Vázquez Zamora, vaticinaba que «[u]n día tendrán que ir todos ustedes a pasar un día a orillas del Jarama, como homenaje a la novela que abrió la brecha e indujo, por lo menos a una *inmensa minoría*, a prestar una gran atención a una nueva forma española de novela» (cit. en Villanueva 1973:151). Así lo harán, de hecho, los personajes de la que tal vez sea la gran fiesta de despedida de aquel ciclo, *El gran momento de Mary Tribune* (1972), cuando evoquen desde los estertores de su juventud cómo después de que uno de ellos leyera «el libro de Ferlosio» fueron «en peregrinación al Jarama» para pasar el domingo allí donde «se desarrollaba la acción de la novela» (2009:195). Y aunque entonces no hubo ahogamiento, sí hubo un vomito de anís en el río de madrugada y una lectura devota de «las primeras páginas de *El Jarama* a la luz de la luna» (195). Es parte de la gran broma amarga y melancólica que es la novela de García Hortelano, como lo es que «el dueño del chiringuito» (195) sea un tal Barral. Quizás lo único que no sea broma sea el recuerdo nostálgico de las boqueadas de la noche como «[e]l más bello amanecer de toda nuestra vida» (233), porque esta es una novela de homenajes, cuya escritura, sostenida a lo largo de ocho años, narra las frustraciones, autoengaños e ilusiones perdidas de la juventud (ya también perdida) de los cincuenta. La taberna de Mauricio es ahora «un bar sofisticado, en una cueva natural» (197). También allí había llegado el «milagro» económico, dice Bert, víctima de una juventud alargada como farsa. Había pasado la hora de *El Jarama*. Había pasado la hora del cambio.

El derrotismo y la elegía llegarían después, cuando la *inmensa minoría* abandonase la urgencia con que fue emborronando papeles y conspirando en charlas, jornadas, reuniones... Antes de que ese fuera el saldo, *El Jarama* tuvo mucho de enclave afectivo y frente de batalla cultural para una promoción que venía disputando la soberanía de las conciencias y haciendo de los ámbitos profesionales focos de agitación. Se estaba vindicando una mayoría de edad que daría el tono de los años sesenta. Pinilla de las Heras había urgido a «preparar al ciudadano para la democracia política que abarque a toda la

nación» (cit. en Gracia 1994:192). A ello se emplearon: se trata de casar el área espiritual con el área territorial, como habría dicho Sánchez Mazas. Se trataba de forjar una nueva hegemonía. Es más que probable que un esbozo de su manifiesto se hubiera ensayado poco antes en las jornadas que organiza Manuel Sacristán en 1955 en el Instituto de Estudios Hispánicos. Llevaban un título elocuente, *Panorama del porvenir*, y se anunciaban de forma reveladora —y aparatosa— como la mirada de «hombres intelectualmente jóvenes [...] nacidos no antes de 1914» (cit. en Bonet 2001:129). Allí participan, con Sacristán y Pinilla de las Heras, Julián Marías, Ramón Vidal Teixidor, Manuel Ribas Piera, Gabriel Ferrater, José Casanovas, Lorenzo Gomis, Fabián Estapé y Miguel Sánchez-Mazas. Sus contribuciones habrían compuesto el volumen con el que tenía previsto estrenar su colección editorial *Laye*, de no haberlo impedido Sánchez-Bella desde el Instituto de Cultura Hispánica (Marsal 1979:241). Allí estuvo también José María Castellet, ya convertido, pese a su juventud, en uno de los críticos literarios de mayor predicamento de la nueva literatura. Se había ganado el título a base de artículos compilados en sus *Notas sobre literatura española contemporánea* (1955), aunque pronto fue, sobre todo, el autor de *La hora del lector* (1957), cuyo anticipo se leyó en aquellas jornadas y se convirtió al instante en lectura obligada de cualquier escritor *moderno*. Puede que fuera exacto el subtítulo efectista con que la obra circuló por la Italia de Einaudi: *Il manifesto letterario della giovane generazione spagnola*.

Entre las novelas con las que Castellet ilustraba las técnicas de una literatura puesta al día estaba *El Jarama*. Con todo, no quiero seguir la pista de la recepción crítica de la novela ni abordar el papel que Castellet pudo tener en su consagración. No ahondaré, pues, en el disgusto de Ferlosio por la mitificación de la obra ni en cómo en adelante haría lo posible por alejarse de los mecanismos de consagración que lo posicionaron en el centro del campo literario. El desapego por la moderna institución literaria y su consiguiente querencia por modelos literarios premodernos serán cruciales cuando trace su genealogía electiva en el próximo capítulo. Lo que ahora ha de ocuparme son los proyectos de reforma cultural que la élite antifranquista lleva a cabo entre mediados de los cincuenta y principios de los setenta, cuando fue cobrando cuerpo cierta reveladora noción de racionalidad. En 1957 —año en que empieza este itinerario— Castellet encabeza su ensayo con un exergo de calculada ambigüedad espigado de Dámaso Alonso: «Cada época tiene su *razón* estética, aunque unas épocas no entiendan la razón de otras». Eso mismo era *La hora del lector*, el pronunciamiento de una época y de sus *razones*. Las que aquí he de perseguir son las que

vinieron *después de El Jarama*, cuando pareció ir mutando la noción de *literatura* y, consecuentemente, su posición en el campo cultural.

En buena medida esas transformaciones, entre las que se cuenta la eclosión del ensayo y cierto desdén por la ficción, eran corolarios de la función que la época asignaba a la literatura, tan orientada a espolear la reforma y la forja de un sujeto político. Si la literatura siempre arrastró la fama morbosa de precipitar desvíos, los de estos años fueron eminentemente ideológicos. Obras como *La hora del lector* deben su ascendiente mucho menos a la perspicacia de sus ideas que a su representatividad histórica. Ni siquiera estoy convencido de que su éxito se justificara por poner al alcance de los lectores las consignas sartreanas (la mayoría de ellos debían ser «habituales lectores de *Les Temps Modernes* y adictos a su adoctrinamiento mensual», como habría de recordar Barral [cit. en Bonet 2001:155]) o las ideas de Claude-Edmonde Magny, como suele señalarse. Sin duda, su labor divulgadora tuvo que ser bienvenida, pero atribuyo su fortuna más bien a la manera en la que supo hacer que cierta razón estética coincidiera exactamente con el perímetro que cierta *hora* quiso dar a *la razón*. Se disponía cuál era la vía literaria correcta y se esbozaba un programa de futuro en el que la literatura se encontraba profundamente concernida por aspiraciones políticas. Al fin y al cabo, Castellet persigue la creación de una figura que hasta el momento ha sido poco menos que receptor pasivo; un colectivo de rostro difuso, mencionado, conjurado o cultivado por la literatura, pero nunca —proclama— catapultado a protagonista del circuito comunicativo.

Es elocuente la simple frase en la que Castellet afirma haber escrito el libro con el pretexto de «intentar ayudarle [al lector] a tomar conciencia en la literatura de nuestro tiempo» (2001:15). Cada palabra está medida: *ayudarle* no es la labor de un divulgador al uso; *tomar conciencia* apenas si remite a la formación del gusto; el extraño uso de la preposición *en* convierte la literatura en uno entre otros lugares posibles, tampoco *nuestro tiempo* es un simple sinónimo del presente, sino una corriente de complicidad y protagonismo histórico. *En* la literatura puede iniciarse una emancipación que empiece ejercitándose en los libros y siga fuera de ellos, con un lector que ha devenido sujeto político interviniendo en la construcción de sentido de la obra que sujeta entre las manos.

Este fue un libro importante. Contiene ideas clave para comprender las coordenadas por las que se rigen los intelectuales en un tramo largo. A lo largo del capítulo nos asomaremos a terrenos que desbordan los límites de la institución literaria, pero las apreciaciones de Castellet seguirán siendo vigentes. Primero, conviene, no obstante, que nos preguntemos quiénes pudieron ser los lectores de *La hora de lector*. ¿Coincidían los

lectores invocados por el texto con quienes efectivamente lo leyeron? Me temo que no, que sus lectores efectivos pertenecían al mismo espectro sociológico del autor; lectores, escritores ya avezados y hasta convencidos de antemano de aquello que el libro propugnaba. Ese exiguo sector sociocultural será el nicho de todos estos proyectos. Con el tiempo se ampliará porque también lo hará la densidad poblacional de las clases medias, pero su espectro seguirá siendo el mismo. Nada de esto desluzca el libro de Castellet; al contrario, ayuda a precisar su alcance, y sin él no se entiende su voluntarioso optimismo.

A lomos del prestigio de ciertas obras, nuestras descripciones de los procesos culturales tienden a olvidar que operan con materiales que apenas existieron en la conciencia colectiva que invocan. Les concedemos un impacto que rara vez tuvieron. Esa conciencia tiende a caer en el espejismo de disfrazar a un sector muy concreto en representante de aspiraciones colectivas; en buena medida porque coincidimos o nos identificamos con la preeminencia que ocupa o creemos que debería ocupar. Lo que raramente olvidamos es que estos manifiestos se recortan contra la representación de una masa iletrada; un *otro* al que se da figura y del que penden las aspiraciones y fracasos de libros como el de Castellet. Escribe para un lector que ya existe, pero anhela otro que aún no existe ni parece que haya de llegar a existir: contra todo su voluntarismo, el caso español no consentía hacerse grandes ilusiones. Al par que Castellet sacaba su libro, Miguel Sánchez-Mazas ponía sobre la mesa los datos que lo ponen en perspectiva. Comparte con él el deseo de fomentar «un futuro sentido de la ciudadanía» (1957:19), pero señala que el país cuenta «cuatro millones de analfabetos mayores de diez años» y que el «consumo [...] medio de papel impreso no [es] sólo [que] no haya aumentado, como en todos los países cultos, a partir del año 1935 (República), sino que incluso ha retrocedido (0,8 kilos por habitante en el período 1946-1951, 0,9 en 1952, frente a 1,2 kilos en 1935, según datos del *Statistical Yearbook* de las Naciones Unidas)» (19) ¿Y los vecinos «cultos»? En 1952, los 0,9 kilos españoles son 14,5 en el Reino Unido; 10,4 en Suiza; 17,1 en Suecia; 7,0 en Francia; 6,8 en Holanda; 10,8 en Dinamarca; 8,8 en Bélgica y Luxemburgo; 4,7 en Alemania; 2,5 en Italia (1957:20). Mal podía ser aquella la hora de los lectores. Fue la de soñarlos.

*Il manifesto letterario della giovane generazione spagnola* forma parte de los muchos actos constituyentes de la década y muestra la intimidad de una literatura volcada a instaurar un nuevo contrato social. Resulta evidente que el advenimiento de esa *hora*, así como de los *panoramas del porvenir*, se asentaba en una indeclarada concepción marxista de la historia. A su modo, y por emplear su esquema, Castellet es el escritor surgido de un imparable proceso evolutivo que ha ido dejando atrás a ese viejo narrador «absolutista y autoritario»

que pinta como un dios todopoderoso (2001:19). Su perfil es el del escritor burgués que narra la inexorable y lenta agonía de la clase burguesa. Todo está allí pautado por una lógica ineludible: las diferentes técnicas narrativas son jalones en un camino conducente a «la, en cierto modo, ascética vía de su autoeliminación como autores o, mejor, como narradores de las páginas de sus libros» (2001:30).

Para un pensamiento que refleja el análisis de los medios de producción en los procedimientos retóricos, cualquier desajuste se hace sospechoso de reaccionarismo. Solo la narración objetiva sería «literatura auténtica —y entiendo por auténtica», precisaba, «aquella que se obliga a permanecer fiel a su época—» (29). Esa fidelidad implicaba ascesis y deber: un sacrificio del privilegio de clase a fin de catalizar la llegada de una «nueva etapa», «más constructiva y pacífica» que se «anuncia» en la «nueva técnica» literaria (32). Las contradicciones de la élite intelectual, escindida entre la realidad y el deseo, lo constituyente y lo constituido, saltan a la vista y son las mismas que aquejaron a una parte del marxismo, por un lado convencido de la consumación necesaria e ineludible de la sociedad sin clases y, por otro, empeñado en propiciar su llegada. ¿Cuánto era espera y cuánto creación de la esperanza? Porque el caso es que, contra lo que dice Castellet, la literatura no debía ser fiel a su época; al contrario, debía serle profundamente infiel poniendo la mirada en «el futuro donde el horizonte se hace subjuntivo» (69). Un tiempo aún no sido debía tironear del presente hasta suplantarlo.

Buena parte de aquella producción se explica desde el compás de espera de un *porvenir* omnipresente y vago que, como contó Martín Gaité (1994), comparecía a propósito de los asuntos más diversos. Para el grueso de la población la palabra plasmaba la espera de tiempos menos menesterosos. También para estos jóvenes, claro, aunque en el *porvenir* cifraban, además, algo más ambicioso: la emergencia de un nuevo ciclo histórico. La evolución de la narrativa atestiguaba que al «autor-dios» había sucedido el «autor-hombre», pero los cambios no se producían sin más. Bien sabe Castellet que en el autor «existe un principio activo que no existe en el lector» (2001:43); de ahí que le corresponda, como a Prometeo, instruirlo en los misterios del fuego. En un país en el que al pueblo «se le ha dejado deliberadamente desarmado: sin preparación política ni ciudadana, sin jefes representativos, sin cuadros sindicales» (1957:9), decía entonces Sánchez-Mazas, los «jóvenes burgueses» son sublevados dioses benéficos que sacrifican sus privilegios para engendrar hombres/ciudadanos. Algunos habían escogido «libremente [...] la persecución a la infamia» (9). Prometeos, dioses sublevados, también apóstoles, toda vez que «[n]egarse a esa revelación es la mayor irresponsabilidad en que puede incurrir el autor. Éste debe

pensar siempre en el posible lector que le necesita, que precisa de su revelación porque dentro de sus posibilidades no está la de revelar, sino la de asumir la revelación como tarea o ejercicio del cual, a su vez, no podrá inhibirse sin incurrir también en irresponsabilidad» (Castellet 2001:43). Aquel era un contrato vinculante con ramalazos puntuales de dirigismo: «Hay algo que se ha hecho para él y que el lector debe aceptar con pleno conocimiento de lo que le exige esa aceptación. Negarse a ello será esterilizar lo que generosamente se le ha ofrecido» (43).

No habían nacido los Cristos de las chabolas, así que ya era hora de forjarlos. La sombra de Pigmalión se iría alargando en la década siguiente. Juan Marsé bromeó en numerosas ocasiones acerca de la excitación que su aura de escritor obrero causó entre los hijos de la burguesía catalana de la victoria: le consiguieron una beca en Francia, lo ilustraron y lo promocionaron para que fuera el novelista de la nueva hora. ¿No era el obrero el personaje clave de tantos textos? Este parecía cumplir el ciclo castelletiano mudando de lector en autor y, poco después, al escribir *Últimas tardes con Teresa* (1966) habría de burlarse amistosamente de aquellos *señoritos de mierda...* Nada se transfiere sin residuo. Castellet emplea un lenguaje modelado por un elitismo antielitista imbuido de retórica cristiana. Se expresa con la voz «cargada de amor y buenas razones» de quienes «intentan cumplir una misión social responsable, escriben» (2001:62). Está convencido de que la literatura «es hoy, más que nunca, entraña viva de sus creadores, escritor y lector» (73). Aunque ese paternalismo estructural asome en ciertos tramos, no sería justo —no sin matices— enfundarle el vestido del déspota ilustrado porque la tesis es clara: la culminación del proceso radica en que el lector se haga autor de sus días. *La hora del lector* es un libro mucho más afín a los movimientos de emancipación colonial de cuanto a simple vista pudiera parecer. La situación de su autor es incómoda, burguesamente culposa, apunta a un lector que aún no existe, pero teme las condescendencias pedagógicas que puedan rondarlo. Él mismo señala que en algunos escritores hay «un cierto paternalismo comparable al que siguen sintiendo algunas naciones por sus colonias, aun después de haber conseguido éstas su independencia» (59). También Ferlosio, como veremos, habrá de referirse a algo parecido. ¿Pudieron espejarse las condiciones culturales y políticas de dos décadas de dictadura en términos paracoloniales? Bajo este ángulo, ¿no sería lícito pensar los manifiestos de estos años como reflejo de una élite dirigente de técnicos, gestores, empresarios, editores, intelectuales que preparan los puestos y la gestión del relevo?

Quisiera pensar estos proyectos como manifestaciones de un cuadro político emergente embarcado en una balbuceante tecnocracia del relevo. Si la literatura ha de

producir al lector-ciudadano, sus condiciones de circulación dibujan una trama de agentes y medios de producción entre los que se encuentran el escritor como abastecedor, el editor como posibilitador, el crítico como favorecedor y los premios como escaparate y medio de difusión. Los debates en torno a la preeminencia de la forma sobre el contenido, al hecho literario entendido como técnica de conocimiento o como espacio comunicativo hablan de las polarizaciones en las que se gesta esa nueva esfera letrada, cuyas tensiones bien pueden tener su base sociológica en diferentes ideas acerca del lector-ciudadano con el que operan. Castellet trata de cabalgar conciliadoramente entre ambos polos: entre el paternalismo que acerca los textos a los lectores y la obstinación que exige su esfuerzo.

Por estos años el lector es aún cocreador; poco después será catapultado a verdadero creador del texto. Esta fue una de las utopías políticas del textualismo, término que se sacudía la presencia *autoritaria* que gravaba los términos *libro*, *obra*; el *texto* era el nombre de esa expropiación. No era esta aún la situación, sino un estadio intermedio que se corresponde con la necesidad de que los autores acompañen los pasos de esos lectores inexpertos. El autor se esfuerza «en trabajar humilde y pacientemente, como un obrero cualquiera, con su misma forzada resignación y con la única esperanza de encontrar un lector de buena voluntad que quiera completar su labor» (2001:48). Esta era la *nueva hora*: «la hora del equilibrio entre dos hombres que se descubren iguales en una tarea común» (51). La desaparición del autor quiso ser un estar no estando; acompañar y al tiempo retirarse cediendo espacio para que el conjeturado obrero se ejercitara y ejerciera lo que era estricto privilegio de unos pocos políglotas leídos y viajados. En ese estar y no estar se cifraba un dirigismo ambiguo de signo democratizante preparador de una ciudadanía del porvenir. La lectura, no los libros, era un laboratorio de participación ciudadana. No se trataba únicamente de subir el nivel cultural del país sino de ensayar cierta autonomía, cierta corresponsabilización en un medio político que limitaba a sus súbditos al acatamiento. Primero se minaría la autoridad textual, después vendría la política. Desde entonces hasta finales de los setenta, ese fue el principal cometido de una trama empresarial e intelectual que se infiltraba en las casas bajo accesibles colecciones de bolsillo alentando la revuelta de un sujeto histórico al que había que llevar a la toma de conciencia.

Las contradicciones eran manifiestas: el intelectual ayudaba y acompaña al lector procurando «allanar los obstáculos que separan a ambos creadores» (2001:73). ¿Cuál era la autonomía de ese lector? Castellet se veía continuamente obligado a matizar su exposición. Asumía, por ejemplo, que el trabajo formal era inexcusable, pero a renglón seguido establecía la necesidad de un tribunal que dirimiese lo aceptable de lo reprochable. La



fiscalización era prioritaria: «una de las misiones más importantes de la crítica literaria contemporánea estribará en señalar la inautenticidad formal de las obras que, bajo pretexto de modernismo y de “estar al día”, han sido escritas con una falsa intención “oscurecedora”, para mostrar preocupaciones técnicas que, en realidad, no son comprendidas ni vividas auténticamente como tales» (2001:61). Y es que esa oscuridad inauténtica erigía una barrera impenetrable para los lectores, lo cual los niega como creadores y, a la postre, empequeñece la «figura moral» del autor (61). Poco después, en 1960, alguien muy próximo a Castellet, Manuel Sacristán, convocaba tribunales y responsabilidad moral al presentar la colección Zetein con una admonición sobre el trabajo intelectual: «para estar a la altura de los tiempos, debe hacerse con consciencia de que sus resultados se destinan a la humanidad entera, de que el tribunal ante el cual se responde ahora de la actividad intelectual no es ya la ilustrada y reducida sociedad que va perdiendo poco a poco el milenario monopolio del espíritu» (en Gracia 1994:195). El lema socrático de aquella colección significaba *junto con vosotros*.

Autores y lectores debían dar curso a «un mundo nuevo y distinto» (Castellet 2001:50), pero la evidencia de que aquello eran poco más que buenas intenciones asoma aquí y allá: «en la literatura, como en los otros órdenes de la actividad humana», confiesa Castellet, «la realidad no responde aún a los buenos deseos de la teoría» (53). En el *aún* iba la extrema fragilidad de los sueños de una época: de esfumarse, la realidad y la teoría tomarían caminos opuestos dejando los «buenos deseos» en el memorial de frustraciones y en la lenta autodestrucción por la que pasaron muchos miembros de aquella generación; *El gran momento de Mary Tribune* fue su retrato. Los niños de la guerra iban a vivir su segunda gran decepción: ni habrían visto el mundo nuevo del fascismo ni el rápido fin de la dictadura. Demasiadas cosas penden de un *aún* y hasta el propio libro de Castellet contempla la inviabilidad de su proyecto: «el problema central de nuestro tiempo», la «absurda paradoja» del libro (65) reside en que, justo cuando el lector emerge con un potencial inusitado, «la literatura se va quedando progresivamente sin lectores» (69).

#### 4.2.- UN NUEVO RUMBO

Ferlosio comparte muchas de aquellas aspiraciones, aunque aborrece los grupos de fiscales que se las han apropiado. Se trataba de los perniciosos efectos, ya contemplados por Castellet, de la «creación dirigida», la que exige del escritor que escriba «obedeciendo a dictados que no sean los de su más insobornable conciencia individual y social» (Castellet

2001:76). Años después, Ferlosio lo llamará «la censura de las actitudes antifranquistas» (en Sorela 1986). Allí se va cerniendo la sombra del grotesco papelón del escritor de la causa. No es que entonces el novelista del momento abandone la narrativa: sabemos que contemporáneas de *El Jarama* son varias novelas que permanecen entre las míticas montañas de su obra inédita. Lo que conocemos en forma de cuento, «Dientes, polvora, febrero» (1956), era el arranque de la quizá abortada *Los encinares*, pero parece que sí llegó a culminar cuando menos dos: *Escopeta negra* y otra de título hoy rigurosamente *camp*, *El fontanero* (Villanueva 1973:53; J. Benito Fernández 2017:178). No abandonó la novela, pero —lo veremos en el próximo capítulo— se embarcó en la repulsa de la figura del novelista tal como la había configurado la moderna institución literaria a mediados del siglo XIX. Fruto en parte del solapamiento del literato y el intelectual, lo que sucedió fue que, bajo la égida del genérico *escritura* —término entonces fetiche—, se fue recomponiendo el conjunto de casilleros y facetas del escritor. Contra lo que a primera vista pudiera parecer, la frustración de *La hora del lector* ante la pérdida progresiva de lectores anunciaba la búsqueda de géneros tal vez más eficaces para encontrar a un lector civil.

Algo de ello aparece en las declaraciones de Ferlosio a Mario Herrero para *La Hora* en 1957 (en Lázaro 2019:53-59). La entrevista fue de las que desconciertan: «el escritor más joven [al] que, hoy por hoy, se le puede llamar escritor» asegura que a él le inquieta más la teoría del lenguaje que la literatura que, «[p]uede desaparecer, creo. El predominio de la ciencia será cada vez mayor. Los tiempos cambian» (53). Herrero se llevó un varapalo tras otro: «[P:]¿Qué es la novela? [R:] No es lícito definir» (54); «[P:]¿Es algo importante la novela española? [R:] No es algo importante, porque tampoco lo es la europea, ni siquiera la universal» (55). No hay, de hecho, una nueva novela, sino una zona de *impasse*: «Probablemente se ha agotado el modo de ver de los novelistas del siglo XIX. Ahora existe una pervivencia de la novela del siglo XIX que no tiene la fuerza ni la misma razón de ser, y por otro lado no existe nada sólido que sustituya a eso» (55). Prima la «desorientación», lo social describe la actitud moral del autor, pero *stricto sensu* no constituye ningún género, añade. Lo más jugoso llega entonces, cuando en un «ramalazo impensado», en una «contestación desacostumbrada», a la sugerencia de hablar sobre «escritores españoles» responde con figuras remotas:

Llevo mucho tiempo queriendo defender a Juan de Mena por encima de los Garcilasos y los Boscanes, fray Luises y Góngoras, protestando de que no se haya puesto en su entendimiento adecuado la petulancia culta de don Juan de Mena que en él, por la grandeza de su obra, no es sino riqueza. Don Juan de Mena introduce el lenguaje culto en una época en que el idioma se podía beneficiar de ello y de hecho se benefició.

En tiempos de Góngora la retórica y la petulancia no tenían ya sentido, y sin embargo, a éste, que las usa para historias más vanas, se le perdonan y se le consideran como una riqueza (57-58).

O eran manías personales o aquellos se le antojaban tiempos que podían beneficiarse de ciertos tecnólogos del idioma. Cuando todo dictaba que la soberanía textual acompañaba a la política, Ferlosio iba a introducir tres gestos simultáneos que definirían su obra futura y cuyo desarrollo seguirá ocupándome en el próximo capítulo: el cultivo de una sintaxis pautaada sobre modelos altamente tecnificados, su inscripción en una genealogía premoderna, y el estudio y el canto de la infancia como enclave donde se juega la posibilidad de exorcizar el mundo heredado. Me parece que ahí se encuentran algunas claves fundamentales para leer políticamente el rumbo de Ferlosio. Sigue vigente el viejo empeño de crear un nuevo alfabeto. De allí viene el coqueteo con los *fundadores* del idioma, de la conciencia de estar viviendo una situación excepcional, constituyente, necesitada de una profunda reforma expresiva. En la misma entrevista, al ser preguntado por qué personaje histórico admira, responde: «Últimamente he leído una biografía de Copérnico y esta es la simpatía histórica que tengo más presente» (58).

La fascinación por los grandes inventores e ingenieros fue constante y venía de atrás, pero también venían de atrás otras cosas que conviene poner a su lado: con ser exacta, la faceta tecnificada no es exclusiva. Junto a ella pervive, desde los días de *Alfanbuí*, el apego emotivo por el lenguaje popular, médula de su imaginario comunitario hecho de aldea, gente humilde y acaso intrahistoria. No se entiende una parte de *El Jarama* sin la dignificación de lo coloquial ni se entiende el gusto etnográfico y sentimental de imitar voces y usar giros rurales que da el tono de «Dientes pólvora y febrero» (arranque de la que debía haber sido su tercera novela). Fue Aranguren (1976), al sostener que *El Jarama* era *misreading* de *La vida nueva de Pedrito Andía*, quien lo expresó con mayor precisión: aquello que en el padre «era conciencia de ser antiguo y mensaje ideológico de vuelta a la tradición, es aquí [en *El Jarama*] inmediato ser, estar y vivir en lo que, aún quitado todo resto de mayúscula, resultaría pomposo denominar tradición, porque no es, conscientemente, sino pisar sobre la tierra, y no sobre asfalto, vivir junto al río, y no hacer domingueras excursiones para divertirse en él» (1976:246). No me extrañaría que al escribirlo tuviera a mano el retrato con que el *ABC* acompañaba la noticia de la concesión del Nadal: «R. Sánchez Ferlosio es cazador, solitario, enemigo de toda ostentación. Suele pasar grandes temporadas en el campo, observando los pájaros, estudiando la vegetación, rodeado de campesinos. Es también un gran aficionado al árbol» (cit. en Villanueva 1973:37).

El Ferlosio de estos años habla de su trabajo en términos muy próximos al Castellet que encarece, contra una imagen paternalista del lector, la importancia de una vanguardia literaria que se mantenga fiel a sí misma pese a la «repulsa» que pueda generar en lectores sumidos en «la inercia, el inmovilismo, el automatismo». «Contra esa inercia mental han tenido que luchar todos los innovadores y todos los revolucionarios que en el mundo han sido» (2001:55) y Ferlosio se cuenta entre ellos. La preocupación por el «porvenir» de la literatura como «hecho social» (Castellet 2001:66) comparece en términos muy similares en la carta que en 1965 envía al propio Castellet —entonces director de Península— saliendo por valedor de *Enseñar y aprender*, el mecanuscrito que Víctor Sánchez de Zavala está tratando de publicar sin fortuna a causa, entre otras cosas, de la «repulsa» que suscita lo enrevesado de su estilo. El libro había «surgido de una iniciativa hispanofrancesa casi explícitamente “contestataria” en que participaban Aranguren, Bourdieu, Touraine y otros» (Piera 1997:81). Y surgía, asimismo, en un año especialmente movido. Aquel mismo 1965, quien ponía el epílogo del libro, Aranguren, era suspendido de su cátedra por su participación en los movimientos de protesta estudiantil. En ambas cosas —protesta y expulsión— le acompaña, entre otros, Agustín García Calvo. Uno y otro dan cuenta de una incipiente alianza intergeneracional que pronto ha de sustanciarse en la emblemática adopción de vestimentas mucho más próximas a las de los jóvenes con quienes comparten aulas y asambleas que a las de sus colegas de departamento. Tanto García Calvo desde las aulas —y después los cafés del barrio latino— como Aranguren —vuelto *hippie* de California y en busca de sincretismos entre el catolicismo y lo demonizado (protestantismo, marxismo)— son testimonio de que la invención de estilos de los sesenta tuvo mucho de cancelación biográfica y hasta cronológica.

*Estilo* era una vez más la palabra clave, la que explica la principal inquietud que sostuvo los años posteriores a *El Jarama*. Aunque la carta de Ferlosio se ocupe del trabajo de su admirado Sánchez de Zavala, los recelos en torno a la forma expresiva empleada le obligan a «tomar el asunto “como cosa mía”» (1965:7). También él hacía unos años que andaba tras una técnica que se le resistía:

Yo, que llevo ocho años peleando con mis cada día más voluminosos papeles, sin conseguir acercarme [...] a un estilo expositivo mínimamente viable, no puedo por menos de considerar [...] este problema como uno de los más serios que, en las circunstancias actuales, pueden plantearse en la vida intelectual, a lo menos en lo que a la española se refiere, y respetar, por lo tanto, de todo corazón, cualesquiera esfuerzos —por insuficiente e hirsuto que llegue a ser su resultado— encaminados a romper con las arcaicas inercias verbales, en busca de un estilo cuya complejidad y sutileza estén a la altura de las difíciles cosas que es preciso decir (1965:8).

Aun cuando hubiera de incurrir en el fracaso más estrepitoso, ese empeño era «para mí mucho más valios[o] y respetable, desde el punto de vista del porvenir de la cultura, que cualesquiera otras páginas de más agraciado aspecto y más agradecida lectura». Son términos que ya habían comparecido en Castellet: la inercia, el porvenir de la cultura, la tarea por hacer, la escritura como técnica, el elogio del pionero son la música de cierta *bora* de la razón. Pero la sintaxis de Ferlosio es muy distinta a la de Castellet, e inevitablemente ha de serlo el lector que imagina. Podía tener afecto hacia la gente sencilla, pero no es la que escoge como destinataria de una escritura excesiva, experimental en la que dice estar preparando el porvenir.

La tesis de que la cultura española no esperó a la muerte de Franco para sacudírselo de encima tuvo en Juan Benet a uno de sus principales valedores y es un buen recordatorio de que los ciclos culturales no tienen por qué ajustarse a los institucionales. Solo con mucha cautela puede sostenerse que entonces se ingresaba «en un prematuro y precoz posfranquismo» que estaba sentando «bastantes premisas establecidas» para después de «un 20 de noviembre de grata memoria» (Benet 1981:29). Entre esas premisas estaba el creciente peso que su propia generación estaba adquiriendo. Lo que sin duda atestiguan estos textos es el creciente peso que desde finales de los cincuenta había ido tomado el diseño de comunidades. Las últimas esperanzas de reformar el régimen se habían consumido. No había cambiado la incertidumbre sobre en qué pudiera consistir ese porvenir, pero en los sesenta la incertidumbre reveló una faceta más productiva que trágica. En eso consistía la imaginación del estilo con la que trabajaba Ferlosio. También aquí la escritura remitía a la tarea común de avanzar con el lector en una dirección incierta por no trazada, por no inventada. No era la cultura el depósito de saberes transmitibles, sino su reconfiguración. Lo primero le cumplía a la reproducción del sistema, a la repetición de sus carriles; lo segundo a ensayar movimientos inesperados, pero irreversibles:

[S]i, como ocurre en realidad, la significación no es el punto de llegada, sino el viaje mismo, o sea, el irreversible movimiento de la mente hacia las cosas (un movimiento, en cuanto tal, es siempre irreversible; solamente un camino —es decir, la objetivación de un movimiento— puede ser reversible), entonces no es posible poner a otros sujetos en relación con ellas más que haciéndose acompañar consubjetivamente en el mismo movimiento centrífugo —lo que, a la postre, no quiere decir sino que todo proceso intelectual ha de ser, por esencia, actividad; no puede ser pasiva recepción (2015:24).

El porvenir está en la ruptura, en el movimiento hacia lo incierto que los años sesenta cultivan cómplices con el tanteo, lo inconcluso, lo experimental. La complicidad lo es con un proceso de fuga hacia un lugar que no se ansía definir: «el estilo buscado», le

cuenta Ferlosio a Castellet, «no se puede inventar sino ensayando y errando con libros que, aparte de llevar a los lectores a la conciencia de su necesidad y propagar entre ellos el acicate de su búsqueda, vayan venciendo los prejuicios e inercias de un oído anquilosado en los carriles de lo inmediatamente comprensible» (1965:8). Lo único que se sabe de ese estilo es que conduce afuera de «lo inmediatamente comprensible», a un lugar inaccesible a «los lectores de sentido común», presos de la «inercia» y el «prejuicio», sustentadores de la *doxa*, que los convierte en una sociedad de «vasallos» (11). El prolijo y complicado estilo que se busca se opone a la «sumarísima brutalidad que semejante sociedad proyecta y se promete seguir proyectando sobre sí misma y sus propios componentes» (11). Era el viejo sueño del constructor de alfabetos, pero acaso nunca hasta ahora se había expresado con tal contundencia su repulsa contra el *statu quo* y sus mecanismos de reproducción.

Sus términos no disonaban de la poética adorniana, a quien viene leyendo desde mediados de los cincuenta en versiones italianas (Gallego 2019). Su concepción de la escritura anda próxima a aquella *moral del estilo* que se obstina —orgullosa, honesta y olímpica, desdeñosa de las críticas— en la precisión puntillosa frente a la gratificante irresponsabilidad de la «segura inteligibilidad» (Adorno 2006:105). No ha de alcanzarle su hermetismo aunque han de alcanzarle muchas cosas, entre ellas, un afán de precisión que exige guardarse de palabras e ideas demasiado trabajadas por el «discurso común», demasiado sospechosas de estar sirviendo ignorantes a algún señor en la sombra.

Parece indudable que a mediados de los sesenta se va buscando otro tipo de enunciación y otro tipo de lector. Los debates en torno al estatuto de lo literario, así como a su valor epistemológico, se agudizan. Algo después, cuando la hora del lector no coincidía ya con la del bien o mal llamado realismo social, José Ángel Valente daba a la luz una importante compilación de ensayos escritos entre 1955 y 1970, *Las palabras de la tribu* (1971). Poco convencido de «la definición del lenguaje como “un medio de comunicación”» (1965:11), quizás Ferlosio hubiese visto con menos reservas la de la poesía como «antes que cualquier otra cosa, un medio de conocimiento de la realidad» (Valente 2008:39). No sé si hubiese suscrito que a la fecha «[p]oesía y ciencia se encuentran de nuevo como dos grandes sistemas de símbolos que operan de modo complementario sobre la realidad» (40). Tampoco les mueven los mismos fines: Valente se ha de embarcar en la búsqueda de la esencia de lo poético; Ferlosio, en cambio (pese a que su actitud moral se asiente en la lírica de lo percedero), imbuje su prosa de actitudes genuinamente científicas. No: la complicidad estaba en que ambos concebían la escritura como técnica de desvelamiento.

La insistencia en el tanteo hacia lo incierto reflejaba una situación histórica que se compadecía con la defensa de ciertos espacios no mediados por la ideología imperante. ¿Qué delataba el interés de Valente por la mística si no el culto y cultivo de pautas, comportamientos, experiencias que escapan de esos influjos? No extraña que también él tuviese sus fricciones con una literatura volcada a la tesis política. Aquellas constricciones las evocó Ferlosio en estos términos: «Así, el llamado *compromiso*, propugnado por algunos incluso como un imperativo moral, resultaba la más radical claudicación y capitidismisión de los sujetos, la parálisis crítica y experiencial, obstrucción o bloqueo del pensamiento y de conciencia, o, más aún, prohibición de la conciencia misma, mandato de silencio y, en una palabra, literalmente delegación de toda determinación moral en el arbitrio soberano de los estados mayores respectivos» (2016b:194)

El estilo ensayado tenía por primer mandato no incurrir en el refrendo del repertorio de movimientos y argumentos que anulan la experiencia. De su trato con él se esperaba el derribo de lo conocido. Ciertos libros, ciertos estilos eran en última instancia interrupciones, suspensiones de lo dado; ciertas ideas acerca de la literatura era la afirmación de un espacio de soberanía. Así, Valente ve en el poema —por el que entiende «toda forma esencial de creación por el lenguaje» (2008:59)— un proceso de gestación gracias al cual acaba adviniendo una realidad autónoma, orgánica e unitaria: «el poema como estructura donde esos elementos coexisten en fluida dependencia, corrigiéndose y ajustándose para formar un tipo de unidad superior» (46). Un todo —lo que tal vez alarmaría a Ferlosio— que determina las partes y cuya presencia se manifiesta al culminar el proceso. No hay poema donde la idea está ya dada de antemano.

La lírica venía discutiendo estas cuestiones desde principios de los cincuenta: en la primavera de 1953 Carlos Barral mostraba en *Laye* su enojo ante «una serie de fantasmas teóricos: el mensaje, la comunicación, la asequibilidad a la mayoría, temas de nuestro tiempo que cortan la vocación creativa» (en Bonet 1988:149). En discrepancia con la *Teoría de la expresión poética* (1952) de Bousño, no creía que la poesía consistiera en «*la transmisión puramente verbal de una compleja realidad anímica previamente conocida por el espíritu como formando un todo, una síntesis*» (en Bonet 1988:149), ya que el lenguaje poético no consistía en la transmisión de contenido preexistente, «sino más bien en el resultado de la confluencia de la vida interior del poeta con la posibilidad infinita del idioma, obrada por la voluntad de crear» y «formando una estructura totalmente inédita» (151).

Las implicaciones políticas saltan a la vista. La poesía *crea* un espacio de experiencias que «no existe[n] más que en el poema y no fuera de él» (Valente 2008:45). Claro que ese

modelo no podía aplicarse sin más al proyecto de Ferlosio, donde toda suerte de experiencias y discursos externos fungían de incitadores. Lo distintivo fue que en mitad de las metáforas especiales urdiera una para el estilo que está ensayando: «se trata fundamentalmente de lo que podría llamarse “construir la frase y el período en tres dimensiones”, como ya la gramática oral nos permite construir sus partes; es decir, de no resignarse a poner —forzados por la linealidad del discurso común— en sucesión las relaciones en las que las exigencias del concepto piden una articulación lateral» (1965:8). Una frase móvil contra la fatalidad resignada del «discurso común».

La tercera dimensión habla también de la fundación de esos espacios de experiencia. Es premeditadamente metadiscursiva: no es solo discurso acerca de discursos, sino discurso acerca de los medios de composición del discurso escrito, una cuestión en la que pronto empezará a indagar. Las tres dimensiones remitían al empeño por fundar una perspectiva que abarcase de nuevo lo que había aplanado la experiencia, solo que con un afán omnicomprendivo, anhelante de abordar íntegramente su objeto: «*todo el panorama de las cosas que habría que tener en cuenta para encarar debidamente el asunto que se trata*» (1965:10).

Hay algo inaugural en la fantasía de poder alcanzar esos panoramas. No es este un caso de adanismo agudo, pero sigue participando de su sintomatología. Nadie cree aquí que vaya a encontrarse por primera vez con el mundo, pero tampoco aleja en exceso esa posibilidad. El afán que le mueve no es la reconstrucción del mundo, sino la reconstrucción de los mecanismos de captación y experiencia del entorno por ver si asoma algo que una acumulación de escrituras satura. Contra la «sistemática obstrucción de la experiencia» (2015:17) advierte un texto de principios de los sesenta —«Personas y animales en una fiesta de bautizo»— y abunda en ello el 13 de enero de 1968 en *Triunfo*. Allí se refería a cómo «la facultad de la experiencia había permanecido en suspensión parcial de sus funciones y presentaba taras, síntomas de atrofia, que solamente un secundario esfuerzo reflexivo habría de ser capaz de subsanar» (1968:42). Lo no accedido era aquello que se había abortado desde el origen. El origen era probablemente irrecuperable, pero su condición fantasmal seguía dando impulsos a la deconstrucción del presente. Alfanhú estaba aflorando con fuerza porque su espíritu casaba de mil amores con el de los sesenta y su entronización de la infancia como gran maestra.



#### 4.3.- EN BUSCA DE UN NUEVO INTERLOCUTOR

Ya en 1957, mientras decía que «los tiempos cambian», había puesto buen cuidado en que se le fotografiase con su hija sentada al regazo. Supongo que entonces el entrevistador se debió de llevar otro fiasco, porque al pedirle «una opinión sobre los consagrados» respondió: «Pienso muy poco en ellos. No me preocupan. Me preocupan los niños, no los viejos» (en Lázaro 2019:56). Por aquellas fechas le había contado por carta al principal valedor de la joven literatura española en Francia, Maurice Edgard Coindreau, que en el origen de los pájaros de *Alfanhuí* estaba su afición a dibujar criaturas fabulosas como las que también entonces decoraban la habitación de su hija Marta. Quizás estuvo entre ellos «El Dapno inmóvil» o «La Trifa», recién rescatados entre sus papeles, y que muestran cómo en su zoología fabulosa se entraña una fauna política. Sobre sus dos únicas patas, «inofensivo pero apático», el Dapno, que «no sabe ni está capacitado para andar» (S. Ferlosio 2019:195) es un más que probable reflejo de su repulsa por la ideología del Progreso. Es La Tifra fetívora (2019:193), no obstante, la que trasluce una obsesión suya especialmente importante en los escasos textos que vean la luz en los años sesenta: practica una refinada cirugía sobre los vientres preñados para devorar los fetos antes de que hayan visto la primera luz, y mantiene con vida a la hembra para garantizarse el futuro suministro. Mientras escribo sobre la Tifra leo un fragmento de la carta a Castellet en defensa del libro de Sánchez de Zavala: «Esta censura *a priori* que ni siquiera espera a ver salir el libro para rebatirlo sino que se empecina en sofocarlo antes de su publicación, es lo que produce en mí esa reacción de simpatía que desearía poderte contagiar» (1965:11).

Los bestiarios lúdicos son programas formativos; noticias de lo exótico y lo lejano que revisten las paredes del ámbito familiar y lo contagian. Alfanhuí huyó de la escuela; la niña de la foto no llegará a pisarla. Para fundar la comunidad, la tribu, es imprescindible mantener a raya el contagio con las enseñanzas de la tribu dominante. En la infancia mora la maravilla, pero está inerte. En manos de la «Instrucción» —así se titula un poema de Costafreda sin fechar recogido en el libro póstumo *Suicidios y otras muertes* (1974)— «Seis años, dulces, seis años dulces» pueden estar «poblados ya de pútrida enseñanza» (2004:201).

Pues bien, sucede precisamente que el ensayo en el que por fin se dará a conocer ese estilo que viene persiguiendo desde finales de los años cincuenta tiene por escenario nada menos que un bautizo. Si hay un texto que escenifique el *ethos* heroico del que se sustrae de la comunidad por fidelidad a una ética intelectual, ese es el que ha ido escribiendo entre abril de 1962 y noviembre de 1965: «Personas y animales en una fiesta de

bautizo». Está aquí escenificado el parto de una voz nueva. No me refiero a la pura obviedad de que fuera su primer texto como ensayista, sino a una tesitura enunciativa extraña en él, al soliloquio de una conciencia que se otorga el derecho a la escritura. Es una de las raras ocasiones en las que el yo se apostrofa a sí mismo: «Repara en el enojo tan fuera de medida que te producía esta tarde esa chica que se complacía en mentar una y otra vez por nombre propio al casi recién nacido niño de su amiga. [...] Te dirán que eres hipersensible para lo que gustan de llamar “mera cuestión de palabras”, con ese mágico empleo del “mero” [...]; pero tú no te cuides de darles ni quitarles la razón a tus humores: hazlos objeto de tus reflexiones» (2015:5).

Al filo de los noventa, desencantado ante la previsibilidad y la academización del ensayo, Carlos Piera despedía una breve nota acerca de la situación de la prosa en la España de posguerra invocando ese soliloquio:

En períodos históricos de calma se va difuminando la tensión moral del ensayo a la vez que se institucionaliza una prosa de calidad expresiva suficiente para usos ordinarios y que esos usos ordinarios se hacen previsibles. Se advierte mejor la importancia de la prosa cuando una catástrofe deja inútiles unos modos de expresión. Aquí, tras la guerra civil y durante muchos años hubo una gran orfandad de prosa que no supusiera un mundo mejor que el perceptible. En casos así la tradición inmediata sólo sirve para convertir la vida en un cliché, y darse cuenta del cliché es notar la necesidad de otra prosa. Entonces vienen unos cuantos que tienen que extraer una prosa entera de su conflicto con la tradición y de su propia y mediocre experiencia. Es difícil que puedan hacerlo más que volviéndose hacia sí mismos, como a laboratorios del ser, y preguntándose: “¿Qué te pasa?” De intentar contestar con honradez sale la prosa, a menudo en casos tales engarbitada y difícil, o bien deliberadamente pobre. Sale también la continuidad de la mirada que no se fundamenta en el sacrificio. Pienso en textos como aquel de Ferlosio que salió en la *Revista de Occidente* y que empezaba: “Repara en el enojo tan fuera de medida...” (1991:23).

Aquel arranque emergía con el *pathos* de los fundadores. Es muy probable que Piera tuviese en la memoria un conocido pasaje en el que W. Benjamin (2018) se refiere a quienes están resueltos «a empezar desde el principio, a empezar de nuevo, a pasárselas con poco, a construir desde lo mínimo y sin mirar ni a diestra ni a siniestra. Entre los grandes creadores siempre han existido aquellos tipos implacables que lo primero que han hecho ha sido tabula rasa. Porque querían tener una mesa limpia y despejada para dibujar y proyectar, porque eran constructores» (2018:97).

Aquí están la tensión moral, la repugnancia al cliché, el conflicto con la tradición, también el aura de pionero que le acompaña desde *Alfanhuí*. Hay algo de aquella isla solitaria «dejos de todas partes» porque el soliloquio se funda en el distanciamiento de los comensales del banquete que sigue al bautizo. En ese corte empieza la escritura. Pensar

pasará por fruncir el ceño, el «ceño aquilino y agresivo de la atención y el pensamiento — que es el semblante mismo de la subjetividad soberana de sí propia» (1968:43), como dice un texto de entonces. Pensar pasará por ponerse en guardia contra la prosa del mundo: las «tendencias inerciales, automáticas [...] dimanantes de las propias circunstancias de lo dado»; «lo que se conduce por sí mismo, lo que ya está apuntado y sugerido en la cadencia misma de las cosas»; el gran caudal de «anónimas tendencias, de las que nadie es en verdad sujeto y que precisan, como del aire, justamente de nuestra inconsciencia (o, lo que es lo mismo, de nuestra buena conciencia, o sentimiento de imperfectibilidad) para poder sostenerse y perdurar» (2015:23).

Una amalgama de fatalidad e inercia constituyen la cadencia del mundo. No es que desdeñara por completo las «oscuras intenciones», pero la clave del corte estaba en los puros automatismos que se reproducen de generación en generación. ¿Se puede ser sujeto en lo que no es más que reproducción? ¿Se puede ser sujeto de la inercia? ¿No es esa una forma de desposesión a la que uno se encuentra *sujeto*? La nueva voz nacía de la ruptura con el *ellos*, sujeto de la reproducción y la inercia, por parte de un *yo* que reclama una orgullosa subjetividad soberana y apela al principio de perfectibilidad. *Ellos*, la tercera persona, serían en adelante el lienzo por donde irían desfilando ideologemas, ideas recibidas; el cuerpo de doctrina al que cada uno, desapercibido, sirve de correa de transmisión.

La ruptura, la reposición, el horror a la reproducción generacional, ¿no eran las claves aspiracionales de una época? El *yo* se gestaba en la interrupción de aquella corriente inercial; sí, pero no era menos revelador que para ello se desdoblase en un *tú*, sujeto experimental genérico al que Ferlosio recurriría en otras ocasiones. El recurso de tomarse a uno mismo como paciente para observar y aprehender la vigencia de ciertos fenómenos está en *Las semanas del jardín* (2015:80), que proceden «inductivamente, tomándome a mí mismo como sujeto típico» (111). El procedimiento se fundaba en que la lengua es un fenómeno transubjetivo del que todos disponemos y cuyas leyes son las mismas para todos. En ese pronombre que se interroga por la lengua estaba potencialmente cualquiera. No obstante, el arranque de esa voz obligándose a observarse, a razonar su rechazo y sus humores, además de responder a una técnica de conocimiento parecía escenificar el surgimiento de una comunidad. Un *yo* cómplice daba a un *tú* un mandato de reflexión. ¿No era aquella apertura una búsqueda de complicidad y exigencia con un público; otros *yo* y *tú* que debían propagarse?

La lectura seguía siendo un enclave donde desarrollar la autonomía de la subjetividad. Ferlosio repitió en diversas ocasiones que escribir consistía en hacerse

acompañar *consubjetivamente*, suscitando en el lector *placet experiri* por el que pasa la misma voz que escribe. El desarrollo de la autonomía no está en el resumen ni en la síntesis, sino en la participación en el proceso —de facciones narrativas— de búsqueda de sentido: «Las esperanzas epistemológicas de la narratividad se encontrarían [...] en ese filo de navaja en el que ni se usurpa la activa subjetividad cognoscitiva de los receptores, dándoles una experiencia ya resuelta en un determinado conocer [...] ni se les suministra un artefacto fabricado *ex profeso*» (2015:108).

En el lector seguían puestos los deseos desde los cincuenta. Contemporáneas del bautizo son algunas de las piezas que Carmen Martín Gaité recogerá bajo un título explícito: *La búsqueda de interlocutor y otras búsquedas* (1973). Lo impregna el deseo de mirar al otro —sea un texto, un fenómeno o un nombre del presente o del pasado— de hito en hito, liberándolo del arsenal de imágenes y prejuicios con que el tiempo lo ha recubierto:

ya nadie se aventura a solas a nada [...] Ni a leer un libro, ni a hacer un viaje. Para todo se acude a las guías, a los informes, a los resúmenes. Nadie quiere arriesgarse porque ir a solas entraña siempre riesgo, de eso qué duda cabe; pero es, por otra parte, la única forma de inventar o descubrir algo inédito. [...] Tanto los lugares como las personas, como los libros, aun a riesgo de perderse por ellos, hay que atreverse a leerlos uno mismo.

Y solamente aquellos ojos que se aventuraran a mirarnos partiendo de cero, sin leernos por el resumen de nuestro anecdótico personal, nos podrían inventar y recompensar a cada instante, nos librarían de la cadena de la representación habitual, nos otorgarían esa posibilidad de ser por la que suspiramos (1973:16).

Qué cosa sea ese yo es algo que uno no sabría responder; lo importante es que está allí, que se cuenta con él y que a uno lo sostiene la fe en su existencia. Más: está a la espera de ser inventado por el otro en la ruptura con lo dado. En los ojos que nos miran se oculta un embotado potencial de cambio. El prólogo del libro podría valer por el prólogo general a dos décadas. Todo estaba por inventar: la autora espera los ojos que la miren «partiendo de cero», pero es que la escritura misma «puede inventar ese interlocutor que no ha aparecido, y, de hecho, es el prodigio más serio que lleva a cabo cuando se pone a escribir: inventar con las palabras que dice, y el mismo golpe, los oídos que tendrían que oírlas» (21). ¿Habría algo de eso en el *tú* de «Personas y animales en una fiesta de bautizo»? «[S]e escribe y siempre se ha escrito desde una experimentada incomunicación y al encuentro de un oyente utópico», remachaba Martín Gaité (22). Aquel breve texto había aparecido en *Revista de Occidente* dos meses antes de que lo hiciera el de Ferlosio. Era 1966 y en las calles las movilizaciones daban la tónica de la primera generación nacida tras la guerra. Los interlocutores buscados, los *yo*, los *tú*, empiezan a ser ellos.

Entre los miembros de la generación del cincuenta las frustraciones van al alza. La buena salud de una dictadura modernizada, cada vez más próspera y prácticamente normalizada internacionalmente, es incontestable. A lo largo de los sesenta, muchos de esos jóvenes ingresan en una suerte de postumidad anticipada que también ronda a Ferlosio. Cuentan con edad suficiente como para considerarse una generación a la que ha llegado la hora definitiva de un relevo orgánico, pero que acusa cierto repliegue en la esfera literaria. Novelas y poemarios se espacian, al tiempo que repunta el ensayo. Y, sin embargo, pese a los sinsabores políticos, muchos están empezando una segunda y productiva vida. *Alfanbui* había rebrotado, como vio Medardo Fraile (1973), y Martín Gaité no había acabado de enterrar la posibilidad de que el oficinista de *Revista Española* rompiera a hablar. Había entonces dos generaciones en activo y una tercera precoz habría de irrumpir estruendosamente en los años inmediatos. Martín Gaité, Ferlosio, García Calvo y un recién coronado Benet han de mantener relaciones de contigüidad muy estrecha con esta nueva leva. Los cauces que ha tomado la prosa han cambiado radicalmente en menos de diez años: Martín Gaité seguirá cultivando la narrativa, pero la ha tenido en barbecho para volcarse al ensayo; Benet es ensayista y novelista a partes iguales; García Calvo transita por todos los géneros, pero para sus lectores prima su faceta de traductor y brillante libelista; Ferlosio será, ante todo, escritor de ensayos formalmente extravagante. Ya no hay prosa literaria que no se tuerza por los caminos del ensayo.

Ese auge tuvo mucho que ver con la búsqueda de complicidades con una difusa clase media instruida, lectora, ávida de nombres extranjeros e interesada por los cruces entre marxismo y psicoanálisis, y por el amplio abanico de experiencias de ruptura de la contracultura. El ansia de corte con la estructura familiar que vimos en la generación del cincuenta fue entre sus sucesores tal vez más violento y festivo: se cortaba con la familia, con el nombre, con los horarios, con las prendas, con las formas de ocio y sociabilidad, con la nacionalidad. Sacudirse la herencia es una expresión demasiado ligera para lo que en no pocos casos fue un deseo de arrancársela, despojándose de cada huella que hubiese dejado en ellos. Sin esas extremosidades, ese proceso también alcanza a Ferlosio. En octubre de 1966 ha muerto Rafael Sánchez Mazas y Ferlosio escribe al ovniólogo Ignacio Darnaude para acusarle recibo de la tarjeta de pésame y pedirle un favor: se encuentra mal y necesita marcharse de Madrid. Aclara en paréntesis que «(no a causa de la muerte de mi padre: en el siglo que corre y a la edad que yo tengo no se quiere demasiado a los padres)» (Fernández 2017:254). El vano empeño de los cuarenta de no pactar con el mundo anterior a la guerra

muestra cierto paralelismo con la juventud de los sesenta, que exhibe y hasta espectaculariza su nula intención de guardar las formas que rigen en el hogar.

El dandismo, el esteticismo, la provocación un punto histriónica son buenos indicadores del grado de tensión que vive un mundo demográficamente segmentado y con códigos en algún punto completamente extraños entre sí. La nueva generación, aunque selectiva, está atenta a algunas figuras a las que reconocerá cierto ascendiente. Parte de sus lectores son revolucionarios burgueses que están empezando a practicar, aun dentro de la universidad, un tipo de escritura voluntariosamente rupturista. Algunos de ellos están informando el ensayo académico moderno, que es un privilegio de quienes «siendo más ricos en capital social y cultural de origen no escolar, se podían permitir una relación más libre con las constricciones del sistema académico, sin tener que seguir el *cursus honorum* impuesto por la institución» (Vázquez García 2009:101).

¿No había algo de eso en las obras de quien había empezado varias titulaciones sin acabar ninguna? ¿No habían sido los Sánchez Mazas un cogollo de erudición no escolar? Su alfabeto había nacido contra la escuela. Marta Sánchez Martín se había escolarizado en casa. No era difícil que aquellos jóvenes simpatizaran con quien, el 13 enero de 1968, hablaba en *Triunfo* de los padres y de la educación como mecanismos de control que transmiten dones a costa de «hacerl[os] inocu[os], [...] dejarl[os] castrad[os]» (1968:42). Culminado el proceso, «[l]o posible no tiene ya más albur que el que se cifra en las eventuales deficiencias de semejante operación quirúrgica o reajuste ortopédico, a la que se da el prestigioso nombre de educación» (42-43). Lo auténtico era lo que sobreviviera a ese tratamiento. La institución educativa, lo mismo que la paterna, era una operación de represión contra lo multiforme, tesis que ilustraba invocando a Juan de Mairena: «Un pedagogo hubo; se llamaba Herodes» (43). Cualquier lector de *Historias de cronopios y famas* (1962) compartiría que cada mañana de Reyes «no son los regalos los que son sometidos a la aceptación del inminente poseedor, sino que éste es en verdad el sometido, como mero paciente de reacción, al estímulo, o mejor todavía —para decirlo con toda la oportuna truculencia— a la agresión de aquellos: no toma posesión de los objetos, sino que éstos se adelantan a apoderarse de él, desbordándolo y suplantándolo hasta el punto de convertirle en algo impuesto, aun el mismo papel de poseedor» (1968:43).

Creo que ese es el rostro sociológico y demográfico que se va insinuando en el *interlocutor* y en el *tú* de «Persona y animales en una fiesta de bautizo». Quién mejor que aquellos jóvenes para apropiarse del rechazo hacia las guardianas de las tradiciones —tías, madrinas— que sublevan al autor al comienzo del ensayo. El texto era la elegía por aquello

que el mundo se había apresurado a perpetrar contra *lo* recién nacido. En el bautizo, arrojándole un nombre, se estaba consumando una tragedia desapercibida. *Lo*: había que mantenerlo en la máxima indeterminación y extrañeza. Por eso quince años atrás había elidido el nombre de pila de cierto muchacho y le había puesto uno de pájaro. Ferlosio se «erigía en defensor de los fueros más genuinos del recién nacido que dormía en su cuna — ¡y cuán profundamente!— en la habitación contigua» (2015:5). Tres eran los personajes de la tragedia: *ellos*, a cargo de la reproducción y de la inercia; *yo*, estricto reverso de *ellos*, y el *infante*, víctima indefensa que debe ser salvada. Sin habla, extraño, el *infante* es la figura mítica en la que encarna un origen anterior al mundo conocido; un origen desde el que revertirlo. Ese proceso se llevaba a cabo todos los días del año con todos los recién llegados al reino. El bautizo era un rito de dominación. Lo diría de nuevo a cuenta de la fiesta de Reyes, esa «impostura» con la que a través del engaño los adultos «han encontrado [...] una forma incruenta y deliciosa de confirmarse a sí mismos una vez al año su poder sobre la infancia [...] quebranta[ndo] en su íntima morada las fuerzas del vasallo poniéndolo en entredicho racional consigo mismo» (1968:42).

Ya hemos visto que tras los nacimientos alentaban fantasías mesiánicas: todo nacimiento entraña una posible discontinuidad; de ahí que el orden imperante se prevenga contra lo disruptivo modelándolo. Las irrupciones violentas puntearon *Revista Española* y, antes de ellas, los pájaros de *Alfanbuí* habían apuntado la posibilidad de alumbrar una sociedad en la sociedad. También el último tramo de los sesenta aspira a fraguar una contracultura de ruptura y relevo a través de niños y jóvenes desencajados. Años después del bautizo, Ferlosio definirá los ritos como fronteras que velan por la perpetuación de lo existente; «una acción química que permite fagocitar lo diferente o novedoso, o, en fin, una liturgia que exorciza por anticipado la eventual amenaza de demonios exteriores» (2017:497). Ve lo mismo en el bautizo: «Lanzando sus artejos con larga antelación, la sociedad trata así de defenderse contra la amenaza de lo indeterminado, de abortar *in nuce* aquello que cada nuevo nacimiento puede traer de posibilidad, de originalidad capaz de confundirla y desbordarla» (2015:14). A «asesinar *in nuce*» —repite en otro lugar— «cualquier posible indeterminación o incertidumbre sobre lo venidero» (2016:343). Próximo a los trabajos de García Calvo, según vio Savater (1998:24), de aquellos años datan los versos de «Villancico» (1972): invocación de un niño negativo, pariente próximo de Eustaquio, al que se encomienda la contradicción y el desconcierto de lo estatuido en un mundo donde «entre la carne y el verbo / imposible fue el amor».

Este niño asoma de diversos modos, pero sus efectos son siempre los mismos. En 1968 lo hacía a cuenta de «indicios sospechosos, vislumbres de evidencia y algo como un cortocircuito racional [que] interfería la continuidad entre lo oficial y autoritariamente proclamado y lo que campeaba a los ojos de la cara, que la mente no osaba tan siquiera proponer» (1968:42). Por él se revelaba, como decía en el bautizo, que «el mundo está lleno de mundos» (2015:7). El meollo estaba en preservar esos mundos, ya que si «el nombre propio es, socialmente, como un documento, como un certificado de ciudadanía» (8) la ciudadanía que trataban de expedir los textos de mediados de los sesenta pasa por el subrayado de los mundos todavía sin suplantarse, ese «último residuo de extrañeza, la postrera vislumbre de lo Otro» (17) que causa que «lo Uno (perdón por esta jerga) se descubra más otro de lo que se pensaba, menos uno de cuanto desearía furiosamente ser» (18).

El texto estaba lleno de epifanías de lo siniestro: el bebé comparece en toda «su autonomía extrahumana, su indeterminación». Es una estricta amenaza para

la obsesión centrípeta de una humanidad acobardada y capitidismada, que aborrece asomarse a la intemperie de cuanto la rebasa, que pugna sin descanso por echar sus tentáculos sobre cuanto amenaza desmandársele —ya natural, ya humano que sea—, para ahorrarlo en el cerco de lo propio. Y mixtifica a la naturaleza en cuanto quiere ella misma suplantarla, en cuanto quiere hacerse pasar por “natural”, o sea, por definitiva e inamovible; al par que, camuflando los límites en que se circunscribe, escamoteando el solar sobre el que se halla edificada, logra ignorarse y mixtificarse (2015:14).

#### 4.4.- LA EMANCIPACIÓN TÉCNICA

El *ethos* contracultural tendió a menudo a un acusado cientificismo. La conciencia de esos otros mundos, el gusto por la intemperie tendrían su correlato en un autodidactismo insaciable y heroico. El propio bautizo segregaba —si es que no *era*— una deontología: «Guardar celosamente las distancias con las cosas, reconocer su incommovible alteridad, es la primera condición de todo conocer» (2015:15). En el respeto de la «indeterminación de lo observado» se cifra «la posibilidad de humanidades diferentes» (19). El hermanamiento de la ciencia y lo alternativo venían de atrás en un viejo admirador de Spallanzani que ya en *Alfanbui* había escenificado a una masa enfurecida que guardaba los límites de lo aceptable. Ahora, el tono airado refleja las amarguras del intelectual ante una mesocracia satisfecha y mediocre, centinela de ese «Antiguo Régimen que perdura con todas las televisiones, los



automóviles y la polución de que disfrutamos» (Sánchez de Zavala 1976:8). Por contraposición a la masa, cobró peso una imagen ultraintelectualizada del lector. Era un fenómeno generalizado: el fervor científico había prendido con fuerza y se había alzado en aspiración incluso de aquellas disciplinas que hasta la fecha se habían definido por oposición a la ciencia. La fiebre lingüística lo había cambiado todo y el estructuralismo cundía a modo de una nueva fe encomendada a resolver incommovibles arcanos. Sería de lo más ilustrativo contar con la secuencia histórica de las bibliotecas domésticas como espejo del cambio. Cuenta Carlos París (1997) que en aquellos días la de Sánchez de Zavala era una de las más punteras de Madrid e hizo las veces de oficioso centro de estudio para muchos de ellos, que encontraban en ella colecciones extranjeras que el anfitrión estudiaba en riguroso orden. La lingüística, antropología, sociología circulaban allí sin otras claves que las adquiridas a base de esfuerzo solitario.

Allí deben circular los *Aspects of the Theory of Syntax* (1965) de Noam Chomsky, que un miembro de aquel nódulo, Carlos Pelegrín Otero, traduciría cinco años después. El propio Sánchez de Zavala había de ser uno de los introductores de la revolución chomskiana en la universidad española. En 1974 compilaba y traducía junto a Conxita Lleó dos volúmenes con textos fundamentales de la corriente bajo el título de *Semántica y sintaxis en la lingüística transformatoria*. El mismo año (aunque no verían la luz hasta mayo de 1976) dirigía unos *Estudios de gramática generativa* con contribuciones en castellano y catalán que daban cuenta de cómo, a despecho de la soledad institucional y el inveterado conservadurismo metodológico de la universidad española<sup>10</sup>, «en España como en Latinoamérica [...] hay ya varios profesores jóvenes que, más o menos autodidácticamente (pese al tremendo esfuerzo y a las dificultades que eso conlleva), han llegado a dominar» los postulados del generativismo (1976:7).

El designio de inscribirse en la posición del pionero es visible en otros trabajos (Cf. Sánchez de Zavala 1981). Era la soledad fecunda de la que Ferlosio le había hablado a Castellet y que, de algún modo, se encontraba en el *tú* de «Personas y animales». Además de a cuento del estilo, parte de las inquinas suscitadas por *Enseñar y aprender* (1965) nacían de que se apostara por la eliminación de la figura nuclear del profesor, en atención de que «probablemente no hay nada tan fecundamente promotor de la subjetividad intelectual como el esfuerzo de desentrañar y hacer revivir un texto escrito, sin la ayuda de nadie; esfuerzo en el que somos agentes y no meros pacientes de nuestro aprendizaje» (S. Ferlosio 1965:12). Quién sabe si estos procesos no son continuadores de la desaparición elocutiva

---

<sup>10</sup> «[N]uestro habitual reflejo de fijación convulsa en lo periclitado, en lo que ha dado ya su zumo, para que continúe dominando —fósil temible— las consciencias y los comportamientos» (Sánchez de Zavala 1976:8).

del narrador en la novela. La autonomía cognoscitiva era la culminación de un proceso que Castellet había situado en el incremento de los niveles de renta, cuando al fin advendría el «gran público» que, menos acuciado por el «puro subsistir biológico», podría ocupar su tiempo en formarse y en participar plenamente como agente cultural (2001:67).

Estos libros piensan y anhelan una comunidad caracterizada por el ascetismo intelectual. La componen individuos solitarios, autodidactas avezados al diálogo sin mediadores, en los que se divisa un resto de autoritario paternalismo, un obstáculo para la autonomía. Piensan que la cultura y el saber son conquistas laboriosas que obligan a que uno suspenda y revise de punta a cabo sus concepciones del mundo. Que el estudio provoca una extrañeza en la que uno se perfecciona. En ese espacio ajeno se encuentra lo colectivo, territorio común al que hay que llegar despersonalizado, formado en la conciencia de lo ajeno. Nadie puede apropiarse de él. Había sido el propio Ferlosio quien asociaba su estilo buscado al porvenir de la cultura, cuya faz se había tecnificado. No es que la técnica no hubiese comparecido hasta ahora. Laureano Bonet trazaba un largo linaje al subrayar el vínculo que las poéticas intelectualistas de los cincuenta —esos «textos o lienzos “construidos” con la precisión racionalizadora con que podía entonces fabricarse el más lujoso automóvil»— guardaban con «esa apetencia científica, tecnicista e industrial, que E.[dgar] Morin [...] considera como la gran utopía surgida en la Europa posterior a 1945» (2001:129).

La sinergia entre disciplinas y bien común se encontraba ya —con muy distinto tono— en el manifiesto de Pinilla de las Heras: «podemos ir haciendo algo trascendente en cuanto toquemos con nuestras manos: el novelista con sus novelas, el abogado con sus clientes, y el médico, y el técnico y el ingeniero, todos en sus respectivas relaciones debemos estimular las necesidades vitales del pueblo español, enseñarle a no tolerar el abandono, ni la injusticia, ni la mentira: saber hacer de él un pueblo exigente» (en Gracia 1994:193). Cada cual conjeturaba *porvenir* desde su ramo, y a este nódulo se le hacía imprescindible la actitud científica. La gnoseología poética de Alfanhú, su pulsión por aprehender los mecanismos y las leyes del mundo, habían sido un primer paso para quien encomiaba el trabajo de Sánchez de Zavala como «un oasis de auténtica actitud científica en el desierto del afásico personalismo nacional» (S. Ferlosio 1965:12). Aquel mismo 1965, señalaba Laureano Bonet, Manuel Sacristán, «tras su elogio de la tan sensorial lengua del *Alfanhú* [...] somete su escritura fenomenológica a una severa abstracción, encaminándola hacia la lógica matemática» (2001:132). De aquellos días, en los que Ferlosio pasa por cierto «fervor husserliano» (2015:354), data también el que parece ser el único documento que dio

a la luz el «Círculo lingüístico de Madrid»: el «Manifiesto a los hablantes en lengua castellana», dos entregas de prosa apretada firmadas en febrero de 1966 por Ferlosio, Sánchez de Zavala, Carlos Piera y Agustín García Calvo y remitidas «[a] la consideración de la Real Academia de la Lengua, con la esperanza de que sea de su beneplácito».

Nadie sabía los efectos irreparables que la adopción de estructuras lingüísticas extranjeras podía acarrear a nivel profundo sobre el sistema de la lengua. Esa era la premisa. Pues, si en lo que hace al léxico los efectos son «en principio, casi completamente reversibles» (1966:I/43), en lo tocante a la sintaxis la conmoción afecta de forma imperceptible, pero con resultados de largo alcance, a «la totalidad del sistema [.] [que] parece estar constituida en una múltiple articulación de dependencias» (I/43).

En la intimidad de tales textos siempre se agita la alarma ante la pérdida de soberanía, pero esta fue más intelectual que nacional: temen que el cambio lingüístico reduzca los juegos y particiones que la estructura del idioma suministraba. No es este idioma un medio de identidad y arraigo, sino una técnica de discernimiento, de ahí que importara preservar íntegras las condiciones de legibilidad del mundo. La lengua era un instrumento de desarraigo de lo inmediato. La soberanía de la subjetividad estribaba en la extrañeza de lo dado; en la necesidad de no confundirse «con la trama de las cosas mismas a las que pretendemos referirnos» (1966:II/44); en preservar el «sistema de relatividades en que aparece la distancia del sujeto y de las cosas —tensión crucial de todo conocer—» (II/44).

Redactada entre 1966 y 1968, la primera de *Las semanas del jardín* iba incluso un punto más allá al sostener que «[t]oda la historia del lenguaje se encuentra articulada sobre el intento de la superación de inmediateces, de la toma de distancia o mediación del primario egocentrismo por el fundamental procedimiento de la explicitación lingüística de los elementos de la situación y de su consiguiente relativización» (2015:84), en un proceso, añadía, que siempre recomienza revisando las fosilizaciones en las que cada etapa incurre. La recurrencia con la que se invocaba el afán de objetividad (una de las claves evolutivas de la mente humana, diría poco después [1973:300-321]), el prurito de limpieza argumental, el esmero en impugnar el prejuicio insinúan un perfil neoilustrado que cumple matizar. No es ilustrada, sin duda, la sintaxis que manejan. Extenuantemente circunstanciada, es fiel reflejo de aquella soberanía ascética. Uno de los firmantes, Carlos Piera (2010), decía que aquella prosa parecía sacada con sacacorchos, y es una analogía feliz para una sintaxis recursiva que avanza puntillosa precisando el alcance de cuanto pueda haber dejado implicado a su paso, tres palabras atrás o en alguna revuelta de sus párrafos, siempre reconcentrados segura y

sesudamente sobre sí mismos, firmes en el tono y a menudo irrespirables por su afán de precisión. Mucho de esa manera perdurará en la escritura de Ferlosio. Será infinitamente más respirable que los textos (hoy condenados) que publica en *Triunfo* o en *Informaciones*, pero seguirá repleta de aclaraciones tendentes al refuerzo, a la repetición redundante, a recordar y parafrasear lo ya expuesto. Es una aleación de probidad y desmesura. No se pasa de un argumento a otro sin sembrar el camino de señales; hay que ser capaz de desandar lo andando sin que queden cabos sueltos. Lo dejan exhausto, ponen a prueba su paciencia, pero estos textos nunca olvidan a su lector; su aspecto abigarrado es fruto de quien no da la hora sin revisar el mecanismo del reloj.

Esa fatiga tenía su historia: el 26 de febrero de 1970 Ferlosio comparaba en *Informaciones* los efectos del autoritarismo sobre el habla con «lo que los estudiosos de la afasia llaman “saber verbal”. Lo sancionado por la autoridad se relaja de sus vínculos internos de sentido y se parece a lo aprendido de memoria en que su fijación desde el exterior nos excusa el trabajo de penetrarlo, recorrerlo y justificarlo por dentro» (1970). Estos textos pueden, porque lo son, resultar pedantes a fuerza de sus fatigosas disquisiciones, pero no los mueve la vana exhibición, sino «exigencias de honradez intelectual rigurosísima» (Piera 1997:78). Debe darse fe de que se sabe perfectamente de qué se habla, de que se conoce que tras cada palabra hay una vasta trama y se conoce de primera mano algo de ella. Por ello decían ocuparse de esos «campos en los que se despliega la vida entera de sociedades e individuos» (1966:I/44) y en los que encontraban síntomas de regresión.

Aquella soberanía intelectual no podía evitar tener sus puntas de nacionalismo: que el grueso de fenómenos regresivos dimanara del influjo del inglés traslucía las transformaciones por las que estaba pasando la imagen del invasor. Los efectos estructurales del *hegemon* norteamericano, convertido en ideal emuladorio y sumado a los deseos de modernización de los jóvenes, habían de tener su reflejo en las modificaciones en la estructura de la lengua. Por obra de una invasión gentil, «arregostados en la impávida y supersticiosa confianza de que todo ha de ser para bien» (I/43), se empezaba por cosas tan simples como aplicar un adjetivo posesivo en funciones que siempre había resuelto el pronombre reflexivo o se trastocaba el orden habitual de los sintagmas para adaptarlo al flamante *American way of life* sin saber con qué daños podía salirse de ello.

Ya había advertido *El Jarama* que el cine estaba vertiendo una iconografía palpable en peinados, vestidos, hábitos de consumo, modos de sostener un cigarrillo o formas de coquetería. De Hedy Lamar, decía Fernando, debía de haber aprendido Mely «[e]l detallito

ese de hablarle a uno por medio del espejo» (2006:151). Entre los planes de los más jóvenes estaba ir a bailar a Torrejón, donde los yanquis, dice el mismo Fernando, van a construir un aeropuerto (174). Y había una alegoría en el detalle de que fuera un Chrysler con matrícula americana el que adelantase escopeteadamente, «con un gemido de neumáticos nuevos», al Balilla marrón, —«cajoncito de pasas de Málaga» (372)— que lleva al juez hasta el cadáver de Luci por la meseta oscurecida.

De ahí venían algunas «violencias exteriores» que estaba sufriendo la lengua. Muchos las estaban abrazando alegremente «sin parar mientes en que determinada superioridad cultural o tecnológica de otros países no justifica que cualesquiera piezas o resortes de la correspondiente lengua sean insertados en el idioma propio, lo cual, para no desencadenar procesos destructores, exigiría una afinidad entre los sistemas lingüísticos que en muy contados casos podrá hallarse» (I/43). No sé hasta dónde es lícito establecer el paralelismo entre la soberanía nacional y la soberanía lingüística ni si lo refrendan palabras tan gruesas como «extorsión» o «extirpación». Lo que predomina es el entendimiento de la lengua como medio de la vida colectiva. Es la integridad de ese espacio lo que «nos hace mirar estos empleos que tratan de imponerse desde fuera como amenazas de una involución general del sistema de referencias que estructura el tráfico total de la experiencia humana» (II/44), y lo que les lleva a proponer una «intervención normativa» en nombre de «la responsabilidad que tanto el lingüista como los demás hablantes tienen con respecto a la condición presente y al devenir de la cosa pública» (I/44). Invocan «una responsabilidad inescapable para con la lengua» (I/44). En cuanto sistema incorporado por la totalidad de los hablantes, la lengua es la trama que sujeta a la comunidad; una trama productiva que permite la creación de realidades y la reflexión sobre los contenidos del entorno. En la lengua hay una comunidad vigente, activa e independiente, una primera idea de lo público.

Esta comunidad de hablantes no tiene poder ejecutivo, pero lo pretende. El Círculo Lingüístico de Madrid se dirige a la autoridad competente, la Real Academia, para que adopte medidas de modo no muy distinto a como el hombre de los zapatos blancos encarece que «si todos los Establecimientos abiertos al Público, lo mismo los de aseo que los de expansión, guardasen la norma esa de aquí de Mauricio [*i.e.* no despotricar de la clientela], sería otra educación muy distinta la que habría y otro respeto al Ciudadano. Y la relación social entre el Público no crea que perdería nada con eso, se lo digo yo a usted; sería otro trato más civilizado el que tendríamos las personas» (2006:361). No es detalle menor que las mayúsculas anteriores a las citadas salgan de la boca de la guardia civil y sean Código y Delito (355). El deseo de normas es solidario de la defensa de lo común, que ya

entonces Ferlosio remite a un código moral inscrito en la propia lengua. En la carta-artículo de *Informaciones* sostiene, a propósito de la doblez del mensaje publicitario, que «[l]a nobleza de la lengua no puede, en última instancia, desglosarse [...] de la nobleza y la lealtad de las relaciones que tramita, y yo creo que ha tramitado, siquiera alguna vez, entre los hombres, relaciones más altas y fraternas que las de comprador a vendedor» (1970). Esa nobleza radica en «su virtud para permitir y hasta incoar relaciones de respeto y de lealtad entre los hablantes» (1970).

Son textos importantes en un contexto en el que lo colectivo rara vez se solapa con las instituciones políticas. Hablan de un espacio instituyente sobre el que habré de volver en los últimos capítulos y en el epílogo, pero del que dejaré ya esbozado lo sustancial: en el tipo de relaciones *leales* que la lengua puede incoar entre los hablantes resuena en eco etimológico —subrayado por el propio Ferlosio (2015:33)— lo *legal*. Sistema colectivo, marco de representación, la lengua es la institución, la *cosa pública* que lleva cada uno. Remite a un ente colectivo «tan interior como exterior al hombre y tan engendrador como producto suyo» (I/44).

Ferlosio ha de embarcarse entonces en una constelación de la que ya no saldrá. La palabra —«el don de la palabra» es la expresión que empieza a utilizar intensamente— concede la condición humana y una vez se ingresa en ella se instaura una institución que se espeja en el «simposio», en el «banquete eucarístico» (1973:222). Toda institución puede, no obstante, servir a fines opuestos a los que la engendraron. La promesa de paz, de concordia, de lealtad, de respeto que alientan en la palabra «no puede ser remitida o confiada a instancia providencial alguna» (222), sino que emana de un pacto contraído por el humano consigo mismo: «El sujeto ha olvidado que se creó a sí mismo en la asamblea constituyente del don de la palabra y que eso que toma por promesa de alguna providencia trascendente es un compromiso libremente contraído por él mismo en el interior de aquella sala; no quiere reconocer ya como suya y solamente suya la voz del juramento originario; cree que algún dios le llama y es sólo él quien con su propia voz se llama desde el día memorable inmemorial» (1973:222-223).

Esa voz propia del banquete no habla de la soledad sin trascendencia, sino de otra religión. Con el lenguaje se sella un pacto con una idea de lo humano. Jamás prescribe y vincula al individuo con la totalidad de la comunidad. El cuidado de la lengua forma parte del respeto a ese contrato originario. Cada individuo es su depositario y su legatario; es responsable de la palabra ante sus contemporáneos y ante los futuros hablantes, por lo que no es lícito obrar «despreocupándose del estado en que lo deja para sí mismo y para los

demás» (II/44). Ahora se entiende aquel elogio de Juan de Mena en cuanto benefactor al bien común de la lengua y se dibuja el papel que Ferlosio aspira a desempeñar.

Era la *hora de los lectores-ciudadanos* pasada por el tamiz del mito. Sin embargo, ese mito no acabará de entenderse si no aparece el rostro de su opuesto, el gran transformador lingüístico de la época. En la publicidad van a ir refluyendo los componentes de autoritarismo que hasta entonces habían prevalecido en la política. Así de explícito es el título de la carta que manda a *Informaciones*, «Sobre la lengua y la publicidad. Una cuestión con lastre autoritario» (1970). También los firmantes del manifiesto mencionaban el «presumible efecto hipnótico» (1966:II/44) con que la propaganda burla las «guardas» de las «instancias superiores» (I/44) haciendo del lenguaje «un utensilio elemental, eficaz promotor de unas pocas acciones predeterminadas» (I/44). La comunidad de los hablantes está bajo la amenaza del «reducidísimo [...] número de los que les cocinan el recado y lo dan a una multiplicación absoluta» (I/44). La sociedad de consumo ha supuesto la galopante hegemonía de «emisores absolutos» a los que no se están oponiendo «razón ni fuerza algunas» (II/42) y que suscitan «las iras de la pluma [...], justamente ofendida por el número y la gravedad de las injurias que por ambas [televisión y radio] le son inferidas» (II/43). ¿Cuál si no este ha de ser el estricto reverso de una lengua exigente y morosa nacida para el ejercicio de la subjetividad soberana? Al hablar de Castellet sugerí el trasfondo colonial que interviene en estos libros. De entonces data también el prólogo de Ferlosio a *Pinocho*, que pronto ha de ocuparme. En él se refiere a cómo, a fin de mantener al colonizado en la subalternidad, el colonizador se dirige a él mediante una lengua que reduce a mínimos su sistema flexivo, dejándolo en la condición de perpetuo inmaduro; algo así como lo que sucede en *El testimonio de Yarfoz* (1986) con los babuinos mendicantes, subalternos abandonados, cuyos gestos son recuerdo de una lengua desaparecida que pervive en mero ademán, en caricatura grotesca de lo que alguna vez fue una lengua.

Llama a eso «infralenguas» y lo aproxima a las «jergas especializadas no según el asunto, sino según el receptor» (2015:36), porque «[a]sí como hay un lenguaje para colonizados, hay un lenguaje para masas, un lenguaje para mujeres, un lenguaje para niños». Todos ellos han sido inventados para subalternizarlos; «en ninguno de ellos tiene cabida una palabra leal» (36). Uno debe escribir «no para niños, sino exclusivamente para sí, lo que equivale a decir para quienquiera» (36). En *quienquiera*, en cada *uno*, está el presente y porvenir. No lo traerá la revolución ni brotará en la dignidad de la pobreza, llegará imponiéndose a sí mismo la máxima exigencia, la imagen más alta, la más ardua honestidad. «Lo que se hace con la lengua que se les habla es algo que se está haciendo con los hombres

mismos, y si las jergas coloniales indican la relación que media entre colonizadores y colonizados, la jerga para las masas revela lo que se quiere que los pueblos sean» (2015:37-38).

Pero quedaba aún por resolver la colonización practicada por tres décadas de autoritarismo y de modelos retóricos. Bien están las apelaciones a una hora por venir, pero no hay sujeto sin historia ni hay época ni proyecto que no pergeñen modos de inscribirse en ella; sobre todo, cuando ambicionan representar comunidades y legar sus frutos a las venideras. Si de la lengua se era engendrador y producto, lo mismo pasaba con la tradición. Ferlosio se enfrascó por aquellos mismos años en una compleja reapropiación de la tradición sin la cual no se explica su estilo. Hasta aquí han predominado los proyectos de ruptura, ahora cumple atender a la presencia del pasado.



## 5.- «LA SUBLIME LASCIVIA». FERLOSIO Y SUS ISÓTOPOS. TRAVESTISMO, TRADICIÓN Y APROPIACIÓN

...no de modo distinto a lo que ocurre con quien, escandallando la profundidad del alma, tras haber traspasado y apartado cuanto pueda antojársele sobreedificación de la cultura, cree estar tocando finalmente la roca viva de la naturaleza —pues tampoco esa más profunda y acendrada resistencia que la sonda no logra perforar suele ser otra cosa más que ruina fósil de otra cultura más, exteriormente extinta, pero erguida en la sombra todavía (S. Ferlosio 2015b:137-138).

Y mira la regata de traineras de hoy, tan parecida a la regata clásica. Muy bien está que se parezca, Pedrito. El entendimiento de amor de este mundo se recrea y edifica con semejanzas. [...] Desarróllame bien una composición, una paráfrasis de la regata de los Juegos Fúnebres, de la del Canto quinto de la *Eneida*, que es el mejor de todos. Que lo veas como cosa viva, con marineros de Orió y de Ondárroa. Que los versos se te hagan vivientes y suden, a chorros, los remeros. Descríbeme bien la ciaboga, mírala en el texto latino, los gritos a compás del tropel, la voz del timonel y el golpe de timón a tiempo justo y el final, cuando arbolan el remo, ya en la meta, los vencedores (Sánchez Mazas 2004:165).

### 5.1.- APROPIACIONES

Tal vez algún lector tendrá las cejas arqueadas por no haber visto asomarse a estas páginas a Víctor del Aveyron. Podría haberlo hecho al calor de la antesala de la contracultura y de la celebración de *lo* indeterminado en el bautizo de 1965, o quizás cuando me refería a aquellos autodidactados que leían con el ceño fruncido. Así es como se retrata el propio Ferlosio al presentar sus notas a un volumen que no ha podido limitarse a traducir:

Leí este libro en 1965. Tenía yo entonces muchos ánimos y tal vez demasiado atrevimiento, de modo que a cada página de cualquier libro que leyera siempre tenía yo alguna palabra que decir: los márgenes se cubrían de anotaciones, y por anchos que fuesen y por menuda que hiciese yo la letra, a veces había que echar mano de un bloc o de un cuaderno, que ya quedaba adscrito permanentemente, como un apéndice al libro en cuestión. Esta especie formada por los blocs o los cuadernos parásitos de un libro constituye entre mis papeles un grupo numeroso (1973:201).<sup>11</sup>

Sucedió, sigue contando, que cuando decidió traducirlo, a las notas de lectura que habían merecido los informes de Jean Itard (*Memoria acerca de los primeros progresos de Víctor de l'Aveyron* [1801] e *Informe acerca de los nuevos progresos de Víctor de l'Aveyron* [1806]) y el extenso

---

<sup>11</sup> Esta es la única ocasión en que no trabajo sobre la edición de los ensayos reunidos del autor. Como es sabido, la edición española de *Los niños selváticos* (1973) fue retirada a petición de Lucien Malson, editor del original francés, a causa de la largueza con que Ferlosio se había metido a comentarista. Las citas proceden de un ejemplar salvado de la guillotina.

prólogo de su editor francés, Lucien Malson («Los niños selváticos. Mito y realidad», aparecido en 1964) «se fueron añadiendo [...] oleadas de notas, muchísimo más largas, escritas en los mismos cuadernos que la traducción, salvo que paginando de atrás para adelante, como se hojea el Corán» (1973:201).

Pues bien, no me he referido anteriormente a este trabajo porque lo reservaba para reflexionar sobre la condición de esa escritura adscrita o parasitaria que se adosa a un texto original. Este es un libro desaforado donde los cometarios interrumpen, complementan, matizan, disienten, disputan o simplemente se sirven del texto del que nacen. La ristra de verbos y el número de páginas —188 para los traducidos frente a las 202 que se concede el comentarista— reflejan la naturaleza de unas anotaciones que, con depender del original para existir, lo desplazan tan a menudo y con tal contundencia que acaban adueñándose del volumen. No vive sin ellos, pero los convierte en su pretexto. Y aunque menos monstruosa, esa manera de proceder será característica de las apropiaciones que Ferlosio practica en las décadas de 1960 a 1980.

Aquellos excesos dan cuenta de una orgullosa subjetividad soberana y apuntan a los cauces históricos del ensayo, que tiene entre sus afluentes la glosa de originales de prestigio a cuya costa se va gestando un incipiente *derecho de escritura*. Al fin y al cabo, ¿quién era el comentarista si no «un lector menos prudente y más curioso de lo que acaso convendría, y no, de ningún modo, [...] alguien que qui[s]iera pasar por entendido en este asunto ni en ninguno» (1973:203)? En los años venideros cultivaría con cálculo la figura del diletante, pero tanto sus excesos como la propia historia del género ensayístico mitigan su presunta modestia. Ferlosio fue incisivo e insaciable y enmendó o se presentó directamente a los especialistas. El 1 de febrero de 1969, por ejemplo, aparece en *Abc* «Otra conjetura», que dirige al «señor Berenguer, investigador de la cueva de Ardines» especulando acerca de la función de las rúbricas conservadas. Un estricto diletante no echa su cuarto a espadas tan alegremente. Sus conocimientos de fisilología, antropología, historia o pedagogía son impresionantes y respaldan el ejercicio de un derecho, de una soberanía.

No se plegó a la obediencia silenciosa del traductor, interfirió en el orden de lectura reservándose el derecho a tener la última palabra y hasta el de discurrir a su antojo acerca de cuestiones que tenía observadas y que la lectura le traía a la memoria o daba pie a exponer, en cuña o puro aparte, de forma sistemática. Su intervención reconfigura de arriba abajo el andamiaje original, y apenas se avanza en la lectura; por encima de las voces de Malson e Itard, se instaura una corriente de complicidad entre el lector y el incontinente comentarista. Sus ideas son más ricas, más sugerentes y están mejor formuladas. Es tal su

ambición que no pocas veces les enmienda la plana en nombre de una deontología de la ciencia que él mismo se apresta a exponer. Ya lo vio Hidalgo Bayal (1994) en el elogioso retrato que dedica a Jakob Von Uexküll, en el que se refleja el rostro del propio Ferlosio: «muestra admirable de una mente despierta a la experiencia, de una atención reflexiva que no abandona su vigilia ni en la más nimia anécdota de la vida cotidiana» (1973:317). Ni le haré justicia ni rescataré la agudeza de observaciones y saberes de una prosa que a ratos sabe a silva de varia lección.

Este libro representa la forma más clamorosa de un modo de proceder que, no obstante, no le es exclusivo. Por aquellos días hubo otras intervenciones basadas en alterar lo recibido para reformularlo. Ya había señalado el comentarista que, entre los rasgos distintivos de la mente humana, «junto a la capacidad de dar sentido resplandece a su vez la de suspenderlo para poder darle otro nuevo. Lo primero lleva anejo lo segundo» (217):

La suspensión del sentido es una de las facultades más especiales y productivas de la mente humana. [...] [L]as cosas están, por así decirlo, como en libertad ante sus ojos: la bacía está instituida y destinada para tal oficio, y el hombre es capaz de reconocerle en permanencia, o sea fuera del uso, este destino, pero no ha de afectarle tanto a la bacía esta aureola metonímica, esta carga de sentido, este carisma de su nombre, que no pueda, en un momento de necesidad, capricho o chifladura, despojarse de sus ropas cotidianas para transfigurarse en el propio yelmo de Mambrino. [...] El animal estaría él mismo inmerso en el sentido; el hombre estaría en cambio fuera de él, el animal actúa embargado, el hombre puede desembargarse a cada instante, merced a la proyección reflexiva que hace de su situación presente [...] la suspensión del sentido está incluso en el origen de la ciencia. Aunque la ciencia es tal vez hija de la magia, no hay que olvidar que empieza a ser ciencia justamente en el momento en que abandona el sentido pragmático de aquélla, en que opera sobre sus objetos una suspensión de sentido. Es por una suspensión del sentido, por una emancipación del objeto frente a designios utilitarios, por lo que la astrología se transforma en astronomía, la agrimensura en geometría, la alquimia en química (218)

¿No podría pensarse algo así de la ciencia de los textos? ¿No puede uno desembargarse de cómo le llegaron; emanciparlos, incluso, del sentido en que se los quiso confinar? ¿No había liberado a Víctor de Malson y de Itard? Haciendo funcionar los textos en otros contextos se habilita la posibilidad de suspender su sentido nativo para ungirlos de otro nuevo. Fue entonces cuando la cuestión de la tradición, fundamental desde su primera novela, habría de encontrar su último avatar.

En cierta medida, el fenómeno era indesligable del impacto de los procesos de descolonización. Tras el derrumbamiento de las metrópolis europeas, la búsqueda de una identidad soberana que se sacudiese las huellas del colonizador permea buena parte del pensamiento crítico de los sesenta y los setenta, reorienta marcos de lectura y reconfigura, ampliándola, la experiencia de la dominación. Sería en extremo simplista pretender que de

pronto cobró cuerpo algo que no se hubiera manifestado anteriormente; sucedió más bien que, a base de situar en el mirador de la teoría los procesos de dominación y aculturación, numerosas prácticas empezaron a trabar una afinidad palpable. El impulso emancipatorio fue transversal. Lo explicitaran o no, a la vanguardia de las teorías pedagógicas, sexuales o psiquiátricas hubo planteamientos imbuidos de aquellas experiencias de autodeterminación material y simbólica.

Algo alcanzó al padre de Alfanhúí, al comentarista de Víctor, y mucho, sin duda, al prologuista de *Las aventuras de Pinocho* que en 1972 describió el empleo de «lenguajes adaptados» —el del colono con el colonizado, el adulto con el niño, o el de la industria cultural con la mujer— bajo la óptica de instrumentos enderezados a mantenerlos en la condición de súbditos. Lo escribía en el papel, pero «[s]ería preciso escribirlo en las paredes, por obvio que ello sea: no hay una mente infantil ni una mente femenina, no hay más que una sola mente humana; la *infantilidad* es un invento de la misma ralea que el de la *feminidad* y estrechamente coordinado a éste: los niños y las mujeres son, por antonomasia, “los que se quedan en casa”» (2015:23). En ello iba una continuación del bautizo: si allí propugnaba la necesidad de preservar la extrañeza de *lo* recién nacido, aquí sostenía que «[l]a idea de adaptación» es «una idea centrípeta por excelencia, que piensa el conocer como *asimilación* de los objetos; y asimilarlos, familiarizarlos, hacerlos semejantes a lo propio, es despojarlos justamente de cuanto en ellos había por conocer; se diría, pues, que se trata de desvirtuar la actividad cognoscitiva, suplantándola por su fingimiento» (2015:23).

Y Collodi, pese a sus hallazgos felices, había arruinado su novela al caer presa de las incipientes teorías pedagógicas de su tiempo. El problema no radicaba en el uso de una lengua *aniñada*, sino en la decisión de arrancar a Pinocho de su extrañeza de madera para convertirlo en un niño corriente y moliente. La novela había acabado premiándolo con la *asimilación*. El prólogo arremetía con tal brío contra los «pesares» del texto, que es posible que ni toda la oleada contrapedagógica hubiese bastado para que la editorial lo aceptara. En la sombra debieron de estar las gestiones de su cuñado, Javier Pradera, entonces al frente de Alianza Editorial. Y es que, con ser breve, el prólogo intervenía frontalmente contra el texto, anticipando los «Comentarios del traductor», y prefigurando el rescate de otra embestida, «El caso Manrique», convertida en prólogo a la poesía completa de Jorge Manrique lanzada por Akal ya en 1983.

Todas sus intervenciones fueron severas. Todas practicaron una torsión radical sobre los textos. En todas censuró al autor y encontró el modo de redimir a las criaturas de los abusos cometidos contra ellas. Conviene que no quede ninguna duda: fue implacable,

invasivo, brillante y siempre le movió un deseo de redención. Son numerosos los episodios en que algo destella intacto en el pasado como promesa. Afín en esto a Walter Benjamin, con ellos dibuja la genealogía de una voluntad inextinta, tangible en documentos, novelas, versos, lienzos que a través de los años sigue afirmando su negación contra cuanto le hace violencia. Valgan dos pecios de motivo pictórico:

(*Bodegón*) Hasta muerta y colgada boca debajo de un clavo en la despensa conservaba la liebre su esquivada, perseguida y dolorosa dignidad (2015b:56).

(*Ante el retrato de Juan de Pareja*) Tal vez me alegraría si me enterase de que quería a su criado y lo trataba con dulzura, pero, con todo, me conformo con ver hasta qué punto la incorruptible lealtad de sus pinceles no supo negarse a emanciparlo de toda servidumbre imaginable, reconociendo y fijando para siempre, en esa levitante inteligencia y seriedad de la mirada, el aura de la más alta condición humana (58).

No sé si estará de más recordar aquella lata de la pensión de doña Tere que exhibía una reproducción de *Los Borrachos* y causaba enormes sustos cuando, al desabollarse, *volvía a su ser*. Quizás fuera un anuncio temprano de esta aura. Los pecios citados son emblema de una afirmación desafiante. Lo contemplado vuelve su propia mirada contra el contemplador y se constituye en sujeto. Nunca se entrega a la mirada; se pertenece a sí mismo. En 1974, en el pregón a Villalar —que habrá de ocuparme por extenso— lo expresa en estos términos: «cada cosa impone su propia condición y se resiste y se hurta a quien intenta violentarla con cualquier uso que la contradiga» (2016:68-69).

Su propósito es desembargar los textos de aquello que la ideología del tiempo ha perpetrado sobre ellos, y a tal fin realiza siempre la misma operación: atribuye cuanto reprueba a injerencias espurias que refuta aduciendo reglas y leyes inherentes al género literario de que se trate. Al realismo social, por ejemplo, le reprocha su nociva querencia por la «novela de representantes» (2015:126), en cuyas manos «la literalidad es confutada y derogada por la función representativa, lo sensible subsumido por su actividad simbolizante, lo particular empírico laminado por la resonancia categorial: no hay más que luchas entre categorías» (128-129). No es otra la «estafa, por no decir escarnio, a los lectores», el «tongo pedagógico» (129) que también habrá de aplicar a Collodi. Para impugnar adopta la figura de *la venganza del arte*, probablemente tomada de Benet, que en *La inspiración y el estilo* (1966) había aducido de forma similar «la venganza de la literatura» como «una pasión que no se deja avasallar por el afán docente, ese espíritu informativo antes que artístico» (1999:166). El error de Collodi estaba en haberse encauzado hacia los *relatos de redención*, a saber, aquellos en los que, al cabo de su periplo, el personaje es restituido a la

figura original de la que ha sido desposeído. Sin embargo, aquí no había habido un niño anterior al de madera. Collodi podía empeñarse en *traicionar* a Pinocho apostando por «el allanamiento, uniformación e integración del que no es según el mundo quiere», pero sería en vano: «el arte se ha negado a hacerse cómplice de la discriminación, segregación, expulsión o destrucción del niño diferente, [...] y Pinocho sigue siendo aceptado, acogido, celebrado y amado entre nosotros, en toda su diferencia y su singularidad, en toda su auténtica identidad de verdadero niño de madera» (2015:41).

Dijera lo que dijera Ferlosio, ese nuevo *Pinocho* era invención suya; reescritura de un texto ajeno; mediación con *lo otro*, y hasta una traducción, en cierto modo, que no disuena demasiado de la suscitada por Victor de Aveyron. ¿No era Itard, pese a la expresa simpatía que le merece, el aguerrido abanderado que, lo mismo que Collodi, aspira a conducir a su criatura a la forma humana mediante las recetas en boga? Con menos fasto, la indiscreción era sustancialmente la misma; también aquí se trastocaba la estructura de valores del texto original. Por clásico que fuera, el libro no podía ser recibido sin más; debía ser reenfocado de tal modo que el lector lo leyese contra Collodi. Por obra del prologuista quedaba abortado el original y se abrazaba el que no llegó a producirse pero destella como una promesa traicionada. Collodi había sacrificado el *ser* de Pinocho al *deber ser* de la pedagogía; Ferlosio —recuérdese «Niño fuerte» y «El juego»— imponía el *deber ser* del arte para restituir a Pinocho en su ser. Es evidente que la animadversión no paraba en cuestiones estrictamente artísticas: el prólogo era una intervención perfectamente epocal.

La capacidad de suspender el sentido de lo dado para crear otro nuevo es uno de los hallazgos que Ferlosio y otros miembros de su generación han de practicar con la tradición vernácula. Producir lecturas sobre los textos del pasado es uno de los mecanismos de articulación de comunidades y constituye, por lo demás, la forma de vida de la tradición. Cada época, cada autor —no creo que cada individuo: este es un derecho tal vez vinculado a la soberanía del lector— viajan al escrito que dan por original para extractar unas líneas, auscultar algo perdido o dejarle atada una glosa. Cada época escribe consciente o inconscientemente prólogos que se asientan sobre las mismas bases que el que Ferlosio pone a Collodi. Donde la tradición reinante es insatisfactoria se dispara la búsqueda de otras: en los años sesenta y setenta, muchos de los más jóvenes tienden a inventarse una que, fruto en parte de un rico sistema de traducciones, se espeja en modelos extranjeros; la generación del cincuenta, por el contrario, propende a revisar episodios de la propia lengua. Poco después de aquel prólogo escribirá unas líneas que le son estrechamente afines: «el siervo de la historia [...] tiene por ley acatar lo acontecido ya simplemente por acontecido»

(2016:69), mientras que hay otro tipo de actitud basada en «proyectar o mantener retrospectivamente sobre lo ya escrito, sobre lo acontecido, la voluntad contraria, la voluntad que se obstina todavía en seguir queriendo lo que no ocurrió» (69). Es la voluntad que impugna el texto escrito y mantiene ante los lectores el que *pudo ser*, quizás también el que *debió ser*.

Esa hermenéutica de la historia se corresponde con la atención que a partir de entonces tenderán a prestar los estudios literarios al fragmento, a la disrupción episódica, que desmiente los postulados del libro poniendo en crisis la totalidad que los hospeda. Tales mecanismos no fueron menos importantes en la habilitación de un pasado alternativo a cuya luz —por mortecina que fuera— se descubría la contingencia de lo dado. Ese es el trasfondo de «El caso Manrique», dramatizado bajo la figura de un pleito entre Menéndez Pelayo y Juan de Mairena en el que Ferlosio es juez y parte. La disputa se atiene a si las coplas manriqueñas constituyen el «doctrinal de cristiana filosofía» (2015:274) que ve en ellas Menéndez Pelayo, o si son el canto a lo percedero por el que abogan Mairena-Ferlosio. Estos es: si en ellas prevalece la «función representativa» y, por tanto, «la literalidad es confutada y derogada», o si, por el contrario, «lo sensible» se libra de ser «subsumido» por la «actividad simbolizante», «lo particular empírico» de ser «laminado por la resonancia categorial» (274).

Puesto que lo primero corresponde al ámbito de la pedagogía y la instrucción mientras que lo segundo es lo propiamente lírico, ya se intuirá cuál es la resolución del pleito. La venganza del arte contra lo espurio no se hace esperar. Alfanhú acaba con don Zana. Aunque todo parece darle la razón a Menéndez Pelayo, en cierto momento el poema sufre una revuelta interna y *vuelve a su ser* lírico: «por ese modo de elevarse de pronto tan a despecho de lo que las precede y las motiva es por lo que esas pocas coplas han conseguido siempre fascinar a los lectores con una fuerza que jamás por sí solas podrían haber tenido» (2015:298). Sin ellas no habría poema. Todo es obra de unas pocas «coplas desmandadas, escapadas de los dedos del poeta o, más aún, arrancadas a sus dedos por las propias cuerdas de la lira, insobornablemente fiel a lo percedero» (2015:299). Ahí va la reposición que logra el arte verdadero: de haberse ceñido al plan de Manrique, el pasado evocado por los versos

[h]abría sido un ayer domesticado; hermoso pero pasivo y sin peligro alguno, como un leopardo de salón, y no ese ayer activo, que tira zarpazos de verdad, que arrolla la palabra y se apodera de la voz y abriéndose como por sí solo hasta las cuerdas de la lira se alza con el poema y tañe su propia música y canta su propia canción. Porque no son ya los dedos del poeta los que hacen vibrar las cuerdas de la lira, sino éstas las que mueven los

dedos del poeta contra su voluntad; ya no es él quien verdaderamente actúa, sino la propia condición natural del instrumento, la virtualidad intrínseca del género. La consecuencia, por extremosa que pueda parecer, resulta inevitable: las siete (o nueve) coplas [se refiere a las que van de la 16 a la 22 o —con ciertas reservas que no hacen al caso— hasta la 24 (Cf. 2015:303)] en cuestión son sustancialmente anónimas; no anónimas en el sentido puramente anecdótico y superficial de que no conozcamos el nombre del autor, sino en el sentido mucho más real de que no han sido hechas por autor alguno, sino que han sido partenogénicamente engendradas en el vientre de la lira misma. Es un triunfo del género sobre el autor, de la cultura sobre el individuo [...]. La poesía tendrá siempre su morada en las anónimas cuerdas de la lira, nunca en los dedos ágiles o torpes del autor (2015:300-301).

La lírica se reposee, la cultura se impone sobre el individuo. Ferlosio ya ha empezado entonces a ensalzar el anónimo intelecto agente frente a los empeños de la figura aislada; lo *genitum* frente a lo *factum*. Esas teorías permiten recuperar documentos y tradiciones mediante operaciones de reescritura que actúan como prácticas de redención. Se salva a Pinocho de Collodi, a Víctor (con matices) de Itard, a las coplas de Manrique. Ferlosio no traduce ni prologa, trastorna y reorganiza una genealogía de lugares del crimen a los que vuelve años o siglos más tarde en calidad de abogado defensor. Es una pulsión estructural en su obra. Orienta la mirada hacia el lugar de una violencia que a veces —solo a veces— queda confutada por el mismo lugar. *Vuelve* a los lugares y a las víctimas; por ejemplo, a un cadáver en El Jarama para sentir su roce en la corriente del tiempo.

## 5.2.- LA INSTITUCIÓN LITERARIA

Su actitud moral es anterior y, como siempre, *Afanhuí* está lleno de anuncios, pero es después de *El Jarama* cuando su poética se dibuja con trazo preciso. Conforme vemos, va ensayándose como un dispositivo de lectura sobre los textos de los demás; mediante un sesgo o haz de orientaciones recurrentes que acaban cristalizando en una mirada idiosincrásica sobre la textualidad heredada; un poco como si para ganarse el derecho a la existencia fuese necesario diseminarse o infiltrarse diacrónicamente en los textos de los demás, apropiándose los. Son fenómenos mil veces observados, lo distintivo de Ferlosio está en que en su roce con escrituras pasadas busca el contagio de esa misma antigüedad. La prosa de Ferlosio suscita la impresión de una extraña temporalidad, de una fuerte impregnación de modelos anteriores.

Este fenómeno encuentra una manifestación reveladora en un cuento primerizo al que páginas atrás me he referido muy de pasada. Se publicó en 1952 en *Arriba* y se titula «Las casas nuevas». No solo está allí la violencia perpetrada contra una inocente, sino



también la voluntad implícita de habitar un lugar de aire vetustamente primigenio pese a su relativa novedad: su casa. Es tanto el trasiego histórico al que ha sobrevivido que su aspecto constituye una anomalía en la «calle ancha y moderna» en que se encuentra. Las impresiones engañan; su vejez no se cuenta en años. Eso es lo inquietante: «En el casco viejo de la ciudad había edificios que tenían ocho siglos, la casa de Juana Loré con apenas sesenta años, era infinitamente más vieja»; una paradoja que no hubiese extrañado a cualquier autor de la Edad de Plata. Juana Loré y su casa son supervivientes en mitad de las casas nuevas. No tienen nada que ver con su entorno. Han resistido incólumes las embestidas de varias guerras y la de un progreso que las amenaza en forma de eficiencia urbanística. El cuento relata su historia de calamidades y la muerte de Juana Loré, humilde, abnegada, trasunto del «héroe anónimo de todos los tiempos» (S. Ferlosio 1947:3). Al final del relato esa casa antigua está vacía. Sospecho que el narrador querría ser su próximo inquilino.

Los escasos textos que vieron la luz en los años sesenta y setenta fueron en gran medida tanteos de esa ocupación. Idénticas en ello a los casos ya observados, sus contadas incursiones de crítica literaria en la prensa se centraron en la impugnación de los rasgos sobre los que se había levantado la institución literaria moderna. Un poco al modo de quien detecta trasuntos de la casa de Juana Loré, se empleó en subrayar espacios y posibilidades abortados y, con regodeo en la provocación indignada, procuró liberarlos de los modos de vigencia con que a su juicio el devenir los había corrompido. Me refiero tan solo a dos piezas, pero son importantes para delimitar el lugar de su prosa. «Mercadería teatral» (1962) versaba sobre los desastres que actores y directores habían venido perpetrando contra los principios de un arte que debería sostenerse, por encima de cualquier cosa, en el respeto distante a las palabras de los personajes. Me centraré en el hecho de que impugne las experiencias dramáticas de su tiempo —en las que la «insuficiencia del actor» «ha constituido en norma lo bastardo», que ha cuajado en un *estilo* (2016:329)— poniendo como piedra de toque lo que dicta una forma pretérita, *La Celestina*.

En esa obra, urdida mediante una «palabra a menudo más escrita que hablada» (329), encuentra el contramodelo a esos usos teatrales que allanan a los personajes sobreinterpretándolos, fagocitándolos mediante una expresividad prosódica y gestual que desnaturaliza el texto. En el respeto casi reverencial por las palabras de la obra sitúa Ferlosio el modelo del actor, que debe aplicarse a la difícil tarea de dar voz al personaje sin apropiárselo y, sobre todo, sin anticipar de ningún modo el destino final al que la obra lo conduce: lo conoce el actor, no el personaje. Lo propio del drama, dice, es ofrecer el

acontecer mostrándolo en el instante en que aún nada se ha resuelto, cuando cada decisión es todavía una acción libre y no una cifra en la suma final. Se trata de permitir que el documento del pasado se reviva.

Aunque tendré que matizar su alcance y mostrar los problemas que apareja, la hipótesis desde la que interpreto estos textos es que en la conformación de su prosa tuvo lugar una operación similar: procuró recurrir a ciertos modelos del pasado para recuperar un decurso que la diacronía había cancelado. El documento del pasado no es un tramo de historia literaria, sino un testimonio de que la evolución de las letras, los estilos, la literatura pudo (y hasta debió) haber sido otra. El meollo en Ferlosio —la cuestión requerirá de varias páginas— siempre estribará en la licitud de resucitar ese pasado.

Suspender el sentido para que el texto del pasado se pertenezca a sí mismo permitía fundar en la tradición nuevas posibilidades. Ya advirtió Catelli que en el arranque de *Las semanas del jardín* se escenificaba una «fundación» (1991:144). Habla allí Ferlosio de una memoria que preserva los objetos que atesora separados de las elaboraciones conceptuales que nos hayan podido merecer desde que ingresaron en ella. Entre el objeto y la impresión media un lazo, pero no una identificación; las lecturas se vinculan al objeto, pero no se confunden con él ni lo modifican; componen a su alrededor un historial de evocaciones:

La memoria conserva los objetos lo bastante disponibles, y el juicio guarda con ella la suficiente independencia, como para que un objeto recordado pueda siempre suscitar nos apreciaciones nuevas, distintas y aun contrarias de las que provocó en su primera aparición. Esta constatación, en modo alguno nueva, vendría a condicionar y a limitar la concepción [...] de una memoria esencialmente reelaboradora [...]. Pero en contradicción con esta hipótesis, [el objeto] parece, en cambio, dispuesto a soportar sobre sus hombros toda una historia de rememoraciones, sin que ninguna incompatibilidad entre juicios subsiguientes exija la sucesiva destrucción de los antecesores destronados; lo que quiere decir que en esa misma medida se mantiene el objeto idéntico a sí mismo, distinto y separado de su historia de recuerdos, como polo común de todos ellos. Mi idea, en una palabra, es la de que cada nueva evocación no se proyecta —o no tiene por qué hacerlo— sobre el último cociente de esa historia, sino que se halla siempre en alto grado facultada para saltar cada vez por encima de ella, dando de nuevo alcance al propio documento original (2015:49).

El empeño por dar alcance al documento original, el deseo de revivir una posibilidad abortada habrá de compartirlo —si bien sus declinaciones serán muy distintas— con otros miembros de su generación. Distingue a su prosa la querencia por cauces expresivos y genéricos que la coordinan con modelos regocijadamente arcaizantes. De algún modo —como la casa de Juana Loré— se jactó orgullosamente de suspender tanto el influjo de los modelos prosísticos de su tiempo como el de la institución y el proceso histórico que los amparaba. No hay testimonio más rotundo que la salida de tono

motivada por la conmemoración del cuarto centenario del nacimiento de Lope de Vega. No cabe duda de que era difícil dejar pasar la ocasión de atentar contra el prócer, especialmente por la dimensión patriótica que rodea tales efemérides. Pero había algo más: Lope era la cifra de una tendencia que se impuso en su tiempo y había prosperado hasta la fecha. Abominar del uno era abominar de la otra para entroncar con una tradición truncada y añorada:

Las letras españolas, ilustrísimas hacia el fin de la Edad Media —con Hita, Mena, Manrique, Rojas—, y que todavía en la Moderna tiene literatos que aún sabían lo que se hacían —y nótese que aún no eran literatos puros—, como los de la vigorosa segunda generación del siglo XVI —la de fray Luis, de Arias Montano, del Brocense—, sucumben como de pronto al final del mismo siglo merced a la elevación de la literatura a pasión nacional. Ahora sí que son todos literatos puros, pero tampoco son más que puros literatos (2016:334).

A partir de entonces «[d]eja de haber literatura en un sentido propio, que es el de confección de obras escritas, y todos a una se consagran los autores a la cría y elaboración del literato *par lui-même*, pasando ahora las obras al lugar del serrín y la viruta que se desprenden en la larga, difícil y comprometida fabricación del literato y van disseminando el suelo del taller» (2016:334-335). A partir de entonces se cierne sobre el escritor *el grotesco papelón del literato*.

El repudio de la literatura de ficción que exhibirá en sus futuras comparecencias encuentra en esta pieza de 1962 su argumentación histórica. Faltan solo tres años para que *El Jarama* pase a abrirse con la nota que restituye a Casiano de Prado, «extraordinario escritor» —ni por asomo *literato*—, la que considera «con mucho la mejor página de prosa de toda la novela» (2006:5). La mejor página —bien que inconfesadamente retocada por Ferlosio— data de 1864 y procede de la *Descripción física y geográfica de la Provincia de Madrid*. A este gesto de recuperación de la prosa científica vernácula también había contribuido Rafael Sánchez Mazas en su «Introducción» al *Diccionario Geográfico de España* (1956), rescate de una genealogía de geógrafos y naturalistas sembrada de elogios a la curiosidad como motor de la ciencia.

Tanto por su fortuna teatral como por lo que hay de manifiesto en su *Arte nuevo de hacer comedias*, quizás Lope —al que en otro lugar tildará de «precocísimo inventor de la industria cultural» (2016:275)— sea el principal testimonio de los cambios estructurales que estaban experimentando los modos de producción y consumo al reducirse la presencia del mecenazgo. Con Lope cobra entidad escandalosa el desplazamiento del circuito económico hacia la relación del autor con los espectadores y, con ello, surgía la necesidad de que el

autor *se produzca* como marca, como firma. Salta a la vista que Ferlosio no solo andaba a la brega con la *nacionalización* de la historia literaria, sino también con el rostro mercantil que lo literario iba a adquirir en el paso del siglo XVI al XVII.

Sobre ello discute un año después por carta con Manuel Sacristán, o así se infiere de la respuesta que este le envía el 16 de septiembre de 1963, único documento accesible de su correspondencia. Atosigado por las especulaciones sobre el mutismo que sucedió a *El Jarama*, Ferlosio le habría expuesto que el silencio respondía a su rechazo a «escribir por deber profesional, o sea (si no me excedo en libertad al leer)» —colige Sacristán— «no quisiste verte obligado a escribir porque la oferta esté organizada según una determinada división del trabajo. O, dicho aún más cruda y simplísticamente: no quisiste que aparecieran con tu nombre libros causados muy directamente por la oferta organizada» (Sacristán 2010). A juzgar por lo que sucedió, el alejamiento del *sistema de división del trabajo* que aduce el marxista Sacristán puede estirarse a una repulsa al *sistema de división de los géneros literarios* y su *oferta organizada*. Ciertamente, el antiprofesionalismo y la intervención sobre el espacio que su nombre ocupa en el sistema literario serán rasgos muy acusados. A ojos de Sacristán, Ferlosio es presa de un síndrome histórico que describe la sombra de Heine: su «crisis», su «inhibición» habría arrancado a mediados del siglo XIX (en los alrededores de la «revolución proletaria» de 1848), momento en el que los autores habrían empezado a sentir que sus obras se veían inscritas y sobredeterminadas por la lógica del mercado y en el que experimentan ambivalentemente su conversión en mercancía. En ese nuevo mundo, el autor se profesionaliza, se convierte en un abastecedor de bienes de consumo; ingresa en el juego de la oferta y la demanda.

La escritura queda así mediada por instancias cada vez más potentes (editoriales, periódicos, críticos, premios) que preceden al autor y a *su* obra y que actúan sobre ellos orientando y hasta determinando su estatuto y su modo de recepción. Así, la obra resulta *prescrita* en los dos sentidos de la palabra: por una parte, motivada (*causada* es el fino verbo de Sacristán) por agentes externos que establecen un ritmo de publicación y alientan la rentabilidad temática y formal de lo escrito y, por otra, escrita por ellos en forma de publicidad, recensiones críticas y demás espacios de visibilidad que la enajenan del autor y la *realizan* antes de que llegue a manos del lector. Es en el seno de estas nuevas condiciones donde adquieren su plena significación los proyectos de forja de un arte ajeno a las leyes del mercado, un arte autónomo que incluso llegue a problematizar su inteligibilidad, resistiéndose ariscamente a engrosar la condición de lo fungible.

La propia dinámica del mercado exigía, a su vez, la producción del autor como marca. La «progresiva *dimensión mercantil* de la escritura», señala Pozuelo Yvancos (2006) siguiendo a Antonio Campillo, conducía al «triumfo decisivo del *nombre de autor* como valor de comercio y garantía de consumo. El mercado editorial es, cada vez más, un *mercado de nombres propios* y el mayor problema de cualquier autor que empiece es, paradójicamente, el de *hacerse un nombre*. Nombre que ya tienen y disfrutan ampliamente, lo cual no deja de ser una ironía, algunos de los autores filosóficos más cotizados por su nombre y firma, que vienen a coincidir muchas veces con los que han puesto en cuestión la categoría del autor y del nombre propio» (Pozuelo Yvancos, 2006:47).

También Ferlosio, cuyo nombre lucía en letras de molde, experimenta ese rechazo. Carlos Piera recordaba cómo por entonces, al ver «un libro con la foto del autor en la solapa o en la contracubierta, Ferlosio lo deplora» (cit. en Fernández 2017:225). Un libro muy posterior, *Non olet* (2003), lo abordaría por extenso, pero escribió ininterrumpidamente sobre ello de forma temprana. La crítica a las prácticas en las que «el objeto se eclipsa enteramente al supeditarse a la función de mero instrumento del éxito personal» se leen en un texto de los ochenta que alcanza lo mismo a ciertas figuras del toreo que de «la canción moderna», toda vez que en ambos casos la interpretación y la faena se ven degradadas a servir de «publicidad» al artista, que acaba convertido en «puro esclavo del público» (2016:57).

Lo que sucedió a *El Jarama*, el maltrato de la propia novela, la impugnación de la literatura de ficción, fueron empeños por socavar el lugar que le tenía preparado el mercado literario y la esclavitud al público; reposiciones de su nombre. En 1980, con orgullo aristocrático, Ferlosio anotará que «[l]a actitud de los públicos tiende cada vez más a ser un permanente control contra cualesquiera pujos residuales de individualidad» (2016:58). No iba a ser él el tipo de escritor que pide, como el cantante, de forma «contorsionada y babeante [la] súplica del público» (58). No satisfaría su afán de «dominio sobre el individuo». Escogería «la arrogancia, supuesto que el arrogante es el que se rebela, aunque sea impotentemente, contra su propia dependencia, y rebelarse contra la dependencia es sublevarse contra el poder del público» (58). Son varias las sublevaciones que entonces le ocupan. Era solidaria de la contracultura la denuncia de la domesticación a que había sido sometido Pinocho, y otro tanto cabe decir del pasaje en que *Las semanas del jardín* celebran al onagro bíblico que, contra lo que pudiese contar Yavé, «era, en verdad [...] un cimarrón, un borrico insumiso y caprichoso que se le había escapado de la gran reata: el ronزال lo había serrado con sus propios dientes y las estériles estepas las había alcanzado por su

propio pie, porque la libertad solo se roba; no puede recibirse como un don: libertad es la de los cimarrones, no la de los libertos» (2015:68). También una pieza de febrero del 1968, «De los orígenes del perro», subraya cómo el perro y el gato, al hacerse cimarrones, nos muestran «cuál fue estado y condición que precedió inmediatamente a su domesticidad» (2017:481).

Lo que aquí importa dilucidar es quién quiso ser, qué imagen opuso a la domesticidad que el mercado le había echado encima. En el actual estado de cosas, no había cancelación posible de la figura autorial; todo lo más cabía tratar de imponer la propia. ¿Qué autor sucedió al autor de *El Jarama*? Poco después del éxito de la novela comenzó una intensa confección de imágenes enderezadas a imponer el lugar simbólico que su nombre y prosa querían ocupar. ¿No se había iniciado su andadura en el mercado con un muchacho que se fabricaba tanto sus propios utensilios de escritura como su alfabeto? Desde el principio había fabulado con manufacturarse. Podría parecer una provocación sostener que quien se significó por desdeñar olímpicamente la lógica del mercado cultural se empleó concienzudamente en la construcción de una imagen pública, pero así fue. No le quedaba más remedio que reproducir aquello que reprobaba. Como señaló José Luis Pardo (2009) «[t]odo esto que hoy parecen extravagancias (la supuesta desafección hacia la literatura, hacia la cultura, hacia el arte, etc.) no son más que los gestos auténticamente normativos y fundadores de la figura del escritor moderno, que cifra en su autonomía con respecto a los diversos poderes en liza la autonomía de su propia obra, su independencia y, por tanto, su capacidad crítica».

Así pues, aunque en diversos lugares recordara que «no en vano dijo don Eugenio d'Ors que el mayor enemigo del arte era la firma» (2017:298, y antes en 1971:1), convendría plantearse si las condiciones para el ejercicio de la autonomía no emanan, precisamente, de la visibilidad alcanzada a través de ella. Hay una necesidad de *producirse* como firma que, textual o paratextualmente, tiene su correlato en la necesidad de inscribirse en el volumen mediante un rostro u otras rúbricas susceptibles de transmitir una *presencia*. A ello se atiene Ferlosio posando con perfil extemporáneo. Aquella vieja fijación por la tipografía comparecería, por ejemplo, en *El geco* (2005), miscelánea de cuentos y ensayos que se presenta como la obra de un *amateur* desinteresado por la publicación de sus trabajos: la cubierta es foto de un sobrino; la reunión de las piezas, de un amigo; la edición, de un empeño ajeno. Al cierre del volumen, la nota de impresión reza así:

Esta obra se compuso en tipos de la familia Bembo, diseñados por Francesco Griffo para el libro *De Aetna* del cardenal Pietro Bembo, impreso en 1490 por el

veneciano Aldo Manucio. La distinción con respecto a los tipos humanísticos existentes consistía en una modulación oblicua, un elegante contraste entre los trazos gruesos y los finos, unos rasgos terminales más ligeros y un filete horizontal en la “e” de caja baja. En 1530 el célebre tipógrafo Claude Garamond fundió sus tipos sobre la base de esta romana clásica. El libro se concibió el día 5 de septiembre de 2004 en el domicilio de Rafael Sánchez Ferlosio en Coria, después de que Demetria Chamorro y Juan Sánchez Torron convencieran al autor de la conveniencia de publicarlo. Eduardo Gonzalo recopiló los textos, Pedro Gómez Carrizo se encargó de lidiar con los diablillos de la imprenta y Alejandro Pradera fotografió en Coria un simpático geco para la cubierta. Joaquim Palau y Carina Pons siguieron el proceso con paciencia y atención. Se terminó de imprimir en Artes Gráficas Huertas el 7 de enero de 2005, día en que, según un tratadista apócrifo, Miguel de Cervantes empezó a escribir la segunda parte del *Quijote* (2005, nota de impresión)

Erudita, familiar, afectiva, la nota aparta el libro de los procesos industriales. Ya observó Roberto Echevarren (1982) en la edición de *Las semanas del jardín* una operación similar: «En nuestros modernos libros de tapa blanda, las contratapas son un espacio llenado por lo común por el editor con un tonto texto de propaganda. En este caso, el autor se ha volcado también sobre esa superficie, apropiándose, y nos ha regalado sendos textos complementarios que según su ubicación plantean la cuestión de sus relaciones con el texto interior. [...] Ferlosio la[s] libera de su función propagandística» (1982:672). Hará exactamente lo mismo en la contracubierta de *El alma y la vergüenza* (2000). En tiempos de la mercancía, Ferlosio se conduce al modo de un hombre orquesta. Quiere estar presente, siquiera vicariamente, en todos los momentos por los que el texto es transformado en libro; ocupar sus pliegues en un gesto artesanal enderezado a su autenticación. *Non olet* (2003) homenaja las primeras formas de producción industrial y el *Quijote*, un año después de que le fuera concedido el premio Cervantes. Ambos fenómenos anclan la escritura de Ferlosio en el espesor de la tradición, pero también indican la extrema distancia cronológica que media entre el presente y el mundo convocado. En esa distancia querría internarme.

### 5.3.- GOCES PASADOS

Me parece que la conjura y los conflictos de esa distancia son uno de los temas de un trabajo que prepara entre 1969 y 1970, pero que no verá la luz hasta fecha tan tardía como 2009, *Guapo y sus isótopos*. Dando rienda suelta a una lectura sesgada, sugiero que además del fenómeno estrictamente lingüístico para el que la acuña, la *isotopía* puede proyectarse sobre las tensiones de su genealogía. Conforme la exposición de Ferlosio la isotopía constata, en tanto que lugar o espacio, cómo en el seno de una familia de palabras afines se produce,

pese a sus afinidades, una mutua repelencia a aparecer coordinadas en la misma oración. Entre ellas se manifiesta «de pronto un salto que interrumpe la continuidad o, por así decirlo, como un escalón en que se quiebra, en un punto preciso, la rampa de las afinidades» (2015:318). Guardan un «parentesco general» (318), se nos figuran «compartiendo su morada», sujetas por «un vínculo [...] en el seno del acervo», pero algo repele su copresencia; no es que se opongan (no son antónimas) ni que sean redundantes (no son sinónimas), sino que se excluyen «por el hecho de ser tenidas por respuestas a una misma cuestión» (319).

Mi sugerencia es que lo que vale para el acervo, el parentesco y la morada de la lengua también vale para las relaciones de parentesco entre diferentes proyectos de escritura o poéticas. Algunas de ellas se acogerían a un mismo espacio, pero no consentirían coordinarse. No estarían en liza, no construirían su identidad las unas contra las otras; no, al menos, de un modo tan excluyente que disgregase su parentesco, pues lo que las caracteriza es precisamente su cohabitación (aunque de ningún modo, recuérdese, su coordinación): sus unidades «se diferencian las unas a las otras pero no se niegan las unas a las otras.» (343) Los límites de la analogía que estoy proponiendo son evidentes. No hay homeogeneidad entre proyectos poéticos y el sistema de la lengua. Nada de lo que digo puede caracterizarse de «hecho positivo de reorganización lingüística» ni de «movimiento autóctono» (320); nada de lo que pueda proponer se aproxima ni remotamente a una «fuerza ciega que, como una especie de adherencia fáctica, tiene sujetas las palabras mismas» (322). Lo que aquí me interesa es «la existencia de una familia de parentescos» (337) cuyos miembros son renuentes a dejarse ver juntos.

La isotopía podría permitir explicar la incompatibilidad entre dos términos que, no obstante, se aliarían en su confrontación a un tercero. Señalaría un núcleo de afinidades al tiempo que sostendría la mutua extrañeza que sus miembros guardan entre sí. La isotopía poética de Ferlosio con la que aquí voy a trabajar es la que lo vincula con los imaginarios antimodernos, de los cuales retiene —por vía paterna— un culto al arcaísmo decisivo en su manera de convocar el pasado. Creo que este es un proceso determinante que tiene lugar en los años sesenta cuando, según anticipaba en el cierre del capítulo anterior, los proyectos de *porvenir* pasan también por modos de relacionarse con el pasado. Lo ilustraré a partir de *Guapo y sus isótopos* (2009); concretamente, mediante el pasaje en el que reconstruye cómo la palabra *guapo*, natural del ámbito de la rufianería, ingresó en la isotopía que forma con *mono*, *bonito*...



No he de seguir el desarrollo de su minuciosa argumentación; tan solo lo que sucede al conjuro de la palabra. Lo que hasta el momento era la investigación de un fenómeno lingüístico alcanza de pronto tal incandescencia erótica que su autor no puede evitar desbocarse y apostrofar el cuerpo de un fantasma deseado. Unas líneas antes de la excitación, al ilustrar cómo *guapo* empezó a operar fuera de su ámbito de origen, ha imaginado a la madre que, a fin de ensalzar su amor por su criatura, ha necesitado echar mano de un término extremoso, que traspusiera violentamente un límite: «La pasión de la madre transporta, con la figura del rufián, la belleza de su hijo más allá de la maldición que la prohíbe, allí donde, sin afrenta y sin renuncia, se manifiesta y triunfa la belleza (*et durae quercus sudabunt roscida mella*)» (2015:371). Lo mismo hace él entre arrebatos líricos al calor de un cuerpo y un mundo antiguos. Sin saber cómo, nos encontramos súbitamente con este pasaje: «Me gustaría que se nos cayesen de pronto, a ti y a mí, estas oscuras, sofocadas ropas, que pudieras dejarte mirar, de capa corta y con calzas atacadas, procazmente ufano de toda tu belleza y todo abierto como un pavo real en el sol público de las esquinas, para poderte decir sin rebozo todo lo que tu vista me provoca» (371).

El fragmento se introduce entrecomillado, a modo de ilustración de lo que viene exponiendo, es decir, que «el propio impulso que lleva a la alabanza, esto es, la pasión, necesita siempre de palabras que franqueen algún límite para colmar sus ganas expresivas; la pasión, que es, por esencia, de natural descomedido, no acierta a expresarse satisfactoriamente si no es rompiendo algún comedimiento» (370). Y para ello, añade, «[h]ay que echar mano de palabras fuertes; hay que ir a los mundos proscritos, a la vida airada, a la putería y a la rufianería, a buscar las palabras atrevidas, impúdicas, descomedidas, que necesita, para expresarse, la pasión. Si una vez la pasión rescata a la palabra, otra vez la palabra socorre y aun redime a la pasión» (370). Pero el *in promptu* erótico no es solo ilustración de algo que, por lo demás, no necesitaba ser ilustrado. Es un chispazo, un contagio del mundo imaginado sobre la propia escritura; la manifestación de una pasión que ha necesitado franquear las pautas que la prosa ha seguido hasta el momento para abalanzarse sobre un ámbito al que solo se llega quebrantando alguna regla, con «osadía», «descomedimiento», «proscripción», «procazidad»... (370) Para alcanzarlo había que «adentrarse por senderos peligrosos de sentimiento y expresión» (2015:69), para decirlo con un pasaje de *Las semanas del jardín* donde confluyen la libertad, la rebelión y el amor.

Ese es el enclave donde se encuentra el objeto de deseo que uno no puede limitarse a describir; el ensayista necesita *rozarse*. Los escenarios del pasado son territorios de goce.

Muy poco después de este episodio comentará las coplas manriqueñas para cancelar toda pretensión moralizante frente al entusiasmo sensual: «el lector sale de la lectura del poema absolutamente dispuesto a vender su alma, a dar la propia eternidad a cambio de poder ver, siquiera por la rendija de una puerta, las fiestas de los infantes de Aragón, de poder *volver* a oír, aunque sea desde el último rincón de las caballerizas, “las músicas acordadas que tañían”» (2015:292)<sup>12</sup>.

No fueron meras veleidades. Son desplazamientos hacia el lugar idealizado, el origen nostálgico que solo es recuperable mediante el recurso —exagerado, irónico, sincero— al travestismo histórico. Hay algo libidinal: en el ayer está el cuerpo palpitante, liberado de embozos, hecho para el goce desatado. Ahí está también, en un texto olvidado de 1974 —«Entre la “liberación” y el sultanato (Defensa del pudor)»—, la cita de la «copla popular» que muestra

hasta qué punto la más explícita y literal procacidad puede llegar a hermanarse (como quizá alguna vez saben hacerlo los propios cuerpos de los enamorados, o como acaso acertó a veces a hacerlo, en representación, la sublime lascivia de abrazo carnal en las figuras de los atorrelieves de los templos indios) con la más alta dignificación de la carne en la fugaz apariencia sensible de su figura mortal, al cantar con toda la delicada gentileza de un agradecimiento que parece incondicionalmente anticiparse —añorando y no pidiendo— a un don que sólo quiere tener por verdadero allí donde llegase a serle concedido en la más libre y espontánea gratuidad: “Debajo de mí te vieras, / cuerpo de tanto donaire; / debajo de mí te vieras, / por que no te lleve el aire” (1974:37)

Una vez se sacuden lo que las constriñe, las energías liberadas se encaminan al pasado. La constricción es el medio que conduce a la intensidad erótica de los estallidos: «La pasión echa mano de las figuras capaces de representar el triunfo que ella añora: no es que eche de menos la rufianería, es que echa de más la maldición que de ella le separa y que cercena con el mismo tajo también su propio mundo» (2015:371). Hay añoranza y un hiato que debe ser cubierto, y al final del proceso se produce la distensión: «Si la efusión de la pasión [...] rescata por una vez a la palabra, otra vez la palabra socorre y aun redime a la pasión» (371). Lo prohibido ha sido salvado momentáneamente («por una vez») de su estigma apaciguando el dolor de la separación.

Pues bien, la tesis es la siguiente: en la recurrente impostación de modelos antiguos late un deseo de reconciliación estilística similar al que siglos atrás satisfacía la palabra *guapo*. El imaginario que Ferlosio añora y desea resultaba inalcanzable por algo más que la pura distancia cronológica; tanto lo habían manoseado los años cuarenta y cincuenta que estaba

---

<sup>12</sup> El subrayado es mío, y a él se debe que tome la cita de *Las semanas del jardín* y no del prólogo a *Las aventuras de Pinocho*, donde apareció por primera vez con ligerísimas variaciones (2015:40)

fuertemente connotado de nostalgia imperial. El travestismo, la subrogación fantástico-histórica habían sido el pan de cada día, a tal punto que los cuerpos y los nombres del pasado habían sido colonizados. Pero el deseo por el pasado vernáculo seguía allí, heredado por vía paterna y delicadamente connotado para cualquier escritor que abominase de las apropiaciones llevadas a cabo por el oficialismo. Entendida como isotopía, a la corte literaria de José Antonio le unía el pasatismo y cierta propensión declamatoria, así como la exhibición erudita que interpreta el acontecimiento del día a la luz de una querella remota y antigua. Por lo que hace al afuera de la isotopía, está claro: la repulsa del mundo moderno.

Recordémoslo una vez más: los elementos de la isotopía no se oponen entre sí, sino que lo hacen a algo externo. No obstante, el oído repugna verlos coordinados porque son diferentes respuestas a una misma pregunta. Propongo que esa pregunta sea cómo ha de relacionarse el presente con el pasado, ¿bajo qué condiciones puede revivirse? ¿Qué es lícito hacer con el inmenso registro de pasado que puebla los documentos y la imaginación del presente? Aspectos cruciales en su pensamiento como la querella entre los bienes y los valores —que reservo para el siguiente capítulo— pueden leerse como una tentativa de resolver esta cuestión. Al igual que en *Pinocho* o en las coplas manriqueñas, Ferlosio busca en el pasado aquello que se niega a servir a intereses ideológicos. Su mirada se posa en el placer, en el goce, formas efímeras que se cumplen en el instante y parecen igual que «un don [...] concedido en la más libre y espontánea gratuidad» (1974:37).

El cuerpo del pasado solo es tratado dignamente cuando se lo convoca en calidad de bien percedero, no como valor destinado a perpetuarse; es lícito convocarlo bajo la forma mortal de la lírica, como figura que se consume y no se deja atrapar. Las coplas manriqueñas entregan al «rey don Joan» y «los infantes d’Aragón» gracias a que la lírica, lejos de eternizarlos, los logra «mortalizar, o *remortalizar*» (2015:295). Los versos consiguen que «la vacía y silenciosa sala de un sermón se llene de pronto al conjuro de esos nombres y se convierta en una casa habitada, iluminada, resonante de voces y de música» de manera que siga «sonando hoy —todavía—, también para nosotros, como un verdadero ayer» (295).

Es cierto, suenan *hoy todavía*, pero importa que lo hagan *como un verdadero ayer*. Dentro de unos pocos años escribirá un pregón para Villalar donde expondrá su hermenéutica histórica: «Para llegar a hacer honor como es debido a un ayer cualquiera [...], es preciso tratarlo lo más comedidamente que se pueda como tal ayer; lo que quiere decir, en todos los sentidos concebibles, no convertirlo en hoy ni por los actos ni por la fantasía» (2016:68). Es preciso, sigue, «dejar el ayer dentro de sí mismo, para sí mismo y allí

donde se esté, sin procurar atraerlo hacia nosotros más que en la precisa forma que pueda tolerar sin menoscabo» (68). La prohibición no puede ser más clara: «Dejar el ayer donde se esté es no hacerlo argumento, ni causa, ni razón, ni arma, ni instrumento del presente, y aun menos de esa otra asoladora y arreciante superchería que llaman “el futuro”; es no identificarse con él ni con sus muertos, no hacerlo emblema de cosas que jamás pretendió representar, ni alzarlo por pendón de empresas o querellas que nunca fue su intención abanderar» (68). Evitar que el pasado ingrese en el futuro es impedir que *se haga historia*, una conversión que opera «reduci[endo] a los hombres y a los pueblos a meros materiales e instrumentos de grandeza histórica y [...] hac[iendo] de la vida cuerpo de la historia, lo que siempre acaba equivaliendo a hacerla carne de cañón» (53; el subrayado es mío).

Para poder seguir siendo disfrutado, el cuerpo del pasado debía ser liberado de los usos con que lo violentó el fascismo. Era preciso deshacer la concepción épica de la Historia y deslizarla hacia el canto de lo perecedero, la lírica. Ese tipo de operaciones tenían mucho de diálogo privado con la obra paterna, en cuyo corazón está el anhelo nostálgico de revivir el pasado. El epígrafe que encabeza este capítulo, extraído de *La vida nueva de Pedrito de Andía* (1951), ilustra la intensidad de los solapamientos temporales que informan su mirada y la impronta que lo épico dejó en ella. El pasado fue un repertorio de fantasías de autenticidad y plenitud; algo aprendido en libros, cuadros, tratados, a lo que sus personajes han tenido la mala cronología de llegar demasiado tarde; una suerte de mayoría de edad que refulge ante los ojos arrobados de un presente enclenque o escuálido como sus jóvenes narradores. ¿Cómo no iba a ser grande la tentación de arrastrar aquellos tiempos al presente? Ferlosio hubiese vendido el alma por *volver* a ver la danza de los infantes de Aragón por una rendija desde el último rincón de las caballerizas; su padre entró en la sala donde bailaban y los enroló en la guerra del 36. Apenas terminada la contienda, en el exordio de su *Discurso del Sábado de Gloria* decía tenerlos ante sí formando en las escuadras de la victoria: «Camaradas aragoneses: Si preguntan ahora con el cantar antiguo: ¿Los infantes de Aragón qué se hicieron?, aquí dais la respuesta en pie. Y este es otro cantar. Aquí estáis los Infantes de Aragón verdaderos y enteros, la Infantería de Falange en filas cerradas, que ha prendido ya en los arpones de las cinco flechas de guerra, las cinco rosas frescas y triunfales» (1939:5). De la retórica y los imaginarios de la Falange había nacido un aprendizaje *a contrario*. Un pecio aparecido el 5 de noviembre de 1994 en *El País* y dedicado a Manuel Vicent lo indicaba: «Tengo que agradecerle a José Antonio Primo de Rivera el haberme proporcionado, con la fórmula de su concepción axiológica del hombre: “Portador de valores eternos”, la pauta o la falsilla más precisa para formular a mi vez lo

que vendría a ser no exactamente otra concepción axiológica del hombre, sino más bien la figura bajo la cual se vería representado en mis mejores deseos hacia él. En efecto, basta invertir término a término la formulación joseantoniana para sacar limpiamente esa figura: “Gozador de bienes efímeros”».

#### 5.4.- EN TORNO A UN ROSTRO

En adelante se trataría de dar usos opuestos a las mismas fantasías de su padre. A ciertos respectos, su obra y la de Sánchez Mazas serían distintas respuestas a la pregunta de cómo revivir el pasado. No lo mencionaría, claro, ni explicitaría la oposición. Después de todo, le debía mucho. El parentesco de la isotopía no podía tacharse sin más. Los comentarios del traductor eran claros: «Un sistema de vida, una existencia, no es algo que pueda adoptarse impunemente, de suerte que, abolidas las circunstancias que le han impuesto tal forma precisa, pueda el sujeto despojarse de ella como aquel que se cambia de vestido» (1973:282). No sé hasta qué punto el retrato de familia de Martín Gaité en *Ritmo lento* (1963) pudo nacer o contagiarse de aquellas relaciones conflictivas basadas en el autodidactismo, en cierto autismo del presente, en el desarreglo en horarios, convenciones, en la inadaptación casi extravagante de una actitud vital que parece llevar el sello de un clan... No sé si la truculenta clausura del libro refleja el parricidio imposible, la frustración de quien está condenado a vivir con y contra el padre, pero me parece muy verosímil.

No deja de resultar llamativo que las figuras paternas de dos de las tres novelas de Ferlosio aparezcan bajo el signo de lo elusivo: Alfanhuí es huérfano y, una vez que inventa su alfabeto, rompe de inmediato con sus vínculos de origen. Ricardo Senabre sostenía que «*Alfanhuí* tiene su origen primero, su núcleo germinal, en algo que los psicólogos conocen muy bien: la rebelión contra el padre» (2012:45). Nébride, por su parte, el grafómano retratado en *El testimonio de Yarfoz* (1986) —en la que trabaja desde los años sesenta—, acaba sus días escribiendo en una lengua que no es la de su pueblo natal. Su peripecia la desencadena la urgencia de alejarse de la posición política y simbólica que le corresponde por nacimiento: tras la muerte de su padre, monarca del reino, renuncia al trono que le está destinado a causa de la infamia y la sangre con que lo han mancillado sus tíos. La novela, que se acoge al género del testimonio, ha sido escrita por Yarfoz con el objeto de limpiar la memoria de Nébride de las calumnias de sus detractores; para rehabilitarlo ante la historia. Ambos personajes están marcados por una ausencia; mejor dicho: el narrador escoge

producir esa ausencia y escenificar la invención o el aprendizaje de una escritura distinta. En su alejamiento se *afilian* a nuevas comunidades, que abrazan entre orgullosa y patológicamente. Alfanhuí reina en una isla solitaria; Nébride consume sus días en una necrópolis entregado a convocar la memoria de los muertos...

No pocas facetas estilísticas y morales las había aprendido de su padre, del que en última instancia pudo haber brotado el deseo mismo de escribir. En la obertura de *La forja de un plumífero* (1997) habla del «vicio común» de la grafomanía —que le concedió el papel de hijo predilecto— y de cómo en él ha alcanzado «extremos patológicos» que eclipsan a los de su padre. Ya vimos que escribieron a la par *Alfanhuí* y *La vida nueva de Pedrito de Andía* y también mencioné que del padre toma la fórmula con que reprueba retrospectivamente un capítulo de *Alfanhuí*, donde se acusa del relamido defecto de buscar la *bella página*. También de Sánchez Mazas mana la inquina contra el centro indiscutible del campo ensayístico e intelectual de la España de preguerra y primer tramo de posguerra: «Tendría yo 17 o 18 años cuando un día irrumpe en mi cuarto y, sin más preámbulos me espeta: “Rafael, ¿tú crees que se puede escribir “gémula iridiscente”? ¡“Gémula iridiscente”!” Era de Ortega» (2017:559).

Casi todo está en el primer párrafo de esa breve autobiografía. No, no repudiaría a Sánchez Mazas, sino que idearía otro modo de habitar la isotopía. Calladamente, su propuesta estilística sería una refutación y una reconciliación, porque ambas poéticas fantasearon con una zona aurática, una escena originaria que quisieron reocupar, repetir, retomar. Los tres verbos quieren dibujar el haz que las mueve: *reocupar* habla de un desplazamiento a un lugar u origen perdido; *repetir*, de cierto arqueologismo artificioso; *retomar*, de una tradición que se resisten a dar por definitivamente cancelada y cuyo caso más pasmoso es, en Ferlosio, la recién mencionada *El testimonio de Yarfoz*, pecio de un vasto proyecto enderezado a crear un documento fundacional vernáculo.

Ambos, en fin, jugaron a inscribirse en el pasado, pero Ferlosio buscó en él una tradición desde la cual reformar el curso de la prosa española. A partir de entonces se empleó a fondo en la confección de su linaje, en un juego de ecos y reflejos pasados que debían reverberar en su rostro y en su voz. No estoy recurriendo a ninguna metáfora; solo parafraseo. Ferlosio recordó en diversas ocasiones cómo los principales expedientes en los que se cifra la identidad de la persona, aquellos por los que se la reconoce, *rostro* y *voz*, derivaban de una etimología desapercibida. No fueron esos los términos escogidos, sino «*semblante* y *eco*», que tenía por «[l]as palabras del castellano popular para mentar la cara y la voz» (2015:381). Lo paradójico de ambos términos estribaba en lo siguiente: «la palabra

*semblante*, con la que se designa en castellano el rostro humano en cuanto fisonomía personal, en cuanto conjunto de rasgos caracterizadores por los que se hace inconfundible un individuo, tiene que ver etimológicamente con *similis*, con *semejar*: todo lo cualitativo es, por naturaleza, semejanza» (381). Lo mismo sucede con *eco*, que «en la provincia de Jaén se emplea para designar la voz de una persona en lo que tiene de distintivo y de individual —o sea en lo que tiene de índice de identificación y reconocimiento— [...]. Para encarecer enfáticamente la belleza de un rostro o de una condición está la expresión “rompieron el molde”, donde indudablemente hay una afirmación de unicidad pero ya el molde mismo está implicando la idea de cualidad y si ha sido preciso romperlo es porque se reconoce que todo lo cualitativo es por esencia repetible» (176).

Todo lo cualitativo es repetible. Aquello que lo hace a uno inconfundible, los índices por los que se lo identifica o se lo reconoce se perciben gracias a un código de semejanzas. El atentado contra la autonomía de la identidad es evidente: lo que nos identifica es, a su vez, lo que nos hace parcialmente idénticos a otros especímenes. ¿No era a su manera la propia isotopía un espacio que recogía lo similar de lo disímil y lo disímil de lo similar? En su consagración como ensayista, puesto a situarse en la tradición, Ferlosio intervendría activamente indicando a sus lectores su *eco* y su *semblante*. Lo hizo de forma evidente en 1986, cuando se produjo su gran vuelta editorial con cuatro libros. Desde entonces, sus libros empezaron a lucir la siguiente nota autobiográfica:

Rafael Sánchez Ferlosio, hijo de padre español y madre italiana, nació el 4 de diciembre de 1927 en la ciudad de Roma, en la margen izquierda del Tíber, en el llano designado como Campo de Marte. Estudió el Bachillerato en el Colegio de San José de Villafranca de los Barros, de la Compañía de Jesús. Allí, a la edad de catorce años, en el texto de literatura española de don Guillermo Díaz-Plaja y en la frase en que el autor, retratando al infante don Juan Manuel, decía literalmente: «Tenía el rostro, no roto y recosido por encuentros de lanza, sino pálido y demacrado por el estudio», conoció cuál era su ideal de vida. No obstante, ha sido siempre demasiado perezoso para llegar a empalidecer y demacrarse en medida condigna a la de su ideal emuladorio, y su máximo título académico es el de bachiller. Habiéndolo emprendido todo por su sola afición, libre interés o propia y espontánea curiosidad, no se tiene a sí mismo por profesional de nada.

Ese sería el *semblante* y el *eco*. Remitían a un rostro antiguo, anterior a la aceleración mercantil de la institución literaria.

Félix de Azúa (1998) se asombraba de la cantidad de cosas que Ferlosio logra siempre encajar en muy poco espacio. Lo mismo sucede aquí: unas pocas líneas dan para mencionar su filiación hispanoitaliana; su nacimiento romano junto al Campo de Marte — título de uno de sus libros y una suerte de irónica fatalidad histórica—; su formación en los jesuitas; el manual de literatura española de Díaz-Plaja —«en quien los de mi edad (o de

“mi generación”, como diría un periodista) hemos amado, como el otro que dice, las letras castellanas» (2016:97)—; al principal prosista del siglo XIV, y el descubrimiento de una aspiración vital en su retrato. El texto es breve, pero pesa: tiene dentro muchas cosas y todas cuentan sus quilates simbólicos. En rigor, es metatextual: al tiempo que se retrata, Ferlosio nos habla de la importancia que un retrato tuvo sobre él; del influjo que las representaciones ejercen sobre la imaginación de los lectores hasta el punto de que estos deseen encarnarlas. Hay algo profundamente quijotesco en ese muchacho de catorce años que tiende, conmovido, hacia un ideal de vida encontrado en un manual de literatura. No es preciso un exceso de suspicacia para presumir que la nota está pensada para construir, dejándolo ya establecido, un lugar en la historia literaria, el de un autor torcido hacia otros tiempos. Inevitablemente, figurará en los manuales junto a una serie de nombres, pero intentará que el suyo concite otra genealogía.

El rostro del manual tenía que fascinarle por fuerza: urdido sobre el tópico de las armas y las letras, tachaba las primeras para postular una tradición letrada. Había que escoger bien el rostro, dejar identificados a los semejantes con los que se identificaba públicamente, porque era evidente que la genética y la historia le habían esculpido con precisión otro semblante, el de Sánchez Mazas, que precisamente había hecho de las letras un llamamiento a las armas. De poco antes de la nota biográfica data el sueño en el que Ferlosio —según expuse en el prólogo— se ve convertido en corresponsal de guerra y enfundado en el uniforme de la Wehrmacht, mientras se le pide que realice la labor propagandística que su padre realizó entusiasmado. Si a algún rostro recordaba el suyo era al de ese escueto, innominado «padre español». Seguro que, al verlo, a más de uno le tentaba una semblanza no muy distinta a la que escribía Caballero Bonald: «Se parece vagamente al padre, el falangista Sánchez Mazas, aunque sólo por esa nariz aquilina copiada del águila de las enseñas imperiales y esa mirada entre altanera y provocativa que a veces cambia de sentido y ronda la indefensión» (2017:243). Bien es cierto que enseguida se arrepentía y corregía el trazo hasta el elogio: «Pero de ahí no pasan las coincidencias, aparte de que esta última apreciación no tiene nada que ver con el rigor reglamentario del señor Sánchez Mazas, autor exquisito —por cierto— de *La vida nueva de Pedrito de Andía*» (243). Se desdecía aparatosamente. No podía reprimir la aparición del *siniestro pájaro*, y era inevitable: ese *pentimento* forma parte del delicado, casi siempre reprimido, retrato de RSF.

Los semblantes del pasado que fue empleando convivían con una ascesis de la que nunca llegaría a salir. Porque ciertamente hubo ascesis y represión. Ciertas cosas no pueden dejarse atrás: «Yo no he reprimido del todo mi alma de guerrero y cuando me emborracho



cuento la batalla de Salamina. Y lloro. ¿Por qué los españoles no acaban de ser educados?», confiesa en una entrevista (Fidalgo 1994). En plena Transición, Martín Gaité escribía desde su cuarto de atrás que «es difícil escapar a los esquemas literarios de la primera juventud, por mucho que más tarde se reniegue de ellos» (2018:213). La imaginación, la memoria, tienen sus lugares, y son la matriz desde la que se genera una obra, ya sea para refutarla, ya para continuarla. Como ya indiqué a propósito del *habitus*, esa matriz se ha ido conformando mediante lecturas, gustos y gestos retóricos, tendencias oratorias, conversaciones... Todos esos factores cristalizan en ciertos criterios sobre lo literario, en un canon, en modelos de prestigio de los que es muy difícil deshacerse. El *habitus* tiene resistencia al cambio. Es el espacio donde se ha gestado la sensibilidad y se ha constituido un imaginario cuyos aspectos reprimidos afloran en las borracheras. No sé de cuándo será un pecio de título elocuente: «(*Tratamiento sintomático*) Yo esa mala pasión del patriotismo, que al cabo es la emoción estética del alma del guerrero que una cultura inmemorial me hace imposible erradicar del todo, he logrado domarla para siempre encerrándola en una caja de música cuya tapa trae escrito en letras griegas “Nenikékamen!” —el anuncio de victoria que a las puertas de Atenas proclamó el corredor de Maratón— y que al abrirla entona, muy bajito para que no se enteren los vecinos, el peán de Salamina» (2015b:26-27).

Son cosas que se llevan en uno. Uno consulta la hora en el reloj y resulta que en la tapa extiende sus alas el águila imperial; entonces se impone la vigilancia y el águila llega a hacerse obsesiva. La siguiente apreciación de *Las semanas del jardín* acerca de la posibilidad de intervenir sobre los propios gustos lo apunta bien: «yo puedo a mi antojo dictarme o reprimirme, por medio de razones, gustos determinados, de suerte que resurjan después como resortes espontáneos en las reacciones de mi alma» (2015:50). Esa confianza en la capacidad de los exorcismos de la razón no tuvo demasiado recorrido: en 1986, a cuenta de la incurable fascinación que causan la dominación y los imperios tiene que confesarse que «ninguna sincera y bien asimilada voluntad moral podrá por sí sola raer de la emoción estética ese maligno ingrediente de violencia y de depredación; no, ninguna moral podrá jamás tener éxito alguno con admoniciones perfectamente razonadas de “esto debe gustarte y esto no”, pretendiendo —por poner un ejemplo más palmario— que la universal predilección estética por las rapaces y por los felinos —familias depredadoras por antonomasia y más ostensiblemente dotadas para la agresión— sea sustituida, de la noche a la mañana, por preferencias regidas por impulsos más pacíficos» (2017:55).

Nunca salió del Campo de Marte ni de la isotopía, pero esta última no fue su límite castrador, sino el condicionante productivo que posibilitó, nutrió y orientó su mirada. José

Luis Pardo expresaba un fenómeno similar en un trabajo dedicado a las relaciones entre la vida del filósofo y los mimbres de su pensamiento. Se asomaba allí a una lectura que «no excluye en absoluto la vida del filósofo (más bien al contrario), sino que selecciona aquello que de esa vida ha “dado vida” al pensamiento [...], aquello que le ha servido de motivo (no sólo en el sentido de motivación, sino en el mismo sentido en que se habla de un paisaje o de un rostro como “motivos” de un pintor), aquella vida que le ha dado que pensar, esa vida que el pensamiento ha arrancado de su dimensión meramente empírica, subjetiva, privada, natural o individual, para elevarla a otra categoría» (1997:36). La obra, las obsesiones, las apuestas formales serían fruto de la elaboración de esas experiencias intelectuales y afectivas: «el estilo filosófico es la huella que la *vida* del pensador en cuanto pensador deja en el pensamiento. Esta huella es exactamente la marca de nacimiento del pensamiento, su marchamo [...]. La vida del pensador en cuanto pensador, es decir, su modo de pensar a partir de su vida, motivado por su vida, tomando su vida como motivo y arrastrándola más allá de sus límites vitales, tal cosa es lo que constituye la *tierra natal* (e incluso la lengua materna) de un pensamiento» (36).

La de Ferlosio era, en todo caso, la lengua *paterna* del pensamiento, y tal vez fue fruto de ese poderoso ascendiente su obsesión por los procesos de reproducción y ruptura. Ya vimos que en cada bautizo se exorciza una amenaza y que la escolarización mutila todo aquello que no reafirma el imperio de lo dado. «No obstante», el alcance de estas medidas es limitado, «por virtud de su propia integridad, el don [de la palabra] llega a heredarse intacto y renovado, a despecho de cualquier disposición testamentaria y, madurante y reventando como un fruto en las manos de los hijos, puede impulsarlos a alzarse con la hacienda de la madre y a denunciar su ambiguo testamento» (2015:16). Grafómano, melancólico, erudito, no podría evitar espejarse en el *semblante* de lo arcaico, pero refutando algunas disposiciones del testamento paterno. Como todas, su obra practicó afiliaciones y repudios. De los últimos hay un episodio muy suyo en aquel retrato de Santo Tomás que «tuvo que ir a parar sin más ni más directamente a la basura» en cuanto en el rostro del santo se le apareció el semblante de Ortega (2016:3). Hoy la pieza sirve de prefacio al segundo volumen de sus ensayos reunidos. Es el Ferlosio excesivo, el profanador, el dinamitero que suma concienzudamente los cartuchos y retarda el efecto imaginando con regocijo la gran voladura final.

¿De qué hablan estas operaciones? *Semblante* y *eco* apelan a un juego de *prójimos* a las que el autor debe su rostro. No obstante, el autor también puede escenificar o performar otros a fin de que su rostro los acabe concitando. Estos fenómenos son objeto de frecuente

observación en los estudios literarios. Hace unos años, con claros dejes eliotianos, Pierre Bayard imaginaba una «biblioteca colectiva» donde «todos los libros del mundo están ligados los unos a los otros» (2008:56; traduzco de la edición catalana) en una trama sujeta a cambios constantes, ya que cada libro, «pone en juego [...] el conjunto, que también incluye la figura del propio autor» (125). Lo que se mueve no es solo el texto, sino esa *presencia* autorial, y ambos trabajan para establecer su *lugar* de afinidades en el acervo cultural, para intervenir sobre su «situación» —en jerga de Bayard—, esto es, sobre «el modo en que se ubica en relación a los demás» (56). La obra no solo se escribe, también posiciona su propia escritura en la historia. Y dentro de esa biblioteca colectiva, Ferlosio aspira a ocupar el *lugar* de los fundadores, codeándose con quienes pasan por ser los principales articuladores de la prosa de una lengua que llama, por su regusto antiguo, castellana.

Ese *lugar* de especial densidad simbólica suele comparecer en las reseñas críticas de su obra. José-Carlos Mainer (2005) temía no acertar a expresar «con la capacidad de convicción que requiere el caso» que «la prosa de este nihilista piadoso y enojado [...] ocupa —ya y para siempre— un lugar de excepción en la historia de la literatura española contemporánea» (2005:199). José Luis Pardo (2009), para seguro deleite de Ferlosio, hablaría de una obra que «bebiendo de las fuentes más sabias de la lengua» construyó «una forma nueva de pensar escribiendo», con «las mejores [páginas] que, en el campo del pensamiento, se han escrito en castellano desde que comenzó el siglo XX».

Era el puerto de llegada de un viaje acariciado un año después de la incipiente fatiga de *El Jarama*, cuando la emprendía en *La Hora* contra «los Garcilasos y los Boscanes, fray Luises y Góngoras». No era más que 1957 pero ya llevaba «mucho tiempo queriendo defender a Juan de Mena», porque «Don Juan de Mena introduce el lenguaje culto en una época en que el idioma se podía beneficiar de ello y de hecho se benefició» (en Lázaro 2019:57-58). Ese era el linaje con el que intimaba, el de los grandes articuladores de la prosa. En la nota autobiográfica de 1986 se había calado el semblante de Juan Manuel, pero resultaba que era el de Juan de Mena. La semblanza recordada en Díaz-Plaja era, de hecho, una reescritura de la que Alfonso de Cartagena había dedicado al autor de *Las trescientas*: «De gran ánimo te muestras mi Ioan de Mena, que las armas tanto exaltas. Trahes magrescidas las carnes por las grandes vigiliyas tras el libro, mas no durescidas ni callosas de dormir en el campo: el vulto pálido, gastado del estudio, mas no roto ni recosido por encuentros de lança» (cit. en Blecua 1973:xvi-xvii).

Lo mismo que en Juan Manuel, en Mena se entraña la fascinación por los constructores de una lengua culta forjada entre traducciones y fuertes latinizaciones

lexicosintácticas. En él se plasmaba «la culminación de un movimiento cultista y minoritario» (Blecua 1973:lxix) que acaso dé el perfil de aquellos autodidactas de extenuada sintaxis.

#### 5.5.- EN LA CORTE DE LOS INGENIEROS

Culto y minoritario fue, sin duda, el pequeño mundo donde al cabo de poco Ferlosio expondría cuáles debían ser las características del *buen* castellano escrito. Si las fechas no me engañan debió de ser entonces —a mediados de los sesenta— cuando echó a andar el proyecto monumental de la *Historia de las guerras barciales*, que tuvo que nacer de su trato con un cuerpo de ingenieros presidido por José Torán, el «más original, imaginativo y fastuoso hidráulico», diría su colega Benet (1981). Obra de aquella camarilla es un libro extraño, *Efemérides hidrológica y fervorosa* (1965), que firman el ingeniero Rafael Couchoud Sebastián y Rafael Sánchez Ferlosio. Redicha como pocas, la contracubierta resalta el «rigor y clasicismo» que le ha impreso su nacimiento en Roma, así como su alejamiento —a despecho de su condición de «indisentido confaloniero de la novela española contemporánea»—, de «las literaturas llamadas puras». Es ya, ante todo y ante los demás, el «[s]evero gramático y agudo censor de retóricas y sentencias» que nadie conoce aún. Eran juegos, claro; juegos de tono cortesano.

*Efemérides o Compendio cronológico de la Riadas, Avenidas e Inundaciones que sufrió la Huerta del Río Segura desde 1535, año en que falleció la célebre y piadosa iluminada Maricastaña hasta la devastadora riada de Santa Teresa acaecida el mes de Octubre de 1879 con grave quebranto y peligro de la ciudad y reino de Murcia con noticia de las grandes Sequías, Calamidades y Trabajos que padecieron sus moradores en dichos tiempos, así como de las Rogativas y Oraciones que, en Acción de Gracias y demanda de Auxilio contra tan graves daños, elevó al Cielo la Esperanza y Piedad Cristiana de este Reino* revelaba por lo menos tres cosas y todas importan. En primer lugar fue un divertimento enderezado a rozarse con la pátina de prosas pasadas. Al paso que se recaban las noticias del río entre 1535 y 1879, se asiste al curso diacrónico de una lengua que discurre entre lo notarial y lo técnico salpicada de giros sabrosamente coloquiales. Ferlosio había estado entonces prestando especial atención a la sucesión diacrónica. En 1971 se asomaba al suplemento cultural de *Informaciones* para establecer una distinción decisiva en sus ideas sobre lo aceptable y lo inaceptable en la recuperación del pasado. Censura allí la actitud propia del *tradicionalismo*, del que es propia «una voluntariosa, premeditada y afectada

decisión de remitirse selectivamente y como por decreto a otros antepasados más remotos» (1971:1). Su reverso es la *tradicción*, que entiende como «sucesión de herencias llevadas adelante sin discontinuidades» (1). El tradicionalista «resucita el pasado —y tanto más artificiosamente cuanto que, por no haber sabido ser tradicional, ha perdido con él la relación genuina que tan sólo la continuidad hereditaria de transmisiones inmediatas podría haber mantenido— sin arredrarse ante distancias ni discontinuidades, pretendiendo además que puede libremente elegir y rechazar esto o lo otro en su ascendencia, como si su parentesco con los antepasados más remotos hubiese podido prescindir de los sucesores intermedios» (1971:1). Cinco años después insistiría en ello:

La diferencia está en que mientras los tradicionales van enhebrando uno tras otro, buenos o malos que les sean y antes de que se alejen de su vista, los ayeres inmediatos, guardándolos de este modo en la experiencia, en cambio, los que llamo tradicionalistas, tras haber descuidado o desdeñado esta atención, se dedican a repescar, totalmente a destiempo, las más mohosas y remotas estantiguas, sin preocuparse de lo que entretanto hayan podido hacer de ellas los siglos y el olvido. Por otra parte, mientras los tradicionales cargan, les guste o no, con todo lo que les caiga sobre el lomo, los tradicionalistas se permiten escoger lo uno y rechazar lo otro con la melindrosería de quien revuelve en una recién abierta caja de bombones (2016:67).

El tradicionalismo era un pastiche que había presidido la retórica y la escenografía imperial de su juventud. Tradición era el curso ininterrumpido del río, de la historia. Aun así, no estaba claro que el tradicionalismo no le hubiese dejado sus resabios; sucedía, después de todo, que aquellas artificiosas exhumaciones habían fundado una tradición retórica.

Pero he dicho que aquel libro revelaba dos cosas más. La segunda: un homenaje a la geografía humana que discurre a orillas de los ríos. Su dedicatoria podría haber encabezado cualquier novela del momento: «A las gentes del Segura, que beben, riegan y mueven sus ruedas industriales. Y al discreto lector que ha de juzgar sus épicos empeños». La épica de las humildes vidas anónimas era el objeto inmediato de la novela que iba a suceder a *El Jarama*: «Su título», decía al calor del Nadal, «podría ser *Los encinares* y la acción se desarrollará en una comarca extremeña. Serán sus personajes principales pastores, ganaderos, chóferes, transportistas, carboneros, etc...» (en Lázaro 2019:45). Y aun precisaba: «Sobre todo, el verdadero motor de la obra radica en un espacio, en un territorio geográfico» (45).

La tercera y última clave atañe a la forja de comunidades. Mientras el agiotaje ronda las obras públicas, el «Propósito editorial» de la *Efemérides* subraya que la edificación de presas y demás ingenios hidráulicos debe estar al servicio de la vida de la colectividad: «El

Centro de Estudios Hidrográficos tiene que superponer a su contenido técnico una preocupación ilustrada, enciclopédica y polivalente ante problemas tan públicos, tan vitales y humanos como son los del agua. Ha de hacerlo para vertebrar con directrices realizadoras sus geométricas y ponderadas concepciones; en otro caso, tales frutos serían simple excipiente académico sin alcance promotor» (1965:s.p.).

De aquellos empeños ilustrados tuvo que surgir el libro que en 1977 Martín Gaité tiene en prensa, *El conde de Guadalhorce, su época y su labor*, y que publicará el Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. Resultado de la colección de biografías proyectadas por el Centro de Estudios Hidrográficos, recoge muchas de sus ambiciones: está en él el elogio del pionero y el papel decisivo de «un grupo lo más elegido posible de colaboradores» que amplían «el concepto tradicional de la función del ingeniero, incorporando a la mera eficacia técnica el ensayo de una labor social en equipo» (2010:84). Y es probable que el mismo «empeño democrático» de Guadalhorce por instaurar juntas «integrad[a]s por todos los usuarios de la cuenca de un río» (85) también revierta en las aspiraciones de quienes en los años sesenta —como vimos en el capítulo anterior— anudan estudio y soberanía. Citaré a Martín Gaité para que se perciba la densa constelación política que rodea a estos proyectos:

Un sistema fluvial unía a los hombres tanto como una familia y la Confederación otorgaba los medios precisos para que tal unión fructificara armoniosamente concediendo autarquía a los confederados y reconociéndoles personalidad jurídica. Ellos podrían defenderse, crear riqueza, levantar las energías latentes o consumidas: desempeñar, en fin, una triple función, económica, política y social. En el orden económico las Confederaciones fomentaría y coordinaría la riqueza; en el político, estimularían el afán de actuación colectiva, exterminarían el caciquismo y serían, a modo de parlamentos, vehículo de expresión de las necesidades conjuntas de la zona, y en lo social desarrollarían la función de ciudadanía que entraña la cooperación con la intervención administrativa, creando comunidades y sindicatos (85-86).

También se crearían servicios públicos: servicios sanitarios, prevención meteorológica contra las inundaciones, ampliación de los medios de transporte, y hasta «una incipiente biblioteca» (86)... cosas que se sueñan desde planos y folios y engrosan el memorial de fracasos que cada nueva generación de ingenieros parece dispuesta a reabrir.

Aquellas *vidas de claros varones* las inició Torán creando un concurso entre los estudiantes de la Escuela de Caminos. Ya la *Efemérides* se dedicaba «A la memoria del ingeniero Emilio Arévalo Marco, natural de Teruel, pionero de la hidrología histórica en España que, alternando y conjugando la experiencia del presente con el conocimiento del pasado, supo con fortuna arbitrar remedios y prevenir calamidades contra los desmanes de

las aguas del Segura». Salta a la vista la atmósfera paródicamente antañona de ese mundo. A aquellas alturas se aproximaba al *camp* ‘celtibérico’ que Luis Carandell empezará a popularizar tres años después desde las páginas de *Triunfo*. Lo que poco antes hubiese propiciado un relato de Aldecoa iba engrosando un jocoso museo de horrores patrios. A ojos de un público juvenil y eminentemente urbano la *Efemérides* habría resultado de una rareza cómica.

Sin embargo, sería injusto despacharla como una mera extravagancia; sin esa excentricidad se hace difícil pensar los imaginarios de algunos proyectos que van a eclosionar durante la democracia. Entre burlas y veras, la corte de ingenieros se piensa como orquestadora de la vida pública, reclama una tradición corporativa e inscribe sus vidas en un estilo elevado. Una parte se explica por el *habitus* del ramo, pero otra porque a la tecnocracia generacional le ha llegado la edad de ocupar la toma de decisiones, de informar modelos. Mientras escribía la carta a Castellet —en 1965— Ferlosio ejerce de asesor lingüístico en la empresa «polivalente» de Torán. Fue «[l]a única vez que en toda mi vida he trabajado», dice, y fue «durante un tiempo, si no recuerdo mal, como de un año y medio, al principio a cincuenta y después a sesenta pesetas la hora» (2015:XXV). Todo surgió de que «a Torán se le antojó hacer un concurso de biografías de ingenieros célebres, con un único premio de quinientas pesetas, entre los estudiantes de la Escuela de Caminos. El personaje cuya biografía tenían que hacer en cada convocatoria [...] lo elegía el propio Torán, y por jurado fuimos designados dos viejos ingenieros ilustrados y yo» (XXV). Pues bien:

al ver hasta qué punto los ingenieros redactaban sus textos con las más pobre y perezosa sintaxis paratáctica me decidí a preparar una circular en la que, junto a otras recomendaciones, se encarecía especialmente que, dado que el castellano ofrecía en su sintaxis una riqueza, una finura y una complejidad extraordinarias en cuanto a posibilidades constructivas, era bien triste que se contentasen con navegar en barquitas de una sola vela, pudiendo armar galeones o navíos de línea de poderoso casco, múltiple arboladura y complicado aparato de velamen (XXVI).

Ahí estaba el famoso galeón y ahí está, por reflejo, su posición: la del ingeniero de la lengua. Escribir es explotación y exhibición de las posibilidades monumentales de la sintaxis castellana, la «máquina sintáctica» (II/42) a la que se refieren en las mismas fechas los firmantes del *Manifiesto a los hablantes en lengua castellana* (1966), que ponen entre «los grandes progresos de las lenguas neolatinas» el de gozar de «un despliegue mucho más rico del “aspecto” en relación con la conjugación latina, incluso más complejo que el del griego, especialmente en el romance castellano, donde contamos por lo menos con tres conjugaciones compuestas [...] completas y totalmente gramaticalizadas» (II/42). Las

recreaciones en el prodigio técnico de la sintaxis castellana tuvieron mucho de transferencia de pulsiones nacionalistas<sup>13</sup>. Con arrobo hablará Ferlosio del «que es probablemente el más complejo y refinado sistema gramatical de entre los de las restantes lenguas de Occidente, el más capaz de diversificar y graduar direcciones de sentido y de disminuir las posibilidades del equívoco» (2015:418).

Castellano escribiría y castellano exhibiría. Con todo, las fantasías técnicas nunca abandonaron el apego sentimental por lo popular. La erección de las grandes presas convivió con la humildad de la albañilería, síntesis que recupera aquellos *dos estilos* de *El Jarama* y que revela el beneficiario ideal de aquellos trabajos. No sé si la trasnochada imagen del arbitrista que discurre medidas para atajar los males de la nación le sienta bien, pero es indudable que por entonces le ronda. Recurre a ella Benet, aunque torciéndola hacia el figurón del sabio puro, cuando crea ex profeso al Doctor Calandre para que Ferlosio lo interprete en la Navidad de 1965. Compuesta «al gusto castellano» (2010:313), *El preparado esencial* urde una comedia de enredo en torno a quien vive refugiado entre libros e instrumentos de medición, emborronando papeles, totalmente entregado «a la especulación pura», al «progreso científico de nuestra época» (319) sin darse cuenta de lo que pasa a su alrededor. «Solo en la ciencia encuentro un consuelo y prometo dedicar a ella mi vida y mi hacienda», le hace decir (325). Es apenas posterior —del 8 de noviembre de 1966— el conocido retrato que Benet traza en su correspondencia con Martín Gaité y que nadie se ha resistido a citar por extenso:

Imagínate ahora un hombre que —acerca de una rama cualquiera de la cultura— se construyera él solo, partiendo de *zero*, todo el saber que atesora la comunidad.

---

<sup>13</sup> Valga como muestra esta donde se encarece lo que de todos modos se abofetea: «Y en este punto es justo señalar cómo las lenguas germánicas, en casi todo inferiores a las neolatinas, dan, sin embargo, un ejemplo admirable de cultura en el empleo del neutro para el niño, uso que, lejos de resultar reificador, viene a constituir, por contraste con lo nuestro, el más sabio y delicado acto de respeto hacia su indeterminación sexual» (2015:14). La bofetada encierra la revuelta contra la hegemonía anglosajona, a la que rara vez deja de dedicar una muestra de desprecio: «Estas creaciones culturales [la lucha deportiva] suelen ser propias de pueblos bárbaros como los ingleses —“pueblo de presa”, según Juan de Mairena— o los yanquis. Por mi parte, me siento bastante identificado en este aspecto con el Marqués de Bradomín, cuando en *Sonata de estío* se expresa así: “La raza sajona es la más despreciable de la tierra. Yo, contemplando sus pugilatos grotescos y pueriles sobre la cubierta de la fragata, he sentido un nuevo matiz de la vergüenza: la vergüenza zoológica.”» (2015:141, n.4) Esa hegemonía coincide, a su vez, con su aborrecimiento del liberalismo económico: «Desde principios del siglo XVII, si es que no un poco antes, un lento pero profundo terremoto, con epicentro en Ámsterdam tal vez, afloró a la superficie, para poner en manos de los pueblos rubios y de ojos azules la riqueza y el poder, o sea el valor que constituye la instancia suprema de todos los valores, capacitada en exclusiva para dictaminar y decidir sobre cualquier otra clase de valor. Por eso los rubios y de ojos azules son el canon de la imagen más valiosa y el criterio de superioridad» (2017:508). Pero si hay un lugar donde aflore, no sin tiento, la correlación entre lengua y cultura o ideología es en un apunte temerario acerca del influjo que la gramática de la lengua inglesa habría tenido en la emergencia del nominalismo, el positivismo y el individualismo liberal (Cf. 2015:412-413).



Imagínate que un autodidacta de la geometría dedicara su vida a aprender los secretos de esa ciencia por sí solo: que empezara con los postulados de Euclides para terminar con la geometría flintiana o la operacional. Un hombre así no hará avanzar un paso la ciencia, o apenas tendrá un puesto en la cultura de certamen. Y sin embargo no cabe pensar en un tipo de intelectual más puro, aun cuando la pureza no vaya unida —en ese caso— ni a la sociabilidad ni al desinterés, sin duda porque un tipo de interés —el del goce personal— ha prevalecido durante toda su carrera. En algunos momentos tu marido me recuerda mucho al hipotético geómetra y mi admiración por él descansa en una buena medida en la envidia que me produce la fidelidad con que obedece al primer placer intelectual —el solitario y orgánico— y sabe soslayar las dádivas de los derivados (Gaité/Benet 2011:132).

Pero tan tentadoras como son, ni la faceta patológica y grotesca ni el puro goce solitario deberían empañar la constante atención a un bien común negligido institucionalmente. La fijación por la ciencia responde al cuidado de lo colectivo. Hacía una década que muchos veían con suspicacia el peligro de que el Régimen estuviese empleando la modernización técnica para un lavado de cara que contribuía a su apuntalamiento. Ya en 1954 la revista *Theoría*, pilotada por Miguel Sánchez-Mazas y Carlos París, había publicado un editorial —«El espíritu de la ciencia»— donde advertía que

todo este panorama de elevación y dignidad puede transformarse profundamente por la expansión violenta de una mentalidad pragmática, antiespeculativa y antiuniversal, que, con indiferencia y aun con desprecio por los valores de objetividad y de verdad, sólo se sirve de la Ciencia, o como medio —a través de la técnica— de lograr o afianzar una posición de predominio político, o para degradarla a instrumento servil y de propaganda, en el intento de apoyar racionalmente —aunque siempre de un modo forzado— una línea de pensamiento establecida de antemano. Y, fuera de estos casos de utilización interesada, la ataca y persigue el espontáneo desenvolvimiento de la inteligencia especulativa y el trabajo de los científicos como un peligro actual o en potencia para el poder arbitrario e indiscutido (en Gracia 1994:181).

El Centro de Estudios Hidrográficos es claro: «ante la colectividad y sus demandas sociales sólo dos actitudes son posibles: la política y la humanística. Para el técnico sólo es lícita la utilización de la última» (1965:s.p.). La exhibición, la gratuidad, los intereses espurios no valen: el técnico «deberá acompañar la concepción de su obra de la más extensa argumentación que acredite la auténtica necesidad de su ejecución», ya que —idéntica en ello a los daños impredecibles que el cambio lingüístico podía introducir en el sistema total de la lengua— la obra influye «en los más recónditos aspectos de la vida humana en la cuenca» (s.p.).

En este sistema de valores debe situarse su búsqueda de una reforma escrita: el de un humanismo técnico que enlaza la monumentalidad de la obra hidrológica a la monumentalidad de la lengua. Conviene mantener ese cruce imaginario y excesivo entre ingeniería y estilo y, a su vez, mostrar el fuerte influjo que le viene de cierta épica o

sublimidad heredada. Ferlosio no puede reprimir el deseo de organizar y prescribir una retórica de la escritura en los mismos años en los que Juan Benet decreta en *La inspiración y el estilo* (1966) la pérdida histórica de un *Grand Style* vernáculo. Esa grandeza añorada, idealizada, es motor de ambas poéticas, tanto de la del ingeniero metido a escritor como de la del escritor que aceptaría gustoso «el Ministerio de Obras Públicas» (en Fidalgo 1994).

## 5.6.- GOZOS Y HORRORES DEL GALEÓN

El culto a la hipotaxis nace de una ética cognoscitiva, pero la convicción de que en ella reside lo genuino del idioma apunta a una satisfacción que, siendo propia de quien escribe, se proyecta como interna a la lengua. Si, como cuenta su biógrafo, los aprendices de ingeniería lingüística suspendían una a una las convocatorias del concurso *Ubi ingeniatores, ibi genius* (2017:235) fue porque no satisfacían las posibilidades diferenciales que Ferlosio veía en la sintaxis del idioma. Hay cierto componente erótico en la sugerida alianza entre el propio placer y el placer de la lengua, un reflejo en virtud del cual el goce técnico del escritor —el pleno ejercicio de su *competence* bajo el rendimiento de la anfetamina— se transfiere a la lengua, cuyo genio solo lograría manifestarse merced a un hablante resuelto a espolearlo. En Ferlosio, los momentos de máxima plenitud de la escritura suelen correr a cuenta de una suerte de autonomía de la lengua, convertida en órgano. Persigue la epifanía del lenguaje: el instante en el que la oración emerge como insuflada por el propio intelecto agente del lenguaje. *Genitum non factum* es el lema que puntea alguno de sus escritos: lo que *nace*, no lo *fabricado*, aquello que «no se forma [...] por reunión y conjunción de partes, sino por diversificación y estructuración interna de una primaria totalidad indiscernible», dicen los «Comentarios del traductor» (1973:364); aquello que adviene en el trato con el lenguaje y se impone como su *ser*, como su *deber ser*, conforme expone en *Las semanas del jardín* (2015:249-251); aquello, se lee en las *Glosas castellanas*, que surge del soplo de la «impersonal voz de la Lengua —o, si se quiere, del Intelecto Agente—, al hálito de la gracia divina semejante» (454).

La sintaxis que le ofrecían no satisfacía ni aquellas exigencias ni la grandeza naval que poblaba su imaginación. Estaba entonces «en todo el *fogo* de mis “altos estudios eclesiásticos”, *scilicet* gramaticales» (2015:XXVI). Según me indicó Javier González López, de la *Teoría del lenguaje* de Karl Bühler —que estudia con fervor— extrae, modificándolo, el galeón de la circular. Bühler —que a su vez sigue a W. Diemke— señala en un texto de

Tucídides «un ejemplo de aquellos períodos *my articulados* (poliártricos) que nos son conocidos por el taller de los clásicos griegos y latinos y que en comparación con textos modernos parecen como las antiguas fragatas de alta arboladura de los viejos navegantes» (1985:417).

Ferlosio pulió la figura con esmero. Su primera aparición —donde la analogía, dice, habría nacido al calor de un informe naval de Antonio de Vea— hablaba de «la “gran prosa barroca” como un galeón, con todo su aparejo múltiple combinable de mástiles, botavaras, botalones, jarcias, rizos, pleas, fabias, foques, cangrejas..., todo un organismo sinérgicamente articulado, tan distinto de las barquitas de una sola vela latina que puntean, por no decir respuntean, el manso y soleado *Mare Nostrum* de la costa alicantina» (2017:573). Gracias a una nota reciente (2015:XXV-XXVII) hemos sabido que a partir del galeón llegó a coquetear con una emblemática para su *scriptorium*:

la armadura del casco, que es lo llevado —y que pertenece a la congruencia lógico-conceptual—, no puede permitirse una falsa o insuficiente trabazón: el casco tiene que ser realmente un cuerpo único y compacto que no se desencuaderne al primer golpe fuerte de la mar; por su parte, las velas, que son lo que lleva —y que pertenecen a la construcción sintáctica—, tienen que estar organizadas de un modo concorde, de suerte que en ninguna disposición posible de la múltiple combinatoria a que se prestan lleguen a quitarse el viento unas a otras; y este viento no es otro que el aliento de la elocución [...] (XXVI).

No abordaré sus precisiones ni abundaré en cómo el triunfo o el fracaso de cada galeón se decide en que logre doblar el cabo de Hornos. Tampoco insistiré en el sobreactuado desprecio que profesa por la «lamentable prosita paratáctica» de Azorín y sus seguidores. Me centraré en el hecho de que el galeón, símbolo de la «gran prosa barroca», señale hacia «“el gran camino” de ‘la lengua’» (XXVI). Me centraré en la escenografía que rodea su prosa.

Ferlosio encuentra el *origen* de la hipotaxis, y por lo tanto de la *gran prosa*, en el desarrollo del «lenguaje administrativo y sobre todo el de la administración de las Indias», cuyos informes, «obligados por la escrupulosa precisión de su funcionalidad en los complejos asuntos administrativos, con sus intersecciones e interferencias simultáneas entre lo fáctico, lo técnico, lo económico, lo jurídico y lo político» (2017:572) se habrían visto obligados a adoptar cierta aparatosidad de aspecto pomposo «por la exigencia de rigor en sus necesidades funcionales» (573). Así pues, la sofisticación técnica de la escritura es consecuencia de la articulación científica, política y jurídica del territorio; de las necesidades provocadas por la expansión de la administración hispánica. Su prosa ha nacido en los documentos de la Administración de Indias y eso afecta su conciencia estilística, que vive a

la sombra de aquel mundo. Sus galeones, su sintaxis, son fruto de las posibilidades constructivas heredadas de aquel mundo y, en cierto modo —considerando los proyectos culturales que vengo describiendo—, comparten el designio de articular un ente político.

Como vimos al calor de *guapo*, lo característico de su imaginario estilístico es que solo puede pensar lo normativo rindiendo tributo a modelos extinguidos con los que, no obstante, mantiene una relación conflictiva. Es la carga abyecta de la prosa administrativa a la que se acoge la que lo obliga a volver una y otra vez sobre sus efectos destructivos. *Esas Yndias equivocadas y malditas* (1994) será el caso más fehaciente —ni por asomo el último— de su necesidad de frecuentar (y rozarse con) una prosa que le fascina. La ingrata extensión de las citas, la condición de ensamblador de crónicas, de jurisprudencia, de documentos administrativos a la que por momentos se acoge no son mero defecto de erudición; cifran la familiaridad y la repulsión de una suerte de escena originaria que es tan histórica como lingüística.

Esos imaginarios de sublimidad construyen proyectos como el que empieza por aquellos años Juan Goytisolo desde la parodia corrosiva. No obstante, la afinidad más visible es con Benet —quien, con todo, no comparte la culpa imperial—, ya que su *estilo noble* busca una obra a la altura de los grandes logros de la tradición pasada. Uno escribe, dirá Benet, en

un proceso histórico que todos los pueblos han de desarrollar y cubrir entre un pasado distante y culto —que dejó huellas imborrables y normas determinantes para su cultura ulterior, tales como su lengua— y un presente, igualmente culto, que ha de acudir y superar el reto de la civilización contemporánea. De este tan simple principio se deriva la primera paradoja: cómo con las normas y estilos de ayer (en buena medida más ricos pero más estrictos que los de hoy) se pueden cubrir las necesidades de esta hora; cómo se puede obtener eso sin perder un ápice de una personalidad larga y dificultosamente adquirida; cómo armonizar la herencia cultural con las nuevas voces y demandas [...] a fin de modelar una cultura verdaderamente moderna e inequívocamente enlazada con la histórica; y por último, cómo guisar en la misma olla el legado hereditario y la nueva invención (1996:193-194).

Benet habla «como miembro de una comunidad —la de todos nosotros— cuya cultura fue en el pasado mucho más rica e influyente que lo es la de hoy» (194); como miembro de una antigua metrópoli hostigada por la conciencia de su decadencia cultural y geopolítica, porque ambas cosas iban de la mano:

La Edad de Oro española —como ocurre en todo el mundo, como ha ocurrido y seguirá ocurriendo— surgió en el momento en que España era una potencia mundial, la primera potencia de un mundo circunvalado, para decaer al mismo ritmo que nuestro poderío militar —lo que parece insinuar un inevitable y no demasiado agradable vínculo

entre la calidad de las letras y la calidad de las armas— y alcanzar como país productor de cultura el mismo grado en el escalafón internacional que como país productor de fuerza política y civilizadora (194).

Pronunciada en conferencia en enero de 1984 bajo el título de «La cultura en transición», esa coordinación entre cultura, política y milicia explica muchos empeños de la obra de Benet, y no sé si hasta puede explicar la campaña en favor de la permanencia en la OTAN que entonces abanderó: en textos coetáneos vislumbra un florecimiento cultural español al tiempo que lamenta —con un ojo puesto en las repúblicas hispanoamericanas— la endeblez que a sus ojos producía la atomización de las culturas autonómicas.

También quien imagina galeones escribe desde la pérdida de un mundo circunvalado, a la sombra de gestas cartográficas, comerciales, verbales y guerreras. Su proyecto y el de Benet son paralelos; no convergentes. No hay marbete colectivo que a Ferlosio no le incomode ni escalafones geopolíticos en los que no adivine el sometimiento y la destrucción de formas de vida. Lee bajo las alas del siniestro pájaro. Su intimidad con los textos del pasado se guía por esta doble dinámica: fascina su materialidad, pero repugna el imperio. Un pecio en respuesta a la «Canción a las ruinas de Itálica» de Rodrigo Caro lo ilustra: «Rodrigo, la hermosura de las ruinas que me cantas no está en el siempre odioso recuerdo de un imperio, sino en el gozo de ver reflorecido, sobre el cadáver de la bestia misma, el amarillo jaramago» (2015b:138).

Ferlosio vuelve una y otra vez a un mundo periclitado. La gran prosa, la vía regia del idioma llevan las huellas del imperio; de ahí que se emplee como puede en la depuración crítica de los orígenes. «La destrucción de los valores es la restauración de los bienes» (2015:273), reza una de las *máximas mínimas* de Jacinto Batalla Valbellido. La ruina y el jaramago son redenciones. Esa práctica ya se vio a propósito de *Pinocho*, las coplas manriqueñas, la liebre esquiva a colgar como un trofeo o Juan Pareja con el aura intacta de la condición humana. Algo similar parece ventilarse en «(Fragmento de una carta de Yndias)», que publicó en varios lugares: firmado en 1589 por un tal Francisco Peña —un castellano entre tantos, anónimo pese al nombre—, debió de conmoverle que en los pliegues de la dominación apareciese la voz de aquel hombre preocupado al otro lado del océano por la travesía que ha de realizar su «sobrinico Andrés a quien por padre me debo como a huérfano y con amor me obligo, que con palabras no sabría encarecerlo» (2015b:90). Fascinaban la arqueología sentimental de los giros, las fórmulas, pero, ante todo, el testimonio del amor y el temor por el huérfano tomado como hijo. En varios lugares ensalzaría a quienes habían censurado al Imperio en sus propias entrañas; Francisco Peña

era otra cosa: se parecía a lo que en *Non olet* (2003) llamaría el «“mundo de la vida”», la «palabra libre, florecida en “el mundo de la vida”» (2017:350).

Esas figuras dibujan un linaje. Ferlosio no solo las cita; se subroga en ellas. Jacinto Batalla y Valbellido había dibujado esa dirección al contarle a Ferlosio que el canto a la ruina y el jaramago era obra de «un anónimo amigo de Rodrigo Caro que» había decidido rebatirle «subrogándose por ficción en la persona del Fabio de la *Elegía a las ruinas de Itálica*» (2016b:508). La tradición buscada necesita de esos amigos anónimos. En ellos empezaba una genealogía, una *tradición* (lo opuesto al *tradicionalismo*): los versos del remoto amigo de Rodrigo Caro, enemigo del Imperio, habían sido preservados por Jacinto Batalla y Valbellido —el único heterónimo al que Ferlosio fue fiel—, oscuro escritor de la generación del 98 que muere en México el año de la victoria. Un linaje de oscuros, olvidados, excluidos que se transmiten una filosofía antimperialista.

Cuanto le separaba de Benet le aproximaba quizás a Agustín García Calvo, enamorado de lo anónimo y cuya Comuna Antinacionalista de Zamora es un arraigo en el *lugar* frente a la *patria*. También fueron suyos los timbres arcaizantes, aunque más vueltos a lo castizo, así como el cultivo de formas y metros a veces aparatosamente arqueológicos. En el tanteo indeciso con que en *Poesía antigua* (1992), traducción de poemas y pasajes grecolatinos, dice haber oscilado entre volcar fielmente los patrones rítmicos del verso clásico y recurrir a los de la poesía tradicional castellana se detecta una de sus obsesiones compartidas. Enfrentado, lo mismo que Ferlosio, a la *Historia* en tanto que ejercicio de dominación, celebró la *Tradición*, transmisión inconsciente, anónima, comunal que había permanecido igual a sí misma, lo mismo que los pasos de baile o la prosodia de un idioma: «la memoria viva de la transmisión», en palabras de Ferlosio (1971:2). En sus relatos breves Ferlosio siempre mostró apego —ahí están «El huésped de las nieves», «Plata y ónix» y «Carta de provincias»— por los cauces tradicionales, por sumarse —para decirlo con Benjamin, ya allegado por Echevarría (2015a)—, a «los que menos se apartaron en sus textos del modo de contar de los muchos narradores anónimos que los precedieron en el oficio de contar historias» (Benjamin 2018:226).

Ambos renegaron de «las euforias de la modernidad» (II/43) en el *Manifiesto a los hablantes* (1966), aunque me parece que los efectos del trato continuado con la épica no dejaron en García Calvo una impresión tan necesitada de ser exorcizada. Con esto he de acabar: señalando cómo el pomposo nombre que da a la hipotaxis —*el gran camino de la lengua* frente a la *pequeña tranquilidad de la prosa*— está contagiado de épica moral. Y es que ese *gran camino* está trasplantado de un «mito» de «Confucio o del confucianismo no

canónico» (2016b:670) que Ferlosio conoce a través de Max Weber. Así se lo cuenta a Aranguren en una charla de 1984 para la cual extracta el siguiente fragmento de Weber:

En un extraño pasaje de los escritos clásicos se nos describe un Estado en el cual el puesto del gobernante no se ocupa por herencia, sino por elección, en el que los padres aman como hijos no sólo a sus propios hijos y viceversa; niños, viudas, ancianos, personas sin hijos, enfermos se sustentan con bienes comunes, los hombres tienen un trabajo y las mujeres un hogar; se ahorran bienes, pero no son acumulados para objetivos privados; el trabajo no está al servicio del propio provecho; no existen ladrones ni rebeldes; todas las puertas están abiertas y el Estado no es un Estado autoritario. Éste es el “gran camino”, al que se contraponen el orden empírico coactivo, generado por el egoísmo, caracterizado por el derecho hereditario individual, la familia individual, el Estado autoritario guerrero y el dominio exclusivo de los intereses individuales y al que se denomina, en una terminología característica, «la pequeña tranquilidad» (2016b:671)

El *gran camino* es un mito utópico al que habían allanado el terreno los «Comentarios del traductor» (1973). Allí estaba «la paz» por «la más genuina vocación del hombre desde el instante mismo en que se hizo tal por el don de la palabra» (1973:222). Se hiciese lo que se hiciese de él, «aunque sea enquistado en los repliegues de su forma, el anhelo infinito de paz» no se extingue para quien comparaba el don de la palabra al «simposio», al «banquete eucarístico» (222). En el confucianismo encuentra una religión sin dioses que se ajusta como un guante a su idea de la paz como empresa humana: «le pertenece por entero» al sujeto «y está encerrada en él y no puede ser remitida o confiada a instancia providencia de clase alguna. El sujeto ha olvidado que se creó a sí mismo en la asamblea constituyente del don de la palabra y que eso que toma por promesa de alguna providencia trascendente es un compromiso libremente contraído por él mismo en el interior de aquella sala; no quiere reconocer ya como suya y solamente suya la voz del juramento originario; cree que algún dios le llama y es sólo él quien con su propia voz se llama desde el día memorable e inmemorial» (222-223).

Este es el último semblante de quien pronto firmará *La homilía del ratón* (1986). Inherente al lenguaje es la comunidad e inherente a él es un potencial revolucionario que nunca alcanza a extinguirse aunque se lo emplee para usos opuestos. El pasado había dejado en Ferlosio el efecto subyugante de la grandiosidad barroca; lo demás eran posibilidades menores, desvíos, *pequeña tranquilidad*, pero había que purgar el imaginario. ¿Cómo otorgar vigencia a modelos pasados sin caer en el simple juego pasatista o el refrendo? Postulando que el Gran Camino se levanta sobre la ruptura del orden hereditario y un inagotable afán de perfectibilidad. Los dos estilos son dos morales, la denigrada reproduce lo dado, se perpetúa siguiendo la inercia; la ensalzada somete a revisión cuanto ha recibido:

Así, mientras que el yo de la moral de identidad es una especie de monarca hereditario [como en el reino de la pequeña tranquilidad], legitimado por la sangre de una vez por todas, en cambio, el yo de la moral de perfección sería como un monarca electivo [como en el reino del gran camino], jamás legitimado o, en todo caso, si se quiere, permanentemente supeditado a volver a legitimarse *ex nihilo* cada vez en cada uno de sus actos, si es que esto se sale del concepto mismo de legitimación. Toda gran moral, y tanto más radicalmente cuanto más propiamente religiosa, ha consistido en una apelación a albedrío para cambiar al yo de condición, una incitación a hacerse siempre nuevo, siempre distinto, siempre mejor; esto, que el Evangelio cristiano acertó a expresar certeramente en la consigna “niégate a ti mismo”, lo vuelve rotundamente boca abajo la moral de identidad, diciendo “afírmate a ti mismo”, junto con toda la familia de expresiones de la moderna jerga psicológica de la “autorrealización”» (2016b:672)

El gran camino moral de la lengua es el triunfo del «albedrío, la verdadera libertad que elige e inventa» (654) e inventa a quien la practica. *Weg von hier, das ist mein Ziel* es el lema que extrae de Kafka: «Fuera de aquí, tal es mi meta» (654); el lema de quien repudia la conformidad con lo dado y no se apega a lo heredado. Pero las leyes de la herencia son indefectibles: Kafka prestaba la divisa, pero la primera piedra la había puesto cierta fábula china que constituía «—por encubrir púdicamente en la barata y estereotipada expresión inglesa una declaración tan enfáticamente subjetiva— *the most wonderful tale I ever heard*, pero de la que ni *él* me llegó a decir ni la época, ni nada he vuelto a saber después por ningún otro conducto» (653; el subrayado es mío). *Él* era quien se la contó: Rafael Sánchez Mazas. El relato original se ha perdido con él. Quedaba la evocación, la reconstrucción, la paráfrasis, la reescritura de un lugar de culto que su padre le había dejado en herencia. No es más que una casualidad, pero el relato se urdía en torno a la conquista de un semblante. El emperador de China quería casar a su única hija. Acudieron pretendientes de todo el reino hasta que se eligió al que la supo

hacer siempre dichosa, viviendo con ella amorosa y santamente hasta el fin de sus días. Mas cuando estaba siendo amortajado y adornado para la sepultura, un cortesano notó junto a su sien, con la yema de los dedos, el borde de una delgadísima máscara de oro que cubría su rostro. “¡Ha prevaricado!”, gritó el mandarín, al tiempo que arrancaba de un golpe la máscara, para hacer manifiesta la terrible y sacrílega impostura; pero cuál no sería el asombro y la admiración de los presentes al ver que el semblante que entonces se mostró a sus ojos tenía las facciones absolutamente idénticas a las de la máscara (653).

A base de impostarlo había devenido su semblante tras una infatigable labor de «afectación, ficción, invención, alienación» (654). Su semblante es hijo de la renuncia y del compromiso con el «soplo exterior que despierta y solicita a la naturaleza para que, liberándose de su inerte servidumbre, elevándose sobre sí misma, encarne bajo el dictado del espíritu la figura viviente de la santidad» (654). Era la consumación feliz de las bodas de



la Carne y el Verbo. «[N]ingún semblante humano puede configurar en sus facciones “el rostro de la perfecta santidad” como un semblante natural, porque la santidad no nace del interior, como un fruto espontáneo de la naturaleza, sino que es inducida y conformada desde fuera, como una obra del espíritu» (654). A ello iba a consagrarse.

## 6.- LOS HIJOS DEL PRESENTE. EXORCISMOS DE LA MODERNIDAD

El argumento se quedó parado y sobrevino la felicidad (2015b:55)

Las necesidades expositivas, el malestar por dejar las cosas tan solo insinuadas me han llevado a adentrarme mucho más allá de lo que un enfoque cronológico debería haberlo hecho, porque el Ferlosio de mediados de los sesenta a mediados de los setenta es prácticamente un desconocido. Para el lector de entonces, sus contadas apariciones no daban ni mucho menos para formarse el retrato que he propuesto. Pese a publicarse en *Revista de Occidente*, *Triunfo* o *Informaciones* debieron pasar como noticias puntuales de que el novelista de culto del medio siglo seguía vivo. A inicios de los setenta era, probablemente, el más ausente de aquella promoción. Él mismo parecía haberse acogido a una postumidad entre resignada y patética. En 1973, con solo cuarenta y seis años —y con una estudiada *captatio benevolentiae*—, alegaba que si los «Comentarios del traductor» veían la luz se debía a que «la edad de ir yendo a menos me ha llegado mucho más pronto de lo que me pensaba, y la alacena en que guardo mis papeles huele ya demasiado a sepultura. Ya no vendrán los días en que de estas cuatro farragosas, obsesivas y pegajosas ideas salga una averiguación lúcida y ordenada que pueda ser expuesta por sí sola, sin ninguna subordinación parasitaria; ya no vendrá nada» (1973:202). Ya hacía unos años que arrastraba aquella depresión: en 1965, cuando Torán —tal vez fatigado de que suspendiera a todos los biógrafos— le encarga que se ocupe —con Jaime del Valle-Inclán— de la de Mariano Royo Urieta (Fernández 2017:239), Ferlosio escribe a Benet para cortar todo lazo profesional. Así reza un fragmento de la carta, que reproduce íntegra J. Benito Fernández:

ni me creo que soy una persona mayor con la que pueda contarse para nada, ni que jamás vaya a entregar a nadie original alguno salido de mi pluma, nisiquiera [sic] que estoy en este mundo sino como de broma, aunque tal vez sangrienta. Todas las iniciativas —perdonadme— me producen cada vez más la sensación de juegos para entretener la espera del desastre, para darle carrete a la desesperación; y no censuro este empleo en modo alguno, sólo que para que sirvan para ello es preciso creérselos en algún grado, y yo no me los creo. Este año las guerras, la violencia y la irracionalidad creciente, que me turba y me amedrenta y me llena de asco y amargura, han venido inhibiendo mis ya flojos impulsos; pero además, privadamente, se me han asestado dos malas puñaladas, que han abierto otras dos fugas de aire en el ya bastante desinflado pulmón de mi existencia; la penúltima ha sido mi desahucio o jubilación científica por parte de Víctor Sánchez de Zavala, que no por arbitraria e irrazonable me es menos mortal, ya que, por suerte y por desgracia, la certidumbre intelectual, en la misma medida que es genuina, no asocia nunca seguridad psicológica ni convicción moral de clase alguna, pues en caso contrario no sería

la verdad la más inerme, la más débil de todas las criaturas, de suerte que ya en el mero ademán de apercibirse a la defensa se vende y se traiciona. En una palabra, que no contéis conmigo para asuntos; para la conversación, con mil amores, siempre que sea lo bastante inútil y ofrezca suficientes garantías de no querernos llevar a parte alguna. Tuyo, Ferlosio. (2017:238)

La otra puñalada tuvo que ser la muerte de su sobrino Marcos, ahogado en la piscina a los tres años, y cuya memoria dedica el texto sobre el bautizo.

Las sucesivas desgracias habían ido agudizando un cuadro depresivo. No obstante, no debería caerse en el cómodo expediente de enfatizar lo individual eclipsando lo estructural: *una* pérdida de sentido es el síntoma por el que se hace legible la crisis global del sentido. Se es «broma sangrienta» en la comedia humana; uno se niega o se dedica a «entretener la espera del desastre» que ha de llegarles a todos. Las mismas claves se reconocen en «Más sobre lo mismo», su arremetida de 1973 contra las justificaciones que ha merecido en la prensa el canibalismo que, a falta de otro alimento, han practicado los supervivientes del avión estrellado en los Andes tres meses antes. A quienes erigen el deber categórico («por encima de todo») de seguir adelante, les opone la virtud y la belleza moral de quienes optaron por no sobrevivir a lo abominable, quienes «en otras tragedias que ha habido en la Historia [...] se dejaron vencer por el horror, por el dolor, por la desolación, por ejemplo, ante el exterminio de su pueblo y la destrucción de su ciudad, desfalleciendo de cualquier deseo y de cualquier esfuerzo de supervivencia, y se tendieron sobre el suelo, “echándose a morir”, como tan bellamente se decía en otros tiempos menos ilustrados» (2017:486). Sobrevivir al desastre apareja la traición al mundo perdido. Lo decía un pecio, ya citado, escrito en la muerte de su hija: «(Never more) Decir que el tiempo todo lo cura vale tanto como decir que todo lo traiciona ¿Sabré sobrevivir sin traicionar?» (2008:54).

Sobrevivir después del horror, justificarlo como algo necesario, ¿no supondría «vivir prudentemente precavidos contra todo vínculo y todo sentimiento lo bastante intensos como para exponer a nuestras almas al peligro de caer, a la hora de tan extrema prueba, en un desfallecimiento semejante» (2017:486). ¿No debía uno preguntarse qué clase de humanidad es la que resulta de sobreponerse al desastre?:

¿[...] es que no estaría ya hecho de antemano el mayor daño en la vida de los hombres si éstos tuviesen que guardarse de comprometer su alma —y por tanto, inevitablemente, de debilitarla— con vínculos y afectos capaces de quebrantar la fortaleza necesaria para «sobrevivir por encima de todo», para no desfallecer de todo aliento de supervivencia ni siquiera en el caso más extremo? ¿Seguirían siendo humanos unos vínculos que nos permitiesen mantenernos preparados para afrontar situaciones inhumanas, para sobrevivir a trances inhumanos?

Por mi parte, venero la flaqueza de ánimo de cuantos se echaron a morir ante la desaparición de todo lo que amaban (2017:486).

Unos años más tarde consignaba sarcásticamente que «[u]na Humanidad que sobrevive y que se perpetúa siempre a costa de hacer o padecer cada vez más atroces inhumanidades y de ir haciendo a los hombres cada vez más inhumanos no entiendo que pueda querer ser conservada por otro mérito alguno que el de ser una interesante, aunque desagradable, curiosidad zoológica» (2016b:17). Hace ya un tiempo que trabaja en la historia de un príncipe que renuncia al trono en nombre de alguna convicción moral inconfesada y que a duras penas logra formular. Ceñirse la corona que por derecho le corresponde supondría superar la catástrofe; y en él, Nébride —como en el camionero maño— se trataba, por el contrario, de hacer patente el heroísmo de quienes se niegan a seguir adelante.

Son esas las historias que persigue, las de quienes se niegan a toda componenda con los horrores de la Historia «rechazando con la pelea o con el suicidio su “integración en la historia universal”» (2016:345). La experiencia del sinsentido debería formar parte del relato sobre los miembros de aquella generación. Poco antes de su muerte, Aldecoa se refirió a ello en una entrevista en la que dejaba convicta a su promoción: «El problema de una generación nacida y educada en tales circunstancias es que, cuando pasen sus años de crisálida, se transformará en nada [...]. Una especie de generación entre paréntesis a la que pertenecemos muchos» (cit. en Martín Gaité 1994:157). Fue la crisis de una época y enreda varias trayectorias. Manuel Sacristán vio en la de Ferlosio la anticipación de «una gran depresión que [...] viví clínicamente: estuve un par de años prácticamente muerto» (Guiu/Munné 2004:95).

Sacristán lo contaba en una entrevista que no quiso que se publicara por el derrotismo que transpiraba. Su crisis respondía a «alguna pérdida de convicción sobre los esquemas clásicos del pensamiento político-cultural del movimiento obrero mayoritario, por lo menos, en Europa occidental» (93). La había alimentado la conciencia del fracaso contraída en el estudio de Gramsci y ratificada por la deriva soviética, con el 68 como «traca final», decía. Tuvo entonces la «convicción inhibitoria» de estar representando el *grotesco papelón* del intelectual; de que «la figura de intelectual y su papel es algo deleznable. Una de las cosas más indignas y hasta repulsivas que se pueden ser», un «payaso siniestro, un parásito por definición, que en cada una de sus payasadas no está haciendo más que asegurar el dominio de la clase dominante, sea esta clase dominante la burguesía de aquí o sea la burguesía burocrática de un país como la Unión mal llamada Soviética» (95).

Las proyecciones son forzosamente parciales, inexactas; no todo es extrapolable. En Sacristán responden a la purga de una abnegada militancia dogmática que Ferlosio nunca profesó. Sin embargo, a sus ojos, Ferlosio, por el que siente «una gran afinidad y fijación erótica» (68), ostenta la condición ejemplar de quienes rompieron con el «trozo parasitario» de plusvalía disfrutada por nacimiento o por derecho de conquista. En él detecta los procesos de aversión a lo orgánico y la concepción de la Historia como «larga evolución de mal en peor» (68). Ferlosio es el «pesimista histórico y radical», el «antiprogresista al pie de la letra, que piensa que la historia acabará el día que ya no haya peor, en el supuesto de que tenga fin; si no, será una carrera hacia el mal infinito» (67).

Algunas de esas cosas ya estaban en la poética de *El Jarama*, punteada por los cadáveres que dejaba a su paso el aoristo de la historia y tan afecta a lo perecedero, lo que *no sirve* al relato. Quizás allí se apuntaba una filosofía de la Historia no alejada de la que empieza a ensayar Sacristán:

empecé a intentar entender lo que había quedado liquidado en la cuneta por la marcha histórica, como reacción a la bestial y siniestra idea de los vertederos de la historia que se mantiene en la tradición del grueso del movimiento obrero, como si lo que ha quedado en las cunetas fuera basura, siendo así que está claro que basura, en cierta medida, lo somos todos y, en cierto sentido, nadie, por lo menos dentro de los grupos dominados. Lo hice, de todas maneras, intentando no tener la debilidad, única que creía que podía no tener en comparación con una actitud como la de Rafael, de reproducir de algún modo el esquema del intelectual tradicional. Quiere decirse: ser cómodo para los dominantes, ser cómodo para los explotadores (97).

Aquella lección obligaba a revisar el «esquema del intelectual tradicional» por los mismo años en que Ferlosio se vuelca a analizar los *esquemas narrativos tradicionales* en *Las semanas del jardín* (1974), la primera gran aparición del gran desaparecido. Tendrá lugar en una editorial fundada por los hipotéticos lectores de «Personas y animales en una fiesta de bautizo» a los que me refería anteriormente: Nostromo, la empresa de los jóvenes Juan Antonio Molina Foix, Mauricio d'Ors y Diego Lara, en la que trabaja Marta Sánchez Martín, la niña que ha crecido entre bestiarios fabulosos. Allí ha publicado ya su madre, Martín Gaité, otro título clave en el enlace entre generaciones, *La búsqueda de interlocutor y otras búsquedas* (1973), y pronto han de sumársele las *Cartas de negocios de José Requejo* (1974) de Agustín García Calvo. La semana «en que volaron a Carrero Blanco», recuerda J.A. Molina Foix, Ferlosio les propone la publicación del libro, cuya edición «seguía paso a paso». «[C]ada día» iba a la editorial e «incluso un día se empeñó en ir a la imprenta a discutir con el corrector, que le había tocado una coma... [...] Nos confesó que había vivido aquel libro

muy intensamente, que con los anteriores no había sido así, entregaba el original y ya estaba...» (en Vila-Sanjuán 2003:512).

También ellos viven intensamente lo que supone contar con Ferlosio en un catálogo que a duras penas ha echado a andar. «La editorial», cuenta Vila-Sanjuán, «no ahorró pólvora. En su segundo servicio de novedades, Nostromo anunciaba en los siguientes términos la publicación de sus números 10 y 11:

Desde la publicación de *El Jarama*, hace ya casi veinte años, ésta va a ser la primera entrega en forma de libro del gran escritor RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO.

La magnitud de este acontecimiento literario es imposible de resumir en esta breve nota de presentación; no obstante podemos calificar esta obra, sin miedo a equivocarnos, como el más sorprendente, profundo y genial ensayo de la últimas décadas [...]» (2013:512).

Que Ferlosio fuera el trampolín para una pequeña editorial con problemas de distribución (el texto concluía así «NOTA: NOSTROMO espera que su DISTRIBUIDORA, consciente de la importancia de esta obra, se tome especial interés en ella») no resta un ápice de fidelidad a la expectación con la que se le espera. Solo eso explica la tirada de 5.000 ejemplares de la primera entrega de *Las semanas del jardín*, *Liber scriptus proferetur*, que se vendieron pronto y con gran repercusión. No obstante, aquello fue un espejismo, «del segundo libro [*Splendet dum frangitur*] tiramos siete mil ejemplares, pero ya no los vendimos» (Molina Foix en Vila-Sanjuán 2003:513). La acogida de las dos entregas resume la condición de un nombre mítico, esperado, con una imponente capacidad de impacto que, sin embargo, conoce pronto un descenso meteórico en sus lectores potenciales.

Con todo, si no vieron la luz las «sucesivas entregas, en número todavía no determinado» que se prometía Nostromo no fue por su menguante rentabilidad, sino por la naturaleza misma de la producción de su autor, que funcionaba por «acometida[s]» (Echevarren 1982:672), por impulsos sin plan estricto. Siempre hay averiguaciones y continuaciones para quien cada 23 de abril lee en el prólogo del *Persiles* que «no son todos los tiempos unos: tiempo vendrá, quizá, donde, anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta, y lo que sé convenía» (S. Ferlosio 1984:2).

## 6.1.- SINTAXIS Y CULTURA

Qué son *Las semanas del jardín* no es una cuestión sencilla de responder. Buena parte de su definición se encuentra en los exergos de sendas entregas. Uno habla de una obsesión tenaz, el otro de su *modus operandi*. El primero, tomado de la *Odisea*, subraya la relación entre

narración, destino y sacrificio («Los dioses traman y cumplen la perdición de los mortales para que los venideros tengan qué contar»). El segundo recurría socarronamente a una de sus frecuentadas crónicas de Indias para plasmar el desconcierto en el que ha venido a parar quien se tenía por entendido en una materia; buen reflejo de los numerosos imprevistos con los que topa el ensayista. Si algo deslumbra y prevalece en el recuerdo del lector de esta obra es el empeño titánico, mezcla de rigor y ludismo, de una inteligencia exhaustiva, anfetaminada que idea sobre la marcha cómo engastar cada hallazgo en el esquema que persigue. Ya el frontispicio de la primera semana describía la poética del libro, que es la de todos los que vendrían después: «se trenzará al costado del texto, como un frondoso remanso marginal, un diálogo moroso, ocioso, inocuo y acaso un tanto estupefacto» sostenido gracias al «gran temple, gran *reprise* y gran desenvoltura» (2015:47) de un yo intelectualmente promiscuo, pronto al inciso, al paréntesis largo, al apéndice; entregado al puro gozo de espolear su inteligencia en el contacto con los objetos, poniéndose en aprietos, apurando la congruencia, inspeccionando las implicaciones levantadas por su propia argumentación.

Pero conviene contextualizar el aura de singularidad que rodea al libro. Pese a su extravagancia, *Las semanas* se suman a las numerosas intervenciones que aquella década y la precedente practicaron sobre los dispositivos narrativos y sus matrices ideológicas. En el fervor por construir una ciencia del relato debe contarse la incontinencia de unas notas que hablan de la narración y sus convenciones, de la representación al servicio del adoctrinamiento, de teología, y también de las fuerzas ocultas, tiránicas, que acompañan al propio lenguaje. Sacristán, junto a tantos otros, reprueba el *esquema del intelectual tradicional*; Ferlosio, junto a tantos otros, describe y no puede evitar reprobar el *esquema de la narración tradicional*. Al compás de réprobos y esquemas tradicionales, no desentonan las palabras pomposas, tremendas que se leen en la contraportada de *Reivindicación del conde Don Julián* (1970), un libro más próximo a *Las semanas* de lo que a simple vista pudiera parecer: «el narrador formula a un tiempo una nueva propuesta moral y una propuesta estética planteada con el más decidido propósito de barrenar, en la escritura, el fundamento mismo del lenguaje represivo». No eran pocas las convergencias entre Ferlosio y Juan Goytisolo, que también tuvo cierta fijación erótica por él. Si bien se mira, el atentado contra los mitos nacionales fue fuente de deleite en ambos y, salvando las distancias —Goytisolo alcanzó cotas de sobreactuación que hacen caprichosos los de Ferlosio—, ambos coquetearon con el papel apoteósico del hereje. ¿No podría haber escrito Ferlosio algo así?: «[D]ueño proteico de tu destino, sí, y, lo que es mejor, fuera del devenir histórico: del raudo progreso

que, según testigos, juvenece la faz ayer dormida y torva, hoy floreciente y dinámica del vetusto país» (Goytisolo 1976:26).

Juan Goytisolo se encontraba entonces inmerso en una revisión identitaria que pasó por la identificación con los vencidos de la historia nacional. Llama la atención la profundidad cronológica de esos procesos, que tienen su escena originaria en la aparición de España como entidad política, fantasma del que nunca se librarán. Goytisolo fantasea con repetir la invasión de la península a fin de acabar con el rancio linaje de católicos que la ocupa. La solución de Ferlosio no adopta la destrucción, pero se mueve por los mismos escenarios. Aparece en el ya citado «El caso Manrique» y transcurre en el Gran Café de Nápoles en una tórrida noche sevillana. Allí están su admirado profesor de instituto Juan de Mairena y Marcelino Menéndez Pelayo, y allí irrumpe otro profesor de instituto, el entrometido beltranejo Rubén Segovia Francos, catedrático jubilado de Historia y Geografía en los institutos de Medina del Campo y de Jaén, cuyo nombre se le hace a Menéndez Pelayo más judío «que Maimónides», y a quien juzga «dispuesto, si de él dependiera, a franquearle otra vez el paso del Estrecho a la morisma» (2015:281). Así declamaba este RSF: de no haberse arrebatado la corona a Juana de Castilla,

ahora tendríamos todavía la dulce España de los cuatro reinos, la España de Lisboa, de Segovia, de Zaragoza y de Granada; ahora tendríamos allí —y señalaba con el brazo y el índice extendido hacia algún punto remoto, más allá de los muros del café— un reino islámico europeo, próspero, pacífico, culto, refinado, la esmeralda de Alá como remate del collar de los pueblos cristianos, que sería hoy el orgullo de Europa, a la vez que el espejo en que se miraría todo el Islam occidental, pues sus naves, flanqueadas, borda con borda, remo con remo, vela con vela —se exaltaba el anciano— por las galeras hermanas de Aragón y de Castilla, jamás habrían permitido que los turcos pasaran de Cairuán ni del estrecho de Pantelería (2015:280).

No hará justicia a semejantes pasajes quien los tome por simples parodias. Son teatros identitarios que certifican y en parte se duelen de que haya expirado la viabilidad de un sujeto nacional. Solo queda la melancolía de imaginarlo como posibilidad perdida siglos atrás, abortada en el momento mismo en que nació la unidad territorial. Solo antes hubo un *nosotros* imaginable, un país fantaseado en los libros de historia por el que se guarda luto: «¡Nada de aquello volverá ya más! Por mi parte —añadió, modulando ahora su cólera con cierto tono de solemne unción—, no he vuelto a reconocer más reyes en España que mi señor el príncipe de Viana en La Alfajería de Zaragoza, que mi señora doña Juana de Trastámara —Beltraneja que fuere o que dejase de ser, si eso les place— en el trono de Castilla, y que mi señor Abu Abdallah Muhammad, Boabdil, en La Alhambra de Granada» (2015:280).



Las causas del pasado fueron siempre conflictivas para Ferlosio, en todas obró del mismo modo: puso el cuerpo en los lugares del duelo, pero censuró que sus causas fuesen reabiertas. Creo que en ello no se hubiese puesto de acuerdo con Goytisolo, pero ambos coincidían en su deseo de romper con lo dado. Aunque más impúdicos, los tonos bíblicos con que el narrador de Goytisolo se impone una misión («inaugurarás caminos y atajos, inventarás senderos y trochas, en abrupta ruptura con la oficial sintaxis y su secuela de dogmas y entredichos: hereje, cismático, renegado, apóstata: violando edictos y normas, probando el sabroso fruto prohibido» [1976:152]) no disuaden del pasaje en que *Las semanas* desenmascaran a Yavé: la omnipotencia con que se había hecho pasar ante Job por el libertador del onagro («¿Quién rompió las ataduras al onagro?, ¿quién dio la libertad al asno salvaje, a quien por casa regalé el desierto y por guarida las estériles estepas? ¡Él se ríe del estrépito de las ciudades y desdeña la voz del arriero! ¡Vaga por los montes al pasto y se va tras de toda hierba verde!» [2015:67]) era falsa.

Bajo diferentes máscaras, las blasfemias contra ese dios omnipotente nunca llegan a desaparecer de escena. Su obra se negaba a reproducir el conjunto de cláusulas e inercias que habían acabado cristalizando en un cuerpo de doctrina narrativa, un «derecho narrativo». ¿Cuánto de ello no puede trasladarse a la trama metanarrativa de *El cuarto de atrás* (Martín Gaité 1978)? El dios refutado, los caminos inaugurales, ¿no conocen una variación en las reflexiones que desata en la narradora la muerte de Franco? Con él —le cuenta a su interlocutor— se desvanece la figura todopoderosa que reúne lo disperso, que habita cada palmo, que observa cada rostro y escucha cada palabra:

Así que desde ese punto de vista, Franco es el primer gobernante que yo he sentido en mi vida como tal, porque desde el principio se notó que era unigénito, indiscutible y omnipresente, que había conseguido infiltrarse en todas las casas, escuelas, cines y cafés, allanar la sorpresa y la variedad, despertar un temor religioso y uniforme, amortiguar las conversaciones y las risas para que ninguna se oyera más alta que la otra. Hágase cargo de que yo tenía nueve años cuando empecé a verlo impreso en los periódicos y por las paredes, sonriendo con aquel gorrito militar de borla, y luego en las aulas de Instituto, en el No-Do y en los sellos; y fueron pasando los años y siempre su efigie y solo su efigie, los demás eran satélites, reinaba de modo absoluto, si estaba enfermo nadie lo sabía, parecía que la enfermedad y la muerte jamás podrían alcanzarlo (2018:206).

No extraña, pues, que mientras se retransmitía la noticia de la muerte de la «persona que había regido durante tan largo tiempo los destinos de la patria [...] parecía como si las palabras “regir”, “destino” y “patria” se quitasen el uniforme oficial y apareciesen en cueros sobre una mesa de disección para dejarse hacer la autopsia» (207-208). Eso fueron todos aquellos libros: disecciones de esas tres palabras obsesivas.

Todo había empezado mucho antes. De los atentados contra el centro que *rige* e impone su *destino* sobre los personajes da fe la omnipresencia de digresiones renuentes a arreglarse a un plan narrativo. Campan por doquier y a varios niveles: las torsiones a la sintaxis del relato actúan a menudo en la organización de la frase. Es casi inevitable leerlas en clave política. ¿No hay mucho de ello en las «Consideraciones sobre el hipérbaton» (1981) que Benet publicaba en *Revista de Occidente* a fin de mostrar la ductilidad compositiva del idioma? De las exhaustivas permutaciones a que somete un verso de Lope («Es la mujer del hombre lo más bueno») extrae estas conclusiones de tinte político: la movilidad de los componentes de la frase demuestra que «no existe ninguna forma de combinación entre ellos que añada algo más a lo que el conjunto en desorden ofrece. No existe, pues, forma para ellos [los sintagmas], algo superior e independiente a la suma de sus partes, y por consiguiente no puede existir un orden de construcción que la rijan ni una oculta estructura que la sustente» (1981:53-54).

Uno tiene la impresión de estar leyendo un pequeño tratado político. Si un orden sintagmático prevalecía sobre otro se debía única y exclusivamente a que los hablantes lo habían potenciado: «La ley la da la mayoría y no hay que buscar sus fundamentos en otra parte; pretender que el orden derivado de esa ley es más estructural o racional que cualquier otro no sólo es levantar una doctrina que tarde o temprano se vendrá abajo, sino despreciar ese instinto de la mayoría para encontrar las formas más económicas de expresión, sin necesidad de venir avaladas por un esotérico y discutible principio de construcción» (46). No sorprenderá la extravagante lección —que seguro hubiese complacido a Ferlosio— que extraía de ello: «el castellano me parece el más liberal de todos los idiomas que conozco y que he oído hablar» (55). *Boutade* supina de un autor pródigo en ellas... y testimonio de la constelación política que alienta tras ciertos fraseos.

Los atentados contra la *rección* y el *destino*, así como la ruptura de *esquemas tradicionales* venían sucediéndose desde mediados de los sesenta y acabaron siendo obligados; también aquella revuelta ortográfica contra la violencia instituida de párrafos y puntos, camisas de fuerza para contener la expansión de flujos lingüísticos y conceptuales que el régimen disciplinar de la razón reprimía. Ferlosio optó por el camino contrario: contra la ausencia de puntuación, abrazó su abundancia y su rigor volviendo la vista a la precisión expresiva de la jerga jurídica. No obstante, la sintonía epocal es más acusada de lo que esa oposición podría dar a entender: pletórica de conectores, guiones, paréntesis, puntos y coma, su obra se caracteriza por hacer de la perfección del dispositivo ortográfico un aliado del desbordamiento. Mientras muchos llevan el desacato a la ortografía a su máximo

rendimiento, Ferlosio se propone exacerbar la posibilidad de las normas. Una analogía aparecida en *Las semanas* se presta a emblema de su ideología sintáctica. Se trata de una marioneta: «cada nuevo hilo que se le añade [...] representa a la vez un grado más de determinación y un grado más de libertad» (2015:99).

Ese estrechamiento entre determinación y libertad es uno de los rasgos que mejor recorta a Ferlosio en el amplio fondo de la contracultura. La única libertad imaginable para quien solía sospechar de la libertad. La marioneta brota de su entendimiento de todo texto como «una especie de campo gravitatorio presidido por una uniforme tendencia a la centralización» (98); un mecanismo centrípeto que, no obstante, habría conservado la posibilidad sintáctica de producir «descentramientos». Así, si por una parte «el sistema gramatical» era «lo suficientemente capaz o poderoso como para hacer contextual —esto es, subordinar y referir a un mismo centro— también lo más remoto, indirecto y divergente, no podía por menos de conceder a la vez a ese dispositivo un grado de libertad referencial que no excluyese tampoco el caso límite de una contextualidad radicalmente excéntrica, esto es, la posibilidad de emanciparse y burlar la propia centralización a cuyo servicio había sido adscrito» (98-99).

En el mismo mal se encontraba tal vez la salvación: los dispositivos gramaticales podían burlar la función para la que en principio habían surgido. La apoteosis intelectualista mostraba aquí su faceta *trágica*: «Aquello mismo que nos abre los caminos de la relativización, de la superación de inmediateces, ha de prestarse a la vez y necesariamente [...], en virtud de esas mismas posibilidades, a erigirse en instrumento de un absolutismo más vasto y radical (no es otra, a mi entender, la tragedia del lenguaje y aun la nuestra propia)» (115). Tales temores no habrán de disiparse; serán la sombra de sospecha que acompaña a su propios trabajos. Lo resume el primero de sus pecios reunidos: «Lo más sospechoso de las soluciones es que se las encuentra siempre que se quiere» (2015b:15).

Entre ambos polos oscila el lenguaje. Por una parte, es «un descentralizador de la experiencia, un relativizador del absolutismo egocéntrico; y en esto está, quizá, su potenciación fundamental de la capacidad cognoscitiva humana» (2015:107); por otra, «todo puede reabsolutizarse en los propios términos en que un movimiento de expansión lo haya puesto; todo puede volverse a petrificar en un primitivismo secundario» (107). La labor de cada generación es revertir esos efectos.

Poderes centrípetos, fugas, digresiones responden a la percepción epocal de un totalitarismo ubicuo, pero es difícil sustraerse a la sospecha de que en Ferlosio se ventilaba, además, una querrela familiar. Y es que aquello que tanto le inquietaba había sido ensalzada

por Sánchez Mazas en 1939: «Una ley inflexible de armonía exige que la naturaleza de las partes siga la naturaleza del todo. [...] Imponemos esta jerarquía de valores espirituales como primera condición de libertad histórica civil, pero no la hemos inventado nosotros, es eterna y viene de Dios. Por eso la imponemos a rajatabla, sin vacilaciones posibles» (1939:13-14). Eran la *rección*, la *patria* y el *destino* en todo su esplendor antes de la autopsia. Casi está allí la mejor contraguía para entender su proyecto: atender a los efectos perniciosos del todo sobre las partes y hacer de esa vigilancia la primera condición del razonamiento. Cada obra suya escenificará la lucha denodada entre la pulsión centralizadora y el subrayado de la fuga; el engranaje preciso de la argumentación junto a su interrupción enfática, para la que gusta de un nexo aprendido en Machado. Lo vio Mainer: «a Machado debe [...] el énfasis de los “sin embargo”, algo más que una conjunción adversativa y pausa en la enunciación, como si fuera una suerte de antídoto gramatical del ergo escolástico» (2005:192).

Todo ello remite a la violencia callada que el razonamiento ejerce sobre los hechos, no menos que sobre las vidas: en cuanto ingresan en los dominios del relato se ven «[a]rrebatados de sus existencias por el violento viento del sentido, quedan subordinados funcionalmente al todo, objetivados en puros valores funcionales en las entrañas de ese todo integrador» (2015:103), de suerte que «toda la ambigüedad circunstancial de intenciones y designios» que pudiera haber en ellos,

toda la multivocidad de lo real viene sacrificada en holocausto de sentido, que logra perfilarse únicamente a través de semejante hechizo reductor. Cuando no queda ningún dato gratuito, ninguna ramificación que no revierta al texto motivante y motivado, ninguna circunstancia que no ejerza su estricta determinación casual, aparece invertida la relación entre facticidad y sentido, con el efecto de que la primera, que había de ser justamente lo explicado, queda desnaturalizada y convertida en ilusoria, como un mero soporte sensorial de su propia explicación: el qué no es ya más que el fantasma o el ruido del porqué (103).

Lo mismo que don Zana al mando de su comitiva, para abrirse paso el *sentido* disciplina los hechos *desfigurándolos*: cada uno de ellos es solo el eslabón de una cadena, que es lo verdaderamente afirmado. Pero aún hay algo más: para que emerja el *sentido*, convertido en punto de llegada, es necesario que cada eslabón de la cadena sea leído como prefiguración suya; de este modo el propio *sentido* concita a su anagrama el *destino*. Una vez alcanzado el *sentido*, este se infiltra retrospectivamente en los enunciados precedentes orientándolos, haciendo de ellos etapas hacia el cumplimiento final. El *sentido* de cada uno de ellos no será otro que encauzar el cumplimiento del *destino*, y a tal fin, los habrá despojado (convirtiéndolos en carentes de *sentido*) de cuanto no satisfaga esa función.

Son mecanismos legitimadores que Ferlosio rastreará en cualquier proceso de construcción de sentido. Es a las dimensiones de esa presencia callada y temida a la que quiero prestar atención. Se trata de una entidad inquietante —he dicho que dios y sus máscaras nunca se ausentan— que la escritura precisa y teme. Propongo este pasaje como la descripción más desasosegante de su rostro:

La centralización referencial se diría exigida, por lo tanto, para la propia constitución de un *denotatum*; un *denotatum* no identificable, en rigor, con personaje ni elemento material alguno —aunque éstos sean los síntomas sensibles de su continuidad—, sino plasmado, más bien, como una mismidad sin nombre, como el abstracto correlato corporal de la simple convergencia, bulto siempre inexpresso, proyectado y cuajado a vueltas de ese mismo impulso que despliega sus acontecimientos. Y si miramos ahora semejante convergencia desde el punto de vista en que aparece dirigida por el acto de lenguaje del propio narrador [...] y vinculada a la unidad de ese acto mismo, el campo gravitatorio dejará de presentarse como una simple manera de organizar el objeto [...] para mostrarse en realidad como su propio *élan* constituyente; no habría que hablar, entonces, de «unidad de sentido», pues el propio sentido no consistiría en cosa distinta de esa misma unidad (100).

¿No es esta la epifanía de lo siniestro? El sentido no se crea, se impone, es un efecto mismo del discurso. Transpira en cada palmo: los personajes son apenas síntomas suyos, carne de su «mismidad sin nombre»; todo es obra suya y todo revierte en él. ¿No se bordea aquí la paranoia? ¿No alienta esa paranoia en toda construcción intelectual? El sentido de la historia, la providencia, la mano invisible del mercado... La experiencia intelectual de lo siniestro es consustancial al ensayismo de Ferlosio. El amplio margen que en él ocupa la reflexividad no es solo testimonio de su honradez incoercible, sino que también es certeza de la acción de esas fuerzas: quien escribe las perpetra y a la vez son perpetradas sobre él. La mismidad sin nombre ha de recibir pronto el de «principio de dominación» y ha de convertirse en el *sentido* último de la Historia.

## 6.2.- FACTICIDAD Y SENSUALISMO

La búsqueda de sentido del ensayista acaba deviniendo imposición de sentido. Y es que el *objeto* del ensayo es en parte exterior y en parte interior al discurso, casi una fatalidad suya: «La totalización», escribe, «sería [...] un acto de lenguaje» (2015:59). Así como el razonamiento enajena los hechos a los que se aproxima, la razón enajena al propio razonador, cuya subjetividad se convierte «ella misma en reflejo y agente, en cómplice propagador de la propia ferocidad que la hostiga y obnubila, eslabón de esa racionalidad,

que se asegura así que el circuito no quede interrumpido en punto alguno» (105). ¿Quién escribe la página? ¿En qué medida se es sujeto de la escritura y en qué medida se está sujeto por algo más? Los desfondamientos son constantes en su obra, pero no conducen a la renuncia, sino a un programa: la restitución de aquello que ha sido suplantado por el sentido; la fastuosidad factual del objeto, su otredad infranqueable. Le es grato que las piezas encajen en el casillero que ha diseñado para ellas pero, como la abuela insomne de Alfanhuí, sabe que lo que está en un arca comparte aspectos con lo que se ha dejado en otra.

En esa facticidad se encierra la condición sensualista de su pensamiento, la preeminencia de la Carne sobre el Verbo —por recuperar la alegoría grata a Sánchez Mazas—. Contra lo que pueda parecer, quien ensalza contra Goethe el «árbol dorado de la teoría» frente a la vida gris (2015b:117) profesa un culto casi erótico por lo tangible. Vimos de qué modo lo lírico desempeñaba en su obra esos efectos. Como ya advirtió Ignacio Echevarría (2005:134), su autorretrato está en el que dedica a Unamuno, en quien descubre «el secreto ardor de una sensualidad capaz de conservar su más aguda receptividad, aun embozada tras la ascesis de una hirsuta conciencia puritana». Es «esquinado y esquinoso don Miguel de Unamuno quien nos da, así, la más genuina muestra de cómo la ascesis, la renuncia pueden celar una incondicional fidelidad a la carne, a la felicidad ausente y añorada, sometida a interdicto de conciencia por la visión de un mundo flagelado por la muerte y el dolor» (2015b:119).

También esa fidelidad melancólica de lo sensual recorre la obra de Ferlosio, y su presencia va en aumento conforme avanzan *Las semanas*, que pueden leerse como una evolución hacia aquellos fenómenos capaces de hurtarse a la violencia del sentido. De ello debe de ocuparse —conjeturo— la tercera semana, inédita e inacabada, que desarrollaba el importante concepto de *figura*. No obstante, ya la segunda se había demorado en su naturaleza. El título de cada una de las semanas dibujaba la progresión que estoy sugiriendo. El de la primera, *Liber scriptus proferetur*, puro destilado del destino, proviene de un verso del «Dies irae» al que siguen los dos siguientes: «in quo totum contineur/ unde mundus iudicetur» [‘Aparecerá el libro escrito / que todo lo contiene / y por el que se juzgará a todo el mundo’]. El título de la segunda parece responderle antitéticamente: *Splendet dum frangitur* [‘Resplandece mientras se consume’], lema que solía citar su padre (2015b:18) y que entrega la condición de la *figura*: aquello que no pierde «la materia sensible en cuanto tal» (2015:196), que no puede ser suplantado porque empieza y acaba en sí mismo. En ella busca «un compromiso intrínseco, pregnante —necesario, “motivado”—

entre materia sensible y significación, de suerte que [...] no podría dar lugar, en cada caso, más que a un solo y único texto; un texto que abriría y cerraría en su propio seno la cifra por él creada, cumplida y consumida al mismo tiempo» (2015:200). La *figura* no puede engrosar el *sentido* porque no puede tenerlo: no puede ser desalojada para investirla de ninguno. En ella, la *materia sensible* es *significación*. Nace y muere cada vez porque la figura, como el goce, es hija del presente.

La vinculación entre el lema y el goce erótico —si es que el sintagma no es redundante— pudo leerse ese mismo 1974 en una pieza aparecida en *Triunfo*, donde habla de «un incondicional e incondicionado —y si se quiere, utópico— deseo de poder abrazarse a ella [a la carne] en toda la generosa gratuidad de su *efímero esplendor*» (1974:35; el subrayado es mío). ¿Cuál es el significado de la carne, es decir, cuál es el significado de la figura? No significan nada más que sí mismas. Es una lección que ya había aparecido en el episodio en que Alfanhuí se topa con Heraclio, a quien sus padres han legado «dos grandes colmillos de marfil y dos bolas de marfil del tamaño de sandías» (2008:181). «Nadie», leemos, «sabía lo que aquello significaba. Pero era un verdadero tesoro, porque no se podía vender [...]. Tesoro es lo que vale tanto que no vale nada. [...]. El verdadero tesoro vale más que la vida porque se muere sin venderlo [...]. El tesoro vale mucho y no vale nada. En eso está el tesoro; en que no se puede vender» (2008:181-182). Ni la figura ni la *carne* tienen *sentido* ni *destino*. Son patencias presentes. Son intraducibles. Estos dos polos tironean de su obra: el *resplandor efímero* señala el espacio del goce y del duelo; el *Liber scriptus*, la violencia que usurpa la carne para someterla a sus designios.

Esa tensión atañe a muy diversas formas menos esotéricas de lo que mi exposición puede estar dando a entender. Se reconoce, por ejemplo, en las dinámicas de la sociedad de consumo que Ferlosio explorará principalmente en los años noventa, pero que ya delinea en *Las semanas* al hilo de cómo la fórmula «ir al cine»<sup>14</sup> (2015:51) revela un vacío que pide ser continuamente rellenado con materiales cuyo *sentido* es simple y llanamente el de servir de «implemento ocasional para un vacío preestablecido» (52). El resultado es que «ya la propia invención no es suscitada por el objeto [...] al que haga referencia, sino por el lugar vacío que la reclama, y se plasma conforme a sus principios de genericidad y fungibilidad: el repertorio ha de ser ampliamente intercambiable, y todos los ingredientes se vuelven implementos para lugares vacíos invariantes y preestablecidos [...]. Se llegará así a [...] la aplastante uniformidad de la industria cinematográfica» (53).

---

<sup>14</sup> Aplicaría el mismo modelo a las dinámicas de producción y consumo (Cf. 2017:277 y ss)

El mismo esquema comparece en muchas de sus páginas a propósito de asuntos diversos: vale punto por punto en su retrato del periódico, todos los días con el mismo número de páginas por rellenar. O vale para su concepción de la épica: no un simple género literario, sino una matriz de «valores ideológicos» que, si han logrado estar «tan honda y abrumadoramente acrisolados», ha sido por resultar «tan *útiles* para la rápida y masiva inoculación de ideologías» (2015:56). No fatigaré acumulando ejemplos, andando el tiempo tales fenómenos se describirán en una conferencia de 1993, «Las cajas vacías».

Lo que en adelante he de explorar es cómo carne, goce y figura —hijos del presente y bienes sin sentido— ocupan el espacio del duelo en su crítica a la modernidad. Y lo primero que habría que decir es que los rasgos con los que caracteriza los productos de la industria cultural se parecen mucho a los que emplea en un libro posterior —*Mientras no cambien los dioses nada habrá cambiado* (1986)— para describir las transformaciones por las que pasa el individuo colonizado. Si en ese *ir al cine* se da «una acción genérica a la vez que intransitiva» y «cualquier película, por hermosa que sea, se transmuta —como el árbol del ahorcado— de objeto en instrumento y se convierte en un ente fungible e indefinido» (2015:52), en la colonización se promueve «el desarraigo, la disponibilidad, la versatilidad y la adaptación» del colonizado (2017:38). Todos esos rasgos promueven su condición de implemento —y, por lo tanto, su fungibilidad— para las tareas que exijan satisfacción. El engaste entre colonización y lógica mercantil se recoge en esta cita de *Non olet* (2003), donde sostiene que el «estímulo de lucro» pasa por promover la «indeterminación», la «ductilidad», la «disponibilidad» y la «*separabilidad individual* [...], o sea la independencia del móvil económico frente a las concreciones de vida y sociedad en que vivían “incrustados” —[...] expresión de Polanyi— los taínos de La Española» (2017:341). En esas mismas claves se refiere al «ejército moderno» y a los «trabajadores asalariados», ambos constituidos con arreglo a

1.<sup>a</sup>: la separación y el desarraigo del propio natural, con rotura de los vínculos locales y pérdida del amparo comunal; 2.<sup>a</sup>, derivada de la 1.<sup>a</sup>: individualización o des-socialización y consiguiente gregarización, en beneficio de la fungibilidad, representada y propiciada en el ejército y al menos en ciertas empresas de servicios por la imposición del uso de uniformes; 3.<sup>a</sup>: la sistemática constricción de la sinergia, aun mayor en la disciplina laboral que en la militar; y 4.<sup>a</sup>: la irresponsabilización de las personas frente a la moral común, que es suplantada por la deontología, o sea la moral interna, restringida, miope, del «deber profesional», tal como exigen las relaciones contractuales, y que comporta de hecho una tremenda capitidisminución política y social de la persona (2017:463-464).

Los mismos términos valen para diferentes materias y así querría que sucediera a lo largo de este capítulo. Porque todos estos fenómenos están directamente vinculados a la



pérdida de la facticidad en beneficio de sistemas cuyo único objeto es la propia perpetuación. Si algo unifica sus ensayos es su voluntad de hacer legible una usurpación. Se entiende que destaque «como una ejemplar muestra de *epojé*, la lacónica afirmación de Melchor Cano: “No conviene a los antípodas nuestra industria y forma política”» (342). Esa suspensión es la buscada: el corte nítido en que un mundo se interroga antes de invadir otro y contempla el proceso destructivo que lleva en sus entrañas. Lo que vale para la Conquista vale para su crítica a la Modernidad. ¿No es una auscultación de la *figura* este fenómeno observado en los indios?: «[L]a incapacidad abstractiva de cada individuo aislado para concebirse a sí mismo como un lugar vacío contractualmente ocupable o, lo que es lo mismo, la imposibilidad mental de desdoblarse en “propietario” y “propiedad” con respecto a su “fuerza de trabajo”, como condición de posibilidad para constituirse en parte contractual en la para él desconocida relación de producción que le pedía el colono» (347). La incapacidad para el desdoblamiento es resistencia contra los vaciamientos o despojamientos característicos del principio de dominación.

Me parece que los cuatro términos —desarraigo, disponibilidad, versatilidad, adaptación— están en las antípodas de la *figura*, y me parece que todos ellos dan cuenta de un aborrecido cambio cultural que ha hecho de la mudanza continua su modo de vida. La modernidad es el afuera de la isotopía. No obstante, debe tenerse en cuenta que, al aborrecimiento por el cambio, se aúna el hecho de que los discursos de la modernidad se hayan enfundado las galas del género más alejado de la facticidad: la épica. Su «ideología» se encuentra

implicada en su forma y por encima de todo contenido: la del abstracto espíritu agonístico, la del amor de la hazaña por la hazaña, la del ubicuo solipsismo predatorio del caballero andante, que no conoce el mundo sino como teatro y materia de sus gestas y cuyo consustancial desinterés viene a identificarse con el más absoluto egocentrismo, mientras que su moral se reduce, en consecuencia, a las reglas de juego a las que se halla sujeto el ejercicio de su profesión y que podrían a su vez representarse casi en una sola: no atacar por la espalda (2015:55).

El héroe épico es ya una fuerza del desarraigo que convierte cuanto sale a su paso en puro implemento para la afirmación de su poder. Es hasta lógico que *Las semanas del jardín* lo proscriban, toda vez que los jardines suelen ser «estado de constancia y de quietud, tal como corresponde a la felicidad y a la inocencia; [...] el jardín es un espacio inmanente, autorreferente, en equilibrio, no proyectivo, adinámico, no orientado, no polarizado, carente de sentido, fin en sí mismo, como la felicidad» (2016b:665); son el lugar armónico que debe ser truncado para que haya argumento, para que nazca el *sentido*.

Nada saben la épica ni el sentido de «aquel sensato, hospitalario y lánguido sosiego, libremente elegido, de los reinos de Lao Tse»:

Un reino pequeño, de poca población,  
no emplearía todas sus cosas.  
Los habitantes temerían la muerte  
y no se arriesgarían en largas expediciones.

Aunque tuvieran barcos y carros,  
no los utilizarían.  
Aunque tuvieran armas y corzas,  
no las mostrarían.  
El pueblo volvería a ocuparse de anudar cuerdas.  
Y encontraría sabrosa su comida,  
buenas sus ropas,  
tranquilas sus casas,  
alegres sus costumbres.

En dos reinos vecinos,  
tan cercanos que de uno a otro se oírían entre sí del uno al otro los perros y los gallos,  
las gentes morirían muy viejas,  
sin haberse visitado jamás (673).

La épica es fruto de la pérdida de aquel mundo añorado. Su peripecia se funda en la vuelta restitutoria al origen perdido. Sucede, sin embargo, que el modelo cultural dominante ha cortado con el origen y el retorno absolutizando el tramo de la aventura:

los hombres, pervertidos, al igual que don Quijote, por tantas y tantas historias de aventuras, han acabado por sacarles más sabor y hallarle más sentido a los arduos e inciertos avatares de la *peripatéia* [...]; la fuerza y la voluntad que han de aplicarse a salir victoriosas de tales avatares dan lugar, a través de su ejercicio, a una hipertrofia instrumental, que hace de la función fin en sí misma, como un órgano mayor de lo que pide su necesidad originaria que se pusiese a demandar funciones en que poder emplearse y ejercerse. Ociosamente, se acaban inventando y prospectando objetos y funciones tan sólo por dar trabajo al instrumento y aplacar su insaciable demandada de ejercicio. A la índole de este extraño animal en que consiste el instrumento hipertrofiado pertenece el sujeto del progreso. El progreso es una *peripatéia* que ha perdido cualquier posible *anagnorismós* y se ha convertido en fin en sí misma. Lo peor no es que el progreso comporte, como todo el mundo sabe, un culto al instrumento; lo peor es que sea la exaltación, la glorificación y la santificación del hombre instrumental (666-667).

Lo peor es cierta imagen del hombre, el triunfo definitivo de los valores de la épica convertidos en imagen ideal. A partir de cierto momento la *figura*, como perdido origen por restaurar, desapareció. El mundo fue abandonando los espacios de sosiego para embarcarse en la afirmación de un sujeto *desarraigado, disponible, versátil y adaptable*, términos para un lugar vacío y plástico que debe ser capaz de ajustarse continuamente a los cambios vigentes y que refleja esos mismos criterios sobre el entorno. Tal sujeto es la forma pervertida de la *moral*

*de perfección* ferlosiana: si esta, próxima a la santidad, exige abandonar el lugar presente en nombre de la utopía; el otro, santificado por el presente, no actúa bajo la llamada de otra idea de mundo; acaso lo parezca, pero sus cambios son adaptatorios, respuestas condicionadas por los cambios del mundo; van en su *sentido*.

### 6.3.- LA PROSA MODERNA

El imperio creciente de la ideología del Progreso y su reflejo sintáctico ha sido planteado sugestivamente por Franco Moretti en *El burgués* (2013), donde persigue la constelación cultural de dicha clase. Echando mano de Lukacs, Moretti describe el itinerario de una prosa que experimentó diversas mutaciones a fin de ajustarse a la época que abandonaba la armonía metafísica para adentrarse en una realidad discordante. Según este criterio, el imparable arrinconamiento del verso en favor de la prosa respondería a su mayor capacidad —esto es, flexibilidad— para cubrir «la heterogeneidad del mundo» y «dotar a esa heterogeneidad de alguna forma» (2014:73). Más que por principios abstractos —sostiene Moretti— la novela burguesa se rige por «la acción instrumental», que describe a modo de *habitus*. Los textos progresan no tanto en base a un juego preestablecido de respuestas cuanto a una gramática versátil susceptible de producir constantemente modelos de actuación sobre la realidad concreta.

Si la novela burguesa respondía a ese *habitus*, cabe suponer que este también troqueló el resto de producciones prosísticas de modo que también empezaran a conducirse con arreglo a esquemas parecidos. Siempre se dice que la novela, cuya elasticidad es proverbial, fagocita cualquier género discursivo, pero el caso es que, desde que reina sin cortapisas, otros géneros han empezado a hablar de sí mismos como si fueran novelas. Puede probarlo un par de muestras que espigo de Carl H. Klaus (2010). Entre ellas la de William H. Gass, quien «proclaims “the hero of the essay” to be “the author in the act of thinking things out, feeling and finding a way» (2010:19) o Phillip Lopate, para quien «the track of a person’s thoughts struggling to achieve some understanding of a problem is the plot, is the adventure» (20). Así se han pensado a menudo los ensayos de Ferlosio. Valga lo dicho como justificación de que en adelante me acoja al genérico *prosa* en lugar de abrazar un género de prosa.

¿Por dónde empezar a rastrear el comportamiento de esa prosa? De seguir a Gumbrecht (2005), sus orígenes estarían en el abandono de un paradigma fundado en la

ausencia de cambio: «Desde el siglo XVII, y durante el XVIII, emergió una construcción temporal que, desde entonces, llamamos “tiempo histórico”, y se estableció con tanta firmeza que, hasta hace poco, tendíamos a tomarla como el único cronotopo posible» (2005:123). Dicho modelo reposaba en la creencia de que el cambio era imparable y el pasado un continente que crecía incesantemente: «el presente parecía ser meramente un corto momento de transición, en el cual los humanos daban forma a su subjetividad, y usaban su capacidad de acción al imaginar y elegir entre futuros posibles» (124). Según señala Almudena Hernando (2012), Giddens había llamado la atención sobre cómo

aunque el concepto de *riesgo* aparecía en el Maquiavelo del siglo XVI, sólo empezó a formar parte de la lengua cotidiana en el mundo occidental en el siglo XVII, paralelamente a la utilización del término *individuo* como sinónimo de persona. Sólo entonces la división de funciones y el control tecnológico del Renacimiento alcanzaron un nivel que hizo que una mayoría de los hombres sintiera que su seguridad dependía más de los cambios que ellos mismos producían que de la repetición inacabable transmitida por el mito de origen (y escrito en la Biblia en el caso europeo) (2012:70).

El apogeo de la técnica supuso una vuelta de campana: el cambio —sigue Hernando— dejó de tenerse por un «riesgo» para la supervivencia para convertirse en «el secreto» de la misma. De allí arranca «la transición que en el siglo XIX acabó por sustituir definitivamente el Mito por la Historia como discurso de legitimación y origen» (70). Así como en el mito «los grupos construyen la instancia sagrada a su imagen y semejanza para concluir después que, dado el parecido, han sido *elegidos* para sobrevivir, la historia positivista rastrea en el pasado los rasgos que la sociedad quiere legitimar en el presente (en nuestro caso la tecnología, el poder, la individualidad, la razón), para concluir que, dado que estos rasgos son los únicos que garantizan la supervivencia y nosotros somos los que más y mejor los hemos desarrollado, queda claro que somos los únicos que vamos a sobrevivir» (70-71).

Ferlosio describe ese proceso con detalle en *Mientras no cambien los dioses* al abordar el modo en que cierto individuo de cierta clase y época se había hipostasiado en el genérico de la especie:

Una vez que los rasgos del burgués emprendedor habían sido universalizados sincrónica y diacrónicamente como los rasgos del hombre, el propio empresario burgués quedó escondido detrás de su universalización en el personaje alegórico del hombre, «el animal que inventa, emprende y se supera»; la empresa del empresario pasó, a su vez, a camuflarse tras su correspondiente universalización tomando la alegórica veste de la Gran Empresa de la Humanidad, y el enriquecimiento empresarial fue despersonalizado como «creación de riqueza», sin más determinaciones, como un interés universal humano. Y así como fue universalizado el sujeto con sus intereses también lo fue su dios: el auge de la

empresa se trocó en el Progreso, dios de todos, igualmente benéfico para todos (2017:34-35).

Se trata de la operación ideológica por antonomasia y muestra las funciones míticas que fue suministrando el discurso histórico. Conforme había descrito en *Las semanas*, lo contingente se había travestido en necesario. Cada época echa la vista al pasado y lo colorea a su sabor, enfatizando ciertos rasgos, borrando otros, de suerte que al cabo del proceso el *sentido* de la Historia no es otro que *la forma del presente*. Por alejados en el tiempo que se nos antojen, los eslabones de la cadena están unidos entre sí; quien refuta uno transmite su rechazo al resto. Esa trabazón es la que está tras la crisis de *sentido* de Ferlosio a finales de los años sesenta, y es la misma que afecta a Sacristán, por eso ambos necesitan llevar a cabo un proceso de revisión que mira entre horrorizado y melancólico al pasado. Se emplean en su impugnación desde el convencimiento de que quien consiente el presente justifica el pasado, lo que vale tanto como decir que lo exonera. La *crisis* incumbe a quien, pese a todos sus empeños, se siente profundamente imbricado en la trama de la historia.

A esa imbricación responde que *Las semanas* incluya esta cita que leyó con fascinación en la *Dialéctica negativa* (1966) de Theodor W. Adorno:

Herido de muerte, el condottiero Franz von Sickingen encontró para su destino las palabras: «Nada sin causas». Era el comienzo de la Edad Moderna, y con la fuerza de la época sus palabras expresaban ambas cosas: la necesidad de la marcha social del mundo, que lo condenaba a la destrucción, y la negatividad del principio de una marcha del mundo que procede conforme a la necesidad. Un tal principio es absolutamente incompatible con la felicidad, incluso con la felicidad del todo. La experiencia que encierra no se reduce a la vulgaridad de que el principio de causalidad es universalmente válido. La conciencia individual de la persona presiente en lo que le ocurre la interdependencia de lo universal. Su destino aparentemente aislado reflexiona el todo. Lo que antes fue designado con el nombre mitológico de destino no es menos mítico en cuanto desmitologizado que la secularizada «lógica de las cosas». Ella marca a fuego al individuo como figura particular suya (2015:105).

El individuo reflexiona la totalidad, que tiene en el individuo a una «figura particular suya». Salvo que aquí, la *figura* será lo que no se deja marcar y, aun si aceptase marcas, está más cerca del mundo que muere con el condottiero que del que lo mata para advenir.

Algo de las tensiones entre los fueros de la figura y su instrumentalización por el *sentido* apunta al auge del burgués. Fue en el siglo XIX cuando, de acuerdo con Gumbrecht (2005), se produjo un quiebro epistemológico por el cual empieza a ponerse en duda que la interpretación opere «extrayendo los significados inherentes» y se abre paso la intuición de que la emergencia de significado es, ante todo, obra de una «atribución» (2005:39). Es este un mundo sin trascendencia, pero también de inmanencia en retirada, cuyo cuidado tomará

a su cargo una buena porción de las artes. El primado del criterio de atribución suponía por sí mismo el ingreso de los contenidos en el *desarraigo*, la *disponibilidad*, la *versatilidad* y la *adaptación* característicos de la razón instrumental, lo cual amenazaba con promover una dispersión de representaciones suturada mediante estructuras narrativas como la filosofía de la historia hegeliana o la teoría de la evolución (Gumbrecht 2005:51).

Ambas eran instrumentos que flexionaban lo particular en el todo y ambas se aliaron. La Aventura Humana no era demasiado distinta de la evolución de la especie. Ambas cuentan una larga historia de cambios y mutaciones, que convierten en «la clave de nuestra supervivencia y nuestra *superioridad*» (Hernando 2012:89). El paso de un significado inherente a uno atribuido podría tal vez relacionarse con la modificación que —siguiendo a Hernando— experimentó «el discurso sobre los orígenes», que «pasó a ser construido en clave de tiempo» (89). El pasado «dejó así de estar localizado en *otros espacios* (el cielo, el infierno, el purgatorio) para localizarse en los cambiantes *otros tiempos* de nuestra historia. Individualidad, razón y cambio se convertían a partir de entonces en los fundamentos de una forma de entender el mundo y la propia identidad que ahora nos parece universal y consustancial al ser humano, pero no lo es» (89).

Todo aquello prendió en la prosa analizada por Moretti. Una realidad crecientemente extraña a la inmanencia y que había instaurado el cambio como valor requería de una sintaxis que apuntalase el sentido. Se hizo a golpe de aoristo y con los rasgos del héroe emprendedor. Fue característica la recursividad sintáctica de oraciones consecutivas. Las acciones se descomponen analíticamente, desplazándose unas a otras. Moretti registraba el nacimiento de esta sintaxis en *Robinson Crusoe* (1719), en cuyos encadenamientos oracionales detecta «no solo el ritmo de la continuidad sino también el de la *irreversibilidad*»; «[e]l tempo de la Modernidad» (2014:74), donde las acciones marchan «en un movimiento hacia adelante que jamás retrocede» (75). Es «la gramática de la prosa como *pro-vorsa*, orientada hacia adelante; la gramática del *crecimiento*» (75).

*Robinson Crusoe* tiene, a este respecto, el mismo valor documental que pueda tener cualquier otro texto. Los fenómenos de estilo son antropológicos y no conocen el criterio injustificado que antepone epistolarios, leyes o manuales científicos a novelas. En torno a la preeminencia de unos sobre otros bien vale la apreciación de Susan Sontag (1996):

Las intrincadas vueltas estilísticas del arte moderno [...] son clara función de la extensión *técnica* sin precedentes de la voluntad humana por la tecnología, y del compromiso dominante de la voluntad humana con una forma nueva de orden social y psicológico, basada en el cambio incesante. A esto habría que añadir que la posibilidad misma de la explosión de la tecnología, de las rupturas contemporáneas del yo y de la

sociedad, depende de las actitudes hacia la voluntad, parcialmente inventadas y extendidas por obras de arte en un determinado momento histórico, y que luego se presentan como texto «realista» de una naturaleza humana perenne (1996:62).

Es solo retórica la indecisión con que Ferlosio señala que «lo que habría que averiguar es hasta qué punto es cierto que los tiempos cambian o no es más cierto que los cambios tiempan» (2017:170). La consagración de esta sintaxis podía situarse —aplicando la periodización de Ferlosio— en el tránsito del siglo XVIII al XIX, y resulta perfectamente reconocible en un pasaje espigado del *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* de Alexander von Humboldt, cuya estancia «se remonta casi a los albores del culto al dios Progreso, pues transcurrió a caballo de los años 1803 y 1804» (32). Humboldt se hace eco de que «[e]n las colonias españolas se oye repetir muy a menudo que los habitantes de las *tierras calientes* no saldrán de la apatía en que hace siglos están sumergidos hasta que una *real cédula* mande destruir los plataneros» (cit. en S. Ferlosio 2017:32).

Y es entonces cuando echa a andar el tempo de la Modernidad. ¿Qué les impide ponerse manos a la obra habiendo tantas opciones suculentas a su alrededor?:

No es la falta de brazos la que podría impedir a los habitantes de México el dedicarse a la pesca del cachalote; doscientos hombres bastarían para armar diez barcos pescadores y recoger anualmente cerca de mil toneladas de esperma de ballena; esta sustancia podría ser en lo venidero un artículo de exportación casi tan importante como el cacao de Guayaquil y el cobre de Coquimbo. En el estado actual de las colonias españolas, la desidia de los habitantes es un obstáculo para la ejecución de estos proyectos. En efecto, ¿cómo se pueden encontrar marineros que quieran dedicarse a un oficio tan duro, a una vida tan miserable cual es la de los pescadores del cachalote? ¿Cómo hallarlos en un país en donde, según la opinión del común del pueblo, el hombre es feliz sólo con tener plátanos, carne salada, una hamaca y una guitarra? La esperanza de la ganancia es un estímulo muy débil, bajo una zona en donde la benéfica naturaleza ofrece mil medios de procurarse una existencia cómoda y tranquila, sin apartarse del propio país ni luchar con los monstruos del Océano (cit. en S. Ferlosio 2017:32-33).

Humboldt no es solo el naturalista que recorre y cataloga el territorio a lomos de una curiosidad proverbial. También registra el choque de dos mundos en uno solo. Por él habla la mentalidad europea, el *deber ser* que solo puede triunfar imponiendo un tipo de sintaxis y un sujeto dispuesto a adaptarse a su *tempo*. Humboldt está en los albores: sabe que tales medidas aparejan una amenaza para esa forma de vida, pero aún acaricia la posibilidad de preservarla; a ojos de Ferlosio, sin embargo, su destrucción es la condición indispensable, «la verdad profunda del Progreso todo» (33). Ambos comparten el modelo alegórico: las tierras calientes permanecen iguales a sí mismas desde hace eras y hoy comparecen bajo el rostro del atraso, eslabón superado en la Aventura Humana. ¿Qué son

si no el *jardín* de constancia y quietud? ¿No son los rasgos que le atribuía (no proyectivo, orientado, adinámico: propiedades de la felicidad y la inocencia) el estricto reverso de la *prosa* de Moretti?

Cambian los lugares, pero no la sintaxis: el pasaje de Humboldt podría haberlo escrito Robinson Crusoe. La vida conjeturada utiliza periodos consecutivos, requiere de la fuerza y de la gesta («luchar con los monstruos del Océano»), fundamentos de la épica, de la que también toma el abandono del hogar. No obstante, tampoco aquí habrá retorno posible, la epopeya misma habrá destruido el hogar. Será *peripatéia* sin *anagnorismós*. La vida presente, en cambio, transcurre en una yuxtaposición de ritmo más suelto, donde la alimentación, el descanso y el recreo comparten el mismo espacio, completamente ajeno a la maximización del beneficio. Una y otra vida resumen las antinomias que vertebran el pensamiento de Ferlosio: bienes *vs.* valores, tiempo consuntivo *vs.* tiempo adquisitivo, juegos (anagónicos) *vs.* deportes (agónicos). Ambos, Humboldt y Ferlosio, miran el mundo tras la lente de la alegoría: Ferlosio ve la salud de lo intocado por el Progreso; Humboldt constata, resignado, que difícilmente tendrá lugar allí lo que parece *natural*. Ferlosio lo había dicho en otro lugar: «el tiempo de los españoles, *el tiempo adquisitivo* —en que se prefiguraba ya el tiempo del progreso— [...] se impuso a sangre y fuego sobre *el tiempo consuntivo* en que vivían los hijos del presente» (2017:43).

Fue poco después del viaje de Humboldt cuando vio la luz la obra que unificaría del modo más decisivo la nueva sintaxis al carro de la alegoría: la *Fenomenología del Espíritu* (1807) de Hegel, «máximo representante de la concepción proyectiva de la historia» (2017:50), surgido «precisamente en el momento mismo en que la autoconcepción proyectiva del individuo incoada por la revolución industrial ha alcanzado su coronación» (50). Con él adquirió la Historia la «poderosa apariencia de fundamentación racional y filosófica»; él «de prest[ó] ese espejismo de legitimación que es para los hombres la congruencia lógico-conceptual de un sistema bien trabado, de un aparato bien incardinado» (2016b:683). En Hegel encuentra al «inventor de la fórmula de la legitimación de la sincronía por la diacronía y de la parte por el todo» (684); avatares de la «mismidad sin nombre» que tenía en conectores y deícticos «síntomas sensibles de su continuidad» (100). He aquí el nombre de la «mismidad» como imperio del Verbo sobre la Carne. Con Hegel la «facticidad histórica» se transubstanciaba en

el grandioso periplo o epopeya de lo que él llamaba espíritu en su autocumplimiento o autorrealización, tal como veinte siglos antes había hecho Polibio al reducir todas las dispersas historias particulares de las gentes y pueblos del mundo conocido a meros episodios moleculares o avatares anecdóticos, que, a la manera de las irreconocibles



piezas de un rompecabezas, carecían de sentido por sí mismas y sólo lo recibían subordinada y delegadamente del cumplimiento del destino de un gran sujeto total, único y verdadero, hacia el que de consuno convergían y en cuyo grandioso plan o ciclo histórico habían de insertarse: Roma o el Imperio romano. Este fetiche, este prosopónimo retórico, cuya alegórica animación es encarnada fraudulentamente en realidad, fue, así pues, erigido en único sujeto a partir de cuya autorrealización habían de explicarse todos los destinos particulares (684).

Y lo mismo valía para cualquier otro imperio. Ferlosio es un pensador antimetafísico, pero lo ve todo desde la metafísica, que es el decorado por donde se mueven los personajes que analiza. En sus momentos más siniestros, ellos mismos parecen ser poco más que una fatalidad de la razón, que no les pertenece y que tiende inercialmente a sacrificar la variedad en nombre del principio de eficacia. En esos tramos, ¿puede hablarse de un sujeto? ¿Hasta qué punto el propio sujeto no es otra cosa que un precipitado o efecto de la técnica?

[¿]hasta qué punto estas mismas convenciones, la cartográfica y acaso todavía más la cronológica, aun dirigidas, en sus motivaciones aparentes, por designios más pragmáticos, no son, a su vez, cómplices o corresponsables, por participación o permisión, en la elaboración de nuestra sofisticada y fraudulenta alegoría de la Aventura Humana[?]. ¿Hasta qué punto por ese *unicum mare*, sobre ese *solus orbis*, en ese *tempus unum*, que la cartografía y la cronología quisieron decretar por unos y los mismos, estatuyendo la total copertenencia de tiempos y lugares, no se imaginará también como único y el mismo el héroe que navegue y que conquiste, que aprenda y que madure, que invente y que construya, prospere y predomine? (2017:20)

Era el sujeto de la alegoría, pero esa alegoría es cristalización de una cultura. La razón que exige imponerse a toda costa, el caballero andante que sale triunfante de las pruebas, la mismidad sin nombre que es *sentido* o *unidad* de los textos, todos remiten al que parece ser el centro ominoso de sus ensayos, el constante *unicum solus unum*: el principio de dominación. Imbuido de Adorno lo convierte en *élan* de la Historia: «la Historia es centrípeta y proyectiva *porque* es siempre historia de la dominación» (59 nota 3). El tiempo iría afianzando aquella hipótesis: «Si se le exigiese al uso de la voz activa todo el sentido que es de ley pedirle para un sujeto humano, hay que decir que América jamás entró en la historia; América fue entrada por la historia —entrada a sangre y fuego, a saco y a degüello, que es la única forma de entrar que se le ha visto desde siempre a la historia universal—, metida en la historia a viva fuerza de armas, donde no totalmente destruida» (2016:345-346)

¿Cuál era aquí el sujeto que entró a América en la Historia? ¿Los individuos que venían del otro lado del Océano con mapas cada vez más precisos? No exactamente. Estos habían sido más agentes que sujetos. Este era el modelo que aplicaba a Cortés en los

primeros compases de *Esas Indias equivocadas y malditas* (1994) y que entraña una filosofía de la Historia:

He establecido [...] una dualidad de planos, esto es: el plano de lo claramente manifiesto a la conciencia de Cortés, como sujeto empírico, y el plano de una realidad ultraindividual, el universal histórico de la dominación, superior y oculto a esa conciencia, pero que dirigía, no obstante, el puro instinto ciego —especialmente receptivo en un hombre como Hernán Cortés—, de suerte que acertase en cada caso con *lo que había que hacer*.

Es esta dualidad de planos lo que el nominalismo del positivismo histórico se niega a reconocer, aceptando tan sólo la realidad del sujeto empírico y rechazando —tal como el dogma nominalista obliga— cualquier posible realidad u operatividad que no sea pura metáfora al universal (365).

El trato continuado con los textos de la administración de Indias era indisociable de la auscultación de aquel proceso, que llegó a concebir como partida de nacimiento de la modernidad: «No sería poco interesante, dicho sea de paso, que el caso particular del Imperio español —en que [...] el gran avance de la razón económica hacia el pleno cumplimiento de su autoconcepción halló su espuela originaria en el principio de dominación— pudiera llegar a ser categorizado como el caso general» (2017:408). ¿Cuánto tiene que ver la crisis que le golpea en los años sesenta con la vuelta obsesiva a aquel mundo? En el hecho conflictivo de asumir una prosa refinada en la dominación se cifran los conflictos que han de marcar su escritura.

#### 6.4.- DESTRUCCIÓN DE VALORES, RESTAURACIÓN DE BIENES

Contra la fuerza de lo *unicum solus unum* hizo suyo el lema cervantino de que *no son todos los tiempos unos*. Concedió especial importancia a la *figura*, a los *bienes* entendidos como el límite del discurso, aquella magnitud que se apaga en cuanto se apresa y que tiende a lo corpóreo y afectivo. Suya es la posibilidad de producir «objetos singulares» (2015:180), cuya es «la autosuficiencia y la inmanencia» (184), mientras que su opuesto, el valor, «descosifica el objeto al que subroga» (180). El peso de la fisicidad, la celebración del goce o los propios excesos estilísticos de su obra remiten al cultivo de formas que no se pliegan exclusivamente al principio de eficiencia ni a la sucesividad. Goce y exceso rompen con la instrumentalidad. Ya he dicho anteriormente que Ferlosio es un escritor sensualista. El mismo año que se publicaban *Las semanas* (1974) dedicaba un artículo a «[l]a encerrona del desarrollo», que «consiste en este no poder detenerse, ni cambiar de idea, ni elegir, pues no

ofrece más que esta alternativa: o la continuación cada vez más forzosa, más unilateral y más demente, o la catástrofe» (2017:3). El gran triunfo del desarrollo habrá consistido en expulsar a la irrealidad todo lo que no comparta su lógica argumental: «El compromiso del desarrollo cierra cada vez más cualesquiera otras opciones, se reconcentra cada vez más constrictivamente en la reproducción de su propia, monovalente, alternativa cultural» (3).

Lo que se niega a engrosar su curso es *figura*, resistencia de un tiempo anterior que atestigua que hay otros mundos en este mundo y no son todos los tiempos uno. A su modo, es cómplice de las experiencias de lo indomable que entonces pueblan el imaginario de la izquierda: se ven pero no se asen, un resto que queda inexpresado, aquello supremo de lo que no puede hacerse doctrina. En Ferlosio es, además, *aquello que hubo* antes de que lo estrangulara el sentido. Aunque no empleen igual los términos, querría dibujar la operación que realiza Ferlosio recurriendo a la exposición de un ilustre crítico del progreso, Edward Morgan Forster y sus *Aspects of the Novel* (1927). Desde un planteamiento genealógico, para que la novela sea, dice Forster, es preciso superar un primer estadio fundamental: la *historia* (*story*), que reduce a mera sucesión factual. Esta es osamenta que la novela invade introduciendo «that other life —the life by value—», que «presses against the novel from all sides [...] ready to fill and indeed distort it, offering it people, plots, fantasies, views of univers, anything except this constant “and then... and then» (sin año:66), que es el aoristo más descarnado.

No hay modo de escapar de ese aoristo, pero la clave está en el tratamiento a que deben ser sometidos todos los elementos a fin de que *advenga* el argumento. ¿Qué es el argumento? «[A] sort of higher government official» que se cerciora de que los elementos díscolos se conduzcan como es debido «or higher interests will be jeopardised» (129)<sup>15</sup>. Y ni el alto funcionario ni los lectores, que somos su doble, parecen consentir *goces* y *excesos*: «Every action or word ought to count; it ought to be economical and spare; ever when complicated it should be organic and free from dead matter» (133). Sin embargo, el mismo Forster registra que parte de la novela moderna se caracteriza precisamente por «a constructive attempt to put something in the place of the plot» (145-146). Y es que, como advirtió Calinescu, la historia de la modernidad está recorrida por una divergencia irreconciliable:

---

<sup>15</sup> No puedo desarrollarlo, pero tampoco resistirme a señalar la proximidad de este «alto funcionario gubernamental» de Forster al retrato de la razón que Ferlosio elabora a partir de Filón de Alejandría: «“la razón” es (y yo sospecho que sólo eso hubo de ser originariamente) la unidad de mando, el capitán que tiene que doblegar y someter a latigazos a toda la despreciable chusma amotinada de las pasiones del alma y los apetitos de la carne, hasta ponerlos al servicio de sus fines. “Racional” sería aquello que alcanza sus designios» (2017:515).

en algún momento de la primera mitad del siglo XIX se produce una irreversible separación entre la modernidad como un momento de la historia de la civilización occidental —producto del progreso científico y tecnológico, de la revolución industrial, de la economía arrolladora y los cambios sociales del capitalismo— y la modernidad como un concepto estético. Desde entonces, la relación entre las dos modernidades ha sido irreductiblemente hostil, pero no sin permitir, e incluso estimular, una variedad de influencias mutuas en su cólera por la mutua destrucción (Calinescu 1991:50).

Es esta la posición de la modernidad antimoderna, cuya identidad solo acierta a articularse destructivamente. La *figura* solo logra hacerse visible en cuanto fuerza contraria a la *Historia*<sup>16</sup>. Como siempre sucede en Ferlosio, los derribos se remontan en el tiempo. He mencionado anteriormente que contemporáneo de *Las semanas* fue el proyecto, ya entonces mítico, de su *Historia de las guerras barciales*, cuyos numerosos papeles quizás vean la luz algún día. El fragmento que la vio, *El testimonio de Yarfoz* (1986), es una muestra inmejorable de la amplitud de sus atentados, ya que narra la peripecia de quien se fuga de las dinámicas de la Historia. La fuga del príncipe Nébride, con la consiguiente suspensión del orden sucesorio, solo *significa* leída contra el *sentido* de la Historia. Una vez en el exilio adopta el nombre de Estardafrando (‘el que jamás volverá’) (2002:13). El propio género de la obra, épica antiépica, remite al designio inconfesado de inventar un documento de los orígenes que escenificara la huida de la violencia; en Ferlosio no hay afirmación que no requiera una previa demolición.

Para una postura como la suya, no obstante, los problemas no acaban en la destrucción. Tras ella asoma la amenaza de caer presa de la lógica impugnada. Su posición es tan congruente como frágil (de *frangitur*): la revuelta de los *bienes* contra los *valores* no puede fundar un reino sin pagar el precio de convertirse en lo abominado, «pues en el instante mismo en que se hiciesen objeto de una ética —lo que significaría señalarlos con el dedo como términos de un “lo que *se* debe buscar”, “lo que *se* debe querer y desear”—, los

---

<sup>16</sup> A este respecto, al reelaborar esta tesis tendré que llamar la atención sobre la proximidad que estas revueltas contra la concatenación y el sentido de las narraciones guardan con estructuras que Juan Benet ha propuesto poco antes de que arranque la redacción de *Las semanas del jardín*. Me refiero a la *estampa* y el *argumento*, donde la *estampa* se presenta como protesta contra el predominio de «una traza argumental determinista, que —en aras de una economía estética cerrada y unívoca— elimina cualquier licencia de carácter gratuito y exige que el más intrascendente particular cumpla una función dentro del todo» (1999:185). «[E]n la literatura de estampa, el estilo se esfuerza en buscar una complacencia instantánea, indaga en la circunstancia para encontrar su expresión más acabada y sus palabras más justas y se dirige, primordialmente, a un apetito de degustación. En otras palabras, antes que nada lo que importa al escritor es la calidad de lo que el lector lee en cada momento. En el segundo caso, caso [en la literatura de argumentación], consecuencia de la religación a la fluencia total, el estilo pone el acento en la participación del párrafo dentro de la economía del conjunto y en el caso extremo, en la literatura que ahora se llama de suspense como si esta virtud fuera una cosa nueva, el interés de la lectura se apoya acaso más en lo no leído que en lo leído» (1999:190-191). Dejo aquí, meramente sugerida, una cuestión que va mucho más allá de lo que recogen estas citas y que puede resultar decisiva a la hora de cotejar las poéticas de Ferlosio y Benet.

propios bienes se verían automáticamente trocados en valores» (2015:293). No puede haber reemplazo que no acabe en suplantación. Alfanhuí mata a don Zana y huye. Ferlosio entrega una actitud, no un sistema. El epígrafe que encabeza el capítulo es claro: «El argumento se quedó parado y sobrevino la felicidad» (2015b:55). Cuando la historia, el argumento, se detenga, la salvación brotará como fenómeno espontáneo, increado. Y es que nada que la crease lograría escapar a la *sucesividad* de la prosa, que es, en la Historia, la *sucesión* del principio de dominación<sup>17</sup>. En diversas ocasiones ilustró el fenómeno recurriendo a este pasaje de Hegel:

Al contemplar la Historia también se puede tomar la felicidad como punto de vista; pero la Historia no es buena tierra para que brote la felicidad. Los tiempos felices son en la Historia páginas vacías. Bien es verdad que en la Historia universal se da lo que entendemos por satisfacción, pero ésta nada tiene que ver con la felicidad, pues la satisfacción lo es siempre sólo de fines que rebasan cualquier interés particular. Los fines que tienen importancia para la Historia universal exigen voluntad abstracta, energía, para ser llevados adelante. Los individuos con significación para la Historia universal, que han perseguido fines semejantes, han probado sin duda una satisfacción; pero han renunciado a la felicidad (cit. en S. Ferlosio 2017:48).

Cualquier fenómeno de creación supondría añadir escritura, pero aquí se trata de detener la escritura (el argumento) a fin de que empiecen las páginas en blanco. El pensamiento de Ferlosio es antinómico, pero no es dialéctico; no, cuando menos, si se entiende por dialéctica un proceso que conduce a la síntesis de componentes. Recuérdese la máxima de Jacinto Batalla Valbellido: «La destrucción de los valores es la restauración de los bienes» (2015:273). Contra las ideologías del Progreso, tras la *destrucción* no nacerá la *construcción*, sino la *restauración*, lo que *hubo* y permanece estrangulado. Lo ha expresado de forma muy similar Tomás Pollán al prevenir contra la tentación de considerar

la forma de pensar de Ferlosio como un pensar a la contra, en una permanente vocación negativa. Ciertamente en Ferlosio hay una negación recurrente, pero no es ésta su última palabra. Si hay negación es porque hay una negación permanente previa, cosificada como inercia, que él, a su vez, trata de negar. Las cosas, los hechos, los bienes, el acontecer están aniquilados en su alteridad, imprevisión y gratuidad por las manipulaciones y mixtificaciones de los ideologemas de la armonía universal, de la unidad de sentido narrativa, de la racionalidad histórica, entre otros. La negación de estas negaciones no mira, como en Hegel, a una síntesis final armónica y reconciliada sino tan sólo a liberar

---

<sup>17</sup> Citaré el pasaje que conduce al apéndice más recordado de *Las semanas*, «El caso Manrique»: «Bifurquémonos, pues, separémonos, departámonos, digámonos ya adiós en el arranque de estos dos caminos que nunca más se encontrarán: el del objeto y el del “haber”, el de los bienes y el de los valores: los bienes son fugaces, los valores duraderos; éstos ascienden hacia el porvenir, aquéllos van decayendo hacia el pasado. [...] Los bienes no admiten constituirse en sumandos y restandos, hurtan su cuerpo a la adscripción; los valores se renuevan permanentemente en la proyección del tiempo adquisitivo» (2015:183).

los hechos, los bienes y los comportamientos, ayudándolos a romper las costuras de los trajes de Procusto en que estaban embudidos para que puedan andar por ahí *suelos*. [...] En la obra de Ferlosio tiene ciertamente, una extensión mayor la *pars destruens*, porque las inercias y la Historia han ido arrasando con todo, pero la perspectiva es la liberación y la restauración de la dicha (2004:s.p.).

El bien es un reino usurpado. Es cierto que los bienes se orientan al pasado, pero no se encuentran exactamente en él, sino en lo previo eclipsado. El objeto de las destrucciones es su *reaparición*. Ferlosio fantasea con «el Cristo que retorne a rescatar a los valores mismos, fundiendo el perpetuo hielo que los aprisiona, y que, redimiéndolos de su condena de futuro, de la maldición de la eternidad, a la que por su propia naturaleza de valores se hallaban sentenciados, los devuelva en imagen a la mortalidad del tiempo consuntivo» (2015:306), es decir, a la condición de *bienes*.

La operación es transformar en *figuras*, liberando a lo fáctico de la férula de los valores. Es irresistible citar esta anécdota de *Las semanas*:

Una vislumbre de hasta qué increíble extremo la atribución de valor rige y ocluye en irrevocable univocidad nuestra percepción de los billetes de banca, la tuve hará unos treinta años en la excitante perplejidad y desconcierto y en la sacrílega emoción de jugar con un gran fajo de billetes del káiser no sé ya si de cien o de mil marcos, que alguien había guardado en un cajón desde la gran devaluación de 1918, para acabar regalándomelos a mí; la sensación no es muy distinta de la que provocan esos relajados, felices, florecidos tramos de carretera abandonados por el tráfico a raíz de una rectificación: sólo entonces reconocemos, por contraste, cuánto hay de violento y de amenazador en nuestra habitual imagen práctica de la carretera (2015:183).

La facticidad desnuda, primigenia da cuenta de un estadio que Ferlosio sitúa indecisamente en «otra remota o nunca nacida edad, donde los puros bienes serían alcanzables, sin que el omnipresente principio de valor viniese a menoscabar y oscurecer su auténtico disfrute» (1973:259). El testimonio de los bienes perdura, pues, bajo forma de recuerdo de una posibilidad que pervive *residualmente* como rastro de algo sido o imaginable. Si hoy comparece ante nuestros ojos no se debe a que la Historia la ha preservado, sino *a pesar* de la Historia. No es fruto de la necesidad, del encadenamiento de acontecimientos que desembocan en el día presente. Es lo intocado, lo que lleva consigo las trazas de la pérdida, pues los bienes discurren en dirección opuesta a la Historia.

Sin embargo, y pese a todas sus prevenciones, lo remoto o nunca nacido, la pervivencia de lo residual contra «el mundo sometido a la hegemonía de los valores» (1973:259), ¿no reintroducían la moral que se había propuesto derruir? La suya sería, en cualquier caso, una moral utópica y doliente. Nunca convalidaría lo dado ni se prestaría a vehículo político futuro, ya que en ambos casos corría el riesgo de degradarse en coartada

del principio de dominación. Esta moral pasará por la negación continua en nombre de lo agredido; será antisacrificial y hará del albedrío el resorte de la rebelión contra lo dado.

Para acabar, querría acercarme a ciertas experiencias de *restauración* del *bien*, mostrando cómo se apoyan en la refutación de la ilusión de *necesariedad* con que la Historia recubre los hechos del pasado. Son, como ya he dicho, experiencias de suspensión del sentido, cuyo embargo —por asentado que se antoje— nunca es irrevocable. La primera tiene en el dispositivo teatral el medio en el que pensar el *albedrío*. Ferlosio encontró en Calderón la «imagen más fecunda y feliz» del «albedrío, la verdadera libertad que elige e inventa —sea cual fuere en el hombre su medida—, domina la conducta y está sobre las obras, como el actor teatral sobre la acción que representa» (2016b:654). En «la utópica ciudad del albedrío emancipado y llevado hasta su plenitud [...] la existencia tendría que ser sentida y enfrentada como ficción y representación» (654).

Quien asume el albedrío concibe que también las vidas pasadas pudieron haber obrado de otro modo, de suerte que la Historia fue contingencia y de esa contingencia proviene la noticia de un mundo que pudo haber sido. Contra lo que suele ser costumbre, la metáfora de la vida como teatro no muestra aquí su rostro trágico, sino emancipatorio. Lo trágico no estaría, en todo caso, en que los sujetos han olvidado que son actores y se han dejado poseer por los personajes<sup>18</sup>.

La fijación por el teatro barroco venía inducida en él por unos famosos versos en los que Antonio Machado alertaba contra la apariencia gratuita de la afectación barroca:

#### LXXXVIII

El pensamiento barroco  
pinta virutas de fuego,  
hincha y complica el decoro.

#### LXXXIX

Sin embargo...  
—Oh, sin embargo,  
hay siempre un ascua de veras  
en su incendio de teatro.

---

<sup>18</sup> Y a juicio de Ferlosio, se les nota: «¿Por qué me suscita siempre la impresión de un actor que sobreactúa quien declara no estar ejerciendo otro papel que el de objetivo expositor de la realidad o imparcial mensajero de los hechos?» (2015b:140).

De la relación de esas suspensiones con el albedrío —así como del Barroco convertido en su emblema— habla un pasaje de *Las semanas* que puede empezar a ayudarnos a recoger lo disperso. Dice Ferlosio:

El «ascua de veras» del barroco hay que buscarla [...] en los claros del bosque en que el artista ingenioso se deja ser, por un día, semejante a un niño sabio y en modo alguno ingenuo, infantil solamente en la insensata obstinación con que se empeña en continuar jugando, contra viento y marea, con la regla y el compás; entonces es cuando el barroco, por virtud de los propios resabios de su técnica, acierta a burlar la impostura del sentido y levantar la pregunta: «¿Y todo esto para qué?», colocando en el aire delicadas maravillas como la linterna de Sant'Ivo alla Sapienza, de Francesco Borromini (2015:76).

Como señalé a propósito de su apuesta ortográfica y de sus imaginarios sintácticos (de suyo barrocos), la denuncia del sentido es una revuelta contra su inercia. De compararse con la *Melancolía I* de Durero, a la que recuerda ligeramente, el niño de Ferlosio sería semejante al *putto* que trabaja «actiu, ocupat i feliç» —como «un homenet de lletres, o un artista» (Llovet 2013:27)— ajeno a la actitud sombría que embarga al ángel adulto. El reguero de instrumentos que los rodea lo maneja también el albedrío entusiasta de este niño sabio obstinado en seguir jugando, como otras lenguas dicen que hacen los actores. ¿No fueron eso los saberes de Alfanhú: desembargos por el estudio y la técnica? Dos componentes retratan a quien cuenta orgulloso que la construcción de cierta frase «llegó a costarme una jornada entera» (2015:XXV): la técnica y la infancia. La primera, vinculada al «árbol ideal de la teoría» (2015b:117), es recordatorio perpetuo del potencial de transformación de la realidad, «la imaginaria flor de la utopía, que brilla entre sus ramas como una bombilla temblorosa e impávida, desafiando la ominosa noche, en la ciudad bajo los bombarderos» (idem.). La segunda, la infancia, guarda estrecha relación con la contingencia de lo dado.

Ya vimos a propósito del bautizo que en cada nacimiento se encarna una amenaza contra el sentido del mundo. De los niños ha nacido una parte sustancial del pensamiento ferlosiano, que sitúa en ellos la existencia de algo que la socialización reprime. En la larga evolución de los impulsos mesiánicos que acompañó a la infancia, esta sería su última estación: la de restaurador de *bienes* y testimonio de que cada nacimiento proclama la contingencia de lo existente. Hablaba antes de cómo la utopía se había ido aproximando al residuo en cuanto testimonio de una *remota o no nacida edad*. Sospecho que algo así es el niño, recordatorio de esa edad a cuyos ojos el mundo reinante se revela bajo la luz de lo absurdo: *¿y todo esto para qué?* Es un niño, como ha recordado en tantos lugares, quien denuncia que el Emperador está desnudo.



En el niño se encuentran muchas de las claves de su inconfesada moral. Su manera de jugar, por ejemplo, «se distinguiría por un moroso e inmanente recrearse en la pura relación con el material, complacencia en la que se hallarían indiscerniblemente confundidas, ya las virtudes concretas del propio material —como un insobornable compromiso de docilidad y resistencia—, ya la habilidad de la mano que lo manipula, y que daría lugar, por consiguiente a juegos infinitos, o sea, no polarizados por un *exitus* final, ni dirigidos hacia él— o, lo que viene a ser lo mismo, *desde él*» (2015:116). Los suyos son juegos con la facticidad. Jamás salen de la *figura*. No pueden transmutarse en capital del sujeto; rehuyen la «catargiriosis», la ‘conversión en moneda’, para decirlo con el «neologismo que me fue hecho de encargo», probablemente por Agustín García Calvo (180).

Sucede, sin embargo, que andando el tiempo, «en los juegos de la adolescencia», el reino de la facticidad se viene abajo por el predominio de los resultados del juego, convertido en objeto de autoafirmación. El niño juega con «el material en su especificidad cualitativa[,] en su alteridad»; el adolescente lo reduce «al papel de mero obstáculo a vencer y a dejar atrás en la apoteosis del autocumplimiento» (117). Ya conocemos este esquema: el adolescente es al niño lo que el argumento a los hechos, el aoristo al imperfecto, los valores a los bienes, el Verbo a la Carne... Lo interesante del asunto está en que el paso de una modalidad a otra,

no corresponde a ningún desarrollo evolutivo «natural» de nuestra psique, sino que está, a mi entender, condicionado por la circunstancia histórica de una determinada sociedad —concretamente la de la ferocidad individualística comparativa y predatoria—; y en base a esto me permito considerar, valorativamente, el paso de lo primero a lo segundo como una franca regresión. Lo infantil sería, pues, éticamente superior, y representaría, conforme a ello, un estadio respecto del cual lo adolescente se ofrecería como atrofia y corrupción, por lo demás impuesta y racionalizada como necesaria por un mundo que mantiene artificialmente instaurada «la jurisdicción del hambre», la *ley* de la selva [...] allí mismo donde podría ser suspendida para dar paso al cumplimiento de la humanidad (2015:117-118).

¿Quién invoca la corrupción, la ética, el cumplimiento de la humanidad? ¿Quién habla aquí si no el moralista? «Lo infantil», proclama, «no sería sino la piedra de escándalo, el renovado testimonio del viviente clamor antropológico para una tal superación» (2015:118). ¿Y si este fuera el camino para comprender el paradójico proceso de *restauración* de los bienes? Vimos que Ferlosio se tenía prohibido ensayar una ética de los bienes. La destrucción de los valores no se embarcaba en un proceso de creación, pero ¿qué es eso que se restaura y no se crea? Lo único que ya estaba allí parece ser el comportamiento

propio de la infancia, que Ferlosio no puede evitar enjuiciar moralmente. La destrucción sería lo que permite que aflore un estadio anterior al actual y opuesto a los valores predatorios que, con ser remotos, la modernidad —«la sociedad competitiva» dice escasas líneas después— ha privilegiado. Vaya la hipótesis por delante: ¿y si en cada vida hubiera un periodo, coincidente con la infancia, ajeno al cambio histórico y a la lógica de la modernidad?

Espero que todo ello perderá su aire de ocurrencia si se atiende a cómo el pensamiento antimoderno —del que Ferlosio participa— muestra especial interés por registrar aquellos ámbitos que habrían permanecido autónomos a las lógicas dominantes atestiguando que *no son todos los tiempos unos*. A sus ojos, el presente es un revuelto de temporalidades donde las unas imponen la marginalidad residual a las otras. Por lo demás, y sin que les comprometa el término *residuo*, la búsqueda de temporalidades y lógicas divergentes fue característica del cajón de sastre de la *contracultura*, en el que Ferlosio bien podría ser contado o, en cualquier caso, considerado próximo al haz de actitudes que van a converger en ella. También él participa de esa mirada y la proyecta sobre la infancia. Así, por ejemplo, sostiene que la longevidad de las canciones infantiles da fe de la existencia de un colectivo que ha permanecido sin grandes cambios generación tras generación; una «fratría [...] con su propia e independiente tradición: una comunidad infantil» (2015:191). Y aún ha de precisar que «ningún sociólogo debería olvidar que las comunidades infantiles tienen su propio sistema autónomo de transmisión, supuesto que el relevo se va haciendo en ellas miembro a miembro —con entrada por las edades inferiores y salida por las superiores—, de suerte que, a efectos sociales y culturales, una comunidad infantil se puede mantener *la misma* durante siglos» (191).

De este modo, podría suceder que la tradición de las comunidades infantiles fuera infinitamente más antigua que la de los adultos, y que el ingreso en la adolescencia supusiera el abandono de una tradición inveterada por otra mucho menos asentada, aunque paradójicamente convencida de su autoproclamada inevitabilidad. Al mantenimiento de esas tradiciones debe atribuirse la querencia de Ferlosio por el autodidactismo como régimen de vida, así como por pedagogías no articuladas sobre el premio y el castigo. Es mucho lo que su ensayismo debe al ensalzamiento de esa tradición y no es excesivo afirmar que su obra *se debe* a ella en el sentido moral de la expresión.

Algo de esa tradición debía de ver acaso en la editorial en la que aparecieron *Las semanas*, rubricando su sintonía con una jovencísima tradición que se piensa desde lo alternativo. Sin duda, habría suscrito el rechazo ferlosiano —ya de 1984— contra la

«fórmula filogenética que ofrece a los individuos [...] cánones ideales, paradigmas de estilo y de conducta a los que han de atenerse si quieren realizarse como miembros de tal comunidad» (2016:25). Lo mismo que él, repudiaban la comunidad dada en nombre de otra ya fuese *remota* o *aún no nacida*. Pero 1984 era un tiempo muy distinto, el pasado inmediato se había vuelto precipitadamente lejano y muchas esperanzas por lo no nacido se habían reformulado o enquistado o habían dejado un reguero de cadáveres y heridos por la droga y el desencanto. Nostromo sería absorbida por Alfaguara en diciembre de 1976 (Teruel 2015). Marta Sánchez Martín, autodidacta crecida entre criaturas inauditas, moriría de SIDA en 1985 a las puertas de la treintena. Para entonces Ferlosio no es ya la figura silenciosa que abría este capítulo, sino un polemista frecuente en las páginas del principal periódico de la etapa democrática. Había ingresado en ella con la rugiente brillantez del superviviente.

## 7.- VEEDORES Y FISCALES

El propio juicio de sí mismos como generación, como grupo de edad, es en conjunto más bien pesimista. Sea por la exaltación de la propia juventud, sea por su denigración como “una juventud de abatidos y mangantes” al decir de Barral, el resultado es el mismo: lo que los americanos han llamado *generation gap*, la insalvable franja generacional. Los miembros de esta generación “frustrada”, “desaprovechada”, “domesticada”, “enmudecida”, “quemada”, “frenada”, “silenciada”, al decir de ellos mismos, creen que los que les siguen en edad no los van a entender o no los van a creer. Que es inútil ni siquiera intentarlo. Sólo algunos, los más optimistas, creen que su experiencia puede servir de “puente generacional” para que los que vienen detrás no tengan que empezar otra vez o no tropiecen con las mismas piedras. [...]. El dictador murió de muerte natural; no hubo hundimiento aparatoso ni aleccionador. Lo que la inmensa mayoría vio fue una sucesión planeada y un movimiento clandestino antifranquista que sólo con retaceos, marchas y contramarchas fue saliendo finalmente a la luz. Para colmo en una recesión económica. La evolución paga otros costos, en credibilidad, sobre todo ante el idealismo juvenil, que la ruptura no paga. Un proceso de sucesión política, más o menos ordenado como el español reciente, no es de los que inclina a la conversión sino al escepticismo de los que, aunque desencantados, tuvieron en otro tiempo otras fes (Marsal 1979:47-48).

### 7.1.- UN LUGAR GENERACIONAL

Todo fue muy rápido. Varios factores hablan de la confluencia de Ferlosio con los nuevos aires, pero otros tantos señalan su enrarecimiento generacional en un país rejuvenecido que va dejando atrás la memoria de la guerra («[a] la muerte de Franco casi un 60% de los españoles había nacido después de la guerra civil» [Pradera 2000:56]). Ya vimos en el capítulo anterior que en el revoltoso 1968 Ignacio Aldecoa se despedía con un balance desolador: «El problema de una generación nacida y educada en tales circunstancias es que, cuando pasen sus años de crisálida, se transformará en nada [...]. Una especie de generación entre paréntesis a la que pertenecemos muchos» (cit. en Martín Gaité 1994:157). Creo que es indudable que la generación del cincuenta enterró a Franco con una aguda sensación de lejanía. No tenían más que cincuenta años, el relevo generacional había puesto las áreas de influencia en sus manos y, no obstante, aquel mismo relevo les otorgaba, a ojos del veinteañero, un aire entre heroica y apolilladamente vestigial. Gozaron de cierto ascendiente, hubo quien ejerció magisterio reconocido; se los leía, se los escuchaba, solo que sus claves resultaban atosigantes, constrictivas, y hubo quien decidió apartarse.

Habría que ocuparse de esa ruptura; de apuntes como esta alusión fugaz de Haro Ibars en *Triunfo*, en marzo de 1979, registrando la existencia de una tertulia «en La Aurora,

donde oficia García Calvo, menos maestro que nunca» (2016:289). Y muy pronto habría de serlo aún menos. Fue todo muy rápido. Un año antes de aquel apunte Fernando Savater había recibido el premio Mundo de ensayo por *Panfleto contra el Todo* (1978), donde el influjo de su entonces maestro García Calvo era palpable. Tres años después se reeditaba con un prólogo en el que el panfletista confesaba que había «algo que me irrita en este librito, [...] algo así como una incurable unilateralidad. Su enemigo era cierta izquierda [...] que se me ha desvanecido un poco del campo de tiro ante otros adversarios que imponen su prioridad...» (1982:9). Lo desvanecido era el comunismo; en cuanto a las nuevas prioridades, en 1982 —fecha de *La tarea del héroe*— la principal lo alejaba de los dictados del maestro: promover el ingreso de la izquierda tardofranquista en las instituciones. Esta vez el premio era el Nacional de Ensayo...

El hipotético cronista de estos distanciamientos deberá recalar forzosamente en la tardía *Demasiadas preguntas* (1994), *roman a clef* donde Félix de Azúa representaba el extravagante desfase epocal de dos figurones sospechosamente parecidos a García Calvo y a Ferlosio (allí Dámaso), el hombre que «[d]urante los veranos», en una finca trasunto de la de Coria, «aprovechaba el ocio para destilar sobre los niños una pedagogía gratuita que él consideraba su momento “lírico”, frente a la “épica” colegial» (1994:156). Les mostraba «con el bastón las curiosidades geológicas, zoológicas y botánicas, invitándoles a que amaran algunos nombres de altísima alcurnia como “cetonia”, “bupréstido”, “saúco” o “aligustre”, pues siempre creyó más en la realidad del lenguaje que en la evanescencia de las cosas» (156). A esas alturas Ferlosio se había ido desplazando hacia la antigualla; ya delineado por Benet en 1965, sobre sus hombros volvía a recaer el *grotesco papelón* del sabio que los nuevos tiempos no pueden consentir: «Subían al castillo del Montgrí, o merodeaban por las marismas del Ter, y Dámaso aprovechaba la ocasión para inyectarles su código de honor: “no aceptes nada del poderoso”, “no pactes”, “odia al hombre público”, “tener dinero es una humillación”, “tus enemigos son gente hueca y estúpida, pero malvada”, “todo es nada, nada es nada”, y en general, “niega”» (156). Así luce: «figura veterotestamentaria calzada con alpargatas de esparto y cubierta por un amplio sombrero de paja de los que se usaban para proteger a las mulas» (156).

*Demasiadas preguntas* se define a sí misma como una novela sobre la herencia. Sus personajes están embargados por ella, de donde les viene la ceguera y el dogmatismo para con los jóvenes. No prestan demasiada atención a sus vidas ni a sus necesidades ni tampoco parece que los jóvenes sientan que los mayores puedan entenderles. Unos años antes Carmen Martín Gaité había puesto una dedicatoria reveladora al frente de sus *Usos*

*amorosos de la postguerra* (1987): «Para todas las mujeres españolas, entre cincuenta y sesenta años, que no entienden a sus hijos. Y para sus hijos, que no las entienden a ellas». Al calor de ese trato entre generaciones, ¿no es revelador que la novela de Azúa se clausurase con el nacimiento de una criatura? La obra aparecía el año que su autor cumplía cincuenta. Hacía tiempo que su generación había relevado a la anterior en las áreas de influencia. A aquellas alturas el pasado, García Calvo, Ferlosio eran esperpentos y, sin embargo, no hacía demasiado que las cosas habían sido mucho más ambiguas.

Lo tardío de la novela la convierte en culminación de un proceso generacional que debió de irse gestando cuando la talla de los maestros era demasiado imponente como para que el primerizo osara contestarla. Haría algún tiempo que las bromas circulaban en privado fraguando un espacio sociohistórico nada grato a la socialdemocracia: el lugar de los inadaptados, de la izquierda reaccionaria, esquinadamente fiel a una concepción del hombre y del intelectual cuyos códigos se encontraban en vías de extinción, aunque desde hacía muy poco tiempo. Lo que se hacía engorroso había sido lo más puntero en la década de los setenta. Ironizaba Savater (2015) acerca de la moda adorniana —a la que Ferlosio no fue ajeno— que prendió en el ensayismo de los setenta y primeros ochenta. Convendría trazar, con todo, esa genealogía a largo plazo para explorar la confluencia entre reaccionarismo y emancipación. A este respecto, Ricardo Forster seguía el «consejo de Theodor Adorno» de «*refuncionalizar* ciertos pensamientos “reaccionarios”» en lo que tienen de «lucidez anticipatoria» (2003:25). Apoyándose en el comentario que José Luis Villacañas dedica a Donoso Cortés esboza un cruce de influencias en el que no disuena Ferlosio:

Trascender la historia no será, en Donoso Cortés, realizarla sino *destruirla*, hacerla *estallar*. «De hecho su filosofía —señala Villacañas— ha nacido para oponerse al optimismo burgués»; es un pensamiento del antiprogreso, una crítica feroz a la ilusión de dominio que atraviesa de lado a lado la maquinaria de una racionalidad que sólo se cree deudora de sí misma. El antimodernismo de Donoso Cortés, atiborrado de marcas barrocas, dejará una profunda huella que será transitada por otros pensadores en los tiempos tumultuosos de la Europa de entreguerras.

Su lectura de la historia como escenario privilegiado del mal, su sentido de la catástrofe y de la destrucción que componen el *otro rostro* de la modernidad fáustica, influyó notablemente no sólo en un agudo ideólogo de la derecha como Carl Schmitt sino, también y con no menor intensidad, en Walter Benjamin. Su perspectiva teológica de la historia y de la política, esa convicción de que en «toda gran cuestión política va siempre envuelta una gran cuestión teológica» encontrará resonancias en las «Tesis de filosofía de la historia». No dejan de ser sorprendentes esos raros encuentros de pensamientos destinados a seguir derroteros opuestos que, por ciertas lógicas intrincadas, se visitan y se influyen mutuamente (así como la mirada barroca de Donoso Cortés dejó su impronta en Benjamin, no tengo dudas de que hoy no podemos leer al español sin la mediación de un Schmitt o de un Benjamin) (2003:22-23).

Ese tráfico de influencias constituye una de las constelaciones más difíciles de interpretar para las coordenadas actuales. No pocas de las contradicciones que le afeamos son fruto de un nunca enterrado sentido del Progreso, que no acaba de tolerar a quien se demora demasiado en sus efectos destructivos o no se presta a justificarlos como sacrificios necesarios. Es Ferlosio quien habla ahora:

La cuestión ética por excelencia es justamente desmontar de una vez esta mentalidad contable (en que el marxismo y otras doctrinas laicas se muestran [...] los más legítimos y rigurosos herederos del cristianismo), que se va haciendo o más bien ya se ha hecho, la forma más universal de la conciencia humana y que consiste en hacer de la felicidad y del dolor partidas mutuamente reductibles por relación de intercambio. La cuestión ética es escuchar la resistente protesta de la felicidad contra ese ser concebida como SALDO DEUDOR, y más todavía, el irresignado lamento del dolor contra la idea de aceptarse a sí mismo como SALDO ACREEDOR, sea en figura de ahorro, de pago, de expiación, de mérito, de tributo (2017:87).

La cuestión ética por excelencia es negarse a aceptar los derivados del sentido proyectivo de la Historia, no aceptar lo que arguye como *sentido*. Y es que «para el miserable estado de la condición humana en la era del Progreso, dar sentido es, por desgracia, también dar consuelo. [...] Quien viene dando sentido al sufrimiento se hace marcadamente sospechoso de traer por secreto cometido el de impedir que el doliente se rebele. [...] ¿Acaso pide la felicidad tener sentido? Niégate, pues, a dárselo al dolor» (57-58).

En aquella constelación estaba el otro blanco de Azúa, García Calvo, no menos contrario a la Historia y el Progreso que Ferlosio. Ya en aquel libro aparecido en Nostromo, su *alter ego* José Requejo celebraba melancólicamente los «restos de un Progreso retrasado» que el «Automóvil» acabaría arrasando (1981:35); lo escribía desde «Frankfurt am Main (o Francoforte del Meno, como decían cuando las lenguas se daban más a respetar)», donde ha ido para asistir a «la última clase de nuestro bien llorado Th. Adorno» (36).

Estos eran los esperpentos. La suya es una ilustración tenebrosa, en duelo por lo violentado por la razón. Abominan del individuo, del liberalismo y se dicen, sobre todo Ferlosio, que el albedrío es un deber y la libertad un espejismo. Ambos guardan la nostalgia de cierta pureza, de cierto resorte último comunitario, aunque no lo llamen por el mismo nombre. Pero es principalmente en Ferlosio en quien predominan los tonos apocalípticos, la melancolía que aguarda a algún redentor que haga saltar por los aires la forma del mundo. Este estallido y esa constelación los encuentro expresados sencilla y penetrantemente en un fragmento de Günther Anders, cuya extensión será preferible a los

farragosos brochazos con que yo pueda impacientar al lector. Günther Anders se sorprendía de que en una de sus conferencias se le tildase de «reaccionario romántico».

En la discusión que siguió, el crítico reveló enseguida qué había querido decir al atribuirme ese epíteto. Explicó que «quien saca a la luz estos fenómenos y sus efectos, critica. Quien critica, interrumpe tanto el curso evolutivo de la industria, como la venta de productos, o al menos alberga la ingenua intención de intentar provocar tal interrupción. Pero, dado que el curso de la industria y del comercio en cualquier caso deben progresar, la crítica es *eo ipso* sabotaje del progreso y, por tanto, reaccionaria». No podía decir que esta explicación careciese de claridad. Me pareció especialmente revelador el hecho de que testimoniaba la fuerte resurrección del concepto de progreso, el cual parecía haber sufrido una caída inmediatamente después de la catástrofe de 1945. Además, demostraba cómo dicho concepto, que había sido una espina clavada en el cuerpo de las precedentes épocas de restauración, se había convertido ahora en el argumento fundamental de la misma triunfante restauración. Respecto al concepto de «romántico», dado que no lo entendía, esta persona accedió finalmente a decirme que mi «romanticismo» consistía en el hecho de que «yo era evidentemente un defensor obtusamente obstinado de la concepción humana del ser humano». La conexión entre *obtusos* y *humano*, expresada sin malicia, la suposición implícita de que el hombre pueda ser calificado de otra cosa que no sea humano, y, en fin, el hecho de que esa respuesta no dejara pasmado a ninguno de los participantes del debate, otorgó al incidente, a mi modo de ver, un aspecto espeluznante (cit. en *Cul de sac* 2010:8).

A la oposición frontal de Ferlosio o García Calvo a la marcha de los tiempos se debe su prestigio entre quienes denuncian la complacencia de algunos —suele decirse que todos salvo dos o tres— intelectuales con las instituciones durante la etapa democrática. Esquinados con respecto a su tiempo, han quedado —con no pocas dosis de mitificación— como sostenedores de una idea de comunidad que se negó a pactar con los poderes temporales. La sátira de Azúa tiene en la sombra un acto de afiliación en el que ninguno de los dos ingresó. A los viejos se contraponen, implícitamente, un nuevo estilo cultural. Es significativo el campo de asociaciones que esta novela vuelca sobre los mayores: allí está Dámaso (que a ratos podría ser cualquiera de los dos y muy ligeramente hasta su admirado Benet) bajo la imagen de un catedrático de filología sobre cuya «mesa abrían sus bocas vacías los retóricos latinos de la decadencia, en severas ediciones alemanas» (1994:18); y allí está el fantasma que concita su estilo: «Si uno lograba mantenerse a caballo de una de aquellas serpentinas oraciones podía vislumbrar el esófago de un Imperio» (18). Vive patológicamente entre manuales polvorientos donde descubre «voces unidas por parentescos secretos» que le bastan para escribir «sin apenas retoques, de un solo trazo, con el brochazo agónico de Goya, un magistral libelo contra algo» (19).

Allí están: buscando algún encargo que solucione sus constantes problemas de liquidez, «ancianos que jamás abandonaban su batín de lana, ni en plena canícula» consumiendo sus días en una «casona vieja y arruinada, sin ascensor» (22). Fue cruel y trató



de enmendarlo: hace años que repite que la prosa de Ferlosio es un hito de perfección y sabiduría. Nada de eso desdice lo anterior, que se explica por razones de cultura generacional. Azúa ha recordado recientemente una escena que bien puede leerse como envés de aquel mundo en decadencia. Me refiero a la renovación *estilística* que se produjo con la llegada del PSOE y su frecuentación de intelectuales:

nos presentamos, oh sorpresa, primorosamente vestidos y con corbata. Algunas camisas aún llevaban los conspicuos pliegues y algún alfilerillo de las recién adquiridas. Salí a recibirnos y a darnos sonoros espaldarazos un Felipe vestido con una chupa gastada, vaqueros y zapatillas de deporte, muerto de risa al ver nuestro aspecto de hortericillas confusos. Creo que fue allí cuando comprendí hasta qué punto tenía que escribir de otro modo y en qué medida la literatura era «un arma cargada de futuro» (2013:107).

Ni el futuro entraba en los planes de los viejos maestros ni hubiesen estado cómodos con aquel recibimiento. La actitud de García Calvo ante el proceso constituyente se resume en la certeza de que es un camelo de los poderes fácticos para que nada cambie en lo esencial. La democracia no se encontraba ni por asomo en el Estado y su aparato, sino en aulas, casinos y cafés. La actitud de Ferlosio fue mucho más compleja; discurrió entre el pesimismo utópico y el temor al viejo Estado.

## 7.2.- VILLALAR REVISITADO

¿Dónde empezar el relato de la Transición política? En rigor ha empezado páginas atrás, pero ahora algo va a cambiar: después de tantos años prometiéndose relevos, la muerte de Franco crea las condiciones para que el grupo de los pretendientes intervenga en la construcción de la política institucional. Hasta ahora los proyectos abordados han discurrido más o menos fuera de ellas. Solo en la entredécada del cuarenta al cincuenta se creyó que desde el seno del Estado era posible la revolución social. Ante su inviabilidad, muchos abogaron por la movilización de un *demos* de contornos proletarios. Tampoco sucedió, así que otros tantos se emplearon en la superación cultural del régimen a través de la ruptura de códigos; vivir bajo una dictadura, obviándola cuanto fuera posible. ¿Y ahora? No se sabía exactamente. Siguieron en curso los proyectos que habían arrancado en la segunda mitad de los sesenta, pero había surgido una figura confusa que hasta entonces había permanecido fuera de la ecuación: el Estado. Con la muerte del dictador se había abierto una interrupción y había que ver cómo se suturaba.

Escojo empezar a contar lo en Villalar, nombre poblado de afectos para quien hace ya más de una década que proclama públicamente su fidelidad a Juana de Castilla. Han de saberlo los organizadores de la jornada que tendrá lugar el 26 de abril de 1976, porque proponen a Ferlosio que oficie de pregonero. No ha podido averiguar su editor (2016:594-595) si llegó a asistir ni si el texto apareció en la publicación que suele citarse —*El Pendón*—, pero lo que allí estaba en juego le obsesionó durante cierto tiempo: dos años después aparecía en *El País* una tribuna cuyo título «Villalar por tercera y última vez» —sin que haya constancia de una *segunda y penúltima*— indica que lo que se había prestado a respaldar en aquel pequeño acto se había vuelto un huésped incordioso.

Con los años se había ido perfilando más claramente que Villalar era muestra de la forja de identidades políticas y culturales que los primeros setenta habían impulsado de mano de un regionalismo de cuño ecologista y tradicionalista pronto captado por las instituciones. En Villalar estaba, pues, el proceso comunitario que quería suceder al franquismo, aunque había otras cosas enredadas: aquella pequeña población era un enclave candente de la memoria política española. El azañismo se había referido a los comuneros porque habían sido piedra de toque en la genealogía del liberalismo. Lo que estaba por decidir era la oportunidad y riesgos de aquellos ejercicios arqueológicos en 1976. Ya hacía tiempo que eran tema predilecto de la historiografía y que obligaban a alguna toma de partido. En 1975, en una conferencia impartida en el Ateneo de Madrid, Manuel Fernández Álvarez señalaba cómo pese a tratarse de «un breve acontecimiento [...] los cronistas contemporáneos la [sic.] dedicaron [a la revuelta comunera] más páginas que a la conquista de América —pienso en los cronistas generales del reinado, como Pedro Mexía o Sandoval— y que desde entonces para acá no ha dejado de suscitar comentarios controvertidos y apasionadas interpretaciones» (1975:238).

Tras el culto comunero se ventilaban varios conflictos. Entre ellos estaba el cariz reaccionario que había adquirido el episodio a ojos de una filosofía de la historia de corte imperialista: el primer paso —sigo a Fernández Álvarez (1975)— lo había dado Menéndez Pelayo, pero le habían seguido Marañón y, sobre todo, Ortega quien —según Gutiérrez Nieto— «brindaba, en adelante, a los admiradores del Imperio, una terminología muy expresiva: frente a la “suspiciosa aldeana”, al hermetismo aldeano, está la España como unidad de acción en las “grandes empresas universales”» (cit. en Fernández Álvarez 1975: 239). Son estrictos reversos «la “pura querencia del lugar” o “amor de aldea” que Ferlosio ensalzará poco después (2016:21). Villalar estaba estrechamente conectado con las soflamas que el verboso R[ubén] S[egovia] F[rancos] había soltado ante Menéndez y Pelayo.

Siguiendo los pasos de este, la historiografía franquista tenía perfectamente claro el tratamiento que debía darse a aquellos castellanos ciegos a la inminente grandeza por venir. Como botón de muestra del oficialismo, Álvarez Junco (2013) allegaba —tomándolo de Gonzalo Pasamar— cómo tras la guerra, Antonio Ballesteros Beretta, de talante por lo demás conservador, limó las asperezas que podría haber suscitado la reedición intacta de su *Historia de España y su influencia en la historia universal*. De suerte que quienes en 1924 comparecían en calidad de «defensores de las libertades concretadas en convocación de Cortes y petición de garantías constitucionales para recaudar subsidios, demandas que constituyen la base de las libertades fundamentales modernas», en 1942 pasaban a convertirse en quienes «no comprendieron la grandeza espiritual del Imperio, continuación de la obra magna de los Reyes Católicos, prefiriendo a las miras elevadas sus mezquinos intereses» (cit. en Álvarez Junco 2013:35). Ni siquiera eran palabras suyas: tales juicios se leían sin modificaciones reseñables en los manuales escolares desde el inmediato final de la guerra: «Fueron», se lee en uno, «hombres equivocados que no supieron ver que España se preparaba para empresas de alto rango; ni acertaron a adivinar que Carlos había sido elegido por Dios para extender el imperio español y con él el de la cristiandad» (cit. en Sopena Monsalvé 1997:187; la cita pertenece a la octava edición de *Escudo imperial*, de Antonio J. Onieva, obra del Burgos de 1939).

Tantas suspicacias acreditan que el de las Comunidades era uno de los episodios en los que se debatía el nacimiento o la repulsa de un sujeto nacional que se había catapultado en sujeto de la Providencia; uno de tantos episodios que el «totalitarismo diacrónico desdeña como una especie de miopía histórica» por «detenerse en el detalle de cada singular martirio infligido en miríadas de puntos diminutos por el vendal transoceánico de la dominación» (S. Ferlosio 2017:62). En Villalar se había afirmado un imperio y se había ingresado en la Historia Universal, terrores antiguos de Ferlosio. Los fantasmas eran tanto que aquello bordeaba la alegoría.

La fiesta que Ferlosio debía inaugurar representaba varias cosas a la vez y todas estaban presentes. No solo los manuales escolares se habían dedicado a mantener aquella memoria. Para cuando se prepara el pregón, ya hace nueve años que la Cátedra de Historia Moderna de la Universidad de Salamanca ha empezado a recorrer la geografía castellana «escenificando algunos de los temas más representativos de nuestro conflictivo pasado» (Fernández Álvarez 1975:248). Se sostiene en un juego de teatralización y conmemoración en el que los castellanos de los sesenta y setenta se subrogan en los vencidos de la Historia en casinos, aulas y pequeños teatros «con una formidable atención» y constatando cómo «el

gesto de hombres como Padilla, Bravo y Maldonado, al dar la vida por la defensa de sus ideales, sigue teniendo un formidable eco en el alma popular. Y ese» —concluía Fernández Álvarez su conferencia— «sí que podría ser, a la postre, el triunfo de las Comunidades de Castilla. Con lo cual volvemos al título de nuestro estudio, puesto ahora entre interrogantes: ¿Derrota o triunfo de las Comunidades?» (1975:248).

¿Habrían de triunfar los castellanos de entonces sobre una causa ocurrida más de cuatro siglos atrás? ¿A qué venía ese travestismo histórico? No se entenderá si el ridículo de los disfraces eclipsa el horizonte material que preside las representaciones. La épica de la derrota prendía fácilmente en un medio demográfico y económicamente desolador que remontaba sus lodos a aquellos polvos. En 1981 Miguel Delibes escribía el prólogo para la que habría sido la segunda edición de *El nacionalismo: una última oportunidad para Castilla* (1980), de Juan Pablo Mañueco —si no hubiera quebrado la editorial—. Hablaba allí de «[e]sta Castilla nuestra, mítica y milenaria y pobladora de mundos, pero que hoy apenas tiene ya fuerzas para poblarse para sí misma» (2017:9); «[u]na especie de cuarto mundo que tenemos aquí, dentro del primero, dentro de Europa y de España, pero del que nadie habla... El cuarto mundo castellano» (10). Siempre desacreditada, cumple no olvidar que en la feria de las identidades alentaba un deseo de visibilidad y prosperidad por parte de comunidades muy deprimidas.

Los males venían de atrás, no solo de «estos últimos 50 años, tan terribles para Castilla»: Mañueco —escribe Delibes— los «hace retroceder hasta casi el mismo instante del nacimiento del Estado moderno español» (12). El instante al que Ferlosio fantaseó volverse para homenajear a Carlos V con dos tiros de arcabuz (Cf. 2015b:123). España y Castilla, apuntaba Delibes, corrían por caminos opuestos y las últimas décadas no habían hecho más que reafirmarlo. La propuesta comunera entrañaba *per se* la impugnación del discurso del Progreso al que se había apuntado la dictadura. Cinco años antes de redactar aquel prólogo, Delibes había ingresado en la Real Academia con un discurso que casaba a las mil maravillas con *Las semanas del jardín*. Se titulaba *El sentido del progreso desde mi obra*, y en él unía su «voz a la protesta contra la brutal agresión a la Naturaleza que las sociedades llamadas civilizadas vienen perpetrando mediante una tecnología desbrida» (2013:22). Su primera novela le había valido críticas por reaccionario al dar voz a quien «se resiste a abandonar la vida comunitaria de la pequeña villa para integrarse en el rebaño de la gran ciudad»; a quien renuncia «a convertirse en cómplice de un progreso de dorada apariencia pero absolutamente irracional» (22). Llamaba, suscribiendo el Manifiesto de Roma, a «frenar su desarrollo y organizar la vida comunitaria sobre bases diferentes a las que hoy

han prevalecido» (22). A partir de esos años se hizo visible que habrían de tener lugar dos nociones de *compromiso* y que una habría de llevar consigo a costas la sospecha de *reaccionarismo*. De un lado estaría el compromiso con la modernización integrada en la lógica del Progreso; del otro, un compromiso que miró con gran recelo los daños que el Progreso justificaba como costes inevitables. A ello dedicaría Ferlosio en 1986 el ya citado *Mientras no cambien los dioses nada habrá cambiado*, para embestir contra las racionalizaciones que dan *sentido* a lo sacrificado en virtud de la marca del Todo.

Cualquiera que fuese su nombre, el temor a ese todo estaba aquí y allá. Su presencia silenciosa había asomado en *Las semanas* y sus diversos rostros venían siendo denunciados infatigablemente por García Calvo. Sin embargo, habría de ser un discípulo suyo quien escribiese uno de los libros de batalla más celebrados: Fernando Savater y su ya mencionado *Panfleto contra el Todo* (1978). En la peripecia de aquel Todo abductor no podía faltar Villalar a cuenta de la autonomía política sacrificada «al ritmo de la paulatina abrogación de los privilegios y tradiciones que dificultaban la reunión del poder total del Estado en un solo punto del cuerpo social» (1982:28)<sup>19</sup>. Para los republicanos, asqueados de españolismo, era forzoso simpatizar con un tiempo que «carecía de una visión fuerte de la identidad nacional como algo superior a las concretas comunidades reales» (28) y en el que «[e]l rey [, que] no encarnaba “la nación” ni “la patria”, tenía que acatar tradiciones locales, concepciones jurídicas y religiosas que cortaban decisivamente su poder, fueros, privilegios, costumbres y peculiaridades de toda índole: caso de pretender imponer su criterio por encima de esta multitud de cortapisas, se arriesgaba a perder el vasallaje de sus súbditos y a ser destronado o muerto» (29).

Ese es el tiempo añorado y la trama organizativa a la que Ferlosio vuelve en diversos lugares: una vida comunitaria sin fetiches identitarios (lo que en puridad, es falso: el mismo Savater no elude que la revuelta se alimentó de la oposición contra el extranjero, desconocedor del idioma y las costumbres), donde la soberanía reside en un cuerpo social reducido de inspiración republicana. Ambos podían coincidir en que la historia de la Modernidad se había cumplido sobre la usurpación de competencias comunitarias en nombre de la racionalización: «lo que Carlos V trae a España es el Renacimiento y los modernos usos políticos y culturales, mientras que Juan Bravo, Padilla y Maldonado

---

<sup>19</sup> Una definición que no hubiese desagradado a Max Weber, quien daba esta otra definición «puramente *conceptual*: que el Estado moderno es una asociación de dominación con carácter institucional que ha tratado, con éxito, de monopolizar dentro de un territorio la violencia física legítima como medio de dominación y que, a este fin, ha reunido todos los medios materiales en manos de su dirigente y ha expropiado a todos los funcionarios estamentales que antes disponían de ellos por derecho propio, sustituyéndolos con sus propias jerarquías supremas» (2003:92).

encarnan las viejas instituciones parlamentarias de la Castilla medieval, su orgulloso independentismo frente al poder real, su tendencia a lo disperso, a lo descentralizado, al noble privilegio y a la tradición diferenciadora» (Savater 1982:30). «En Villalar», dice el pregón de Ferlosio, «sucumbe, bajo las negras armas del Renacimiento, la última y mejor promesa de los dioses medievales. Quien se pronuncie por los comuneros no puede ignorar que está lanzando a la vez, y sin posibilidad de componenda, un entredicho sobre el Renacimiento [...] La bondad del Renacimiento es ciertamente una superchería de siervos de la historia, que quienquiera que piense en la vida de las gentes y no en la autorrealización del Estado [...] no dejará de poner en duda o de impugnar» (2016:70). Y, añade, entre las soflamas contra los «siervos de la historia» y los mitógrafos de Occidente, que «el prestigio histórico y cultural de que goza el Renacimiento [...] es de tal magnitud que quien se enfrenta [a él] [...] no debe esperar sino que caiga sobre sus espaldas, ideológicamente, una derrota aun mayor que la que los propios comuneros hubieron de sufrir frente a las armas imperiales» (2016:70).

Lo derrotado había sido aquella Europa de las ciudades de «tradición republicana clásica, que hacía del gobierno de la ley y, sobre todo, del gobierno mixto (una forma limitada de gobierno por definición), junto al ciudadano como actor político principal, el centro de su concepción política» (Rivero 2005:153). ¿Cómo iba a rechazar la ocasión de escribir el pregón? Villalar era emblema de la parte que se opone al Todo; poco menos que trasunto de su ideología textual; un gran teatro de la memoria para representar su rechazo a la modernidad y mandar a paseo al Espíritu Universal. Sus reticencias no venían por ese lado, sino por cuáles pudieran ser los fines con que se invocara el fantasma de los comuneros. De haberse desarrollado con normalidad, los asistentes a la jornada se habrían encontrado con un pregonero tironeado por la euforia y la cautela, pero temeroso de cuanto pudiese advenir. Ferlosio lo sabe: su pregón hablará de las conmemoraciones como actos donde «proyectar o mantener retrospectivamente sobre lo ya escrito, sobre lo acontecido, la voluntad contraria, la voluntad que se obstina todavía en seguir queriendo lo que no ocurrió» (2016:69). Eso había hecho cuatro años antes en el prólogo de *Pinocho*: mantener la voluntad sobre lo escrito por Collodi, seguir queriendo lo que no fue y debió ser. ¿No se había permitido allí suspender el *sentido* de la narración para abrazar otra abortada, truncada? ¿Por qué aquí no?

El caso es que aquí no lo consiente. Los riesgos son otros. Nadie va a reencarnarse en el niño de madera, pero son varios centenares los que parecen dispuestos a reencarnarse en los derrotados de la Historia para reabrir su causa, y quiere evitarlo. Pero, ¿acaso no

ensalza a quien se niega a «claudicar al resultado de las armas y [escoge] mantenerse en la voluntad de aquellos que perdieron» (69)? Sí, pero a condición de establecer límites; enardece lo que acto seguido piensa sofocar. Teme los procesos de subrogación porque le acompañan desde la infancia, por eso el pregón se desliza en tratado sobre qué puede y qué no puede hacerse con los muertos, que no son únicamente los remotos castellanos, sino también los derrotados de la guerra civil. De ahí que le importe definir los contornos que impidan el desbordamiento de la fiesta. Conviene —reza el texto— que todo el mundo sepa que aquello es una pura representación y a tal debe ceñirse: «Bueno será tener la desenvoltura de reconocer que ésta no es sino la devota romería de los Santos Comuneros, y por tanto un festejo tan castizo, artificioso y afectado como otro cualquier folclore semejante» (67). El acto —sigue— se acoge al *tradicionalismo*, esa forma bastarda de tradición de la que ya se ha ocupado en 1971 —en «¿Se destruye el Ateneo?»— y que hoy desempolva. A diferencia del tradicional, el tradicionalista, «tras haber descuidado o desdeñado» el ayer, se pone a «repescar, totalmente a destiempo, las más mohosas y remotas estantiguas, sin preocuparse de lo que entretanto hayan podido hacer de ellas los siglos y el olvido» (67). Y lo que allí se está haciendo es tradicionalismo. Los tradicionales «cargan, les guste o no, con todo lo que les caiga sobre el lomo, los tradicionalistas se permiten escoger lo uno y rechazar lo otro con la melindrosaría de quien revuelve en una recién abierta caja de bombones» (67).

Temeroso de las fuerzas que el pasado pueda liberar, Ferlosio fiscaliza los modos de recuperación. En Villalar arranca el papel de fiscal de las prácticas políticas que pronto veremos. Aquí los recelos no están aún en las instituciones, sino en los actos constituyentes que puedan tener lugar en sus afueras: que «nadie se deje llevar», dice el pregón, «por la tentación de tratar de convertir este leal reconocimiento del carácter vacío y superficial del espectáculo en una astucia secundaria para llegar a sentirlo y transformarlo, por la puerta trasera, en un acto profundo, o como escribiría un periodista, “preñado de contenido y significación”» (67). Lo que se ha abierto debe cerrarse: «¡Tocadla, bailadla, cantadla, a la memoria y nombre de Acuña, de Bravo, de Padilla, y que el viento se lo vuelva a llevar todo: bailes, palabras, músicas, canciones, como se llevó el fulgor y el humo y el rugido de los cañones y los arcabuces y ha dispersado el polvo de los muertos de Villalar!» (71). Son las últimas palabras del pregón; una variación de las danzas y prendas de los Infantes de Aragón. Bienes y no valores. Los muertos no deben ser instrumento del futuro. Que emerjan en el día presente, pero decayendo irrevocablemente hacia el pasado.

Pese a que en un texto algo posterior abjure de Isabel la Católica («una hija de la gran puta» [136]) y declare su lealtad inextinguible a Juan de Castilla («Beltranejo fui siempre, beltranejo sigo y beltranejo moriré porque doña Isabel y don Fernando empezaron a labrar la destrucción de España, que habría de consumir su nieto a golpes de quijada» [136]), el pregonero declara que las causas de la historia han prescrito: «Para llegar a hacer honor como es debido a un ayer cualquiera —y más si, como el de aquí, ha sido exhumado, tras la rebusca más reticentemente amanerada, del patrio santoral—, es preciso tratarlo lo más comedidamente que se pueda como tal ayer; lo que quiere decir, en todos los sentidos concebibles, no convertirlo en hoy ni por los actos ni por la fantasía» (68).

¿No resultan excesivas tantas prevenciones? Aunque allí no se mencione, salta a la vista que se está debatiendo la licitud de actualizar *cualquier* pasado; también el que pervivía obsesivamente como huella en *El Jarama*. Y en este punto he de romper toda cronología para citar unas futuras declaraciones concedidas a Santiago Romero en 2007 a propósito de los debates suscitados por la memoria histórica:

SR: ¿Puede la guerra brindar en algún caso una oportunidad de lección, como en el caso de la Guerra Civil española?

RSF: No, la guerra destruye y degenera moralmente a un pueblo. Al vencedor y al vencido.

SR: Quiero decir, en el contexto de recuperación de la memoria histórica, si nos puede permitir alguna posibilidad de aprender el volver la vista a la guerra setenta años después.

RSF: No, a mí me parece que la memoria no es más que venganza. Debían haber ardido muchos más papeles de los que han ardido. Debía de no poderse saber demasiado. Qué quiere decir una criatura de 20 años que hoy dice que a su abuelo lo mataron los rojos o los nacionales. El victimismo puede ser hoy una patología en este país, empezando por las víctimas del terrorismo. Dicen que el PP explota a las asociaciones de víctimas... las víctimas son las primeras que se explotan a sí mismas y a sus muertos y los venden al kilo, salvo alguna persona que tiene mucha dignidad. La memoria es peligrosísima. La llamada *memoria histórica* es puramente vengativa. Además, ahora no se va a resucitar la herencia por la sangre, con la que se llamó en tiempos «venganza de sangre», que podía durar generaciones (en Lázaro 2019:340-341).

Aquel mismo año le había dicho a José María Ridaó que «[l]as víctimas tienen derecho a recibir indemnizaciones, apoyo, compasión» (en Lázaro 2019:333). En 1980 hablaba de «piedad y reparación», de «la justicia que se debe a la memoria de los traicionados» (2016:115). Nada tienen que ver unas víctimas con otras, aunque todas se acogían al mismo criterio. Ya en los años cincuenta se había aproximado a los lugares del duelo para rozarse y hacer penitencia, pero siempre pensó que aducir muertos era instrumentalizarlos devolviéndolos al curso de la Historia. «[E]l respeto a los muertos», dice, «no es respeto a sus muertes y a sus Causas, sino respeto a las vidas que perdieron; hacer que sus muertes sirvan para algo es negarles a las vidas que han perdido el derecho a



no haber servido para nada, el privilegio de ser fin en sí mismas» (2017:14). Su crítica al Progreso le había llevado a abrazar formas de religiosidad que

carecen de cualquier función de némesis o compensación, son promesas gratuitas, gratuitas, no resultan de ninguna clase de capitalización ni actúan como coberturas bancarias o resarcimientos de dolor alguno ni de injusticia alguna, ni responden por tanto a ningún deseo de ajuste o pacto con el principio de realidad, sino que osan mirar cara a cara el mal pasado como absolutamente irreparable, y del horror ante esa misma imagen sacan, a despecho del mundo y de la Historia, contra la Historia misma y contra el mundo mismo, toda la fuerza de su obstinación (2016b:670).

Sin embargo, la fuerza de la obstinación tenía sus límites. Se oponía a la marcha de la Historia, pero se azoraba cuando alguien quería revisar algún capítulo de la misma. El dolor —no importaba cuándo hubiese acontecido— era una causa vigente; las causas de ese dolor, no. El mecanismo de identificación era el dolor, pero expiraba con cada vida, puesto que —y pese a que su experiencia biográfica dijera lo contrario— no podía heredarse sin riesgo de convertirlo en «algún provecho o rendimiento» (2016:71). Una suerte de explotación *post mortem* a la que era tan susceptible el vencedor como el vencido: «La sangre de los muertos», escribirá años después, «es comúnmente apelada como el título más indiscutible de legitimación de cualquier Causa, así como la suprema garantía de su justicia y su bondad: “La Causa por la que derramaron su sangre nuestros padres y nuestros abuelos” es la fórmula paradigmática con la que se consagra la inapelabilidad de cualquier Causa. Lo malo es que esa misma fórmula, y referida a una única querrela y a una misma cosa disputada, tiene, no obstante, idéntica fuerza de legitimación para el corazón del vencedor y para el del vencido» (2016b:211). A eso responde la conminación del pregonero a «dejar el ayer dentro de sí mismo, para sí mismo y allí donde se esté, sin procurar atraerlo hacia nosotros más que en la precisa forma que pueda tolerar sin menoscabo» (2016:68), porque

Dejar el ayer en paz donde se esté es no hacerlo argumento, ni causa, ni razón, ni arma ni instrumento del presente, y aun menos de esa otra asoladora y arreciante superchería que llaman «el futuro»; es no identificarse con él ni con sus muertos, no hacerlo emblema de cosas que jamás pretendió representar, ni alzarlo por pendón de empresas o querellas que nunca fue su intención abanderar. Buscarse y elegirse antepasados no es sólo responder al espejuelo de una ficción maligna, sino también conceder satisfacción al más necio y más huero narcisismo. Y demasiado abunda ya el narcisismo por el mundo como para querer ahora nosotros ser familia de los comuneros, imitando a los españoles que se sienten descendientes de Pizarro o del Cid Campeador [...] ¡No! Sea cada cual quien sea, si algo se es, y que los comuneros sean los comuneros (68).

Los años setenta encontraron a las élites de aquella generación poco dispuesta a las vindicaciones históricas. Pese a que todo hubiese surgido de la guerra, pese al régimen de desigualdades y abusos a que había dado pie, buena parte de la peripecia de los nacidos en los años veinte se había basado en la voluntariosa suspensión del influjo de la guerra.

Se comprende, pues, cuánto hay de generacional en el empeño del pregonero por que nada se desborde. El potencial subversivo de la fiesta debe morir con ella. Y es que a los temores a la historia se sumaban los temores al Estado: con varias organizaciones terroristas a pleno rendimiento, con la humillación internacional a cuenta de la invasión marroquí del Sáhara y con una juventud en el paro y la revuelta, el Estado galopa a rienda suelta por la vía de lo sumarísimo. Lo reflejan bien las primeras páginas de una nada recomendable ficción documental sobre el episodio, *Castilla y el primer Villalar de 1976* (Mañueco 2016), que acierta a transmitir la coyuntura en que se redactó el pregón a una «concentración» que «no había sido prohibida expresamente. Aunque se rumoreaba que sí iba a prohibirse. Tampoco estaba autorizada» (2016:33). Lo que importa para nuestros fines es que «Eran tiempos de alegaldad en que unas normas y leyes estaban siendo sustituidas por otras, y todo estaba más bien en el limbo de las cosas que cambian, sin que se sepa lo que está en vigor y lo que ha sido derogado. Ni qué cosas podían hacerse ni qué cosas no» (33).

La incertidumbre acerca de *lo que está en vigor y lo que ha sido derogado* abre un espacio de posibilidades y temores para Ferlosio. Villalar es la primera intervención de quien va a adoptar funciones de legislador en los primeros compases de la Transición política, y es — como he anticipado — fuente de conflictos durante varios años. Con Villalar empieza su colaboración en *El País*<sup>20</sup> en mayo de 1978; para entonces el episodio ha quedado reducido a emblema y caricatura de las nacionalidades culturales. Lo que ha de empezar a sublevarle es la invención de identidades que acompaña a la nueva articulación del Estado. A fuerza de arqueología, los simulacros están volviéndose reales: «coros y danzas» están demostrando «su ciega capacidad para dejar convicto de cultura viviente y operante lo que no era sino una, por lo demás encomiable, restitución arqueológica» que no deja de vincular con ese «daltonismo falangista, empecinado en jurar por verde fronda la más reseca hojarasca histórico-folclórica» (2016:72).

---

<sup>20</sup> Y en *El País* se publicó la práctica totalidad de los artículos de Ferlosio que voy a citar en este capítulo y en el siguiente.

### 7.3.- EN LAS AUTONOMÍAS. LA ECLOSIÓN DE LAS IDENTIDADES

Practicante asiduo del travestismo histórico, Ferlosio no podía menos que simpatizar con la arqueología; no obstante, le inquieta la deriva que está tomando. La promoción y el afianzamiento de lo identitario se han convertido en la clave de bóveda de lo que no debía ser nada más que una «leal intención descentralizadora» (2016:73). Lo esperado era que el proceso adoptase «la fisonomía abstracta y extrapersonal de un cambio de las reglas que organizan el miedo y lo definen» (73). En su lugar se ha optado por el componente autoafirmativo: «La directa apelación por nombre propio desde el poder central resucita en quien la tenía más que olvidada la inmensa complacencia narcisista de sentirse andaluz, extremeño o castellano; las actitudes, gestos y clamores reivindicativos desertan de su designio nominal y se repliegan sobre su propio carácter placentero, convirtiéndose en fines en sí mismos» (73). Y así llega a producirse la «figura, eminentemente sugestiva, de un cambio de condición en las personas» fundada en el «culto idolátrico de los nombres y los símbolos y la egolátrica embriaguez de la autoafirmación» (73).

Los términos que empleó para aquella reforma fueron rotundos. La considera un «engendro de despacho» que se hará pasar por «fenómeno histórico arraigado en el fondo del alma popular» (72). Parece ser el fenómeno más grave que está teniendo lugar. Suárez ha sido un cínico interesado al encaminar la reforma por el lado identitario: «La culpa, la gravísima culpa cultural del presidente —y con ello el demérito que marca el techo de su inteligencia y su valor— está en la envoltura sugestiva en que ha dejado rebozarse el saludable intento descentralizador» (72). Deberíamos retener en el oído esa estentórea *culpa cultural* para calibrar la moral cultural que sus artículos quisieran promover. No falta mucho para que exponga las grandes vías confucianas: el *gran camino* y la *pequeña tranquilidad*. La segunda se funda en la moral de identidad, que aboga por la autoafirmación y la preservación de la herencia; la primera se acoge a la moral de perfección, que es rechazo de la herencia: el sujeto se niega a sí mismo sin sosiego; en cada acto se suspende y se construye.

Ante sus ojos solo desfilaba la moral de identidad —«ese terrible monstruo asolador de nuestros días» (140)—. Salvo la madrileña, fruto de la fatalidad, ninguna autonomía se pensó surgida *ex novo*, sino desde la restitución, y se empleó en «disfrazarse de sí mism[a], con el lúgubre empeño de parecerse más a sí mismo cada vez» (74) en nombre de «la restauración de una presunta autenticidad histórico-ontológica» (95). Se trataba de llegar a ser el que alguna vez se fue, sin que hiciera al caso si alguna vez se había sido algo. Bastaba

con leer unos pocos versos de Sánchez Mazas para darse cuenta de que el folclore era una vía de ingreso al tiempo del mito; que uno se religaba allí con los antepasados y, si eso podía ser saludable y hasta necesario, lo inaceptable era convertir las conmemoraciones en actos —pongamos— de extremeñez o castellanez. La *conciencia histórica* fue blanco de sus artículos porque, del mismo modo que la descentralización no paraba en la forma de organización del Estado, la cultura devino instrumento de pertenencia identitaria: hijos ilustres, literatura regional, danzas, cantos o gastronomía (que recibía el marchamo de cultura por aquellos mismos días) portaban el carisma de la identidad. Frecuentarlas era un deber y una misión histórica; eran patrimonio, un concepto en boga para horror de Ferlosio.

A estas alturas Villalar se ha convertido en «la castiza zarzuela histórico-costumbrista de *Los Villalares*» (74) y hasta ha elaborado un listado con los puntos que caracterizan el fenómeno:

Esa zarzuela con que decís reivindicar la que llamáis España real reproduce punto por punto los rasgos más característicos de los pomposos fastos de la que llamáis España oficial: 1) el fetichismo de la identidad y la autenticidad; 2) el culto de los símbolos con la exaltación retórica concomitante; 3) la autoconvalidación apologética por identificación con una historia y unos antepasados (así los autonomistas han hablado de dar a las regiones una «conciencia histórica»); 4) el reivindicatorismo como actitud y expresión ontológica absoluta, permanente y total; 5) la mística de esa peculiarísima institución española llamada *acto de afirmación* (ya ha habido actos regionalistas que se han autodenominado literalmente así); 6) el gusto por las palabras que empiezan por *in-* y terminan por *-ble: inalienable, irrenunciable, imprescriptible*, etcétera; 7) subsumiendo a todos los anteriores: cultivar por espíritu el cadáver del espíritu (74).

En efecto, mucho de ello se había tomado de la España oficial, cuyo estatuto contrastaba con la vitalidad de las réplicas. Décadas de dictadura lo dejaban convicto y a la espera de un nacionalismo estatal que tardaría cerca de dos décadas en recuperarse. Tampoco se sabía entonces cuál era propiamente el rostro del nuevo Estado. No es que estuviera más claro el de las autonomías, pero estas trabajaban sobre el estímulo de un sujeto nuevo que invocaba el desarrollo de competencias y un proyecto propio que permitía acariciar formas aledañas al autogobierno. Con cierta preocupación por la irrelevancia internacional a la que el proceso podía conducir, en 1980 Juan Benet —que en el fondo siempre había pensado en la articulación del territorio y en la recuperación de una posición perdida— llamaba la atención sobre cómo mientras los países latinoamericanos están configurando «un ente supranacional que sea capaz de ampliar hacia el futuro los límites inmanentes que padece toda nación tal cual es, aquí se ha tratado de borrar del léxico un nombre que para algunos ha dado todo lo que tenía que dar y ya no sirve sino

para mermar la vitalidad de otros que latían bajo su férula, en una existencia —por así decirlo— subsidiaria» (1996:108-109). El núcleo del asunto está ahí, la presunta España real se ha fragmentado en una miríada de naciones. No se ha acabado con la patria; se ha dividido en varias decenas de patrias chicas presas de la misma lógica.

No creo que haya testimonio más socarrón de aquel fenómeno que el himno compuesto por Agustín García Calvo para la sobrevenida Comunidad Autónoma de Madrid a instancias de Joaquín Leguina: «Yo estaba en el medio: / giraban las otras en corro / y yo era el centro. / Ya el corro se rompe, / ya se hacen Estado los pueblos, / y aquí de vacío girando / sola me quedo. / Cada cual quiere ser cada una; / no voy a ser menos: / ¡Madrid, uno, libre, redondo, / autónomo, entero! / Mire el sujeto / las vueltas que da el mundo / para estarse quieto». Son los primeros versos. Pese a su oposición frontal a todo oficialismo, el caso madrileño era demasiado jugoso como para dejarlo correr. Por él percibió una peseta, y aun esta porque la burocracia mandaba alguna clase de emolumento.

Ferlosio no ha leído aún la letra, pero expresa pronto sus reservas por lo que toma por cosas de García Calvo y

su vieja afición empedernida —que, por mi parte, siempre le he reprochado como ilusión, quimérica— de intentar hacer, en general, la cosaantícosa, que en este caso sería el himno-antihimno; algo que él mismo debería saber ver demasiado sospechosamente análogo a lo de los que dicen hacer la guerra contra la guerra. De modo que me temo que lo que llegase a hacer o bien sería un falso antihimno, y, consiguientemente, un nuevo himno que no conseguiría sino engordar el deleznable género con la coartada de hacerse pasar por antihimno; o bien un verdadero antihimno, con tan poco de himno que el señor Leguina no tendría más remedio que hacerlo inmediatamente una pelota y echarlo a la papelera sin más contemplaciones (Cfr. «Ferlosio y el himno de Madrid» 3 de junio de 1983).

El caso es que, pese a la discusión que acarrearón varios versos, parece que García Calvo salió airoso. No cae precisamente en la autoafirmación la retranca de estas líneas: «yo soy el ente autónomo, / el puro y sincero. / ¡Viva mi dueño, / que solo por ser algo soy madrileño!». Ninguno de los dos siente la menor simpatía por esos entes. Sus trayectorias se han basado en rechazarlos, ya que se realizan desrealizando cuanto tocan: la *patria* devora el *lugar* y algo así puede suceder incluso en aquellas regiones que están decapando el barniz de la patria. La «querencia del lugar» o «amor de aldea» son lo único que no se ha «pervertido o destruido»; «lo único humanamente defendible que aún podría quedar tras la noción de “patria”» (S. Ferlosio 2016:14). Del desastre solo ha quedado

esa superviviente clase de ámbitos geográficos que carecen de toda documentación; me refiero a las que se llaman «comarcas naturales», que por no ser *personas* —por no estar

oficialmente constituidas en personas jurídicas— conservan, en los topónimos que las denotan, el artículo: «La Lora», «La Bureba», «La Armuña», «El Ampurdán»... Sólo ellas representan todavía «la patria» como un puro regazo maternal hacia el que tiende la querencia y hacia la que se vuelve un sentimiento absolutamente ajeno a toda suerte de autoafirmación y antagonismo (14).

Dijera lo que dijera, tampoco él pudo abstenerse de componer su antihimno. Cuatro meses después se lo atribuía a Jacinto Batalla y Valbellido y sonaba como un mandamiento descastado: «Tú tente quieto en el centro / de tan necia autonomiada, / contemplando el espectáculo / desde el balcón de tu casa / y amparado en la conseja / del remoquete que canta: / ser castellano es no ser / ni castellano ni nada» (Cfr. «El himno de García Calvo», 14 octubre 1983). Ferlosio se tenía terminantemente prohibidas la identidad y la historia: «El hombre que tiene patria y tiene historia es el que reconoce en su pasado algún saldo acreedor, y que, en compensación, se reconoce a sí mismo, a su vez, como acreedor respecto del futuro» (2017:25). Todo aquello era abyecto: la «identidad es justamente algo que hay que tratar de no tener, como un tumor maligno» (2016:185); había que deshacerse como fuera posible de «ese siniestro ídolo cuyo culto suplanta hoy a toda moral de perfección» (2016b:207). García Calvo hubiese estado perfectamente de acuerdo con él. Su horror a la identidad lo describía con gracia uno de sus discípulos al referirse al tipo de congregación que formaban:

procurábamos no llamarnos ni en nuestros pensamientos de ningún modo, porque todo nombre es comienzo de institución y no hay instituciones subversivas, todas trabajan a favor del orden. Si nuestra orden era la de los agustinos, más valía en cualquier caso no decirlo ni en broma... [...] Nosotros no teníamos comité central, ni siglas, ni carnés, ni siquiera podía nadie «ser» de los nuestros, porque todo ser pertenece al enemigo [...] No éramos, no nos llamábamos, no «representábamos» nada ni a nadie... pero *actuábamos* (Savater 2015:244).

La identidad era pecaminosa; por eso, el propio Ferlosio se toma la licencia de redactar para Leguina la siguiente cláusula respecto a los usos de la bandera autonómica:

Con el objeto de dar mayor vivacidad y color festivo al fervor ceremonial que siempre debe rodear el merecido culto a la bandera de esta comunidad, la comisión de protocolo de la Autonomía de Madrid se complace, en anunciar al público que, entre las prácticas rituales oficialmente reconocidas y prescritas para mejor honrar y celebrar dicha bandera, queda incluida la de su propia combustión, no teniéndola en adelante por agravio, sino por acendrada expresión del más devoto acatamiento, y con la sola reserva de que la limitación de las disponibilidades presupuestarias asignadas por la comunidad al capítulo de banderas pudiese eventualmente recomendar alguna siempre momentánea restricción en el legítimo ejercicio de esta específica forma de culto a la bandera consistente en el homenaje incineratorio (Cfr. «El himno de García Calvo», 14 octubre 1983).

Ya he advertido que asumiría funciones fiscales, aunque está claro que no me refería a estas precisamente. La espectacularidad acompaña las impugnaciones de Ferlosio. Sus tonos se disparan pronto a lo extremo: a Adolfo Suárez le afea la gran *culpa cultural* de su oportunismo, pero tras el 23-F lo condecora con el título de *héroe* («llenó la copa hasta los bordes, y la espuma que rebosó de modo incontenible por toda la circunferencia de cristal era la pura nata de los héroes» [2016:179]). Con ser característica de su enunciación, la intensidad de sus piezas traslucía la vivencia de un momento constituyente, donde la resignación ante lo existente no ha hecho mella. Conviene no olvidar que quien manda sus soflamas forma parte de la exigua minoría que concibe su trabajo desde la construcción de lo colectivo. Ya a mediados de los sesenta se ha convencido —«cada uno cuenta de la feria según le va en ella» (1965:8) — de que dar con cierto «estilo expositivo» es nada menos que «uno de los [problemas] más serios que, en las circunstancias actuales, pueden plantearse en la vida intelectual, a lo menos en lo que a la cultura española se refiere» (8). En él se reconoce un empeño articulador de lo colectivo y hasta por momentos destella —si no fuera horrisono el nombre— el papel del intelectual estadista, aquel que en su fuero interno fantasea con construir programas de alcance nacional y que antepone el cuidado de lo público sobre cualesquiera intereses individuales. Las pulsiones normativas eran reconocibles en la amonestación a la pobreza sintáctica de los ingenieros, y evidentes en el *Manifiesto de los hablantes en lengua castellana* (1965), dirigido a la Real Academia de la Lengua para que considere las lesiones que pueda estar sufriendo la gran máquina cognoscitiva de sus amores. En 1983 cerraba un artículo con una de sus celebradas *bontades*:

Por todo lo cual, desde ahora advierto que si, por un azar, afortunadamente hartamente impensable, me viese yo algún día —Dios no lo quiera, aunque tampoco dejaría de afrontar valientemente mis responsabilidades— convertido de pronto en presidente del Gobierno, tengo muy meditado que, por el bien de los españoles, mi primer acto de gobierno no podría ser otro que un decreto ley prohibiendo inmediatamente y *sine die* los Sanfermines de Pamplona, las Fallas valencianas, la Feria y Semana Santa de Sevilla, la romería del Rocío y toda especie de fiestas semejantes, amén de incoar, simultáneamente y por vía de urgencia, un proyecto de ley orgánica para la abolición de la Virgen del Pilar (¡Dios, qué descanso para Zaragoza, para Aragón y para España entera!) (2016:159)

Es el humor estentóreo del estadista, también reconocible en Benet. Disparates y parodias brillantes no empañan la apetencia de esas zonas de influencia. El lugar de los constructores, de los desterradores de males inveterados, entre los que Ferlosio también cuenta la reforma moral y el dominio y purga de las pasiones. Como tantas otras veces, su

impugnación del presente encontraba en lo premoderno formas modélicas. Apegado al *Ancient Régime* en abril de 1982 se lamentaba de que

la patria concebida en la antigua mentalidad estamental como comunidad, como forma, como relación y como compromiso o, en una palabra, como *res publica*, pasa a ser concebida, en la moderna mentalidad individualista, como esencia, como contenido, como ideología y como culto. Ahora es un santo plenamente accesible a la devoción doméstica, una diosa a la que cada cual puede dar el rostro que le guste y rendir el más caprichoso y arbitrario culto íntimo y particular. [...]. Nada, absolutamente nada, tiene ya que ver este fetiche informe, este fantasma individualmente invocable, con la pública, grande, fuerte, y maternal señora de la Acrópolis, Palas Atenea, en todo el esplendor de su criselefantina majestad (2016:147).

De este sentido jurídico e impersonal de lo colectivo parten sus embestidas. Su sujeto político es el ser que no es ser nada, según el himno de Jacinto Batalla. Lo público es en la medida en que es impropio. Algo así abordé páginas atrás cuando, al calor del cientificismo de los sesenta, sugerí el lazo que estrechaba la soberanía política con sus ideas acerca del conocimiento. ¿No son estas las mismas claves que rigen para lo político? Le subleva el afán de

volverse hacia dentro, de buscar una presunta esencia propia [...], de encastizar y rechupetear la propia lengua como expresión de una identidad e intimidad, no de afianzarla y regularizarla como medio de conocimiento de las cosas [...], de proseguir hasta la náusea la indigna reivindicación y apología de lo propio, reclamar prioridades de invención, discutir actas de bautismo, con el oído exclusiva e hipersensiblemente habilitado para radar de ofensa o menosprecio, y, en fin, de una vergonzosa, miserable y deprimente atmósfera de egolatría, irredentismo, susceptibilidad y onfaloscopia (2016:95-96).

En tal espíritu «ni por un momento asoma ya ni la remota sospecha de un objeto» (95-96). Su moral intelectual ya había establecido que la subjetividad debía tratar de vaciarse de sí misma a fin de contemplar lo inteligido desde la extrañeza; ahora veía justo lo contrario: las leyes y el comportamiento del objeto importaban menos que los ejercicios de afirmación a que el objeto se prestase. Lo mismo cumple decir de lo colectivo, cuyos límites coinciden única y exclusivamente con los del propio grupo, alzado en segmento autosuficiente, aunque dependiente de la existencia del otro al que se opone.

La crisis de lo colectivo coincidía con el desvanecimiento de los grandes programas emancipatorios que fue imponiéndose a finales de los sesenta. El giro identitario era un replazo más viable: no comprometía necesariamente programas y fomentaba la unión de un grupo por la opresión sufrida y por la aspiración a alcanzar un derecho arrebatado. Autoafirmación, autodeterminación eran el estricto reverso del *no ser* de Jacinto Batalla; la



misma *nada* que no hacía aún una década había sido entronizada en los «Comentarios del traductor»: «la objetividad sería, por decirlo de un modo un tanto sibilino, concebir las cosas desde el supuesto de su inexistencia» (1973:321); aquí el primer supuesto era la propia existencia. Porque entre los cometidos de las hermenéuticas identitarias suele estar el de afirmar la genealogía del propio sujeto observador. No eliden el objeto, sino que lo leen en relación a sí mismas, buscando el reflejo de las agresiones sufridas por el grupo. Mal podía aceptar Ferlosio una hermenéutica volcada en la promoción de identidades; menos aún podía aprobar que ello se tradujera en la confección de una historia que tendía al memorial de agravios. El pasado no debía hacerse argumento del presente, las identidades eran escollo para el pensamiento de lo general, eran «antiuniversales supersticiones ontológicas» (2016:96). Para el prisma posmoderno Ferlosio solo podía antojarse presa de la superstición reaccionaria de lo universal; el iluso que se sigue prometiendo la *epojé* esforzada; el varón blanco hijo de falangista...

Convendría que despejemos los equívocos a que la comparación da pie: la hermenéutica de la sospecha es crucial en su lectura del Progreso, lo que no acepta es que desde ella se pretenda fundar ningún derecho. No acepta ni la existencia de un sujeto que se hereda a sí mismo (y en este sentido, «Niño fuerte» podría interpretarse como el hijo que defrauda los procesos de herencia vengadora que parecen depositados en él) ni, consecuentemente, la operación de capitalización moral que actúa implícita o explícitamente en tales lecturas. Construir la propia bondad por contraste con la maldad ajena es una operación a la que se refiere a menudo con el nombre de *moral farisaica*. Ferlosio no negaría que toda labor intelectual la realiza un sujeto que lleva consigo ciertas determinaciones que intervienen en la mirada: «Lo más sospechoso de las soluciones es que se las encuentra siempre que se quiere» (2015b:15), reza, tras los prólogos, el primero de sus pecios reunidos. Lo que no aceptará es que el final del proceso conduzca a la afirmación grupal. Al tiempo que se enviaba al cuarto de los trastos al sujeto universal —privilegio de unos pocos—, se entronizaban sujetos ideados con arreglo a las necesidades y particularidades. No es que el anterior sujeto no fuese así ya de suyo, pero ahora proliferaban variantes de aquello que debía haberse enterrado: un creciente número de identidades recelosas las unas de las otras que se interpretaban desde el paradigma de la agresión.

Uno de sus primeros artículos —«El acto de afirmación», de finales de 1981— abordaba la popularidad de los actos enderezados a «la ratificación, la fijación, el establecimiento de una identidad» (2016:139). Eran, a su juicio, fenómenos «tautológicos».

Decir «yo soy yo» no funda nada, sino que reivindica algo presuntamente negado por los demás; lo afirmado era una alteridad opositiva, una «tensión hostil» (141). Las cualidades que hasta entonces hubiesen podido vivir distensamente se cuajan en un sistema de sentido: «las que acaso fueron o pudieron ser dulces o severas, tristes o alegres, pero siempre carnales facciones de una cara» se reducen «a toscos, esquemáticos y unidimensionales rigores heráldicos, puras y gélidas señas de identidad» (140).

Las claves de su deconstrucción de la identidad las había dibujado a raíz del *semblante* y del *eco*: aquello que lo distinguía a uno era lo mismo que lo hacía semejante a los demás; la única identidad concebible iba de la mano con la indistinción. Cualquier atención excesiva al individuo, al grupo, llevaba la sombra de promover la dejación de lo colectivo. Y es que, a sus ojos, «[e]l nefasto fetiche de la identidad» es el mecanismo compensatorio de comunidades que, «reducidas a un grado de indiferenciación cultural y de impotencia personal en la gestión de los negocios públicos cada vez más grande y más desesperado, buscan recompensarse de su nulidad social frente al poder en las satisfacciones sucedáneas de la superstición nacionalista (deportiva, si es que no cabe otra mejor), como, por lo demás, quizá en menor medida, ha venido ocurriendo desde antiguo una y otra vez» (23).

La identidad y lo público son incompatibles. Donde una impera declina el otro. Lo repetía una y otra vez y quizás por eso aceptó intervenir el 24 de febrero de 1984 en (cito la nota de su editor, que a su vez cita la de *El País*) «unas jornadas organizadas conjuntamente por el Ayuntamiento de Gerona, el semanario [...] *El Món* y el diario *El País* en torno a la pregunta “¿Qué es España?”» (2016:588). El asombro debió de ser mayúsculo cuando Ferosio «hizo distribuir entre los asistentes [...] cerca de cincuenta folios, incluidos los apéndices» con la esperanza de que fueran leídos antes de su intervención (589). Eran usos extraños en la tribu, pero normales para una concepción intelectual pautada por una honradez y exigencia extremas. Después de todo, si había aceptado acudir a unas jornadas así había que apurar cada minuto: el título al que se acogían no podía resultarle más odioso.

Hacía décadas, cuando no un siglo, que pronunciarse sobre el asunto constituía un ejercicio preceptivo para cualquier intelectual español, así que no iba a hacerlo sin prevenciones. Nada aborrecería más que reincidir en el «narcisismo con masturbación» de españoles mirándose el ombligo.

De modo, pues, que he de decir lealmente que si he venido es con toda la mala intención del mundo para intentar meter cristales rotos entre mano y verga, con el arduo designio terapéutico de que, sacándole más dolor que gusto a la sesión, acabe de romperse de una vez este juguete indigno y vergonzoso. Por eso, sólo tendría por éxito del venerable

sínodo presente una tan completa destrucción de los fetiches de la Identidad y la Conciencia Histórica como para que sesión como esta no vuelva a repetirse (2016:9).

Ahí va su perfil estruendoso. No es un ponente más. Ha ido para abolir el culto que enajena a la comunidad. Quiere acabar de una vez por todas con «algo tan indudablemente fraudulento e incluso sospechoso de maldad como es el pretendido *ser de España*» y, de ser posible, poner término al propio *ser*, al que por entonces su hermano Chicho (1978) le ha dedicado unas coplas: «Dices que buscas, que buscas, / dices que buscas el ser. / Cuando lo encuentres le dices / que yo estoy en contra dél». En parte prevé que su «actitud crítica, franca y abierta —no astuta y desleal—» (2016:9) levantará ampollas, porque algo así le ha sucedido a Juan Luis Cebrián en Cataluña días atrás. Intuye que no llegará a ningún acuerdo, que, diga lo que diga, a ojos del auditorio será el mesetario insensible, parcial, incapaz de entender la importancia de las identidades. No lo dice, claro, pero para muchos será, además, el hijo del fundador de Falange, como le han recordado en alguna ocasión. Por si fuera poco, ha escogido ilustrar el concepto de patria a través de tres ejemplos que nadie puede recibir sin alarma: Ortega, José Antonio y Franco... Sabe, en fin, que no puede lograr gran cosa, ya que «[l]o que vive y alienta en el antagonismo y por el antagonismo necesita negar y reducir la simple posibilidad de cualquier cosa que, sustrayéndose a él, lo ponga en entredicho» (10). Y mal lo entenderán, porque a su juicio la cobertura identitaria de la reforma territorial «ha sido espiritual, moral y culturalmente corruptora, degradante, envilecedora, deletérea» (26). «[H]a sido una catástrofe y una infamia emponzoñar y contaminar al país entero despachando con receta legal y hasta recomendada y propagandísticamente impuesta el miserable culto que era ya morbo endémico en las sórdidas entrañas del alma española» (26).

#### 7.4.- LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

Pese al incendio y a sus planes de destructor, Ferlosio tiende a adoptar el papel del minimizador de daños. Cuando la Transición está en sus momentos más delicados procura contener amenazas y apagar fuegos. Se debe a una idea de comunidad que nunca dará por rescindida. Cuando el terrorismo de ETA se agrave, el tono belicista se desembride y Josep Tarradellas, al frente de la Generalitat, dé por perdida la solución política al conflicto en Euskadi, Ferlosio repondrá que

a quien así se adelanta a hacer pasar por irrevocable designio de los hados lo que sigue siendo o debiendo ser acción humana y voluntad humana, a quien con su «ya es tarde»

pretende descargar anticipadamente la responsabilidad correspondiente, escudándola tras la miserable ideología de la «irreversibilidad de los procesos históricos» (que no es sino vileza de alma y esclavitud de espíritu), es necesario pintarle sin ambages el verdadero aspecto de la acción que no se sabe si profetiza o preconiza, para volver a cargar con todo el inmenso peso que le corresponde la responsabilidad tan fraudulentamente exonerada (2016:113).

Lo escribe en 1980, pero el programa viene de atrás. Sus proyectos se han configurado a finales de los sesenta. El *pathos* heroico está en *Las semanas*, que se han ido escribiendo en los años sesenta, y lo fundamental de sus ideas instituyentes tiene en los «Comentarios del traductor» su principal formulación, que es, como su propio tono, de índole religiosa. Me refiero al *simposio* o *banquete eucarístico*, a «la asamblea constituyente del don de la palabra», donde se canceló cualquier «providencia trascendente» en nombre de «un compromiso libremente contraído» por toda persona ingresada en el lenguaje (1973:222). En aquella «sala» tuvo lugar el «juramento originario» al que las personas, de espaldas a los dioses —también al dios de la fatalidad—, se deben. Ferlosio habla desde el recuerdo de ese «día memorable inmemorial» (222-223), que preserva como la asamblea constituyente irrevocable, modelo ante el cual deben responder todas las demás instituciones. Conviene no olvidarlo. Sus llamamientos a la fiscalización de las instituciones, la insistencia en cancelar las apelaciones a lo irrevocable e inevitable, nacen de esa otra institución.

Era un mito político, pero también la asamblea constituyente efectiva era puro mito. La clave estaba en exigir al mito aquello que nos cuenta. Como cualquiera, Ferlosio sabe perfectamente que

la representación alegórica moderna que dice que las instituciones públicas, y entre ellas las de orden y defensa, ejercen unos poderes delegados por lo que llaman la «soberanía popular» no es más que una pía reescritura ideológica de lo que verdaderamente sucedió, y que tal acto de delegación jamás lo hubo, sino que es sólo una ficción jurídica con capacidad de sanción retrospectiva; mas sé también que su propósito no es servir sólo de mito explicativo del origen de una autoridad, sino también de modelo proyectivo al que adecuar en su vigencia de hecho esa misma autoridad. Cumplir tal cosa, o sea, hacer veraz la alegoría y valedera la ficción jurídica de que la autoridad de las instituciones no funda sus poderes en enajenación o usurpación, sino en delegación, es tanto como dar lugar a que los particulares puedan fundadamente sentir esos poderes como propios, como propia la institución que los ejerce (2016:116-117).

Podrían resumirlo unas palabras escritas muy poco después: «la condición máxima y decisiva del respeto» es «la de tratar una cosa a toda la altura de lo que pretende ser», juzgándola a la luz «de su propio ideal» (2016b:13). Hay que juzgar al Estado desde su propio mito. La tribuna que dedicó a la requisa de *El crimen de Cuenca* (1979), de Pilar Miró,

es tal vez la más completa respecto de ese programa político. El episodio, que ponía de manifiesto las tensiones entre el orden legal precedente —que alegaba que en la película se atentaba contra el honor de la guardia civil y los poderes judiciales— y el incipiente Estado de derecho, servía para ilustrar el tipo de marco ciudadano con el que trabaja Ferlosio: el agraviado se ampara en su identidad corporativa y hace de un poder supuestamente delegado un eximente de responsabilidad en nombre de la honorabilidad de las instituciones del Estado... El derecho a la crítica es, por el contrario, la mayor prueba de la honorabilidad de las instituciones, ya que reconoce su compromiso ante los delegantes de poder, haciendo productiva la ilusión en la que dice sustentarse. Precisamente, la productividad de esa ilusión es uno de los principales males que García Calvo ve entonces en el horizonte; a su juicio, la crítica debía darle la espalda al Estado si no quería servir a su apuntalamiento. Ferlosio aboga por el camino contrario: la «conciencia vigilante» (117) es el modo de contrarrestar el *principio de dominación* inherente a todo poder. Abrir los organismos públicos a la crítica es permitir que Pilar Miró o cualquiera «pueda considerar las instituciones de orden y defensa de su patria como *sus propias* instituciones de orden y defensa y, por tanto, sentirse al menos mediatamente responsable de su efectivo ejercicio de poderes» (117). En la crítica se encuentra, de este modo, un ejercicio de *pertenencia*; se exige el cuidado de lo que es propio en tanto que común.

La desconexión entre lo propio y lo común iba al alza. Las instituciones son un mal inevitable, pero acaso no lo sea el signo que toman. Sucede, no obstante, que no todos están dispuestos a reconocer su legitimidad ni a aceptar sus mitos. Los motivos son varios: hay quien no acepta, como García Calvo, la confusión del Estado con lo común; quien ve el proceso como sucesión y no como relevo de la dictadura; quien ve en lo colectivo un obstáculo para la realización de lo propio; quien se ha refugiado en el nihilismo autodestructivo; quien lo ha hecho en el eufórico... El pasotismo, el desencanto dan la tónica cuando —estamos a mediados de 1980— Ferlosio llama «a los particulares para que depongan su empedernida inhibición social, su endémico absentismo ante los negocios públicos, y vuelvan a reconocerse en las instituciones, identificándose con su autoridad y sus poderes y recobrando, con respecto a ellas, un sentimiento de protagonismo» (117). Pero nadie puede tener memoria alguna de un tiempo anterior al absentismo forzado ni puede, por tanto, *volver a* reconocerse en un ente público. Tampoco está claro que estas favorezcan un *sentimiento de protagonismo*. La larga dictadura había puesto los cimientos para la dejación, pero no era solo eso. Muchos no han renunciado o guardan duelo por proyectos que no quieren o no pueden superar tan pronto. Dificilmente pueden

reconocerse en los cauces señalados por Ferlosio, para quien hay que responsabilizarse de las instituciones: «En los particulares, en la población civil, [esa responsabilidad] no podrá ser la responsabilidad inmediata, decisoria, ejecutiva, de quien gobierna directamente las instituciones, sino la responsabilidad mediata de la reflexión moral» (118).

Aquel debía sonar como un proyecto muy poco estimulante. ¿Cómo iba la revuelta a contentarse con la vigilancia? Por otra parte, la apropiación de los poderes públicos no aparejaba la expropiación de sus antiguos titulares. Encomendar a la ciudadanía la reflexión moral sobre el Estado era una operación de cierto calado, pero los proyectos democráticos de la contracultura —tan minuciosamente reconstruidos por Labrador Méndez (2017)— mal podían avenirse a conformarse con ese papel mediato: la premisa primera era la revocación del Estado. A pesar de que Ferlosio jamás profesó la menor simpatía por el Estado, acogió las posibilidades de lo dado a cambio de mantener abierto el divorcio entre lo dado y lo exigible.

¿En qué consistía la reflexión moral a que debía aplicarse la «conciencia vigilante»? En aquel mismo artículo establecía abstrusamente que la «genuina reflexión moral» encuentra «su encrucijada natural e inevitable» en el «límite»: «No hay experiencia moral que no comporte un alcanzamiento de límites ni hay caso de conciencia que no sea un conflicto fronterizo» (118). Lo significativo no estriba en que de ello extraiga la necesidad de hacerse cargo de los pliegues y espacios ciegos donde la institución hace «catástrofe» (118); lo reseñable no es que la institución tenga cuartelillos, calabozos, brazos armados, juicios sumarísimos que desmientan la existencia del Estado de derecho; lo sorprendente no es tampoco que sostenga que es necesario «que la población abandone la infancia y los hombres conozcan los tenebrosos límites de sus confianzas y seguridades» (118). Lo revelador es que pensar lo público suponga imaginarse al mismo tiempo como víctima y como verdugo. Es preciso que «los hombres» se representen «qué puede llegar a ocurrir con el uso del más terrible de todos los poderes, qué podrían ellos mismos llegar a perpetrar o padecer» para que vuelquen «sobre ello toda la atención de su conciencia y el cuidado de su responsabilidad, y no sólo de modo individual y doméstico, sino también público y compartido» (118-119).

A aquellas alturas —con el corolario histórico que aparejaba— esta clase de argumentos implicaban la disolución de la culpa y de la inocencia tanto individual como colectiva. Al tiempo que alertaba contra la extrema necesidad de vigilar al Estado, Ferlosio sugería una imaginación moral que suspendiese la divisoria entre individuos y Estado. La noción de un bien y un mal difusos, transpersonales, atenúa la pertinencia de la

responsabilidad individual. Ciertamente había y habría víctimas y verdugos, pero los agentes eran poco menos que intercambiables, implementos del principio de dominación, mal sin malos; de ahí que la causa prioritaria fuese embridar ese principio.

Poco después, en diciembre de 1982, volvería sobre ello en un artículo surgido de ciertas palabras de Fraga y premiado con el recién creado Francisco Cerecedo, con dotación de un millón de pesetas. «La conciencia débil se lava con sangre» promueve la «reflexión moral» que abandone el binarismo elemental de «los buenos» y «los malos» al que se aferra «la conciencia cobarde» (2016:148). Frente a ella, vindica para la conciencia «el inmenso peso de la verdadera responsabilidad moral: aquella que no le afecta como persona escatológicamente individuada por un último destino singular, sino la que le afecta como encarnación ubicua y permeable del entero cuerpo social» (148). No era esa la moral de Fraga. La frontera entre buenos y malos, justos y pecadores era clave para quien abogaba por el endurecimiento de medios coercitivos y penas, y añoraba la pena de muerte. Tampoco está claro que fuese la moral de quien aquella noche de finales de mayo de 1983 le entregaba el premio en el Ritz: Felipe González, flamante vencedor de las elecciones de octubre del año anterior. Faltan dos años para que Ferlosio le dedique un artículo donde retira el título al «antaño preconizado y autopromocionado como El Ético» (199). Unos días antes, preguntado por el GAL González ha contestado con un proverbio que dice haber aprendido en su visita de Estado a China: «Gato blanco, gato negro; lo que importa es que cace ratones» (199). Parafrasea Ferlosio: «Qué importa que el GAL sea blanco o negro; lo que importa es que mate etarras» (199).

Ferlosio había hablado de un «progreso realmente moral» (152) al imaginar al gobierno y la oposición unidos para garantizar que a ningún ciudadano, sin excepción, se le tocara un pelo. Pero nada fue en esa dirección. Ganaron los buenos y los malos. Se optó por «disipar la turbación de las conciencias pusilánimes» defendiendo «a capa y espada el mito insostenible de los buenos y los malos» (150); se optó por conjurar «la mole de la entera responsabilidad social que realmente concierne *pro indiviso* a cada uno y debería, por tanto, afectarle» (150). Lo repite hasta la saciedad: la verdadera experiencia moral no consiente «la distribución individual y personal de la bondad y la maldad», no concibe «a los individuos como orígenes absolutos y estancos», sino que arrostra «la turbadora idea de un bien y un mal fluidos, ubicuos, permeantes, contagiosos, transpersonales y metapersonales, que recorren el cuerpo social entero como una unidad continua»; vive en «lo ambiguo, lo mezclado, lo equívoco y lo fluido» (151).

No eran ideas nuevas. En el trasfondo estaba la rumia de la culpa que había aparecido en sus narraciones de los cincuenta. Esos espacios fluidos son consustanciales a los estudiantes que han tocado una marcha nazi antes de echarse al agua por Luci; también se dejan sentir en la culpa que fulmina al maño atándolo a un ámbito que lo trasciende y al que se siente obligado. Y aun están en la loba preñada que en «Dientes, pólvora, febrero» (1956), es abatida con saña y convertida, a ojos de quienes le dan caza, en emblema del mal. El modo en que tratan su cadáver —idéntico a la puntera insensible con que el policía toca el cadáver de Luci— rebrota en «La conciencia débil se lava con sangre» en la figura del «*sheriff* justiciero, señalando con la punta de la bota en un recoveco de la calle una especie de sombra de peso ensangrentado y revuelto con arena» (2016:151). Había que matarla por loba, había que matarlos por terroristas, había que matarlos y punto<sup>21</sup>.

Dos caras de la misma moneda: tal es el encaje entre lo individual y lo público para quien «privatizar» implica «despolitizar» (2016:84). La exigencia de una ciudadanía que extienda su mirada sobre todos los asuntos públicos dice tanto de su ambición como del extremo recelo con que concibe el Estado. No hay que llamarse a engaño: no recibe «los reajustes institucionales que reciben el nombre de “transición política”» con ninguna euforia (125). Antes de convertirse en *héroe*, Adolfo Suárez es, con sorna, «nuestro inevitable salvador» (72). Duda, como prácticamente todo el mundo, del alcance de los «reajustes». Sabe que «las llamadas democracias» son poco más que «un simulacro jurídico de intervención social en los negocios públicos» (2017:238); que «la naturaleza del Estado mismo» tiende a «su mecánico, ciego y redundante interés interno de autoperpetuación» (2016:152). No es ni un ferviente abogado del cambio ni muestra simpatía por las instituciones, aunque sí por la posibilidad de que en torno a ellas fragüe una instancia crítica y un marco jurídico no arbitrario.

Su crítica literaria se amparó en las leyes de cada género para redimir las obras de los abusos de sus creadores. También ahora se emplearía en dirimir lo exigible y censurable del nuevo sistema prestando especial atención a quienes hacían de su poder institucional la amenaza de las propias instituciones. Lo mueve una mirada formalista, atenta a «las reglas que organizan el medio y lo definen» (2016:73). ¿Quién si no un jurista abriría un texto en estos términos?: «Hace unos días se intentó desacreditar unas afirmaciones por el improcedente sistema de descalificar a los que las hacían, y aun con el agravante de que la tacha esgrimida para ello no es, por definición, descalificadora en ningún caso ni en ningún

---

<sup>21</sup> Ese es el motivo de «El reincidente», uno de los cuentos más queridos por Ferlosio, que aparecerá —como bien destaca su editor (2015a:14)— en las páginas de opinión (!) de *El País* el 13 de diciembre de 1987.



sentido» (77). Sus primeros artículos apuntan esa función, especialmente atenta al lenguaje. Al fin y al cabo, resume Altamirano, la institución de los intelectuales se gestó como «una autoridad diferente de la autoridad política y sus órganos, una suerte de tribunal de los hombres de cultura» (2013:20). «La palabra», dice Ferlosio, «nunca podrá hacer tanto daño —y sí, en cambio, tanto bien— como la acción; y además una democracia es, sobre todo, cuestión de palabras. Pero, por eso mismo, hay que cuidarlas» (2016:178). Y a ello se aplica fiscalizando la *praxis* política. Anglófobo como era dijo que «lo mejor, o tal vez lo único bueno, que tiene Norteamérica —por supuesto, heredado de Inglaterra, como ésta lo copió a su vez de Roma, no la de Wojtyła, por supuesto, sino la de Catón—, es a saber: el más vivo y más sólido sentido del formalismo jurídico-institucional» (2016b:38).

De allí emana la terminología con que va tipificando las impropiedades que registra en declaraciones y escritos ajenos con el objeto de desarmarlas. No le faltan casos: por entonces «acostumbr[a] a pasar de cuatro a seis periódicos al día y [...] hasta al tacto sabría ya reconocer la foto del más insignificante congresista» (2016:135). En octubre de 1979 observa en Fraga «lo que podríamos llamar linchamiento moral del defensor» (2016:78). Semanas después exige «argumentos lealmente razonables» frente a los «conceptualmente hueros y lógicamente incongruentes» del «artículo insolente, agresivo, lleno de desplantes retóricos» (82) que ha escrito Jaime Campmany en *ABC*. En él encuentra «la deslealtad lingüística hoy más en boga»: «[e]l corrimiento semántico», cuya «deshonestidad» consiste «en aprovecharse de la fortísima carga peyorativa que justa o injustamente grava» uno de los términos «para inducir en el lector iguales sentimientos de repulsa hacia algo que está lejos de merecerlos tan severos» (82). La honradez del jurista es inapelable: tan «en boga» está la falta que la podría «ilustrar con un ejemplo del que yo mismo soy culpable» (82).

Parecía que pieza a pieza se propusiera armar un cuerpo de doctrina. Supongo que a lo farragoso (más que a lo concreto del caso que la motivó) se debe que «La Chicuela y el buldócero o un arbitraje a tenazón», del 1 de diciembre de 1978, vegete en la hemeroteca. Es, con todo, un texto revelador: no se limita a exponer un abuso que la Administración extremeña ha querido camuflar con jerga técnica, sino que lo denuncia usando una prosa legal indigesta. En toda su cargante desmesura, el texto entrega por saturación la función cultural que se apropia. No consentirá ninguna «deshonestidad de arbitrar una expresión» como la que ha encontrado en Campmany, que «vicia, fuerza y retuerce el uso válido de otras muchas palabras» (82).

No hacía aún dos semanas que había criticado las palabras de Fraga amparándose en que «régimenes, procedimientos de justicia, legalidades y legitimidades tienen ya

demasiados entendedores, veedores y fiscales frente a la poca atención que suele merecer el sentimiento justiciero» (78). Su institución tomaba algo de cada especialidad, toda vez que se sitúa «entre los deshilachados flecos de los márgenes jurisdiccionales» (118), que es «donde toda vigencia se enrarece y se altera y donde están los entredichos que es preciso afrontar» (118). Buena parte de sus artículos son una suerte de formalización acerca de los requisitos que debiera reunir la palabra pública. Sopesan argumentos, construyen causas. Son algo más que una opinión, o son, por lo menos, algo distinto de la opinión que a fuerza de frecuentar el medio se consiente amplias dosis de arbitrariedad. Ferlosio se consiente caprichos memorables, no reprime el insulto, es afectado, declama estentóreamente, pero ante todo quiere sentar cátedra y, de poder ser, jurisprudencia; quiere ser ejemplar. Procura que cada artículo se imponga rotundamente, que en él asomen los nervios morales de la materia. Si el ambiguo nombre de *piezas* es más elocuente que el de artículos, otro tanto vale para el que acompaña oficiosamente la sección de opinión de *El País: tribunas*.

He unido el jurista al medio casi sin darme cuenta porque el caso es que cuando Ferlosio empieza sus colaboraciones en 1978, *El País* —que ha surgido tan solo dos años antes— va camino de ser la principal plataforma parainstitucional. Aun así, debemos poner las cosas en perspectiva. ¿Quién leía al autor que ensayaba programas ciudadanos y peinaba la prensa a diario? Poquísimas personas. Aunque correspondan a un periodo posterior, me parece oportuno recordar los datos que Negró Acedo (2006) extrae de Concha Edo: «[E]l índice de lectura de diarios en 1986 y 1987» es de «78 diarios vendidos por 1.000 habitantes» (2006:9). Los déficits de lectura que Miguel Sánchez-Mazas había señalado treinta años antes no se habían subsanado: los 78 por cada mil españoles eran 414 en Gran Bretaña, 350 en Alemania y 212 en Francia (9). El porcentaje total de población lectora de periódicos en España es del 78% y en él compiten cabeceras como *El Alcázar* —entonces en sus últimos días— *ABC*, *YA* o, muy por delante de ellos, *La Vanguardia*, primer diario hasta que lo desbancó *El País*. Viene esto a cuento del espejismo letrado de imaginar que el proceso de democratización tuvo en los diarios su enclave principal. Los índices de lectura nunca se han compadecido con la potencia de la industria editorial española, que entre 1975 y 1988 pasaba de publicar 17.727 a 40.365 títulos (Pradera 1990). La democracia no ha sido ni mucho menos *la hora de los lectores* que Castellet proyectaba a mediados de los cincuenta y, si le concedió la profecía de que «el millón de lectores deseado por Goethe será considerado una minoría» (2001:69), fue, en gran medida, gracias a los índices de natalidad. El letrado ha seguido siendo un mundo reducido. Cualquier historia de la prensa,

cualquier historia de la cultura debe recordárselo como antídoto contra los tonos solemnes, que matizan y hasta desarmen lo que nuestros trabajos pueden y suelen dar a entender.

Uno pensaría, pues, que exagera Savater al dar *El País* por «el primer gran acontecimiento sociocultural de la democracia reiniciada» (2015:394), pero lo paradójico es que no: los bajos índices de lectura no quitaron para que las encuestas a la ciudadanía otorgaran a los medios de comunicación un peso ampliamente superior en el «proceso de democratización» al desempeñado —con la salvedad de Adolfo Suárez— por «políticos, sectores y grupos sociales» (Negró Acedo 2006:9). Con las reservas a que obligan los datos, lo indudable es que escribir en el medio más leído debió de incentivar la faceta constructiva de Ferlosio. Sus textos citan, corrigen, censuran las deslealtades al nuevo régimen legal: caben políticos, articulistas y también cabeceras como *ABC* y *El Alcázar*, cuyos pujos golpistas sigue muy de cerca.

Bien, pero ¿en qué se funda su doctrina? La incongruencia entre los supuestos a que se acogen las instituciones y las declaraciones públicas de sus representantes es la estrategia más visible del primer Ferlosio, al que debería aplicarse esta apreciación suya:

A despecho del uso —por no decir del abuso— translaticio, y aun tal vez francamente metafórico, de la figura de la *competence* lingüística en el contexto de lo cultural, creo que sirve, con todo, para representar el modo en que, aun sin salirse del interior de una cultura, la comprobación y la puesta en contraste de unos determinados usos y costumbres —como a especie de *performances* culturales— con los principios o categorías a los que —como a modo de *competence*— esa cultura dice atenerse, someterse y sujetarse constituye el proceso por el que cualquier configuración cultural establecida puede llegar a verse enfrentada desde dentro a la crítica y la desautorización (2017:106).

El *desde dentro* apunta otros dos principios: el primero, solidario de su mentalidad jurídica, atañe a la frecuencia con que invoca la *lealtad*, que incumbe a lo «*legal*, si se da oído a la etimología» (2015:33); el segundo concierne a la fuerte impronta que ha dejado en él la religión, que funciona como infraestructura ética en la que tal vez se encuentre comprendido el principio anterior: «La cristiana fuente del amor, el respeto y la *lealtad* hacia los otros» (2017:92; el subrayado es mío).

La relación de esa infraestructura cultural con la estructura institucional es la clave que vertebrará las próximas páginas. En esa confluencia se decide la siguiente cuestión: o la estructura política domeña los valores de la infraestructura cultural o la infraestructura cultural sobrepasa las dinámicas de la estructura institucional. El resultado de ese juego de equilibrios es el tipo de ciudadanía que se gestó alrededor del cambio político.

A Ferlosio le preocupó siempre la dimensión colectiva. Como he tratado de mostrar en las páginas anteriores, sus escritos implican siempre un sujeto colectivo que ve

ambivalentemente con esperanza y recelo. En la colectividad hay un *demos* que puede ser garante de la exigencia democrática o que, por el contrario, puede quedar captado por las tendencias de toda institución a reproducirse; puede asumir el protagonismo de los asuntos públicos o puede ser utilizado. La fiscalización del discurso público es, pues, indisociable de la incidencia que este pueda tener sobre el *sentir común*. Recordemos que sus proyectos suelen recortarse contra una idea de masa: puede tratarse de la muchedumbre que quema la casa del maestro de Alfanhú, el corro morbosos que rodea el cadáver de Luci o los adultos que custodian al recién nacido en el bautizo. Esa masa está también presente aquí y se le antoja especialmente susceptible de ser seducida por los marcos que diseña el discurso político. Los políticos, observa, se benefician de que «lo inmediatamente eficaz en el ánimo de un pueblo es siempre lo más primitivo, lo más bajo, lo más elemental» (2016:75). Por ese ánimo elemental pueden filtrarse con facilidad la connivencia y hasta la aprobación de la suspensión de derechos sobre parte de la ciudadanía a manos de la razón de Estado. La experiencia del límite que Ferlosio propugnaba a raíz del caso Miró no apela únicamente a la conciencia de los abusos del Estado, también exige la identificación del ciudadano con la totalidad de ciudadanos. La ciudadanía es una conquista del derecho cuyo opuesto es la masa como ejército de pulsiones capaz de revocar ese derecho. Si el Estado, amparado en la delegación de poderes, tiende a revocar el régimen de garantías en interés propio, lo desacreditado es el Estado, no la ley, que preserva su valor normativo. Sospecho que en la apelación a la moral cristiana se cifra el mismo tipo de relaciones: la religión no debe confundirse con la institución que se arroga su representación; esta puede contravenir sus principios, pero sus abusos no impugnan la religión como cuerpo de creencias vinculante. Otro tanto sucede aquí. El sentimiento de protagonismo que propugna es recelo hacia quienes las administran y exigencia hacia los principios que las instituciones dicen profesar. Ya lo vimos a propósito de la marioneta: cuanta mayor determinación, mayor libertad; cuantas más leyes, más garantías. Eso es lo que está detrás de la vocación jurídica de sus textos: la fijación de un código vinculante.

Muy poco duran las expectativas que pueda haberse hecho de la llegada del PSOE al poder. Ya el 21 de febrero de 1983 le advierte de que «[r]emitir [...] eventuales pervivencias de tan infame práctica» como la tortura «a mera inercia de unas malas costumbres policíacas contraídas en regímenes pretéritos es justamente atacar a la tortura por el punto más débil y más fácil» (2016:153); esta pertenece a «lo abstracto estructural: la ideal ciudadela del Estado en sí, a cuya esencia misma pertenece el criar en sus mazmorras [...] los inhumanos perros de la razón de Estado, de la eficacia a ultranza —que al

desorden prefiere la injusticia y juzga mejor el crimen que el error—» (153). La connivencia con la tortura abre la puerta a que «la incontrolada y anónima estructura de autopropagación, no bien se sienta de nuevo amenazada en su actual continuidad, empiece a organizarse una vez más en sus ciegos subterráneos, esta vez contra sus antiguos detentores o sus nuevos enemigos, el potro del tormento» (153-154). La amenaza a la fragilidad de la estrenada democracia no puede legitimar esas prácticas sin que en ellas mismas se frustre toda democracia. «Una moral sólo es digna de este nombre si es incondicional, y una moral de Estado sólo estará a la altura de sus exigencias si alza su propia incondicionalidad sobre la imagen del extremo trance que podría desafiarla; esto es, si su determinación de negarse a claudicar incluye y abraza ya, desde el primer momento, como en imaginación anticipada aun el riesgo más cierto de fracaso y de derrota» (155).

Ya hace un tiempo que viene observando cómo bajo el pretexto de la estabilidad de la democracia se devalúan las vidas particulares (Cf. 2016b:15). Entonces todo es aún advertencia de que el nuevo gobierno no se deje llevar por «la empecinada convicción de que, con todo, no habría cosa peor que ser descabalgado y suplantado en la silla del poder, ya sea por el antiguo detentor o por cualquier nuevo jinete» (2016:154), porque es garantía de que «irrisorios, grotescos y hasta hediondos se habrán vuelto cualesquiera otros títulos y méritos por los que te pretendías mejor que él y en que fundamentabas el designio de tomar en tus manos las riendas de la bestia» (154). Lo dice así, en segunda persona y a lomos de una analogía, como podría escribirse un espejo de príncipes.

La lacra de la tortura persigue al nuevo gobierno y es una de las primeras causas de escepticismo hacia su promesa de cambio. Se le concede cierto margen, pero las noticias siguen siendo desalentadoras: pocos días después de que aluda a cabalgaduras y jinetes, el 5 de mayo de 1983, aparece en *El País* el manifiesto «70 días y 70 veces», que firma<sup>22</sup> junto a Aranguren, Castilla del Pino, Marc Palmés Giró, Gonzalo Martínez Fresneda, José María Mohedano, José Ramón Recalde y Fernando Savater. El título alude al infructuoso plazo de 70 días que los firmantes han concedido al gobierno socialista para que revise las fehacientes prácticas de tortura documentadas en cárceles, comisarías y cuartelillos. Ferlosio sigue con su programa moral: el 3 de abril del 1984 publica en *El País* un pecio titulado «La tortura», donde apela a la necesidad de «penetrarse del dolor del torturado» (2015b:125), y en el siguiente abunda en los monstruos de la razón: «(Sentimiento y convicción)», «Es un error pensar que hacen falta muy malos sentimientos para aceptar o perpetrar los hechos más sañudos; basta el convencimiento de tener razón. Aún más, acaso

---

<sup>22</sup> No sin previas discusiones, recuerda Savater, ya que «se empeñaba en firmar [...] como “Rafael Sánchez”, con un prurito de modestia «que en ese contexto solía impacientarnos un tanto» (Savater 2015:38).

nunca el sentimiento haya sabido ser tan inhumano como puede llegarlo a ser la convicción» (125). Y es que «[l]a idea de que las muertes sin odio, las *eliminaciones*, son muertes limpias suele aplicarse para acreditar la necesidad de unas muertes; donde no hay odio ni pasión no hay subjetividad, motivos irracionales, y hay, por tanto, objetividad, racionalidad; y quien dice racionalidad, dice necesidad, y quien dice necesidad, dice justicia» (2016:101).

Mientras se aduce la inestabilidad, el riesgo de evolución y proliferan los *enemigos de la democracia*; mientras muchos, para horror suyo (2016:85), aplauden las medidas de excepción, él sigue apelando a la misericordia, la piedad, la compasión y abogando por una concepción formal del derecho, la que «atañe a los procedimientos y establece las reglas de actuación a las que ha de ajustarse el ejercicio de la venganza pública» (241). Le importa recordar la precedencia del derecho formal sobre el material, ya que

vendría a atestiguar que la intención originaria que engendró el derecho no fue la de asegurar la vindicación del agraviado, sino, por el contrario, la de garantizar la protección del reo. El derecho vino a imponer norma y bozal a la bestia feroz de una venganza pública ejercida de manera informe, y por ende siempre abocada a incurrir en el arbitrio, la saña y la sevicia para con el reo que venía a caer bajo sus garras. Sólo a partir de entonces la venganza se sintió legitimada para trocar su nombre por el de justicia (2016:241).

Sucedía que los principales enemigos del Estado de derecho eran los amplios poderes consentidos a los cuerpos de seguridad:

Es muy grande el poder que —en instrumentos de coerción física y en atribuciones— se ha puesto en manos de las fuerzas de seguridad como para que puedan dejar de ser objeto de la más constante y escrupulosa atención del público; tanto más hoy día, cuando el principio de eficacia se ve enfrentado a circunstancias de la vida pública [...] que pueden incoar la tentación de acudir a modos cada vez más expeditivos (85).

Para entonces empieza a analizar lo que está pasando a la luz de los estudios de Carl Schmitt sobre los procedimientos jurídicos y policiales de la dictadura (Cf. 240-270).

Si algo acreditaba la irrelevancia pública de que los gatos fueran negros o blancos era la aprobación ciudadana de que gozaba «la rabiosa bestia de la eficacia a ultranza [...] erigida en sumo y hasta único criterio para el éxito popular de una gestión» (153). El *sentir común* era uno de los enclaves que seguía con mayor temor. Cuando en 1979 Fraga —al frente de un partido que ha votado la constitución con solo la mitad de sus escaños— se jacte de no haber ejercido de abogado defensor de ningún encausado por terrorismo, Ferlosio no se limitará a recordar el marco de garantías del Estado de derecho. Por venir de

un diputado, sus palabras no pueden calificarse «simplemente de una expansión retórica», ya que tienen un «eco» susceptible de «invadir y malear» el «sentimiento» colectivo (2016:78). La fabricación de una cultura legal pasa por el control de las pulsiones que no caben en el reglamento. El mal de las declaraciones de Fraga está en mantener la existencia de una justicia fuera de la justicia; mejor, más eficaz, más justa. Nostálgico y justiciero, Fraga apela a la necesidad de criterios «procedentes de instancias irreductiblemente trascendentes y heterónomas a toda posible institución» (2016:153). Y eso es especialmente delicado cuando no se sabe muy bien cuál es el rostro de la institución: es de temer, por ejemplo, que los irredentismos antiinstitucionales encuentren el espaldarazo de «la vieja usanza del “acato, pero no obedezco” de los subalternos de la Administración clásica española» (83). En su «ilegítim[a] e ilegal [...] usurpación de funciones de la justicia estatuida» (79), Fraga «está incitado a los hombres a no ser mejores, ni siquiera iguales, sino peores que sus instituciones» (78).

Me interesa destacar esa intersección entre una cultura política y las instituciones. Si es evidente que Ferlosio llama al compromiso con el Estado de derecho y que sus argumentos se fundan sobre criterios internos al propio reglamento, no lo es menos que trabaja con una instancia que no es estrictamente política: los hombres. Los *ciudadanos* es un término acotado; los *hombres* es un genérico en el que se solapan magnitudes distintas; en este caso, el derecho y la religión. No es un detalle menor que al mismo Fraga, que tiene «por honroso el no haber ejercido una bondad a la que incluso las instituciones mismas pretenden dar cabida y cumplimiento» (78), le recuerde la advocación de la virgen María como *abogada de pecadores* (80). En ello iba algo más que una pulla visible contra «nuestro cristiano diputado» (80). Los cantos encendidos a la moral religiosa fueron menudeando. La propia María resurgía en otro texto como «excelsa y discretísima señora, que nunca incordió al cristiano ni achuchó al pecador, siendo, por el contrario, indefectible y graciosa medianera de toda dulzura, de todo consuelo, de toda piedad, de todo perdón, y, sin duda, por tanto, manto protector contra el posible azote de eternas juventudes, de macizos pasados, de razas redentoras e implacables, de rabias, ideas y hachas vengadoras» (2016:53).

La Religión como antípoda de la Historia se está aguzando y en la oposición entre ambas parecen estarse decantando dos concepciones de la política. El recurso a la religión como argumento de autoridad muestra que, infiltrada en la meditación sobre la *forma* democrática, se encuentra la *forma* de la moral cristiana. Fue un «cristianísimo silencio» lo que salvó ciertas vidas «en la posguerra de una contienda civil especialmente sañuda» (79), y «[n]o es sino a mayor gloria de la teología cristiana el que, aun a despecho de arrostrar y

arrastrar para siempre la irresoluble irracionalidad de un imposible lógico, no se haya avenido jamás a quitarle al Juez Supremo la imposición de ser a la vez infinitamente justo e infinitamente misericordioso: “Arreglaos, Señor, como podáis, que para eso sois omnipotente”» (79). Los nuevos tiempos abundan en «toda una figura moral» (86) que le resulta especialmente odiosa: el fariseo, a saber, «el que construye su bondad o santidad con la maldad o iniquidad ajenas. Necesita del malo y lo cuaja ontológicamente en el aire con una sobrehumana maldición, para constituirse él, por contraposición, en bueno» (86). Su retrato se ajusta como un guante a sus reflexiones acerca de la conciencia del límite y la fluidez del mal y la culpa: «El fariseo es enemigo de la ambigüedad moral de la persona, propia de la noción cristiana de *pecador*, y se arrima más bien a las concepciones calvinistas» (88), lo que tiene una migaja de pecado...

Insistirá en que *los hombres son con todo mejores que sus instituciones*. La distancia que media entre ambos remite a la religión. La suya no es una religión que pueda reconocerse en ninguna institución: no atiende a dioses ni iglesias; se resume en la no aceptación del dolor ni el sufrimiento ni la injusticia, en el desacato a lo que atenta contra la felicidad y dignidad. Si cabe esperar algún cambio profundo no será el que vaya de las instituciones a los hombres, sino el que nazca al margen de las instituciones. En vísperas de la muerte del dictador, con motivo de la cosificación de la mujer, había mostrado la importancia capital de ese tejido colectivo: «Ninguna verdadera remoción social podrá venir —por lo menos en este orden de cosas— de tratamientos sintomáticos, como no pueden por menos de ser los que provengan del poder ejecutivo, sino de tratamientos etiológicos, que sólo pueden nacer en las entrañas mismas de la comunidad» (1974:37). «Nunca serán las restricciones coactivas venidas de lo alto, sino [que será] la resistencia pública [...] lo único que podrá provocar una genuina conmoción moral, un verdadero desplazamiento de figuras en las concepciones íntimas del alma y, por lo tanto, en los sentimientos éticos que a ellas se refieren» (37).

Ese es el otro espacio sobre el que trabaja, aunque es difícil dar con el término que resuma una trama en que se engastan el alma, la moral, las entrañas de lo público. Son ámbitos que no distinguen lo público de lo privado, lo externo de lo interno. No hay interior que no esté enlazado con lo externo, sobre todo para quien teme el repliegue inhibitorio. El de Ferlosio nunca fue el irreligioso «“arte de lo posible” (que más merecería llamarse, en ese caso, “técnica de aceptar, suscribir, aprobar, refrendar, fortalecer, camuflar, adornar y perpetuar lo irremediable”» (37), sino que se propuso «crear o mejorar esa conciencia» (37) pública, de ahí que la pretendiera y la flagelase. La requirió y la despreció;



trabajó con una idea altamente exigente de lo público y una más bien escéptica de «el público» (2016:89). A menudo se refiere a él empleando la hostilidad de la segunda persona del plural; otras aboga por la tercera, que le imprime la lejanía de quien no se sabe si habla a solas o conjetura un cómplice. Su propia sintaxis refleja la imagen ambiciosa que tiene de ese lector, y el culto a la dificultad remite al afán de perfectibilidad que imputa al estudio, a una exigencia de mejora individual de la que viene hablando desde los años sesenta. De entonces data el desdén adorniano por «cómo al socaire de los ya tópicos clamores a favor una comunicación a ultranza —clamores que corren hoy, sin restricciones por moneda democrática, sin que nadie se tome el cuidado de sonarla— puede ampararse y prosperar, del modo más artero, el dogmatismo autoritario» (2015:25). «[L]a jerga para las masas revela lo que se quiere que los pueblos sean» (37).

La obsesión por lo público convive con las imágenes del embrutecimiento del público, pronto a pulsiones de venganza y a la indigencia moral de aferrarse a la «identidad agonística» (2016:89). Aparece entonces como el mayor obstáculo para el progreso de la vida pública:

El *contra quién*, ni siquiera el *contra qué*, suele ser para el público la más segura y fiable de las definiciones. Ya podría un político explayarse en describir por cualidad las cosas que propugna, que mientras no se atribuyese un signo de facción en la contienda, o al menos definiese su propósito por nombres de cualidad cuajados y consagrados como tics de reconocimiento antagónico, seguiría siendo para muchos un político ambiguo, escurridizo, por claro (2016:89).

A fuerza de acendramiento, religiosidad y soliloquios vengo dibujando el enclave desde donde parece contemplar la marcha de la vida comunitaria. Es Savater, a quien se deben los mejores retratos de Ferlosio, quien mejor lo definió: «Hay en Ferlosio un tono justiciero, una exigencia de rectitud que casi roza lo maniático pero que está dispuesto a aplicarse a sí mismo antes que a los demás y desde luego no menos que a los demás. Es el último jansenista, siempre listo para desvelar las argucias del amor propio nefando —a su juicio— tras cualquier empresa aparentemente desinteresada» (2015:465).

El objeto de la moral era el *qué*, no el *quién*. El *quién* no debe eclipsar su condición de prójimo y de sujeto de derecho. Por eso conviene rescatar una olvidada carta al director escrita a un año exacto del golpe del 23 de febrero protestando contra el tratamiento grotesco que la prensa ha prestado a la boda del (entonces presunto) golpista García Carrés. Las mofas públicas a cuenta de su inminente casamiento no han prestado la menor consideración a que Carrés «se halla hospitalizado por enfermedad y sujeto a la expectativa inminente de un proceso sumamente grave». «[L]a actitud moral de esa Prensa», arguye, «no

puede sino recordar, en ciertos rasgos, la que adoptó una parte de la Prensa española respecto a Eva Forest y otros detenidos a raíz del atentado de la calle del Correo. Pero no es incongruente que quienes, por otra parte, consideran que los terroristas deberían ser cazados como tigres estimen lícita cualquier indignidad de palabra contra los sentimientos y la vida privada de los presuntos golpistas» (S. Ferlosio 1982).

La carta se titula contundentemente «En defensa de García Carrés» y rubrica el repetido deseo de «impedir que el reo deje de ser visto y mirado como “uno de nosotros”» (2016:80); una fórmula que también ha empleado al asombrarse de que ETA adujese que en sus atentados no intervenía lo personal. «[L]o malo», decía entonces, «no sería que hubiese algo personal en contra del matado, lo malo es que no haya nada impersonal a su favor» (101). Era una forma de *lealtad* que, lo mismo que la *legalidad*, resumían cuatro versículos machadianos que habían encabezado en octubre de 1979 «Rigor y misericordia», un artículo contra Fraga: «Y fue compasivo para el ciervo y el cazador, / para el ladrón y el robado, / para el pájaro azorado, / para el sanguinario azor». El tono evangélico ha de ir decantando la figura que parodiará Azúa. Avanza a zancadas el perfil del predicador que observa el envilecimiento progresivo que «va congelando, degradando y encanallando cada vez más los sentimientos y los resortes morales de los hombres» (2016:16). Su propia lengua se apoya en una retórica cada vez más distante: increpa a *los hombres*, al *hijo del hombre*. ¿Quién ha de enfundarse a aquellas alturas en esos vocativos? En la página del día, resuenan con un eco espectral. Lo sabe, claro, nadie puede invocarlos sin asumir su aire impostado.

La impostación es parte inexcusable de su *ethos*. Quizás cuando a los diecinueve años escribió «De la paciencia» no llamara tanto la atención su compromiso con un tiempo anterior; ahora, a medida que los jóvenes van adoptando otros estilos, se impone el perfil del *último* jansenista. Es la imagen del ejemplar veterotestamentario sostenedor de un pacto antiguo: «Ya sé perfectamente que hablo de mundos desaparecidos, pero a alguien tenía que tocarle la melancólica e indudablemente inútil función de recordarlos» (2017:119). *Los hombres*, la «ofensa a los hombres» (2016:79) eran cosa de papiros, vestigios de ejercicios de traducción escolar. Venían de lejos, como esos Cayo y Sempronio de vodevil latino con que ilustra sus conjeturas lingüísticas: «ese encanto de Cayo», «ese necio de Sempronio», «Cayo, encanto, cómo te lo agradezco», «Sempronio, necio, deja de quejarte»... (2015:365)

*Los hombres*: la filosofía se los tenía terminantemente prohibidos bajo sospecha de profesar el reaccionarismo más ultramontano. Ferlosio persistía en esos términos. No es que no fuera demoledor con algunos de los viejos fetiches: la *humanidad* era «repugnante

bazofia filosófica, puro bodrio ideológico, amasado, guisado y sazonado ex profeso para obtener la conformidad y la aquiescencia de las gentes hacia el creciente delirio armamentista y la militarización universal permanente mantenida en nombre de una presunta Causa de una presunta Humanidad» (2016b:191). La *humanidad* era el excipiente de un sujeto vacío, alienado, captado por la dominación económica y armamentística. La «aventura de la humanidad», la «marcha de la humanidad», el «destino de la humanidad» son «figuras que han pasado rápidamente a dominar el más infecto *kitsch* vulgarizador en publicaciones de lujo y que corean y complementan el señalado aire teleológico y escatológico de esa mítica, grandiosa y hasta wagneriana tachunda llamada Historia universal» (191).

La *humanidad* era irrecuperable, pero tal vez no *los hombres*, que eran «la humanidad más indeterminada y más genérica, la humanidad en su sentido más universal» (2016b:181). A fuerza de frustraciones esa iba siendo su función: recordar mundos perdidos, ensalzar la vida de los pueblos, el contrato verbal, el sentido del honor en unos tiempos que van «acrecentando en los cada día más imposibles hombres la parálisis y la insensibilidad ante inhumanidades más atroces cada vez»; un mundo que en plena Guerra Fría invoca la *humanidad* «por la exigencia de dilatar sin término la tregua de una amenaza erigida en suprema protectora de una Vida sin vivientes y una Humanidad sin hombres» (2016b:215)

Su religiosidad se ha ido quedando sola. Contra Juan Pablo II ha de arremeter por su capitulación pactista con los poderes económicos. Una vez ha retirado la maldición que el cristianismo impuso al trabajo, la Iglesia ha perdido «una actitud desde la cual el cristianismo podía sustentar y levantar una reserva moral decisiva precisamente frente al capitalismo y al comunismo [...] despoja[ndo] a los hombres de uno de los últimos y más capitales instrumentos de reserva y de defensa contra ese mundo mismo» (2017:446).

Es tan evidente la impronta de predicador que cuando en 1986 reúna algunas de las piezas que ha ido publicando en *El País* las titulará irónicamente como *La homilía del ratón*. El título procedía de una pieza que había visto la luz el 3 de febrero de 1981 y que ya entonces se concebía «a manera de prólogo», conciencia de quien auguraba a sus trabajos una vida más larga que la fugaz de las rotativas. Prólogos tan decididos no extrañan en casos donde el autor, como el Kraus de *La Antorcha* es sumo pontífice de la publicación; sin embargo, son inusitados en quien no asoma a sus páginas más de media docena de veces al año. Arcadi Espada (2019) decía de Ferlosio que «todos los editores de los diarios donde escribió pueden afirmar, cuando traía debajo del brazo aquellos artículos extralimitados, que su verdadera intención era hacerse con el periódico del día por entero. Sobrescribirlo, exactamente».

No deberíamos perder de vista la sombra de Kraus. Al poco de empezar sus colaboraciones Ferlosio ya se ha consagrado a sí mismo con el mármol de los héroes. Solo la cita puede transmitir la soberbia de su función intelectual: «Cada vez más, mirándolos a la luz que discrimina los buenos y los malos, se diría que los hombres viven en un crudo planeta sin atmósfera, tan tajante es la raya, tan intenso el gradiente en que se parten la sombra y el sol» (2016:65). Ya ha escogido allí la senda del heroísmo: será un ratón, pero la ambición de su empresa engrandece su propia pequeñez. Tal es la magnitud de las exhortaciones:

¡Pero yo os digo que no os entreguéis! Sino, por el contrario, a semejanza de aquel bravo e indómito doncel de *El triunfo de la muerte*, juntad, tensad, alzad todas las fuerzas de la desesperación y, contra toda posible esperanza de victoria, sacad la espada y resistid. Que el Criador que os ha concedido el albedrío con el único fin de daros movimiento, para poder solazarse, desde su prepotente omnipotencia, jugando con vosotros «como juega el gato maula con el mísero ratón», tenga siquiera que pagar su triunfo cierto todo lo caro que vuestras últimas fuerzas, extremas iras y postrer encono sepan dar de sí, demostrándose al menos, aunque haya de ser a vuestra costa, que es mucho corazón, mucho ratón, el que hay en este valeroso y esforzado corazón de ratón.

Si no, ¿para qué espada?, ¿para qué albedrío?, ¿para qué haber llevado espada toda vuestra vida, como los hombres libres, como los caballeros, sino para darle brega y darle agitación, llegada la hora de desenvainar, y cuando quiera que tal hora suene, aunque sea vuestra propia hora postrera? (66).

Poco después escribiría que «los hombres son, con todo, siempre mejores que sus dioses» (2016b:206). Hablaba en nombre del *día memorable e inmemorial* (1973:223). Un alto concepto traicionado; lo mismo que la nueva etapa política traicionaría la exigencia moral que le había impuesto.

## 8.- BATINES DE LANA Y ZAPATILLAS DE DEPORTE: EN TORNO A LAS INSTITUCIONES Y EL CAMBIO CULTURAL

Yo me fui por entonces a Colombia y, a mi regreso, ya no volví a ver a Ferlosio, o eso creo. De vez en cuando leía en *El País* artículos suyos singulares, tangencialmente enojados, de abrupta sintaxis, a veces perifrásticos, a veces farragosos, siempre lúcidos. Pero antes de eso, supe que vivía aislado del mundo como un anacoreta, dedicado a la interminable y laberíntica confección de una gramática que llevaba camino de inacabable. Un trabajo ciertamente descomunal a base de insomnios, anfetaminas, sabidurías, pertinacias. Creo que publicó algún anticipo de esa maraña de cuadernos rebosantes de teorías y cuya inteligente penetración doy por segura. Tampoco dudo de la lucidez de su prosa. Pero me atrae poco adentrarme por los vericuetos de un programa literario que sólo en parte coincide con mis predilecciones. En todo caso, siempre me pregunto qué se traerá ahora entre manos ese raro explorador de anomalías por los despeñaderos de la cultura. A lo mejor se ha establecido finalmente en su isla del tesoro (Caballero Bonald 2017:246-247).

### 8.1.- CAMBIO DE VOCES

A estas alturas la sátira de Azúa ya debía estar madura. ¿Cómo no poner del lado de lo anacrónico a aquella figura? Por más que hubiese premeditado una función rectora en la transformación cultural y política, Ferlosio respondía a un mundo estilística y moralmente abolido en tiempos más bien mundanos. Era el brillante guardián furibundo de tradiciones, palabras, vocativos desusados. ¿Desde dónde llegaba su voz magistral? ¿Qué tenían que ver *los hombres* con el personaje de *Historia de un idiota contada por él mismo* (1986)? ¿Qué con los héroes que daba al mundo Mendoza? Aquellos antihéroes grotescos lo miraban todo desde el sinsentido y el guiñol. Al idiota de Azúa se le habían ido cayendo por el camino toda suerte de mayúsculas que ni entendía ni valía la pena entender. Los detectives mendocianos se paseaban por los escenarios de la historia tras un enigma resuelto a base de disparates delirantes. ¿Qué tendría que ver todo aquello con un predicador que invocaba pactos inmemoriales? Uno de los fenómenos más desconcertantes que debieron de vivir las letras de los ochenta tuvo que ser *El testimonio de Yarfoz* (1986). Quizás sea Manuel de Lope (1988), quien mejor describa el efecto que produce su lectura:

Me figuro una tierra virtual. Me creo que es Región, pero es Iberia.[...]Probablemente Montesquieu alguna vez pensó que Francia pudiera ser únicamente el invento de un cortesano persa. Yarfoz no habla de otro modo. Ferlosio ha contado una historia de mi tierra anterior a los mitos, o, si quisiera expresarlo de forma más cabal, anterior a cuanto

yo hasta ahora había leído. [...] Pueden ya suceder los pastores guerreros y los arbitristas, los labriegos, los memorialistas y los cantones de amables costumbres y estructura radial. Ésa es la historia de la Península, sobre la cual Yarfoz injerta su testimonio con una perfección indefinida, que no hubiera descartado Montesquieu para hablar de los suyos. La ciencia es tan extraordinaria como la que pudiera derivarse de la lectura de Herodoto, considerando que todo lo que el griego cuenta pudiera no haber existido, y su texto es sólo hipótesis aseverada, certidumbre sin rastro. Del mismo modo, hay una geografía de Iberia que no ha existido jamás, aun cuando su entidad literaria sea de igual peso, de idéntica calidad, que la de alguno de nuestros ríos. El lector puede cabalgar días enteros, y regresar por la noche al reposo de su espíritu. Ni los romanos han hallado las bocas del Ebro, ni los fenicios han puesto el pie en las arenas cupríferas de Cádiz. Y en el paisaje aparecen, fugaces, el lapso de unas líneas, los monos mendicantes, fósiles vivientes de la especie anterior, como esos hombres de Neardenthal que, según cuenta Herodoto, los Garamantes cazaban con sus carros.

A Sanz Villanueva parecía hasta enojarle aquella «“novela total”» que «pretend[ía] dar cuenta del mundo en su globalidad, desde las relaciones sociales hasta el sentido último de la vida» (2010:243). Había «toma[do] sin disimulos los propósitos» de la épica: «celebrar las hazañas de un héroe y proponerlo como modelo de comportamiento (a Nébride le podría convenir aquella misma atinada calificación de “santo laico” con que un crítico caracterizó al Cid castellano)» (247). Tras sus líneas «se camufla[ba] un severo moralista» (248).

Decididamente, Ferlosio le habría dado la razón. Él mismo tendería a regodearse en máscaras paródicamente desfasadas. De 2003 es, por ejemplo, la de un «oscuro arbitrista granadino de principios del siglo XIX, del que se ignora el nombre y sólo parece, relativamente, averiguado que fue clérigo» (2017:371). De su «fragmentario opúsculo» toma el nombre el libro que firma Ferlosio, *Non olet*, al que por momentos le sientan los rasgos con que describe al apócrifo: «responde a toda una actitud, a una orientación declaradamente moral, cruda, severa, casi puritana» (372). ¿Y no puede decirse lo mismo de su estilo? Compagina lo «comedido» y «preciso» con tramos en los que relaja «su relativamente escrupulosa atención lógica» y «se deja llevar al más exacerbado y virulento de todos sus sarcasmos por el caballo, ahora hiperbólicamente desbocado, de su propia metonimia» (372). En aquel opúsculo de «extremosa intención moralizante» contra la conversión de la persona en valor de cambio no había firma, «tan sólo el colofón muy rasgado, con las palabras “Laus Deo”» (372). Primero fue una homilía, ahora se ordenaba clérigo. Casi no puede presentarse en público sin autoparodiarse. Un moralista debería ser, con todo, algo más que la figura que censuramos por censurar(nos); con ello solo se reproduce aquello que se le afea. El moralista se forja en el estudio de las pasiones que ha experimentado en sus carnes. Habla desde y en nombre de un ámbito de experiencia compartida.

*El testimonio de Yarfoz* era el broche de la leyenda de Ferlosio: allí se volcaban las obsesiones de sus ensayos y se encarnaban en un personaje, Nébride, que recordaba intensamente a él. Su figura concuerda con la que Vázquez García (2009) aplicaba a Manuel Sacristán: «se fabricó a sí mismo como un verdadero “profeta ejemplar” en el sentido weberiano del término; un guía cuyo mensaje se transmite no sólo por el discurso sino principalmente a través de su comportamiento» (2009:346). Precisamente de Weber le venía a Ferlosio su fijación por Confucio, aquel «que sabe que nada puede hacerse y sin embargo continúa» (S. Ferlosio 2016b:676); en él se encarnaba el «rechazo del principio de realidad», «la obstinación del espíritu contra el imponente poder del mundo, [...] esencia de lo religioso» (676)

Allí lo había situado Azúa: en un piso desvencijado que alterna con veranos en el campo, donde imparte a sus hijos un código que de nada ha de valerles. Por si fuera poco, *El testimonio de Yarfoz* estaba escrito en una prosa perfecta e irreal. En alguna medida, la ambientación ucrónica de la obra parecía inventada con el fin de dar un mundo a una modulación retórica que ningún relato transcurrido en el presente hubiera podido consentir; una lengua quintaesenciada, una suerte de castellano clásico, modélico, que fascinaba (o enervaba) a sus lectores, pero al que era imposible dar continuidad. ¿No lo habría traducido de una hermosa lengua muerta? Lucía como hito en sus páginas, pero resultaba insostenible fuera de ellas. Eso había de responder mucho después Ignacio Echevarría (2005) a Hidalgo Bayal, que convertía «la confianza en la palabra» en la clave de bóveda de la novela. No le faltaba razón, pero «[q]ueda por ver si en *El testimonio de Yarfoz*, donde esta confianza en la palabra constituye —como afirma Hidalgo— la materia misma del relato [...] supone, en efecto, una eficaz “reconciliación con el género narrativo”» (2005:160). Quedaba por ver «[s]i al proponer una suerte de “idilio épico”, Ferlosio no elude [...] la tesitura en la que la narración en cuanto género literario se halla sumida desde que de un modo irreversible se quebrara esa confianza» (160).

Aquel fue, quizás, el último gran compromiso de Ferlosio por inventar un documento de los orígenes, un mito comunitario basado en el repudio de la violencia. Y debió de ser, a su vez, el espaldarazo definitivo para la mirada intergeneracional de *Demasiadas preguntas*. Ferlosio y García Calvo eran los últimos representantes de un linaje periclitado.

Los tiempos habían cambiado a marchas forzadas. Los testimonios de su desencaje cultural con los nuevos tiempos habían aparecido contundentemente durante la Transición: tras décadas de conocer el rostro hosco y autoritario del Estado, se iniciaba —así lo

evocaba Savater— «un contento casi estético: nunca habíamos visto antes ministros con pelo largo y vestidos con chaquetas de pana, que parecían recién llegados de una asamblea de la Facultad. En casi todos los campos se instauró sin crueldad ni resentimiento algo así como un consenso básico de dulce subversión, una especie de sentido común progresista, un hedonismo fraternal» (2015:385). Una generación sin recuerdos de la guerra llegaba al poder, quedaba atrás el largo penenazgo de la intelectualidad aspirante y los cuerpos administrativos conocían una cascada de renovaciones. Tras años de enemistad, la cultura y el Estado conocían una dulcificación de sus relaciones; aparecía la figura del Estado Cultural (Juliá/Mainer 2000:88, 150).

Los síntomas habían empezado antes de la llegada del PSOE. El 20 de junio de 1978, un horrorizado Agustín García Calvo estrenaba su colaboración en *El País* constatando cómo «de un tiempo para acá se está poniendo de moda por parte de los organismos del Estado hacerse amigos con la gente». El artículo hacía sonar las alarmas ante un Estado que, en su afán de despojarse de signos autoritarios, había empezado a modular una nueva voz cercana e informal; dirigiéndose al ciudadano «de tú a tú por la radio y por los murales» con un tono «relativamente nuevo y que debe corresponder a las nuevas formas, técnicas, democráticas, dinámicas (todo en griego, hijo), que desarrollan el Estado y el Capital (que todo es uno: no te preocupes mucho) para sostenerse». Estaba empezando a peligrar aquel axioma suyo de que «el Estado es enemigo de la gente, y punto». «Patita blanca» era la primera de innumerables alertas contra el riesgo de que el poder lograra su último objetivo: que «hablen todos el lenguaje de la Administración, y no pueda haber ya desavenencias y malentendidos entre el Estado y sus sujetos».

Pero los proyectos de García Calvo y Ferlosio corrían por caminos separados. Ferlosio no quiere impugnar al Estado, sino hacer valer sus derechos de custodia; le ocupa la reflexión moral y las perversiones del Estado, no la existencia del Estado mismo. Y, sin embargo, el testimonio más duradero de aquella nueva voz se debe a Ferlosio. Me refiero a «La cultura, ese invento del gobierno», piedra de toque entre quienes revisan la configuración del intelectual y la cultura española durante la democracia. En noviembre de 1984, cuando aparece el artículo, el argot urbano ha ido filtrándose en las instituciones de mano de los jóvenes dirigentes del PSOE, que hacen de la cultura como bien e industria económica un puntal del cambio.

El fenómeno había arrancado con el accidentado gobierno de UCD así como con los ayuntamientos socialistas y comunistas, y había sido decisivo en la política cultural de las autonomías, muy especialmente en aquellas donde el desarrollo de las competencias



administrativas se alió a la promoción de una identidad histórica. No obstante, la promoción institucional de la cultura remite ante todo a los gobiernos del PSOE, que aumenta la inversión «un 60 por 100 en tan solo tres años (1983-1986, lo cual demuestra la importancia de este patrimonio simbólico para la izquierda)», como recuerda Luisa Elena Delgado siguiendo a J. L. Marzo y T. Badía (2014:113). De entonces data, tras décadas de carestía, el imaginario de incesantes inauguraciones, conciertos, jornadas y demás actos culturales regados de cava, y de allí mana la consiguiente tacha de banalidad que tiende a presidir los recuentos históricos. Ese aire festivo se sostuvo sobre una complicidad manifiesta entre instituciones, crítica y arte; el escándalo y la provocación se concibieron como aliados en el frente común de un cambio cultural que la Administración se mostraba dispuesta a alentar y favorecer. Hacía décadas que el ámbito de la cultura no sentía el respaldo del Estado, que ahora fomentaba su difusión y habilitaba infraestructuras que garantizasen y promovieran su acceso y desarrollo como un derecho ciudadano más. Las bandejas de canapés y el desenfado pop suelen eclipsar la dotación de partidas presupuestarias a lugares donde celebrar una exposición o un concierto habían sido empeños solitarios y heroicos. Para muchos —entre ellos Ferlosio, cuya moral aristocrática le predisponía a ello— la proliferación de espacios y eventos aparejaba la sospecha de encubrir un simulacro vacío: la constante promoción de actos y nombres caía del lado de la lógica mercantil, donde los continentes —simposios, salas, galerías— actuaban igual que bocas en continua demanda de productos que las alimentasen, y donde el artista se aplicaba a producir en serie implementos enderezados a satisfacer esa demanda. Como era inevitable, la heterodoxia que flotaba en el aire de los tiempos devino gestual, manieristamente ortodoxa, sospechosa de haber hecho de su gestualidad la sustancia misma de la obra. La firma pesaba tanto como lo firmado, observaba Ferlosio: «La cultura quedará cada vez más exclusivamente concentrada en la pura celebración del *acto cultural*, o sea, identificada con su estricta presentación propagandística» (2016:169).

No se trataba ya de que el Estado estuviese perdiendo su rostro terrible, sino de que lo mismo le estaba sucediendo a la cultura, cuya etapa heroica estaba declinando. A aquellas alturas, ni siquiera estaba claro cuáles eran los límites de una institución que se había mantenido más o menos uniforme desde finales del siglo XIX. En una de aquellas «selectas cachupinadas preelectorales» de 1982, Terenci Moix retrataba la desaparición de los «intelectuales puros»:

La intelectualidad es un asilo que se ha ido ampliando considerablemente en los últimos años, de manera que lo mismo puede incluir al filósofo neomarxista o paraneoplatónico (que de todo hay), hasta el último y lozano efebo licenciado en estética

y semiótica del vídeo. Para incluir también, ¿y por qué no?, a la gallarda *rockera*, al fotógrafo que hace como nadie las portadas de Lacan, al pícaro humorista y, seguramente, al diseñador especializado en pompas fúnebres que consiga proponer con éxito un nuevo diseño de la muerte. Cabe todo en el concepto moderno de la intelectualidad. Incluso la televisión. Que ya es haber (1982).

Mal podía avenirse Ferlosio a aquellos ambientes. Años después, muy de pasada, dejaba caer una pulla genérica contra «el joven soplagaitas de la movida —que hizo del culto a la ignorancia como una especie de simpática y rebelde expresión de libertad y hasta atributo de prestigio» (2015:478). El nuevo perfil de artistas e intelectuales parecía haber cumplido la preeminencia del autor sobre la obra con que había agudado el cuarto centenario del nacimiento de Lope de Vega, pero fue en *Non olet* donde abordó con mayor detenimiento la conversión del autor en mercancía:

Su persona empezó quizá por no ser más que la de un cantante estimado y celebrado, después pasó a ser la de un envoltorio especialmente atractivo o una presentación publicitariamente convincente para la mercancía que presentaba, finalmente el envoltorio o presentación sobrepasó con mucho la atracción hacia la propia mercancía y usurpó su lugar, de modo que el continente terminó por suplantar el contenido, constituyéndose él mismo en la verdadera mercancía. Quien, por ese camino, termina por convertir en un objeto vendible su persona, sugiere o abre indirectamente las posibilidades de comercialización de otras personas que pueden ofrecerse en calidad de valiosos envoltorios, aun sin envolver ni haber envuelto nunca nada, acreditándose como representantes publicitarios que, por toda mercancía, no representan más que su persona, ni presentan al público más que su presencia (2017:296-297).

Los días del intelectual prometeico cedían el paso galopantemente a un intelectual más mundano, desafecto a los grandes programas para el futuro y menos inquieto por las formas de emancipación colectiva que pudiese catalizar su obra. Efecto inesperado de la conversión de la vida en arte de la vanguardia contracultural, la vida y provocaciones del artista pasaron a cotizar en los medios de comunicación. Marchaba a galope «la conversión de las élites de la progresía de los setenta en la “nueva burguesía” (los “yuppies”) de los ochenta y primeros noventa. La estética de la “transgresión”, que había marcado a la bohemia tipo *gauche divine* en 1970, se convertía en una estética del “cultivo de sí” a la altura de 1990» (Vázquez García 2009:285). «En este escenario, la “modernidad” del gusto y el diseño se convirtieron en nuevos signos de distinción identitaria, propiciando una intensa estetización de la vida cotidiana. Las profesiones “estéticas” —decoradores, diseñadores, publicistas y expertos en *marketing*, gestores culturales, *coachs* personales, periodistas especializados en la crítica artística, etc.— ofrecían nuevos y florecientes nichos de promoción social» (285).

En un mundo que impregnaba de ludismo la cultura, Ferlosio ejerció madrugadoramente el papel del impugnador. «La cultura, ese invento del gobierno» no solo contaba cómo había sido invitado a participar en uno de tantos actos culturales, sino que reproducía, comentándola, la voz que había cursado la invitación. Parte de su valor reside en haber refractado el *ethos* epocal a cuenta «del jefe de un organismo paraestatal [...], que sin conocerme me tutea» (2016:166). La voz —que procedía de la Fundación Banco Exterior— ha organizado un acto que quiere —resumo los énfasis— lúdico, desenfadado y nada convencional, de «aire festivo y refrescante»; a tal fin, apela a la «libertad absoluta» de los pintores invitados para que intervengan —«pintarlos, romperlos, jugar y lo que se les ocurra» (166)— sobre unos grandes abanicos comprados en China, Japón y Valencia. A escritores e intelectuales se les pide «un texto de dos-tres folios, que se ha acordado retribuir con 50.000 pesetas» (166) para que acompañe el catálogo de la exposición. La voz invoca un presunto gremio de prosistas y poetas cuyos integrantes serían amigos entre sí y, para colmo, se despide con «Un abrazo» (166-167).

La propuesta era una trivialidad despilfarradora, pero lo más preocupante era la cantidad de nombres que se estaban dejando cortejar por ella: «los llamados intelectuales», que «teniendo precisamente por gaje del oficio el de no respetar nada ni nadie, no pueden sentir respeto alguno hacia sí mismos ni, por tanto, se van a dar jamás por insultados al verse destinatarios de una carta así, como se darían, en cambio, los miembros de cualquier otro gremio» (167). Ferlosio fue, a lo que parece, el único que declinó la invitación (Cf. Á. García 1984). Con tales actos se sancionaba la función decorativa del intelectual; una muestra más de la «nulidad» de la persona y de su trabajo frente a «la *incondicionalidad ante la firma* que caracteriza a los actuales usos del tráfico cultural» (2016:167):

Cuántas veces, en los últimos tiempos, he tenido que soportar que me dijeran: «Nada, dos o tres folios sobre cualquier cosa, lo que tú quieras, lo que se te ocurra... ¡Vamos, no me dirás que si tú te pones a la máquina...!» Nadie te pide nunca nada específico, un desarrollo de algo particular que considere que has acertado a señalar en algún texto y, sobre todo, nadie te exige que lo que le envíes sea interesante y atinado; y así ves perfectamente reducido a cero cuanto antes hayas pensado y puesto por escrito y cuanto en adelante puedas pensar y escribir, para que solamente quede en pie la cruda y desnuda cotización pública de tu firma, sin que la más impresentable de las idioteces pueda menoscabar esa cotización; claramente percibes cómo, sea lo que fuere lo que pongas encima de tu firma, equivale absolutamente a nada (2016:167-168).

El estruendo de las risotadas ahoga la frustración íntima que alienta tras la sátira. Ferlosio se siente desaprovechado. No le falta prestigio ni ambición ni ha de faltar a la Bodeguilla cuando se le invite. Sus relaciones con los cargos políticos son sumamente exigentes *porque* buscan un área de diálogo e influencia. El 8 de diciembre de 1982, con

retórica afín a la observada y algún deje del No-Do, *El País* recoge que «Rafael Sánchez Ferlosio se vió [sic] sorprendido por la cordial irrupción del nuevo ministro de Cultura, Javier Solana, cuando se disponía a iniciar la lectura de algunos fragmentos de la esperada novela *Las guerras barciales* a media docena de amigos congregados en la casa del escritor. El ministro venía de inaugurar una exposición y se sumó como uno más a la velada» (*El País* 1982a). A esas alturas Ferlosio es ya una de las voces más respetadas. Su excuñado, Javier Pradera, ejerce una autoridad decisiva en la línea editorial de *El País* (Cf. Gracia 2010); íntimo suyo es Miguel Ángel Aguilar, también a caballo del mundo editorial y el periodístico. Ferlosio publica donde quiere lo que quiere, aunque se trate de piezas cuya extensión exceda las convenciones del periódico, y no ha de faltarle el estrado que apetezca. Con Benet, es probablemente la única figura de su generación que se ha embarcado en un nuevo y ruidoso proyecto. Ferlosio no solo se lamenta del estado del gremio intelectual, también esperaría ser solicitado para «alguna prestación anónima y gratuita» (2016:168). No logra entender que un gobierno que podría haberse beneficiado del afán constructivo con que los intelectuales lo han saludado —«(¿y qué Gobierno podría haber soñado una mejor disposición hacia el colaboracionismo como el que éste de ahora tenía ante sí en octubre de 1982!)»— los reduzca a «la decorativa nulidad de sus famas y sus firmas» (168).

## 8.2.- A LA SOMBRA DE LA HEGEMONÍA

Nada de aquello se entiende si no se considera la esperanza con que muchos —en un contexto institucional frágil y constantemente amenazado por el ruido de sables— acogen la victoria progresista. La holgada mayoría del PSOE en las elecciones del 28 de octubre de 1982 ratificaba la voluntad de transformación política y cultural; no obstante, pronto se harían sensibles los males de haber entregado demasiados poderes a un partido que a duras penas conoció contrapesos ni alternativas reales. Nadie va a mover a los socialistas del poder hasta mucho después, pero los entusiasmos ante el PSOE menguan en fecha bastante temprana. Su llegada, resumía Juan Luis Cebrián en 1984 —había sido vanamente entendida «por no pocos votantes socialistas como un verdadero cambio de valores, de criterios pensantes, en la meditación, el análisis y la crítica de los fenómenos sociales; como un efectivo cambio cultural y no sólo como una ocupación de las instituciones tradicionales por parte de la izquierda» (1984).

Aquel mismo año *Cambio 16* manda a Ferlosio a cubrir el XXX Congreso del PSOE. En su reportaje se recogen nítidamente las tensiones entre quienes esgrimen los obstáculos de la *Realpolitik* y quienes abogan por mantenerse fieles al ideario del partido; y entre unos y otros aparece un Felipe González ambiguo, cuya inteligencia y dotes oratorias pueden torcerse fácilmente hacia el «sofisma» y la «tautología [...] con tal de no callar» (2016:177). González es seductor y peligroso. Responde con convicción incluso a las preguntas para las que carece de respuesta. ¿Qué hacer ante aquel Partido? ¿No se le estarían concediendo demasiadas prerrogativas? Se esperaba el cambio, pero cundía desorientación. ¿Era posible el entendimiento con el nuevo cuerpo del Estado? Y en ese caso, ¿podía mantenerse la distancia o cualquiera que se le aproximase sería fagocitado? Eran cuestiones que estaban en el ambiente y son necesarias para comprender la posición que Ferlosio tratará de ocupar. Propongo que aquellas líneas de fuerza recorren «El escudo de Jotán», un apólogo escurridizo que había aparecido el 18 de mayo de 1980 en *El País*. El cuento, que iba destinado a la sección de opinión pero acabó en el suplemento cultural (Conte 1986), transcurría en uno de los mundos arcaicos y exóticos que poblaron la mitología moral de Ferlosio. Parece escrito oblicuamente sobre la falsilla del presente: cuenta la historia de un pueblo recóndito de la Ruta de la Seda que ha de ser anexionado por el Imperio para que sus habitantes le rindan «cumplido vasallaje, que no es la simple entrega de los cuerpos, sino el ofrecimiento de los nombres» (2015a:53). La comunidad amenazada es pacífica y a fin de evitar la confrontación con el Imperio idea fingir las costumbres del invasor para ahuyentar la amenaza de la guerra y la conquista. Una vez que el Emperador y su comitiva llegan al poblado, los jotanenses representan el gran espectáculo ante sus ojos; no obstante, el ardid se descubre: todos serán eliminados. La moraleja de la historia se resume en el escudo de Jotán, formado por «una vara vertical de cuya punta cuelgan dos cabezas de idénticas facciones, anudadas por la cabellera, y con un cuervo posado en una de ellas comiéndole los ojos a la otra» (61). Una de las cabezas es la máscara con que los jotanenses han simulado el espectáculo más grato al Imperio, una decapitación; la otra es la cabeza del propio líder, que pasa a hacerle compañía cuando la farsa se descubre.

Como todo apólogo, este se presta a diferentes interpretaciones: cabe, por ejemplo, una lectura acerca de la drástica transformación que la estructura administrativa del Imperio produce sobre los territorios colonizados, acerca del horror —clave en su sintaxis y en su teoría del relato— por todo aquello que no se ajuste a su régimen centralizador. Una de las cabezas recuerda el engaño; la otra, su castigo; una, el intento de zafarse del Imperio; la

otra, su nulidad. Sospecho que en Jotán refractaron las transformaciones en curso y que el lento avance de un poder cuyas facciones más amenazadoras esperan ser burladas refleja la ambigüedad con que se observa el avance del proceso democrático. Es muy significativo que el poder requiera de un vasallaje de firmas y de nombres.

Aquellos que, como los jotanenses, fingieran guardar las leyes para así poder burlarlas, serían reabsorbidos por la regla general. Ferlosio fue extremadamente suspicaz ante el proceso iniciado, vivió con angustia cualquier identificación con el poder. No lo refutó, como García Calvo, pero receló de los apoyos incondicionales y del uso del intelectual como capital político. Desde que había sentido sobre su cabeza el *grotesco papelón del literato* supo lo querenciosas que son las hegemonías políticas de lucir nombres en su bandera. Y entonces se estaba renovando el *compromiso* de los agentes culturales en defensa de un proceso constituyente frágil y amenazado. Habrá muchos ejemplos, pero pocos serán tan efectistas como aquella exquisita edición limitada de la Constitución con grabados de cuarenta *firmas* de prestigio (Joan Miró, el Equipo Crónica, Eusebio Sempere, Antonio Saura, Modesto Cuixart, Juan Genovés, Eduardo Naranjo...) lanzada en 1981 en «edición única y limitada de 250 ejemplares, todos ellos numerados y firmados por los creadores de la obra gráfica que ilustra el texto y diligenciada notarialmente» (Carrasco 1981).

Hubo, en fin, una más que notable predisposición a acoger y favorecer el cambio y hubo un confuso juego de apropiaciones entre la cultura y el Estado que inquietó a Ferlosio: a dos meses escasos de la victoria socialista advierte al partido que votos no son amores. Le preocupa el componente de irracionalidad sobre el que se apoyan las hegemonías. Titula la pieza, del 23 de diciembre de 1982, «La magia de la rima y el carisma de la megafonía» a causa de «esta ola actual, especialmente ibérica, de pareados u otras formas rimadas y/o ritmadas de vociferación coral multitudinaria» (2016b:19). En las imágenes de movilización ciudadana que le llegan de Argentina ve a «la gente reunida en muchedumbre»; ve «el terrible empobrecimiento de la palabra pública y privada bajo el imperio de la Junta, donde acaso se muestra cómo la tiranía no degrada tan sólo a los que la ejercen y defienden, sino también a los que execrándola, la sufren» (19). Decía Argentina como quien dijera España. El diagnóstico era el mismo: anundando tiranía y minoría de edad le parecía «como si la palabra hubiese vuelto a la infancia, a refugiarse en ella y en su fe sin razón y sin lógica» (19). Frente a ello oponía la «razón lingüística», la «capacidad autóctona de significar, referir y argumentar» (19) amenazada por «factores de poder no ya político, sino social —y, por tanto, indoloros—, sobre el conjunto de los particulares» (19-20).

La «impotencia pública», el «acobardamiento general de la comunidad con respecto a la facultad de la palabra» (19-20) eran lugares comunes en la reflexión en torno al estatuto del lenguaje en la era de los *media* y la propaganda. Puede que en la sombra de aquel texto estuviera un ensayo de su admirado Adorno, «El artista como lugarteniente», traducido por Manuel Sacristán. Se alude allí a «las modificaciones antropológicas ocurridas bajo la cultura de masas de la era industrial tardía, dominada por regímenes totalitarios o *trusts* gigantescos, y que reduce a los hombres a meros aparatos de recepción, a puntos referenciales de *conditioned reflexes* y prepara así la situación de ciego dominio y nueva barbarie» (1970:199). La contrafigura de esos procesos era allí la obra de Valéry, cuya trabazón «lógica» y exigencia de «concentración» del lector la convierten en «símbolo del sujeto sin dueño y consciente de sí mismo, de aquel que no capitula»; en «protesta contra la mortal tentación de hacerse las cosas fáciles renunciando a la felicidad total y a la verdad entera» (199). Ese «arte densamente organizado, articulado sin lagunas y sensualizado precisamente por su fuerza de conciencia [...] está en representación de aquello que podríamos ser. No atontarse, no dejarse engañar, no colaborar: tales son los modos de comportamiento social que se decantan en la obra de Valéry, la obra que se niega a jugar el juego del falso humanismo, del acuerdo social con la degradación del hombre» (200).

La alerta contra esos males no era nueva en Ferlosio, aunque la decantación heroica de quien se opone a ellos pudo irse pronunciando en la frecuentación de Adorno. Cuando al fin parecía que la palabra pública disponía de las mejores condiciones que hubiese podido imaginar en décadas, resultaba que le había surgido un competidor omnímodo: «el imperio de la televisión» con su «inconmensurable allanamiento de morada», su «olímpica y hasta obscena usurpación de todo ámbito lingüístico [...]»; por no hablar de la agresión directa a la palabra misma (y a la, llamémosla así, “razón lingüística”) que por su propia esencia aparejan la propaganda y la publicidad» (2016b:20). La irrupción y el afianzamiento de la televisión había acompañado a la generación del cincuenta a un ritmo frenético. De 1956 datan «las primeras emisiones televisivas en España», que «a finales de los años sesenta» avanzarán sin sosiego: «Así, mientras que en 1968 apenas el 38 por ciento de los hogares españoles contaban con un aparato de televisión, en 1977 era ya el 90 por ciento de la población» (Quaggio 2014:71).

La amenaza del autoritarismo y la alerta contra la pasividad del espectador —su «nulidad como interlocutor» (2016b:20) no habían esperado a la implantación masiva de pantallas. Ya en 1965 se refería al «tinglado cultural, con sus poderosísimos medios de difusión, en los que llega incluso a materializarse la irreversibilidad de la sedicente

comunicación sobre una inmensa grey de exclusivos receptores al par que [...] se insiste cada vez más en designarla como “diálogo”, y “medios de *comunicación* social” a sus unilaterales instrumentos» (2015:25). Ahora, la advertencia al PSOE radica en cuál vaya a ser el grado de compromiso que adquiera con sus interpelados. Haría mal en fiarse de

la superficialidad de las inercias anímicas colectivas que se ha limitado a suscitar, de la labilidad de los anónimos resortes psíquicos que ha puesto en juego, consiguiendo obediencias meramente reflejas y estereotipadas. El aumento de tal capacidad de arrastre se ha producido justamente a costa de apelar a los hombres en la zona más despersonalizada y más barata de sus almas. [...] Nada hay más inseguro que lo espectacular, puesto que precisamente se ha hecho fácil por haber orillado lo difícil, por haberse otorgado la ventaja de ceñirse a actuar en los terrenos de consistencia y resistencia mínimas, superficiales capas deslizantes que lo mismo se vienen que se van. Y a estos efectos nada variaría si, por añadidura fuese cierto [...] que las comunidades de los hombres no consisten ya casi más que en esas solas capas exteriores, habiendo sido corroída y descalzada cualquiera otra más honda o más estable. [...] [N]o olviden, pues, los socialistas cómo el carisma de la megafonía no es buen criterio para contar cristianos, sino, todo lo más, para contar puros y simples partidarios de la Iglesia (2016b:22)

El artículo es fuego amigo desde un medio al que le ronda desde muy temprano la sospecha de mantener relaciones muy estrechas con el poder y de fungir de iglesia del progresismo. Allí se ha ido concentrando una nómina tan nutrida de escritores y profesores que ya el 6 de junio de 1981 José Luis L. Aranguren lo define como el «intelectual colectivo-empresarial de la España postfranquista», un entramado productivo e ideativo que constituye una «fusión de poder periodístico y poder intelectual colectivo [...] inédita en España» y que atestigua su ingreso en el orden «neocapitalista». En sus páginas, dice Aranguren, se cuentan «las mejores firmas de la actualidad, y escritores puros, tales como Juan Benet, Agustín García Calvo y Rafael Sánchez Ferlosio», que son los primeros nombres que cita, y a los que sigue de cerca la mención obligada a Savater, a los *seniors*, a la *derecha civilizada*, a la *civilizadora y abierta*, a los «jóvenes teólogos» y a la «izquierda eclesiástica». Muy pronto empezó a antojarse que no comparecer en sus páginas era poco menos que una condena al ostracismo; de hecho, el artículo de Aranguren era réplica a otro en el que Alberto Cardín satirizaba con que «los editores, autores y jóvenes noveles de toda España [...] saben que aparecer en sus páginas no es sólo promesa de venta segura, sino, sobre todo, garantía de existencia, certificación ontológica» (cit. en Negró 2006:16).

Es tentador hacer de «El escudo de Jotán» un apólogo que incumba al propio diario, ya que el cambio de régimen no aparejó una diversificación de medios de comunicación. El desguace de la infraestructura comunicativa del régimen fue imparable: entre 1977 y 1984, «desaparecían, vendidos a otros periódicos o suprimidos por el gobierno» los 41 diarios que el Régimen había absorbido mediante confiscaciones a



«sindicatos, partidos políticos o particulares republicanos, o [que habían sido] creados después de la Guerra Civil» (Negró Acedo 2006:177). No obstante, la liberalización de la prensa condujo a un fuerte proceso de concentración; y es este proceso el que aquí interesa, porque al mismo tiempo se fraguaron dos hegemonías: una iba a pasar por la confusión de un partido con el Estado; la otra, por la de un entramado editorial-mediático con las dimensiones casi íntegras de la esfera pública. Fueron procesos coincidentes, aunque no solidarios; no en un principio, al menos. Aun así, se percibía el riesgo: no en vano, en el cierre de su artículo, Aranguren (1981) manifestaba su temor a que *El País* «dejara de ser plenamente un *diario independiente* para constituir el núcleo o germen, más o menos hipotético, de un futuro partido político; su *prepartido* o *fundacional protopartido*». Y concluía con la esperanza de que «siga siendo nada más y nada menos que nuestro gramsciano neocapitalista intelectual colectivo, la *empresa* cultural de la España posfranquista». Faltaban dieciséis meses para que el PSOE obtuviera su apabullante mayoría, pero ya un poco antes *El País* había empezado a ser «el PSOE de los periódicos», en retruécano de Savater (2015:394).

Aranguren tenía buenos motivos para sus temores, ya que él mismo —cuenta Vázquez García (2009)— había sido el «nódulo» de una «tupida trama de apoyos mutuos entrecruzados, un circuito de capital social y simbólico y de comunicación filosófica permanente» (2009:168). La dimensión empresarial y la intelectual eran inextricables. En la trama había «individuos como Jesús Aguirre y Javier Pradera [...] editoriales como Taurus, Alianza Editorial, Espasa Calpe, Tecnos, Anagrama, Anthropos, Destino [...] revistas como *Cuadernos para el Diálogo*, *Revista de Occidente*, *Sistema*, *Theoría*, *Creación* o *Isegoría* [...]» (168); todos ellos responsables de facilitar «lugares de encuentro y discusión, medios de difusión y posibilidades de impacto cultural y político, es decir, un capital social que dota al nódulo en cuestión de una notoriedad pública incomparable con la alcanzada por los enclaves de la red filosófica oficial» (168). Es el grupo que dispone de un sistema de alianzas y enclaves más estable y el que va a presidir el cambio cultural en los alrededores de las instituciones. Ya en 1973 —recuerda Jordi Gracia— Castellet ha observado que en las operaciones empresariales de aquel entorno se estaba dibujando «una cierta forma de tecnocracia» (cit. en Gracia 2019:180) que domina el sector editorial y empieza a ejercer funciones a veces próximas al *think tank*.

No obstante, tal confluencia no debería confundirse con mera connivencia ni debería llevar a concebir el diario como aparato del partido. No son propias de tales aparatos la intransigencia y la censura pública que el mismo Gracia (2019) ha recreado

detalladamente a partir de los editoriales conjeturados o seguros de Javier Pradera en *El País*. La fiscalización fue virulenta y no se abstuvo de exigir dimisiones cuando vio peligrar la credibilidad de un partido por el que apostó firmemente como artífice del cambio. A medio camino entre el tutor y el consejero, *El País* ambicionó intervenir en el diseño y curso de un partido al que fiaba la estabilidad y la construcción de una institucionalidad democrática; de ahí que sus relaciones fueran tan tensas como inequívocamente cómplices: no existió la identidad armónica que suele darse equívocamente por descontada.

Claro que semejantes concentraciones de poder político y poder cultural suscitaron inmediatas reservas, pero las alternativas no gozaron de apoyos suficientes como para revertir el proceso. El nuevo estadio tendió a racionalizarse como una fatalidad preferible, con todo, a escenarios más inciertos o involutivos. A finales de 1984, Ferlosio encabezaba su crónica del XXX Congreso del PSOE con un epígrafe resignado y cauteloso: «El PSOE es España, qué le vamos a hacer. Como el PSOE no tenga remedio, tampoco lo tiene España; si el PSOE lo tiene, España también» (2016:172). En 1990 subrayaba las taras de aquella temprana identificación: «El gobierno socialista ha concebido en gran parte el Estado como una magna agencia publicitaria puesta al servicio del Gobierno mismo, y en algún caso —lo que tampoco es mucha mejoría—, de la nación»<sup>23</sup>. Si las dimensiones del país parecían coincidir con las del partido, las de *El País* se propusieron hacerlo con las del sentido común. Es ilustrativo el juego de equilibrios en que incurría Aranguren (1981): el diario representaba «un orteguismo mucho más sociológico, que ideológico» y su «vigencia es mucho mayor que su lectura». Sociología frente a ideología, vigencia sobre lectura; era como si lo fuera todo sin querer definirse por nada concreto.

Como señala Plata Parga (2010), «más que abanderar de manera lineal una ideología determinada», *El País* «habría actuado como formalizador de un campo ideológico y cultural, como delimitador de un espacio finito de discursos posibles» (2010:199). Comparada con otras, su rúbrica parecía remitir a una ambición moderada: ni pregonaba ser antorcha, faro o luz de ilustración ni se pagaba de cubrir *Le Monde* o *Le Globe*; no obstante, su modestia era solo aparente: su nombre hablaba de aquello que aspiraba a subrogarse; suya era la ilusión de patrimonializar la voz de los nuevos tiempos. Cardín vinculaba la existencia o inexistencia del autor y su obra a aparecer en las páginas de *El País*; Plata Parga establecía la inexistencia de todo discurso que no se ajustara al espectro contemplado por el diario. Los dos apuntan a la capacidad de una ideología para fijar los límites del discurso público. En 1983 García Calvo, que asomaba periódicamente para

---

<sup>23</sup> La cita procede de «Rayado como una cebrá» (17 de febrero de 1990), no reproducido íntegramente en la edición de sus ensayos reunidos.

deshacer los ídolos del sentido común, ironizaba en «Leyes naturales» acerca del poder del diario: el «órgano de formación pública» disponía de medios suficientes para que una de sus jóvenes periodistas se subiese en helicóptero al Olimpo a fin de entrevistar a Zeus, ajetreado en reajustar los «órganos y aparatos de observación de los seres racionales».

A ningún otro medio como a *El País* le fue dado el poder de configuración de la realidad. Para cuando se escribía «Leyes naturales» se había convertido en el primer diario nacional: los 117.053 ejemplares diarios con que arrancó el 4 de mayo de 1976 eran 296.176 en 1982. *ABC*, *Pueblo*, *YA*, se fueron quedando atrás (Negró Acedo 2006:11). También los espacios clave de la izquierda habían sucumbido uno a uno: *Triunfo* desaparecía en 1982, *Ajoblanco* y *Star* lo habían hecho en 1980, *Ozono* un año antes y la mítica *Cuadernos del Ruedo Ibérico* quebraba en 1982. Hasta las supervivientes pasaron penurias: ahí estaba la colección «Acracia», de Tusquets; en cuanto a Anagrama —inicialmente volcada a la edición de ensayo—, logró salvarse priorizando su catálogo de narrativa. Ni siquiera sobrevivieron los espacios de la oposición posibilista, como *Cuadernos para el diálogo*, que se despedía en 1982<sup>24</sup>. Quien se acerca a *El País* y el entramado empresarial que lo rodea, tiene que contemplar este paisaje de ruinas, del que proceden muchas firmas asiduas a las páginas de opinión y el suplemento cultural. Ninguna plataforma gozará de semejante concentración de capital intelectual; ninguna será tan definitoria a la hora de trazar el perfil del intelectual en la etapa democrática ni ninguna contendría una disparidad ideológica —con claro predominio cultural de una izquierda de orientación socialdemócrata— tan dinámica y bulliciosa.

No obstante, no hay imperio que sea homogéneo: las hegemonías pasan por inscribir la disonancia en su seno, e incluirla no es necesariamente un modo de desactivarla. Como sugería Plata Parga, no se trataba de que *El País* tuviese una sola voz, sino de que *desrealizaba* ciertas voces. Las hegemonías producen los límites de lo *real*, pero lo real es objeto de disputa en su mismo seno, así convendría leer los encarnizados conflictos de «un periódico nacido para la democracia y contra la revolución», en expresión de Gracia (2019:218). En aquel proceso de concentración y contracción de los espacios discursivos, Ferlosio adoptó un papel contrahegemónico desde el seno mismo de la hegemonía y a esa vigilancia constante de las reificaciones de las décadas de 1980 y 1990 dedicó su presencia en *El País*.

Fue en 1992 —su prestigio ha crecido sin pausa y todas las consagraciones llaman a su puerta— cuando leyó una conferencia que sintetiza las obsesiones que vengo rastreando.

---

<sup>24</sup> Un panorama detallado en (Gracia 2019:446-452).

Se trata de «El rito y la cultura», un viejo trabajo empezado tiempo atrás y redondeado con motivo de la concesión del título de doctor *honoris causa* en lengua y literatura extranjera por la Universidad de La Sapienza. Calado el birrete y enfundada la toga habla de «la función del rito como “protección del límite” y, derivadamente, como “defensa contra lo que está más allá del límite”» (2017:493). El discurso reflexiona sobre las relaciones del intelectual con el poder, que ilustra mediante la China del emperador T'ai-tsu. Este, «[r]eceloso del alto estamento de los literatos-funcionarios, lo honró, no obstante, por así decirlo, formando el lujoso cuerpo de la llamada “guardia con ropas de brocado”» (2017:494), cuyo cometido no era otro que neutralizar «todas las virtualidades del saber que pudiesen aparejar una amenaza contra el poder constituido» (495).

El requerimiento de los poderes a los intelectuales era testimonio de que eran «los únicos de los que el sistema podría tener, o por lo menos cree todavía poder tener, en todo caso, alguna cosa que temer» (497). Para entonces, aquel cuerpo intelectual había ido confluyendo visiblemente con el gobierno socialista acompañando la conversión ideológica del partido. El abandono de ideologías pasadas y la *desrealización* de alternativas políticas presentes atestiguaban la natural ritualización de un partido que un año después iniciaba su cuarta legislatura. Hacía décadas que lo constituyente había ido negociando o abortando sus aspiraciones iniciales o había ingresado en un largo invierno de subsistencia. El final del trayecto parecía ser la socialdemocracia, concretamente una cada vez más condescendiente con el mercado. En septiembre de 1988, José Ángel Valente rebajaba a la ferlosiana «guardia con ropas de brocado» a la condición de «monaguillos», lamentando la cohorte de «valedores acrílicos» de que gozaba una socialdemocracia que «tiende a confundir —si no teóricamente sí prácticamente— el estado real de la sociedad con el estado ideal de ésta: de ahí la no aceptación de la disconformidad o de la crítica. La socialdemocracia», remachaba, «es lo que sucede —por razones sin duda analizables— cuando la política se retrae al lado de acá de la política y no franquea —ni siquiera con la imaginación— sus límites» (Valente 1988). El 19 de diciembre del mismo año Ferlosio señalaba «la vocación extremadamente liberal del actual régimen socialista español» (2016:618). En julio había dirigido desde *El País* una carta al recién nombrado ministro de Cultura, Jorge Semprún, exigiéndole la recuperación de Editora Nacional y la adopción de medidas contra el impuesto sobre las fotocopias por el que aboga la sociedad empresarial. Lo segundo —arguye— se atiene a intereses privados y atenta contra la difusión del conocimiento; lo primero garantiza el acceso a obras en las que ninguna editorial invertirá debido a la nula perspectiva de beneficio. Destaca la última frase del artículo: «Ahí tiene tarea el nuevo ministro de Cultura,

si todavía se acuerda, sin demasiada repugnancia, de otros tiempos que desde luego yo no he olvidado» (228).

Lo no olvidado eran los días que ambos habían compartido en tascas treinta años atrás; los días en que un puñado de jóvenes coincidían con un comunista en la repugnancia al capitalismo. ¿Qué tenían que ver aquellas preocupaciones con el PSOE? Del mismo 1988 es esta prueba «desalentadora» de la «profunda conversión a la mentalidad derechista» de González (S. Ferlosio 2016:618):

La vocación extremadamente liberal del actual partido socialista español puede percibirla quien, como yo, haya conocido ya adulto los años cincuenta; por entonces, la consigna del no institucionalizado sindicalismo católico decía: «Participación de los obreros en los beneficios de la empresa»; por el contrario, el llamado Programa 2000 del Partido Socialista, ya en elaboración para tal fecha, dice: «Participación de los obreros [o agentes sociales, como la jerga los ha rebautizado] en los beneficios *excesivos* de la empresa, *si los hubiere* (cursiva mía) [...] para el año 2000, el Partido Socialista promete menos de lo que cincuenta años antes propugnaba el sindicalismo católico (618).

La socialdemocracia era en sí misma un rito fundado históricamente en la negociación de límites, y la del PSOE había ingresado tempranamente en el conformismo. Al principio sabía que había otros mundos, pero también que este no acaba de estar tan mal; después, la estabilización en el poder y el eclipse mundial del comunismo disiparon otros mundos para apuntalar la ineludibilidad de este. En la aceptación de lo dado por el PSOE no había «siquiera pesimismo [...] —porque hasta el pesimismo supone movimiento anímico—, sino quieta y fatal conformidad» (619).

Las dosis de conformidad persiguen los primeros pasos del PSOE. Valga esta síntesis del 13 de enero de 1984 de mano de Juan Luis Cebrián: el gobierno «no está transformando las estructuras intelectuales y culturales que lo justifican y le ayudan en su permanencia. Por expresarlo de algún modo, habría que entender que el cambio socialista se refiere más bien a una purificación de las formas tradicionales de ejercer el poder, pero no afecta a la naturaleza del poder mismo ni al entramado sobre el que se asienta». El brete es bien conocido:

Aprisionados entre la necesidad de apoyar al primer Gobierno de izquierdas estable que existe en toda la historia de España y el explicable horror a convertirse en instrumentos de ese mismo poder, que ha reproducido vicios y defectos que se creía o se acusaba eran exclusivo patrimonio de la derecha conservadora, los intelectuales españoles se debaten en la nada cómoda situación de renunciar a su utopía o ser acusados de desestabilizadores. Y, sin embargo, de la capacidad que tengan los intelectuales mismos para saber escapar de esta trampa, sutilmente tendida por los intereses de la Administración pública, del partido gobernante y de la nueva clase política, depende en mucho la concreción de ese cambio, visible en muchos aspectos de la vida política, pero

invisible aún en la creación de nuevas vías de acercamiento y análisis de la realidad (Cebrián 1984).

Esa coyuntura resume los dos papeles —coetáneos aunque sucesivos en su predominio— que Ferlosio adopta: primero es el consejero altivo con tintes de preceptor; luego, a base de frustraciones y de constatar su nulidad, radicaliza su religiosidad utópica. No hay encaje que no se haga sospechoso de componenda, «*espíritu y poder* valen tan sólo como nociones contrapuestas», dice en 1984 (2016b:37). Ese mismo año acude a unas jornadas cuyo solo título debió de escamarle —*La cultura es una fiesta*— para exponerle minuciosamente a Aranguren su adopción de una religión sin dioses ni postrimerías; únicamente fundada en la obstinación de obrar en pos de la felicidad, manantial de utopía y protesta contra la presunta inevitabilidad de lo dado. La religiosidad no negocia sus postulados en base a la resignación ni al posibilismo:

Por el contrario, tal vez la esencia de la actitud y de la mentalidad religiosa (y esto se propone aquí como postulado axioma inicial) consiste justamente en el rechazo del principio de realidad como criterio válido para la determinación del bien y el mal del mundo. Podría incluso decirse que, como dos cabras montesas muy bien encornadas, la «testarudez de los hechos», tan complacientemente encarecida por el culto al principio de realidad, y la cabezonería de la obstinación religiosa están destinadas a cornearse frente a frente, cada vez más encabronadas una contra otra. Para el religioso ni la ineluctabilidad es un argumento para convertir el mal en bien, ni la imposibilidad lo es para convertir el bien en mal (2016b:661).

«La religiosidad» es «la indisuadible e inalterable obstinación con que la idea del bien resiste a toda experiencia de lo dado» (663). En ella confluyen todas las obsesiones de Ferlosio: no consiente ni el pragmatismo que divorcia moralidad de acción ni la identidad, que privilegia a la parte, al grupo, frente a la universalidad; tampoco acepta que el curso de la Historia tenga *sentido*, como no sea el de la dominación y la fatalidad. Es el estricto reverso de la Historia, que allega documentos y testimonios a fin de acallar la sospecha de que aquello que fue no tuvo por qué haber sucedido.

La religiosidad es, así, la mirada que está dispuesta a suspender si no los textos, sí su *sentido* apuntalador. Es, en fin, el recordatorio de que documentos y hechos no bastan para borrar *el día memorable e inmemorial* en que la humanidad adquirió consigo misma un compromiso más alto: «Sin embargo..., ¡oh, sin embargo!, parecen adivinarse aquí y allá dispersas, inciertas huellas de que ha habido, de que ha podido haber, o por lo menos ha querido haber, alguna vez, un mundo» (2015b:110).

La progresión de los verbos del pecio anterior traslucía la de las expectativas de la etapa democrática. Entrada la década de 1990, José-Carlos Mainer trazaba una historia del

ensayo español que señalaba cómo a aquellas alturas la faceta más combativa del género había pasado a posicionarse en lo marginal: «Hoy mismo, y ante una sociedad bastante pazguata, el ensayo prospera desigual pero ampliamente en resquicios de disidencia que van del neoneietzscheanismo a la teoría ecológica, del neoanarquismo al neoliberalismo, del neoepicureísmo autobiográfico al malditismo, en la medida en que amplía discrepancias, abre los sentidos, incomoda y subvierte lo establecido, sin romper del todo la convivencia con sus enemigos» (1996:16). La disidencia estaba muy lejos de haber acabado sus días, incluso ganaba premios —*Vendrán más años malos y nos harán más ciegos* (1993) recibió el Nacional de Ensayo y el Ciutat de Barcelona en 1994—, pero su arrinconamiento era indudable. Su prestigio continuaba —el de Ferlosio solo se había acrecentado— y, no obstante, parecía indiscutible que su capacidad instituyente se había desvanecido. Por entonces los numerosos apuntes que habían ido apareciendo en *El País* bajo la rúbrica de *cortometrajes* adoptaban el nombre con que los conocemos hoy: *pecios*, restos de un naufragio.

El título de su primera reunión de pecios (*Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*) parecía dar por cumplida la derrota de un mundo. Un mundo que, como imputaría a Vargas Llosa en un artículo había cedido «a la claudicante y crepuscular doctrina posmoderna de que “los hechos son tozudos” y del actual “principio de realidad” que funde *phýsis* y *nomos* en un único poder» (2017:466). Desde mediados de los ochenta viene hablando en libros y artículos de lo que da por «el triste ciclo histórico del racionalismo»: los «hechos», que un tiempo fueron «un desafío al destino, una arrojada y arrogante incitación a quebrantar las cadenas de la inercia y la fatalidad, y, en fin, una voluntad insumisa, hoy, en cambio [...] son apelados como una llamada al orden, como una admonición de prudencia y sumisión, invitación a la renuncia, a la claudicación y al conformismo, viniendo a ocupar precisamente el mismo lugar que antaño ocupaban los agüeros y haciendo su papel» (2016:182).

Se ha ido decantando cada vez más su papel de *Schwarzseher*. Ese es el término que emplea en 1993 en una polémica con Savater alrededor del menguado margen de intervención del Estado en los asuntos públicos, capturados por la dinámica económica. *Schwarzseher*, ‘el que ve negro’ —traduce—, el agorero (2017:196). Aun así, allí expone también algo que matiza lo excesivamente sombrío de mi diagnóstico sobre el título de *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*: «sólo el mal puede ser profetizado, porque es secuela de lo dado, o sea, inercia de la necesidad, mientras que el bien, por no estar en lo dado, por ser obra de deliberación y libertad, escapa a toda posible profecía [...]. [U]na libertad que ya estuviese ahí, siendo por tanto sus obras previsibles, o siquiera

estadísticamente calculables, se encontraría en contradicción con su concepto» (197). Es cierto: nunca renunciará al brote de lo impredecible, pero los últimos años no ayudan. Paradójicamente, en un mundo que presumía de haberse sacudido prácticamente todos los límites, las propuestas de intervención sobre la economía o la censura de contenidos se topaban con límites inamovibles. A su juicio, la bestia negra de la economía de mercado no es «lo estatal», sino «lo público y social»:

Lo que el liberalismo realmente aborrece, siquiera sea de hecho y sin saberlo, es lo meramente público: lo público en el sentido más impersonal, mostrenco y libre, en fin, en la medida en que se sustrae a cualquier clase de adscripción y apropiación. Siempre he pensado que hay una errónea inversión de perspectiva en decir, como se suele, que hoy lo público invade lo privado, cuando la verdad social es justamente la contraria: la vida pública es la invadida y agredida, y la privada, la invasora y la agresora (2017:142).

Hace años que viene observando la usurpación de espacios colectivos, pero es de 2007 la formulación más explícita: «Al mercado le conviene la democracia; no sabemos si será verdad lo inverso» (2017:162). Se ha ido abriendo paso la impresión de que «publicidad y consumo son ya como la cultura general que tiñe y conforma todas o casi todas las figuras de la vida pública y privada» (292). La del neoliberalismo es la última hegemonía que ha de estudiar en uno de sus últimos libros, el fallido *Non olet* (2003). De la mano de Jeremy Rifkin, da como partida de nacimiento del presente *The New Economic Gospel of Consumption* (1927), donde Edward Cowdrick diseña la ‘naturaleza humana’ que precisa la economía de mercado. El apogeo imparable de la publicidad, la presunta insaciabilidad connatural al ser humano son obra de un sistema económico al que le urge remontar sus crisis cíclicas; de ahí nace el adiestramiento en la insatisfacción y en satisfacciones tan breves como el propio acto de consumo. La máxima de Charles Kettering, de General Motors, le sirve para ilustrarlo: «La clave para la prosperidad económica consiste en la creación organizada de un sentimiento de insatisfacción» (2017:272). Por más que se empeñara la *guardia con ropas de brocado*, lo que se hacía pasar por naturaleza era un amaño muy reciente. Quizás lo más alarmante fuera precisamente esto: «la debilidad de cualquier tradición frente al inmenso poder ya quizá inadvertidamente alcanzado por la producción sobre el consumo» (272); «la insignificancia, por no decir la nulidad, de cualquier tradición social o nacional en cuanto a régimen de vida y ética económica, por arraigada que pudiese parecer, frente al imponente poder alcanzado por la economía del beneficio, reforzada por un momento de inventiva especialmente fecundo en innovaciones técnicas sobre todo en el capítulo de la máquina-herramienta» (275).



No cesan ya las impugnaciones de «esa noción de “realidad” en que *physis* y *nomos* se funden y confunden» para «acorazar las configuraciones económicas con la inapelable autoridad de la naturaleza» (467); un principio que allega a William Townsend (467), a la sombra, por tanto, de la prosa de *Robinson Crusoe*. Aquí y allá hay indicios de otro mundo pero abunda, sobre todo, el «sangriento sarcasmo» de «los que se llenan la boca a cada paso con la tozudez de los hechos, con los imperativos de la realidad, con los procesos absolutamente irreversibles [...] y aun predicando, por añadidura, acatamiento hacia lo que ya se cuida sobradamente por sí mismo de no ser desacatado» (468). Publicidad y mercado gozan de un poder irrestricto: producen deseos y aspiraciones, enarbolan la bandera de la libertad y de la naturaleza humana, y deben a los nuevos dispositivos una omnipresencia inaudita. «Hoy», le dice a Savater en 1993, «la publicidad y la televisión —y tanto más desde 1992, año en que ésta ha sido ya totalmente fagocitada por aquélla— han arrebolado el sistema de una aureola cultural tan omnímoda e incondicionalmente apologética que para sí la querrían las dictaduras; pero, además, a diferencia de éstas, sin que nadie tenga que ensuciarse los dedos con la tinta roja del censor» (191). Lo que Savater no puede aceptar de ningún modo es la tesis ferlosiana de que «[p]or pintoresco que el tiempo lo haya hecho, hoy un mínimo despotismo ilustrado, un dirigismo siquiera negativo, sería la mejor prueba de una sociedad todavía mínimamente libre» (192). Savater no puede compartir ni las formas estadistas de Ferlosio ni, por supuesto, la premisa de que el nuevo paradigma haya sido lesivo. Savater —que afirma: «En el fondo, tengo la convicción bastante aristocrática de que las instituciones gubernamentales deben sobre todo ocuparse de los pobres, que son quienes de verdad las necesitan para no verse perpetuamente esclavizados por los herederos y los especuladores» (2015:370) — difícilmente puede aprobar la contraofensiva estatal por la que aboga Ferlosio: «el abandono y el desentendimiento de todo papel social y toda responsabilidad pública por los particulares han hecho que, por dura, indeseable y acaso inesperada que pueda parecer la conclusión, ya no haya más vestigio de sociedad humana algo menos que episódica y precaria que el absorbido y conservado por determinadas atribuciones del Estado [...] cada vez más amenazadas, a mayor gloria del liberalismo, también, de supresión» (2017:189).

Cuando ya parecía haberse cumplido «la universal privatización y desocialización de los particulares en el sistema de la economía de mercado» (189), el Estado podía ser la última reserva para un mundo que mostraba síntomas inequívocos de haberse deslizado por la pendiente de lo pospolítico. La «sociedad civil» era poco menos que un «fantasmagórico emebeleco suscitado por puras necesidades ideológicas»: «ya no hay

sociedad a secas» (189). «[L]a doctrina del Estado mínimo», resumía, aspira a «suprimir las últimas instancias y atribuciones de mantenimiento, gestión y mediación de una socialidad humana que, delegada o más bien abandonada en manos del Estado, no puede, por otra parte, ser más que indirecta, amén de condicionada, abstracta y sumamente artificiosa» (189).

Tengo la impresión de que nunca como entonces figuran con tanta fuerza en sus escritos las fantasmagorías y la hipocresía. En diversos lugares recuerda la máxima de La Rochefoucauld según la cual la hipocresía es un tributo que el vicio rinde a la virtud. Hipócrita era el «sarcasmo sangriento» de emborronar papeles con «fantasmagóricas apologías de la libertad humana», porque «[l]a libertad humana o lo es de la relación, del tráfico social, del ámbito colectivo, de la plaza pública, de la actuación civil, del intercambio, o no es más que vanidad y música celestial» (194). Negándose a toda censura televisiva, Savater «disfraza la real impotencia frente a la omnipotente prepotencia del mercado de virtuoso respeto por la libertad, ganándose la barata aquiescencia y el fácil aplauso que la actual ignorancia popular otorga a ciegas a quienquiera que truene en santa indignación ante el solo sonido de la palabra *prohibir*» (2017:193). Esa era labor de la *guardia con ropas de brocado*, los «profetas de corte», como también los llamaría (Cf.469), indignados ante quienes se niegan a participar en el «rito de legitimación de un orden económico tan aplastantemente victorioso» (495). Ya en abril de 1984 había entregado una serie de *cortometrajes* que se cierran obsesivamente en torno a lo mismo:

*(Imble, 1)*. Nadie logra meterme tanto espanto como esos que gustan de decir con una espeluznante complacencia: «Es un proceso ab-so-lu-ta-men-te i-rre-ver-si-ble». Toda esa serie de palabras que empiezan por *in* y terminan por *ble*, irreversible, imprescriptible, inalienable, inamovible, inmarcesible, irrenunciable, inexorable, ineluctable, etcétera, ¿no sé qué especie de lívida oscuridad pretende convocar en derredor de todo el horizonte, sulfurando la atmósfera de tanta malevolencia y amenaza! No se diría, en verdad, sino que todas ellas quieren al fin decir una y la misma cosa, cual si hubiesen nacido de una única palabra, que se multiplicó en ejército para rodearnos y aterrorizarnos (2015b:112).

*(Imble, 2)*. Ante esa forma tan especial de detenerse a espaciar silabeando la palabra *i-rre-ver-si-ble* tal vez lo que sospechamos en su boca no sea sino el sabor de la íntima y tenebrosa complacencia con que se abandonan a una feliz e incondicional complicidad con lo fatal, en la medida en que ésta les permite sentirse relevados del valor de plantar cara a la imponente hueste del destino y exonerarlos de empuñar la espada de la responsabilidad de lo posible (2015b:112).

*(Do not disturb)*. Quien dice que hay que estar a la altura de los tiempos o ir con el signo de los tiempos, sabiendo que nadie puede sustraerse a la servidumbre de tener que sufrirlos y aguantarlos está movido al cabo por un temor rastrero que le impulsa a evitarles a los tiempos hasta una mala cara, un gesto de impaciencia, o aun el más leve ruido que les turbe el sueño; como el gerente de un hotel de lujo, servilmente aterrado ante la posibilidad de la más pequeña queja por parte del millonario americano, se afana sin

descanso por que todos, unánimemente, sonrían a los tiempos, tal vez para evitar que alguien acabe induciendo en él la turbación de empezar él mismo a sospechar de ellos y de su autoridad, lo cual podría ser la fatídica señal que desatase finalmente la instrucción de la causa, cuya urgencia ya está, clamando al cielo, del proceso a los tiempos, es decir, a la Historia Universal (2015b:113).

Para los personajes de *Demasiadas preguntas* se habilitaba el casillero de la «“Alternativa sin futuro”, pero el que no tenga futuro», reponía Ferlosio, «no hace bueno a aquello que lo tiene» (2017:471). Los tonos apocalípticos de Ferlosio están en las antípodas del derrotismo complaciente. Son el revulsivo contra aceptar por inevitable la reducción de las atribuciones políticas. En 1988, estimulado por la lectura de un artículo de Javier Pradera, dibuja los principios a que se debe: «Hacer política es ejercer la ciudadanía y apoderarse del presente. Hacer historia es entregarse al futuro y cumplir un destino. Hacer historia es intrínsecamente fascista» (2016:619). Para una épica intelectual como la suya, tallada sobre modelos religiosos, la connivencia de la política con el mercado se espejaba en una de sus vieja obsesiones: el Concilio de Nicea, el «primitivo cambalache» (2016b:8) donde «la sangre del Redentor había sido vendida [...] al príncipe de este mundo» (2016:348). Allí se había fraguado la «institucionalización definitiva de la religión cristiana» (2017:495) mediante «la excluyente fijación de un canon escriturario ortodoxo» y la orden de defender «sus límites estatuidos contra el siempre latente más-allá-del-límite de su propia utopía originaria» (496); allí, decía García Calvo, «aquel vivo verbo que sugieren todavía los Evangelios, y aquellas proclamaciones orales medio ritualizadas de las primeras comunidades cristianas [...] han de quedar igualmente convertidos en doctrina» (1983:47-48). De entonces data «la derrota del espíritu, la gran catástrofe en que el cristianismo, atraído a pactar con los poderes que había venido a confundir y disolver, abdicó de todo ímpetu mesiánico» (S. Ferlosio 2016b:11). Su función intelectual sería religiosa. Ser ridiculizado, ser desacreditado como un vano residuo de otro tiempo formaba parte inexcusable del programa: se había impuesto la revuelta del espíritu contra «el Príncipe de Este Mundo» (10) y no se consentiría ninguna flaqueza.

### 8.3.- ANTE LA OTAN

Por eso nunca se perdonaría la vez que pactó con Él: en 1986 firma el referéndum promovido por su excuñado Javier Pradera y redactado por Juan Benet en defensa de la permanencia de España en la OTAN y pronto le corren la culpa y la vergüenza. Son casi

legendarias las palabras con que se retracta en público dos años después en Valencia, donde imparte una conferencia contra las apologías imperiales que prevee para el quinto centenario: «Perdí el honor e hice el imbécil para nada» (en Hernández 1988). La noticia que recoge sus palabras delata la condena que pesaba sobre su nombre: «El escritor Rafael Sánchez Ferlosio *reconoció* ayer en Valencia que “perdió el honor e hizo el imbécil para nada” al apoyar al Gobierno en el referéndum sobre la OTAN» (Hernández 1988; el subrayado es mío). El honor. Años atrás había repudiado «la bárbara fuente del sentido del honor, de la estima de sí mismo» para abrazar «la cristiana fuente del amor, el respeto y la lealtad hacia los otros» (2017:92). El honor que había perdido era estrictamente público, propio del que se debe a los demás. Hace tiempo que le solivianta el apogeo de una moral privada que tacha de protestante: «Quien opta por los contenidos morales íntimos, por las convicciones personales [...], por la salvación individual, [...] no debe ignorar hasta qué punto puede llegar a mediar una contradicción irreductible entre tales instancias subjetivas y los vínculos y compromisos externos y formales que sustentan la trama de la vida pública en cuyo tráfico tiene, o tenía, el honor, precisamente, su campo de actuación» (2016:143).

En la fricción con los jóvenes está, por ejemplo, la objeción de conciencia, en la que ve una salvación individual que entrega un poder comunitario —el «ejercicio armado de su soberanía» (2016b:222) — a la corporación militar, cuya autonomía ve con terror. Intenta comprender el pacifismo, pero no logra deshacerse de la impresión de que responde a la generalizada reducción de «atribuciones y competencias públicas a la estrecha y mezquina esfera de lo privado y lo doméstico» (222).

No puede resignarse a aceptar cómo la «asocialidad y el individualismo de la mentalidad moderna» (145) se ha apoderado «del antiguo sentido del honor y lo desocializa y privatiza» (146). La cosa había sucedido de este modo:

A través de una lenta y sigilosa evolución, el honor, que antes era aureola pública del hombre —del nombre, *que es lo que somos ante los demás y para ellos*—, se ha visto transferido y trastocado en patrimonio íntimo del alma —del alma, *que es lo que somos para nosotros mismos y ante nosotros mismos* o, lo que a estos efectos es equivalente, ante Dios y para Dios. El sentido de honor queda así desligado de sus vínculos de origen y pasa a remitirse a compromisos ya no públicos, sino íntimos; ya no formales, sino de contenido; ya no interpersonales, sino de la individualidad consigo misma, es decir, con sus propios principios, sus propias convicciones, sus propios sentimientos (2016b:146).

Había perdido el honor antiguo, por eso debía comunicarlo en público. Toda pena debía ser objeto de una escenificación pública: en 1982, con motivo de la sentencia del 23-F, no había podido ser más claro:

Treinta años de cárcel me parecen muchos para cualquiera. Yo preferiría que no hubiera en el Código Penal una pena tal alta. Desde el punto de vista de la ejemplaridad militar, a mí, mucho más que las penas de cárcel, me habría interesado que se hubiese aplicado el procedimiento (hoy desafortunadamente suprimido por la ley) de la degradación pública y solemne, con arranque de insignias y partedura de sables, como al que fue sometido (injustamente) Dreyfus (El País 1982).

También ahora la noticia debía ser esa: un nombre, un hombre público retractándose ante y para los demás. Se había resquebrajado la exigente posición que se había impuesto. Había hecho el imbécil para nada; al igual que la Iglesia, había traicionado «las palabras evangélicas que claramente excluían toda posible mezcla o confusión, pacto, o compromiso con el Príncipe de Este Mundo y sus poderes» (2016b:8). Decía Nicol (2008) que la autoridad del ensayista descansa en «un crédito moral, y no solo intelectual, que no disminuye aunque la opinión expresada no logre nuestro asentimiento» (2008:330). Es cierto. Sin embargo, la cuestión de la OTAN afectaba directamente al crédito moral. La salida había sido una de las banderas electorales del PSOE, pronto arriada al llegar al poder. En el referéndum se decidía la fidelidad al proyecto original o la invalidación de compromisos contraídos y votados a causa de injerencias americanas y europeas.

Era una situación enmarañada: el oportunismo de la derecha había hecho campaña a favor del no para desatar una crisis en el gobierno; Felipe González, al principio ambiguo, había acabado convirtiendo el referéndum en un plebiscito de su persona; entre la izquierda contraria a la permanencia había una miríada de corrientes tan distantes y antagónicas como podían serlo el prosovietismo y el pacifismo. Las motivaciones eran diversas, pero las opciones eran simplemente dos: o bien se apostaba por la salida y se buscaba una situación similar a la de los países neutrales o bien se seguía alimentando la política de bloques, aquel fantasma redivivo de la Historia Universal que Ferlosio había descrito como la querrela entre «la lucha final» del comunismo y «la Causa de la Humanidad» del capitalismo liberal (2017:192). La neutralidad se había venido conjurando en nombre de la geopolítica, de la imposibilidad de escapar a los efectos de una contienda que se había apoderado de la totalidad del tablero. Se estaba ante el triunfo de una versión degradada del ecumenismo, en cuyo «seno» —apuntaba Ferlosio— no cabían «pleitos particulares ni querellas parciales», solo el «pleito total y, por tanto, final. Sus antagonismos son, pues, escatológicos, o sea, definitivos, últimos, totales, de forzoso y universal concernimiento: encrucijadas insoslayablemente constrictivas y obligantes» (192).

Había descrito aquel mundo desde principios de los ochenta sin esperanza alguna. De entonces datan las últimas citas, así como la convicción de que «[e]l cuidado por conservar el filo de las espadas suplantó todo cuidado por lo que tales espadas juraban

defender» (193). Tanto es así que «nada sería capaz de asegurarnos contra la eventualidad de que la protección y conservación de tales armas pueda llegar a exigir, en alguna o en muchas ocasiones, interferir y hasta atentar de lleno contra esa misma Causa que [sendos bloques] dicen defender» (195). Y, sin embargo, semejante planteamiento, ¿no estaba dictado por la fatalidad que Ferlosio se había impuesto impugnar? Va de suyo que el ecumenismo no reconocía pleitos paralelos, pero ¿no valía la pena intentar una salida afín a la del ratón de la homilía? De no hacerlo, ¿no se corría el riesgo de engrosar el cuerpo de la *guardia con ropa de brocado*?

Así es como se planteó la cuestión de forma temprana y han sido muchos los años en los que la decisión adoptada ha figurado como un índice de salvación o condena; y es que allí, en los estertores de la Transición y con algo de broche de cierre de la etapa, se decidió cuál había de ser individual y colectivamente el margen concedido a la *Realpolitik*. En mayo de 1984, un comunista purgado casi dos décadas antes por el aparato, Fernando Claudín, firmaba en *El País* —en calidad de director de la Fundación Pablo Iglesias— junto a Ludolfo Paramio dos entregas a favor de la permanencia en *El País*. Ambos saben que

en los presentes momentos la defensa de estas tesis, en este país, no pueden aumentar su popularidad, y hasta les expone a ser incluidos entre los «intelectuales orgánicos de la OTAN», categoría recientemente acuñada en algunos medios *antiimperialistas* que invirtiendo la paranoia de Reagan parecen situar el *imperio del mal* en la Casa Blanca. Pero el problema que nos ocupa es demasiado grave como para plegarse a los prejuicios dominantes o complacer a los amigos (Claudín/Paramio 1984).

Hacía un tiempo que las cosas no marchaban bien con los viejos amigos. El lema bíblico con que se despiden — *Dixi et salvavit animam meam* («Y al decirlo salvé mi alma»)— da cuenta de un tiempo presto a detectar mártires y traidores; pero tiene, a su vez, su propia historia dentro de la tradición socialista: lo emplea Marx en el encuentro de Gotha para impugnar la aparición del Partido Socialista Obrero de Alemania... Claudín y Paramio sostienen que, pese a la poca simpatía que el imperialismo americano suscite, la situación geográfica de Europa, tan próxima a la Unión Soviética —verdadero objeto de sus fobias—, requiere disponer de medidas de defensa. La salida de España de la Alianza podría desatar la desbandada, a la que coadyuvaría la URSS, en el resto del subcontinente y agravar la tensión entre bloques. Su argumento principal estriba en cuál sería el peso específico de España y de sus intereses en caso de permanecer en la política de bloques. Difícilmente se encontrará un cuadro más halagüeño: el país disfrutará de todos los beneficios mientras trabaja en una futurible superación de los males. Tiempo habrá de abordar la desnuclearización, ahora se trata de sacar partido de un área de influencia que ha

de menguar drásticamente con la salida. Había que pagar ciertos costes a condición de no quedar relegados a la marginalidad internacional; más, cuando —conforme a «la más reciente novedad en procedimientos coercitivos, que es presentar las cosas en *paquetes*», observaba Ferlosio (2016b:225)— la permanencia se esgrimía como condición de ingreso en la Comunidad Económica Europea. A esta fiaban Paramio y Claudín lo improbable de futuras contiendas europeas: eran tantos los compromisos comerciales entre la Europa de ambos lados del telón que todos salían beneficiados de la estabilidad. Por otra parte, era tal el lastre económico que la Alianza suponía para los Estados Unidos que era de prever que la autonomía europea no haría más que incrementarse. He aquí la cuadratura del círculo:

en la medida en que aumente la autonomía de la parte europea de la Alianza es muy posible romper con la actual guerra fría mediante negociaciones bilaterales entre los países del Este y los occidentales, estableciendo acuerdos para la reducción de efectivos convencionales, el desmantelamiento de armas nucleares y la firma de tratados de no agresión. El objetivo final podría ser una Europa económicamente integrada, con un armamento definitivamente defensivo y desnuclearizada. A efectos prácticos, una Europa neutra, incluso si los países occidentales mantuvieran su pertenencia a la OTAN y los del Este al Pacto de Varsovia (aunque el objetivo estratégico deba ser, obviamente, la desaparición de los bloques) (Claudín/Paramio 1984).

El paréntesis final —no menos que la apelación a «una estrategia realista y posible» que viene a renglón seguido— muestra cómo se iban arrinconando compromisos que ahora se antojaban estorbos. El posibilismo se adueñaba del partido: de los viejos días quedaría cierto lenguaje, ciertos guiños, cierta pincelada sentimental.

En su réplica, Manuel Sacristán (1984) ironizaba con que Paramio y Claudín se contaban en «el 0,5% de españoles que cada mes han de convertirse al amor de la OTAN». Firmaba en nombre «del colectivo editor de la revista *Mientras tanto*», el órgano del que salía el marbete de *intelectual orgánico de la OTAN* y desde donde se están ensayando las derivas del marxismo. Contra «la milenaria noria de crímenes que es la historia política», *Mientras tanto* aboga por que «los hombres y mujeres de buena voluntad» promuevan «escisiones de los dos bloques, hasta la disolución de éstos». La conjetura de que «la integración de España en la OTAN pueda favorecer la creación de una Europa desnuclearizada y en paz no pasa de ser [...] una *utopía malintencionada*».

La cita con que Paramio y Claudín se habían despedido debía de ser un resto «de antes de su conversión», ironizaba Sacristán. Si algo les sentaba bien era esta paráfrasis de «el viejo Marx»: «Verdaderamente, Claudín y Paramio cultivan “lo vedado por la lógica y autorizado por la policía”» (1984). Poco después volvía a asomarse a *El País* para decir que aquella estaba siendo una «*transición democrática* preparada y escenificada por las clases

dominantes» sin trazas de «destruir o disminuir apreciablemente el poder de estas» y convocaba el perfil de un PSOE compuesto por «ni-siquiera-social-demócratas» (Sacristán 1985).

Y entonces interviene Ferlosio con tres entregas del 10 al 12 de septiembre de 1984 para ejercer de cortafuegos. Afea a Claudín y Paramio que traten de hacer pasar lo que es «circunstancia coercitiva» por «decisión convencida y soberana» (2016b:223): es evidente que aquello no es «sino una obligadamente miope y perentoria claudicación de urgencia frente a la miserable ratonera de los tiempos» (224). Todo el mundo sabe que el llamamiento a la sensatez, a lo delicado de la salida, «degrada la “ética de la responsabilidad” en encubridora y sórdida razón de Estado» (224). La permanencia es poco menos que segura: «el tongo es público [...]. No obstante, por conocido que sea el tongo, lo recordaré: bífido como lengua de serpiente, junta en uno promesas y amenazas; no viene de las arcas y arsenales de Oriente, sino de las cajas fuertes y los estados mayores de Occidente; se llama Mercado Común, riesgo de involución interna, permanencia del PSOE en el Gobierno y, en fin, recelo frente a cierta autocracia eufemísticamente llamada Flanco Sur» (2016b:224).

Pero, si no acepta las ridiculizaciones del pacifismo por cuenta de los *intelectuales orgánicos de la OTAN*, también le resulta «ignara o deshonesto» la «sobreevaluación» de las posibilidades de una España no alineada. Resulta difícil explicarse por qué no secundó a Sacristán. Quizás vio en su postura una sombra de la moral privada que reprocha a los objetores de conciencia, aunque es insostenible si se lee a Sacristán con detalle. Seguro que Ferlosio no aprobó el argumento de la salvación individual del pacifista («no estando en ningún bloque, él no habría contribuido al asesinato innumerable», decía Sacristán [1984]), pero sus convicciones no podían sino santificar la siguiente premisa de Sacristán (1984): «El pacifismo no consiste en sacrificar todo valor a la supervivencia, no consiste en no morir, sino en no querer matar». El ataque a Sacristán no iba por allí, sino por la licitud de que las convicciones personales obligaran a los demás. Echando mano de una distinción weberiana, sostenía que el antiatlantismo

hace degenerar la «ética de la convicción» en irresponsable y sonriente demagogia, porque si cada sujeto singular puede hacer suya, tan sólo para sí, la hermosa norma del honor samurái en la que el suicidio se designa como «el honroso camino de salida», parece ya cuestión más delicada —por decirlo del modo más prudente y circunspecto— la legitimidad de tratar de inducir o de arrastrar a ella a los demás. Y éste es, precisamente, uno de los puntos críticos de la dualidad ética entre convicción y responsabilidad (2016b:224).



Así las cosas, parecía que la ruptura con el principio de realidad solo era legítima mientras no implicase riesgo para los demás. De algún modo, la misma tensión atenaza al protagonista de *El testimonio de Yarfoz* y es sintomática de los conflictos de Ferlosio: Nébride, «que no soportaba sobrevivir a la destrucción de la vida en el propio lugar de sus ruinas» (2010:87), renuncia al poder del trono y se destierra para alejarse de la violencia, pero su ruptura no fuerza a nadie. Acaba solo, ensimismado, casi exiliado del propio mundo en una necrópolis. Es el final de quien se siente vinculado a cada acontecimiento que observa con dolor y misericordia, y al mismo tiempo contempla neuróticamente la cadena de males que desata cada acción propia. La trama de la novela, de hecho, está urdida con los hilos de la salvación y la derrota, solo que la salvación orbita como una solución imposible; todo lo más hay derrotas más o menos dignas. En este sentido, también las últimas frases de *Campo de Marte*, escrito de una tacada entre diciembre de 1985 y enero de 1986, eran rotundas:

Las responsabilidades que alguna vez nos han sido puestas delante, sea cual fuere el sentido en que las asumamos —aceptando o rehusando—, son como maldiciones, que nos acompañarán ya para siempre adondequiera que vayamos. Y estaría totalmente equivocado el objetor que, una vez rechazado el fusil, imaginase haberse lavado las manos, de una vez por todas, de toda la sangre y toda la muerte que ese fusil pueda encerrar en sus entrañas, sino que, pase a las manos que pasare, esa sangre y esa muerte seguirán concerniéndole en la parte que le toca, y de dondequiera que fuere volverán siempre a él, porque no hay salvación personal (2016b:152).

Como tampoco parecía haberla colectiva... No contribuiría por lo menos a apoyar una postura que no se sabía a qué podía conducir. Escogió no pronunciarse: «Recordando esa frase hecha que hoy se oye con frecuencia de “Yo esto lo tengo muy claro”, siento tener que decir que, por mi parte, yo esto de la OTAN, cualquiera que sea la opción, no es que lo tenga oscuro: lo tengo tenebroso» (227). Eran sus últimas palabras; las últimas del artículo corrían a cuenta de Weber: «Pero lo que tenemos delante de nosotros no es precisamente la alborada del estío, sino una noche polar de una dureza y una oscuridad heladas, cualquiera que sean los grupos que ahora triunfen (227). Escogió no pronunciarse y, sin embargo, él mismo parecía haber caído en lo mismo que achacaba al proatlantismo: «degrada[r] la “ética de la responsabilidad” en encubridora y sórdida razón de Estado» (224).

Un año después moría Sacristán. Parte del deshonor y la vergüenza debieron venir de sentir clavada la mirada del amigo ausente: había perdido el honor, había hecho el imbécil para nada.

#### 8.4.- ÚLTIMA NOTICIA

Para muchos, su aura legendaria quedaría tocada por aquel episodio, que justificó por el miedo a que la salida de la Alianza se tradujese en mayor autonomía del ejército español. Para él y para muchos fue evidente que aquello no se ajustaba a la utopía del ratón. No había caído en su odiado posibilismo, pero tampoco había puesto ningún impedimento al cumplimiento de la fatalidad. De allí manaban la vergüenza, el deshonor, la necesidad de condenarse en público. Había escrito para rebatir argumentos sin tener uno que aportar; como esperando a que el referéndum zanjase un debate incómodo. Si la política de bloques mostraba que «la pura obsesión de predominio estratégico ha sustituido casi totalmente cualquier principio ideológico o moral» (2016b:23), a él le estaba encomendado recordar esos principios. Al paso de los ochenta su figura moral había procurado deshacer los efectos intelectuales de la Guerra Fría: el éxito de la contienda entre potencias estribaba en haber anulado cualquier espacio que rehuyera pagar tributo a la gramática del conflicto. Echando mano de los modelos teatrales, Ferlosio había imaginado «un lugar exterior y superior» en el que «la constrictión [...] queda en suspenso y se revela, por tanto, relativa, o sea, no necesaria en un sentido omnímodo, al par que los contendientes se revelan libres y a salvo con respecto a ella, exonerados del papel de antagonistas que en el seno de ella se les impone» (182).

Las coordenadas globales de aquel conflicto tuvieron la consecuencia de que, una vez finalizado, se impuso una ilusión de universalidad fundada en los principios del vencedor. La aclimatación de economías de mercado —supuestamente solidarias de la democracia liberal— proclamaba el necesario avance hacia una era que había de encontrar su curso feliz siguiendo sus propias dinámicas. Las cosas —se decía, se dice— marchaban más o menos solas y era mejor no tocarlas. La condición residual de propuestas como la de Ferlosio fue común a quienes no participaron de las utopías del mercado. Su prestigio académico no menguó, pero la capacidad instituyente que hubiesen podido ambicionar se volatilizó rápidamente. Las tribunas seguirían, pero cualquier replanteamiento de las condiciones vigentes conoció la condena de dogmatismo, de autoritarismo: eran alternativas sin futuro, demasiado puritanas, siempre enojadas en unos tiempos más bien satisfechos y autocomplacientes. Bien les cumple la protesta ferlosiana contra la «moral ecuménica», enderezada a bloquear «la puesta en cuestión o en entredicho»; toda acción «de un orden de libertad o de una instancia de conocimiento en que tal puesta en cuestión sea tan siquiera posible o concebible» (2016b:182-183). Para un tramo amplio de la izquierda

supuso la marginalidad de invocar grietas, fisuras, resquicios, fallos del sistema y aun cantar, a veces, como hace Ferlosio, la llegada de un niño redentor.

Se ha cumplido la «*Ecclesia triumphans* del capitalismo posrevolucionario, del liberalismo actual» (2017:450). Lo dice en varios lugares, pero la cita es de una conferencia leída el 11 de febrero de 1993. Se titula «Las cajas vacías» y habla de una época que dispone de medios de control de la experiencia tan poderosos que esta no parece tener otro destino que el de alimentarlos; le está indicado de antemano qué lugar deberá ocupar. La cultura y la información son implementos para estructuras que necesitan ser alimentadas «con entera independencia y con indiferente e incalculada anticipación respecto de cualesquiera “contenidos culturales” capaces de justificarlos» (455). Ahí están, sin ir más lejos, los «cincuenta mil actos culturales» (2016b:257) diseñados para la Expo sevillana de 1992. ¿Qué son esas cajas si no la desaparición de la facticidad? Se hace inevitable que quien se alejó del *grotesco papelón del literato* considere que la cultura se ha ido deslizando decididamente a la condición de matenimiento de la dinámica empresarial. Las leyes del mercado son parientes próximas de los banquetes donde se arroja un nombre sobre la criatura indeterminada que acaba de surgir. Está sucediendo lo mismo a gran escala: en los mercados de futuros se compra y vende lo que aún no existe. Lo mismo atañe a los periódicos, que tienen cada día idéntico número de páginas, mientras que uno

verdaderamente transitivo, realmente determinado por su objeto, por las cosas de las que pretende ser función, o sea, las noticias, tendría que tener un día once páginas y cinco octavos de página, otro treinta y una páginas y un tercio, y, en fin un día excepcionalmente feliz, aparecer en los quioscos y ser puesto a la venta bajo el mismo título y con el mismo precio, con todas sus páginas en blanco y sólo este mensaje en la portada: «PAS DE NOUVELLES, BONNES NOUVELLES!». Un mensaje, por cierto, que también notificaría, de modo implícito, el renacimiento de la transitividad (2017:454-455).

Hace un tiempo que lo compara con el calendario, que ya ha dispuesto los días, los meses y los años por venir, lo mismo que Herodes, mandando la ejecución de todo lo recién nacido (Cf. 2015b:107).

Fueron sus últimas batallas. Sus obsesiones eran las mismas, pero acentuarían la importancia de la economía en las condiciones de vida. Es revelador a este respecto que su palinodia otánica de 1988 se produjese en la inauguración de unas jornadas celebradas en Valencia bajo el título de *Realidad y miseria del V centenario*. Amparo Hernández (1988) recogía para *El País* que «[p]ara Ferlosio, la conmemoración de la llegada de Colón a América va a suponer la invasión de capitales extranjeros, “mafias y una serie de horrores arquitectónicos”. “Todas las peores lacras de una sociedad, incluida la drogadicción”». No

deja de sorprender que para entonces a Ferlosio le pareciese que «los organizadores del acto están dando marcha atrás porque incluso ellos aprecian que no hay mayor incultura que la apología de una nación» (en Hernández 1988). Todo le desmintió. Tampoco hizo fortuna su propuesta alternativa a aquel «espectáculo de ópera innecesario»: «“Lo mejor es que Felipe y el Rey llamen a la Preysler y a Gunilla y hagan una fiesta”» (en Hernández 1988).

Ferlosio empieza entonces una intensa campaña contra la propaganda imperialista del quinto centenario. Arremete contra tótems como Julián Marías y Menéndez Pidal, habla del principio de dominación y narra desde la destrucción y el dolor irreparable. Hay quien lo celebra y quien se lamenta de la resonancia que se está concediendo a la campaña de quien no es más que un literato antiespañolista...

Las gestas militares pasadas eran indisociables de las nuevas gestas económicas. La gran trama de cajas vacías, aquel imaginario de ultramodernidad urbanística y arquitectónica que venía agitando desde la década anterior, refrendaba el ingreso triunfal de España en la modernidad neocapitalista. El año 1992 tiene algo de cambio de época. Se ha leído muchas veces como la puesta de largo de un país que culminaba la ansiada convergencia con las potencias mundiales. Las cajas vacías de Sevilla y la Barcelona olímpica se aliaban a la celebración del V Centenario reinscribiendo a España en el teatro internacional. Un año antes se había celebrado la primera Cumbre Iberoamericana de Naciones. Volvía el hijo pródigo, y en las condiciones de su regreso —saliendo de la dictadura mediante un proceso de transición— parecía liquidarse por completo una concepción del pensamiento político. La revolución —señala Pérez Serrano— estaba dejando de ser la «categoría histórica, imprescindible y omnipresente en todo discurso elaborado que pretendiese explicar el cambio social» (2016:69-70). Las utopías estaban viendo cómo se liquidaba su «capacidad [...] para continuar articulando el paradigma del progreso [...] dado el cuestionamiento de sus principales rasgos definitorios, a saber: que conllevaba[n] una mejora en las condiciones de existencia y que expresaba[n] la voluntad de un pueblo» (2016:71). Y en mitad de aquel proceso, España hizo las veces de «referente empírico» de un cambio de régimen llevado a cabo «en poco tiempo y con una dosis relativamente baja de violencia» (72). Ambas cosas se explicaban, en buena medida, por haber dejado «inalteradas las bases del poder social y económico» limitando la reforma «solo a las formas políticas» (72). Con algo de epítome, la transición española se aducía como modelo exportable y hasta «actuó como soporte teórico y legitimación del nuevo intervencionismo anglo-norteamericano en el Mediterráneo después del colapso del socialismo en 1989» (87).

El anhelo de reposicionarse internacionalmente avanzaba a buen ritmo. A principios del año siguiente se firmaba el Tratado de Maastrich (1993). El encame entre economía y nacionalismo debería leerse como preanuncio de una derecha que había ido recomponiéndose entre escándalos socialistas. Los sueños de Ferlosio no podían verse más alejados de su ideal: aquel llamamiento a que el ciudadano se hiciera protagonista de las instituciones está en las antípodas de la liberalización iniciada por los socialistas y, desde luego, aquel ciudadano no se parecía ni remotamente al cliente desentendido de lo público salvo para indignarse por la ineficiencia de unos servicios pagados con *sus* impuestos. En aquel hombre anclado en el *Ancient Régime* había aparecido, incluso, una suerte de platonismo por el que la creciente fealdad era la primera estación hacia la estupidez, cuyo destino final era la maldad.

Sin embargo, ese tramo quedará fuera de esta tesis. No lo abordo por temor a abundar cansinamente en cosas ya dichas: lo que siguió a la Transición fue continuación de la posición moral que Ferlosio consolidó en los años ochenta. Los tiempos cambiaron, pero no lo hizo Ferlosio, de modo que las coordenadas de mi argumentación tampoco se hubiesen modificado sensiblemente. No me extrañaría que de entonces datase este pecio: «(Reiterativo.) Como la fealdad se muestra tan sorda y pertinaz, tengo que repetir siempre las mismas cosas, indefinidamente. De los dos —quiero decir, de la fealdad y yo—, el primero en cansarse seré probablemente yo, pero por defunción, no porque le conceda a ella la última palabra» (2008:53)<sup>25</sup>. Sí dejaré apuntado que, de haberme adentrado en los años noventa y dos mil, hubiese abordado el rearme de la derecha y su conversión de la historia nacional en «religión de Estado» (S. Ferlosio 2017:154). Nada podía sulfurarle más que aquella concepción triunfalista de la Historia, hecha de nombres «enajenados y como arrebatados de sí mismos por el furor de la dominación» (2016:367), a golpe de aoristo.

---

<sup>25</sup> No localizo el pecio en la edición de sus pecios reunidos. Cito por *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*.

## 9.- EPÍLOGO. LA ANTIGUA CASA DE LA LENGUA.

...la palabra de ayer, más ambiciosa y más hipócrita, sería indicio de un estado de cosas menos incondicionalmente claudicante que el que revelaría esta palabra de hoy, más modesta y más cínica (2017:1).

En mitad de la Guerra Fría había hablado de un *lugar* desde el cual se pudiera suspender la dinámica de los contendientes. Ese «estrato exterior o superior» sería «*metalingüístico*, si se me admite la metáfora» (2016b:182). El lugar de la crítica quedaba así facultado no en nombre de la existencia de una institución histórica, sino de otra institución, la lengua, que al tiempo que remitía al entorno podía convertirlo en objeto de análisis. Lo mismo sucedía con la propia lengua: la historia y el presente se hacen de fórmulas y esquemas lógico-sintácticos que constituyen una realidad tan densa como la material, con la que se imbrican. Ferlosio, que vinculaba el albedrío a un actor que no olvida que *representa* un papel, consagró una parte considerable de su obra a la suspensión de las representaciones vigentes. Fue en los pecios, con todo, donde esa operación encontró su perfil más acusado. Sin duda, en feliz metáfora de Savater (1998), muchos son «comprimidos» de los textos largos de su autor y otros tantos son párrafos o frases felizmente emancipados. No pocos entregan y discurren alrededor de ideologemas, expresiones que delatan una ideología y que todo hablante conoce y hasta ha usado. Es entonces donde cobra cuerpo la función metalingüística que imagina para la crítica, y es entonces cuando el pecio aparece como discontinuidad (algunos empiezan con una adversativa) con el discurso vigente, que queda convicto de dogma inercial, es decir, de *doxa*. Ferlosio apostilla, refuta, glosa, parodia.

Apenas si ha aparecido Kraus en estas páginas, aunque es probable que a Ferlosio le espere una posteridad cercana a la suya. Es tentador, ya que me refiero a la institución de la lengua, trazar la unión entre los fervores predicatorios y la ambición sintáctica que tuvieron uno y otro. Ambos comparten una beligerante crítica al Progreso, lloran la muerte del espíritu y se sublevan contra el escándalo hipócrita. Les repugna el tópico, así como el lenguaje manufacturado y de partido. Los mueve una vocación de derribo y restitución, y actúan como una institución en sí mismos: los guía un componente tanto religioso como jurídico y profesan una suerte de magisterio de la lengua. Walter Benjamin empleó en 1928 una imaginaria que el lector de Ferlosio reconoce afín: «En un arcaico campo del honor, en el inmenso campo de batalla del trabajo sangriento, Kraus aún sigue bramando ante un mausoleo abandonado. Los honores que se le rindan al morir [...] habrán de ser enormes; serán los últimos que se concederán» (2011:55). Su grandilocuencia sonroja; sin embargo, la

ambición de un proyecto como el de Kraus puede disculparla. Dramatizaciones similares se leen en el propio Kraus y no son nada ajenas a Ferlosio. Ambos se pensaron en el linaje de los grandes prosistas de sus respectivas tradiciones y ejercieron como tales, y tuvieron la fortuna de que los lectores de su tiempo sancionaran esa aspiración. Estos versos de Kraus refractan en Ferlosio:

Sólo soy uno más entre aquellos epígonos  
que en la antigua casa de la lengua han vivido.

Mas dentro tengo mi propia vivencia,  
escapo por fuerza y destruyo Tebas.

Aunque tras los viejos maestros venga,  
vengo a los padres de forma sangrienta.

Hablo de venganza y vengo la lengua  
en todos esos que la hablan y mentan.

Sí, epígono: intuyo lo digno del pasado.  
Mas vosotros sois los informados tebanos (2011:7).

¿No hablaba Ferlosio de algo similar en un artículo de título tan krausiano como «La demencia senil de la cultura española» (1980)? ¿No son iguales los deseos de venganza contra un mundo que pone altares a la tradición para que no se entrometa en el presente?:

La concepción y determinación del patrimonio divide netamente la ciudad en dos. A un lado, la reserva del espíritu, su ciudadela, un magnífico sarcófago donde es reverenciado bajo especie de cadáver, a fin de que no vuelva como un alma en pena a turbar a sus deudos con su soplo o su lamento. La ciudad exterior queda así inmunizada contra todo espíritu. Cuanto más, allí dentro, se prestigia su inutilidad, cuanto más se honra su desinterés, cuanto más se afirma y se encarece su no-negociabilidad, tanto más desafortadamente se desatan afuera el interés y las utilidades del especulador, tanto más despiadada e impunemente se desencadena la absoluta negociabilidad de todo lo demás: espantosos *sanblases* y *alcorcones* con casas utilitarias hasta el insulto, casas que dicen a sus habitantes: «Tú aquí no tienes otra cosa que hacer más que comer y dormir, más que asearte y defecar». Ninguna cosa podría ser más negro y seguro testimonio de la muerte del espíritu que semejante partición (2016:94).

En ellos predomina una melancolía enfurecida: hablar en nombre de un mundo perdido es la base de su posición enunciativa. Es indesligable de Ferlosio el compromiso con la felicidad absoluta, semilla de rebelión que perdura contra toda evidencia. Lo propio de su religión es su fidelidad a una idea de plenitud que acaso nunca haya existido, pero de la que en todo caso —según es ley en el antimoderno— el pasado pareció andar más próximo.

Quien aduce antigüedades tiende a aducir legitimidades. Ferlosio abrazó linajes antiguos desde que empezó a escribir. Parece evidente que el modelo paterno intervino en ello, pero tuvo una articulación menos frecuentada —aunque no inexistente— en la obra de Sánchez Mazas. Me refiero a la convivencia del lujo arcaico con una moral sentimental por lo humilde. La confluencia de ambos componentes se tradujo en su propia imagen pública, que adoptó el perfil de un dandy de caserón que Azúa ha pintado recientemente en un rico pasaje que parece retomar a los figurones de *Demasiadas preguntas*:

impostó a mitad de su vida un disfraz de campesino atrabiliario que fue mejorando detalle a detalle con el paso de los años. Sombrero de fieltro negro, algo erosionado por la lluvia; americana, chaleco y pantalón a juego, pero con manchurriones estratégicamente dispuestos; reloj de bolsillo con leontina colgante, zapatos sin lustre que a veces se mutaban en sandalias franciscanas, y finalmente el garrote al que en ocasiones sustituía por un paraguas de varillas desaparejadas. Era, en este punto, hermano gemelo de Agustín García Calvo, cuyo disfraz era enteramente distinto y dieciochesco, multicolor, con jarreteras, bufandas de seda y colgantes de abalorios. Pero, para Agustín, en igual impostación que Ferlosio, el único lenguaje digno y verdadero era el del pueblo, según decía. Ahora bien, lo que «el pueblo» fuera para aquella pareja es una de las nociones filosóficas más complejas e irresueltas del panorama teórico moderno. [...] El pueblo de Ferlosio y García Calvo [...] era una entidad inasible, prístina y edénica. Por eso mismo la poesía de García Calvo, cuando imita el lenguaje popular, sólo es comparable a los enigmas del *trovar* clus medieval y por esta misma razón el lenguaje popular de Ferlosio se parece a la prosa de cancillería que en algún remoto campamento romano de la decadencia, sepultado por la nieve alpina, escribe sin esperanza un emperador condenado (2019:38-39).

Azúa añade el garrote con el que Ferlosio iba «reventa[ndo] los faros de algunos automóviles mal aparcados en las calles de su barrio» (39). De aquel orgullo de no acogerse a los valores imperantes hay numerosas trazas, aunque ninguna alcanza el grado de exhibicionismo que le llevó a poner entre los preámbulos de su primer volumen de ensayos reunidos una frase que «llegó a costarme una jornada entera» (2015:XXV). Aquellas frases interminables respondieron al puro «jugar y divertirme» o al prurito de lo «preciso, circunstanciado y completo»; nunca a la premura: las jornadas de escritura no tenían traducción posible a jornadas laborales. He aquí el trofeo de una jornada:

Así como una bola de billar impulsada por fuerza hacia delante, pero llevando oculto en sí un efecto de rotación contrario —en relación con el plano de la mesa— al del sentido de su traslación, avanza patinando por el paño mas no bien choca con la roja esfera del mingo contra el que ha sido impulsada, agotando del todo contra ella ese obligado impulso, libera espectacularmente ante los ojos la oculta y no extinguida rotación y desde el punto muerto del encuentro recelera de pronto en vivo retroceso en el sentido exactamente inverso al que avanzara, así también la palabra de Manrique, que predica esforzadamente la estima del futuro, tratando de arrastrar los corazones en el sentido del tiempo adquisitivo, al ir a dar contra el mingo del ayer cercano, el rojo mingo de un recuerdo vivo —rojo como la roja esfera del sol crepuscular—, deja prevalecer de pronto



la persistente rotación interna del deseo inextinguido (“piaga per allentar d’arco non sana”) y retrocede irresistiblemente en el sentido del tiempo consuntivo, al reencuentro, al abrazo de ese mismo ayer tan contra corazón negado y abjurado (2015:XXV).

La frase es, en sí misma, una conjura del Progreso; avanza consagrándose a aquello que se niega a avanzar: una vez que la bola parece haber llegado a su fin «libera espectacularmente ante los ojos» una fuerza oculta que la hace actuar en «sentido exactamente inverso» deshaciendo lo hecho. Avanza para acabar retrocediendo, entre *pathos* emocionados. Ha ocupado una jornada entera: ya no es solo una frase, también es horas de juego, devoción y derroche suntuario. Después de saberlo, ya no podemos evitar preguntarnos por las condiciones materiales de esta escritura. Aparece bajo el signo de la autosuficiencia, como un pequeño mundo que exhibe su pericia técnica ante los lectores invocando un ayer perdido.

No he citado aún a estas alturas el pecio que atribuye a Cervantes el descubrimiento de que «Toda estética es una antigua ética» (2015b:92). Es el perfil que el propio Ferlosio escogió y proclamó: lo mismo que Alonso Quijano, se pensó como el remanente imposible de un mundo desaparecido y empleó una lengua unas veces ligera y otras estruendosamente anacrónica. Conforme había observado en el *Quijote*, su propio estilo se vistió con las ropas de un tiempo antiguo cuyos estatutos se negó a dar por cancelados. Sus artículos levantan una institución que se arroga la nobleza de lo originario. Mientras los tiempos se sacudían instituciones, él perseveraba en una inexistente. Un pecio habla de ello: «No ha de extrañar que el ánimo en que me pone la mañana sea, cada día más decididamente, el de correr en el acto a presentar mi dimisión irrevocable. Pero no puedo darme tal satisfacción, porque no existe el organismo idóneo para una dimisión como la mía» (2015b:107).

La sensación de acabamiento es inherente a la condición antimoderna: su aristocraticismo confiere a la escritura el aire de un fin de estirpe. No hablo de clasismo o de elitismo; no exactamente: Ferlosio idealiza lo humilde rural porque en ello sitúa la pervivencia de costumbres erosionadas en la ciudad, donde la economía ha alterado lo comunitario. Cualquier rasgo de ese antiguo contrato es inmediatamente catapultado a lo ejemplar. Hay una categoría sociomoral fuertemente anacrónica que Ferlosio no ha enterrado y que resulta sumamente reveladora: mientras se lamenta de la buena acogida que la población presta a las medidas expeditivas de los cuerpos policiales durante la Transición, en 1979 comenta así la fotografía de la detención de Eleuterio Sánchez: «Allí los policías no saltaban y gritaban, pero sí se reían, igualmente pagados y contentos por la gran captura, salvo que, en medio de ellos, sonreía, vivo, el propio Lute; melancólicamente,

pero sonreía. La estampa tenía, sin duda, algo de bárbaro e infantil, pero también de caballeresco y redentor» (2016:85).

Es una asociación añosa: la redención moral de lo caballeresco. La del caballero es una figura cultural alargada en el tiempo. Tiene una moral propia a la que se debe estrictamente y que exhibe en su comportamiento. Es un perfil con el que la antimodernidad de Ferlosio coquetea: «El acto caballeroso es un acto libre, gracioso, espontáneo; la caballerosidad conlleva siempre algún aire de gesto y es sentida como la gala de la acción y equiparada a aquella gala del atuendo en que el antiguo uniforme gusta de complacerse y que el moderno suprime con una rabia no poco sospechosa» (2016b:180-181). Encumbra «los últimos residuos de la moral del honor» (186); celebra ese «execrado fantasma de lo caballeresco, que la ilustrada racionalidad llegada a cumplimiento está acabando de borrar del mundo como una pura aprensión supersticiosa que es necesario exorcizar, hundir en el descrédito, como la trivial fábula del duende del castillo, del alma en pena del antiguo caballero que habita en la armadura» (183).

Nada irrita más a estas sensibilidades que la mofa del pasado en nombre de la racionalidad presente. A sus ojos, la supuesta irracionalidad y pompa vana de otros tiempos atestiguan, por el contrario, el reinado de componentes ajenos a la productividad, a la maximización del beneficio y el tiempo. Leamos este pasaje pensado en su prosa:

La puritana sensibilidad moderna se siente profundamente escandalizada y ofendida ante el ostentoso fasto de los ejércitos antiguos [...]; ante el lujoso y colorido esplendor de los fajines de seda, los arrogantes chapeos emplumados, doradas guarniciones, hombreras, morriones, casacas con vueltas, cuello y puños de astracán, y hasta cañones de bronce rameado, todo más propio de un juego elegante o una fiesta cortesana que del lugar y el trance en que se derrama la sangre y se arrebatada la vida. La moral utilitaria encuentra absolutamente perverso y blasfemo que de la necesidad de matarse unos a otros puedan hacer los hombres una especie de fascinante y archilujosa ceremonia, que se complace en la gratuidad de multitud de aditamentos puramente ornamentales, no dictados por la necesidad. Hondamente escandalizados[,] [...] los modernos se imponen a sí mismos la más grave, compungida y austera de las actitudes, prohibiéndose cualquier cosa que pueda mínimamente exceder de lo estrictamente indispensable y depurando a la guerra de la irracional pervivencia de componentes rituales, de toda hojarasca ornamental, de toda hueca ostentación caballeresca, inertes y remotas adherencias o rutinas de un pasado bárbaro. Excluyen del uniforme y de los usos y actitudes de la guerra todo elemento inútil, ostentatorio, ceremonial, gratuito; el uniforme va en tela de color camuflaje, sin adorno alguno, con todos los detalles rigurosamente justificados por la más exigente funcionalidad, como si ya en la simple confección del mismo se esmerasen en garantizar la más escrupulosa observancia utilitaria (2016b:178).

Frente al funcionalismo hiperdesarrollado opone unos tiempos que aún reconocían algo más que la pura y estricta eficacia. ¿Qué dice esto sobre su prosa? Ferlosio es un escritor neuróticamente preciso pero, paradójicamente, es extremosamente antifuncional,

ostentosamente excesivo y redundante. Ambos rasgos lo acompañan desde el principio: uno de sus escritos más tempranos, «Maneras de la calle» —aparecido en *Arriba* el 11 de octubre de 1952— es revelador a este respecto: va dirigido al forastero de provincias que llega a Madrid con el encargo de una vecina de que entregue un paquetito durante su estancia. No se sabe qué puede haber dentro aunque es ferlosiana la conjetura de que se trate de «tres metros de frivolidé» tejidos a «ratos perdidos». El meollo está en lo que sigue: para encontrar la casa de los destinatarios el forastero debe preguntar a los transeúntes y, antes de ponerlo en manos de uno cualquiera, el texto se entrega a trazar la tipología moral de los informadores callejeros. Aquella que ensalza no es la que da las indicaciones de modo «breve y preciso»; eso está a la mano de cualquiera, pero «sería zafio y grosero, demasiado breve para una cortesía». Es mucho mejor cuando «[e]l que le indica quiere entretenerse un poco, hacerle ver a usted que se detiene en ello con agrado; descifrarle físicamente hasta ese guarismo elemental que es el cuatro, dejárselo mascado».

Evidentemente, esa concepción de la escritura nada tiene que ver con quien escribe unas líneas de urgencia, con quien se gana la vida con la escritura:

¿No saben los escritores que ellos no se deben a sí mismos y a sus propios intereses, como los industriales, sino al público y a los intereses públicos?, ¿que su deber no es el de ganar dinero, sino el de procurar que tenga la mayor difusión posible lo que han discurrido y han escrito por creerlo verdadero y digno de ser conocido por todos los demás? ¿No saben que ser escritor y ejercer la suprema libertad de determinar tú mismo la naturaleza, el sentido y el designio de tu propio trabajo es un privilegio del que no goza ni remotamente ningún otro trabajador pobre ni rico, comer tu pan en paz, sin la constante inquietud y sobresalto por el destino de sus inversiones en que viven los desdichados capitostes de la industria incluso cultural? ¿No saben que escribir no es trabajar? ¿Cómo pueden asociarse a los editores, cuyo tristísimo deber es el de ganar dinero, y cuya índole es, por tanto, la determinada por el interés privado, ellos, que, más aún que los políticos, son hombre públicos por definición? (2016:227).

Sus pullas contra la verbosidad a menudo fuera de Umbral, contra el poco esmero de muchas páginas de Cela dan fe de su moral de la escritura, que no debe ser en ningún caso el relleno de una caja vacía. Juan Cruz (2016) ha recordado a Ferlosio apareciendo en la redacción de *El País* para dictar sus artículos y cartas con pelos y señales a Ángel S. Harguindey. Cuentan que el celo de impecabilidad llevaba a Kraus a conceder una importancia desmesurada a las erratas: cada número de *La Antorcha* era artesanía, labor cuidadosa enderezada a restituir los desmanes que día a día perpetraba impunemente el periodismo, calamidad de sus tiempos. La profusión de comas en los textos de Ferlosio delata un afán de claridad y rectitud no menores: a menudo enfáticas, ociosas, a veces contraproducentes, revelan una escritura silabeada, articulada muy por lo menudo.

Sus impugnaciones comparten con el publicista Kraus —más que con cualquier otro—, el culto a la lengua, así como el propósito de *desperiodizar* (Kraus 2011:110) a sus lectores y «desechar el ancho pantano de los tópicos que otros querrían delimitar sin cesar nacionalmente» (Kraus 2011:9). Él mismo habló en diversas ocasiones de sus dosieres caseros, fruto de la «maníaca costumbre que me ha llenado la casa de carpetas con recortes» (2017:392) de prensa. De la caza de automatismos y comodines extraía «andaderas o muletas para mis propias reflexiones» (2015b:193). Pero no es en la crítica de las ideologías donde quiero poner el acento, sino en algo de todos modos afín a ello: la dimensión comunitaria de la lengua. En diversos lugares sostuvo que «la palabra es la más impersonal de las cosas de los hombres, el campo más inalienablemente mostrenco de su hacienda» (2017:410); que en la lengua mora el «inconsciente y suprapersonal espíritu de la humana sociedad» (2015:9). Su labor consistió en la auscultación de esa dimensión colectiva y pronto devino, además, el legatario de comunidades previas. El lenguaje se convertía así en un gran depósito donde el pasado seguía ejerciendo su influencia: la *lengua* era —como reza el verso de Kraus— una *casa antigua* repleta de experiencias, y ciertos epígonos se alzaban en sus custodios. Su autoridad derivaba de la extrema conciencia y el cuidado de esa casa común. En *Non olet* (2003) se consignaba de pasada su aversión al «sentido populista de hacerse más aceptable al auditorio “hablándole en su lengua”, haciéndole oír las palabras que prefiere y relegando las que se han desprestigiado» (2017:351). Quien se aproxima a la prosa de Ferlosio sabe que está transitando por un espacio colectivo afincado en el presente con la mirada vuelta melancólicamente hacia el pasado. Se dice que la *función poética* devuelve al lenguaje la fisicidad, el cuerpo, la *carne*, a los que la comunicación ordinaria no atiende. Es propia de Ferlosio alguna *función* concomitante. Tal vez Gumbrecht la implica al «entender la experiencia estética como una oscilación (y a veces una interferencia) entre “efectos de presencia” y “efectos de significado”» (2005:18), donde los «efectos de presencia» dotan «al objeto de experiencia estética de provocativa inquietud» (114). En el trato con los ensayos y artículos de Ferlosio esa *presencia* inquietante es la de una lengua desmesurada que a veces parece imponerse como lo genuino de *la* lengua. Pero he dicho que se había apropiado el papel de custodio del pasado, así que aún le acompaña otro efecto: su timbre está tan rozado con lo antiguo, es tan exagerada su resonancia histórica, que por momentos su prosa coquetea con ser una suerte de memoria del idioma.

De presencias resucitadas sabía mucho ya su primera novela. Alfanhuí veía levantarse ríos y aves en láminas y enciclopedias polvorientas. No olvidemos que fue taxidermista y cultivó una rama de la herboristería especialmente atenta a las mutaciones de

las plantas al secarse. Obsesiones similares alcanzan al protagonista de *El testimonio de Yarfoz*. El «alfabeto raro» de Alfanhú es en Nébride el arte de la necrografía. No obstante, entre uno y otro habían cambiado dos aspectos reveladores: Alfanhú fundaba un alfabeto y no tenía institución que lo acogiera; Nébride *refunda* una variedad retórica perdida y se acoge a una institución venerable, el Real Cuerpo de Necrógrafos. La necrópolis, donde pasa sus últimos días, está emparentada con una biblioteca: en ella no yacían «los restos mortales de los cuerpos ni inhumados ni incinerados» (2002:221) y, sin embargo, los muertos se encontraban «de algún modo, individualmente representados, y lo bastante representados como para que la idea cobrase en la imaginación de los vivos la fuerza de convicción necesaria para llegar a rendirles culto» (222). El arte del necrógrafo estriba en lograr que los epitafios produzcan «la virtualidad de su presencia» (222).

Nébride ha llegado al Cuerpo de Necrógrafos como extranjero. No llegará a asimilarse al pueblo que lo acoge, pero confiesa «sin recato» que la Gran Necrópolis de Gromba Fecería es «la institución más sabia, más ilustrada y más humana de cuantas había llegado a conocer» (230). No obstante, al ensalzarla

no se refería a la institución en el estado de hecho en que la había conocido, sino a la idea originaria que encerraba. En nombre de esa idea, precisamente, lamentaba su actual situación de decaimiento, de uniformidad, de rutina administrativa y de convencionalidad tanto familiar como burocrática. Esa idea era la de que de cada persona singular que había vivido en este mundo quedase un testimonio perdurable tan único, tan privativo o, en fin, tan singular como lo había sido esa persona misma, tan insustituible e irreplicable como ella; lo que exigía, por supuesto, que el arte de la necrografía, lejos de uniformizarse y convencionalizarse, fuese acertando con el don casi divino de la diversificación particularizadora e individuadora capaz de alcanzar en cada caso el toque de la singularidad (2002:230).

Inés d'Ors (1955) señaló agudamente que esta necrópolis «lejos de ser el lugar donde reposan los muertos —como por el término cabría esperar—, resulta precisamente el ámbito donde sobreviven» (1995:57). Quizás en el afán por devolver la singularidad a cada muerto está la comezón culposa de quien nació en un mundo rebotante de cadáveres. Don casi divino, su fantasía fue la redención de los muertos desconocidos y olvidados en el Jarama y en las fosas de la guerra, que habían dejado —así lo decía en agosto de 1982 en «Argentina y los muertos sin adiós»— «la vida y la muerte entremezcladas, confundidos los vivos con los muertos» (2016b:30). La imposibilidad del duelo había roto el límite que separaba ambos mundos y los fantasmas persiguieron a Ferlosio. Nébride se entregó a la arqueología retórica convirtiendo la taxidermia en la resurrección por la memoria. Si se acepta esta lectura, *El testimonio de Yarfoz* se acogería al esquema ferlosiano de la *novela de*

*redención*: «un pecado original como punto de partida y, como desarrollo, el largo camino hasta la redención» (2015:39), con la peculiaridad de que el esquema incumbiría tanto al personaje como al autor: ambos procuran redimir las muertes causadas por su familia.

Con los años se hace más intensa la sensación de que la lengua y la figura de Ferlosio están en representación de una institución originaria traicionada por el tiempo, la rutina y el olvido. Sin esa ilusión no se explica el efecto provocado por su prosa. Por eso, en las necrológicas que se le dedicaron no faltó la imaginería de mausoleos y ceremonias que Benjamin exigía para Kraus. Algo así debió de pensar Max cuando, aún vivo Ferlosio, dibujó —en su «Trampantojo» del 1 de octubre de 2016— a Shakespeare y a Cervantes expresándose con títulos ferlosianos y brindando a su salud:



Ya sonaba a Shakespeare y a Cervantes. Aquel empeño por situarse anacrónicamente entre los clásicos se había cumplido. Los clásicos no debían ser, con todo, un culto fetichista al nombre, sino el recordatorio de un lenguaje compartido desde antiguo al que Ferlosio imprimió un componente religioso. Pese a su sintaxis alambicada, esa religión no quiso ser nunca un club selecto; todo el mundo había ingresado en el preciso instante en que adquiriría el lenguaje; «el don de la palabra» —le gustaba decir—, donde había tenido lugar el «simposio» o «banquete eucarístico»: una institución corrompida en la que, no obstante, seguía alentando la promesa originaria de la paz. Decía que

[e]l sujeto ha olvidado que se creó a sí mismo en la asamblea constituyente del don de la palabra y que eso que toma por promesa de alguna providencia trascendente es un compromiso libremente contraído por él mismo en el interior de aquella sala; no quiere reconocer ya como suya y solamente suya la voz del juramento originario; cree que algún dios le llama y es sólo él quien con su propia voz se llama desde el día memorable e inmemorial (1973:222-223).

Esa es la institución y el día que fantasea convocar. Remiten a una religiosidad republicana que sitúa en la palabra —no en la Historia, la identidad ni la nación— la vigencia de un contrato que no prescribe. A su lado se sitúan los fervores de Ferlosio por la lengua castellana, y por esa senda se reintroducen la tradición (reverso de la Historia, habría dicho García Calvo) y un intenso erotismo que quizás sea nacionalismo sublimado. Sus artículos devinieron memoriales de una ambición comunitaria incansablemente convocada. El 22 de mayo de 1992 se presentaban los dos volúmenes de su reunión de ensayos y artículos en Destino, ancestros de los cuidadísimos cuatro volúmenes que pudo ver antes de morir. Decía a los periodistas que «[u]no recoge lo que desea que se conserve; aquello sobre lo que desea machacar» (en Sorela 1992). También decía que «[l]o que hace que continuemos escribiendo es una especie de obstinación desesperada» (en Sorela 1992). Clamó con afectación, se caló máscaras, impostó acentos, buscó una tradición, un linaje. Escribió uno de los corpus más ambiciosos del siglo XX. Debió de verlo todo con regocijo, orgullo y vergüenza. Un pecio suyo retrata esa mezcla de complacencia y culpa que acompañan su voz y su figura:

¡Ojalá el escociente sentimiento de ridículo que me produce oír el tono de petulante convicción de la voz que me resuena al repasar algún escrito mío fuese capaz de mejorar, o sea de hacer más neutra y más impersonal, la responsabilidad de mis palabras! Pero no: quien, como yo, carece de humildad esperará siempre en vano que el sentido del ridículo pueda servir de sucedáneo de esa virtud que le falta. Le servirá, a lo sumo, de castigo una y otra vez, pero jamás de correctivo; le hará sentir hastío y hasta odio de sí mismo, pero jamás le ayudará a cambiar. Así pues, pienso que el sentido del ridículo es como una humildad que llega siempre tarde, cuando ya la estúpida arrogancia del convencimiento ha conseguido despacharse a sus anchas una vez más (2015b:143).

Los últimos años lo trataron bien. Ganó el Premio Cervantes en 2004 y en 2009 se reconoció el conjunto de su obra con el Premio Nacional de las Letras. En la antesala de la muerte tuvo la rara fortuna de ver cómo se reeditaban sus novelas, se reunía la mayor parte de sus pecios y se compilaban sus ensayos junto a los artículos que escogió salvar. Es uno de los pocos nombres que parece haberse librado de la bancarrota de prestigios que ha azotado el campo intelectual español entre justa y justicieramente. No sé si la última imagen que muchos guardan de él es la que lo muestra en su casa, con el rostro descolgado por los años, vistiendo una chilaba. En todo caso, escojo otra, obra de Jordi Socías, para despedir estas páginas. No habla ya de pájaros siniestros, aunque nunca se fueron. Es el retrato de un superviviente que nos mira tan fatigado como el nudo de la corbata negra que le acompañó inseparable en duelo vitalicio por la muerte de su hija. Ya he recordado varias

veces aquel temor suyo en un pecio fechado el día de la tragedia: «(*Never more*) Decir que el tiempo todo lo cura vale tanto como decir que todo lo traiciona ¿Sabré sobrevivir sin traicionar?» (2008:54). La polución y los años requerían del uso de mascarilla para salir a la calle. Al calor de sus artículos, sería fácil *ver* a la víctima de un progreso desatado cuyas condiciones de vida pasan por la destrucción de las vidas efectivas; no obstante, me decanto por identificar en la fotografía la revelación desaforada de algo que siempre estuvo allí, pero que la miseria de la edad ha cuajado en forma de mascarilla; como si el retrato de un organismo que ha traspuesto su umbral de tolerancia a toxinas, pero continúa bajando a la calle, fuera el último emblema de una obra que tendió a acusar con virulencia el golpe de componentes que muchos respiramos sin excesivos conflictos o sin distinguirlos del aire siquiera. Era el precio de un olfato muy fino y de una sensibilidad melancólica que concibió la adaptación, el cambio y la emergencia de lo nuevo con angustia o recelo.

Supongo que la foto condensa, a su vez, algo de lo que he procurado entregar: el retrato de un organismo generacional y su respuesta a un medio sujeto a décadas de cambio. Aunque Ferlosio intervino en los proyectos de reforma, me parece que en él predominó el apego a lo imprescriptible; la fidelidad, entre querida y fatal, a algo que tememos o no consentimos cambiar porque nos resulta insufrible la sola idea de perderlo; de vivir en un mundo donde ha dejado de existir lo que nos fue querido. En la carrera del tiempo busca lo que permanece intacto («(*El Alagón*) Encuentro finalmente un tramo del río donde digo de pronto: “Esto es todavía exactamente como era en mi niñez”, y acto seguido, sin pensarlo, añadido con pasión: “Y, por lo tanto, como tendría que haber seguido siendo y seguir siendo, para siempre, todo» [2015b:138]) y se duele por lo que fue o pudo o debió haber sido mientras recuerda, como el neurótico su novela, un mundo prometido antiguamente («(*Paraíso*) “Y si eres bueno —me dice en sueños el arcángel de mi nombre—, un día te devolveré tu alfanje, tu caftán celeste, tu gran capa de pieles, tus caravaneros y todos tus camellos, y volveré a ponerte en la Ruta de la Seda, eternamente, camino de Jotán» [2015b:138]).

Se dirá que la propensión a apegarse a los recuerdos y desapegarse del presente; que el aislamiento respecto a un mundo que no responde a los códigos y referentes que *fueron* una época son consustanciales a todo envejecimiento, pero el caso es que este se produjo de forma pasmosamente temprana: a los veinticinco años Ferlosio escogió la casa antigua de la lengua, la de Juana Loré, superviviente a guerras y planes de urbanismo y extravagante entre las casas del vecindario y aun de la ciudad entera. Lo recordaré una vez más: «En el casco viejo de la ciudad había edificios que tenían ocho siglos: la casa de Juana Loré, con



apenas sesenta años, era infinitamente más vieja» (S. Ferlosio 1952). Que nadie se engañe por el retrato vulgar del melancólico; la mascarilla aseguraba las bocanada precisa para el clamor. Las paredes de la vieja casa retumbaron como pocas veces se recuerda. Muchos sostienen que solo podía tratarse de un templo.

## 10.- CONCLUSIONES

Esta tesis se ha propuesto explorar algunas transformaciones culturales que tuvieron lugar desde finales de la década de 1940 hasta principios de los años noventa. Para ello ha escogido un sujeto singular interpretado a la luz de un sujeto colectivo: el de los hijos de la élite vencedora de la guerra civil. Esa doble condición —individuo a la vez que síntoma de grupo— cifra una aspiración que no siempre he sido capaz de cumplir, pero que tampoco querría dar por fallida: ciertamente no entrego un retrato colectivo, pero la fijación en Ferlosio ha procurado —a menudo sacándolo del centro de la escena— inscribir su obra y su peripecia en un entorno de complicidades estéticas e ideológicas cambiantes que lo comprometen y lo trascienden. Tal vez el título que mejor sintetiza mi lectura sea el que empleé en una breve semblanza crítica: «Ferlosio y los demás» (2019). En cuanto al subtítulo, voy pensando que podría rezar *Escribir tras la guerra*. Queda para un futuro la redacción de un estudio que aborde lo que aquí se acaricia, pero no acaba de entregarse: el fresco que trace la evolución intelectual de la imponente generación del cincuenta.

Sí creo haber empezado a retratar aquí ciertas *fantasías* —el término era un sarampión en mis primeros borradores— de estos escritores, entendidas como un haz de aspiraciones, deseos y proyectos. Por ellas se expresan, a veces oblicuamente, los sueños de reforma de una generación que anheló tomar las riendas culturales del país de forma temprana. En lo posible, me he propuesto analizar la base material de esas fantasías: tanto sus mimbres sociológicos como las plataformas donde toman cuerpo. En cuanto síntoma de grupo, la actitud madrugadora de Ferlosio es probablemente impensable al margen de una minoría selecta que se arroga el derecho de suspender las condiciones vigentes para crear otras. Esa ha sido, en gran medida, mi propuesta de lectura de *Industrias y andanzas de Alfanbú* a lo largo del primer capítulo, donde he destacado el peso de la experimentación y la creación de formas de vida por parte de su protagonista poniéndolas en relación con las proclamas de refundación cultural y revolución moral que pueblan insistentemente la prensa de los cuarenta. En qué medida aquellos proyectos se infiltraron en la redacción de la novela es quizás indemostrable, pero no —espero— descabellado. Los dos artículos que Ferlosio publica en la prensa del SEU muestran la aguda conciencia generacional de los jóvenes, así como un afán belicoso de relevo y renovación que Ferlosio, no obstante, contempla con claro hartazgo por lo que tiene de patetismo ansioso y de exceso retórico. Sería un error, con todo, situarlo al margen de aquellos anhelos: a la pieza de protesta contra aquellas soflamas siguió otra no menos contundente que declara la voluntad de dar

curso a una fauna más variada, cuestión próxima a la creación de formas de vida por parte de Alfanhú y que bien podría engrosar la ambición generacional de hacerse con la potestad del cambio.

*Alfanhú* se ha leído esencialmente desde un ángulo que tiende a eclipsar su inscripción en otra historia que la estrictamente literaria. Como he expuesto al describir la metodología empleada, he procurado conjugar ambos polos casando un enfoque de inspiración más o menos sociológica con el análisis de aspectos inmanentes a las obras, si bien es evidente que he cargado las tintas en su dimensión generacional. En lo que hace a *Alfanhú*, me parece que la salida del hogar, la adopción de un nuevo nombre, la exploración de otros alfabetos o la ruptura, en fin, con los límites sancionados por la escuela y la costumbre escenifican la conquista de un derecho que se afirma contra (y es reprimido por) quienes ostentan la representación de las instituciones, sean estas la tutela familiar, la educativa o la —digamos— cognoscitiva. Entre los modos de autorizar su ruptura podría contarse su acusado comercio con el pasado de la obra. Por supuesto que no inventaba nada: su aire antiguo y moderno emanaba de una poética que venía de antes de la guerra y seguía en boga cuando se escribió la novela; por ello mismo, moverse en sus coordenadas era un modo de legitimar una obra primeriza en el fondo de la tradición. Ser revolucionariamente tradicional debía de ser una aspiración consustancial a cualquier escritor ambicioso que se hubiese criado entre los discursos propagandísticos de los cuarenta. Su sintonía con ese código cultural podría ser reveladora de que, pese a su componente festivamente subversivo, la obra es reflejo de una juventud que concibe sus proyectos de renovación en el seno de una matriz que buscan revitalizar antes que cancelar.

Del creciente desapego hacia esa matriz y la retórica estatal que la apuntala se ocupa el segundo capítulo, articulado en torno a *Revista Española*. Las fantasías de renacimiento cultural encuentran allí una reformulación muy significativa. Buena parte de sus cuentos convocan vidas, muertes y nacimientos precarios en barrios pobres o en poblados de chabolas. También las reseñas expresan la necesidad de cuidar los primeros pasos de una plataforma cultural que no cuenta —importa recordarlo— con financiación estatal. La afinidad de actitudes y contenidos me ha llevado a leer *Revista Española* como un todo con cierta indistinción de firmas que registra las esperanzas y convulsiones de una generación que está explorando otro tono y que busca a tientas fundar un lugar propio. Ambas cosas pueden reconocerse en la caricatura que Ferlosio dibujó en un ejemplar del primer número de la revista y que recojo en apéndice: allí vemos a los jóvenes amparados en el abrazo de su benefactor, Rodríguez-Moñino, mientras dos colaboradores veteranos, Juan Antonio

Gaya Nuño y Miguel Pérez Ferrero (que solo llegó a colaborar en una ocasión) tratan de maniobrar contra ese lazo. Tanto Gaya Nuño como Pérez Ferrero aparecen en la tesis para ilustrar la impregnación de una retórica agresiva y excluyente que va siendo aparcada por los colaboradores más jóvenes. Nada de esto significa, por descontado, que la agresividad se esfumara: la revista contiene numerosos estallidos de violencia. Es la violencia de los desheredados, de los perdedores de la guerra; de comunidades, nunca individuos, que esperan el advenimiento del mesías redentor. *Revista Española* se sitúa moralmente —y sobre todo *sentimentalmente*— del lado de los maltratados auscultando y alentando una insurgencia que acaba siempre en fracaso. He propuesto que el énfasis en la fragilidad y el fracaso son traslaciones de una comunidad juvenil que sueña con reformar la estructura comunitaria, pero carece de medios para llevarlo a cabo: los cuentos se internan en las afueras de la estructura familiar o social, aunque constatan fatalmente que no hay nada fuera de ella; nada, cuando menos, que no sea la soledad heroica, asunto que ronda a Ferlosio desde la redacción de *Alfanbuí*. *Revista Española* atestigua, en resumen, aspectos que ya estaban allí y que han ido adquiriendo un dramatismo creciente: la vocación de darse un nombre propio, la adopción de un compromiso moral que exige el desclasamiento o la ruptura con la célula familiar y la búsqueda de nuevos (que ya ante todo son *otros*) cauces expresivos. En la atención a los desplazados se adivina la máscara de una juventud que se siente apartada, silenciada, desaprovechada y que está empezando a prestar atención a la geografía humana maltratada por la victoria en la que parece dibujarse el rostro de un confuso sujeto colectivo.

Aquel apego a los olvidados tuvo mucho que ver con las decisiones estilísticas de *El Jarama*. La representación del habla popular —libre de costumbrismo casticista— apunta a la aproximación de las élites a las clases bajas desde una postura moral. Otorgar valor a lo devaluado me parece una de las claves retóricas de la obra y la base de una actitud cívica que no sé si he enfatizado lo suficiente. Sí he resaltado que ese posicionamiento también remite en Ferlosio al trauma de la guerra y a la condición de olvidados que están empezando a experimentar sus muertos, cuya memoria va representando un obstáculo a ojos de algunos proyectos cívicos emergentes. Va en ello una poética de la Historia a la que enseguida he de referirme; ahora incidiré en cómo al narrar el curso imparable del día, la novela se entrega insistentemente al relieve, como consagrándolos, de aquellos gestos e instantes intrascendentes que están a punto de perderse entre los desechos que deja a su paso la carrera del tiempo. Así he interpretado la intromisión del Pretérito Imperfecto en contextos que en propiedad corresponden al Pretérito Indefinido. Sospecho que en esas

pequeñas rebeliones contra la mecánica de toda narración (da lo mismo si literaria o histórica) andan complicadas con la experiencia colectiva de la guerra: la localización de la acción en el Jarama superponía el presente y el pasado reciente, y el llanto por los residuos que genera el propio relato lo era también por las vidas que el curso de la historia había dejado atrás en fechas muy recientes. Si parece connatural a toda progresión temporal (insisto: ya sea literaria o histórica) practicar alguna forma de cancelación, he tratado de mostrar que Ferlosio vio algo inmoral o hasta irreligioso en dicha naturaleza, ya que entendió que las invocaciones a la necesidad del avance y del cambio se fundaban en el abandono de las víctimas. Me ha parecido que esa convicción que le llevaba a no alejarse de los muertos asoma tanto en el relato «Y el corazón caliente» como, va dicho, en *El Jarama*. En ambos he creído reconocer su voluntad de entrar en contacto con el dolor irreparable de los muertos, fruto de una moral religiosa y muestra más que probable de una culpa heredada.

A finales de los cincuenta tiene lugar un intenso proceso de reinención en el que Ferlosio parece haberse sentido desorientado: no comparte plenamente con las élites de su generación la ambición de cancelar el pasado en nombre del futuro ni aprueba la impronta militante que adquiere la cultura. Revolviéndose contra el lugar que le asigna la intelectualidad antifranquista inicia un periplo de búsqueda y refundación que no dará sus frutos más cumplidos hasta finales de los años sesenta. Sus escasas intervenciones muestran, con todo, la afinidad que mantiene con los proyectos de reforma cultural de la década y traslucen, no menos que aquellos, la conciencia de hallarse en el ingreso o la antesala de un nuevo ciclo histórico. Se propone forjar un estilo y con él un tipo de lector o, si se prefiere, una actitud cognoscitiva ultraexigente que raya a menudo en lo espartano. Por más que nunca abandonase un vínculo afectivo por las gentes más humildes, que entendió como una suerte de reserva de la autenticidad comunitaria, no las escogió para ese estilo. Su cultivo debió de ser objeto frecuente de discusión en la cocina del matrimonio Gaité-Ferlosio, donde empieza a dejarse caer Juan Benet desde que los tres se reencuentran casualmente en 1964. No recoge esta tesis aquellos debates, que deberá incluir en una futura elaboración en forma de libro. La atención a estas y otras reuniones tendrá que completarse con lo que pueda averiguar sobre el círculo de lingüistas al que es asiduo Ferlosio; por lo pronto, cabe entresacar ciertas claves de los trabajos y traducciones de Sánchez de Zavala, que Ferlosio tuvo que seguir, y de los muy dispersos estudios —siempre jugosos— de Carlos Piera. Ya puestos a fabular, sería impagable contar con la correspondencia que Ferlosio mantuvo con Manuel Sacristán.

El caso es que aquel nuevo estilo se asociaba al ejercicio de una subjetividad soberana. Una carta de 1965 a J. M. Castellet lo identifica con una de las tareas más acuciantes del porvenir cultural del país, que pasa por espolear la exigencia y la autonomía de juicio. La complejidad de la sintaxis ferlosiana se funda en una ambiciosa idea de *lector*, una entidad —de ahí mi hincapié quizás excesivo en *La hora del lector*— que es indisoluble de su dimensión ciudadana. A principios de los años setenta ha de exponer, a este respecto, que el modo en que uno se expresa indica lo que se pretende que el otro sea, y a cuenta de ello tacha de *infralenguas* la que el colonizador emplea con el colonizado, el adulto con el niño y tantos frentes con la mujer. Todas esas 'lenguas' apuntalan la dominación de un grupo a costa de la atrofia racional de un sujeto que se quiere conservar en la subalternidad. Ese proceso —que interpreto como una suerte de neoilustración tecnocrática— coincide con el umbral o el ingreso en la cuarentena de aquella generación, esto es, cuando va llamando a su puerta el relevo generacional en las instancias de poder.

Pero en esa semiausencia de Ferlosio durante los años sesenta y primeros setenta sucedieron más cosas. Fueron años decisivos en la revisión de las herencias y fantasmas que habían dejado la Historia y los modelos paternos. Al mismo tiempo que procuraba inventarse un estilo para el porvenir llevaba a cabo una revisión selectiva de la tradición vernácula. La fijación por instaurar un modelo retórico, amén de su pasatismo tenaz, le lleva a apostar por cauces prosísticos anteriores a la consagración de la institución literaria moderna; cauces —valga decir— próximos a la prosa científica, didáctica y, por lo tanto, parcialmente ajenos a la entronización de la literatura de ficción, en la que empieza a ver una mercancía sociológicamente fagocitada por dinámicas mercantiles. En realidad, el corte con su trayectoria de novelista no era un hecho tan extraordinario como el mito ha tendido a repetir: convergía con el ascendiente que el ensayo empezaba a adquirir en el campo literario como pieza clave en la construcción de proyectos estéticos e intelectuales y —ya al filo de los setenta— como género competidor de la novela entre los lectores universitarios; corolario lógico, bien mirado, del lector civil que había empezado a buscar la literatura de mediados de los cincuenta.

El ensayo de entonces acusa un fuerte espíritu técnico que discrepa del tono conversacional, la fluidez o la inteligencia amable que solemos asociar al género. De aquella neoilustración tecnocrática viene la minuciosidad argumentativa y un muy vistoso culto al pionero, deseoso de redescubrir el mundo por medio de la investigación o el estudio. Tales rasgos alcanzan en Ferlosio una forma festivamente desmesurada. También él participa del desafío a las convenciones y, sin duda, el carácter selvático (pero rigurosamente preciso) de

su escritura, su puntillismo insaciable o la promiscuidad con que se adentra en senderos aparentemente secundarios al principal retratan por saturación el carácter experimental y desbordado de una época. Es sobre esta doble condición sobre lo que querría poner el acento. En Ferlosio, la experimentación y el desbordamiento responden a la implacabilidad con que busca contemplar cada ángulo de su objeto; no obstante, ese puro placer sistematizador convive con el gusto por la maravilla, con el rechazo a la mera anuencia con lo dado y cierto afán de señalar vías desapercibidas o abortadas; y estos me parecen aspectos que empiezan a comprometer a generaciones más jóvenes. El culto a la infancia, en la que aún no ha sido roturado el campo perceptivo ni se ha cumplido la socialización, es piedra de toque a la hora de invocar la utopía de un mundo que rebrota como posibilidad con cada nacimiento. En ese sentido, forzando el término hasta lo impropio, he creído advertir hacia 1966 cierto anticipo de un *ethos* contracultural perceptible en algunos textos antes de que lo hiciera ruidosamente en las calles. Hecha la salvedad de unos pocos nombres —aquellas lides fueron cosa de otra generación— hay algo en algunos miembros de la generación del cincuenta que explica la sintonía con una nueva promoción con la que, no obstante, siempre mediaron la distancia y hasta la incompreensión o la desaprobación. Nuevamente, las biografías tuvieron mucho que ver en ello: si desde finales de los sesenta los más jóvenes practicaron *grosso modo* y afectadamente el corte con la tradición vernácula, la generación del cincuenta ensayó poéticas que ajustaban cuentas o se aliaban con episodios de esa tradición.

También Ferlosio ha de fantasear tempranamente con reformar la prosa guiado por modelos anteriores. Lo espinoso de su comercio con el pasado estaba, sin embargo, en que aquellos tratos con antigüedades habían sido muy gratos al fascismo, cuyo empeño por revivir un tiempo glorioso amenazaba con dejar su estigma sobre el proyecto de Ferlosio. Urgía, pues, dejar claramente establecidas cuáles eran las dimensiones de su nostalgia disponiendo los modos en que era lícito recuperar el pasado. El efecto subyugante de lo ido podía ser el mismo, pero lo desplazó —como si de una interdicción se tratase— hacia aquello que no podía ser recuperable o repetible en el presente: por una parte lo asimiló al goce, esto es, a aquello que solo puede ser disfrutado episódica y brevemente; por otra, lo anudó al duelo: el goce estaba en amarlo *porque* se había perdido y era irrecuperable, en ningún caso en resucitarlo. No podía renunciar a la erótica pasatista en la que se había formado una parte considerable de su sensibilidad, pero la reformuló a fin de conjurar cualquier traducción política de esa nostalgia. Así las cosas, su perfil estilístico oscilaría entre un tradicionalismo sentimental lírico y episódico y una escritura de fuerte aire

tecnificado. Ambos se aunaban en una reforma de la prosa que se inscribía en la tradición, solo que exorcizándola de la ideología imperialista con que el fascismo la había colonizado. He propuesto leer a la luz de estos proyectos una novela que no se publicaría hasta 1986, pero que se integra en un amplio proyecto narrativo que arrancó en los años sesenta. Me refiero a la *Historia de las guerras barciales* y a lo que conocemos de ella, *El testimonio de Yarfoz*, donde se simula arqueológicamente el hallazgo de un documento de los orígenes y donde es evidente la voluntad de inventar una prosa castellana clásica. No me parece baladí que la novela narre la epopeya de un héroe traumatizado y horrorizado por la violencia: junto con las implicaciones biográficas de ese héroe —sobre las que no voy a insistir— querría recordar que en Ferlosio se adivina la utopía de una tradición letrada que, contra lo que dictaba ideal, habría renunciado a las armas. La convivencia de esa prosa monumental con la sombra de la guerra y la violencia es obsesiva en Ferlosio, a tal punto que parece emanada de una de esas *escenas originarias* —por tomar un préstamo del psicoanálisis— en las que conviven lo fascinante y lo repulsivo. Pienso, a este respecto, en su fijación por la conquista de América, que en algún momento da por partida de nacimiento de la modernidad y que allega —por las necesidades crecientes de la administración de las Indias— al desarrollo de la sintaxis castellana. Aduce la sintaxis de las Indias como origen genealógico de su propia escritura: en la lengua de los archivos encuentra la atracción irresistible de un castellano con pátina, aunque eminentemente al servicio de la dominación.

Como he dicho en el prólogo, mi énfasis en los exorcismos responde al deseo de no perder de vista aquello que perdura en el cambio; aquello que no se pierde, sino que se reelabora. La fuga, el pánico a la reproducción son indicativos de un malestar que Ferlosio, quizás siguiendo a Adorno y a Horkheimer, llegará a situar en los orígenes de Occidente: la épica, el culto a la eficacia —más fascinante cuanto más limpia y letal— son secreciones del principio de dominación, verdadero sujeto de la Historia y causa, con dejes católicos, de un mal ubicuo y omnímodo que enajena a los individuos para cumplirse. Para una concepción similar no acaba de existir la noción de individuo ni tampoco parecen hacerlo, consecuentemente, las condiciones de víctima y victimario; la frontera se desliza entre quienes parecen igualarse en la condición de víctimas del numen de la Historia. Bien mirado, esta concepción se ajustaba al proceso de suspensión de responsabilidades que habían puesto en marcha algunos hijos de la guerra; desde esta óptica, imbuida de la noción de pecado y ajena a la noción liberal de individuo, uno queda poco menos que convicto de culpa desde que viene al mundo. Tanto da si el daño lo perpetró él o si fueron sus antecesores. Se diría que en Ferlosio el mal es pura inercia enajenada, mientras que el bien



es fruto exclusivo del albedrío, única condición —o así lo intuyo— en la que a su juicio se afirma la persona. De esta suerte, podría desprenderse que el sujeto solo ejerce la condición de tal cuando se opone al curso o la inercia de las cosas. Solo entonces parece poseerse; en el resto de casos es poseído, lo que vale tanto como decir que ha sido suplantado o desposeído. Valga o no la hipótesis, lo que parece cierto es que a sus ojos la Historia no es más que el recuento de la inercia del mal: víctimas y victimarios coincidirían en haberlo sido de la Historia. Esa mirada determina su fijación por aquellos episodios y figuras que perecieron desafiando el curso de la Historia, en una confrontación de rasgos alegóricos que podría identificarse como la querrela entre la fatalidad y el albedrío, el destino y la libertad, la necesidad y la contingencia... La paradoja estriba en que, de no haber perecido, esos episodios contrahistóricos se harían fuertemente sospechosos de haberse convertido en Historia. Esta me parece ser una aporía de Ferlosio: solo la derrota merece ser celebrada y consagrada en cuanto testimonio de una voluntad soberana. Es una concepción profundamente aristocrática convencida de que el cambio solo conduce al envilecimiento. Para mantener su ejemplaridad antihistórica, el pasado ha de limitarse única y exclusivamente a la conmemoración: el dolor y los muertos deben ser acompañados y clamados públicamente, pero se prohíbe aducirlos para exigir cuentas al presente so riesgo de explotarlos convirtiéndolos en argumento del cambio histórico, es decir, reconduciéndolos al motor de la Historia, en lo que acaso vería una última traición.

Como va dicho, Ferlosio es entonces asiduo de ciertos episodios en los que se escenifica la violencia de la Historia, pero también centra su atención en otra violencia concomitante, la que apareja toda atribución de sentido. Trataré de precisar la analogía: al igual que toda narración, la histórica no se limita al mero registro de que unos hechos sucedieron a otros en el tiempo; también sostiene que los unos se desprenden de los otros. Para existir, esa confección narrativa precisa soslayar o ladear todo aquello que escapa a la concatenación: aquello que no se explica conforme al sentido (dirección) de la historia carece de sentido (aquí entendido como significado y valor). Hay aún, si se quiere, otro añadido: aquellos acontecimientos que son investidos con el sentido de la historia son, de hecho, fruto de un tratamiento previo que se ha ocupado de despojarlos de todas las notas que no resultaban pertinentes para la construcción de sentido. Así las cosas, donde hay sentido hay —borrada, encubierta— una mutilación (o *desfiguración*) que inventa su objeto de una manera mucho más literal de cuanto solemos estar dispuestos a aceptar. El hecho estaba junto a otros que hemos condenado a la impertinencia y cuenta con características que hemos condenado a la misma suerte. Por supuesto, el criterio que separa lo pertinente

de lo impertinente, lo que tiene sentido de lo que no, viene determinado por cada época, que proyecta sus necesidades sobre los objetos, inventándolos o invistiéndolos de un significado desapercibido o hasta ahora irrelevante que de pronto da sentido al presente. Esa es la presunción que guía la mirada de Ferlosio, quien —radicalizando lo dicho— bien podría sostener que el sentido de la historia no es otro que el que conduce al presente; que toda interpretación del pasado está al servicio de establecer que las cosas son como son porque solo podía haber sido de este modo; que el presente no es obra fortuita del azar, sino la única posible e imaginable y, en muchos casos, probablemente la mejor.

Tales criterios parten de la devaluación de cuanto no se avino al curso del presente, pero —de una manera insospechada y paradójica— desde la perspectiva ferlosiana también incurren en cierta forma de devaluación de los hechos a los que sí atribuyen valor, toda vez que los reducen a la condición de medios para un fin. En ello está la distinción entre bienes y valores, con clara repugnancia por el segundo término, que entiende como un atentado contra la dimensión irrepetible y perecedera de la vida humana. Igual que sucede con su inquina a la Historia, el repudio de los valores y las grandes proclamas le hizo volcar su atención sobre aquello que se zafa o se revuelve contra el sentido; si abrazaba a las voces críticas con la conquista de América, también celebraba aquellas obras literarias que se vengaban del cometido ideológico con que el autor o su tiempo las habían querido coartar. Ambos fenómenos se ajustan a un concepto que me parece nuclear y que Ferlosio habría abordado por extenso en la tercera e inédita de sus *semanas del jardín*: la *figura*, aquello que no puede ser rellenado ni modificado, aquello que, fin en sí mismo, se impone sin dejarse despojar de ninguna de sus propiedades ni convertir en representación de nada más que de sí mismo. Me ha parecido que este concepto, ajeno al principio de intercambio e inexpugnable o incoercible a la férula del sentido, podía ser la respuesta a una alegoría frecuente en los programas ideológicos de los años cuarenta y muy cara a Rafael Sánchez Mazas. Me refiero a las bodas entre el Verbo y la Carne, que he ido empleando a manera de *ritornello*, donde el primer término podría asociarse al sentido o a cualquiera de sus hipóstasis (*i.e.* el sentido de la Historia, el sentido del Espíritu) y el segundo a la concreción fáctica que, convertida en mero receptáculo, es conminada a alojarlo, supeditando su vida al cumplimiento de ese valor. El fascismo fue muy explícito a este respecto: la fundación de un tiempo nuevo pasaba por ajustar el comportamiento de todo individuo a unos mismos principios jerárquicos presuntamente resucitados del pasado. Es probablemente el lema joseantoniano del portador de valores eternos el que mejor expresa esa condición de receptáculo que se asigna al individuo; y no por nada, Ferlosio dice haber pergeñado su

definición del hombre invirtiéndola término por término: gozador de bienes efímeros. Aquello que se goza se consume al consumarse, su intensidad está en su carácter fugaz y perecedero, la Carne no lo lleva (no es portadora), sino que lo quema en el puro placer de un instante sin afán de perpetuarse ni dar curso a nada más; y donde no se da curso no hay Historia, donde nada conduce a nada se rompe la cadena del *sentido*.

Tales propósitos están estrechamente vinculados a su aversión por el pensamiento finalista (recuérdese aquel gusto por tejer y no hacer jerséis que alguna vez dio por poética) e incumben a cualquier forma de pragmatismo. Esas son las coordenadas que mejor describen el lugar que ocupa Ferlosio a partir de los años setenta. En adelante, su tono sería casi invariablemente derogatorio y su ojeriza a la *Realpolitik* iría en aumento. No tardaron en lloverle las tachas de reaccionarismo —que, sin duda, habría aceptado provocativo y gustoso— mientras se agudizaba su perfil de predicador fiel a una utopía irrealizable. Lejos de incomodarle se empleó en cultivar ese lugar: se puso del lado de aquello que trataba de racionalizarse con el expediente del mal menor, el daño colateral o el sacrificio indispensable. Contra la resignación y las llamadas al principio de realidad se acogió al primado de la utopía y la moral; por más veces que la realidad y la historia las hubiesen revocado sin cesar, su vigencia atestiguaba la existencia de una asamblea constituyente cuya posibilidad o promesa se renovaba en cada individuo con el ingreso en el lenguaje. Desde los años setenta se afianzan sus invocaciones a esa comunidad imprescriptible que no debe consentir la menor forma de degradación de la vida comunitaria. A fin de cuentas, que ni esa comunidad ni su ideal hubiesen existido jamás no los desacreditaba. Para Ferlosio, lo sospechoso era más bien la presteza con que se los despachaba por mitos; en ella veía el argumento de un abogado defensor del *statu quo*, la connivencia con lo dado o lo que llamaba, con palabras subidas, la actitud propia del siervo de la Historia. Como glosaba arriba, quien invoca la inevitabilidad, la irrevocable falta de alternativa parece haber renunciado de antemano al albedrío, cuya condición pensó en términos similares a los que el actor teatral mantiene con su personaje. Pero son quizás estas palabras las que pueden resumir mejor su concepción de la libertad como intransigencia irreductible: «Por mi parte, precisamente no se me ocurren palabras más apropiadas que atribuir al soplo del espíritu que una voz que susurra “Tertium datur!”. Rechazar y desatar la falaz y fatal constricción de los dilemas, quebrantar la cadena del destino, es la obra del espíritu. Pues quien no haya comprendido que los dilemas son ya destino, ya fatalidad, ha renunciado a la mera posibilidad del albedrío» (2015b:126).

De esa intransigencia procede la incomodidad, a veces furiosa, que despierta entre quienes apelan a los obstáculos de la realidad y de la vida en comunidad. Él mismo parece haber contemplado la tesitura a que conduce la fidelidad extrema a esos principios irrevocables. No es poco revelador que una de sus tres novelas concluyera con una soledad orgullosamente escogida, pero melancólica, y que otra narrara un exilio coronado con alguna suerte de ostracismo patológico y silencioso. En su límite, las posiciones de Ferlosio parecen conducir a la isla en la que Alfanhúí acaba sus andanzas «lejos de todas partes» o al ensimismamiento culposo de Nébride, cuyos días acaban en el retiro de una necrópolis, empeñado en salvar la memoria de los muertos, cada vez más aislado de sus familiares. Algo así parece haberle sucedido al propio Ferlosio, o eso se desprende de su canto a la belleza moral de quienes a lo largo de las tragedias de la Historia lucharon o «se dejaron vencer por el horror, por el dolor, por la desolación [...] desfalleciendo de cualquier deseo y de cualquier esfuerzo de supervivencia, y se tendieron sobre el suelo, “echándose a morir”, como tan bellamente se decía en otros tiempos menos ilustrados» (2017:486). Ferlosio es incoercible, pero también puede llegar a ser irrespirable. Así debió sentirlo la leva de pensadores que le sucedió y que fue abrazando, ya fuera por esperanza o por puro desengaño, el paradigma de la socialdemocracia: todos lo leen, lo admiran, le otorgan el título de clásico vivo; son ellos quienes lo han alzado en el ensayista más respetado de las últimas décadas; no obstante, vieron que nadie podía vivir con arreglo al mandato moral de aquella voz poderosa. Tanto su relieve como su relegación relativa son fruto del creciente pragmatismo que ahormó la política y la moral. Ferlosio no había cambiado gran cosa, pero los tiempos lo habían hecho profundamente. Su cultivo de una retórica de querencia arcaizante y en cierto modo antimoderna podría entenderse desde el rechazo de ese pragmatismo y escenificación de su orgulloso desengaño histórico. El gusto por la frase barroca, antieconómica, redundante, la exhibición de complejidad constructiva son desafecto a la funcionalidad y rasgos de una idiosincrasia aristocrática apegada al derroche y al exceso fastuoso de quien parece postularse como último sostenedor de un contrato anacrónico; atributos que se compadecen con la lección cervantina de que «Toda estética es una antigua ética» (2015b:92). Una parte importante de ese fondo antimoderno procedía, sin duda, del modelo paterno y podría ensancharse hasta abarcar ciertos usos afines a la prosa de Falange, cuya influencia retórica está probablemente pendiente de un estudio que corrija el énfasis en el exorcismo y en la *cura* que domina nuestras reconstrucciones culturales de la postguerra a la democracia.

No obstante, el esquinamiento de Ferlosio ante la marcha de las cosas no debería interpretarse como arrinconamiento de su función intelectual. Desde que echó a andar la etapa democrática Ferlosio adoptó un papel fiscalizador que ya nunca abandonaría. Valga como muestra «Casado y la base de Rota», la última de sus frecuentes cartas al director, aparecida el 2 de octubre de 2018, donde a sus 91 años —lleno de días, para decirlo con la fórmula bíblica que le fue querida— afea al presidente del Partido Popular que, conforme ha leído en su peinado diario de prensa, haya «solicit[ado] directamente al Gobierno de EEUU que traslade la VI Flota de EEUU para el Mediterráneo a la base de Rota». ¿Desde cuándo «[l]a autoridad de un partido en la oposición incluye y abraza propuestas directas internacionales y militares a terceros países?». El compromiso de Ferlosio con lo público es tenaz y suele adoptar forma jurídica. «[L]a condición máxima y decisiva del respeto» —dirá en la Transición— es «la de tratar una cosa a toda la altura de lo que pretende ser», juzgándola a la luz «de su propio ideal» (2016b:13). En varios lugares recuerda la etimología común de la *legalidad* y la *lealtad* guiado por una concepción formal del derecho, esto es, la que se apega a códigos y normas por ver en el régimen de garantías una suerte de humanismo contra la crudeza o el ensañamiento en los que cae una justicia desembridada. Me ha parecido que la naturaleza jurídica de sus intervenciones —tan palpable en su propio lenguaje— dibuja, a su vez, la aspiración de hacer valer una institución independiente de las demás y dedicada a revisarlas. No es otra cosa la institución intelectual; lo significativo del caso es cuán perceptible es el deseo de elaborar una jurisprudencia que dirima y hasta tipifique, dándoles nombre, las faltas del día. Fue una manifestación más de su compromiso con el cambio político. La alta exigencia con las instituciones y las figuras públicas es la mitad de un proyecto de estirpe republicana que llama a la ciudadanía a implicarse activamente en la vigilancia del poder. Vio ambiguamente a esa ciudadanía: por una parte, la concibió bajo el signo de la perfectibilidad, recuerdo de aquella asamblea originaria a la que me he referido hace un momento; por otra, la ve como una masa embrutecida cuyo escaso desarrollo moral la hace querenciosa de esquematismos simplificados, como el que lo divide todo en buenos y malos, atiende al quién y no al qué, defiende ciegamente unas siglas políticas o justifica abusos en nombre del bien común, como si no fuese el propio bien común el que queda en entredicho en el acto. Enemigo contradictorio, pudoroso, de la identidad —solo una afirmación orgullosa de la propia singularidad explica una obra exagerada como la suya— insistió en que cada individuo estaba compuesto por rasgos semejantes a los de los demás. Quien enarbolaba la bandera de la identidad era poco menos que enemigo de lo público y común.

Son por lo menos tres las cuestiones por las que esta tesis pasa de forma insatisfactoria y que urge abordar con un pincel de brocha más fina que el que he empleado: sobre dos de ellas me han llamado la atención los directores al considerar que el retrato de *El País* es un punto demasiado plano y como condicionado por el perfil que ha adquirido el diario en las últimas décadas. La aprensión a caer en esa proyección acompañó la redacción del capítulo, pero no he logrado sustraerme a su influjo. Dejo para una elaboración futura un retrato más fiel de la polifonía del periódico. Se me ocurre, con todo, que otro factor puede haber sido más determinante en esa uniformidad de que adolece mi retrato: se trata del énfasis en el proceso de concentración discursiva que supuso la cabecera, cuya hegemonía ha sido incontestable durante décadas. Que esa hegemonía supusiera homogeneidad es algo que esta tesis desestima en varias ocasiones; lo que enfatiza es que la preeminencia de la cabecera ratifica la marginalidad de otras, es decir, la postergación, invisibilidad o desaparición de un sector de la izquierda cultural. Parece inevitable que todo medio propenda a mantener algún tipo de afinidad con cierta opción política. La de *El País* con el PSOE fue tan tensa como indudable, y es obvio que esas tensiones no han caído en la ruptura definitiva. De ello no se deriva, como se repite a menudo, que la cultura española haya vivido entregada a la complacencia con el PSOE. Parece que complicidades tan estrechas entre poder y cultura no se han dado en la historia europea reciente desde el compromiso de las fuerzas de la cultura con el Partido Comunista. En cambio, sí se deriva que la izquierda cultural española ha sido preponderantemente socialdemócrata, y que de ese dominio emana el imaginario cultural de una época. En mitad de la crisis del comunismo y del temor a los herederos directos del franquismo vio o creyó ver en el PSOE un instrumento histórico de cambio, pero son demasiado precipitados los análisis que reducen el periodo a un puro connubio.

Sin la rápida concentración discursiva que conoce *El País* es probablemente inexplicable el perfil heroico que Ferlosio se otorga a comienzos de 1981, como demuestra «La homilía del ratón», pensado «a manera de prólogo» de un vasto proyecto que a esas alturas apenas si echaba a andar. Ferlosio es una de las principales firmas de *El País*, una de las más apreciadas y una de las que otorga su prestigio tanto a las páginas de opinión del diario como a la función del intelectual. Que ese ascendiente no se tradujera en poder de influencia me parece haber sido una de sus frustraciones, ya que en él hubo ante todo una especie de consejero moral a veces metido de lleno en la condición de prescriptor. De allí vienen sus más profundas decepciones con el poder socialista, y con esto entramos en la segunda cuestión pendiente de matiz: no haber contrapesado el balance negativo que

Ferlosio realiza de la gestión socialista. Queda pendiente ofrecer una visión compleja de los casi tres lustros de aquella etapa; valgan ahora dos notas sobre el período y sobre el punto de vista que he adoptado, que ha sido —siguiendo a Ferlosio— el de quienes se sintieron inmediatamente defraudados por la utilización del aparato represor del Estado en nombre de la democracia. La denuncia de esa incongruencia, así como el sugestivo nombre en que se ampara —*razón de Estado*—, son obsesivas en el tipo de intelectual que representa Ferlosio, temeroso hasta lo neurótico de caer en la posición del intelectual orgánico. Puede antojarse intransigente la revocación tan temprana que hace del PSOE, pero se me hace más bien reveladora de la impaciencia y las esperanzas de muchas personas que bajaron pronto sus expectativas hacia un partido que se conformó rápidamente al aparato del Estado y que fue reticente a renunciar a formas que se compadecían mal con el cambio esperado. Al PSOE asignaron la labor de construir la democracia en unos años donde la alternativa política estaba desarbolada, y esa holgura está en la base de la fiscalización escrupulosa, el clamor y la derogación; más, cuando parte de la ciudadanía —así lo contempla, horrorizado, Ferlosio— parece transigir sin inquietud con la suspensión selectiva del Estado de derecho.

Para un intelectual de su perfil, cualquiera de las tres opciones posibles —soslayarlo, consentirlo o minimizarlo— habría supuesto caer en la abyección. Recuérdese aquel concepto de honor que guió a Ferlosio y la desazón que siguió a su apoyo a la permanencia en la OTAN, que vivió como pacto con el poder. La virulencia de sus críticas manaba directamente de su identificación con las instituciones y el marco jurídico, por ellas se hacía «valedera la ficción jurídica de que la autoridad de las instituciones no funda sus poderes en enajenación o usurpación, sino en delegación» (2016:117). El de Ferlosio ha de ser, sin concesiones, un Estado moral y su articulismo quisiera estar —para recuperar unas palabras que Adorno dedica a Valéry— «en representación de aquello que podríamos ser» (Adorno 1970:200); de aquello que considera que *deberíamos* ser, lo cual lo aproxima sospechosamente a la órbita de esos valores que tanto le enojaban. Esa exigencia sin paliativos le lleva a decantarse por cierta épica de santidad algo afectada y estentórea que ha coadyuvado a la mitificación de su figura. Ferlosio es, desde hace unos años, uno de los presuntos resistentes de una democracia supuestamente catatónica. En él han visto el continuo impugnador de la proclamada inevitabilidad de los procesos históricos y económicos que han ido desplegándose velozmente ante la dejación y la falta de imaginación para la alternativa de los gobiernos progresistas de los últimos treinta años largos. Sin duda, muchos aprecian al crítico de uno de los ídolos más asentados, el

Progreso; otros recuerdan sus impugnaciones del nacionalismo y su repugnancia furibunda por cualquier atisbo de españolismo y nostalgia imperial. Pero serían muchos los problemas que suscitaría su ambigüedad hacia las responsabilidades pasadas. Dudo que respaldase la memoria histórica, desdeñaría el culto a la palabra *democracia* y acaso aborrecería la jerga que emplean muchos libros que citan, por lo general, uno solo de sus artículos: «La cultura, ese invento del gobierno». No me cabe duda de que revocaría sin concesiones cualquier recurso a las taras y abusos de los gobiernos precedentes con miras a hacer de ellos munición para postularse como candidato al trono, según un modelo que llamaba moral farisaica, a saber, la que construye la propia bondad por mero contraste con la maldad ajena. Lo cierto es que con Ferlosio no hay causas que reabrir, aunque las hay incontables que lamentar y de las que dolerse.

Supongo que nuestras imágenes sobre el pasado corren siempre la misma suerte. Por más que nos esforcemos en el detalle, se cuajan en un bloque más o menos homogéneo que describimos con arreglo a un modelo ligero o impudicamente judicial: lo aprobamos pese a sus taras, lo reprobamos pese a sus virtudes o simple y llanamente lo aprobamos o lo suspendemos sin matices. Son estas, poco más o menos, las tendencias que tiran de nuestra exposición; más, claro, tratándose de etapas que suscitan conflictos en el presente, y ya hace un tiempo que la configuración y primeros compases de la etapa democrática son una cuestión palpitante que parece estar comprometiendo labores de diplomacia y contradiplomacia tanto institucional como académica. Salvando sus notas específicas, el fenómeno no es ni mucho menos español: forma parte de las disputas en torno a una palabra arrojadiza algo fetichizada —la *democracia*, *lo democrático*—, inseparable del conflicto generacional y del hartazgo respecto de unas instituciones poco transparentes y ostentadas por partidos demasiado entregados a sus propios intereses y jerarquías. Esa querrela —esta tesis ha observado el fenómeno en varios momentos— viene sustanciándose en una leva intelectual emergente que está realizando operaciones de distinto calado (construcción de plataformas, revisiones del canon, polémicas intergeneracionales, intervenciones sobre el género del sujeto enunciativo, procesos de subrogación, fijación de acontecimientos genealógicos) que espero poder analizar con detenimiento en un futuro temprano. La honradez obliga a no descartar que tales tensiones hayan trabajado a lo largo de mi exposición en los últimos dos capítulos.

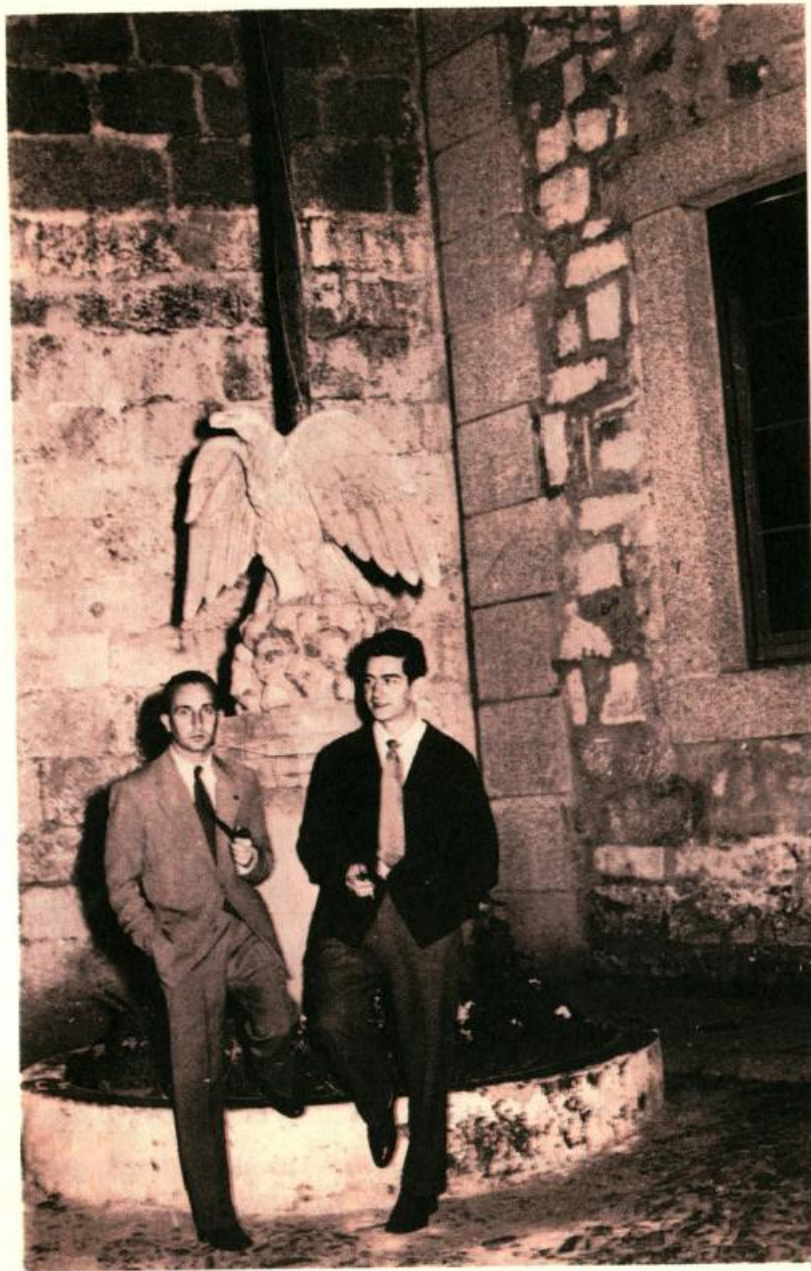
Debo señalar la última cuestión que no satisfago y que hace un tiempo que me ronda: el lugar cultural de la izquierda reaccionaria o antiprogresista. Quien lee a Ferlosio entra en un contrato verbal a menudo periclitado. Gusta de una retórica moral solemne



cuya genealogía querría trazar algún día. Con todo, no es únicamente su pasado lo que me interesa, sino su presente. Lo que ahora diré requiere de muchos más matices de los que caben en este apartado, pero valga apuntar que cierta ampulosidad y vehemencia argumental, la fuerte y explícita impronta de la moral cristiana, así como las invocaciones a los *hombres* y al *espíritu* son hoy patrimonio casi exclusivo del pensamiento conservador, que los aduce para fines diametralmente opuestos a los de Ferlosio, al servicio de la nación, el racismo y, en no pocas ocasiones, del mercado libre. Es un fenómeno muchas veces observado que en el desguace de las utopías fueron los neocón quienes rellenaron el viejo lenguaje, los únicos que estuvieron en condiciones de articular una utopía. Queda pendiente.

Me parece que ya voy fiando demasiadas cosas al futuro. Al calor de lo dicho, no me privaré de consignar un último aspecto que se sale de la vocación conclusiva de estas páginas para entrar en uno de los propósitos de esta tesis: en algún punto *Las semanas del jardín* conjeturan que la univocidad del sujeto proviene de la necesidad escatológica de salvación y condena; llegado el día final no puede haber vacilaciones acerca de a qué lugar debemos ir a parar. Decía que otro tanto suele suceder con nuestros trabajos y, si algunos se prestan a cumplir esa regla, deben ser los que giran alrededor de una figura. He procurado no erigir altares ni picotas, pero me imagino que es imposible. Espero que cuando menos vayan repartiéndose las páginas; tal vez la imparcialidad sea eso: un curso de suplicios y estima.

11.- APÉNDICES



"Bajo las alas del siniestro pájaro", un águila imperial en esta foto. (Con Manuel Pilares en Cáceres, mayo 1955.)

# REVISTA ESPAÑOLA



*Dibujo de Rafael Sánchez Ferlosio dentro del primer número de "Revista Española", donde caricaturiza, a vuela pluma, a Antonio Rodríguez Mouino y sus "protegidos."*



## BIBLIOGRAFÍA:

- ADORNO, Theodor W., *Crítica cultural y sociedad*, Barcelona, Ariel, 1970.
- , *Minima moralia*, Madrid, Akal, 2006.
- ALLEN, Nancy, «Alfanhuí y su cartilla intacta», *Revista Hispánica Moderna*, núm. 30 (1964), pp. 126-135.
- ALSINA, Jean, «De *La vida nueva de Pedrito de Andía* à *Alfanbuí*: l'impossible retour en arrière, un imaginaire partagé et scindé», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, núm. 24, 1996, pp. 290-302.
- ALTAMIRANO, Carlos, *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.
- ÁLVAREZ JUNCO, José, «Historia y mitos nacionales», en Javier MORENOS LUZÓN y Xosé M. Núñez Seixas (ed.), *Ser españoles: imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, Madrid, RBA, 2013, pp. 21-56.
- ARANGUREN, José Luis L., «El curso de la novela española contemporánea», en *Estudios literarios*, Madrid, Gredos, 1976, pp. 212-310.
- ARANGUREN, José Luis, «EL PAÍS como empresa e “intelectual colectivo”», *El País* (7 de junio de 1983). En:  
[http://elpais.com/diario/1981/06/07/opinion/360712807\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1981/06/07/opinion/360712807_850215.html)
- BARTOLOMÉ MARTÍNEZ, Gregorio (coord.), *La lengua, compañera de la transición política española. Un estudio sobre el lenguaje del cambio democrático*, Madrid, Fragua, 2006.
- BAYARD, Pierre, *Cómo hablar de los libros que no se han leído*, Barcelona, Anagrama, 2008.
- BENET, Juan, *La moviola de Eurípides y otros ensayos*, Madrid, Taurus, 1981.
- , *La inspiración y el estilo*, Madrid, Alfaguara, 1999.
- BENET, Juan, *Páginas impares*, Madrid, Alfaguara, 1996.
- BENET, Juan, «Torán», *El País* (29 de diciembre de 1981). En:  
[https://elpais.com/diario/1981/12/29/opinion/378428411\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1981/12/29/opinion/378428411_850215.html)
- BENET, Juan, *Otoño en Madrid hacia 1950*, Barcelona, Random House, 2010.
- BENET, Juan, «El preparado esencial», en *Teatro completo*, Madrid, Siglo XXI, 2010.
- BENJAMIN, Walter, *Calle de dirección única*, Madrid, Abada, 2011.
- BENJAMIN, Walter, *Iluminaciones*, Madrid, Taurus, 2018.
- BONET, Laureano, *La revista Laye. Estudio y antología*, Barcelona, Península, 1988.
- BONET, Laureano, «J.M. Castellet y el lector: la búsqueda de una libertad compartida», en J.M. CASTELLET, *La hora del lector*, Barcelona, Península, 2001, pp.121-201.

- BOURDIEU, Pierre, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 2015.
- BREINER-SANDERS, Karen E., «Industrias y andanzas de Alfanbuí: incorporación mítica del rito de iniciación», en KOSSOF, David A. y José Amor y Vázquez (eds.), *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Madrid, Istmo, 1986, pp. 263-274.
- BÜHLER, Karl, *Teoría del lenguaje*, Madrid, Alianza, 1985.
- CABALLERO BONALD, José María, *Examen de ingenios*, Barcelona, Seix Barral, 2017.
- CALINESCU, Matei, *Cinco caras de la modernidad. Modernismo, vanguardia, decadencia, kitsch, posmodernismo*, Madrid, Tecnos, 1991.
- CALVO CARILLA, José Luis, «Kafka y la narrativa española de posguerra», *Ínsula*, núm. 839, noviembre de 2016, pp. 9-14.
- CAMPOS, Ricardo, «Psiquiatría, raza y represión en el primer franquismo: Antonio Vallejo Nájera», en VV. AA., *Los intelectuales y la dictadura franquista. Cultura y poder en España de 1939 a 1975*, pp. 19-45.
- CAMPS, Victoria, «Sobre el derecho y la moral: apostilla a Rafael Sánchez Ferlosio», *Claves de razón práctica*, núm. 66, octubre de 1996, pp. 76-77.
- CANO, José Luis, «Antonio Rodríguez Moñino y “Revista Española”», *Ínsula*, Año XXV, núm. 287, octubre de 1970, pág. 4.
- CANO BALLESTA, Juan, «La utopía el “amanecer” y del “imperio” en la retórica falangista», en *Las estrategias de la imaginación. Utopías literarias y retórica política bajo el franquismo*, Madrid, Siglo XXI, 1994, pp. 21-56.
- CARBAJOSA, Mónica y Pablo CARBAJOSA, *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de Falange*, Barcelona, Crítica, 2003.
- CÁRCAMO, Silvia, «El ensayo de Sánchez Ferlosio como intertexto en la ficción de Javier Cercas (La ficcionalización de la crítica en la Literatura Española actual)», en Raquel MACCIUCI (ed.) *La Plata lee a España. Literatura, cultural, memoria*, La Plata, Ediciones del lado de acá, 2010, pp. 223-235.
- CARRASCO, Bel, «40 pintores españoles ilustran una edición de bibliófilo de la Constitución de 1978. La obra, de la que se publican 250 ejemplares, pesa más de 10 kilos», *El País*, 3 de julio de 1981. Consulta: [https://elpais.com/diario/1981/07/03/cultura/362959204\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1981/07/03/cultura/362959204_850215.html).
- CARTAS A LA DIRECTORA, «Exposición de abanicos», *El País*, 6 de diciembre de 1984. Disponible: [https://elpais.com/diario/1984/12/06/opinion/471135606\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1984/12/06/opinion/471135606_850215.html)



- CASAS, Ana, *El cuento español en la posguerra. Presencia del relato breve en las revistas literarias (1948-1969)*, Madrid, Mare Nostrum, 2007.
- CASTELLET, J.M., *Notas sobre literatura española contemporánea*, Barcelona, Laye, 1955.
- CASTELLET, J.M., «Notas para una iniciación a la lectura de “El Jarama”», en *Papeles de Son Armadans*, 1956, núm. 2, pp. 205-217.
- CASTELLET, J.M., *La hora del lector*, Barcelona, Península, 2001.
- CATELLI, Nora, «Los rasgos de un mestizaje (La actual novela en castellano)», en *Revista de Occidente*, julio-agosto, 1991, núm. 122-123, pp. 135-147.
- CATELLI, Nora, *Juan Benet. Guerra y literatura*, Madrid, Libros de la Resistencia, 2015.
- CEBRIÁN, Juan Luis, «A la búsqueda de una nueva generación de intelectuales», *El País*, 13 de enero de 1984. Consulta: [https://elpais.com/diario/1984/01/13/opinion/442796412\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1984/01/13/opinion/442796412_850215.html)
- CELA, Camilo José, «La geografía de Rafael Sánchez Ferlosio», en *La rueda de los ocios*, Barcelona, Mateu, 1957, pp. 295-298.
- CERTEAU, Michel de, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 2010.
- CHAMPEAU, Geneviève, «El tratamiento de la cita en *El Jarama* de Rafael Sánchez Ferlosio» en Jean-Pierre ETIENVRE y Leonardo ROMERO (coords.), *La recepción del texto literario (Coloquio Casa de Velázquez-Departamento de Filología Española de la Universidad de Zaragoza. Jaca, abril de 1986)*, Secretariado de Publicaciones de la Univesidad de Zaragoza, 1988, 221-238.
- CHAMPEAU, Geneviève, *Les enjeux du réalisme dans le roman sous le franquisme*, Madrid, Bibliothèque de la Casa de Velázquez, 1995.
- COLAVIDAS, Felipe, «Arquitectura y habitabilidad en Rafael Sánchez Ferlosio», *Claves de razón práctica*, núm. 145, septiembre de 2004, pp. 79-82.
- COMPAGNON, Antoine, *Los antimodernos*, Barcelona, Acantilado, 2007.
- CONTE, Rafael, «Tras el espejo de las palabras», *El País*, 11 de diciembre de 1986. [https://elpais.com/diario/1986/12/11/cultura/534639601\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1986/12/11/cultura/534639601_850215.html)
- Costafreda, Alfonso, *Poesía completa*, Barcelona, Tusquets, 2004.
- CLAUDÍN, Fernando y Ludolfo PARAMIO, «OTAN: Razones para no salir/1» y «OTAN: Razones para permanecer/y 2», *El País*, 16 y 18 de mayo de 1984. Disponibles en: [https://elpais.com/diario/1984/06/16/espana/456184807\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1984/06/16/espana/456184807_850215.html) y [https://elpais.com/diario/1984/06/18/espana/456357602\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1984/06/18/espana/456357602_850215.html)
- CRUZ, Juan, *Una memoria de «El País»: La vida en una redacción*, Debolsillo, 2016.
- CUL DE SAC. *Revista de pensamiento crítico*, núm. 1, noviembre 2010.

- DE AZÚA, Félix, *Demasiadas preguntas*, Barcelona, Anagrama, 1994.
- DE AZÚA, Félix, «Ferlosiana», en *Lecturas compulsivas. Una invitación*, Barcelona, Anagrama, 1998, pp. 242-250.
- DE AZÚA, Félix, *Autobiografía de papel*, Barcelona, Mondadori, 2013.
- DE AZÚA, Félix, «Dos o tres cosas que yo sé de Ferlosio», *Claves de Razón Práctica*, núm. 265, julio-agosto 2019, pp. 36-43.
- DE LOPE, Manuel, «Ferlosio», *El País*, 18 de abril de 1988.  
[https://elpais.com/diario/1988/04/18/opinion/577317605\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1988/04/18/opinion/577317605_850215.html)
- DELIBES, Miguel, «Rafael Sánchez Ferlosio», en *España 1936-1950: Muerte y resurrección de la novela*, Barcelona, Destino, 2004, pp. 73-80.
- DELIBES, Miguel, *El sentido del Progreso desde mi obra*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013.
- DELGADO, Luisa Elena, *La nación singular. Fantasías de la normalidad democrática española (1996-2011)*, Madrid, Siglo XXI, 2014.
- DE PABLO, Virginia, «Ensayo: un género para una amplia mayoría», *Delibros: revista del libro*, n. 104, noviembre 1997, pp. 32-36.
- DÍAZ, Elías, *Notas para una historia del pensamiento español actual (1939-1973)*, Madrid, Edicusa Cuadernos para el Diálogo, 1974.
- D'ORS, Inés, *El testimonio de Yarfoz de Rafael Sánchez Ferlosio o los fragmentos del todo*, Kassel, Reichenberger, 1995.
- D'ORS, Inés, «La fragmentariedad, denominador común en la obra de Rafael Sánchez Ferlosio», *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, (21 a 26 de agosto de 1995, Birmingham), vol. 5, 1998, pp. 84-90.
- ECHEVARREN, Roberto, «“Las semanas en el jardín”, de Sánchez Ferlosio: narratividad y sujeto», en *Cuadernos hispanoamericanos*, núm. 384, 1982, pp. 669-677.
- ECHEVARRÍA, Ignacio, *Trayectoria. Un recorrido crítico por la reciente narrativa española*, Barcelona, Debate, 2005.
- EL PAÍS, (1982)«“La democracia puede permitirse el lujo de ser clemente y serena”, afirma Cela», 4 de junio [https://elpais.com/diario/1982/06/04/espana/391989621\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1982/06/04/espana/391989621_850215.html)
- EL PAÍS (1982a), «Rafael Sánchez Ferlosio», 8 de diciembre de 1982.  
[https://elpais.com/diario/1982/12/08/ultima/408150004\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1982/12/08/ultima/408150004_850215.html)
- ESPADA, Arcadi, «Rafael Sánchez Ferlosio, una viruta en espiral», *El Mundo*, 2 de abril de 2019.  
<https://www.elmundo.es/cultura/literatura/2019/04/01/5ca26627fc6c831a418b45df.htm>



- FEMENÍAS FERRÀ, Carlos, «Altos disgustos ferlosianos», *Artes del ensayo. Revista internacional sobre el ensayo hispánico*, núm. 1 (julio de 2017), pp. 292-297.
- FEMENÍAS FERRÀ, Carlos, «Gramática intelectual en la Transición: Rafael Sánchez Ferlosio y Agustín García Calvo en *El País*», en PEÑA ARDID, Carmen (ed.), *Historia cultural de la Transición. Pensamiento crítico y ficciones en literatura, cine y televisión*, Madrid, Los libros de la Catarata, 2019, pp. 61-74.
- FEMENÍAS FERRÀ, Carlos, «Ferlosio y los demás», *Quimera. Revista de literatura*, núm. 438, junio 2020, pp. 23-27.
- FERNÁNDEZ, Juanjo, «Un galeón en el Jarama», *Quimera*, 63 (1987), pp. 23-26.
- FERNÁNDEZ, Juanjo, «Un tiro en falso», *Quimera*, 63 (1987), pp. 38-39.
- FERNÁNDEZ, J. Benito, *El incógnito Rafael Sánchez Ferlosio. Apuntes para una biografía*, Madrid, Árdora, 2017.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, «Derrota y triunfo de las Comunidades», en *Revista de Occidente*, julio, agosto-septiembre, núm. 149-150, pp. 234-249.
- FERNÁNDEZ DE CASTRO, Javier, «La desmesura del narrador», *Archipiélago*, núm. 31 (1998), pp. 58-83.
- FERNÁNDEZ SANTOS, Jesús, *Los bravos*, Madrid, Castalia, 2008.
- FEROS, Antonio, *Speaking of Spain. The evolution of race and nation in the Hispanic world*, Harvard University Press, 2017.
- FIDALGO, Feliciano, «El varón es un monstruo» (entrevista con Rafael Sánchez Ferlosio), *El País*, 20 de noviembre de 1994. En: [https://elpais.com/diario/1994/11/20/ultima/785286002\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1994/11/20/ultima/785286002_850215.html)
- FORSTER, E.M., *Aspects of the Novel*, New York, Harcourt, Brace and Company, sin año.  
Consulta: <https://archive.org/details/in.ernet.dli.2015.509170/page/n5/mode/2up>
- FORSTER, Ricardo, *Crítica y sospecha. Los claroscuros de la cultura moderna*, Buenos Aires, Paidós, 2003.
- FOUCAULT, Michel, *¿Qué es un autor?*, Buenos Aires, Ediciones Literales, 2010.
- FRAILE, Medardo, «El Henares, el Jarama y un bautizo. La obra unitaria de Rafael Sánchez Ferlosio», *Revista de Occidente*, núm. 122 (1973), pp. 125-147.
- FREUD, Sigmund, «Lo siniestro», en E.T.A. HOFFMAN, *El hombre de la arena*, Palma de Mallorca, José J. de Olañeta, 2006, pp. 9-35.
- GALLEGO, Eugenio, «Cuándo, cómo, dónde, con quiénes, Rafael», en *ctxt. Revista contexto*, núm. 217 (17 de abril de 2019). En:

- GARCÍA-BORRÓN [entrevista por] LÓPEZ ARNAL, Salvador y Pere DE LA FUENTE, *Acerca de Manuel Sacristán*, Barcelona, Destino, 1993, pp. 296-305.
- GARCÍA, Ángeles, «22 pintores participarán en la muestra de abanicos del Banco Exterior», *El País*, 6 de diciembre de 1984.  
[https://elpais.com/diario/1984/12/06/cultura/471135603\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1984/12/06/cultura/471135603_850215.html)
- GARCÍA CALVO, Agustín, *Lalia. Ensayos de estudio lingüístico de la Sociedad*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1973.
- , *Cartas de negocios de José Requejo*, Madrid, Lucina, 1981.
- , «Patita blanca», *El País*, 20 de junio de 1978. Disponible en:  
[https://elpais.com/diario/1978/06/20/opinion/267141609\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1978/06/20/opinion/267141609_850215.html)
- , “Leyes naturales”, *El País* (15/2/1983).  
 En: [http://elpais.com/diario/1983/02/15/opinion/414111615\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1983/02/15/opinion/414111615_850215.html)
- GARCÍA CALVO, Agustín, *Historia contra tradición. Tradición contra Historia*, Madrid, Lucina, 1983.
- GARCÍA CALVO, Agustín, *Poesía antigua (De Homero a Horacio)*, Zamora, Lucina, 1992.
- GARCÍA DE MADARIAGA, Juan A., «En Alcalá no hay jóvenes», en *Alcalá* núm. 4 (10 de marzo de 1952)
- GARCÍA HORTELANO, Juan, *El gran momento de Mary Tribune*, Barcelona, Debolsillo, 2009.
- G[ARCÍASOL], R[amón] de, sin título, [reseña de *Industrias y andanzas de Alfanbuí*], *Ínsula*, IV, núm. 68 (15 de agosto de 1951), pp. 4-5.
- GARRIC, Henri, «La factualité du fait et la détermination du sens: une pensée non déterministe du récit dans l'oeuvre de Rafael Sánchez Ferlosio», *Revue de littérature comparée*, 2014/1 (n° 349), pp. 85-94.
- GIL DE BIEDMA, Jaime, «Resistencia, resistencialista», *El País*, 15 de septiembre de 1988.
- GIL DE BIEDMA, Jaime, «Carta de España (o todo era Nochevieja en nuestra literatura al comenzar 1965)», en *El pie de la letra*, Barcelona, Mondadori, 2001, pp. 206-213.
- GIL DE BIEDMA, Jaime, *Diarios (1956-1985)*, Barcelona, Lumen, 2015.
- GÓMEZ-MARTÍNEZ, José Luis, *Teoría del ensayo*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1981.
- GONZÁLEZ, Juan Manuel, «Una recuperación necesaria», *Delibros: revista del libro*, n. 104, noviembre 1997, pp. 37-39.

- GONZÁLEZ FÉRRIZ, Ramón, *La revolución divertida. Cincuenta años de política pop*, Barcelona: Debate, 2012.
- GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, José Luis, «La evolución y el aprendizaje de la escritura en la Corte de Felipe II», *Cultura escrita y sociedad*, nº 3, 2006, pp. 15-57.
- GOYTISOLO, Juan, *Reivindicación del conde don Julián*, Barcelona, Seix Barral, 1976.
- GULLÓN, Ricardo, *La novela española contemporánea. Ensayos críticos*, Madrid, Alianza, 1994.
- GUTIÉRREZ CARBAJO, Francisco, «El universo fantástico de *Alfanbuú*», *Anthropos*, núm. 154-155, marzo-abril de 1994, pp. 64-68.
- GRACIA, Jordi, «Un episodio menor de la política de la Hispanidad: La revista *Alférez* (1947-1949)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, t. XXIX, 3, 1993, pp. 97-112.
- GRACIA, Jordi, «Rafael Sánchez Ferlosio», *Boletín de la Fundación Juan March*, núm. 329, abril de 2003, pp. 3-12. <http://recursos.march.es/web/prensa/boletines/pdf/2003/n-329-abril-2003.pdf>
- GRACIA, Jordi (ed.), *Crónica de una deserción. Ideología y literatura en la prensa universitaria del franquismo (1940-1960). Antología*, Barcelona, PPU, 1994.
- GRACIA, Jordi, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004.
- GRACIA, Jordi, *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo, 1940-1962*, Barcelona, Anagrama, 2006.
- GRACIA, Jordi, *Javier Pradera o el poder de la izquierda. Medio siglo de cultura democrática*, Barcelona, Anagrama, 2019.
- GRACIA, Jordi, «Un agnóstico democrático», *Quimera. Revista de literatura*, núm. 438, junio 2020, p. 17.
- GRACIA, Jordi y RÓDENAS DE MOYA, Domingo, *Historia de la literatura española 7. Derrota y restitución de la modernidad. 1939-2010*, Barcelona, Crítica, 2010.
- , *Pensar por ensayos en la España del siglo XX*, Barcelona, Edicions UAB, 2015.
- GUIU, Jordi y Antoni MUNNÉ, «Una conversación con Manuel Sacristán», en FERÁNDEZ BUEY, Francisco y Salvador FERNÁNDEZ ARNAL (eds.), *De la Primavera de Praga al marxismo ecologista*, Madrid, Catarata, 2004, pp. 91-114.
- GUMBRECHT, Hans Ulrich, *Producción de presencia: lo que el significado no puede transmitir*, México, Universidad Latinoamericana, 2005.
- GUTIÉRREZ CARBAJO, Francisco, «El universo fantástico de *Alfanbuú*», *Anthropos*, núm. 154-155 (1994), pp. 64-68.

- HARO IBARS, Eduardo, *Cultura y memoria «a la contra». Artículos en las revistas Triunfo y Tiempo de Historia (1975-1982)*, Madrid, Postmetrópolis, 2016.
- HERNÁNDEZ, Amparo, «Sánchez Ferlosio dice que perdió la honra al apoyar a la OTAN», *El País*, 22 de octubre de 1988. [https://elpais.com/diario/1988/10/22/cultura/593478006\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1988/10/22/cultura/593478006_850215.html)
- HERNANDO, Almudena, *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*, Buenos Aires, Katz Editores, 2012.
- HIDALGO BAYAL, Gonzalo, *Camino de Jotán (La razón narrativa de Ferlosio)*, Badajoz, Ediciones del Oeste, 1994.
- HIDALGO BAYAL, Gonzalo, *El desierto de Takla Makán*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2007.
- HIDALGO BAYAL, Gonzalo, «De pecios y galeones», en GRACIA, Jordi y Domingo Ródenas de Moya (eds.), *Ondulaciones. El ensayo literario en la España del siglo XX*, Madrid, Iberoamericana Verbuert, 2015, pp. 461-474.
- IZCARAY, Jesús, «Una novela de Sánchez Ferlosio “El Jarama” o la hora de España», en *Nuestras Ideas. Teoría, política, cultural*, núm. 1, mayo-junio 1957, pp. 94-96. Consultado en: <http://www.filosofia.org/hem/dep/pce/ni01094.htm>
- JAUME, Andreu, «Fuera de aquí», *Claves de razón práctica*, núm. 265, julio/agosto de 2019, pp. 44-53.
- JORDAN, Barry, *Writing and Politics in Franco's Spain*, London, Routledge, 1990.
- JURADO MORALES, José, «El alcance de *Revista Española* en la literatura de posguerra»
- JURADO MORALES, José, *Las razones éticas del realismo. Revista Española (1953-1954) en la literatura del medio siglo*, Sevilla, Renacimiento, 2012.
- KAMEN, Henry, *Imagining Spain. Historical myth & National identity*, Yale University Press, 2008.
- KLAUS, Karl H., *The made-up self. Impersonation in the Personal Essay*, Iowa, University of Iowa Press, 2010.
- KLEMPERER, Victor, *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, Barcelona, Minúscula, 2012.
- KRAUS, Karl, *La Antorcha. Selección de artículos de Die Fackel*, Barcelona, Acantilado, 2011.
- LABRADOR MÉNDEZ, Germán, *Culpables por la literatura. Imaginación política y contracultura en la transición española (1968-1986)*, Madrid, Akal, 2017,
- LÁZARO, José (ed.), *Dialógos con Ferlosio*, Madrid, Triacastela, 2019.

- LÓPEZ DE AYALA, Pero, *Crónica del rey don Pedro* (edición y estudio de Constance Lee WILKINS y Heanon Monroe WILKINS, Madiosn, 1985.
- LARRAZ, Fernando, *Letricidio español. Censura y novela durante el franquismo*, Asturias, Trea, 2014.
- LUKACS, Georg, *Teoría de la novela*, Barcelona, Edhasa, 1971.
- LLANOS PASTOR, José María de, «Balance de una generación», *Alfêrez*, Año I, núm. 2, pp. 1-2 (31 de marzo de 1947).
- LLOVET, Jordi, *Melancolia i saviesa. Una teoria de la història*, Barcelona, Arcadia, 2013.
- MACHADO, Antonio, *Poesías completas*, Madrid, Austral, 2007.
- MAINER, José-Carlos, *De postguerra (1950-1999)*, Barcelona, Crítica, 1994.
- MAINER, José-Carlos, *La doma de la Quimera. Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España*, Madrid, Verbuert Iberoamericana, 2004.
- \_\_\_, *Tramas, libros, nombres. Para entender la literatura española. 1944-2000*, Barcelona, Anagrama, 2005.
- MAINER, José-Carlos, «Apuntes junto al ensayo», en *El ensayo español. Los orígenes: siglos XV a XVII*, ed. Jesús Gómez, Barcelona, Crítica, 1996, pp. 9-33.
- MAINER, José-Carlos, «Acerca de Rafael Sánchez Mazas (1894-1966)», en *Galería de retratos*, Granda, Comares, 2010.
- MAINER, José-Carlos, *Falange y literatura*, Barcelona, RBA, 2013.
- MANERA, Danilo (ed.), «Introducción», en Rafael SANCHEZ FERLOSIO, *Industrias y andanzas de Alfanhuí*, Barcelona, Destino, 1996, pp. V-LXXXVI.
- MANERA, Danilo, «Postfazione», en Rafael SANCHEZ FERLOSIO, *Relitti*, Garzanti, 1994, pp. 127-132.
- MANERA, Danilo, «Un juego de ganzúas (deriva ferlosiana)», en GRACIA, Jordi y Domingo Ródenas de Moya (eds.), *Ondulaciones. El ensayo literario en la España del siglo XX*, Madrid, Iberoamericana Verbuert, 2015, pp. 451-460.
- MANERA, Danilo, «El jilguerotauro», *Quimera. Revista de literatura*, núm. 438, junio 2020, pp. 13-14.
- MARCO, José María, «El estilista ensimismado», *Quimera*, núm. 63, 1987, pp. 27-30.
- MARICHAL, Juan, *La voluntad de estilo. Teoría e historia del ensayismo hispánico*. Madrid, Revista de Occidente, 1971.
- MARSAL, Juan F., *Pensar bajo el franquismo. Intelectuales y política en la generación de los años cincuenta*, Barcelona, Península, 1979.

- MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo, «José Antonio Primo de Rivera o el estilo como idea de la existencia», en GALLEGO, Ferran y Francisco MORENTE (eds.), *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, El Viejo Topo, 2005, pp. 163-178.
- MARTÍN GAITE, Carmen, *La búsqueda de interlocutor y otras búsquedas*, Madrid, Nostromo, 1973.
- MARTÍN GAITE, Carmen, «Un empeño democrático. Las Confederaciones Hidrológicas», en *Tirando del hilo (artículos 1949-2000)*, Madrid, 2010, pp. 83-88 (edición de José Teruel).
- MARTÍN GAITE, Carmen, *El cuarto de atrás*, Madrid, Cátedra, 2018.
- MARTÍN GAITE, Carmen, *Esperando el porvenir. Homenaje a Ignacio Aldecoa*, Madrid, Siruela, 1994.
- MARTÍN GAITE, Carmen y BENET, Juan, *Correspondencia*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011 (prólogo y notas de José Teruel).
- MARTÍNEZ, Guillem (ed.), *CT o la Cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española*, Barcelona, Penguin Random House, 2012.
- MARTÍNEZ RIVAS, Carlos, «Nuestra juventud», *Alférez*, Año I, núm. 5, pág. 1 (30 de julio de 1947).
- MATE, Reyes, *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin Sobre el concepto de historia*, Madrid, Trotta, 2009.
- MAÑUECO, Juan Pablo, *Castilla y el primer Villalar de 1976*, Guadalajara, Aache ediciones, 2017.
- MOIX, Terenci, «El artista como esclavo político», *El País*, 11 de octubre de 1982. [https://elpais.com/diario/1982/10/11/opinion/403138819\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1982/10/11/opinion/403138819_850215.html)
- MORENO-CABALLUD, Luis, *Culturas de cualquiera. Estudios sobre democratización cultural en la crisis del neoliberalismo español*, Madrid, Acuarela & Antonio Machado, 2017.
- MORÁN, Fernando, *Explicación de una limitación. La novela realista de los años cincuenta en España*, Madrid, Taurus, 1971.
- MORÁN, Gregorio, *El precio de la Transición*, Madrid, Akal, 2015.
- MORÁN, Gregorio, *El cura y los mandarines. (Historia no oficial del Bosque de los Letrados). Cultura y política en España 1962-1996*, Madrid, Akal, 2014.
- MORETTI, Franco, *El burgués. Entre la historia y la literatura*, Argentina, FCE, 2014.
- MUÑOZ SUAY, Ricardo, «Za e la Spagna», *Nickel Odeon*, núm. 3, verano de 1996, pp. 251-259. Reproducido en Alicante, Biblioteca Miguel de Cervantes, 2002. Consulta:

[http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/za-e-la-spagna-0/html/ffa69446-82b1-11df-acc7-002185ce6064\\_1.html#I\\_1](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/za-e-la-spagna-0/html/ffa69446-82b1-11df-acc7-002185ce6064_1.html#I_1)

NEGRÓ ACEDO, Luis, *El diario El País y la cultura de las élites durante la Transición*, Madrid, Foca, 2006.

NICOL, Eduardo, «Ensayo sobre el ensayo», en *El problema de la filosofía hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008, pp. 299-382.

NÚÑEZ, Salvador, «Entre “la voz conveniente” y “el sainete que permite la decencia”. Predicación barroca y teoría de la *actio* en el Siglo de Oro. Pautas para su análisis.» en SORIA OLMEDO, Andrés, Juan VARO ZAFRA y Ginés TORRES SALINAS (eds.), *Prosa española del siglo XVI. Conceptos e ideas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2016, pp. 145-184.

ORTEGA, José, «Recursos artísticos de Sánchez Ferlosio en *Alfanbuó*», en *Ensayos de la novela española moderna*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1974, pp. 59-67.

PADRÓ NIETO, Bernat, «Fundamentos de teoría crítica en *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos* de Rafael Sánchez Ferlosio», en BOADAS, Sònia, Félix Ernesto CHÁVEZ y Daniel GARCÍA VICENS (eds.) *La tinta en la clepsidra. Fuentes, historia y tradición en la literatura hispánica*, Barcelona, PPU, 2012, pp. 333-343.

PADRÓ NIETO, Benat, «La escritura lateral de Rafael Sánchez Ferlosio», *Quimera. Revista de literatura*, núm. 438, junio 2020, pp. 17-21.

PARDO, Jesús, *Autorretrato sin retoques*, Barcelona, Anagrama, 1996.

PARDO, José Luis, «Sobre el estilo en filosofía», *Revista de Occidente*, núm. 196, septiembre de 1997, pp. 31-43.

PARDO, José Luis, «El concepto vivo o ¿dónde están las llaves?», *Archipiélago*, núm. 31 (1998), pp. 40-49.

PARDO, José Luis, «Las fuentes más sabias de la lengua», *El País*, 25 de noviembre de 2009.

Disponible

en:

[https://elpais.com/diario/2009/11/25/cultura/1259103602\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2009/11/25/cultura/1259103602_850215.html)

PAVLOVIĆ, Tatjana, *Despotic Bodies and Transgressive Bodies. Spanish Culture from Francisco Franco to Jesús Franco*, State University of New York Press, 2003.

PAZ, Octavio, *El arco y la lira: el poema. La revelación poética. Poesía e historia*, Fondo de Cultura Económica, 1972.

PÉREZ DE GUZMÁN, Fernán, *Generaciones y semblanzas*, Madrid, Cátedra, 1998

PÉREZ SERRANO, Julio, «Funcionalidad y límites de la transición a la democracia como paradigma historiográfico», en María Ángeles NAVAL y Zoraida CARANDELL (eds.) *La*

- Transición sentimental. Literatura y cultura en España desde los años setenta*, Madrid, Visor, 2016, pp. 67-89.
- PIERA, Carlos, «La conveniencia de la prosa», *Revista de Occidente*, enero 1991, núm. 116, pp. 13-23.
- PIERA, Carlos, «Alrededores de Víctor Sánchez de Zavala», *Revista de Occidente*, septiembre de 1997, núm. 196, pp. 74-88.
- PIERA, Carlos, «Sobre Sánchez Ferlosio y el lenguaje», en *Revista de Libros*, núm. 165, 2010, pp. 26-28.
- PITTARELLO, Elide «El saber de Alfanhuí», *Archipiélago*, núm. 31 (1998), pp. 64-69.
- PLATA PARGA, Gabriel, *De la revolución a la sociedad de consumo*. Madrid: UNED, 2010.
- POLLÁN, Tomás, «La pasión del conocimiento», en *Rafael Sánchez Ferlosio, escritor. Premio Cervantes 2004*, Catálogo de la exposición, Universidad de Alcalá,
- POZUELO YVANCOS, José María, *De la autobiografía*, Barcelona, Crítica, 2006.
- PRADERA, Javier, «Apagón en la galaxia Gutenberg», *Claves de razón práctica*, núm. 8, diciembre de 1990, pp. 75-80.
- PRADERA, Javier, *La Transición española y la democracia*, Madrid, FCE, 2014.
- QUAGGIO, Giulia, *La cultura en Transición. Reconciliación y política cultural en España, 1976-1986*, Madrid, Alianza, 2014.
- REVISTA ESPAÑOLA, números 1 a 6: Madrid 1953-1954 (edición facsimilar y prólogo de José Jurado Morales), Ediciones Ulises 2015.
- RIDRUEJO, Dionisio, *Entre literatura y política*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1973.
- RILEY, Edward C., «Sobre el arte de Sánchez Ferlosio: aspectos de *El Jarama*», en Rodolfo CARDONA (ed.), *Novelistas españoles de postguerra*. Tomo 1, Madrid, Taurus, 1976, pp.123-141.
- RIVERO, Ángel, «El mito comunero y la construcción de la identidad nacional en el liberalismo español», en Francisco COLOM GONZÁLEZ (ed.), *Relatos de la nación. La construcción e las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Madrid, Iberoamericana, 2005, vol. 1, pp. 147-158.
- ROAS, David, «El camino a lo real. Las mentiras verdaderas de Rafael Sánchez Ferlosio» en SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael, *Industrias y andanzas de Alfanhuí*, Barcelona, Crítica, 2008, pp. 7-66.
- RÓDENAS DE MOYA, Domingo, *Prosa del 27*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000.
- RÓDENAS DE MOYA, Domingo, «Los vasos comunicantes de la radicalidad de la vanguardia y el fascismo», *Quaderns de Vallençana*, núm. 1, junio de 2003, pp. 26-33.



RÓDENAS DE MOYA, Domingo, *Travesías vanguarditas: Ensayos sobre la prosa del Arte Nuevo*, Madrid, Devenir, 2009.

RODENAS DE MOYA, Domingo, «La agenda oculta de Prometeo. Una revisión de los manifiestos vanguardistas», en MENCZEL, Gabriella, Katalin PERÉNY y Melinda SKRAPITS (eds.), *Vanguardias sin límites. Ampliando los contextos de los movimientos hispánicos*, Budapest, Departamento de Lengua y Literatura Españolas, 2012, pp. 45-62.

RÓDENAS DE MOYA, Domingo, «Ferlosio en dos pinchazos de alfiler», *Quimera. Revista de literatura*, núm. 438, junio 2020, pp. 15-16.

RODRÍGUEZ DE LA FLOR, Fernando y Daniel ESCANDELL MONTIEL, *El gabinete de Fausto. 'Teatros' de la escritura y la lectura a un lado y otro de la frontera digital*, Madrid, CSIC, 2014.

ROSSI, Rosa, «Teologia e narrativa in *Las semanas del jardín* di Rafael Sánchez Ferlosio», en AA. VV., *Miscel·lania entorn de l'obra del pare Miquel Batllori*, Barcelona, Generalitat de Catalunya / Departament de Cultura, 1991, pp. 190-195.

ROSSI, Rosa, «Teología y narrativa en los escritos de R. Sánchez Ferlosio», *Archipiélago*, núm. 31 (1998), pp.35-39.

RUBIO, Fanny y Jorge URRUTIA (ed.), «Introducción», en DE LUIS, Leopoldo, *Poesía social española contemporánea. Antología (1939-1968)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, pp. 9-161.

RUESCAS JUÁREZ, Juan Antonio, *El pensamiento crítico de Rafael Sánchez Ferlosio. Sobre lingüística, historia, política, religión y sociedad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2016.

RUIZ-JACOBO, Pablo, «El consumo platónico: sobre una metáfora pesimista de Rafael Sánchez Ferlosio», *Revista de Occidente*, núm. 364, septiembre de 2011, pp. 125-132.

SACRISTÁN LUZÓN, Manuel, «Una lectura del *Alfanbui* de Rafael Sánchez Ferlosio», *Laye*, núm. 24, 1954, pp. 17-31.

SACRISTÁN LUZÓN, Manuel, «Carta de Manuel Sacristán a Rafael Sánchez Ferlosio», (16 de septiembre de 1963), en *Rebelión*, especial *Manuel Sacristán: 25 años de su fallecimiento*.

Disponible en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=114833>

SACRISTÁN LUZÓN, Manuel, «OTAN: la salvación del alma y la lógica/1 y 2», *El País*, 2 y 3 de julio de 1984. Disponibles en:

[https://elpais.com/diario/1984/07/02/espana/457567201\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1984/07/02/espana/457567201_850215.html)

y [https://elpais.com/diario/1984/07/03/espana/457653602\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1984/07/03/espana/457653602_850215.html)

- SACRISTÁN LUZÓN, Manuel, «Los partidos marxistas y el movimiento por la paz», *El País*, 29 de agosto de 1985. Disponible en: [https://elpais.com/diario/1985/08/29/cultura/494114404\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1985/08/29/cultura/494114404_850215.html)
- SAID, Edward W., *El mundo, el texto y el crítico*, Barcelona, Debate, 2004.
- SAID, Edward W., *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Debate, 2016.
- SALAS DÍAZ, Miguel, *Mitos patrióticos. Apuntes sobre la construcción del nacionalismo español en la literatura del siglo XX*, Universidad de Valladolid, 2010.
- SALINAS, Pedro, *Jorge Manrique o tradición y originalidad*, Barcelona, Península, 2003.
- SÁNCHEZ CUENCA, *La desfachatez intelectual*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2016.
- SÁNCHEZ DE ZAVALA, Víctor (comp.), «Introducción general», *Semántica y sintaxis en la lingüística transformatoria, I*, Madrid, Alianza, 1974, pp. 9-32.
- SÁNCHEZ DE ZAVALA, Víctor (dir.), «Presentación», *Estudios de gramática generativa*, Barcelona, Labor, pp. 7-9.
- SÁNCHEZ DE ZAVALA, Víctor, «El pensamiento y el lenguaje», *Revista de Occidente*, núm.5, 1981, pp. 79-101.
- SÁNCHEZ FERLOSIO, Chicho, *A contratiempo*, Madrid, Diapasón, 1978.
- SÁNCHEZ MAZAS, Rafael, *Discurso del sábado de gloria*, Bilbao, Editora Nacional, 1939.
- SÁNCHEZ MAZAS, Rafael, *La vida nueva de Pedrito de Andía*, Madrid, Espasa, 2004.
- SÁNCHEZ MAZAS, Rafael, «La idea de patria en José Antonio», en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 84, nov.-dic., 1955, pp. 7-23. Consulta: <http://www.cepc.gob.es/publicaciones/revistas/revistaselectronicas?IDR=3&IDN=481&IDA=7907>
- SÁNCHEZ MAZAS, Rafael, *Fundación, hermandad y destino*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1957
- SÁNCHEZ MAZAS, Rafael, *Sonetos de un verano antiguo y otros poemas*, Barcelona, Ocnos, 1971.
- SÁNCHEZ-MAZAS, Miguel, «Ante Europa: anverso y reverso», en *Alférez*, julio-agosto 1948, año II, números 18-10, pp. 4-5. Consulta: <http://www.filosofia.org/hem/194/alf/ez1804.htm>
- SÁNCHEZ-MAZAS, Miguel, «La actual crisis española y las nuevas generaciones», en *Cuadernos del Congreso para la Libertad de la Cultura*, núm. 26, sept.-oct.1957, pp. 9-23.
- SÁNCHEZ-MAZAS, Miguel, *España encadenada*, Costa Rica, Revista Combate, suplemento nº6, junio de 1959.

SANZ VILLANUEVA, Santos, «Rafael Sánchez Ferlosio: de la fantasía a la alegoría», en *Diez novelistas españoles de postguerra. Siete olvidados y tres raros*, Madrid, Mare Nostrum, 2010, 215-250.

SANZ VILLANUEVA, Santos, *La novela española durante el franquismo*, Madrid, Gredos, 2010

SARLO, Beatriz, *Siete ensayos sobre Walter Benjamin*, Buenos Aires, FCE, 2000.

SASTRE, Alfonso, «El abominable método de las generaciones», *El País*, 31 de mayo de 1984. Consulta: [https://elpais.com/diario/1984/05/31/opinion/454802414\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1984/05/31/opinion/454802414_850215.html)

SAVATER, Fernando, *La infancia recuperada*, Madrid, Taurus, 1976.

SAVATER, Fernando, *Panfleto contra el Todo*, Madrid, Alianza, 1982.

SAVATER, Fernando, «La rectitud del verbo», *El País*, 11 de diciembre de 1986.

SAVATER, Fernando, «Ferlosio en comprimidos», *Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la Cultura*, núm. 31, 1998, pp. 21-26.

SAVATER, Fernando, *Mira por dónde. Autobiografía razonada*, Barcelona, Debolsillo, 2015.

SEMPRÚN, Jorge, *Autobiografía de Federico Sánchez*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1990.

SENABRE, Ricardo, «Un relato a contracorriente: *Industrias y andanzas de Alfanbú*, de Rafael Sánchez Ferlosio», *Actas del congreso. Sondeos en la literatura española. Heterodoxos & Transgresores*, Fundación Caballero Bonald, 2012, pp. 37-45. <http://www.cervantesvirtual.com/obra/sondeos-en-la-literatura-espanola--transgresores-y-heterodoxos--actas-del-congreso/>

SEPICH LANGE, Juan Ramón, «Misión de la inteligencia», *Alférez*, Año I, núm. I, pág. 1 (28 de febrero de 1947).

SIN FIRMAR, «Nuestro propósito», *Alférez*, Año I, núm. pp. 4-5 (28 de febrero de 1947)

SOBEJANO, Gonzalo, *Novela española de nuestro tiempo 1940-1974 (En busca del pueblo perdido)*, Madrid, Marenostrum, 2005.

SOPEÑA MONSALVE, Andrés, *El florido pensil. Memoria de la escuela nacionalcatólica*, Barcelona, Crítica, 1997.

SORELA, Pedro, «El regreso de un escritor tímido», *El País*, 11 de diciembre de 1986.

SORELA, Pedro, «Sánchez Ferlosio vuelve a publicar después de seis años de silencio editorial», *El País*, 22 de mayo de 1992. [https://elpais.com/diario/1992/05/22/cultura/706485618\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1992/05/22/cultura/706485618_850215.html)

SPIRES, Robert C., «Prosaísmo y lirismo en *El Jarama*», en *La novela española de posguerra*, Madrid, Cupsa, pp. 148-172.

- TERUEL, José (2015). «Semblanza de Editorial Nostromo (1973-1976)». En Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes - Portal Editores y Editoriales Iberoamericanos (siglos XIX-XXI) - EDI-RED: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/editorial-nostromo-1973-1976-semblanza/>
- THIEBAUT, Carlos, *Historia del nombrar. Dos episodios de la subjetividad*, Madrid, Visor, 1990.
- TORRES RABASSA, Gerard, «La poética del pecio de Rafael Sánchez Ferlosio: una lectura desde la forma ensayo», *Dissidencies. Hispanic Journal of Theory and Criticism*, vol. 6, octubre de 2015. Disponible en: <https://digitalcommons.bowdoin.edu/dissidences/vol6/iss11/10>
- TRIGINER FERNÁNDEZ, José María, «Lo que los dioses no cambian», *Quimera*, núm. 63, 1987, pp. 35-37.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel (dir.), *Textos y documentos de historia moderna y contemporánea (siglos XVIII-XX)*, tomo XII, (seleccionados por Jose Luis Gómez Urdáñez, Manuel Tuñón de Lara, José-Carlos Mainer y José Luis García Delgado), Barcelona, Labor, 1988.
- UGALDE, José Antonio, «De vuelta a la novela», *Quimera*, núm. 63, 1987, pp. 31-34.
- VALENTE, José Ángel, *Las palabras de la tribu*, en *Obras completas II. Ensayos*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008, pp. 33-265.
- VALENTE, José Ángel, «Monaguillos 2000», 4 de septiembre de 1988. Consulta: [https://elpais.com/diario/1988/09/04/opinion/589327207\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1988/09/04/opinion/589327207_850215.html)
- VÁZQUEZ MEDEL, M.A. (ed.), *La obra periodística y ensayística de Rafael Sánchez Ferlosio*, Sevilla, Alfar, 1999.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, *La literatura en la construcción de la ciudad democrática*, Barcelona, Mondadori, 2001.
- VALLS, Fernando, «La ‘pobre gente’ de un rebelde sin causa», introducción a Ignacio ALDECOA, *El corazón y otros frutos amargos*, 2004, pp. 7-23.
- VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco, *La filosofía española. Herederos y pretendientes. Una lectura sociológica (1963-1990)*, Madrid, Abada, 2009.
- VILA-SANJUÁN, Sergio, *Pasando página. Autores y editores en la España democrática*, Barcelona, Destino, 2003.
- VILANOVA, Antonio, *Novela y sociedad en la España de la posguerra*, Barcelona, Lumen, 1995.
- VILLANUEVA, Darío, *El Jarama de Sánchez Ferlosio. Su estructura y significado*, Universidad de Santiago de Compostela, 1973.
- \_\_\_, «La novela social. Apostillas a un estado de la cuestión» en *Literatura contemporánea en Castilla y León*, Junta de Castilla y León, 1986, pp. 329-348.

—, «*El Jamara* (1956): mito, estructura, lenguaje», en *Estructura y tiempo reducido en la novela*, Barcelona, Anthropos, 1994, pp. 227-238.

WILLIAMS, Raymond, *Marxismo y literatura*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009.

## BIBLIOGRAFÍA RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

Salvo cuando ha sido imposible, he citado la obra de Ferlosio a través de las últimas ediciones de su obra, que son las más completas y accesibles al lector. A fin de no repetir innecesariamente los títulos emplearé las siguientes abreviaturas, que añadiré después de detallar dónde aparecieron los textos originalmente. Mi bibliografía se apoya en la detalladísima de Ruescas Juárez (2016), a la que añado algunos títulos, y en menor medida en la que ofrece Echevarría (2017) en el último volumen de ensayos y artículos de Ferlosio:

AEE 2015

*Altos estudios eclesiásticos. Gramática. Narración. Diversiones*, Barcelona, Debate, 2015 (edición y presentación de Ignacio Echevarría)

EdJ 2015a

*El escudo Jotán. Cuentos reunidos*. Barcelona, Debolsillo, 2015a (ed. y nota al cuidado de Ignacio Echevarría).

CdR 2015b

*Campo de retamas. Pecios reunidos*. Barcelona, Random House, 2015b (ed. de Ignacio Echevarría).

GDTP 2016

*Gastos, disgustos y tiempo perdido*. Barcelona, Debate, 2016 (edición y presentación de Ignacio Echevarría).

BB 2016b

*Babel contra Babel. Asuntos internacionales. Sobre la guerra. Apuntes de polemología*. Barcelona, Debate, 2016b (edición y presentación de Ignacio Echevarría).

QW 2017

*Qwertyuioþ. Sobre enseñanza, deportes, televisión, publicidad, trabajo y ocio*. Barcelona, Debate, 2017 (edición y presentación de Ignacio Echevarría).

- SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael, (30 de junio de 1947) «De la paciencia», *Alférez*, núm.5, pág. 3.
- , (10 de diciembre de 1948), «El juego», *La Hora. Semanario de los Estudiantes Españoles*, núm. 6.
- , (11 de diciembre de 1949), «El caballero de la bola de oro», *La Hora. Semanario de los Estudiantes Españoles*, núm. 41.
- , (1951), *Industrias y andanzas de Alfanhuí*. Ed. Cit: Barcelona, Crítica, 2008 (edición y prólogo de David Roas Deus).
- , (9 de marzo de 1952), «Las casas nuevas», *Arriba*.
- , (10 de marzo de 1952), «Demasiada perfección en Alcalá», *Alcalá*, núm. 4 (10 de marzo de 1952).
- , (11 de octubre de 1952), «Maneras de la calle», *Arriba*.
- , (1953), «Niño fuerte», en *Revista Española*, núm. 1, mayo-junio. Ed cit: *Revista española*, Ulises, 2015 (edición facsimilar; prólogo de José Jurado Morales).
- , (1953), «Hermanos», en *Revista Española*, núm. 4, noviembre-diciembre. Ed cit: *Revista Española*, Ulises, 2015 (ed. facsimilar; pról. de José Jurado Morales).
- , (octubre de 1954), «Una primera novela: “Los bravos”», *Correo Literario*, núm. 6, pág. 49.
- , (15 de diciembre de 1954), «De cinco a seis», *Ateneo. Ideas, El Arte y Las Letras*, núm. 72, pág. 18-19.
- , (1956), *El Jarama*, Barcelona, Destino. Ed. Cit: Madrid, Espasa-Calpe, 2006 (edición y prólogo de María Luisa Burguera).
- , (1 de abril de 1956), «Dientes, pólvora, febrero», en *Papeles de Son Armadans*, núm. 1. Ed cit: EdJ 2015a.
- , (20 de mayo de 1956), «Y el corazón caliente», en *ABC*. Ed. cit: EdJ 2015a.
- , (22 de junio de 1962), «Mercadería teatral», en *ABC*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (21 de julio de 1962), «Contribución al centenario de Lope de Vega», en *ABC*. Ed.cit: GDTP 2016.
- , (1965), «Carta-envío [a José María Castellet]», en SÁNCHEZ DE ZAVALA, Víctor, *Enseñar y aprender*, Madrid, Península, pp. 7-13.
- y COUCHOUD SEBASTIÁ (1965), *Efemérides hidrológica y fervorosa*, Madrid, Centro de Estudios Hidrográficos.
- , (febrero y junio-julio de 1966), GARCIA CALVO, Agustín, SÁNCHEZ DE ZAVALA, Víctor y PIERA GIL, Carlos, «Manifiesto a los hablantes en lengua castellana»,

*Cuadernos para el Diálogo*, 2 entregas: febrero de 1966 núm. 29, pp. 43-44 y junio-julio de 1966 núm. 33-34, pp. 41-44.

—, (enero a marzo de 1966 [pero inédito hasta su aparición en 1992 en el primer volumen de *Ensayos y artículos*]), «Músculo y veneno». Ed. cit: AEE 2015.

—, (junio de 1966 [redactado entre abril de 1962 y noviembre de 1965]), «Personas y animales en una fiesta de bautizo», *Revista de Occidente*, núm. 39, pp. 364-389. Ed. cit: AEE 2015.

—, (13 de enero de 1968), «Unos ojos redondos como platos», en *Triunfo*, núm. 293, año XXII, pp. 42-43.

—, (2 de febrero de 1968), «De los orígenes del perro», en *ABC*. Ed. cit: QW 2017.

—, (1 de febrero de 1969), «Otra conjetura», en *ABC*. Ed. cit: QW 2017.

—, (11 de diciembre de 1969), «Apuntes y paisajes», *Informaciones de las Artes y las Letras*, núm. 76.

—, «Carta a Luis Calvo sobre la lengua y la publicidad. Una cuestión con lastre autoritario», *Informaciones de las Artes y las Letras*, núm. 86, 26 de febrero de 1970.

—, (27 de mayo de 1971) «¿Se destruye el Ateneo?», *Informaciones de las Artes y las Letras*, núm. 151, pp. 1-2.

—, (1972), «Sobre el “Pinocho” de Collodi», en COLLODI, Carlo, *Las aventuras de Pinocho*, Madrid, Alianza, 1972. Ed. cit: AEE 2015.

—, (8 de noviembre de 1972), «Amor y pedagogía», en *ABC*. Ed. cit: QW 2017.

—, (25 de enero de 1973), «Más sobre lo mismo», en *Informaciones*. Ed. cit: QW 2017.

—, (1973) «Comentarios del traductor» en MALSON, Lucien, *Los niños selváticos/ ITARD, Jean, Memoria sobre Victor de l'Aveyron*, Madrid, Alianza. [parte de los comentarios se encuentra en AEE 2015].

—, (marzo de 1974), *Las semanas del jardín. Semana primera: Liber scriptus proferetur*, Madrid, Nostromo. Ed. cit: AEE 2015.

—, (27 de marzo de 1974), «A propósito del gran regalo», en *Informaciones*. Ed. cit: QW 2017.

—, (20 de abril de 1974), «Entre Escila y Caribdis», en *Informaciones*. Ed. cit: QW 2017.

—, (6 de julio de 1974), «Entre la “liberación” y el sultanato», en *Triunfo*, núm. 614, año XXIX, pp. 32-37.

—, (diciembre de 1974), *Las semanas del jardín. Semana segunda: Splendet dum frangitur*, Madrid, Nostromo. Ed. cit: AEE 2015.

—, (mayo de 1976), «Pregón de Villalar», en *El Pendón*. Ed. cit: AEE 2015.



- \_\_\_, (marzo de 1978) «De los vicarios de la cosa maligna», en *Poesía*, núm. 1. Ed. cit: QW 2017. // [también en el mismo número] «El pensil sobre el Yang Tsé», «La Gran Muralla» y «Teatro Marcelo» Ed. cit: CdR 2015b
- \_\_\_, (2 de mayo de 1978), «Villalar por tercera y última vez», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (2 de diciembre de 1978), «La Chicuela y el buldócero o un arbitraje a tenazón», en *El País*.
- \_\_\_, (28 de octubre de 1979) «Rigor y misericordia», en *El País*. Ed.cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (11 de noviembre de 1979), «No tan solo», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (25 de noviembre de 1979), «Restitución del fariseo», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (enero de 1980), «Los lectores del ayer», en *Nueva estafeta*, núm. 14.
- \_\_\_, (8 de enero de 1980), «La llama sagrada», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.
- \_\_\_, (6 de febrero de 1980), «¿Renacimiento?», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.
- \_\_\_, (12 de enero de 1980), «La demencia senil de la cultura española», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (26 de febrero de 1980), «Naranjito a caballo», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (11 de marzo y 9 y 10 de abril de 1980), «Notas sobre el terrorismo», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (4 de mayo de 1980), «En posición de saludo o más sobre el “caso Miró”», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (17 de mayo de 1980), «El abyecto», en *Diario 16*.
- \_\_\_, (19 de mayo de 1980), «La conciencia histórica», en *Diario 16*. Ed. cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (20 de mayo de 1980) «La forja de un entendido», en *Diario 16*. Ed. cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (21, 22 y 23 de mayo de 1980), «El as de espadas», en *Diario 16*. Ed. cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (24 de mayo de 1980), «Los toros como Antiespaña», en *Diario 16*. Ed. cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (26 de mayo de 1980), «Palomo y el débito contractual», en *Diario 16*. Ed. cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (28 de mayo de 1980), «“Vae victis” o el castigo del “self-public-relations”», en *Diario 16*. Ed. cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (18 de mayo de 1980), «El escudo de Jotán», en *El País*. Ed. cit: EdJ 2015 a.
- \_\_\_, (20 de junio de 1980), «El mito de la envidia», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (3 y 11 de octubre de 1980), «El espadón del godo y la patria de papel», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (2 de noviembre de 1980), «Tibi dabo», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.

- \_\_\_, (14 de noviembre de 1980), «Por alusiones», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- \_\_\_, (29 de enero de 1981), «Dos juras, o si yo fuera mujer», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (3 de febrero de 1981), «Homilía del ratón (a manera de prólogo, en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (17 de febrero de 1981), «Weg von hier, das ist mein Ziel», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- \_\_\_, (24 de marzo de 1981), «Ça va sans dire», en *El País*.
- \_\_\_, (9 de mayo de 1981), «Los pronunciamientos y Ortega», en *El País*.
- \_\_\_, (27 a 29 de agosto y 8 y 13 de octubre de 1981), «Eisenhower y la moral ecuménica», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- \_\_\_, (24 de noviembre de 1981), «El acto de afirmación», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (23 de febrero de 1982), «En defensa de García Carrés», en *El País*.
- \_\_\_, (6 de abril de 1982), «La objeción de honor», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (8 de julio de 1982), «Sueño y vigilia en armas», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- \_\_\_, (6 de agosto de 1982), «La teoría homeopática del deporte», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.
- \_\_\_, (23 de agosto de 1982), «La humanidad y la Humanidad», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- \_\_\_, (24 y 25 de agosto de 1982), «Sharon-Josué», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- \_\_\_, (9 de noviembre de 1982), «Cortometrajes», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- \_\_\_, (19 de noviembre de 1982), «Hipótesis del “Belgrano”», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- \_\_\_, (10 de diciembre de 1982), «La conciencia débil se lava con sangre», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (24 de diciembre de 1982), «La magia de la rima y el carisma de la megafonía», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- \_\_\_, (1982), *El huésped de las nieves*, Madrid, Alfaguara (ilustrado por Antonio Cobos). Ed. cit: EdJ 2015a.
- \_\_\_, (17 de enero de 1983), «Agradecimiento a Fraga», en *El País*.
- \_\_\_, (25 de enero de 1983), «Wojtyła ataca de nuevo», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- \_\_\_, (21 de febrero de 1983), «Sin condiciones», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- \_\_\_, (6 de mayo de 1983), LÓPEZ ARANGUREN, José Luis; CASTILLA DEL PINO, Carlos; PALMÉS GIRÓ, Marc; MARTÍNEZ FRESNEDA, Gonzalo; MOHEDANO, José María; RECALDE, José Ramón; SAVATER, Fernando, «70 días y 70 veces», en *El País*.

- SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael, (3 de junio de 1983), «Ferlosio y el himno de Madrid», en *El País*.
- , (13 y 14 de junio de 1983), «Cinco siglos de historia y desventura», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (8 de julio de 1983), «Situación límite: ¡ultraje a la paella!», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (26 de agosto de 1983), «Argentina y los muertos sin adiós», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (31 de agosto de 1983), «El alcalde de Bilbao y los símbolos», en *El País*.
- , (15 de septiembre de 1983), «Aeropuerto 83 (Cuento)», en *El País*.
- , (22 de septiembre de 1983), «Réplica a Benedetti», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (14 de octubre de 1983), «El himno de García Calvo», en *El País*.
- , (25 de octubre de 1983), «La manifestación del 22», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016, que corrige el título: «La manifestación del 21».
- , (5 de diciembre 1983), «El ejército nacional» [conferencia publicada el mismo año por la Asociación de Periodistas Europeos]. Ed. cit: BB 2016b.
- , (23 de febrero de 1984), «Rabiosamente español», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (24 de febrero de 1984), «Discurso de Girona» (junto a los apéndices I a III) [conferencia]. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (3 de abril), «Cortometrajes», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (10, 11 y 12 de septiembre de 1984), «Tres jornadas de reflexión sobre la OTAN», en *El País*, Ed. cit: BB 2016b (con cambio de título: «Pacifismo zoológico»).
- , (10 y 11 de octubre de 1984), «La tiara gibelina», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (22 de noviembre de 1984), «La cultura, ese invento de gobierno», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (24 de diciembre de 1984), «Crónica del XXX Congreso del PSOE», en *Cambio 16*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (7 de enero de 1985), «Kissinger», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (9 de enero de 1985), «Pecios», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (24 de enero de 1985), «Pecios», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (2 de febrero de 1985), «Prenósticos y abusos», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (3 de febrero de 1985), «La verga de Hércules», en *El País semanal*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (20 de febrero de 1985), «Pecios», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (1 de marzo de 1985), «Pecios», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.

- , (25 de junio de 1985), «¡Coria, Corial!», en *El País*.
- , (28 de septiembre de 1985), «Cuestión de colores», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (1986 [redactado entre marzo y mayo]), *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado*, Madrid, Alianza, 1986. Ed. cit: QW 2017.
- , (1986), *La homilía del ratón*, Madrid, El País.
- , (1986), *El testimonio de Yarfoz*, Madrid, Alianza, 1986. Ed. cit: Barcelona, Austral/Destino, 2002.
- , (1984-diciembre de 1986), «O religión o Historia», en *El Urogallo*, núm. 8. Ed. cit: GG 2016b.
- , (diciembre de 1986), *Campo de Marte. 1. El ejército nacional* (comprende el texto de la conferencia leída a principios de diciembre de 1983 bajo el título de «El ejército nacional» y le añade «Palinodia»), Madrid, Alianza. Ed. cit: BB 2016b.
- , (28 de marzo de 1987), «Sobre el retorno del mercenariado», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (31 de mayo de 1987) «La cuestión policial», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (26 de julio de 1987), «La lección magistral de fin de curso del ‘seny’ catalán», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (30 de agosto de 1987), «Tal para cual», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (18 de octubre de 1987), «Sucia jugada de Serra», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (27 de octubre de 1987), «Monarquía y mesura», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (13 de diciembre de 1987), «El reincidente», en *El País*. Ed. cit.: EdJ 2015a
- , (27 de diciembre de 1987), «¡Delitos de palabral!», en *Diario 16*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (8 de mayo de 1988), «Manzano», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (3, 4, 5 y 6 de julio de 1988), «Esas Indias equivocadas y malditas», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (15 de mayo de 1988), Apéndice IV a «Discurso de Girona». Ed. cit: GDTP 2016.
- , (17 de julio de 1988), «En aquestos escalones...», en *Diario 16*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (17 de agosto de 1988) «Sobre la policía», en *El País*.
- , (4 de septiembre de 1988), «Ferlosio y Egim», en *El País*.
- , (11 de septiembre de 1988), «Corella, por los desagües», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (2 de octubre de 1988), «El monasterio Hidaka y el arte del bonsái», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (10 de noviembre de 1988), «El poder del fusil», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.

- , (4 de diciembre de 1988), «Un sapo como un tren», en *El País*.
- , (19 de diciembre de 1988), «Como la copa de un pino», en *El País*.
- , (enero de 1988), «Un mandril en el congreso», en *El Independiente*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (12 de junio de 1989), «La condición y la virtud», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (16 de diciembre de 1989), «Ferlosio y la crítica», en *El País*.
- , (18 de diciembre de 1989), «Ordalía», en *El Mundo*.
- , (1989), «La policía y el Estado de derecho», epílogo a MIRALLES, Melchor y ARQUES, Ricardo, *Amedo, el Estado contra ETA*, Madrid, Plaza y Janés / Cambio 16. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (1990) «Apunte sobre la Wiedervereinigung» (inédito hasta su aparición en *Ensayos y ensayos* [1992]). Ed. cit: BB 2016b.
- , (18 de febrero de 1990), «Rayado como una cebra», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016 (se trata de una reproducción parcial del original).
- , (23 de septiembre de 1990), «Del myrto a la yperita. O la inocencia de la mercancía», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (7 de octubre de 1990), «Babel contra Babel», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (25 de octubre de 1990), «¿Bombardeada por unanimidad?», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (9 de diciembre de 1990), «Malos cristianos», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (30 de diciembre de 1990), «Irak por quinta vez», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (1990 [escrito entre febrero de 1987 y enero de 1988 y leído el 25 de marzo de 1988 en la 5ª Semana de ética y filosofía política en el Instituto de Filosofía del CSIC]), «Cuando la flecha está en el arco tiene que partir», en *Claves de razón práctica*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (11 de febrero de 1991), «Mirage contra Mirage», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (3 de noviembre de 1991), «Un Moisés de tercera mano», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (19 de julio de 1992), «Mendigos, tenderos y políticos», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.
- , (9 de agosto de 1992), «Juegos y deportes», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.
- , (26 de octubre de 1992), «La mano invisible», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.
- , (1992), *Ensayos y ensayos*, Barcelona, Destino. 2 vv. (El primero incluye «Las azoteas de Damasco»; hoy en QW 2017).
- , (7 de enero de 1993), «Región o el paisaje forajido», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (3 de febrero de 1993), «Pecios», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.

- , (11 de febrero de 1993, conferencia en la Facultat d'Humanitats de la Universitat Pompeu Fabra), «Las cajas vacías» Ed. cit: QW 2017.
- , (24 y 25 de febrero), «Nadie puede con la bicha», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.
- , (1993 [leído el 3 de abril de 1992 con motivo de la concesión del título de doctor *honoris causa* por parte de la Università degli Studi di Roma La Sapienza]), «El rito y la cultura», en *Archipiélago*, núm. 16 Ed. cit: QW 2017.
- , (6 de abril de 1993), «No aguanto agoreros», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.
- , (29 de abril de 1993), «Subjetivismo y objetivismo», en *El País*.
- , (23 de mayo de 1993), «Aviso urgente a los contrincantes», en *El País*.
- , (31 de mayo de 1993), «Vox populi, vox neminis», en *El País*.
- , (5 de junio de 1993), «Omisiones de Aznar», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (22 de junio de 1993), «Plata y ónix», en *La Estafeta Literaria*, núm. 268. Ed. cit: EdJ 2015a.
- , (26 de junio de 1993), «Votar en negro», en *El País*.
- , (11 de julio de 1993), «Dos pecios», en *El País*. Ed.cit: CdR 2015b.
- , (24 de julio de 1993), «Dos pecios más», en *El País*. Ed.cit: CdR 2015b.
- , (1993 [leído como conferencia en agosto de 1992 en la Univesidad de la Rábida]), «Compulsión apologética y márketing de Estado», en *Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la Cultura*, núm. 12. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (octubre 1993), *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, Barcelona, Destino. Ed cit: Barcelona, Destino, 2008.
- , (diciembre de 1993), «Constricción social y constricción institucional», en *Claves de razón práctica*, núm. 38.
- , (1994), «Cuatro colegas», en *50 años del Premio Nadal*, Barcelona, Destino. Ed. cit: EdJ 2015b.
- , (1994), *Esas Yndias equivocadas y malditas*, Barcelona, Destino. Ed. Cit: GDTP, 2016.
- , (5 de agosto de 1994), «¡Por favor!», en *El País*.
- , (5 de noviembre de 1994), «José Antonio», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (9 de noviembre de 1994), «Réplica a Ferlosio», en *El País*.
- , (12 de noviembre de 1994), «Instituciones», en *El País*.
- , (16 de noviembre de 1994), «Pecios», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (19 de noviembre de 1994), «Virilidad», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (26 de noviembre de 1994), «Fuera papás», en *El País*.
- , (3 de diciembre de 1994), «La fealdad», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.

- , (17 de diciembre de 1994), «Liberales», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (26 de diciembre de 1994), «Fiestas», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (2 de enero de 1995), «La fecha vacía», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (14 de enero de 1995), «Gabilondo», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (21 de enero de 1995), «Una injusticia», en *El País*.
- , (4 de febrero de 1995), «Moscas», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (11 de febrero de 1995), «Liberalismo», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (25 de febrero de 1995), «Prensa sucia», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (18 de marzo de 1995), «Copenhague», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (25 de marzo de 1995), «Moscones», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (1 de abril de 1995), «Ojo conmigo», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (8 de abril de 1995), «Antidentidad», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (22 de abril de 1995), «Fuenteovejuna», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (25 de abril de 1995), «Del caso GAL», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (29 de abril de 1995), «Inmovilismo», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (6 de mayo de 1995), «Mentira y ley», en *El País*.
- , (13 de mayo de 1995), «De la tortura», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (20 de mayo de 1995), «Supremo bien», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (27 de mayo de 1995), «El despreciable», en *El País*.
- , (3 de junio de 1995), «Fallo técnico», en *El País*.
- , (10 de junio de 1995), «Tal para cual», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (17 de junio de 1995), «Del Cesid», en *El País*.
- , (24 de junio de 1995), «Insisto», en *El País*.
- , (1 de julio de 1995), «Cincuentenario», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (8 de julio de 1995), «La nueva reina», en *El País*.
- , (15 de julio de 1995), «Contra Alborch», en *El País*.
- , (23 de julio de 1995), «A propósito del desmentido», en *El País*.
- , (6 de agosto de 1995), «Tres apuntes», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (24 de septiembre de 1995), «Eugenesia, individuo y sociedad», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.
- , (5 de febrero de 1996), «Como lector constante», en *El País*.
- , (28 de abril de 1996), «Andalucismo», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (23 de julio de 1996), «El culto al cero», en *El País*.
- , (julio-agosto de 1996), «La señal de Caín», en *Claves de razón práctica*. Ed. cit: QW 2017.

- , (14 de agosto de 1996), «Cacahuets para el nene», en *El País*.
- , (17 de agosto de 1996), «Breve historia de un dineo malgastado», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (24 de agosto de 1996), «Un esquema», 24 de agosto de 1996. Ed. cit: AEE 2015 [recogido en nota del editor pp. 734-735].
- , (7 de diciembre de 1996), «¿Tú de qué lado estás?», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (1 de marzo de 1997), «Angelitos rubios», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.
- , (25 de marzo de 1997), «Críticas y adhesiones», en *El País*.
- , (10 de mayo de 1997), «A propósito de Fujimori», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (31 de mayo de 1997), «El Deporte y el Estado», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.
- , (13 de junio de 1997), «A los burros, césped», en *El País*.
- , (17 de agosto de 1997), «Tres pecios», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (6 de septiembre de 1997), «Sobre el sindicalismo», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.
- , (11 de octubre de 1997), «La libertad amenazada», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.
- , (1997) (Fundación 1º de mayo), «Contra el pensamiento único en economía»
- , (1997), «Sobre la hipotaxis y el aliento de la lecutura» [inéedito]. Ed. cit: AEE 2015.
- , (13 de enero de 1998), «Historia e identidad», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (25 de enero de 1998), «Borrachos», en *El País*.
- , (12 de febrero de 1998), «Albright y Aznar», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (6 de marzo de 1998), «La nueva Mesta», en *El País*.
- , (8 de mayo de 1998), «Capital y tesoro», en *El País*.
- , (23 de mayo de 1998), «Metamorfosis», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (13 de junio de 1998), «14 pecios», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (1 de julio de 1998), «Txakurras», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (25 de julio de 1998), «Cultura, ¿para qué?», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (2 de agosto de 1998), «Sintaxis, ¿para qué?», en *El País*.
- , (1 de septiembre de 1998), «Cero en aritmética», en *El País*. Ed. cit: AEE 2015.
- , (septiembre 1998), «Contraataque» (inéedito), en *El País*. Ed. cit: AEE 2015.
- , (1998), «Tópicos: el peso de la Historia», en *Archipiélago*, núm. 31. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (1998), *La forja de un plumífero*, en *Archipiélago*, núm. 31. Ed. cit: QW 2017.
- , (8 de enero de 1999), «Nihil novum», en *El País*.
- , (30 de marzo de 1999), «La música celestial de la verdad», en *Le Monde Diplomatique*. Ed. cit: QW 2017.



- , (diciembre de 1996 a abril de 1997 y agosto de 1999), «El castellano y la Constitución». Ed. cit: AEE 2015.
- , (5 de junio de 1999) «Alkíonai Hémerai», en *ABC Cultural*. Ed. cit: QW 2017.
- , (20 de julio de 1999), «Lenguajes», en *ABC*. Ed. cit: AEE 2015.
- , (1 de agosto de 1999), «Barroco», en *ABC*. Ed. cit: AEE 2015.
- , (11 de marzo a 12 de septiembre de 1999), «Glosas castellanas». Ed. cit: AEE 2015.
- , (6 de diciembre de 1999), «El 1 de enero de 2002», en *ABC*. Ed. cit: AEE 2015.
- , (8 de julio de 2000), «Monografías iniciáticas», en *ABC Cultural*. Ed. cit: QW 2017.
- , (12 de marzo de 2000), «Medios sin fin», en *ABC*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (16 de julio de 2000), «Pedagogía contra pedagogía», en *ABC*. Ed. cit: QW 2017.
- , (17 de julio de 2000 [fruto de la ampliación del texto leído en el Instituto de Enseñanza Media Alagón de Coria el 30 de abril de 1999]), «Borriquitos con chándal», en *ABC Cultural*. Ed. cit: QW 2017.
- , (19 de agosto de 2000), «Nigra sum sed Formosa o El ocio y la belleza», en *ABC Cultural*.
- , (2000), *El alma y la vergüenza*, Barcelona, Destino. (Contiene textos repartidos entre los cuatro volúmenes de sus ensayos reunidos)
- , (24 de diciembre de 2000), «Fragmento de una carta de Indias», en *ABC*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (14 de enero de 2001), «Catarsis», en *ABC*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (28 de enero de 2001), «Hacia una nueva estética», en *ABC*. Ed. cit: QW 2017.
- , (20 de febrero de 2001), «La isla de Juan Fernández», en *ABC*. Ed. cit: QW 2017.
- , (8 de abril de 2001), «Adversus Varronem», en *ABC*. Ed. cit: AEE 2015.
- , (18 de abril de 2001), «El origen de Alfanhuí», en *ABC*.
- , (1 de mayo de 2001), «El castellano en las Indias», en *ABC*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (1 de julio de 2001), «Viviane Forester», en *ABC*. Ed. cit: QW 2017.
- , (12 de agosto de 2001), «La cuestión global», en *ABC*. Ed. cit: QW 2017.
- , (2 de septiembre de 2001), «La trompeta y la sirena», en *ABC*. Ed. cit: QW 2017.
- , (10 de octubre de 2001), «Pecios y actualidades», en *ABC*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (30 de octubre de 2001), «Susan Sontag», en *ABC*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (14 de noviembre de 2001), «Berlusconi», en *ABC*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (9 de diciembre de 2001), «Apuntes», en *ABC*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (26 de abril de 2002), «Lo que faltaba», en *ABC*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (11 de mayo de 2002), «Moros y cristianos», en *ABC*. Ed. cit: BB 2016b.

- , (mayo 2002), *La hija de la guerra y la madre de la patria*, Barcelona, Destino (contenidos repartidos entre los volúmenes de ensayos y CdR 2015).
- , (30 de junio de 2002), «Melibea», en *ABC*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (11 de septiembre de 2002), «La amenaza del universalismo», en *ABC*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (5 de octubre de 2002), «Soberbia obliga», en *ABC*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (24 de octubre de 2002), «La belleza de la guerra», en *ABC*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (2 de noviembre de 2002), «Las guerras-por-si-acaso», en *ABC*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (8 de diciembre de 2002), «Trece pecios», en *ABC*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (23 de diciembre de 2002), «Naufragios democráticos», en *ABC*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (5 de enero de 2003), «Teodicea del universalismo», en *ABC*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (26 de enero de 2003), «Siempre es más tarde de lo que piensas», en *ABC*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (4 de marzo de 2003), «Luna nueva», en *ABC*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (23 de marzo de 2003), «Fuego el infierno», en *ABC*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (6 de mayo de 2003), «Ruido de libertad», en *ABC*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (7 de septiembre de 2003), «Estereotipos, ideología y E. A. Poe», en *ABC*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (2003), *Non olet*, Barcelona, Destino. Ed. cit: QW 2017.
- , (23 de abril de 2004), «Carácter y destino». (Leído en Alcalá de Henares con motivo de la concesión del Premio Cervantes).
- , (24 de julio de 2004), «Carta de provincias», en *ABC*. Ed. cit: EdJ 2015b.
- , (31 de octubre de 2004), «Hipótesis de Faluya», en *ABC*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (3 de diciembre de 2004), «Un escrito sobre la guerra», en *ABC*.
- , (18 de diciembre de 2004), «Preocupación», en *El País*.
- , (15 y 16 de mayo de 2005), «Sgrena-Polinices», en *ABC*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (junio de 2005), «Carácter y destino» (versión revisada y ampliada del discurso de recepción del Premio Cervantes), en *Claves de razón práctica*, núm. 153. Ed. cit: BB 2016b.
- , (30 de junio de 2005), «Para Savater», en *El País*.
- , («17 de julio» de 2005), «Sultos de la libreta», en *ABC*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (2005), *Glosas castellanas y otros ensayos (diversiones)*, Madrid, FCE/Universidad de Alcalá. Ed. cit: AEE 2015.
- , (2005), *El geco: cuentos y fragmentos*, Barcelona, Destino.

— y Miguel DELIBES DE CASTRO, (4, 5 y 6 de diciembre de 2005), «De la jara y otras yerbas», en *ABC*. Ed. cit: GDTP 2016.

SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael,

—, (6 de enero de 2006), «Austerilitz», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.

—, (27 de enero de 2006), «España como amenaza», en *ABC*. Ed. cit: GDTP 2016.

—, (25 de febrero de 2006), «Transgresores y ofendidos», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.

—, (22 de abril de 2006), «Juan Pablo II», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.

—, (19 de mayo de 2006), «Andalucía», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.

—, (6 de agosto de 2006), «Glosa sobre Israel», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.

—, (4 de octubre de 2006), «Carta a un portugués desconocido», en *El País*.

—, (26 de noviembre de 2006), «La victoria es una absoluto», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.

—, (23 de febrero de 2007), «Nenikékamen», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.

—, (29 de julio de 2007), «Educar e instruir», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.

—, (16 de agosto de 2007), «Sobre el rearme», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.

—, (23 de diciembre de 2007), «Sobre el patriotismo», en *El País*.

—, (2007), *Sobre la guerra*, Barcelona, Destino. (Compilación con un texto nuevo: «Universalismo como escatología»). Ed. cit: BB 2016b.

—, (2008), «Patriotismo y cristianismo», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.

—, (2008), *God & Gun. Apuntes de polemología*, Barcelona, Destino. Ed. Cit: BB 2016b.

—, (22 de enero de 2009), «Pecios. El mal es un comodín ideológico», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015a.

—, (31 de mayo de 2009), «La lujuria de los bombardeos», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.

—, (10 de junio de 2009), «Influencia y autoridad», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.

—, (14 de octubre de 2009), «Corazón arriba, corazón abajo», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.

—, (20 de diciembre de 2009), «Televisión para niños», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.

—, (2009 [aunque iniciado en 1970]), *Guapo y sus isótopos*, Barcelona. Destino. Ed. cit: AEE 2015.

—, (2009), «La guerra empieza en la fragua», en *Claves de razón práctica*, núm. 189. (Leído como conferencia el 18 de mayo de 2007 en el Ateneo Republicano de A Coruña). Ed. cit: BB 2016b.

—, (13 de marzo de 2010), «Historia de un neologismo», en *El País*.

—, (28 de marzo de 2010), «Pecios. No, si ya me iba», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b

—, (18 de abril de 2010), «Las cosas de Roma», en *El País*.

—, (7 de agosto de 2010), «¡Y qué afán de ganar y ganar!», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.

- , (13 de noviembre de 2010), «Tertuliano: “credo quia absurdum”», en *El País*.
- , (29 de noviembre de 2010), «Aplausos», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.
- , (8 de junio de 2011), «Ante la Ley de igualdad de trato», en *El País*.
- , (3 de julio de 2011), «Los valores», en *El País*.
- , (18 de septiembre de 2011), «El magno evento», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (27 de mayo de 2012), «Valor añadido», en *El País*. Ed. cit: QW 2017.
- , (16 de junio de 2012), «Pecios: ¿pero ha habido alguna vez tiempos felices?», en *El País*. Ed. cit: CdR 2015b.
- , (9 de julio de 2012), «Luz de neón», en *El País*.
- , (5 de agosto de 2012), «Patrimonio de la Humanidad», en *El País*. Ed. cit: GDTP 2016.
- , (24 de febrero de 2013), «Matar», en *El País*. Ed. cit: BB 2016b.
- , (29 de septiembre de 2013), «Todo por el tabaco», en *El País*.
- , (21 de diciembre de 2013), «Ixen paraules», en *El País*.
- , (25 de mayo de 2014), «La clarividencia de Defoe», en *El País*.
- , (25 de septiembre de 2015), «Sobre catalanes», en *El País*.
- , (18 de septiembre de 2015), «Pecios», en *Ahora*.
- , (2015), *Altos estudios eclesiásticos. Gramática. Narración. Diversiones*, Barcelona, Debate (edición y presentación de Ignacio Echevarría).
- , (2015a), *El escudo Jotán. Cuentos reunidos*. Barcelona, Debolsillo (ed. y nota al cuidado de Ignacio Echevarría).
- , (2015b), *Campo de retamas. Pecios reunidos*. Barcelona, Random House, (ed. de Ignacio Echevarría).
- , (2016), *Gastos, disgustos y tiempo perdido*. Barcelona, Debate (edición y presentación de Ignacio Echevarría).
- , (2016b), *Babel contra Babel. Asuntos internacionales. Sobre la guerra. Apuntes de polemología*. Barcelona, Debate (edición y presentación de Ignacio Echevarría).
- , (2017), *Qwertyuiop. Sobre enseñanza, deportes, televisión, publicidad, trabajo y ocio*. Barcelona, Debate, 2017 (edición y presentación de Ignacio Echevarría).
- , (2017a), *Páginas escogidas*, Barcelona, Random House.
- , (2 de octubre de 2018), «Casado y la base de Rota», en *El País*.
- , (2019), *De algunos animales. Bestiario ilustrado*, Barcelona, Penguin Random House.
- , *Dialógos con Ferlosio*, (ed. de José Lázaro), Madrid, Triacastela, 2019.
- , (2020), *La verdad de la patria: escritos contra la patria y el patriotismo*, Madrid, Debate.